UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01782722 1

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/recuerdosdelpasa00pere

RECUERDOS DEL PASADO

F 25

AUTORES CHILENOS

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG. — SANTIAGO.

HSAm
P43885r

VICENTE PEREZ ROSALES

RECUERDOS DEL PASADO

(1814-1860)

380724
22.5.40

Z I G - Z A G

VICENTE PEREZ ROSALES

Como el inmortal autor de la historia del hidalgo de la Mancha firmaba la dedicatoria de la postrera de sus novelas puesto ya el pie en el estribo, el autor de *Recuerdos del Pasado,* que en aventuras raras y singulares no cedió la palma a aquel maravilloso historiador ni a su asendereado hidalgo; puesto también el pie en el estribo firmó el prólogo de esta tercera y aumentada edición de sus *Recuerdos,* y como legado de confianza y de amistad, a que añadió un centenar de cartas y el manuscrito del *Diccionario del Entrometido,* púsolas bajo nuestro cuidado para la corrección de pruebas y consiguiente presentación al público.

No vamos, sin embargo, a escribir estas líneas para recomendar una obra de todos conocida por dos ediciones sucesivas; y aunque tal hubiera sido el deseo de su autor, que en su modestia no le daba mayor importancia, más que a tributarle elogios que ella no necesita, preferimos contraernos a completarla en parte, apuntando algunas fechas omitidas.

Don Vicente Pérez Rosales nació en Santiago el 5 de abril de 1807. Salido de una familia opulenta, en una ciudad cuyos tranquilos moradores no emigraban sino en los veranos a las chacras vecinas, que no recibía extranjeros y donde no había imprenta, si un astrólogo hubiera predicho su sino, se habría oído en medio del asombro general que aquel niño estaba destinado a sufrir grandes contrastes de fortuna, desde *deportado* por incorregible hasta agente oficial en Europa, desde contrabandista hasta senador, que traería a los herejes de Alemania para establecerlos en Chile como en su propia tierra, y, por fin, que escribiría para la prensa. Un día que esto le decíamos, nos respondió: "Quien sabe si eso que se llama la suerte no es el desarrollo necesario de ciertos antecedentes que a veces no conocemos o no sabemos estimar en lo que valen; mi padre, que se llamaba don José Joaquín Pérez, murió muy joven y de tisis, según me han dicho, pero yo he heredado el vigor corporal de mi madre y de mis dos abuelos, que llegaron a mucha edad; mi abuelo paterno, don José Pérez García, era de España y ha dejado manuscrita una voluminosa historia de Chile; mi abuelo Rosales, que

tampoco era chileno, leía mucho, y mi madre me enseñó a leer y las primeras nociones de inglés". Así el nieto criollo de dos peninsulares trataba de explicarnos, por una especie de teoría de la selección, las aventuras de su vida.

La explicación, sin embargo, nos parece muy alta. Los accidentes del desarrollo de la vida, es decir, el contraste entre los hechos y el ideal a que se querría someterlos, lo experimentan todos, unos midiendo el mundo a trancos, otros sin salir de su ciudad y sin apariencias de lucha; pero en el fondo de la vida de cada hombre el combate es el mismo, y más nos conmueven los sufrimientos de Rousseau en sus últimos años en que su negra melancolía le pintaba enemigos y complots en todas partes, que las aventuras a lo Gil Blas de su juventud destituída y vagabunda.

Don Juan Enrique Rosales había sido miembro de la junta gubernativa instalada con leal intención por el vecindario de Santiago el 18 de septiembre de 1810. Era un anciano respetable e inofensivo, pero la junta inició la revolución, y los españoles confinaron a todos sus miembros al presidio de la isla de Juan Fernández en pena de su patriotismo.

La piedad filial de doña Rosario Rosales, que acompañó a su padre al presidio para prodigarle sus cuidados, ha formado uno de los episodios más patéticos de nuestra historia.

El recuerdo de esos sufrimientos obligó a la familia Rosales a emigrar a Mendoza después del desastre de Cancha Rayada. Principia entonces para don Vicente Pérez, a los once años, esa odisea que no había de concluir sino en su edad madura. En Mendoza asiste como alumno armado del único colegio que había en la ciudad, a formar escolta para la inmolación de los dos hermanos Carrera, cobardemente sacrificados en los días de incertidumbre que transcurrieron entre aquel desastre y la siguiente victoria de Maipo.

Compréndese que los niños que crecían en medio de trastornos que conmovían profundamente las familias y la sociedad, se entregaran a juegos varoniles en consonancia con la fisonomía revuelta de esos tiempos. De regreso a Chile don Vicente, un día que un almirante inglés, de visita en la casa, lo oyó llamar incorregible por su madre, dando a esta palabra el alcance que tiene en el diccionario, tan diverso del usual y corriente con que entre nosotros se aplica a los niños, ofreció a la señora embarcarlo en su buque. Algún tiempo después supo la pobre madre que el hombre a quien había confiado su hijo para formarlo para la carrera del mar, considerándole un deportado, lo había arrojado en playa lejana e insalubre; pero que, acogido generosamente por dos paisanos, esperaba recursos para la vuelta.

Restituído a su hogar, emprende nuevo viaje a Europa

en compañía de un grupo de jóvenes de las primeras familias de Santiago que, aceptando los ofrecimientos de un capitán de buque francés, partieron en 1825 para ir a educarse en París.

Mientras la América y la España se hacían cruda guerra para romper las cadenas que las ataban, los hombres ilustrados de España y de América fraternizaban en las nuevas ideas en que ambos continentes buscaban su regeneración. Don Manuel Silvela, español de los que se llamaron afrancesados, acogido a los dominios del Borbón de Francia, huyendo del despotismo del Borbón de la Península, había abierto un colegio a cuyas aulas fueron a incorporarse el joven Pérez Rosales y sus compañeros. Silvela había esparcido profusamente por todos los países de habla española el prospecto de su establecimiento, y a él acudieron a formar como una colonia estudiantil en el centro de la Europa, jóvenes peninsulares, chilenos, argentinos, peruanos, colombianos, etc. A los ramos y al sistema de enseñanza, todo bien diverso por cierto de lo que acá se usaba, uníase la calidad personal de cada uno de los profesores que hacían de aquel centro, más que un aula, una academia; daban ahí sus lecciones Maury, poeta tan elegante en español como en francés, a cuya lengua tradujo muchos poetas castellanos; Pinheiro Ferreira, tratadista de derecho internacional; Vallejo, cuyos textos de matemáticas han pasado por magistrales; Moratín, de quien puede decirse que fué el último clásico de España; y el mismo Silvela, jurisconsulto y literato de gusto, a quien se debe una antología de literatura española, en su tiempo muy leída. Para completar la educación que de tales maestros se recibía, estaba el gran teatro de Francia, París, el centro de la Europa, que luego con una violenta sacudida iba a dar en tierra con la reacción absolutista, un momento triunfante, para restaurar en su curso las ideas nuevas.

Conoció entonces don Vicente Pérez, tratándolos de cerca, entre otros americanos distinguidos que se hallaban en Europa en comisiones de sus gobiernos o náufragos ya de la primera etapa de la revolución, a San Martín, a Egaña, a Irisarri, a García del Río, a Santander, a Olmedo, a Bello, a Sarratea. Sobre el primero de ellos, sobre San Martín, hay una página en estos *Recuerdos* que nos permite ver expansivo por un momento al vencedor de Maipo. Al leerla la primera vez, nos preguntamos involuntariamente: ¿será verdad? Histórica es ya la reserva que usó San Martín mientras tuvo mando, y la parsimonia con que después hablaba de los sucesos en que había intervenido. La entera franqueza de su joven interlocutor debió sorprenderle y agradarle; y luego debe pensarse que los políticos reservados lo son cuando es-

tán en escena, con sus iguales que pueden sondearlos, no con los jóvenes que se les acercan a tributarles respeto, y éste era el caso de Pérez Rosales con San Martín.

Es lástima que el escritor que hubiera podido referir otras anécdotas como aquélla, que narra con tanta gracia y abandono sus recuerdos de la niñez, sus primeras impresiones de adolescente, a medida que avanza en su relato se sienta como arrastrado a compendiar, y con falsas apariencias de franqueza nos distraiga precisamente de los puntos adonde hubiéramos querido ser llevados.

A este período de su primera residencia en Europa, en que la persona del viajero se oculta, pintando con rasgos generales la vida parisiense, corresponde una aventura romántica con la divina cantatriz Malibrán, entonces en todo el esplendor de sus primeros triunfos, aventura de la que apenas si ha dejado indicios refiriendo una anécdota que él supo años más tarde por el banquero Heine.

Después de la revolución de Julio, el viajero volvió a Chile. Joven, bien parecido, con situación social, con educación europea, o más propiamente parisiense, ¡cuántos no hubieran querido su situación! Todo ello, sin embargo, no iba a a ser sino incentivo en que se cebaría la mala suerte. El país acababa de salir de la guerra civil, y bajo el poder de una reacción vigorosa, pero cuyos buenos frutos sólo más tarde sería posible recoger, se entregaba al descanso de la política y a los afanes de la industria. La política nada ofrecía, y el petimetre se convirtió en campesino. También la situación en que encontró a su familia le impuso el trabajo como imprescindible deber. Su padre político don Felipe S. del Solar, acaudalado comerciante, cuyo giro se había extendido desde Lima a Río de Janeiro, encontrábase desterrado y con su fortuna perdida. Hízose, pues, hacendado, y no obteniendo resultados, comerciante, y después contrabandista por la cordillera, y después minero, y después empresario de teatros. Recorrió el norte y el sur de Chile; las pampas argentinas, desde las punas de Jujuy hasta las inmediaciones del Estrecho; atravesó el Pacífico y cruzó en seguida los campos auríferos de California y del Oregón, desde la Nevada hasta Monterrey, y en todas partes la adversa suerte o le esquivaba el cuerpo o él se empeñaba en encontrarla donde no había de estar; porque es casi siempre la suerte una divinidad que nosotros fabricamos con nuestros propios errores para después prosternarnos ante ella. Mas, si don Vicente Pérez se fabricó el ídolo, tuvo el mérito de no adorarle; verdad es también que, aleccionado con su misma vida aventurera, lo que a nosotros hubiera quebrado, a él apenas lo doblaba, permi-

tiéndole la rara ductilidad que al fin adquirió su carácter en los contrastes: erguirse a cada golpe con más brío.

Los descubrimientos auríferos de California, abriendo un mercado que antes no existía, fueron un golpe de varilla mágica para nuestra agricultura y escaso comercio; mas los emigrados chilenos que aportaron allá en busca del codiciado vellocino, personalmente sólo recogieron desengaños y desdichas. Don Vicente Pérez, después de perder sus últimos recursos en un incendio de San Francisco, se apresuró a volver a Chile.

La suerte, que tantas veces lo había desairado, parecía llamarle en ésta, pues llegaba a tiempo para dar a la experiencia recogida en sus peregrinaciones de veinte años, experiencia que de otro modo se hubiera perdido estérilmente, un empleo útil que redundara en provecho de su patria.

Buscando en él la tranquilidad de espíritu del hombre que vuelve del extranjero extraño a las pásiones del momento, el Ministro del Interior, don Antonio Varas, le ofreció la intendencia de Aconcagua, provincia que se encontraba agitada por movimientos sediciosos en que se había llegado hasta dar de cuchilladas al Intendente, vecino pacífico de la misma localidad. Don Vicente Pérez tenía aversión a la política, mayor aun a la politiquería lugareña, que no otra cosa eran los movimientos igualitarios de San Felipe, y prefirió sobre esta intendencia, el empleo con título más modesto, de Agente de la Colonización del sur, para el cual fué nombrado el 11 de octubre de 1850.

Requeríase para plantear la colonización que iba a emprenderse un hombre de mundo, de carácter flexible y de miras levantadas, que pudiera extender la vista sobre el estrecho horizonte en que las preocupaciones nacionales y religiosas requerían ahogar esa obra patriótica, concitándole todo género de tropiezos y dificultades. El Agente venció, con su constancia, todas las resistencias que se presentaron; allá, entre los antiguos vecinos de aquellos lugares, que se llamaban despojados de tierras que nunca habían ocupado; en el centro de la República, entre los propietarios que temían un alza de salarios; en el Consejo de la Universidad, entre los sabios, que temblaban porque el país iba a ser escandalizado con la introducción de disidentes. El Gobierno mismo llegó a temer que el sitio elegido para plantear la nueva población no fuese favorable a su futuro desarrollo, pues un viajero tan autorizado como Fitz-Roy, había calificado el lugar de Melipulli como una playa atroz, donde escasamente hallaría el hombre civilizado donde asentar su planta.

No se pueden leer con indiferencia las páginas de este libro, en que su autor nos refiere las exploraciones que hizo

en busca de campos donde instalar a los extranjeros a quienes se había ofrecido una patria y se condenaba a irla a conquistar en los bosques impenetrables. Cuando, desde las encumbradas faldas del volcán Osorno, descubrió la extensa laguna de Llanquihue, reflejando en sus tranquilas aguas las cimas nevadas de la cordillera, y más al sur y sólo separado por una angosta faja de tierra cubierta de vegetación, el seno del Reloncaví, surcado por una que otra piragua, debió sentir las puras emociones de Balboa. Los griegos habrían hecho de aquellos tres colonos que, al ocuparse la boscosa playa donde hoy se levanta Puerto Montt, desaparecieron en la espesura, y cuyos restos fueron encontrados años más tarde, tres víctimas inmoladas al dios de esas selvas seculares.

La colonización era profundamente antipática al país, pues chocaba con todas sus tradiciones españolas y católicas; para ilustrarle, el Agente de Colonización publicó una memoria en que discutió los puntos principales de la crítica; pero la opinión pública suele ser sorda como el que no quiere oír, y la opinión siguió durante mucho tiempo todavía mirando con desconfianza la instalación de extranjeros y de disidentes en el extremo sur de la República. Fué preciso que transcurrieran treinta años, y que los frutos recogidos de aquel primer ensayo de inmigración hubieran excedido a las esperanzas concebidas por sus iniciadores, para que una nueva administración reanudara el hilo roto de la inmigración extranjera, como medio de entregar al dominio de la industria los territorios desiertos del sur.

Al cabo de seis años de incesantes fatigas y cuando el territorio de colonización había adquirido ya la importancia de una provincia de la República, y su capital era, por su cultura y comercio, más importante que muchas de las antiguas ciudades de Chile, don Vicente Pérez partió para Europa con los títulos de Agente de Colonización y Cónsul de Chile en Hamburgo (28 y 29 de marzo de 1855).

En Alemania publicó un excelente libro descriptivo, el *Ensayo sobre Chile,* para dar a conocer a este país a los inmigrantes. La tarea de popularizar a Chile en un mundo donde apenas su nombre era conocido, y de hacerlo aceptable al proletario dispuesto a emigrar, era mayor de lo que a primera vista puede uno imaginarse. Fuéle necesario responder por la prensa a frecuentes polémicas, suscitadas, o por otros agentes de colonización, o por algunos de los pocos alemanes que habían vuelto desencantados de no haber encontrado en los bosques del sur sino tierras que sólo rendían sus dones a los que los alcanzaban con su trabajo, y que querían en su despecho desacreditar a Chile y al agente ante sus paisanos. A un alemán que dijo que no se podía vivir en Valdivia porque

llovía mucho y la gente se ahogaba en los pantanos de los caminos, le contestó: "ha hecho usted bien en volverse, pues allá no necesitamos hombres que se pegan en el barro". Su propaganda nos granjeó colonos, y en la alta sociedad, amigos y simpatías. Conversando con el barón de Humboldt, a quien ningún viajero podía dispensarse de visitar en su residencia de Potsdam, el eminente sabio le manifestó que conocía la obra de Gay publicada a expensas del gobierno chileno; "pero lo que da la mejor idea de ese país, añadió, es la fundación de un observatorio astronómico para estudiar el cielo aun no explorado del hemisferio sur; la astronomía no es una ciencia popular, y cuando un gobierno sufraga los grandes costos que un observatorio demanda es porque comprende lo que se debe a las ciencias".

Hecho ya el primer ensayo sobre colonización y mientras el tiempo permitía recoger sus frutos, el Agente en Alemania fué llamado a desempeñar la intendencia de Concepción, para la cual se le nombró en 11 de diciembre de 1859. Poco después de concluir la administración Montt, don Vicente Pérez volvió a la vida privada. En esta ciudad conoció a una distinguida señora viuda y rica, que le dió su mano y su fortuna y en cuya compañía pasó sus últimos años. Fué senador por Llanquihue en el período de 1876 a 1881, y desde su fundación, miembro de la Sociedad de Fomento Fabril, que lo hizo su presidente. A los principios de la administración Santa María publicó en *El Heraldo* de Santiago una serie de artículos, que merecen ser coleccionados, planteando de nuevo la olvidada cuestión de colonizar el sur, y en gran parte a esa iniciativa se debe que este gobierno haya dotado al país de las colonias de vascos y de suizos que hoy ocupan el territorio que hasta ayer poseyeron los araucanos.

Don Vicente Pérez murió en Santiago, el 6 de septiembre de 1886, a los 79 años, 5 meses y un día de edad. Postrado su cuerpo por una parálisis, fueron necesarios largos días de dolor y agonía para que su espíritu le abandonara.

Tal ha sido su vida: llena en su primera mitad de incidentes, ora terribles, ora cómicos; útil después, consagrada a una obra que lo coloca entre los hombres benéficos que ha tenido este país; y tranquila, holgada, rodeada de respetos al último, como en indemnización de aquellas peripecias y en premio de estos servicios.

La historia de esa vida en sus accidentes principales es el argumento de estos *Recuerdos*.

Conocimos a don Vicente Pérez en sus últimos años, en esa edad en que los recuerdos son la mitad de la vida, y oyéndole con agrado sus reminiscencias, pues era conversador

amenísimo, y tocándole nosotros siempre punto para que volviese a ellas, no fuimos poca parte para que al fin se resolviese a compaginar los recuerdos de su infancia con sus apuntes de cartera de años posteriores, y nos diese este libro.

Hay en este libro un vacío sobre el cual le llamamos la atención, pero que él no se atrevió a llenar, vacío que sus mismas aventuras explican de sobra.

¿Por qué él, que cuenta tantas anécdotas y pinta tantas situaciones, no ha retratado a algunos de los hombres notables que conoció en su larga vida? El guijarro que el torrente arrastra de la montaña, abrupto y anguloso, rodando y rodando, llega por fin a depositarse en el lecho del río, con las faces pulidas, variada su forma antigua, pero adaptado para seguir adelante si la corriente lo arrastra de nuevo. Don Vicente Pérez había rodado muchas tierras, había conocido muchos hombres, y de sus largas peregrinaciones y trato de las gentes aprendió a ser con todos benévolo y equitativo, y con esa prudencia, casi diríamos cobardía, que se llega a adquirir en el comercio del mundo, temió emitir juicios que, pudiendo ser contestables, lo pusieran a él también bajo el análisis de la crítica.

El retrato del huaso Rodríguez, capitán del fuerte de San Rafael; los bosquejos del terrible San Bruno, del matemático Vallejo, y algunos otros, manifiestan cuánto hubiera ganado este libro con una galería más numerosa. ¡Cuántos personajes de América y Europa no habríamos visto desfilar animados ante nosotros por su pluma colorista!

Para reparar en parte este que consideramos un defecto que le ha quitado valor al libro, vamos a insertar dos cartas, que casi son dos retratos, copiadas del legajo de su correspondencia.

Sea la primera una del celebrado argentino don Domingo de Oro, especie de judío errante arrojado desde temprano a la emigración por las revoluciones de su patria, y naturaleza ricamente dotada que malgastó ochenta años encantando con su charla por dondequiera que pasaba, sin lograr jamás llegar a nada.

"Buenos Aires, 11 de agosto de 1879.

"Señor don Vicente Pérez Rosales.

"Mi querido amigo: Espero que no ha de extrañar esta familiaridad de lenguaje, por muchos que sean los años transcurridos desde que no nos vemos, ni siquiera sabemos uno de otro. Los hombres de corazón suelen ser malos calculadores, y cuando se trata de sentimiento lo primero que olvidan es los años. Hablo a usted, pues, poniendo a un lado

unos cuarenta años que me estorban. Estamos en 1835 sin anacronismo.

"En los periódicos he visto que usted asistió a una función pública, y apenas he llegado aquí, le escribo para dar expansión a la satisfacción que me causa saber que existe, porque desconfiaba de ello. Le doy mil abrazos del fondo del alma.

"Ahora le pido que me dé noticias tan minuciosas como le sea posible, de su pasado y su presente, así como de las personas que le tocan de cerca, y... le iba a agregar otra petición, pero se la haré más abajo.

"Como su curiosidad se ha de excitar algo a mi respecto, le diré que dentro de 50 días tendré 79 años cumplidos; que estoy inválido y camino con dos bastones trabajosamente; que mi físico se está deshaciendo; la memoria (no la del corazón), la vista y el oído mal; el ánimo entero, y ni mi buen humor he perdido. Mal de fortuna, como siempre; pero no en miseria, porque mi hijo, aunque pobre también, cuenta con que hemos cambiado de papeles. Porque yo no me doy por muerto, y en prueba de ello pronto me arrastraré al Chaco, que empieza a poblarse, y donde, probablemente, acabaré mis días. Estoy satisfecho de mi hijo Antonio y de su familia, de todos mis deudos y de mis antiguos amigos, que me son consecuentes.

"Mi habitación es una especie de barbería por los cuadros y cuadritos que la llenan. La sola diferencia que hay es que todos los cuadros son retratos de vivos y muertos. Entre los últimos están Juan Espinosa, Rafael Valdés, Juan Godoy, Emigdio Salvigni, general Las Heras. Para darle lugar entre los primeros, quisiera el de usted. ¿No me mandará usted una tarjeta? Su carta podría venir aquí dirigida al doctor don Tomás Sarmiento, a don Domingo id., al general Mitre, que cualquiera de ellos me la encaminará. Y por Mendoza, podría mandarse a don Tomás García.

"Me aseguran que vive don Manuel Portales. Es otra de las personas de ese país a quien tengo gratitud y amistad, porque me honró con la suya. Si usted lo trata, déle un abrazo cordial a mi nombre, añadiéndole cuantas expresiones afectuosas sugiere el corazón en tales casos. También quisiera su retrato, y si fuera posible, el del histórico don Diego.

"Aquí concluyo, mi amigo. Le repito que me dé la satisfacción de creer que para mis sentimientos de amistad a usted no han transcurrido los años que hace que los sucesos nos obligaron a perdernos de vista.

"Siempre suyo,

Domingo de Oro."

Es la segunda de estas cartas, que copiamos de su original sin traducirla, un billetito que lleva la firma de un banquero israelita de Hamburgo, primo hermano del gran poeta Enrique Heine; en una sola frase deja sospechar que la alta originalidad que en éste admiramos, no es tal vez sino la quinta esencia en él concentrada de las cualidades críticas de su familia y de su raza.

"Mon cher Monsieur,

"J'ai déjà vu votre livre au club (*el Ensayo sobre Chile*), et je l'ai parcouru; mes remerciments sincères de votre bon souvenir.

"Je vous ai cru mauvais sujet et pas gran écrivain; on se trompe bien dans ce monde. Votre livre est très intéressant, et je ne doute pas d'y trouver des passages amusantes.

"Mme. Heine et moi se plaignent beaucoup de ne pas vous voir.

"Votre dévoué.

"*C. Heine.*

"Monsieur Pérez Rosales."

Deja don Vicente Pérez, además de estos *Recuerdos* y de varios escritos sobre inmigración y sobre agricultura, de los cuales en otra parte daremos noticia, una obra miscelánica titulada el *Diccionario del Entrometido,* del que sólo publicó fragmentos y que nos proponemos en estos días entregar por entero a la luz pública.

Recuerdos del Pasado, escrito así como lo ha sido, al correr de la pluma y sin pretensión literaria alguna, es tal vez el libro más original que hasta hoy ha producido la prensa chilena, y por sí solo haría vivir el nombre de su autor, si no tuviese títulos mejores al recuerdo de los chilenos. En homenaje a sus trabajos de colonizador, una de las nuevas poblaciones del sur debería llevar el nombre de Pérez Rosales:

LUIS MONTT.

PROLOGO DE LA TERCERA EDICION

Esta tercera edición de los *Recuerdos del Pasado* no debe su existencia a la voluntad expresa de su autor, sino al oficioso y muy eficaz empeño de un generoso amigo para quien no hay cuesta arriba cuando se trata de hacer bien a sus semejantes.

Conociendo el señor don Nathaniel Miers-Cox el triste estado de angustiosa vida a que la pobreza tenía reducida a la santa sección de caridad que tanto enalteció con su abnegación y sus luces la digna *Madre Eulalia,* cuya reciente muerte así lloran los amantes de las virtuosas prácticas como los desvalidos que reportan de ellos inmediatos frutos, no ha cesado un solo instante de arbitrar medios, más o menos ingeniosos, para acudir en ayuda de los humanos propósitos de tan digna corporación, como se deduce del generoso paso que motiva la presente publicación.

Oyó decir el señor Miers-Cox que mi opúsculo *Recuerdos del Pasado,* corregido y aumentado, iba a pasar por orden mía, así como mis demás manuscritos, a aumentar el número de aquellos que yacen olvidados en los estantes de la Biblioteca Nacional, y esta simple noticia, que, por insignificante, ni rastros hubiera dejado en la mente de otro alguno, bastó para despertar en la del señor Miers-Cox la idea de utilizarla en obsequio de sus protegidas. Propúsose solicitar de mí el obsequio del manuscrito, correr con todos los gastos y las molestias de su impresión, y entregar la edición a las benéficas madres para que la vendiesen, o para que en cambio de las limosnas que pidiesen pudiesen dar el modesto tributo de un ejemplar impreso santificado con el propósito con que se daba.

En verdad que al redactar los desaliñados apuntes que corrèn impresos con el nombre de *Recuerdos del Pasado,* ni por acaso atravesó mi mente aquello de que ellos pudiesen servir para más calificado objeto que para manifestar, con la fuerza del ejemplo, el poder de la perseverancia, cuando luchando contra los ataques de la aviesa suerte, insiste el hombre en buscar el humano bienestar sin apartarse de los preceptos de la honradez ni desviarse de la senda del trabajo.

Cuando me hube impuesto del objeto de la visita con que me honraba el señor Miers-Cox, no pude menos de expresar a este excelente amigo mi repugnancia a acceder a sus benévolos deseos; no porque yo creyese inoportuno su propósito, sino por la poca importancia del juguete literario que se me pedía para alcanzar tan noble fin. Fueron, sin embargo, tales las exigencias del generoso solicitante, y tales las razones que supo darme aquel recto corazón, siempre dispuesto al planteo o al fomento de toda patria institución que, entrañando el santo principio de la caridad cristiana, tiende a mejorar la condición del menesteroso, que si el señor Miers-Cox ha creído que cumplía con su deber exigiendo lo que de mí exigía, yo creo haber cumplido con el mío, después de resistirme, cediendo a sus solícitos deseos.

Ve, pues, de nuevo, la luz pública esta edición de los *Recuerdos del Pasado,* si no muy mejorada por el crecido aumento de su primitivo contenido, por lo menos muy purgada de los empachosos errores que nacen y corren sin freno en los boletines de los diarios.

Publicada la primera edición en las columnas del diario *La Epoca* de la capital, cuando el autor se encontraba a la sazón ausente, fueron tantos los falsos testimonios con que la impericia del corrector agravó los que levantaron al manuscrito los atropellados cajistas, que bastaría esto solo para imponer silencio y taciturnidad al más atrevido escritor, si no ofrecieran socorrerle, como sucede ahora, más atrevidos editores. Con todos estos errores apareció la segunda edición, que fué tirada por separado sobre aquella composición.

Cierto es que puede tolerarse que un cajista haga decir a un desventurado escritor, *blancura* por *llanura, terneros* por *torreones, tumultos* por *túmulos,* etc., pero en manera alguna que se dejen correr hasta contradicciones, como ser, *tímido* por *temido, no se podía* por *podía, desconocidos* por *conocidos, desairado* por *airado,* etc., y basta, porque reproducir cada uno de estos descuidos, amén de correcciones de palabras y aun de fechas, sería reproducir la obra entera.

De desear es, ahora, que el generoso propósito del señor don Nathaniel Miers-Cox se cumpla en toda la extensión de sus deseos, y creo que se cumplirá, por poco valioso que sea el regalo; porque si es cierto lo que sienta el inmortal Cervantes en su Quijote: que "no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena", por malo que sea el de los *Recuerdos del Pasado,* siempre tendrá de bueno el objeto a que le destina el generoso desprendimiento del señor Miers-Cox, y el nombre de la santa corporación que le sirve de Mecenas.

20 de agosto de 1886.

PROLOGO DE LA SEGUNDA EDICION

La palabra que estas líneas encabeza no siempre tiene el verdadero significado que se le atribuye, pues que siendo las más veces el prólogo obra posterior y no anterior a los escritos que encamina, más le cuadraría el nombre de *postfacio* que el de prefacio, que es, precisamente, lo que ahora acontece respecto a los *Recuerdos del Pasado* contenidos en la presente publicación.

Como mis amigos, al oírme referir algunos rasgos de mi andariega y no siempre afortunada vida, me han expresado deseos de verlos escritos de mi puño y letra, sin sospechar siquiera que ya lo estuviesen en algunas revistas periódicas, bien que bajo el velo de pura invención o de amena literatura, he creído complacerles reuniendo en un solo cuerpo las pocas memorias que me ha sido dado recoger, asignando a cada una de ellas su verdadero significado y la colocación cronológica que en el curso de mi vida les corresponde.

No se crea, sin embargo, que, al aclarar este misterio, entrego impávido a la publicación la vida estéril de un simple individuo; porque al escribir las aisladas memorias que ahora recopilo, no sólo tuve en mira combatir errores y reírme de ridiculeces propias y ajenas, para desterrarlas de mi patria, sino también consignar, en calidad de testigo presencial, lo que éramos, para mejor valorizar lo que somos, y lo que pudiéramos ser, si hubiéramos sido menos remisos en seguir ejemplos dignos de ser imitados.

Da prueba de estos últimos propósitos lo escrito sobre la colonización, y lo ratifica mi viaje a California, que di a luz con el solo objeto de exhibir ante los ojos de mis paisanos los portentosos progresos materiales e intelectuales que alcanza siempre la libre iniciativa individual, cuando al firme propósito de adquirir aquello que se desea se agrega la convicción yanqui: que el verdadero capital en el mundo es la juiciosa aplicación *of bone and muscle.*

Testigo siempre, y muchas veces actor, bosquejo los hechos que relato ajustándome a la forma y colorido que tenían cuando se exhibieron a mi vista; y si ahora, muy a pesar mío, y con el solo objeto de dar más unidad a este ligero juguete,

se me ve emplear con frecuencia el antipático yo individual, es porque no pueden escribirse, excluyéndolo, recuerdos presenciales.

No encontrarán mis amigos en este opúsculo ni acontecimientos completos, ni igualdad en el estilo en que se narran, porque, en el viaje de la vida, los hechos presenciales sólo pueden tener la ilación de continuidad que la fecha en que ocurrieron les asigna; ni tampoco puede haber estilo igual y sostenido, porque entre lo serio y lo ridículo, entre el llanto y la alegría a que están sometidos los humanos acontecimientos, no cabe muchas veces transición.

Santiago, 20 de abril de 1882.

CAPITULO PRIMERO

De cómo el Santiago del año de 1814 al del 22 no alcanza a ser ni la sombra del Santiago de 1860.

¿Qué era Santiago en 1814? ¿Qué era entonces esta ciudad de tan aventajada estatura hoy para su corta edad, y que a las pretensiones más o menos fundadas de gran pueblo reúne aún las pequeñeces propias de la aldea?

Santiago de 1814, para sus felices hijos un encanto, era para el recién llegado extranjero, salvo el cielo encantado de Chile y el imponente aspecto de los Andes, una apartada y triste población, cuyos bajos y mazacotudos edificios, bien que alineados sobre rectas calles, carecían hasta de sabor arquitectónico. Contribuía a disminuir el precio de esta joya del titulado Reino de Chile, hasta su inmundo engaste, porque si bien se alzaba sobre la fértil planicie del Mapocho, limitaba su extensión, al norte el basural del Mapocho; al sur el basural de la Cañada; al oriente el basural del recuesto del Santa Lucía, y el de San Miguel y San Pablo al occidente.

Si la orla de Santiago era basura, ¿qué nombre podría cuadrar a los campos que arrancaban de ella, vista la índole apática y satisfecha de sus ceremoniosos hijos?

Sólo el valle oriental del pueblo, merced a las aguas del Manzanares chileno y a las de los cristalinos arroyos que surgen de los primeros escalones de los Andes, era un verdadero jardín, comparado con los yermos campos que se extendían al norte, al oriente y al sur de nuestra capital.

El llano de Maipo, verdadera hornaza donde el sol estival caldeaba sin contrapeso el sediente pedrero, sólo ostentaba, en vez de árboles, descoloridos romeros, y en vez de pastos, el fugaz *pelo de ratón*. Allí, según el poético decir de nuestros *huasos*, ni el canto de las diucas se escuchaba.

¡Quién al contemplar la satisfecha sorna de nuestro modo material de hilar la vida, hubiera podido adivinar entonces, que andando el tiempo, esos inútiles eriazos visitados por vez primera el año 20 por el turbio Maipo, época en que este río unió parte de su fecundo caudal con las escasas y siempre disputadas aguas del Mapocho, habían de ser los mismos

por donde ahora brama y corre la locomotora a través de las frescas arboledas que circundan mil valiosas heredades rústicas, en cada una de las cuales la industria, y el arte y las comodidades de la vida, parece que hubiesen encontrado su natural asiento! ¡Quién hubiera imaginado que aquellos inmundos ranchos que acrecían la ciudad tras el basural de la antigua Cañada, se habían de convertir en parques, en suntuosas y regias residencias, y lo que es más, que el mismo basural se había de tornar en Alameda de las Delicias, paseo que, sin ruborizarse, puede envidiarnos para sí la más pintada ciudad de la culta Europa! Milagros todos, hijos legítimos de nuestro inmortal 12 de febrero de 1818, época en la que, rota definitivamente la valla que se alzaba entre nosotros y el resto del mundo civilizado, nos resolvimos a campear por nuestra propia y voluntaria cuenta.

Pero no anticipemos.

Santiago, que veinticuatro años después de la época a que me refiero sólo contaba con 46,000 habitantes, visto desde la altura del Santa Lucía, parecía, por sus muchos arbolados, una aldea compuesta de casas-quintas alineadas a uno y otro lado de calles cuyas estrechas veredas invadían con frecuencia, ya estribos salientes de templos y de conventos, ya pilastrones de casas más o menos pretenciosas de vecinos acaudalados; cosa que no debe causar maravilla, porque la Iglesia y la Riqueza nunca olvidan sus tendencias invasoras.

Nuestra capital sólo contaba con una recova y con una sola plaza mayor, en la cual se encontraban, junto con las mejores tiendas de comercio, la Catedral, un convento de monjas, la residencia de las autoridades, el cabildo, y la inexorable cárcel pública, que, a usanza de todos los pueblos de origen español, ostentaba su adusta reja de fierro y las puercas manos de los reos que, asidos a ella, daban audiencia a sus cotidianos visitantes. Era cosa común ver todas las mañanas tendidos, al lado de afuera de la arquería de este triste edificio, uno o dos cadáveres ensangrentados, allí expuestos por la policía para que fuesen reconocidos por sus respectivos deudos.

Desde la puerta de la cárcel, y formando calle con la que ahora llamamos del Estado, se veía alineada una fila de burdos casuchos de madera y de descuidados toldos, que, con el nombre de baratillos, hacían entonces las veces de las graciosas y limpias tiendecillas que adornan ahora las bases de las columnas del portal Fernández Concha. Tras aquellos repugnantes tendejones se ostentaba un mundo de canastos llenos de muy poco fragantes zapatos ababuchados, que esperaban allí la venida de los sábados para proveer de calzado a los hijos de las primeras familias de la metrópoli, por-

que parecía de ordenanza que a esos jovencitos sólo debía durar una semana un par de zapatos de a cuatro reales el par.

En vez del actual portal Fernández Concha existía una baja y obscura arquería, donde estaban colocadas las tiendas de más lujo, verdaderos depósitos de abasto, en los cuales encontraba el comprador, colocados en la forma más democrática, ricos géneros de la China, brocados, lamas de oro, *gafetas,* zarazas, lozas y cristales, cuentas para rosarios, chaquiras, juguetes para niños, cuadros de santos, cohetecitos de la China, azúcar, chocolate, yerba, quincalla, y cuanto Dios crió, alumbrado de noche con velones de puro sebo colocados en candeleros de no menos puro cobre, con su obligado séquito de platillos, de despabiladeras y de chorreras de sebo.

En medio de aquella plaza, que así servía para las procesiones y para las corridas de toros como para el lucimiento de las milicias, se veía un enorme pilón de bronce rodeado siempre de aguadores, que después de llenar con mates (*calabazos*) los barriles de sus cabalgaduras, proveían de agua potable a la población; y a uno y a otro lado, con frecuencia una o dos horcas para los ajusticiados, sin que su tétrica presencia desterrase ni por un instante de aquella aristocrática plaza la fatídica y permanente estaca que llamaban rollo.

Valdivia ni soñó siquiera con la probable altura que, con el tiempo, debían alcanzar las casas de la capital cuando su recto trazado ejecutaba, puesto que sus calles de regular anchura para casas de un solo piso, ya son angostas para casas de dos, y bastaría un piso más para que quedasen condenadas a perpetua sombra.

Gozaban las casas de patios, de corrales y de jardines; todas ostentaban, por entrada, enormes portones, en cuyas robustas manos lucían filas de abultados pernos de cobre para aumentar su solidez; y a ninguna de aquellas que pertenecían a magnates hacía falta, a guisa de adorno coronando el portón, un empingorotado mojinete triangular, en cuyo centro se veían esculpidas las armas que acreditaban la nobleza de sus respectivos dueños.

Todavía el lujo extranjero ni pensaba invadirnos; así es que los salones de nuestros ricos-homes sólo ostentaban lujo chileno; en vez de empapelado, blanqueo; en vez de alfombra de tripe cortado, estera de la India o alfombra hechiza que ocupaba sólo el centro del salón y dejaba francos los lados de la pared para los asientos, cuya colocación concordaba con las rígidas apariencias morales propias de aquel entonces; porque los destinados a las señoras se colocaban siempre en el costado opuesto a aquel donde sólo debía sentarse el sexo masculino: Dedúcese de esta poco estratégica colocación para las amorosas batallas, la mutua angustia de los enamo-

rados, aunque es fama que ellos se desquitaban después, ya por entre las rejas de las ventanas que daban a la calle, ya por sobre las bardas de las paredes de los corrales. Por lo demás, mesas de maderas con embutidos de lo mismo, junto con sus blandones de maciza plata, ostentaban imágenes religiosas, pastillas adornadas del Perú, pavos de filigrana de plata, y mates, manserinas, sahumadores y pebeteros del mismo metal. El adorno de las paredes se reducía a uno o dos espejos con marcos de recortes de espejitos artísticamente acomodados, uno que otro cuadro del santo de la devoción de la familia, y tal cual espantable retratón de algún titulado antecesor hecho por el estilo del buen Josephus Gil. El alumbrado de todo el retablo se hacía con velones de sebo, y en los inviernos se templaba el aire del salón con brasas de carbón de espino colocadas en un poderoso brasero de plata maciza con su guapa tarima en medio del aposento.

Las familias menos acomodadas ostentaban en sus salas de recibo el mismo lujo que las ricas; pero en menor escala, porque salvo la presencia del pianoforte, muy escasos entonces, o la del clave, instrumentos que el pobre suplía con la guitarra arrimada a la pared, y la de la alfombra entera, que el pobre suplía también con una tira de jergón colocada sobre una tarima bajo la cual se sentía el retozo de algunos *cuicitos,* ver una sala de recibo bastaba para poder dar a las demás por vistas.

No sucedía lo mismo con el lujo exterior, cuyo símbolo principal era la calesa, pues semejante carruaje sólo por nobles era usado. Este espantable vehículo, con ruedas por detrás, con una fila de clavos jemales enhiestos en la tabla que les servía de unión, para evitar que los niños de la calle aumentasen con su peso el abrumador del armatoste, con sopandas de cuero, con llantas a pedacitos sujetas en las camas con monstruosos estoperoles, era para la gente acomodada, arca de Noé tirada por una sola mula, sobre la cual, para mayor abundamiento, se arrellanaba el auriga, zambo gordo, con su correspondiente poncho y sombrero guarapón.

Las calles que atravesaba dando coscorrones este digestivo vehículo, en vez de convexas, eran cóncavas, y por su centro, orillado de pedrones, corrían regueros del Mapocho.

No carecía de chiste lo que llamaban alumbrado público. Consistía éste en un farol que la policía obligaba a costear a cada uno de los vecinos del buen Santiago, para que, colgado en el umbral de la puerta de la calle, alumbrase, con una velita de sebo, algo siquiera de las solitarias calles, en las primeras horas de la noche. Mas, como la policía no fijaba ni la clase de farol, ni el tamaño de la vela, faroles de papel y agonizantes y corridos cabitos de sebos lanzaban desde

muchas puertas una mezquina y opaca luz sobre las no muy limpias veredas que tenían al frente, y digo no muy limpias, porque, si medio siglo después aquellas garitas de aseo que bautizó el pueblo con el nombre de *chaurrinas* no fueron aceptadas, dejo al lector deducir lo que sería el tal aseo medio siglo antes. Así es que para evitar indecentes encuentros, las damas que salían a visitar de noche iban siempre precedidas de un sirviente que, armado de un garrote y provisto de un farol, se detenía a cada momento, ya para alumbrar el pasaje de las acequias que corrían a cara descubierta por el medio de las calles derechas, ya para hacer lo mismo en el de las subterráneas de las atravesadas, cuyos desbordes, que llamaban tacos, inundaban con asquerosas avenidas trechos extensos de la vía pública.

Pero no se crea que porque hablamos de garrotes y de farolitos pretendemos sentar que la capital del Reino de Chile carecía entonces de policía nocturna de seguridad: porque esa policía existía y con el curioso nombre de Serenía, así como sus soldados, con el de serenos; si bien hasta ahora nadie ha podido adivinar si este nombre proviene del sereno que cogía el guardián en las noches claras, o bien de la serenidad con que aguantaba los aguaceros en las noches turbias. El sereno, a su privativa obligación, reunía la de asustar al diablo y la de ser el reloj y el barómetro ambulante del pueblo. Oíanse a cada rato, en las silenciosas horas de la noche, los desapacibles berridos de estos guardianes, quienes, tras un destemplado y estrepitoso *¡Ave María Purísima!*, gritaban la hora que sonaba el histórico reloj del templo de la Compañía, y, en seguida, el estado atmosférico.

Un día, después de recorrer las casas del barrio, entró en la de mis padres, con gran séquito de muchachos y de curiosos, una bandeja que bajo una añascada servilleta ocultaba en su centro un misterioso bulto. ¿Qué podría ser aquello?

¿Por qué se daban tanta prisa en santiguarse las beatas al aproximarse a la bandeja? ¡Qué otra cosa había de ser sino que allí estaba en el cuerpo y alma el mismísimo zapato del diablo, con sus clavos gastados, su talón caído y su azufrado aliento! Decía la crónica de entonces, que la noche anterior, al atravesar el diablo la plazuela de la Compañía, caballero sobre otro diablo introducido en una yegua, tuvo tal susto al oír un inspirado *¡Ave María!* que le disparó un sereno al cantar la hora que, sobrecogido, perdió los estribos, y que al volar maldiciendo y dándose, asímismo, calle abajo, se le había caído aquel zapato.

Exhibiciones que tan a lo vivo como ésta manifestaban el estado de inocente credulidad en que nuestro pueblo se encontraba en la época colonial, no eran escasas; pues yo re-

cuerdo haber visto, después de la batalla de Chacabuco, otra bandeja igualmente andariega y misteriosa, en la cual, en vez de un sucio chancletón, se veía un celemín de colitas de marrano, que pasaban por apéndices traceros cortados por nuestros soldados en el fragor de aquella refriega a los sarracenos, nombre que también se daba entonces a los militares peninsulares.

Pero, si es cierto que Santiago no gozaba de aquellos regalos ni de aquellas comodidades que constituyen lo que los ingleses llaman *confortable*, también lo es que a medida que hemos ido entrando en ellas, hemos ido perdiendo aquella manifiesta y leal confraternidad, aquella envidiable franqueza que desplegaban los dueños de casa para con las familias amigas o desconocidas que venían de otro barrio a avecindarse en el suyo; pues al recado de felicitación se unía siempre el ofrecimiento de la paila y de la jeringa. Esta confraternidad subía de punto para con los deudos y convidados, sobre todo a la hora de comer. La dueña de casa, a poco de principiar la comida, buscaba solícita en su propio plato o en el de aceitunas, que nunca hacía falta en la mesa, un apetitoso bocado, y, elevándolo con su propio tenedor, se lo ofrecía con gracioso ademán al convidado, quien, haciendo con presteza otro tanto con su tenedor, devolvía a la dama la fineza con un cortés saludo. Cuando se servía algún guiso o alguna notable confección culinaria, al momento el dueño de casa se acordaba de aquel de sus amigos o parientes que más gustaba de este bocado, y en el acto, colocado en una fuente con tapa un buen trozo del apetitoso manjar, cubierto todo con una añascada y limpia servilleta, caminaba para la casa del favorecido. Pero esto nada era en comparación del recado que acompañaba el obsequio, recado que era, es, y será mientras vivan hombres en el mundo, la quinta esencia de todas las finezas habidas y por haber. Decía así: "mando a usted ese bocado, *porque me estaba gustando*". Ese *me estaba gustando*, que tampocó se usa en el día en parte alguna por lo difícil que es al hombre traducir en hechos su significado, se usaba entonces en Chile: y a fe que si el buen Victor Hugo le cogiese a mano, si para traducir el sentido de la porquería que dijo el irritado Cambronne empleó páginas enteras, para el *me estaba gustando*, escribiría tres tomos.

El bello sexo santiagueño del año 14 merecía, sin ser tan artificioso en su atavío como lo es el del día, el nombre de bello que siempre le ha sentado.

El adorno de la cabeza se reducía, en vez de sombrero europeo al propio e incomparable cabello de la mujer chilena, a la airosa mantilla, y a tal cual flor recién cogida del jardín. Las niñas lucían simples trenzas y sólo *levantaban moño*

cuando se casaban. Lo que es polvo de arroz, velutina, brillantina y cuantas trampas terminan en ina, no se merecían en aquella época; pero a trueque de todos ellas. nunca dejó de oirse a todas horas en las calles de Santiago la voz chillona de una vieja que de puerta en puerta repetía: *¡Oblea! ¡Pajuela! ¡Solimán crudo!* Eran: lo primero. unas hostias mal hechas, de las cuales cortaba con tijera, el que escribía, cuadros para pegar el cierro de sus cartas; lo segundo, mechas de algodón azufradas que desempeñaban las funciones de los fósforos del día: y lo tercero, el precursor obligado de todos los afeites femeninos.

La palidez y las ojeras sólo indicaban entonces enfermedades, calaveradas o malas noches, y nunca la echaron de cebo para atraer enamorados, ni de galas de hermosura, como sucedió después. Merced a la sencillez y a la limpieza del vestido corto, nunca profanado por la tierra y las inmundicias de la calle, lucía en todas partes la airosa santiagueña uno de sus más inocentes y poderosos atractivos, aquel pulido y bien calzado pie que nunca deja de admirar la raza sajona cuando visita las regiones meridionales; así es que ni en la mente más extravagante pudo detenerse entonces la estrafalaria idea de que algún día llegase la mujer chilena, por espíritu de imitación, a ocupar su pie bajo los polvorosos pliegues de una asquerosa escoba de barrer calles, que no es otra cosa el traje rico y arrastrado que ahora llevan. Ocurriósele en aquel tiempo a una bisoja, pero elegante y acaudalada moza española, encubrir su defectuoso mirar echándose al descuido y con cuidado sobre el ojo izquierdo un crespo de sus preciosos cabellos, y las chilenas encubrieron uno de sus dos luceros, por entrar en la moda. Quiso una barrigona embarazada dar a sus dos contrapuestas prominencias una forma más aceptable, y se caló el guardainfante, que acabó por crinolina, y las doncellas chilenas, sin tener infantes que guardar, se plantaron también su guardainfante. A otra vieja francesa, por encubrir las arrugas de su frente, se le ocurrió desparramar sobre aquel eriazo un borbollón de crespos postizos, y las chilenas ocultaron y siguen ocultando su hermosa y tersa frente con esos extravagantes apéndices que sólo pueden caer bien a las viejas y a los caballos. Pero consolémonos, pues todas estas trampillas no alcanzan sólo a la mujer chilena, porque son importadas.

Embrionaria por demás era la educación escolar en aquel pasado tiempo; la que se daba a la mujer se reducía a leer, a escribir y a rezar; la del hombre que no aspiraba ni a la iglesia ni a la toga, a leer con sonsonete, a escribir sin gramática, y a saber de saltado la tabla de multiplicar, con aquello de *fuera de los nueves*. Olvidábaseme decir que el alfabe-

to tenía una letra más de las que ahora tiene, la Cruz de Malta, que precedía a la letra A, y que se llamaba Cristus.

Nuestras escuelas de hombres, adonde concurríamos niñitos hasta de 17 años de edad, todos de chaqueta y mal traídos, no por falta de recursos, sino por sobrado desastrosos, a pesar del látigo y del mango del plumero manejado con bastante destreza por nuestros graves antecesores, se reducían a un largo salón partido de por medio por una mesa angosta que dividía a los educados en dos bandas, para que pudiesen mejor disputarse la palma del saber. Uno de los costados de la mesa llevaba el nombre de Roma, el otro el de Cartago; y un cuadro simbólico representando la cabeza de un borrico, de cuyo hocico colgaban un látigo y una palmeta, era por su mudable colocación el castigo del vencido o el premio del vencedor.

El profesor o *dómine*, quien, como todos los de su especie entonces, podía llamarse don Tremendo, ocupando en alto una de las cabeceras del salón, ostentaba sobre la mesa que tenía por delante, al lado de algunas muestras de escritura y de tal cual garabateado *catón*, una morruda palmeta con su correspondiente látigo, verdaderos propulsores de la instrucción y del saber humanos en una época en que se encontraba sumo chiste y mucha verdad al dicho brutal: *la letra con sangre entra.*

En cuanto a la educación superior, peor es meneallo, porque todo lo aprendíamos en latín, para mayor claridad. Del estudio especial del idioma español, ¿para qué hablar? ni ¿quién podía perder tiempo en ponerse a estudiar un idioma que todos nacíamos hablando? Como diz que se expresó, por mal de sus pecados, el buen don Juan Egaña cuando se le consultó si el estudio de la gramática castellana debería o no entrar a formar parte de los ramos especiales que se enseñaban en nuestros colegios. Y ya que el acaso me ha hecho topar con la gramática de la Academia Española, no está de más que sepan nuestros sabios del día que en 1814 ni vislumbre siquiera existía en Chile de semejante mueble. En las conversaciones que el acaso me proporcionaba tener con el distinguido patriota y sabio jurisconsulto don Gabriel Palma sobre la educación que se daba en Chile a la juventud en aquella época, me aseguró, y este dato fué ratificado después por los viejos generales Lastra y Pinto, que en 1815, siendo él profesor de latinidad en el Seminario, enseñaba a hurtadillas y como por mero adorno suplemental a sus manteístas, algunas reglas de hablar y de escribir en castellano, porque nadie se hubiera entonces atrevido a enseñar al público semejante bagatela. No había en parte alguna ni gramáticas ni diccionarios puramente españoles, porque estas dos bases

fundamentales de nuestro idioma sólo comenzaron a verse entre nosotros, y en muy contado número, a principios del año de 1817.

Nadie podrá disputar con justicia a Palma la gloria de haber sido el primer profesor de gramática castellana en Chile, ni al general don Francisco Antonio Pinto la de haber hecho terciar, por primera vez, al gobierno patrio en esta mejora de la pública instrucción, al ordenar, como ministro del interior, el año de 1825, que tuviese el estudio especial de la gramática castellana como parte integrante de los del Instituto. Pero no quiero anticiparme, para no destruir la ilación que me imponen las fechas.

La *cimarra,* sustantivo chileno derivado del adjetivo cimarrón, fué seguramente inventada para los niños de mi tiempo. Concurríamos temprano a las escuelas, y por poco que tardase en abrir el profesor, nos llamábamos a huelga, y sin más esperar nos marchábamos al río a provocar a los chimberos para decidir quién quedaría dueño aquel día del puente de palo. En él y bajo de él, porque el río iba casi siempre en seco, nos zamarreábamos a punta de pedradas y de puñetes hasta la hora de regresar a nuestras casas, lleno el cuerpo de moretones y la cabeza de disculpas, para evitar las consecuencias del enojo paterno, aunque siempre en vano, porque el palo del plumero nunca dejaba de quitarnos de las costillas el poco polvo que nos habían dejado en ellas los mojicones.

Cuando recuerdo que hombrecitos de 14 a 16 años andábamos todas las siestas, a hurto de nuestros padres, corriendo por tejados y desvanes pesa en mano, para apoderarnos de los volantines ajenos; cuando recuerdo cuánto afán costaba a nuestros padres, después de hacernos *saludar a la gente,* el conseguir que permaneciésemos algunos momentos en la sala de recibo, y veo que los niños del día, no sólo acuden a saludar sin ser llamados, sino que ni siquiera nos dejan hablar por quererse meter a gentes antes de tiempo; cuando recuerdo que considerábamos perdido el día domingo que no había sido empleado en correr a caballo, en enlazar, en buscar camorras, en trepar sobre los árboles, en rompernos la ropa, en embarrarnos y hasta en extender cuerda de vereda a vereda para levantar perros a la pasada; y veo ahora que jueves y domingo se inunda de pequeños y satisfechos estudiantes nuestro principal paseo; que cada uno de ellos en los días comunes anda mejor traído que lo que andábamos nosotros en los días festivos· que a ninguno le falta bastón en vez de llevar pañuelo, pues más necesidad tienen las narices de éste, que sus infantiles pies del primero; que en todas partes se adelantan a ocupar los sofás de preferencia, sin

cuidarse de cederlos a las señoras; que cuando andan juntos no se oye más voz que la de ellos, y cuando solos, parece por su afectada gravedad que, puesta la mente en alguna Dulcinea, anduviesen en pos de consonantes para una endecha amorosa; cuando les oigo muy orondos meter su cuchara de pan en los puntos más delicados del derecho, en lo más intrincado de las cuestiones religiosas, en la inconstancia de las mujeres, y hasta en el hastío que les causan los desengaños de la vida, de veras que me siento humillado por mis antecedentes. La altura a que han llegado nuestros niños en el día, sólo puede igualarse en tamaño con la hondura del abismo en que se criaron los niños de mi tiempo.

También gozaban de especial sabor las diversiones públicas de aquel Santiago del recién proscrito faldellín. Las carreras de la Pampilla y del Llanito de Portales eran los lugares donde a campo abierto y sin tribuna alguna, nobles y plebeyos acudían encaramados sobre toneladas de pellejos liguanos a disputar el premio, ya de la velocidad o ya del poderoso empuje del pecho de los caballos, diversión que, estimulada por la bebida y el canto, solía lucir por obligado postre, amén de algunas costaladas, tal cual descomedida puñalada. No menos democráticos que las carreras, los burdos asientos del reñidero de gallos colocaban hombro con hombro al marqués y al pollero, sin que ninguna de estas dos opuestas entidades, entusiasmadas por el ruido de las apuestas y el revuelo de los gallos, se curase de averiguar la supuesta o la real importancia de su vecino. Las corridas de toros, las de gallardas cañas, se alternaban con las festividades religiosas de dentro y de fuera de los templos. Los días de los santos de hombres ricos, la escasa música de la guarnición de la plaza recorría solícita las calles y tocaba en los patios de las casas de los pudientes que enteraban año. El ceremonioso contoneo, la bolonilla, el calzón corto y la hebilla de oro, ordinarios acólitos de los besamanos, contrastaban con los repiques de campanas y con los voladores y las temidas *viejas* que atronaban el aire cuando el natalicio del Rey o cuando la entrada de un nuevo Gobernador y Capitán General del Reino de Chile. Las visitas a los retablos de los nacimientos y las *comisiones,* esas batallas aéreas de volantines contra estrellas hasta de cien pliegos de papel de magnitud, cuyas caídas y enredos de cordeles alborotaban a los dueños de casa, se llevaban las tejas por delante y ocasionaban en las calles *chañaduras* y muchas veces navajazos y bofetadas; todas estas diversiones, inclusa aquella de sacar reos de la cárcel para matar a garrotazos perros en las calles, daban golpe y materia de variada conversación en el feliz Santiago.

Lo que es teatro, poco o nada se estilaba; porque todavía

los títeres, verdaderos precursores del teatro, cuasi ocupaban por entero su lugar, así es que muy de tarde en tarde hacían olvidar los chistes del antiguo *Joseeito*, hoy *Don Pascual*, algunos espantables comediones o sainetes que, con el nombre de *Autos Sacramentales*, solían representarse en los conventos.

Siempre entraban en estas composiciones religiosas, muy celebradas entonces, su San Pedro, su San Miguel con aquello de:

Yo soy el ángel que vengo
De la celestial esfera
Mandado del mismo Dios
Para hacerte cruda guerra;

el Rey Moro, el Diablo, el gracioso, la criada respondona; y cuantos otros disparates podía personificar el mal gusto.

Concordaban a lo vizcaíno los trajes con las personas que debían caracterizar, y sólo faltó para su incuestionable perfección, que algún roto saliera haciendo de Julio César con botas granaderas y su guapa chapa de pedreñales en la cintura.

Puede calcularse cuan en mantillas estaría el teatro el año catorce por lo que era el año veinte, y esto que tenía por padre y por sostenedor a un hombre tan activo, tan inteligente y patriota como lo era don Domingo Arteaga, sin cuyo celo quién sabe cuánto tiempo más hubiéramos tenido que pasar contentándonos con simples teatros como el de la *chingana de ña Borja*. A este activísimo empresario debemos la erección del primer teatro chileno, fundado el año 18 en la calle de las Ramadas, trasladado el año 19 a la de la Catedral y colocado de firme el año 20 en la antigua plazuela de la Compañía, hoy plaza de O'Higgins.

Como la moralidad de las representaciones teatrales era cuestionada por los rancios partidarios del Rey, los patriotas, convirtiendo el teatro en arma de combate, después de escribir con gordas letras en el telón de boca estos dos versos de don Bernardo de Vera:

He aquí el espejo de virtud y vicio,
Miraos en él y pronunciad el juicio,

establecieron como regla fija que el teatro se abriera siempre con la Canción Nacional, versos del mismo Vera y música del violinista don Manuel Robles, y que sólo se representaran en él, con preferencia a otros dramas, aquellos que, como *Roma libre*, tuvieran más relación con la situación política en que el país se encontraba.

Como quiera que fuese, en el teatro, ni actores ni especta-

dores se daban cuenta del papel que a cada uno correspondía. En el simulacro de las batallas, los de afuera animaban a los del proscenio; en el baile, los de afuera tamboreaban el compás, y si alguno hacía de escondido y otro parecía que le buscaba inútilmente, nunca faltaba quien le ayudase desde la plantea diciendo: *¡Bajo la mesa está!* Recuerdo dos hechos característicos. Fué una vez pifiada aquella afamada cómica Lucía, que era la mejor que teníamos, y ella, en cambio, y con la mayor desenvoltura, increpó al público, lanzándole con desdeñoso ademán la palabra más puerca que puede salir de la boca de una irritada verdulera. Fué llevada a la cárcel, es cierto; pero también lo es que al siguiente domingo, mediante un cogollo o *pecavi* que ella confabuló para el público, éste la comenzó a aplaudir de nuevo. En la platea figuraban siempre en calidad de policía tres soldados armados de fusil y bayoneta: uno a la izquierda, otro a la derecha de la orquesta y el tercero en la entrada principal. Principiaba entonces el uso de no fumar en el teatro; pero un *gringo* que no entendía de prohibiciones, sobre todo en América, sin recordar que tenía el soldado a su lado, y sobre su cabeza el palco del Director Supremo, don Bernardo O'Higgins, sacó un puro y muy tranquilo se lo puso a fumar. El soldado lo reconvino, el *gringo* no hizo caso; pero apenas volvió el soldado a reconvenirlo con ademán amenazador, cuando saltando el *gringo* como un gato rabioso, empuña el fusil del soldado para quitárselo, y se arma entre ambos tan brava pelotera de cimbrones y de barquinazos, que Otelo y Loredano desde el proscenio y los espectadores desde afuera, se olvidaron de la enamorada Edelmira para sólo contraerse al nuevo lance. O'Higgins, que no quiso ser menos que todos los demás, sacando el cuerpo fuera del palco, con voz sonora gritó al soldado: *¡cuidado, muchacho, como te quiten el fusil!* Envalentonado entonces el soldado, desprendió el fusil de la garra británica, y de un esforzado culatazo tendió al *gringo* de espalda en el suelo. ¿Y qué sucedió después? Nada. Se dió por terminado el incidente y Edelmira volvió a recobrar sus fueros.

Pero no todo era solaz y recreo en el Santiago de la Patria Vieja y de San Bruno, porque la seguridad individual que se gozaba en él casi no merecía semejante nombre. A cada rato corría de boca en boca, a falta de diarios noticiosos, que algún salteo o algún asesinato se había perpetrado en alguno de los conocidos centros del crimen, como ser Pasos de Huechuraba, San Ignacio, Portezuelo de Colina, La Dormida, Cuestas de Lo Prado y de Zapata, Llanos de Peñuelas y otros lugares cuyos nombres omito, porque no estaban, como lo estaban éstos, en tan frecuentado contacto con la capital.

Los viajes se hacían a caballo; mas ninguno viajaba sin

su chapa de pistolas, su machete y muchas veces sin su naranjero, antigua ametralladora en cuya boca, que parecía trompa, se echaba, para cargarle, un puñado de balas.

Allá por los fines de cada septiembre, época de los rodeos, se notaba gran movimiento de carretas, de mulas y de huasos a caballo en las puertas y en los patios de las casas de los hacendados que se disponían a marchar con sus familias hacia sus propiedades rurales. Las carretas, único vehículo que en los viajes usaban las señoras, los niños y las criadas, eran unos pesadísimos y antediluvianos armatostes, cuyas toscas ruedas llevaban por llantas burdos trozos de algarrobo sujetos con estacas de lo mismo, y por ejes, gruesos garrotes de madera, hechos, como vulgarmente se dice, a punta de hacha, que no dejaban de chirriar desde el momento de ponerse en marcha hasta el de llegar a su destino. Sólo 26 años después, esto es, el año 1830, se introdujo por primera vez en Chile el uso de la llanta de fierro para mejorar esta importante Arca de Noé. En ella, junto con los colchones que cubrían el centro para mitigar la fuerza de los golpes que le hacían dar las desigualdades del piso de los caminos, y la cortina de seda que adornaba su entrada, se veía siempre figurar en el más amigable y franco consorcio, señoras, criadas, niños, canastos con naranjas, canastos con huevos duros y con fiambres, canastitos de dulces de las recogidas, el tiesto íntimo de plata maciza, la harina tostada, el charqui para valdiviano, el terrífico instrumento del bitoque y la siempre consoladora guitarra. Con este ajuar, y al lento paso de pesados bueyes, se llegaba al cabo del día, después de sufrir un sol abrasador, a unos simulacros de posadas o de ventas donde todo faltaba menos la incomodidad. En cuatro días se llegaba a Valparaíso, y en más o menos tiempo a las haciendas adonde se dirigían las caravanas primaverales.

Los comerciantes de Santiago ocurrían con frecuencia para el abasto de mercaderías a Buenos Aires, desde cuya plaza, a lomo de mula y a través de las peligrosas laderas de los Andes, internaban en Chile los efectos que no les era dado encontrar en la aldea de Valparaíso.

¡Cuánto tiempo no se perdía entonces, cuánta vida no se malgastaba en puros viajes!

No sólo, pues, debe buscarse la causa del atraso en que yacen algunas naciones en las instituciones políticas que las rigen. El forzoso aislamiento en que se encuentran en sus respectivas residencias los hijos del mismo país, la falta de continuo y fácil contacto entre unos y otros, concurren a una, con las malas instituciones, al lamentable atraso del comercio, de la industria y al de la misma civilización. Los caminos y la supresión de las distancias hacen al hombre más social,

prolongar su vida útil, y con la experiencia que ésta da, mejora en todos sentidos su condición.

Quien vió a Santiago el año 1814 y lo tornó a ver el de 1825, pudo decir con fundamento: O los grandes acontecimientos políticos y sociales recién desarrollados en este pueblo no le han dado siquiera tiempo para vestir un traje menos raído, o Santiago ha nacido para eternizarse como se está.

El Santiago material del año catorce, salvo escasísimos retoques, era el mismísimo del año veinticinco. Sólo porque no se me enfaden los santiagueños nacidos el año 1830 no quiero traer, con detalles, a la memoria los sustos que pasábamos en la feliz Cañada cuando escapaba alguna vaca del inmundo matadero de San Miguel, perseguida con temerosa algazara por perros y por huasos de a caballo, y atravesaba furiosa aquel paseo, llevándose por delante cuanto encontraba. Cierto es que el año de 1830 ya no tenía que andar forzosamente el Presidente con banda lacre y rapacejos de oro, como lo es también que ya ese año comenzó la derrota de las pesadísimas calesas, la feliz aunque lenta introducción de birlochos y de coches, aunque para ser justos es fuerza no olvidar que los tales carruajes se lavaban en plena calle a fuerza de abluciones de agua de la acequia lanzadas sobre el vehículo a punta de *mate* o de cáscaras de sandías.

Pero no nos burlemos de modestas cunas; las andrajosas aldeas de Santiago y Concepción fueron las de nuestros padres, y de entre aquellos andrajos se alzaron los gigantes a quienes debemos patria y libertad.

Descrito sobre corriendo el primer teatro de mis pasados tiempos, voy a seguir consignando, según el orden numérico de los años transcurridos, lo poco que la edad no ha podido aún borrar de mi memoria.

CAPITULO II

Valparaíso.— Primera lección de Derecho Internacional Positivo.— Lastra.— Carrera.— Derrota de Rancagua. — Osorio.— Juan Fernández.— Juan Enrique Rosales.— Su hija Rosario.— Prisión de mi madre.— Felipe Santiago del Solar.

Entonces como ahora, en los veranos, muchas familias de Santiago, por buscar expansión y mejor aire, trocaban las comodidades del aristocrático hogar, ya por las rústicas e incómodas ratoneras de sus casas de campo, ya por los no menos incómodos alojamientos que se procuraban en los puertos marítimos, adonde acudían a bañarse, a torear la ola, a ver barcos y a recoger caracolitos para regalar a las amigas a su vuelta a Santiago.

Y tenía razón de huir de tan poco higiénica población las gentes en los veranos.

En pos de respirar más puros aires, encontrábase entonces mi familia respirando el que en aquella época corría en el desgreñado Valparaíso: ambiente que si entonces era hediondo, merece por lo menos el premio de la perseverancia, pues ha sabido conservar, si no aumentar, sus quilates hasta la época presente.

Nuestro Valparaíso comenzaba apenas en el año de 1814 a abandonar la cáscara que encubría su casi embrionaria existencia. La aristocracia, el comercio y las bodegas se daban la mano para no alejarse de la iglesia Matriz; y el gobernador vivía encaramado en el castillo más inmediato, que era uno de los tres que defendían el puerto contra las correrías de los piratas. Lo que es ahora suntuoso Almendral, era a modo de una calle larga formada de ranchitos y de tal cual casucho de teja, arrabal por donde pasaban, para llegar al puerto, las chillonas carretas y las pocas recuas de mulas que conducían frutos del país para embarcar y para el escaso consumo de aquella aldea. Toda la playa, desde ese extremo al otro de la bahía, era un desierto que sólo visitaban las mareas, y en el cual, en medio del sargazo y junto a algunas estacas donde los pescadores colgaban sus redes para orearlas, se veían

varados algunos de los informes troncos de árboles ahuecados que llevan aún el nombre de canoas.

La comunicación del puerto con el Almendral no era tampoco expedita, puesto que el mar, azotando en las altas mareas con violencia las rocas de la caverna llamada Cueva del Chivato, cortaba en dos partes la desierta playa. Recuerdo que la policía, para evitar los robos que solían hacerse de noche en aquel estrecho paso, colocaba en él, suspendido de una estaca, un farolito de papel con su guapa vela de sebo de las de a cinco al real. Con decir que los zapatos se mandaban hacer a Santiago, basta para dejar sentado que, después de San Francisco de California, con iguales recursos, ningún pueblo de los conocidos ha aventajado a Valparaíso, ni en la rapidez de su crecimiento ni en su importancia relativa, sobre las aguas de los mares occidentales.

Entre los contados cascarones que mecían las aguas de aquella desierta bahía, sobresalía imponente, al mando del bizarro comodoro David Porter, la hermosa *Essex,* fragata norteamericana de cuarenta cañones, cuya alegre marinería en los cerros, y su no menos festiva oficialidad en los planes, daban a la dormida aldea un aspecto dominguero, lo cual, por lo mismo que era bueno, no pudo ser de larga duración.

Habían ocurrido de nuevo al desastroso recurso de las armas la antigua madre Inglaterra y su altiva y recién emancipada hija Norteamérica. Buscábanse sus respectivas naves en todos los mares para despedazarse, cuando en medio del contento que esparcía en Valparaíso la estadía de la *Essex,* se vió con espanto en la boca del puerto aparecer en demanda de ella a la *Phoebe* y a la *Cherub,* dos poderosos buques de guerra británicos que, a todo trapo, tiraban a acortar las distancias para cañonearla.

Hízose fuego desde tierra para indicar a los agresores, con los penachos de agua que levantaban las balas de nuestros castillos, hasta dónde alcanzaba nuestra jurisdicción marítima y el propósito de sostener nuestra neutralidad en ella, lo que parecieron comprender los ingleses, pues ese día y el siguiente limitaron su acción a simples voltejeos fuera de tiro de cañón.

Recuerdo que en la tarde del día 28 de marzo, cuando estaban en lo mejor vaciando algunas botellas en casa de las Rosales algunos de los oficiales de la *Essex* que habían bajado en busca de provisiones frescas, el repentino estruendo de un cañonazo de ésta les hizo a todos lanzarse a sus gorras, y sin más despedida que el fantástico *adiós para siempre* del alegre y confiado calavera, saltar echando hurras en su bote.

Muchas familias acudieron a los cerros para mejor presenciar lo que calculaban que iba a pasar, y vimos que la *Essex,* aprovechando de un viento fresco y confiada en su superior andar, se disponía a forzar el bloqueo, ya que no le era posible admitir el desigual combate que se le ofrecía, cuando las naves inglesas, temerosas de que se les escapase la codiciada presa, la atacaron en el mismo puerto. Faltóle el viento a la *Essex* en su segunda bordada, quedando en tan indefensa posición que llegamos a creerla encallada, y allí, a pesar de los disparos de nuestras fortalezas para que los ingleses no siguieran su obra de agresión dentro de nuestras mismas aguas, fué la *Essex* despedazada y rendida.

Tal fué la primera lección de Derecho Público positiva y práctica que me hizo apuntar en la cartera de mis recuerdos la culta Inglaterra, pues ni siquiera dió después al amigo, cuya casa había atropellado, la más leve satisfacción.

Vueltos a Santiago, no tardamos en convencernos de que el año de 1814, año de disturbios y de desaciertos, de glorias y de desastres, no debía de terminar antes de grabar con su propia mano, en la sangrienta lápida destinada a cubrir los gloriosos restos de la Patria Vieja, su mortuorio epitafio. Mas, no siendo mi propósito entrar en el dominio de la historia al sacar del olvido estos recuerdos, no debe extrañarse que, dejando esa tarea a más calificadas plumas, concrete estos apuntes y señalar los hechos íntimos que yo mismo he presenciado, y a dibujarlos tales como se me presentaron, desnudos de comentarios y de antojadizas apreciaciones.

Gobernaba entonces en Santiago, con el título de Director Supremo del Estado, el cumplido y recto caballero coronel don Francisco de la Lastra, patriota sin miedo y sin tacha, quien, después de haber servido en la real armada española, había entrado, sin titubear, en el torbellino revolucionario en obsequio de la libertad de su patria. Desgraciadamente la honradez del caballero y el puro y desinteresado patriotismo no eran entonces prendas capaces por sí solas de sostener a nadie en lo alto del poder.

Para conseguir ese propósito era necesario que a tan apreciables dotes se uniesen el arrojo y la suspicacia que acompañan siempre a la ambición, y Lastra era tan poco ambicioso cuanto confiado en demasía.

Entre dos bandos políticos que se disputaban porfiados el manejo de las riendas del Estado, descollaba el carrerino, en el cual figuraban en primer término, al lado de muy distinguidos hombres de letras y de valía, el brillante don José Miguel, el adamado don Luis y el jayán de la familia, don Juan José Carrera. Militares los tres hermanos e igualmen-

te exaltados patriotas, don Luis y don Juan José reconocían a don José Miguel como jefe de la familia y del partido, tanto por su talento y sus conocimientos militares, cuanto por las consideraciones de general aprecio que supo granjearse desde los primeros días de su llegada de España al seno de su patria.

Este joven, que tan brillantes cuanto dolorosas páginas ocupa con su vida en la historia de los primeros tiempos de nuestra emancipación política, había llegado a Chile poco después de la instalación de nuestro primer ensayo de Congreso, precedido del honroso antecedente de haber abandonado en España el seguro y, para su edad, brillante puesto de teniente coronel de Húsares de los reales ejércitos, por correr los azares y peligros de una revolución de dudoso éxito, pero que podía, tal vez, dar por resultado la emancipación de su patria del dominio español.

Acompañaban a su feliz estrella, para hacerle desear en los estrados, su figura bien proporcionada, su más bien alta que mediana estatura, su carácter festivo y travieso, su donairosa conversación sazonada de pullas gaditanas que aceraba su natural talento, la soltura y desembarazo del soldado caballero, el fantástico y siempre elegante modo de vestirse, y su exquisita galantería para con las damas; para captarle el aprecio de los hombres pensadores sus ideas republicanas, su desembarazado arrojo para emitirlas, sus conocimientos militares y el ningún empacho que tenía para sacar impávido la cara en los peligros que podían surgir de su franca energía; y para hacerle ídolo del soldado y del bajo pueblo, su llaneza, su afectado desprecio a las clases privilegiadas y su generosidad, que rayaba en derroche.

Con semejantes prendas, fácil hubiera sido deducir hasta dónde hubiera podido alcanzar este Alcibiades chileno a quien tan poco le costaba ser docto entre los doctos, Lovelace entre las mujeres, grosero y travieso en los arrabales; y soldado en los cuarteles, si la ambición de ser entre todos el primero, le hubiera permitido esperar los acontecimientos que junto con otros preparaba, en vez de precipitarlos.

Fueron los tres hermanos Carrera, y muy especialmente don José Miguel, íntimos amigos de la familia de los Rosales. Así es que no nos causó extrañeza, cuando volvimos de Valparaíso, encontrar ocultos y asilados en nuestra casa al loco de José Miguel, como lo apellidaba por cariño mi abuelo don Juan Enrique Rosales, y a su hermano Luis, recién escapado de la cárcel de Chillán, a donde el torbellino político lo había arrojado.

Es mucho más difícil y aun peligroso de lo que parece,

estarse en los términos medios en política. No tenía mi familia motivo alguno para ser enemiga de Lastra, tenía motivos para estimar a Carrera y a O'Higgins, bizarro rival de éste, y todos dispensaban a mis padres cariños y respetos debidamente correspondidos.

La presencia de los Carrera en casa, el desenfado y aun la imprudencia con que don José Miguel salía y entraba de noche en ella, recibía visitas de encapados y despachaba emisarios, tenían alarmada a la familia, que temía por instantes verse arrastrada por corrientes de las circunstancias a hacerse reo de actos que no aceptaba, pero que la amistad la obligaba a tolerar. Esta situación no estaba ni podía estar destinada a ser de larga duración.

La noche que precedió a la violenta deposición del Director Supremo don Francisco de la Lastra tuvo don José Miguel en la antesala de casa una acalorada, bien que amigable discusión con mi madre doña Mercedes Rosales. Procuraba él tranquilizarla, desvirtuando con alegres chistes las serias reflexiones que la señora le dirigía; tanto que llegó el momento en que ella, amenazándolo con el abanico, le dijo estas palabras, cuyo significado vine a comprender después: "¡Hasta cuándo eres loco, José Miguel! Mira que al cabo te ha de suceder alguna desgracia; espera siquiera que llegue mi padre!" Don José Miguel, que parecía en ese instante más preocupado de lo que pensaba que de lo que oía, soltando una sonora carcajada, después de haber mirado su reloj, cogió precipitado el sombrero, y con un expresivo "no tenga usted cuidado, misiá Merceditas; haga usted de cuenta que ya el pájaro está en la jaula y, por si acaso, asegure bien la puerta". En seguida dirigióse hacia la de la cochera, por donde solía manejarse, y desapareció.

Al día siguiente fué Lastra arrojado del poder.

En la fresca mañana del día 1.º de octubre de 1814 el amodorrado Santiago de 1809, lanzado un año después en el torbellino revolucionario que inició la éra de la emancipación política del conocido, aunque no sé por qué llamado Reino de Chile, presentaba el aspecto de un pueblo desasosegado en cuyo ánimo alternaban, con febril afán, la alegría y el temor, la esperanza y el desconsuelo; y no sin causa, pues echábase en aquellos momentos a la dudosa suerte de las armas, en la heroica aldea de Rancagua, el porvenir del país como nación independiente.

Mal cimentado aún el gobierno patrio por haber sido presa hasta entonces de las naturales convulsiones que siempre agitan a los pueblos en la época de su regeneración política, y sorprendido en medio de una revolución fratricida

por las fuerzas españolas que venían a la reconquista al mando de don Mariano Osorio, marchando sobre la capital, no había quedado a los jefes patriotas tardíamente arrepentidos de su locura otro arbitrio que el de abrigarse en la indefensa Rancagua, donde hacían a la sazón los más desesperados esfuerzos para defenderse.

A los sostenedores de nuestra emancipación política, a los que apenas comenzaban a gozar de sus envidiables frutos, no les era posible resignarse a perder de un solo golpe lo que con tantos sacrificios habían adquirido.

Santiago, agitado en el día, no durmió en la noche; carreras de caballos por las calles, gritos sediciosos, *vivas* y *mueras* a la Patria, rumores y noticias confidenciales, pero siempre aterradoras y siempre embusteras, fomentaban la más cruel ansiedad en el ánimo de los comprometidos, al propio tiempo que despertaban frenética alegría en el de los adictos a la corona.

Llegó, ignorándose aún lo que pasaba, la primera luz del día 2, tan funesta cuanto gloriosa para nuestras melladas armas. Expresos matando caballos llegaron del lugar de la catástrofe gritando que todo se había perdido; y como todos recordaban aquella altanera intimación de Osorio dirigida *A los que mandan en Chile*: "que si no se rendían a las tropas reales, haría la guerra a sangre y fuego sin dejar piedra sobre piedra", puede deducirse que esperaban que sucediese en Santiago, en caso de resistir, lo que ya daban por hecho que había sucedido en Rancagua. Antes de entrarse el sol y en el resto de la triste noche de aquel aciago día, fracciones destrozadas de nuestro ejército, hombres y mujeres a pie llevando a cuestas partes de su ajuar y a sus pequeños hijos de la mano, pintado el terror en sus semblantes, invadieron los barrios del sur, sin que se oyese por todas partes otra exclamación que la terrorífica "¡ya nos alcanza el enemigo!" Pero lo que acabó de sembrar el terror en el angustiado Santiago fué menos la confirmación de la derrota que la seguridad de la inmediata y precipitada partida de nuestros dispersos destacamentos hacia la cordillera de los Andes. Templos, oficinas fiscales, depósitos de guerra, todo se puso a contribución por los fugitivos jefes del destrozado bando patrio, con el propósito de privar de recursos a los vencedores. Así fué que lo que no pudo llevarse, se entregó al saqueo.

De paso para Aconcagua, don José Miguel Carrera tuvo una conferencia en casa de mis padres con mi abuelo Rosales para tranquilizarlo, asegurándole que la desgracia de Rancagua no era definitiva, puesto que en pocos días más, re-

hecho en Aconcagua, volvería a arrojar a los españoles de Santiago. O'Higgins, íntimo amigo también de mi familia, no parecía abrigar las mismas esperanzas, puesto que al despedirse precipitadamente de ella, a consecuencia del aviso de que las fuerzas de Elorreaga seguían a marchas forzadas a los dispersos, dijo a mi padre con enfurecido semblante: "¡Carrera no más tiene la culpa de cuanto pasa!"

Huía el soldado; ¡cómo no había de huir el simple particular comprometido! Las gentes de escasa fortuna, al ver que el rico huía, poseídas del mayor terror, huyeron también; y así es que por muchos días consecutivos después del de la catástrofe de Rancagua se vieron pobladas las peligrosas laderas de los Andes con soldados desmoralizados, con mujeres, con niños y con ancianos, que sólo veían su salvación tras las nevadas crestas de aquella sierra. Las solitarias casas de las incultas haciendas de aquel entonces sirvieron de asilo a los patriotas que por su edad o por sus achaques no pudieron seguir a los demás para Mendoza; y mi debilitado abuelo con sus hijos y sus nietos, sirviéndole de cariñoso báculo su tierna hija Rosario Rosales, se ocultó en los ranchos de Tunquen de las Tablas, cerca de Valparaíso.

Tras la huída de los comprometidos, tras el completo abandono de sus casas, provistas entonces de todo, era natural que el robo, el saqueo y muchas veces la muerte imperasen en la desgraciada Santiago, desórdenes y escándalos que sólo terminaron con la llegada de los primeros destacamentos de los vencedores, y sobre todo, con la fastuosa y triunfal entrada de Osorio, verificada el día 9.

La población no sólo se componía de partidarios de la independencia; habitaban también en Santiago muchísimas familias adictas al régimen colonial, y lo probó el grande entusiasmo con que el pueblo, vestido de gala, solemnizó en la entrada del vencedor el fausto acontecimiento de la vuelta de Chile, hijo pródigo entonces, al seno de la Real Corona de Castilla. Arcos triunfales, banderas y cortinas de seda en los balcones, repiques de campanas pregonaban el general contento, y flores desparramadas con profusión señalaban sobre el pavimento de las calles el faustoso rastro que iba dejando en ellas la satisfecha comitiva de aquel afortunado redentor que tantas lágrimas había de hacer verter después a muchos de los mismos que con tanto alborozo le recibían.

Rancagua fué, pues, el sepulcro de aquella Patria Vieja tan mentada, que desde su primera infancia supo en su misma cuna ostentar, como Alcides, el poder de su voluntad y de su fuerza. Nacida el 18 de septiembre de 1810 para lanzarse, sin más brújula que el patriotismo, al través de las

borrascas que levanta siempre el huracán de las emancipaciones políticas, sólo después de haberla arrastrado durante cuatro años consecutivos, luciendo siempre en ellas, bien que con algunos naturales desaciertos, cuantas virtudes cívicas, cuanto heroísmo y cuanta patriótica poesía puede engalanar el corazón humano, murió como el fénix, legando a Chile aquellas gloriosas cenizas que debían renacer inmortales en Chacabuco con el nombre de Patria Nueva.

Bajado el telón que separa el primero del segundo acto del sangriento drama de nuestra emancipación, Osorio y después de él Marcó, guiados por la mano de una política mal entendida, arbitraria y cruel, parece que sólo se ocuparon en no errar desaciertos para provocar la reacción.

Puede ser que Osorio, al llegar a Santiago, abrigase, como lo aseguran algunos escritores peninsulares, el pensamiento de seguir una política de conciliación tal, que captándose las voluntades de los adustos republicanos que acababa de vencer. adquirirse al mismo tiempo, a fuerza de dulzura y de actos de equidad, lo que no era dado exigir del mal entendido rigor; pero desgraciadamente, presupuesto semejante pensamiento, no pasó esto de ser un ligerísimo destello de cordura. El corazón de ese hombre no era bueno, y si lo fué, será forzoso convenir en que las sugestiones del miedo y la de los malos consejos pueden provocar actos de fiera en las almas más bien puestas.

Comenzó este terrible jefe desde el mismo día en que colocó su sala de despacho en la casa del Conde de la Conquista, lugar de su primer alojamiento, por desmentir con tanto disimulo cuantos dichos de rigor se le habían atribuído, y por aparentar tanta mansedumbre y natural dulzura para con los vencidos, que éstos llegaron hasta creerle sincero; y aun recuerdo haber visto a hombres muy respetables alzar, en casa de mis padres, las manos al cielo en actitud de darle gracias por tan inesperado beneficio.

Bien poco duró, sin embargo, el motivo de esta efusión de reconocimiento, puesto que aun no se había secado la tinta con que se firmaban las promesas, cuando viendo el confiado redil al alcance de su garra, ese lobo, que en vano ha querido justificar la historia, se lanzó sobre él.

El recuerdo de la brutal e inútil tiranía que desplegó Osorio a los doce días de su entrada en Santiago sobre cuantos padres de familia y cuantos hombres de su posición podían honrar a su país con sus talentos y con sus virtudes, vivirá en la memoria de los chilenos tanto tiempo cuanto fuere el de la duración de nuestra historia.

El aspecto que presentaba la plaza de Santiago la tarde

del día 2 de noviembre de 1814, invadida por una multitud de gentes cuyos semblantes traslucían ya la simple curiosidad, ya el dolor, o ya el gesto de la venganza satisfecha, era lógica consecuencia del atentado perpetrado por Osorio en las altas horas de la noche precedente sobre muchos de los principales y descuidados vecinos de la reivindicada capital. En el espacio que un cordón de soldados conteniendo la gente agrupada dejaba franco en frente de la portada de la cárcel, se veían, sin que muchos atinasen el porqué, como cincuenta ruines cabalgaduras, ensilladas unas, otras con simples pellejos de ovejas por monturas, y la mayor parte con bozales de cáñamo o de cuero en vez de frenos. ¡Quién, sin saberlo de antemano, hubiera podido imaginarse que aquella recua de animales, maltratados y provistos de tan míseros arneses, era el único medio de transporte que una inútil crueldad proporcionaba a ilustres expatriados para llegar a Valparaíso, primer descanso de la escala del martirio que conducía al presidio de la lejana isla de Juan Fernández!

Era, sin embargo, la verdad. Antes de cerrar el día y en medio del silencio doloroso de los espectadores, silencio que sólo interrumpía de cuando en cuando alguna brutal imprecación de un sargento de Talaveras, se vió salir con tardo y enfermizo paso del portal de la cárcel, un grupo de más de cuarenta respetables patriotas, los cuales. a pesar de su merecimiento, del respeto que inspiran las canas, y de los miramientos que dispensan siempre los corazones bien puestos a la desgracia, fueron obligados, poco menos que a empellones, a cabalgar, y sirviendo su dolorosa y ridícula apostura de tema para brutales risas, a marchar bajo una fuerte custodia para el vecino puerto.

Así caminaron para su destino, sin más ajuar que la ropa que llevaban puesta ni más alivio en tan penoso viaje que el que podían adquirir de sus guardas, con el poco oro que el acaso les permitió llevar consigo cuando fueron prendidos, Rojas, Cienfuegos, Egaña, Eyzaguirre, Solar y tantos otros distinguidos patriotas que por muy conocidos no menciono; pues será sobrado decir que no quedó nombre considerado que no figurase en la lista de los proscritos, ni casa respetable de Santiago que no vistiese luto por la suerte que a sus deudos o amigos esperaba.

La próvida naturaleza, que ha derramado siempre sobre la mujer chilena, junto con los encantos de la hermosura, los atractivos de la virtud, parece que se hubiese complacido en aquel entonces en concentrar en Rosario Rosales niñez, hermosura y un inagotable tesoro de amor filial.

Sorprendida aquella tierna niña con los alaridos de la familia de su anciano padre, don Juan Enrique Rosales, al ver que una tropa de soldados, atropellándolo todo, le arrancaron del lecho para arrojarlo, enfermo como estaba, a una cárcel en la tenebrosa noche en que se dió aquel odioso golpe de autoridad; envuelta con precipitación en su mantilla, sin consultar a nadie, ni darse cuenta de lo que hacía, siguió desatentada a los raptores del único bien que poseyó en el mundo; mas, al llegar a la cárcel, al oír el ruido de la reja que se cerraba tras él, la naturaleza, recobrando sus fueros, la derribó desmayada sobre las frías baldosas de la entrada de aquel temido lugar. Recogida por los hermanos que siguieron tras aquella desgraciada personificación del amor filial, apenas volvió en sí, cuando perseguida por la idea de que iban a matar a su padre, corrió despavorida a golpear en todas las casas donde el instinto le decía que podía encontrar a quien, apiadado de su situación, intercediese por la conservación de vida tan preciosa; mas, como en todas partes sólo encontrase, bien que con buena voluntad, la indecisión del desconsuelo, venciendo todas las dificultades que el adusto Osorio oponía a cuantos intentaron hablar con él en los momentos supremos de la deportación, el ángel del amor filial bañó en vano con suplicantes lágrimas las inmundas botas de aquel sátrapa. Don Juan Enrique Rosales había sido miembro de la primera Junta Patriota erigida para baldón de España el 18 de septiembre de 1812; era preciso, pues, que él, así como sus compañeros Marín, Encalada y Mackenna, pagasen tan atroz atentado contra la Corona de Castilla.

Rosario, acompañada de su hermano Joaquín, siguió la escolta de su cautivo padre, quien, junto con sus demás compañeros de desgracia, llegó a la aldea de Valparaíso a los tres días de un penoso viaje.

En ese villorrio, que por la emoción que causan en mi viejo corazón los tristes recuerdos de aquella época, no describo ahora, existía entonces, por fortuna para los recién llegados, el caritativo y bondadoso español don Pablo Casanova, quien de limosna, porque ésta es la palabra que traduce sus actos, mantuvo a los prisioneros los tres días que permanecieron en tierra, mientras se alistaba la barca *Sebastiana,* que debía transportarlos a Juan Fernández.

La hija del anciano Rosales, entretanto, para conseguir siquiera que se la permitiese compartir con el autor de sus días el destierro, repitió en Valparaíso en casa del jefe de la plaza la misma escena que le había valido en Santiago la cruel repulsa del mandatario Osorio. Fue, pues, al segundo día de su llegada, a depositar sus lágrimas y sus ruegos a

los pies del gobernador del puerto, que lo era entonces el comandante de fragata de la Real Armada, Ballesteros.

Voy a consignar las palabras con las que, en tiempos más serenos, me refería mi tía este lance de su azarosa vida: "Después de una hora de angustiosa espera, se dignó darme audiencia Ballesteros, quien, sentado en su escritorio, parecía conferenciar con algunos oficiales del ejército. Aquel frío *¿qué se le ofrecía?* que me dirigió el gobernador con terca seriedad, sin siquiera dignarse ofrecerme un asiento, me quitó desde luego la poca esperanza que abrigué hasta que estuve en su presencia Me oyó impasible tartamudear mi súplica, y al ver que en los momentos de silencio en que me ahogaba el llanto, en vez de contestarme parecía entretenerse en trazar distraído, sobre una hoja de papel, algunos garabatos que después borraba, sin saber por qué, ya parecía inútil mi insistencia, cuando el gobernador, encarándome con dureza estas palabras: *¡Basta de lágrimas, señora, lo que no se puede no se puede!...* ¡no sé cómo no me caí muerta! No pude retirarme. La imagen de mi padre enfermo, muriéndose en el desamparo del destierro, sin tener a su lado ni siquiera una mano amiga que le cerrase los ojos, me había dejado como petrificada, lo cual, visto por el gobernador, al parecer impaciente por mi tardanza en despejar la sala, me asió entre brutal y comedido y me condujo a la puerta del despacho, donde arrojando un papel al lado de afuera, me volvió con desenfado la espalda. Dios me inspiró que levantara del suelo aquel papel, que leído momentos después, contenía estas palabras que sólo el gobernador y yo podíamos interpretar: *Embarcarse, como para viajar...* Supe después, continuaba mi tía, por el contador de la *Sebastiana,* que entre otras cosas que el gobernador había hablado con el capitán de esa nave, le había dicho: "en caso que la chica de esa buena pieza de Rosales deseare acompañar a su padre, déjela usted que le acompañe, que no por ser mujer deja de ser insurgente".

Esta tira salvadora de papel, conservada como reliquia por mi tía hasta sus últimos momentos, obra en mi poder, y la conservo como un fehaciente testimonio que caracteriza el espíritu que dominaba en aquella época, en la cual, hasta para hacer mercedes tenían los dependientes de Osorio que parecer brutales.

La vida del anciano patriota don Juan Enrique Rosales, la de su hija Rosario, la de cada una de las víctimas que compartieron por igual delito las angustias y privaciones del destierro a Juan Fernández desde el día de su cautiverio hasta el 25 de marzo de 1817, época de su repatriación por

O'Higgins, es un drama que no entra en mi propósito narrar.

Contábase entre los vecinos de Santiago que no siguieron el camino de Mendoza, ni tampoco el de Juan Fernández o el de las casas-matas de los castillos del Callao, mi padrastro doctor don Felipe Santiago del Solar, a quien daba yo y doy todavía el nombre de padre. Era este uno de los acaudalados y tenaces patriotas a quienes la política de Osorio convenía atraer o arruinar. No habiendo podido conseguir el logro de la primera parte de esta terrible disyuntiva, entró Osorio de lleno en la segunda, imponiendo a Solar tal copia de contribuciones, de préstamos y donativos forzosos, que, a no haber sido por las relaciones mercantiles que conservaba aquella poderosa casa en Buenos Aires, le hubiera arruinado por completo. Parecióle esto, sin embargo, poco al desapiadado mandatario; quiso tocar cuerda más sensible para reducir al incorregible insurgente, y su exquisita crueldad le sugirió la idea de herir al rebelde en el corazón, encarcelando a mi madre!

Al ver la tenacidad con que Osorio procuraba la ruina de los intereses de Solar, no parece sino que este suspicaz mandatario sospechaba en el papel que debían desempeñar en la obra de la emancipación americana el ardiente patriotismo y las riquezas de su perseguido; pues, apenas entró el año de 1820, cuando aquella sospecha se tornó en presagio, como consta del documento histórico que a continuación copio, por no ser de todos conocido:

Lima, octubre 4 de 1833.

Reconócese por el Estado a favor de don Felipe Santiago del Solar 60.000 pesos *en parte* de la cantidad que le declaró el Congreso en 3 de diciembre de 1832, por *resto* del saldo de las cuentas respectivas a la habilitación del Ejército Libertador que vino al Perú en 1820, al mando del general San Martín, cuya cantidad será satisfecha en el modo y en las oportunidades que lo permitan las actuales exigencias del erario.—Tómese razón de la Contaduría General de Valores y Tesorería General.—*Gamarra.*

Tómese razón en la Contaduría General de Valores. — Lima, octubre 8 de 1833.—*Arriz.*

Tómese razón en la Tesorería General del Estado. — Lima, octubre 8 de 1833.—*Burgos.*

No habían transcurrido tres semanas después de la salida de la *Sebastiana* cuando recibió ese nuevo golpe mi fami-

lia. Corría la tarde del 17 de noviembre, y al abrigo del corredor que daba al jardín procuraba en vano mi padre calmar el llanto que arrancaba a su esposa el doloroso recuerdo del destierro de su anciano padre, cuando fué interrumpido por el extraño aviso de que un carruaje custodiado por soldados se acababa de detener en la puerta de calle.

Corrimos mi hermano Carlos y yo a averiguar lo que aquello significaba, y no tardamos en ver salir del carruaje a un militar rechoncho, bajo de cuerpo, ancho de espaldas, pescuezo corto, cara expresiva y anchos bigotes castaños. Iba vestido con afectación, y en su alto morrión, que no decía con su estatura, llevaba esculpidos en latón amarillo, junto con la corona, los leones heráldicos de España. Este personaje, que nos llenó de miedo, después de atravesar con desembarazo y seguido de dos soldados el primer patio: *¡Ah, de casa!*, gritó en la antesala, y mi padre, que le salió al encuentro, saludándole con el nombre de señor don Vicente San Bruno, le preguntó la causa que le proporcionaba la ocasión de verle. San Bruno contestó: "Yo no le busco a usted. Todo por su orden, pero no tenga usted cuidado por eso, que no ha de tardar mucho en que nos veamos más de cerca las caras. Busco a doña Mercedes Rosales, y es lástima que sea tan guapa moza esa insurgente... ¡Vamos, no perdamos tiempo!" Intimada la orden de prisión a la madre querida, junto con el ademán de asirla de un brazo, Carlos y yo, dando alaridos, nos lanzamos sobre San Bruno, quien de un solo revés al proseguir su marcha, tendió a los dos pobres niños sobre las piedras del patio.

CAPITULO III

Conflictos de Marcó.— Chacabuco.— Gran sarao dado al ejército vencedor.—Armas heráldicas de Chile. — Derrota de Cancha-Rayada.— Segunda emigración a Mendoza.— Muerte de los dos hermanos Carrera, Luis y Juan José.

Ya no era don Mariano Osorio quien gobernaba entonces. Habíale sucedido en el mando otro procónsul llamado Casimiro Marcó del Pont, menos capaz que el anterior, aunque no menos cruel. Los confinados en Juan Fernández, de quienes muy de tarde en tarde se recibían noticias, seguían sin esperanza sufriendo los caprichos de los carceleros de aquella Ceuta americana, al paso que sus deudos y los demás patriotas del titulado Reino de Chile, impotentes para defenderse contra los voluntarios atropellos del poder que los abrumaba, atesoraban en sus corazones un caudal de agravios, cuyo estallido, cuando sucediese, no podía menos de extirpar para siempre el dominio español de nuestro suelo.

En efecto, habíase iniciado el año de 1817, con pronósticos de invasión patriótica, una expedición alistada del otro lado de los Andes por el incansable celo del bizarro coronel de granaderos a caballo don José de San Martín, gobernador entonces de Mendoza, y reforzada por los heroicos fugitivos de Rancagua, cuyo ardiente valor y patriotismo clamaba por un sangriento desquite. No es, pues, de extrañar que el ánimo de Marcó, perturbado con las amenazantes noticias de estos aprestos bélicos, le indujese a exclamar en uno de sus malos momentos: "¡que ni lágrimas que llorar había de dejar a los chilenos enemigos de su rey!" Pero la suerte lo había dispuesto de otro modo; y estaba escrito en el libro del destino que las agotadas lágrimas de las víctimas chilenas las había de volver él mismo con las propias suyas en un destierro.

En uno de los largos y calurosos dias del mes de enero de aquel año se paseaba inquieto en el espacioso y obscuro salón de una conocida y antigua casa de Santiago, llamada de los Carrera, un apuesto caballero como de treinta y cinco años, alto, ojos azules, nariz prominente y cabello negro. Su aire preocupado, su continuo mirar por la entornada ventana ha-

cia la calle, junto con sus convulsos movimientos de impaciencia, denotaban que esperaba por instantes la noticia de algún serio acontecimiento. Como a eso de las tres de la tarde, hora de la siesta y de general silencio en aquella estación, se vió, gallinas al hombro, atravesar el patio de la casa a uno de esos andrajosos vendedores de aves que llegaban de los campos con tanta frecuencia a la capital a expender su modesta mercancía, el cual, deteniéndose a la puerta de la antesala, dió el grito de ordenanza: *¡Llevo gallinas gordas, casero!*... Solar, que no era otro el silencioso e inquieto personaje que traigo de nuevo a la escena, estremeciéndose como herido por una chispa eléctrica al oír esa voz que parecía serle conocida, hizo a mi madre señas para que me entretuviese, y saliendo precipitado de la sala, ordenó que un sirviente cargase con las aves, y en cuanto se consideró solo, tomó del brazo al vendedor y desapareció con él en su inmediato escritorio.

¿Quién podría ser este haragán? ¿Qué significaba aquel misterioso encierro con mi padre a solas? Cuestiones fueron éstas a las que mi madre, más preocupada de velar sobre la conservación del aislamiento de la vecindad del escritorio que de satisfacer mi infantil curiosidad, se limitó a contestar imponiéndome silencio.

Un momento después el vendedor de aves, con aire de triste pordiosero, salió a la calle y, tendiendo la mano a cuantos encontraba, en busca de merced, desapareció por la calle de los Huérfanos abajo.

Sólo cuatro años después de lo ocurrido pude recoger, de boca de mi madre, la solución del enigma del pollero. Conservaba la señora en su libro de autógrafos un pequeño cuadrito de papel que, arrollado, podía desempeñar la apariencia de tabaco dentro de la hoja de un cigarro. En este papel se podían leer con facilidad estas palabras: "15 de enero: hermano S... Remito por los Patos 4.000 pesos fuertes. Dentro de un mes estará con ustedes el hermano José".— El supuesto vendedor de aves era uno de los muchos espías y emisarios de quienes se valía el gobernador de Mendoza, ya para sostener el ánimo de los patriotas que gemían de este lado de los Andes, ya para avivar las indecisiones de Marcó; la fecha indicaba el día de la salida del ejército, los pesos fuertes el número de soldados, y el hermano José el nombre del ilustre soldado libertador, don José de San Martín.

Nunca vi más radiante de contento la fisonomía de mi padre que cuando despidió al supuesto mendigo. Hubo en las primeras horas de la noche numerosas visitas, todos hablaban a media voz, todos accionaban con más o menos vehe-

mencia, y en todos dominaba la alegría que trae consigo algún feliz y cercano acontecimiento.

Desde ese día para adelante no dejé de notar en las calles de Santiago el más inusitado movimiento. Partes precipitados que volaban reventando cinchas, salían a cada instante de palacio, ya para el norte, ya para el sur del Reino. Se llamaban tropas del sur, se las detenía en su marcha, y se las fraccionaba para sembrarlas por destacamentos en todos los pasos de la cordillera; porque fueron tantas las trazas y los ardides de que se valió San Martín para ocultar el rumbo de sus tropas, que hubo momentos en que los realistas llegaron a ver en todos y en cada uno de los boquetes andinos asomar al mismo tiempo el amenazador fantasma del ejército libertador.

Llegó el día 11 de febrero, y con él tanto toque de cajas y de cornetas, tantas carreras de caballos por la ciudad, al propio tiempo que se veían salir apresuradas por la Cañadilla, las pocas tropas que aun quedaban en Santiago, que este pueblo parecía campamento que, sorprendido, levantaba asiento a toque de rebato.

No había un solo semblante en el cual no se encontrase trazada con enteros rasgos la ansiedad. El temor y la esperanza luchaban en todos los corazones; decían unos que ya San Martín, al mando de más de diez mil hombres, había pasado la cordillera, y que lanzaba sobre el desgraciado Reino de Chile una inundación de excomulgados insurgentes que todo lo venían arrasando; otros, que San Martín solo capitaneaba a cuatro gatos cansados con el viaje y tan mal armados, que al menor asomo de las tropas reales, ni rastro quedaría de ellos. Llegó después la noche que tan vivos recuerdos ha dejado en mi alma. Todas las puertas de calle que no estaban herméticamente cerradas después de las oraciones, estaban entornadas y vigiladas para evitar los desbordes de las turbas inconscientes, para las cuales no podía haber desenlace sin saqueo. Alternábase el silencio con el ruido. Momentos hubo en que pudo sentirse el vuelo de una mosca, y momentos en que todo lo atronaban las imprecaciones de las patrullas a caballo, lanzadas a escape tras aquellos impacientes insurgentes que, por desahogo, gritaban antes de tiempo "¡Viva la Patria!"

Uno de estos imprudentes atravesó como un celaje el pasadizo de nuestra casa al mismo tiempo que seis soldados a caballo, lanzándose en el patio, entraron con gran ruido de sables y herraduras hasta la mitad de la antesala, donde se encontraba reunida la familia. A la orden altanera del que comandaba el piquete, de entregar en el acto al insurgente

que acababa de aislarse en casa, Solar, sin turbarse, echó mano a un candelabro, y convidando a los soldados a seguirle, hizo una correría por la casa, como si no pensase en otra cosa que en la entrega del fugitivo, cuya entrada protestaba ignorar; y supo hacer su papel tan a lo vivo, que después de remover hasta los colchones de los catres, donde él sabía que nada habían de encontrar, no se detuvo hasta dar con ellos en una azotea interior que comunicaba con el tejado. Viéronse, pues, obligados a dar por terminada su persecutora e inútil tarea, volvieron a la sala prorrumpiendo en reniegos, cobraron en ella sus cabalgaduras, y lanzando a todos miradas de despecho, salieron a la calle dejando el salón pasado a sudor y a estiércol de caballo.

Pero ya estaban sonando para el poder peninsular los últimos tañidos de la campana de una agonía que, principiando el 12 de febrero de 1817 sobre los gloriosos recuestos de Chacabuco, debía terminar en la para siempre memorable jornada de Maipú.

El espantado Marcó recibió en la tarde de ese día la vaga noticia de la derrota de las fuerzas reales confiadas a Maroto en Chacabuco, y sin esperar la confirmación de ella, huyó despavorido, junto con algunos subalternos, hacia la costa de San Antonio, esperanzado de encontrar en ella alguna nave española donde poder asilarse. Pero tras Marcó había salido matando caballos, un expreso para imponer de lo que pasaba a don Francisco Ramírez, dueño de aquella hacienda de las Tablas que sirvió de escondite a mi familia recién entró Osorio a la rendida Santiago; y Marcó cayó en manos de mi irritado tío, quien le condujo con sus huasos a Santiago y lo entregó a los vencedores, custodiados por Aldao, capitán de granaderos del ejército de los Andes, el día 24.

No debe causar extrañeza verme pasar tan de corrido sobre los acontecimientos políticos que han ido ocurriendo a mi vista durante el curso de mi vida, por no ser historia política la que escribo. Y si de vez en cuando se me ve desviar de mi propósito, es ya por consignar hechos poco conocidos, o ya por dar unidad a mi narración, aduciendo aquellos que han motivado estos recuerdos.

La casa de don Juan Enrique Rosales, quien aun gemía en el destierro de Juan Fernández sin más consuelo ni más ángel tutelar que su abnegada hija Rosario, había cambiado, junto con la entrada de San Martín a Santiago, su crespón de luto por el vestido de baile, y el tétrico silencio que la violenta separación del amo le legara, por el más bullicioso y alegre afán de engalanarlo todo.

Las hijas y los yernos de Rosales quisieron dar a los ven-

cedores en Chacabuco una leve prueba de su reconocimiento; y persuadiéndose de que el desterrado padre, lejos de considerar su casa profanada por la alegría mientras él gemía en el destierro, bendeciría el obsequio que sus hijos hacían a tantos héroes a quienes comenzábamos a deber patria y libertad, se esmeraron en preparar para ello el más suntuoso sarao que en aquel entonces permitían las circunstancias.

Acabábase de proclamar a O'Higgins Supremo Director del Estado, el memorable día 16 de febrero, y parecía tanto más justificada la alegría de los deudos de Rosales, cuanto que ya se sabía que el más apremiante afán de este bizarro jefe era el de repatriar a los próceres chilenos confinados en Juan Fernández.

Para que se vea cuán sencillas eran las costumbres de aquel entonces, voy a referir muy a la ligera lo que fué aquel mentado baile, que si hoy viéramos su imagen y semejanza, hasta lo calificaríamos de ridículo, si no se opusiera a ello el sagrado propósito a que debió su origen.

Ocupaba la casa de mi abuelo el mismo sitio que ocupa ahora el palacio del héroe de Yungay, y contaba, como todos los buenos edificios de Santiago, con sus dos patios que daban luz por ambos lados al cañón principal.

Ambos patios se reunieron a los edificios por medio de toldos de campaña hechos con velas de embarcaciones que para esto solo trajeron de Valparaíso. Velas de buques también hicieron las veces de alfombras sobre el áspero empedrado de aquellos improvisados salones. Colgáronse muchas militares arañas para el alumbrado, hechas con círculos concéntricos de bayonetas puntas abajo, en cuyos cubos se colocaron velones de sebo con moños de papel en la base para evitar chorreras. Arcos de arrayanes, espejos de todas formas y dimensiones, adornaron con profusión las paredes, y en los huecos de algunas puertas y ventanas se dispusieron alusivos transparentes debidos a la brocha-pincel del maestro Dueñas, profesor de Mena, quien, siendo el más aprovechado de sus discípulos, para pintar un árbol comenzaba por trazar en el lienzo, con una regla, una recta perpendicular, color de barro; cogía después una brocha bien empapada en pintura verde, embarraba con ella sobre el extremo de la recta, que él llamaba tronco, un trecho como del tamaño de una sandía, y si al palo aquel con cachiporra verde no le ponía al pie "este es un árbol", era porque el maestro no sabía escribir. Tras de dos grandes biombos, pintados también, se colocaron músicas en uno y otro patio, y se reservó una banda volante para que acudiese, como cuerpo de reserva, a los puntos donde más se necesitase. Pero lo que más llamó la aten-

ción de la capital, fué la estrepitosa idea de colocar en la calle, junto a la puerta principal de la entrada al sarao una batería de piezas de montaña, que contestando a los brindis y a las alocuciones patrióticas del interior, no debía dejar vidrio parado en todas las ventanas de aquel barrio. Los salones interiores vestían el lujo de aquel tiempo, y profusión de enlazadas banderas daban al conjunto el armonioso aspecto que tan singular ornamentación requería.

Ocupaba el cañón principal de aquel vasto y antiguo edificio una improvisada y larguísima mesa sobre cuyos manteles, de orillas añascadas, lucía su valor, junto con platos y fuentes de plata maciza que para esto sólo se desenterraron, la antigua y preciada loza de la China. Ninguno de los más selectos manjares de aquel tiempo dejó de tener su representante sobre aquel opíparo retablo, al cual servían de acompañamiento y de adorno, pavos con cabezas doradas y banderas en los picos; cochinitos rellenos con sus guapas naranjas en el hocico y su colita coquetonamente ensortijada, jamones de Chiloé, almendrados de las monjas, coronillas, manjar blanco, huevos chimbos y mil otras golosinas, amén de muchas cuñitas de queso de Chanco, aceitunas sajadas con ají, cabezas de cebolla en escabeche, y otros combustibles cuyo incendio debería apagarse a fuerza de chacolí de Santiago, de asoleado de Concepción y de no pocos vinos peninsulares.

Fué convenido que las señoras concurriesen coronadas de flores, y que ningún convidado dejase de llevar puesto un gorro frigio lacre con franjas de cinta bicolores, azul y blanco.

Excusado me parece decir cuál fué el estruendo que produjo en Santiago este alegre y para entonces suntuosísimo sarao. Dió principio con la canción nacional argentina entonada por todos los concurrentes a un mismo tiempo, y seguida después con una salva de veintiún cañonazos, que no dejó casa sin estremerse en todo el barrio. Siguieron el minué, la contradanza, el rin o rin, bailes favoritos entonces, y en ellos lucían su juventud y gallardía el patrio bello sexo y aquella falange chileno-argentina de brillantes oficiales, quienes supieron conseguir, con sus heroicos hechos, el título para siempre honroso de Padres de la Patria.

Jóvenes entonces y trocado el adusto ceño del guerrero por la amable sonrisa de la galantería, circulaban alegres por los salones aquellos héroes que supo improvisar el patriotismo, y que en ese momento no reconocían más jerarquías que las del verdadero mérito, ni más patria que el suelo americano. Allí el glorioso hijo de Yapeyú estrechaba con la misma efusión de fraternal contento la adamada mano del esforzado teniente Lavalle, como la encallecida del temerario

O'Higgins, y nadie averiguaba a qué nación pertenecían los orientales Martínez y Arellano, los argentinos Soler, Quintana, Beruti, Plaza, Frutos, Alvarado, Conde, Necochea, Zapiola, Melián, los chilenos Zenteno, Calderón, Freire; los europeos Paroisin, Arcos y Cramer, y tantos otros cuya nacionalidad se escapa a mis recuerdos, como Correa, Nozar, Molina, Guerrero, Medina, Soria, Pacheco y todos aquellos a quienes los asuntos del servicio permitieron adornar con su presencia la festiva reunión en que se encontraban. Concurrieron también a ella lo más lucido de la juventud patriótica de Santiago, los contados viejos que la crueldad de Marcó dejó sin desterrar, el alegre y decidor Vera, y aquel célebre pirotécnico de la guerra, el padre Beltrán, que, encargado de colocar alas en los cañones para transponer los Andes, no debía tardar en asumir el carácter de Vulcano, forjando en la maestranza rayos para el Júpiter de nuestra independencia.

La mesa vino en seguida a dar la última mano al contento general. La confianza, hija primogénita del vino, hizo más expansivos a los convidados, y los recuerdos de las peripecias de la reciente batalla de Chacabuco contados copa en mano por la misma heroica juventud que acaba de figurar en ella, unidos al estrépito de las salvas de artillería, produjeron en todo aquel recinto y en sus contornos el más alegre estruendo que al compás del cañón, de las músicas y de los *¡hurras!* había oído Santiago desde su nacimiento hasta ese día.

Todos brindaban; cada brindis descollaba por su enérgico laconismo y por las pocas pero muy decidoras palabras de que constaba. ¡Cuán frías no parecían en el día, que acostumbramos medir la bondad de los brindis por el tiempo que tardamos en expresarlos, aquellas lacónicas pero enérgicas expansiones de almas electrizadas por el patriotismo! Antes se brindaba con el corazón, ahora brindamos con la cabeza.

San Martín, después de un lacónico pero enérgico y patriótico brindis, puesto en pie, rodeado de su estado mayor y en actitud de arrojar contra el suelo la copa en que acababa de beber, dirigiéndose al dueño de casa, dijo: "Solar, ¿es permitido?", y habiendo éste contestado que esa copa y cuanto había en la mesa estaba allí puesto para romperse, ya no se propuso un solo brindis sin que dejase de arrojarse al suelo la copa para que nadie pudiese profanarla después con otro que expresase contrario pensamiento. El suelo, pues, quedó como un campo de batalla lleno de despedazadas copas, vasos y botellas.

Dos veces se cantó la canción nacional argentina y la última vez lo hizo el mismo San Martín. Todos se pusieron de pie, hízose introducir en el comedor dos negros con sus trom-

pas, y al son viril y majestuoso de estos instrumentos, hízose oir electrizando a todos la voz de bajo, áspera, pero afinada y entera, del héroe que desde el paso de los Andes no había dejado de ser un solo instante objeto de general veneración. No pudo entonces la canción chilena terciar en el sarao con sus eléctricos sonidos, porque aun no había nacido este símbolo de unión y de gloria, que sólo fué adoptado por el Senado el 20 de septiembre de 1819 y cantado por primera vez con música chilena, ocho días después.

Otro tanto ocurrió con las armas heráldicas de Chile, que muy en embrión figuraron al lado de las argentinas en los biombos y lienzos que adornaban los patios, pues sólo tres días después de adoptarse por el Senado la canción nacional, vino el mismo cuerpo a fijar la forma que en los primeros tiempos tuvieron. Reducíase ésta a un óvalo en cuyo centro de azul obscuro resaltaba una columna dórida blanca con su letrero *Libertad*, encima. Sobre éste veíase una estrella de cinco puntas que representaba a Santiago, y dos más a uno y otro lado para representar a Coquimbo y Concepción, nombres que tenían las tres grandes secciones políticas en que entonces se dividía el país. Servía de orla a estas insignias ramas de laureles atadas con cintas tricolores, y a todo el escudo, completos trofeos de armas, de banderas y de cadenas rotas.

No carece de interés el consignar aquí lo que fueron nuestras insignias patrias en sus primeros pasos. Chile, desde sus primeras camorras políticas del año 10 hasta la feliz intervención de don José Miguel Carrera, en nuestra revolución, no tuvo ni más bandera que la española, ni otro escudo heráldico que el de los reyes de Castilla, lo que hace sospechar ó que no pasaba por la mente de nuestros padres la idea de una separación absoluta de la madre patria, o que si pasaba, se temía darlo a entender.

Débese a este intrépido patriota el oportuno y arrojado término de las indecisiones, y ya en 1812, sancionado el año siguiente por el Senado, hacía lucir ante los atónitos ojos de los chilenos aquella primitiva enseña tricolor, azul, blanca y amarilla, que tantas glorias y tantas desgracias supo enérgica presenciar. Aturdida, pero no muerta en la funesta catástrofe de Rancagua, pudo volver el año de 1817 a su gloriosa vida, ya no luciendo el color amarillo que antes ostentaba, sino el rojo en que éste se había convertido, según la poética expresión de Vera, por la sangre de sus propios defensores.

Arrojada para siempre del suelo chileno la legendaria enseña de los leones, se alzó brillante sobre el azul de nuestro libre cielo aquella hermosa y solitaria estrella que siempre ha

sido, es y será la precursora de los más arrojados triunfos militares.

Terminado el sarao y vuelto cada cual a la tarea de consolidar la obra con tanta dicha iniciada en Chacabuco, lo primero en que se pensó fué en repatriar cuanto antes a los patriotas que la crueldad española tenía confinados en Juan Fernández. Temíase con razón que en cuanto llegase noticia a Abascal, virrey entonces del Perú, de lo que en Chile ocurría, no tardarían aquellos infelices patriotas y troncos de las primeras familias de este país, en ser trasladados a las casamatas de los castillos del Callao, y así hubiera sucedido si el engañado bergantín español *Aguila* no hubiese caído en manos de los patriotas al entrar en Valparaíso, creyendo aún aquel puerto en poder de los españoles.

Salió este bergantín sin tardanza para la isla, y no habiendo encontrado en don José Piquero, gobernador de aquel presidio, resistencia alguna para entregar los prisioneros, tuvieron éstos la dicha de embarcarse libres para tornar al seno de sus desconsoladas familias el 25 de marzo, mes y medio después de la memorable jornada de Chacabuco.

Estos paréntesis de dicha entre las tormentas del pasado y las borrascas que nos preparaba el porvenir antes de terminar la epopeya de nuestra emancipación política, no fueron de larga duración. La vida de entonces era una vida de contrastes; pasábase en ella casi sin transición de la risa al llanto, y del llanto a la risa. ¡Cuándo hubiera podido imaginarse Marcó que sus mismos edictos de expoliación y de tortura que un día antes no más llenaban de vengativo alboroto a los realistas, habían de servir un día después al despojo y al tormento de esos mismos realistas, sobre quienes caía inexorable la pena del talión! ¡Ni cómo los que se entregaban a los delirios de alegres festejos en medio de la confianza que inspiraba un porvenir al parecer seguro, podrían imaginarse la hondura del abismo que la incierta suerte de la guerra les tenía preparado en Cancha Rayada!

Principiaba apenas a correr el siempre conmemorable año de 1818, año de lágrimas y de glorias y piedra angular que sirve de base a nuestra autonomía política, cuando el placer y la esperanza de ir afianzando cada día más nuestra libertad, se tornó en la derrota de Cancha Rayada en la más cruel de todas las decepciones. El efecto que la noticia de esta catástrofe, ocurrida el 19 de marzo, produjo en la capital, tanto más sorprendida cuanto menos preparada para recibirla, no es para descrito. Cuando la derrota de Rancagua, el año 14, no todos los santiagueños adictos a la causa de la emancipación creyeron necesario trasponer los Andes para salvarse

del rencor realista, porque si bien es cierto que eran patriotas de corazón, sus hechos no los calificaban aún de incorregibles insurgentes; al paso que a muy pocos santiagueños en el año 18 les cogió Cancha Rayada con la careta que antes los encubría por haberla arrojado con sumo desembarazo después de la gloriosa jornada de Chacabuco. Enseñoreóse, pues, del infeliz Santiago el pánico más desatinado, y aguijoneado por instantes el instinto de salvación por las atropelladas noticias que traían los prófugos del campo de batalla, sólo pensó en buscar refugio del otro lado de los Andes.

El cómo moverse un pueblo entero desprevenido y apurado, a nadie preocupó como imposible. El ¡sálvese quien pueda! todo lo allana, por lo que empequeñece el temor los más insuperables obstáculos que se oponen a la huída.

Espantaba ver el gentío de a pie y de a caballo que seguía, llevándoselo todo por delante, el conocido camino de la cuesta de Chacabuco en demanda del de los Andes; y en el corazón de la sierra, aquí y allí sembrados, no se veía otra cosa que grupos de hombres y de mujeres a pie, llevando unos a sus hijos por la mano, otros sentados para cobrar aliento, y los más solicitando de la gente que huía, alimentos con que sustentarse para seguir huyendo.

Para que se deduzca cuánto debieron sufrir las familias menos acomodadas que la mía en la emigración, básteme referir que por sólo nueve mulas de silla que nos franqueó por especial favor el conocido Loyola, empresario de carretas en el camino de Valparaíso, pagó mi padre catorce mil pesos. Nada, pues, pudimos llevar, todo quedó en la casa a cargo de un antiguo y buen sirviente, como si debiéramos volver a ella el mismo día. Recuerdo que mientras ensillaban las cabalgaduras y se echaban colchones hasta sobre los caballos regalones de Solar, el resto de la familia se ocupaba en enterrar, bajo los ladrillos de las piezas interiores, las alhajas y la plata labrada que aun nos quedaba y que muchos talegos de a mil pesos cada uno, se arrojaron, a hurto de los sirvientes, en el pozo del último patio. Hecho esto y con poco más que lo encapillado, emprendimos la huída para Mendoza a las 3 de la tarde del día 23.

Todavía no habíamos, pues, acabado de celebrar la vuelta de Juan Fernández del anciano abuelo Rosales y la de su inseparable hija Rosario, cuando ya nos vimos precisados a proveer de nuevo y de un modo más eficaz a la salvación de aquel venerado tronco de nuestra familia; pero todos los padecimientos del viaje hubiesen sido llevaderos, si una nueva e imprevista desgracia no hubiera venido a sorprendernos en la áspera ladera de *Las Vacas*. La mula en que montaba mi

madre dió un traspié, que arrojando a la señora de la silla, la hubiese hecho pedazos contra una roca si mi tía Rosario, esa víctima de amor a la familia, no se hubiera arrojado de su cabalgadura para interponerse entre la roca y el cuerpo de su hermana, a quien salvó la vida a expensas de quebrarse ella el hueso del muslo con el choque.

Una incómoda angarilla hasta llegar al pueblo de Mendoza, fué el único vehículo que, huyendo, pudimos proporcionar a esa joven excepcional, para quien parecía deber ineludible sacrificar su existencia por todos y por cada uno de los miembros de su familia.

Así llegados a la pobre aldea de Mendoza, buscamos, como los demás, en ella, cuarteles de invierno, y como en aquel pueblo hubiese un escolón que, por ser único, tenía sus sombras y sus dejos de colegio, a él fuimos a parar todos los hijos varones de los fugitivos chilenos.

Entretanto la llegada de éstos a Mendoza llenó a ese pueblo del más acerbo espanto.

Aquella sección política del antiguo Virreinato de la Plata, sin tropas ni recursos para crearlas, no sólo estaba expuesta a una invasión reivindicadora de parte del victorioso ejército español, sino también a los trastornos que hacía germinar en todas partes la agraviada ambición de los hermanos Carrera, enemigos jurados de O'Higgins desde antes de la funesta jornada de Rancagua. Los héroes de la Patria Vieja, a quienes tanto debía la causa de la independencia, parecía que no podían obrar de acuerdo con los héroes de la Patria Nueva. Alzábase entre las patrióticas almas de aquellos padres de nuestra libertad el fantasma de la rivalidad; y ese principio, tan noble siempre que obra en el sentido del mejoramiento de las obras humanas, extraviado entonces, sólo propendía al exterminio del uno o del otro partido. Cupo a los Carrera la triste suerte de sucumbir en esta fratricida lucha, y al que estas líneas escribe, el dolor de haber presenciado el desenlace de ese sangriento drama.

Gobernaba entonces en Mendoza don Toribio Luzuriaga, quien, para aliviar el servicio de la escasa guarnición de la plaza, había dado orden de armar y de dar instrucción militar para el servicio ordinario de ella a todo colegial que pasase de 10 años de edad.

Al cargar por primera vez, lleno de altivo gozo, la tercerola que se puso en mis manos; al seguir con mis demás compañeros el cadencioso paso del toque de marcha; al obedecer con rapidez y marcial continente las voces de mando del capitán del ejército que nos servía de instructor, ¡cuándo pude imaginar que poco tiempo después, con la misma arma, al

mismo paso, y obedeciendo a las mismas órdenes, había yo de servir de valla al tétrico recinto que ocupaban los bancos donde debían ser fusilados los íntimos amigos de mi familia, don Luis y don Juan José Carrera!

Los dos hermanos habían caído en manos de sus enemigos, el primero bajo el nombre de Leandro Barra, el segundo bajo el nombre de Narciso Méndez, y ambos, encadenados, yacían incomunicados en la cárcel de Mendoza.

El 4 de abril, víspera de la acción de Maipú, supimos con espanto que el fiscal Corbalán había pedido se aplicase a los reos la pena ordinaria de muerte; mas, este dictamen conmovió tan profundamente el ánimo de la población, que los mismos que parecían más interesados en ejecutarlo se vieron precisados a dar al juicio la solemnidad de someterlo al nuevo acuerdo de los letrados Galigniana, Cruz Vargas y Monteagudo.

Nunca se vió caminar un asunto tan serio con más atropellada rapidez. Y fué la causa de ella el temor de que estando en vísperas de estrellarse el roto ejército de San Martín con el vencedor en Quecherehuas, la menor noticia de un nuevo descalabro podría lanzar a Mendoza en un movimiento revolucionario del cual no tardarían en ser caudillos los Carrera.

Monteagudo y Cruz Vargas opinaron que, por duro que pareciese, debía consumarse el sacrificio.

El día 8 de abril, a las 3 de la tarde, se notificó a los desgraciados presos que a las 5 de ese mismo día debían morir.

A la misma hora de la notificación se tocó a tropa a la guarnición de estudiantes, y a las cuatro en punto se encontraba ésta formada en la plaza cerca de una pared baja, que contigua a la cárcel, servía de respaldo a dos rústicos bancos destinados a ser el último asiento de dos víctimas de la brutalidad humana.

Reclamaron nuestros padres, creyendo que se nos iba a obligar a hacer fuego sobre las víctimas; pero habiendo contestado el gobernador que para eso no faltaban veteranos, siguió adelante la mortal tarea.

Crecía por momentos la concurrencia, y tanto, que apenas podíamos impedir que no se rompiese la línea que servía de valla para dejar expedita la acción de los verdugos.

A las cinco y tres cuartos el gran movimiento que notamos en la guardia de la cárcel nos dió a entender que el atroz desenlace del drama iba a principiar; y no nos equivocábamos, pues el antiguo toque de agonía en la iglesia vecina comenzó con lúgubres tañidos a anunciar al pueblo que orase por el alma de los ajusticiados.

Un instante después y en medio del más sepulcral silencio, asidos de las manos, aparecieron bajo el portal de la cárcel, rodeados de bayonetas, las dos ilustres víctimas, Luis y Juan José Carrera, a los cuales, en más felices años, debí tantos cariños cuando, unidos a José Miguel, confiaban amistosos a mi madre, ya sus temores, ya sus esperanzas sobre la futura suerte de la patria, o ya sus frecuentes y locas travesuras.

Precedidos por cuatro soldados y seguidos por un piquete de fusileros, grillos en los pies, cabeza desnuda y un sacerdote a cada lado, atravesaron con dificultoso paso el corto trecho que mediaba entre la cárcel y los banquillos. El semblante de los dos hermanos estaba pálido; el ademán del adamado Luis, tranquilo; el de Juan José, convulso; y parecía que aquellos desgraciados tenían mucho que confiarse antes de morir, pues no cesaron un solo instante de hablarse a media voz, hasta que, llegados al término de aquella fatal jornada, fué preciso que los sacerdotes les dijesen algo que no oí, para que después de un estremecimiento involuntario, se volviesen a ellos, les diesen las gracias, y estrechasen con efusión contra el corazón un crucifijo que besaron en seguida respetuosos.

Sentáronse resignados y como agobiados por el cansancio, y suplicando al que hacía de verdugo que no les vendase los ojos, Luis se echó a la cara su pañuelo y exclamó: *¡Esto será bastante!* Mas no les fué concedida esta última merced. Vendada, pues, la vista, lista y en acecho la mira de los fusiles ya comenzaban a desviarse los sacerdotes esforzando la voz del último consuelo, cuando de repente y como movidos por un solo resorte, en medio del espanto de un público sobrecogido, se levantaron los dos hermanos, arrojaron la venda y lanzándose el uno en los brazos del otro, mudos y convulsos, permanecieron así medio minuto. ¡Era el último adiós que daban juntos al hermano, a la vida y a la patria!

¡Nunca he podido borrar de mi memoria la terrible impresión que dejó en mi alma esa solemne, muda e inesperada protesta contra las atrocidades, hasta ahora interminables, del titulado ser más perfecto de la creación del hombre!

Vueltos por mano del verdugo a su funesto asiento, entre el humo de una sola descarga, volaron las almas de aquellos desdichados hacia el cielo...

Luis cayó sin movimiento hacia adelante; Juan José bamboleó un instante sobre el banquillo, y, articulando algunas palabras que la emoción no me permitió oír, se desplomó después.

CAPITULO IV

De cómo pagó los servicios que se le hicieron en Chile Lord Spencer.— El Brasil.— El primer vapor que llegó a Río de Janeiro.— Idea que se tenía de los vapores en aquel tiempo.— Esclavatura.— Emancipación política del Brasil.— La célebre escritora María Graham.— Temblor del año 1822.— O'Higgins.— Días patrios.— Chile en el año 1824.— Notable proclama del general Luis de Mauri.— Ideas de Camilo Henríquez sobre emigración.

Chile, que aun más que el nombre de Reino que llevaba el año de 1810, merecía el de hacienda mal arrendada, en la cual el arrendatario se cuidaba menos del porvenir del fundo que de su propio lucro, sólo desde el día en que volvió a manos de su legítimo dueño pudo comenzar a lucir los benéficos efectos que siempre produce el contacto inmediato con las naciones cultas después de un mal entendido aislamiento. Abiertas de par en par sus puertas al comercio, acudió de todas partes a sus libres playas el elemento extranjero y nuestros puertos dejaron de ser el exclusivo asilo de las naves castellanas.

Entre aquellas de guerra extranjeras que lucían el año de 1821 sus respectivos pabellones en la no ha mucho desierta rada de Valparaíso, descollaba la hermosa fragata británica *Owen-Glendower*, cuyo comandante, Lord Spencer, más noble por su apellido que por el acto que voy a referir, visitaba entonces, como tantos otros extranjeros, la opulenta casa de Solar, en Santiago.

Sentado este buen lord al lado de mi madre en un sofá que miraba al jardín de la casa, un día, de cuya fecha no quiero acordarme, parecía absorto y entretenido siguiendo con la vista el destrozo que hacía en las botellas llenas de rapé (que mi buen abuelo don Juan Enrique Rosales, a falta de mejor sorbetorio, preparaba y exponía a la acción del sol suspendidas en la pared del jardín) un muchacho alto, flaco y de aspecto enfermizo, pero que no por esto dejaba de aprovechar la impunidad que la visita etiquetera del estirado *gringo* le proporcionaba, para dar vuelo a su espíritu

destructor. Cada media botella que una acertada pedrada traía al suelo, dejando el resto suspendido del gollete, parecía ser tan aplaudido por Spencer, con el mudo visto bueno que los yanquis dispensan al *Wellshot*, como reprobado por la señora, que a falta de medios más activos de represión, después de algunas señales telegráficas de desaprobación, no pudiendo tolerar por más tiempo lo que presenciaba, alcanzó, por mal de mis pecados, a exclamar: "¡Mira, Vicente, que ya me tienes cansada!"

Este dicho, tan sin alcance y tan frecuente en boca de las madres chilenas, fué para el noble inglés la puerta que el acaso le abrió para corresponder los miramientos que debía a mi familia librándola, para lo sucesivo, *de la mancha que podía echar sobre el apellido Rosales* la futura conducta del hijo que tan temprano había llegado a agotar el sufrimiento de su misma madre. Electrizado con tan feliz idea propuso a la señora llevar al enfermizo muchacho a Valparaíso y hospedarlo en la fragata, donde encontraría guardiamarinas de su edad para divertirse, ejercitarse y aun hasta para aprender algo inglés. Mi madre dijo no, mi padre dijo sí. Cuatro días después iba yo en marcha para Valparaíso; el quinto dormí a bordo, y el sexto recordé mareado en alta mar, con rumbo al Cabo de Hornos.

La visita de Spencer había sido visita de despedida, y sólo la ocurrencia de retornar a mi familia de tan raro modo sus servicios hizo al lord ocultar el objeto de ella. Arrojóseme por orden suya a vivir entre los marineros de proa; dióse orden a la oficialidad para excusar todo trato con el pobre prisionero; arrojóse en la bodega mi baulito con ropa, y con lo encapillado, sin más cama que una hamaca de marinero ni más alimento que los burdos que distribuían a la tripulación, enfermo, sucio y alquitranado hasta el cabello, sufrió el desvalido muchacho, sin poderse dar cuenta de lo que con él se hacía, un mes y veinte días que duró la navegación de la *Owen-Glendower* hasta llegar a la altura de Río de Janeiro.

Anclada la fragata en aquel hermoso puerto, después de dar y recibir los saludos militares, se hizo embarcar en el chinchorro de los marineros al mustio expatriado, y sin que nadie le tendiese una mano amiga, le llevó el bote a la contracosta llamada Playa Grande, donde con la mayor crueldad fué abandonado.

Solo, sin guía, sin recursos y expuesto a perecer de hambre y de miseria, a dos mil leguas de su patria, en un lugar donde ni siquiera se hablaba el idioma de sus padres, aquella víctima de un loco descorazonado no estuviera ahora, ago

biado por la edad, evocando recuerdos que aun le hacen estremecer, si Dios, para no desesperar de la humanidad, no hubiese hecho venir a socorrerle al señor Macdonald, primer teniente de la fragata, quien, movido a compasión, salió tras del chinchorro, constituido en ángel tutelar para salvarlo.

Preguntóme si había traído cartas de recomendación... Espantado entonces aquel viejo marino de lo que ocurría, sin atreverse a más por no disgustar a Spencer, puso en mis manos dos monedas de oro, y encargándome que no me separase de una enramada que hacía las veces de dormitorio para negros esclavos, a cuyo mayoral me dejó recomendado, se separó de mí.

¡Lo que son los muchachos! Harto de plátanos, de guayabas y de caña dulce que una negra vieja me enseñó a mascar, dormí aquella noche en el suelo y entre mis nuevos compañeros como hubiera podido dormir en la más mullida cama.

A eso de las doce del día siguiente, saltaron de un bote con dirección a la enramada tres caballeros que venían a buscarme: un cónsul inglés, el español don Juan Santiago Barros y don José Ignacio Izquierdo, natural de Chile. La impresión que debió causarles mi puerca y alquitranada catadura no debió por cierto ser muy favorable, por el modo como se acercaron a mí. Ellos buscaban a un hijo de una de las primeras familias de Santiago, como se lo había asegurado el buen Macdonald, y lo que tenían a la vista más parecía un galopín de cocina, con todo su puerco ajuar, que otra cosa. Mas, todo cambió cuando les hube dicho el nombre de mis padres. El señor Izquierdo, lleno de sorpresa y de entusiasmo, exclamó: "¿Hijo de Mercedes? Caballeros, el niño no sale de mi poder, soy íntimo amigo de su familia". Don Juan Santiago Barros dijo: "yo me lo llevo, soy apoderado de Solar"; mas el cónsul, interponiéndose, dijo a su vez: "nadie tiene mejores títulos que yo, porque a mí y no a ustedes se dirigió primero el señor Macdonald para que repatriase a este caballerito."

¡Cuántas veces no sucede algo parecido en el trascurso de la vida! De la dicha a la desgracia y de ésta a la dicha no hay casi siempre más que un solo paso. Tuvieron que transar mis protectores providenciales. Fué convenido que alojaría en casa de Barros, y que comería alternativamente con cada uno de mis caritativos pretendientes.

Cosa de dos años permanecí en Río de Janeiro, capital del Brasil, antes que se proporcionase oportuna ocasión de volver al hogar paterno. Poco o nada diré por no repetir, sin provecho práctico, lo que tantos escritores han dicho sobre la bahía y sobre la capital de este coloso territorial de la Amé-

rica del Sur. Basta para mi propósito indicar que la bahía, segura como pocas en el mundo, con una entrada que apenas mide dos kilómetros de anchura, tiene treinta de N. a S., y veintiséis de ancho; que la ciudad, sin ser más regular, contaba en 1821 con todos los establecimientos civiles, militares y religiosos, y con cuantas comodidades podían hacer grata la existencia del hombre en ella en aquel tiempo; y que el todo ofrecía entonces, como ofrece ahora, el paisaje más imponente y pintoresco.

Don Jorge IV de Inglaterra acababa de obsequiar al Regente don Pedro del Brasil, como muestra de los adelantos y progresos de la fuerza motriz del vapor, un vaporcito con máquina de alta presión, para paseos dentro de la bahía. Un fenómeno de esta naturaleza, que sin auxilio del remo ni del viento podía moverse y surcar las aguas como lo hacían las demás embarcaciones, era natural que produjese la más viva admiración; así fué el día que asistimos al primer ensayo, las campanas se echaron a vuelo, los buques surtos en la bahía empavesaron, y el *Santa Cruz* y el *Cobras* atronaron la atmósfera con sus reales salvas. ¡Pero cuánta decepción para tanta bulla!

Puesto en movimiento aquel pesadísimo armatoste, los mil botes y chalupas que por acompañarle poblaban el mar, tuvieron, ¿quién lo creyera ahora?, que moderar su andar para no dejar atrás al *Perico ligero* del Regente; lo cual visto por don Santiago Barros, que en una de las embarcaciones formaba conmigo parte de la comitiva, lleno de despecho me dió esta lección de buen gobierno republicano: "¿Ves, hijo, lo que tanta algazara levanta?..., pues sábete, y no lo olvides, que todos estos embelecos, inútiles recreos de los reyes, se los hacen costear al pueblo con su sudor y su trabajo. Esto no sirve ni servirá jamás para maldita de Dios la cosa!" ¿Y qué mucho es que así se expresase aquel honrado *godo*, cuando las doctrinas inquisitoriales de entonces declaraban pecado el uso del *steam boat*, como ramo de nigromancia, o como máquinas que no podían ponerse en actividad sino con ayuda del Demonio o con pacto expreso con aquel invisible artífice? ¡Qué no diría ahora aquel rancio español si aún viviese!

No se crea, sin embargo, que sólo el año de 1821 llegaron por primera vez a la América latina naves movidas por vapor; porque ya a fines de 1818, y bajo el solo nombre de *steam boat*, navegaba con éxito en la isla de la Trinidad y en sus contornos un vaporcito que, según el *Correo del Orinoco* de aquella época, *daba gusto verle navegar contra la corriente*. ¡Si aquel buen español viviera ahora, qué me diría!

En el día, en vista de los milagros del vapor, de la fotografía y de la electricidad, cuando más es permitido suspender el juicio sobre el alcance del poder del hombre; pero negarlo, ¡nunca!

Lo que más me llamó la atención en Río de Janeiro, a pesar de mi corta edad, fué la esclavatura. Parece propio de las regiones intertropicales la falta de fuerza muscular y la abundancia de laxitud y de modorra en la raza blanca; como parece cierto también que el hombre de las regiones frías y templadas está expuesto, en las cálidas, a enfermedades que esterilizan tarde o temprano su natural vigor. Estas consideraciones son, a mi juicio, las que explican la necesidad del negro para el fomento de la industria en los dominios inmediatos al sol.

En 1821 no se prohibía, como ahora, el comercio de esclavos. Embarcaciones que provenían de las costas africanas llegaban con frecuencia al puerto cargadas de infelices bozales comprados por aguardiente, o arrebatados por engaño de su inculta patria, para ser vendidos, como bestias de labor y de carga, en las lonjas de los pueblos civilizados. Aterrador era el número de víctimas que el comercio siempre descorazonado, acarreaba cada año de las costas africanas a las brasileras. Según datos oficiales, en las 52 naves que arribaron al solo puerto de Río de Janeiro cargadas con esa atroz mercadería en el año de 1823, salieron de Africa 20.610 bozales, y sólo llegaron 19.173, después de haber sido arrojados por la borda 1.437 cadáveres. Muchas veces concurrí a presenciar tan inhumano cuanto vergonzoso tráfico.

Después de evacuados los trámites aduaneros, entraba aquella triste mercancía a un corralón rodeado de corredores, donde, distribuída en ellos por cuenta del consignatario, y bajo la férula de robustos mayorales armados de rebenques, cuyo chasquido se oía con frecuencia, esperaban silenciosos al comprador.

El negro, antes de entrar al corral iba ya bien lavado, operación previa que se hacía lanzándosele al mar a fuerza de latigazos. Poníaseles después un *taparrabo,* y hombres, mujeres y niños ocupaban en seguida el puesto que se les asignaba en tan repugnante mercado. Los compradores procedían luego al minucioso examen de cada una de las cualidades personales del pobre negro que deseaban comprar. Se le plantaba como una estatua, se le examinaba de pies a cabeza; se le hacía encorvar, levantar recios pesos del suelo, o sostenerlos con los brazos extendidos, para calcular su fuerza muscular; se le apretaba el pecho y la cintura para ver si sufría algún dolor; se le hacía después abrir la boca para

examinar el estado de la dentadura; se les sometia, en fin, al examen a que se somete en Chile a los caballos antes de ajustar su precio. Comprado el animal, se le entregaba después a los *corredores* de educación, robustos y crueles mulatos, los cuales después de enseñar a los negros algo de portugués, y sobre todo, a obedecer, los devolvían a sus dueños para que siguiesen bajo su yugo, hasta la muerte, la espantosa carrera del esclavo. He visto rollos públicos donde castigaban con azotes sin cuento delitos domésticos; y he visto también espaldas laceradas y llenas de costras, sufrir de nuevo atroces vapuleos, sin que los viandantes por las calles se impresionasen más por esto que lo que se impresiona la generalidad de nuestro pueblo cuando se encuentra con un brutal carretonero castigando por venganza a su debilitada cabalgadura.

Antes de doblar la hoja sobre este particular, no puedo, aunque lo deseo, dejar de referir un hecho que presencié estando almorzando un día en casa de don Juan Santiago Barros. Tratábase de un regalo que este señor quería hacer a un amigo suyo a quien le había oído decir que necesitaba una negrita para su señora. Había ya comprado una recién desembarcada y que tendría como dieciséis años de edad. Para estar más seguro de que el regalo era digno de la persona a quien se destinaba, hizo ir al comedor, desnuda, aunque envuelta en una sábana, a la negrita, muy jabonada y muy peinada; y cuando estuvo en presencia de todos, la hizo quitar el lienzo que la cubría, ¡sin siquiera acordarse de que un hijo de él y yo estábamos presentes! La infeliz criatura, que más parecía una estatua automática de ébano que un ser animado, después de merecer la aprobación de los concurrentes, fué vestida y remitida a su destino.

Ya a mediados de junio de 1821, circulaban por la ciudad rumores alarmantes sobre el mal estado de las relaciones amistosas que reinaban entre el Brasil y el Portugal, su madre patria; tanto que pocos días después, reparando que estos rumores iban cobrando por momentos la actitud de las más violentas recriminaciones, llegué a temer presenciar en Río de Janeiro las mismas luctuosas escenas que había presenciado en Chile en los años 14 y 18, pues también trataba el Brasil de entrar en el goce de la vida independiente.

Estaba equivocado; la independencia brasilera ni costó lágrimas ni sangre; porque no fué más que la consecuencia lógica y tranquila de los antecedentes que la motivaron.

Las exigencias de Napoleón I, empeñado en llevar a cabo su idea favorita del bloqueo continental contra Inglaterra, obligaron a la casa de Braganza, que reinaba entonces en

Portugal, a aislarse en sus Estados Americanos. El Portugal, como la España, observaba hasta entonces en sus colonias el torpe régimen restrictivo que provocó la emancipación de la América Española; y como junto con entrar la familia real en el Brasil comenzó esta hermosa región del mundo a gozar de todas aquellas franquicias y privilegios de que antes sólo gozaba Portugal a expensas de ella, no era posible que se resignase a tornar al estado de colonia, después de la vuelta de don Juan VI, su legítimo soberano, a sus Estados europeos. En aquel entonces los privilegios y las regalías no eran patrimonio de los pueblos, sino de las casas coronadas que los gobernaban. Con el rey entraba el privilegio en todas partes, y con el rey salía; así fué que apenas salió para Lisboa don Juan VI dejando en marzo de 1821, en calidad de Regente del Brasil, a su hijo don Pedro, cuando comenzaron a sentirse los aflictivos efectos de su ausencia. El Brasil tornó a ser colonia; y Portugal, de casi colonia, por ausencia de su rey, tornó de nuevo a la despótica categoría de metrópoli.

Mal aconsejadas las cortes portuguesas, y sin siquiera traer a la memoria las causas de la reciente emancipación de la América Española, ni mucho menos al natural disgusto con que debía el Brasil, por solo la ausencia del rey, tornar de amo a criado, se propusieron, impolíticas, borrar hasta el recuerdo de su momentánea dicha. Para no dejar rastros de paridad entre la categoría de los dos Estados, decretaron volviese el príncipe al lado de su padre, enviando al mismo tiempo para su custodia una poderosa escuadra a las aguas de Rio de Janeiro.

Alarmados los brasileros con lo que ocurría, y resueltos a apelar a las armas en caso necesario, tuvièron el feliz pensamiento de ocurrir primero al príncipe, ofreciéndole, por medio de sus cabildos, la gloria de tornar en imperio soberano el muy rico y extenso Estado que gobernaba, del cual pondrían en su mano el envidiable cetro, si no los abandonaba. Aceptó don Pedro tan insigne honor, y las poderosas fortalezas de la plaza, junto con la noticia de tan fausto acontecimiento para el Brasil, recibieron orden de imponer a la escuadra portuguesa, cuando llegase, la obligación de anclar fuera del alcance de sus baterías. Las tropas peninsulares que había dejado don Juan VI en el Brasil para que sirviesen a su hijo de custodia, fueron las únicas que pretendieron oponerse a este nuevo orden de cosas, tratando de fortalecerse en sus cuarteles; pero pronto tuvieron que ceder, asediadas por todas partes por el pueblo que, reunido en masa en el vasto campo de Santa Ana y ayudado por tropas nacionales, las

obligó a entregarse sin más condición que la de ser repatriadas.

Habíaseme proporcionado, en esos azarosos días, propicia ocasión de volver a mi lejana patria a bordo de la fragata de guerra *Doris*, de la marina inglesa, y al atravesar en ella por entre la escuadra portuguesa, lista para zarpar, llevando a Portugal la infausta noticia de la emancipación brasilera, tuve ocasión de ver que se embarcaba en ella el resto de las tropas reales que habían capitulado y que dejaban esos lugares para no volver a poner más los pies en ellos.

Este grande acontecimiento, que por la tranquilidad y la cordura que le dieron el ser, es uno de los más pacíficos que registran los anales de la historia de las emancipaciones de los pueblos, iniciado en los primeros meses del año 1822, recibió la sanción de los felices hijos del Brasil el 7 de septiembre del mismo año con la exaltación al trono del naciente imperio brasilero del príncipe don Pedro I, Emperador y Defensor Perpetuo del Brasil.

Ingrato por demás sería si no consagrase a la memoria de la sabia escritora María Graham, viuda del malogrado capitán de la *Doris*, muerto por un fatal accidente en los mares del Cabo, el recuerdo del sincero agradecimiento que la debo. Ella compensó en la *Doris*, con usura, a fuerza de maternales cariños, el brutal e inmotivado trato que me había dado en la *Owen Glendower* Spencer, cuando me robó del lado de mis padres.

Vuelto a mi Chile, aunque era yo entonces demasiado niño para darme cabal cuenta de los adelantos de mi país, porque entonces éramos niños hasta la edad de 17 años y muchachos más allá de la de los 20, ya comenzaba mi mente a gozar de bastante independencia para permitirme motejar preocupaciones o reírme de ellas.

La historia de los terremotos que agregó el año 22 una página más a los desastres que conmemora, me proporcionó ocasión de hacer a un tiempo uno y otro; pues el tal terremoto, que no fué por cierto uno de los mayores que han estremecido nuestro suelo, vino a aumentar las pruebas, ya por desgracia sobradas, de que las preocupaciones no pierden ni perderán jamás su imperio sobre el corazón del hombre poco instruído, mientras exista la humanidad sobre el mundo sublunar. El terror fué justo; la turbación, necesaria. Cubriéronse las veredas de las calles y los contornos de los patios con altos de tejas despedazadas. En medio del espanto general, de las carreras y de los encontrones que se daba el pueblo consternado por evitar el peligro, alzando al cielo el

conocido grito de ¡Misericordia!, tuve ocasión de ver debatirse en el frente de la puerta de mi casa a un asustado sacerdote que pugnaba por desprenderse de una mujer que asida de su sotana se arrastraba de rodillas implorando a gritos la absolución de los pecados que en alta voz le confesaba. Ocurriósele a una santa monja decir, a eso de las diez y media de aquella temerosa noche, que sabía por revelación que el temblor era precursor del fin del mundo, y que la hora del juicio final debía sonar a las once de la próxima mañana. A tan aterradora noticia, que se esparció por Santiago con rapidez eléctrica, contestó el pueblo saliendo de estampido hacia las plazas, plazuelas y paseos públicos, y sin darse razón de lo que hacía, el hombre ilustrado como el que no lo era, la señora y la simple fregona, todos, grandes y chicos, hicieron llevar atropellados a esos lugares de asilo, tal acopio de camas y colchones, que en un momento parte del tajamar, las plazas públicas y la reciente alameda, se cubrieron con ellos.

¿Qué hubiera dicho de nosotros un hombre de ilustrado juicio traído por encanto a Santiago en esos momentos, al ver por entre los colchones relumbrar los carbones encendidos de muchos braseros provistos de tachos y teteras para el *vicio* del mate, y al notar el tembloroso ademán con que chupaban los fieles la bombilla, al mismo tiempo que imploraban el perdón de sus pecados?

Terminó el fin del angustiado plazo, y cuando huyendo de terror, unos cerraban los ojos y otros se desmayaban, un repique general de campanas vino a anunciar al feliz Santiago que el Dios de las bondades, merced a los ruegos de las monjas, había perdonado al género humano otorgándole más años de vida.

Pero estas nuevas pasajeras que de vez en cuando suelen caracterizar, con un solo hecho, el estado de progreso intelectual de algunos pueblos de la tierra, no puede proyectar más que sobre una pequeña parte de nuestra civilización una luz desconsoladora, cuando no ridícula. Todo progresaba entonces en Chile, y progresaba con harta más rapidez que aquella que podía esperarse, ya de sus coloniales antecedentes, ya de la semipropia existencia de que gozaba desde el año 1810.

Corría el año de 1824. El Director Supremo, don Bernardo O'Higgins, había abdicado el mando, o más bien dicho, se había visto obligado a reconocer que no podía permanecer por más tiempo al frente de los negocios públicos sin lanzar a su país en el abismo de los horrores de una lucha fratricida.

El 23 de enero de 1823 este héroe chileno completó la nó-

mina de sus esclarecidos servicios con estas sentidas palabras: "Creyendo que en las circunstancias actuales puede contribuir a que la patria adquiera su tranquilidad el que yo deje el mando supremo del Estado, he venido en abdicar la Dirección Suprema y consignar su ejercicio provisorio en una junta gubernativa, compuesta de los ciudadanos don Agustín Eyzaguirre, don José Miguel Infante y don Fernando Errázuriz".

Pudo haber agregado lo que cuatro meses antes había dicho, al separarse del Perú, el héroe americano San Martín: "En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas dividirán sus opiniones; pero los hijos de éstos darán el verdadero fallo".

El fin que tuvo la vida pública de O'Higgins, de ese gran servidor de la patria, cuyas virtudes son harto más patentes que sus defectos, agregó nueva prueba al filósofo axioma que del Capitolio a la roca Tarpeya no hay más que un paso. Todavía no se había esparcido la noticia de su renuncia cuando, hecho prisionero por Ramón Freire en Valparaíso, en el momento de quererse expatriar para siempre de ese Chile en cuyo obsequio había expuesto tantas veces su vida, quiso sometérsele a un juicio de residencia.

Circunstancias que otros han referido y que no entra en el propósito de estas memorias reproducir, condujeron en seguida a ese orgullo cívico y militar de Chile a las lejanas playas del Perú, de donde sólo pudieron venir sus restos mortales al seno de la patria agradecida, cerca de medio siglo después.

Cada vez que celebramos en Chile los días patrios de septiembre, acuden sin esfuerzo a mi memoria las solemnidades con que celebraban los patriotas del año de 1824 el ya casi olvidado 12 de febrero, día que, cual ningún otro, ostenta títulos que le hacen merecedor al más justo y cumplido acatamiento del hombre chileno. El 12 de febrero de 1541 fundó Pedro de Valdivia nuestro orgulloso Santiago; el 12 de febrero del año 1817 el ejército libertador, después de haber resuelto con pericial arrojo el problema del paso de los Andes a la vista del enemigo, nos dió en Chacabuco la libertad que el 12 de febrero del siguiente año sancionó el país con la solemne Jura de nuestra Independencia.

Celebrábase entonces ese gran día y no el 18 de septiembre; y sólo el que asistió a esas festividades, en las que se ostentaba en medio del más loco contento la expresión del más puro agradecimiento, glorificando a los padres de la patria, puede valorizar los efectos que produce la sorda lima del tiem-

po hasta sobre los recuerdos de las costumbres más dignas de inmortalidad.

En ese día, la bandera a cuya sombra se había jurado la independencia, llevada con gran pompa por el Director Supremo, era colocada sobre un trono levantado en el Cabildo, y de allí acompañada de todas las autoridades civiles, militares y religiosas, a la catedral, donde, después del evangelio, en vez de nuestro acostumbrado sermón, se leía al pueblo, en alta e inteligible voz, el acta original de nuestra independencia, llevada hasta el templo por el mismo Jefe del Estado con este objeto.

De estas festividades expresivas y conmemoradoras sólo conservamos el cañoneo de Hidalgo, las luminarias y los adornos de las calles, que hoy, con más o menos ostentación, se han trasladado a la Alameda; porque hasta el posterior paseo a la alegre Pampilla, hoy Parque Cousiño, totalmente despojada de su primitivo carácter democrático, sólo se destina ahora a la nobleza encarrozada, dejando puerta afuera a la humilde y nacional carreta.

¿Cuántos de los que concurren a lucir sus carruajes y sus caballos en los paseos públicos; cuántos de los que van al teatro, donde aun se entona la Canción Nacional, más por lucir la voz de los cantores que por el significado de sus estrofas, significado que hasta llegó a alterarse después sólo por ceder a tontas insinuaciones que pidieron la profanación de ese monumento histórico; cuántos, digo, tienen presente, en los regocijos de estos días, a aquellos a quienes deben patria y libertad y el saber y la holganza de que ahora disfrutan?

Las voces Patria y Chile no fueron voces sinónimas en los primeros tiempos de nuestra vida republicana. Patria no significaba al pie de la letra lo que ahora significa Chile, sino el conjunto de principios democráticos que luchaban a cuerpo partido contra los absolutistas de la monarquía española, y, además, hasta las mismas personas que capitaneaban las banderas independientes, y esto explica por qué tuvimos entonces Patria Vieja y Patria Nueva.

Sólo en 1824 vino a darse por decreto supremo a la voz Patria su legítimo significado: se mandó que en adelante se dijese ¡viva Chile! en vez de ¡viva la Patria! en los grandes días en que debían celebrarse, ya las glorias de reciente fecha, ya aquellas que conmemoraban las que nos dieron libertad.

Dícese con bastante razón, pero no con toda ella, que los viejos sólo viven de recuerdos y que adolecen de la manía de encontrar malo todo aquello que no se asemeja a lo que ocurrió o se hacía en sus verdes años. A mí no me tocan las generales de esta ley, porque para mí lo bueno no envejece,

ni dejo ahora de acatar lo nuevo siendo bueno, con todo el ardor de mis primeros años. Mas, como esta no es condición exclusivamente mía, ni es tampoco posible que muchos puedan traer sin trabajo a la memoria lo bueno antiguo, creo que no mirarán de reojo los que estos renglones leyeren, si les dejo, antes de pasar al año de 1825, un pálido bosquejo de lo que era Chile en el año de 1824, para que deduzcan de él lo que fué el año de 1810, y sepamos dar al César lo que al César pertenece.

Dividíase el territorio republicano, que sólo alcanzaba en aquel entonces desde Atacama al canal de Chacao, en tres grandes departamentos llamados Coquimbo, Santiago y Concepción, y en los gobiernos de Valdivia, Talcahuano y Valparaíso.

El departamento de Coquimbo confinaba al norte con la provincia de Atacama del Alto Perú en el río *Sala Agua Buena* y médano de Atacama, y al sur con el departamento de Santiago, en la quebrada del Negro y portezuelo de Tilama. El departamento de Santiago tenía por límites al sur el río de Maule, que le separaba del de Concepción, y éste terminaba por la parte del sur con el río Vergara, cerro de Santa Juana y *Rumén*.

La jurisdicción de los titulados gobiernos de Talcahuano y de Valparaíso no pasaba del recinto de cada una de esas plazas; pero no así la del de Valdivia, que alcanzaba hasta el canal de Chacao, punto donde se detenía la bandera patria.

Esta patria, pobre y apartado rincón del Continente Americano, sólo conocida por la sangre y los caudales que costó a la España su estéril conquista, contaba en 1824, según cálculos cuya exactitud no me ha sido posible averiguar, con 1.300,000 habitantes entre ambas razas, la indígena y la europea, más o menos puras o mezcladas.

Dedúcese fácilmente lo que debieron ser en 1810 la ilustración, las tendencias y las aspiraciones de esta pequeña y aislada sección del género humano, donde predominaba en la nobleza, casi siempre comprada, el *Plata te dé Dios, hijo, que el saber poco te vale;* en las aulas, el antiguo ergoteo; en el comercio, los privilegios peninsulares; en el suelo a medio elaborar, sobrados productos alimenticios; en el pueblo, aquello de *Después de Dios el Rey y después del Rey el amo;* en el indígena, la lanza y el saqueo; y en muy contadas personas, el deseo de instruirse, devorando, a hurto, los pocos libros científicos, políticos o industriales que el contrabando o el acaso, siempre peligroso, ponía en sus manos.

¡Cómo es posible creer que con tan exiguos elementos pudiera Chile en sólo trece años de existencia propia, trece años de febril y borrascosa vida, en la que simultáneamente se al-

ternaban los triunfos y los desastres, las esperanzas y las decepciones, sin dejar un solo instante de peligrar la libertad, los haberes y la vida de los protagonistas del sangriento drama de nuestra independencia, llegar como llegó al año 1824!

En la historia de los primeros tiempos de nuestra vida republicana hay un hecho digno de fijar la atención del filósofo y del estadista, y es que esos héroes improvisados a quienes tanto debemos, al mismo tiempo que defendían a estocadas su propia vida, no dejaron de sembrar, para nosotros, instituciones de progreso, ni en los momentos mismos en que la patria, desangrada y sin recursos, parecía hundirse con ellos en el cielo de la recolonización (1).

Entre nuestras actuales instituciones hay, en efecto, muy pocas que no deriven su existencia de otras iguales o análogas dictadas por aquellos gigantes de abnegación y de patriotismo en medio de los horrores y de las angustias de la guerra. En el año 1824 ya existían en Chile, si no como instituciones perfectas y en pleno auge, al menos como ideas que debían desarrollarse a su tiempo, multitud de acuerdos más o menos elaborados y puestos en planta para elevar a la República al rango de nación civilizada.

En esos trece años se dictaron varias Constituciones, y la del año de 1823 ha mantenido sus prescripciones en la parte judicial hasta estos últimos años, 1874.

La división territorial de las secciones gubernativas del día tiene mucho de lo que eran en aquel entonces. Llamábanse delegaciones lo que ahora llamamos intendencias; y distritos, muchos de los que ahora llevan el nombre de departamentos. Dividíase entonces el país en tres grandes secciones, es cierto; pero, ¿quién puede asegurar que esa división, mejor estudiada, no pudiera aprovechar, reviviendo, a la fiscalización más inmediata de los actos de los funcionarios públicos y a la descentralización para dar más vida y animación a la iniciativa de los gobernados?

La *Sociedad de Amigos de Chile*, decretada el 5 de agosto de 1818 para promover los adelantos del país en los ramos de agricultura, comercio, minería, artes y oficios, es la base del Ministerio de Fomento que aun no vemos establecido en Chile.

Sintiendo la imperiosa necesidad de conocer con la posible perfección el país que organizaba, decretaron el 26 de junio del año 1823 la creación de una comisión de estadística

---

(1) Era tal la escasez de recursos del Gobierno y con ella tan exiguo su crédito, que en octubre de 1818 llegó a paralizarse la fábrica de cartuchos en la maestranza por no existir en arcas fiscales con qué comprar papel.

encargada de un viaje científico por el territorio del Estado con el objeto de examinar la geología del país, sus plantas, sus minerales, y suministrar todos los datos que pudieran contribuir a formar una completa estadística; y seis meses después, el 20 de diciembre, se organizó la comisión corográfica para levantar el mapa de Chile, promover la industria, y proveer a la defensa de la patria.

Dictóse el 21 de mayo de 1823 un notable reglamento de policía y de costumbres, en el cual, salvo algunos artículos, hijos legítimos de aquella época, pudieran mucho aprender nuestros intendentes y gobernadores.

La policía rural, de la que sólo ahora se ha venido a hacer seria mención entre nosotros, fué decretada el 26 de mayo del mismo año, y colocada a cargo de jueces que a las funciones de las juntas actuales de caminos unían las obligaciones que imponen la salubridad de los campos, de los hombres y de los ganados, la conservación de los bosques y la multiplicación de los plantíos.

Creóse una comisión de beneficencia encargada de la protección y fomento de todos los establecimientos de caridad. Se restableció el hospicio para extirpar la mendicidad, acogiendo en él a todos los miserables de uno y otro sexo para darles ocupación según sus aptitudes y para socorrerles en todas sus necesidades.

No descuidaron las exigencias de la sanidad, y la junta decretada con este nombre y la prohibición de enterrar en adelante cadáveres en las iglesias, dan de ello la más patente prueba.

Creóse en 1820 el hospital militar, al que se le condecoró con el nombre de Hospital del Estado.

Los indígenas, llamados hermanos desde 1813, merecieron entonces reglamentos que promovían y aceleraban su civilización.

La justicia y la instrucción pública deben a nuestros padres de la patria la creación de la Corte Suprema, la Academia Chilena creada por decreto de 10 de diciembre de 1823, con sus tres secciones: ciencias morales y políticas, ciencias físicas y matemáticas, literatura y artes; la Academia de Leyes y Práctica Forense; el Instituto Nacional en la capital y en los departamentos, establecimiento instalado en 1813, restablecido en 1819 y reorganizado en 1823; las escuelas conventuales para hombres; las de los monasterios para las mujeres; escuelas lancasterianas, el Museo, la Biblioteca Nacional y la libertad de imprenta.

Colocaron la dignidad del hombre en su verdadero trono con la abolición de la esclavatura, la de los azotes, la de

los palos en el ejército, los títulos de nobleza heredada o comprada, y cuanto tiende a degradar al hombre o a hacerle más ridículo de lo que es.

Al mismo tiempo que se abolían los efectos de la crueldad y del necio orgullo, nada se omitía para enaltecer el espíritu ni para formar hombres capaces de ostentar con justo orgullo el título de ciudadanos de una república ilustrada. Decretóse con este objeto el año 1817 la creación de la Legión de Mérito, para premiar las virtudes y los talentos en todas las carreras, premios que llevaban el calificativo de "la más honrosa y la más estimable distinción nacional".

Decretáronse, asimismo, premios al preceptorado y premios a los alumnos que aventajasen en estudio y saber a los demás. Lo que no hemos hecho hasta ahora, ni creo por desgracia que lo hagamos tan luego, ya lo tenían hecho los padres de la patria el año de 1820. Entonces seis años de servicios en las clases superiores era mérito suficiente para obtener prebendas en las catedrales, y esos mismos seis años en los legos le daba opción a los destinos análogos de su carrera. Siguiendo el mismo propósito, acordóse el título de benemérito de la juventud al alumno que más sobresaliese, ya en la probidad de sus costumbres y ejercicios de las virtudes cívicas y morales, ya en el aprovechamiento científico o industrial; y a más de las preeminencias del lugar que se le hacía ocupar en todas partes y de las consideraciones con que se le trataba, se le concedía el derecho de continuar gratuitamente sus estudios.

Los empleados públicos no trabajaban sin esperanza de premio, como casi siempre acontece ahora; el decreto de 3 de junio de 1820, al exigir que al principio de cada año el jefe de las oficinas de hacienda pasase al ministerio de este nombre la foja de servicios de cada empleado para la provisión de los empleos de los que hubiesen servido en un destino inferior, lo está probando.

Mandáronse someter todos los gastos del Estado a rigurosos presupuestos, y rastros se encuentran en aquella época, hasta la consolidación de nuestra deuda interior.

El arte de la guerra, esa necesidad imperiosa de la raza humana, debe a los hombres de aquella tumultuosa y angustiada era, la Academia Militar, la Escuela de Pilotos, la comisión encargada de formar un código militar, y la Maestranza de armas y de instrumentos bélicos.

No andaban entonces nuestros inválidos sueltos y mendigando como ahora, porque el año 23 ya contaba el valor desgraciado con un asilo protector a cargo y bajo la inmediata vigilancia del comandante general de armas, para que nada faltase a aquellos infelices.

El decreto de 10 de diciembre de 1822 echó por primera vez en Santiago los verdaderos cimientos de la guardia nacional.

Para no parecer por demás prolijo, enumerando, aunque sea tan a la ligera, cuanto a nuestros padres debemos, terminaré esta reseña sentando que hasta de aumentar los días útiles de trabajo que tenia el año chileno se ocuparon; pues, perseguida la holganza y el ocio hasta en sus más sagrados retretes, lograron que las fiestas de riguroso precepto, que alcanzaban entonces a cuarenta, quedaran reducidas a sólo doce, y abolidas completamente las muchas de medio precepto que casi siempre y sobre todo en los pueblos, se volvían de precepto entero.

Todo lo preveían solícitos. La América española no era para nuestros padres un conjunto de distintas naciones; era sólo un único estado por emancipar, y la emancipación no la consideraban completa mientras imperase en alguna de sus secciones el dominio español. La historia contemporánea argentino-chilena llevaba ya consignados en sus preciosas páginas muchos de los hechos que acreditan esta verdad cuando se trató de emancipar al Perú; mas como no he visto conmemorar aquellos cuyo alcance llegaba hasta los más remotos términos del dominio español en la América, debe permitirse a mi patrio orgullo el que consigne aquí, aunque sean las primeras palabras de la notable proclama que don Luis Mauri, general en jefe de las fuerzas destinadas a obrar contra Nueva Granada, dirigió a sus compatriotas el 10 de julio de 1818, después de haber tomado posesión de las islas de Santa Catalina, Providencia la Vieja y San Andrés, dependientes de aquel virreinato. Dice así:

"¡Compatriotas! Los poderosos Estados Unidos de Buenos Aires y Chile, deseando cooperar en cuanto les sea posible a la emancipación de sus oprimidos hermanos, me han comisionado para cumplir esta noble empresa en la Nueva Granada. Gracias al cielo que les ha inspirado tan magnánimos sentimientos. Sea su unión y su sabia conducta nuestra guía en nuestras futuras operaciones" (1).

¿Y qué decir ahora de las ideas que entonces se tenían sobre la importancia de la inmigración de extranjeros, como complemento de la grande obra con tantos sacrificios iniciada? En la *Camila*, que el célebre patriota Camilo Henríquez escribió para nuestro teatro, con el objeto de sembrar en la mente de los concurrentes semillas de legitimo progreso, dice uno de los interlocutores: "Si la América no olvida las preocupaciones españolas y no adopta más liberales prin-

(1) *Correo del Orinoco*, núm. 17, año de 1819, Angostura.

cipios, jamás saldrá de la esfera de una España ultramarina, miserable y obscura como la España europea. Para remediar la lastimosa despoblación de la América y su atraso en las artes y en la agricultura, es necesario llamar extranjeros con el atractivo de unas leyes imparciales, tolerantes y paternales."

Nada se escapó, pues, a las miradas de esos hombres extraordinarios que así pasaban la espada del guerrero a la mano izquierda para dejar libre la derecha a la pluma organizadora, como el acero al poderoso puño para defender junto con los fueros de la patria la propia vida.

Teníamos en las naciones extranjeras cuatro misiones diplomáticas en el año 24. Eran ministros plenipotenciarios de Chile, en Buenos Aires, don Joaquín Campino; en Europa, don José Antonio Irizarri; en el Perú, don Miguel Zañartu, y en Roma don Ignacio Cienfuegos.

Para Chile sólo eran extranjeros los enemigos de su libertad, y la idoneidad el candidato jurado para los más delicados puestos públicos. A Dauxion Lavaysse se confió la dirección de la comisión de estadística; a Alberto d'Albe y Carlos Lozier la de la corografía; Zegers, o Zeggers como se escribía entonces, era oficial presidente del despacho de relaciones exteriores; Bayarna era director de la Academia Militar; Ocampo, consultor de lo que entonces llamaban Cámara Nacional. En resolución, Chile de entonces supo nacionalizar los ilustres nombres de San Martín, de Cochrane y de Blanco, y los retoños de aquellos denodados oficiales de mar y tierra que nos trajeron generosos el precioso contigente de su sangre y de sus luces de que tanto necesitábamos, nos siguen dando días de gloria como si sus padres no hubiesen tenido más patria que la propia nuestra.

CAPITULO V

El barón de Mackau y el corsario Quintanilla.— Viaje a Francia.— Río de Janeiro.— Havre de Grace.— París de aquel entonces.— María Malibrán García.— Un hijito de Fernando VII.— La duquesa de Berri.— Colegio de Silvela.— El matemático Vallejo.— Don Andrés A. de Gorbea.— Don Leandro Fernández de Moratín.— Don Silvestre Pinheiro Ferreira, profesor de Derecho Público.— El romanticismo.— Alejandro Dumas.— El general San Martín en Francia.— El general Murillo.

Entre las naciones europeas que comenzaron a frecuentar con sus naves nuestras costas, así que la guerra de la independencia se lo permitió, la Inglaterra y la Francia fueron las más solícitas a captarse las simpatías del Nuevo Estado que abría a los frutos de la industria extranjera sus codiciados puertos.

Fué éste uno de los motivos que impulsaron al Ministro de Marina francés a autorizar a los jefes de su escuadra del Pacífico para que concediesen pases libres, en sus gabarras o transportes, a los hijos de las familias influyentes de Santiago que solicitasen ir a continuar en Francia sus estudios.

Cupo al almirante Mackau, que alcanzó después a ser Ministro de Estado en tiempo de Luis Felipe de Orleans, ser intérprete de estas buenas disposiciones para con Chile, y aun el gusto de exagerarlas, como aparece del hecho que voy a referir y que, por haber pasado muy de puertas adentro, muchos ignoran.

Aun no existían en Chile en 1823 casas extranjeras de comercio, y los franceses habían elegido la muy opulenta de don Felipe Santiago del Solar para la consignación de sus naves y la de los cargamentos de mercaderías que comenzaban a enviar de su país a nuestra recién naciente República.

El barón de Mackau, comandante de la fragata de guerra francesa *Clorinda,* que se gallardeaba a la sazón en medio de los buques ingleses y norteamericanos surtos en la bahía de Valparaíso, trasladado a Santiago con algunos de sus oficiales, se hospedaba entonces en casa de mi padre, donde, para

hacerle más grata su permanencia, se le trataba a cuerpo de rey.

Todo el territorio chileno no se encontraba aún libre de las autoridades españolas, pues en el vasto asiento de las islas, con Chiloé por cabecera, imperaba todavía el terrible caudillo Quintanilla, aunque no era esto parte a impedir que nuestros corsarios asolasen el comercio español desde las aguas de Valdivia hasta las de Guayaquil; pues nuestros faluchos, que no eran entonces otras nuestras naves, desvalijaban que era un contento a cuantos buques españoles de comercio se les venían a las manos. La sola casa de Solar contaba con cuatro corsarios, cuya capitana, *El Chileno*, había hecho tanto daño a Quintanilla, capturando cuantos buques con recursos le enviaban del Perú, que, exasperado, armó la célebre nave *La Quintanilla*, que, al mando de un tal Martelí, no tardó en dar al traste con toda la división Solar, obligando a *El Chileno*, único cachucho que escapó de sus garras, a asilarse bajo los fuegos de las baterías de Valparaíso. Supo el buen barón de Mackau por boca de Solar lo que pasaba; ignoro lo que entre los dos hablaron; pero no ignoro lo que ocurrió después; pues es lo cierto que, a poco de andar, ya la terrible *La Quintanilla* era declarada buena presa de la fragata *Clorinda*, y que el no menos terrible Martelí se encontraba encerrado en la calidad de preso a bordo de la gabarra francesa *Mosselle*.

Estas felices travesuras y otras a éstas parecidas, que no hay para qué relatar; el contacto cada día más frecuente que la actividad comercial nos proporcionaba con el extranjero; la sucesiva llegada a nuestras poco frecuentadas playas de capacidades como la de Lozier, y la de muchas otras, que, sin ser reales de a ocho en sus respectivos países, venían a serlo sin esfuerzo en nuestra patria; la preferente acogida que dispensaba, por las anteriores razones, a todo lo de fuera, la inconsulta hospitalidad de nuestros estrados, aunque los tales de fuera no fuesen otra cosa que meros mercachifles engalanados con la natural desenvoltura del *commis voyageur*, con al arte de anudarse la corbata y con el no menos atractivo de saber bailar y enseñar las recién llegadas cuadrillas, hicieron creer a muchos padres de familia que la instrucción, para ser buena, sólo podía adquirirse en la culta Europa; y a muchas madres y hasta entonces encogidas hijas en el campo de los devaneos sociales, que fuera de Francia o de Inglaterra, no podía encontrarse ni la fuente del galano decir ni el verdadero *comme il faut*, padre del encanto de los salones.

Antes, pues, que se notificase a los chilenos la benévola disposición del Gobierno francés para con los jóvenes americanos, ya habían salido Carlos Pérez Rosales y Juan Enrique

Ramírez, el primero para Inglaterra y para Escocia el segundo, y el 16 de enero de 1825 se daba a la vela del puerto de Valparaíso para la Francia, y cargado de jóvenes chilenos, el transporte *Mosselle,* de la marina de guerra francesa.

¿Adónde iban esos jóvenes, orgullo y esperanza de sus padres, llenando de envidia a los que por falta de recursos quedaban reducidos a las escuelas patrias? ¡Iban a Francia en busca de un fácil saber, sin sospechar ni por un instante que allí les esperaba la sabiduría, como esperó a muchos, veinticuatro años después, el oro que a paladas pensaron recoger en California!

Fueron los alegres pasajeros de la *Mosselle*: Santiago Rosales, Manuel Solar, los cuatro hermanos Jara-Quemada, Lorenzo, Ramón, Manuel y Miguel; los hermanos Antonio y José de la Lastra, José Manuel Ramírez, mi hermano Ruperto Solar y yo.

Tras esta primera expedición, pero ya no en buques de la armada francesa, salieron otros con el mismo destino, conduciendo a los hermanos Guerrero, Calixto, Lorenzo y Víctor; a los hermanos Larraín Moxó, Rafael, Santiago y José María; a los hermanos Toro, Bernardo, Domingo, Alonso y Nicasio; a José Manuel Izquierdo, a Manuel Talavera, José Luis Borgoño, Ramón Undurraga y Miguel Ramírez. Todos estos jóvenes, unidos a los del primer viaje, a excepción de Manuel Talavera, Calixto Guerrero, Bernardo Toro, Miguel y José Manuel Ramírez, ocuparon un asiento en el mentado colegio de Silvela, único en su época, así por el nombre y la capacidad intelectual de sus notabilísimos preceptores, como por el gran número y la juiciosa distribución de los distintos ramos del saber humano que allí se cursaban.

De toda aquella dorada juventud chilena que en pos de la instrucción cruzó los mares hasta llegar a la envidiada Europa, ¿qué nos queda? Sólo recuerdos de infructuosos afanes y tres testigos presenciales del general malogro: don Rafael Larraín Moxó, don Domingo José de Toro y la mano debilitada que estos renglones traza.

Mal camino seguirán siempre los padres de familia que, sin dar primero a sus hijos la instrucción elemental, les separan de su lado y de su patria para que vayan a estudiar en Europa, en perverso francés o mal inglés, aquello que pueden aprender en Chile en correcto castellano. Sólo debe pasar a Europa el joven ya formado que, habiendo adquirido en las aulas patrias cuanto en ellas puede aprenderse, deseare perfeccionar sus conocimientos profesionales, o aquellos otros que caracterizan al hombre de mundo y que sólo pueden adquirirse en el roce ordinario que motivan los viajes entre todo linaje de gentes, en el prolijo estudio de las costumbres y

en el inmediato contacto con los hijos de las naciones más cultas del Viejo Mundo.

Volvimos, pues, los que allá fuimos con poco más del triste alfabeto por aprendizaje, sin siquiera poder decir cuando llegamos, que sabíamos tanto cuanto encontramos que sabían, sin salir de Chile, aquellos mismos que suspiraron por no podernos seguir. Pero, para ser justos, es preciso confesar que aquello de superfluidades, de *gabachismos* y de meter en todo *ex cathedra* la mano, nadie hasta ahora nos ha podido aventajar.

Pero veo que me he apartado de mi viaje a bordo de aquella mentada *Mosselle* que tanto nos hizo padecer. Seguimos, pues, en ella acompañados del prisionero Marteli, y al cabo de treinta y seis días de navegación, después de doblar de nuevo el Cabo de Hornos, pude contemplar por segunda vez ese Río de Janeiro y esa terrible Playa Grande donde cuatro años antes había sido arrojado, sin amparo, por la exquisita crueldad de Lord Spencer.

El Río de Janeiro del año 25 era el mismo poblachón del año 21, con sólo cuatro años más de edad. Este pueblo negrero, de irregular trazado, de perversa policía de aseo y de ninguna sanidad desde medianoche para adelante, pues, a falta de depósitos salubres y fijos de aquel residuo cuyo nombre ponderó tanto Víctor Hugo en boca del irritado Cambronne, barriles sin más tapa que la atmósfera corrían de todas partes a inficionar las playas de las tranquilas aguas de la bahía. Salvo algunas excepciones, mientras más lucía sus galas la naturaleza en aquel lugar, más lucía la incuria y el desgreño de sus sudorientos habitantes.

Entonces, como en los años 30, 45, 60, épocas en que tuve ocasión de visitar de nuevo esa capital de imperio, no encontré en ella un solo edificio, incluso el palacio imperial, que pudiera equipararse con ninguno de los edificios públicos o privados de nuestro actual Santiago.

Llamóme entonces la atención el templo que, comunicado con el palacio, servía de capilla u oratorio a sus majestades, no tanto por su construcción arquitectónica cuanto por la naturaleza de los cantores de su poderoso coro. ¡Quién lo creyera! Víctimas de aquella inmoral mutilación que acredita para guardián de serrallo en la polígama Turquía, eran los cantores que acompañaban con infantiles y plateadas voces el santo sacrificio de la misa, y todos eran hijos de la entonces desmembrada Italia!

El mismo efecto que produce sobre el ternero este acto que autoriza la voracidad humana, se produce también sobre el hombre. Tenían aquellos infelices coristas voces de mujer,

cara de niño y cuerpo y abdomen elefantado. ¿Eran más felices que los demás hombres?... ¿Quién pudiera decirlo?

En esa época, el afortunado Brasil, sin haber tenido que pasar por ninguna de las tormentas que casi desmantelados arrastramos en la lucha contra los mandarines de Castilla, había ya tranquilo promulgado, el 25 de marzo, la Constitución política del imperio, calificada, no sé por qué, por los hijos del país, como la tercera en antigüedad de cuantas se conocen en el mundo.

Los favores que se dispensan tan a vuelo de pájaro como el que a nosotros nos dispensó el Gobierno francés, suelen pagarse caros. En Río de Janeiro tuvimos que abandonar la *Mosselle*, a causa del adusto y casi brutal trato que nos había dado, en el viaje desde Valparaíso, su buen capitán, y prosiguiendo nuestro viaje a bordo de una barca francesa mandada por el capitán Blatin, llegamos a los ciento dos días de nuestra salida de Chile a la desembocadura del canal de la Mancha, desde donde a poco andar nos encontramos en el curiosísimo puerto francés llamado Havre de Grace.

El canal de la Mancha, el golfo de Vizcaya y el mar de las Antillas, parece que se disputasen entre ellos el dominio de las tempestades en la época de los equinoccios. En esos borrascosos mares no se cuentan los naufragios anuales por decenas sino por centenares. El Havre de Grace, cuyo nombre está diciendo lo que era antes que el saber y el brazo del hombre le convirtieran en lo que ahora es; el puerto de Cherburgo y muchos otros, son pruebas palmarias de que no hay mala rada ni simple apariencia de rada que no pueda convertirse en excelente puerto. Por esta razón, cuando descuidamos los caminos que conducen a los peligrosos puertos que median entre Valparaíso, mal puerto también, y la bahía de Concepción, obramos con poca previsión. Si los franceses hubiesen encontrado donde ahora se alza el poderoso puerto de Cherburgo, los recursos naturales que ofrecen el puerto de Topocalma, los bajos y las lagunas de Vichuquén y Boyeruca; y si los franceses, para hacer navegable el Sena desde el mismo mar donde desemboca, hubiesen contado como nosotros contamos en Talcahuano, con un bajo que llenan las aguas del Bío-Bío en sus creces y que, pasando al costado mismo de Concepción, desemboca junto al puerto, ¡cuánto menos no le hubiera costado el puerto de Cherburgo, y cuántos años no contaría ya la fácil navegación fluvial y marítima del Bío-Bío, dejando a un lado su peligrosa barra!

¿Cuántos afanes no costó la construcción del Havre? Apenas comenzaban a elevarse los tajamares que debían poner al futuro puerto a cubierto de las invasiones de las mareas zizigiales, a las que daba el viento el carácter de un mar

embravecido, cuando en la noche del 15 de enero de 1525, pereció ahogada la tercera parte de la población a impulsos de una repentina crece que alcanzó a precipitar dentro de los fosos del castillo Gravelle hasta 28 embarcaciones. Análogos accidentes ocurrieron en el mismo puerto en los años 1718 y 1765, y fué tal el empuje del viento en el primero, que aún en el día se recuerda con espanto que un cañón de a 36 con su cureña fué arrojado de su asiento. Pues bien, ese mismo lugar, merced al trabajo del hombre, ostenta en el día el seguro y muy mercantil puerto artificial donde acabábamos de desembarcar.

Nadie pensó, para comunicar el Sena con el mar, en combatir la barra y los bancos que sus tumultuosas aguas formaban en su desembocadura, como nosotros hemos pensado varias veces hacerlo en nuestro Maule, creyendo que el aumente artificial de sus aguas pudiera arrojar la barra mar adentro: notable absurdo que combate el resultado del estudio de la desembocadura del caudaloso Marañón, cuyas violentas aguas, sin dejar de formar barra, penetran cuarenta leguas mar adentro sin mezclarse con las del océano. Utilízase sólo la desembocadura del Sena para aprovechar los bajos que el retiro periódico de las mareas dejaban en su margen oriental. Esos bajos, circundados de murallones y ahondados a fuerza de draga y de barreta hasta el nivel de las más bajas mareas, convertidos en espaciosas y tranquilas plazas públicas de agua, son el ancladero, sin necesidad de ancla donde con orden simétrico y costado a costado se colocan, como en una taza de leche, centenares de embarcaciones que año por año llegan a aquel puerto, cuya entrada, protegida por quiebraolas, les franquea el más fácil acceso.

Contaba el Havre en 1825 con tres plazas de agua comunicadas por canales, y las tres podían contener con desahogo hasta 200 embarcaciones de alto calado. Como pueblo para vivir en él, nada tenía de notable; por el contrario, plaza fuerte, aunque de tercer orden, sus fosos, arsenales y astilleros, sus inexorables e incómodas cuatro únicas puertas, su corta población, que alcanzaba a sólo 22,000 almas de residentes y a cuatro de transeúntes, y su carácter puramente militar y mercantil, sólo dejaron en mi ánimo el recuerdo de cuánto pueden la industria y el trabajo cuando luchan perseverantes cuerpo a cuerpo contra las dificultades materiales que puede oponer al logro de su propósito la simple naturaleza.

Dejé el Havre como dejan las aves pasajeras los puntos que recorren; y al quinto día de mi llegada a la envidiada Europa, después de una pesada trasnochada en los violentos carromatos de la compañía Lafitte y Caillard, me encontré

en el mentado París, centro de lo bueno y de lo malo, de lo alegre y de lo triste, patria de buen gusto y de ridículas extravagancias, y emporio favorito del devaneo y de las disipaciones, calificado por el buen Víctor Hugo con el pomposo nombre de "cerebro de la humanidad".

Las ciudades aventajan a los hombres en la facultad de rejuvenecer. Pocas hay que cuenten en el mundo más abriles que la antigua Lutecia, pueblo que llegó a llamar *Oppidum* el mismo Julio César, como testimonio de que en aquel entonces gozaba ya de los humos de capital. París del año de 1825, cuando me encontré por primera vez en él, era respecto al París que visité por tercera vez el año de 1859, lo que es la figura de un hombre contrahecho, garabateado con tiza y carbón sobre una pared, comparada con una pintura hija del arte expuesta en un museo. No quiere decir esto que sus palacios, sus templos, sus academias y sus museos, que tantas riquezas atesoran, no existiesen entonces, porque la mayor parte de esos pasmos del genio humano ya existían; pero tan diseminados y perdidos en un inmenso poblachón que sin obedecer a ningún regular trazado había ido creciendo a fuerza de inconsultos agregados, poblachón con calles en general tortuosas y sin salidas, anchas unas, estrechísimas otras, y las más sombrías, húmedas y hediondas, con descuidado pavimento y perverso alumbrado de aceite de ballena, cuya escasa luz solían corregir tiestos de barro con sebo y sus mechas ardiendo que la policía solía colocar sobre los tropiezos accidentales para precaver el vuelco de los carruajes, que no se comprende, en verdad, cómo podían lucir tan ricas joyas sobre tan burdo engaste.

Aquel París del año 25 no existía ya en el de 59. Luis Felipe de Orleáns había ya comenzado a transformarle ensanchando su recinto, rodeándole de poderosos y artillados baluartes y trazando entre éste y aquél hermosas calles, cuando el tercer Napoleón, su inesperado sucesor, con el triple propósito de quitar a los revolucionarios parisienses su natural guarida, de dar ocupación a ociosos brazos, siempre dispuestos a reforzar tumultos, y de hermosear la ciudad a fuerza de costosas demoliciones que nada respetaban, echó a través de aquel intrincado y vetusto laberinto, las muy anchas y suntuosas calles que llevan en el día el pomposo nombre de avenidas.

Los Campos Elíseos no tenían de Elíseos más que el aire más puro que en ellos se respiraba saliendo del centro de la población. El bosque de Boulogne era una pequeña selva destinada a las cacerías reales, y el lugar jurado, que, por su apartamiento, servía para el desquite sangriento de las ofensas individuales. El bosque de Vincennes, situado en el lado

opuesto, servía también para lo mismo, sin más diferencia que exhibir a la entrada los torreones ennegrecidos de la fortaleza de Vincennes, que hacía entonces las veces de Bastilla, y en cuyos fosos se veía señalado con un triste monumento mortuorio el lugar donde había sido asesinado, por orden de Napoleón I, el duque de Enghien. Por lo demás, el bullicio, el movimiento, los *flaneurs* o aplanadores de calles, la alegría, el tormento, las modas, los devaneos de las coquetas, las disipaciones, los bailes aristocráticos, y aquellos donde luce el *cancán*, las caricaturas, los retruécanos, los desafíos, la riqueza y la miseria, viven y reinan ahora en la gran ciudad ni más ni menos como vivían o reinaban en aquel entonces.

En París se puede vivir con dos reales o con dos millones, y estar siempre tanto el poseedor de los dos reales, cuanto el de los dos millones, pobres y entrampados hasta los ojos. Razón tienen los viajeros cuando encarecen la perfección de las representaciones líricas y dramáticas, que son el encanto del abultado París. En general, se cree que sin el *visto bueno* parisiense no puede ser moneda corriente actor alguno.

Contaba el París de mis primeros tiempos con nueve teatros de alguna consideración para su época, amén de otros muchos de menor y aun de minimísima cuantía. Quien quería saciarse de clasicismo y de oír hablar con académica perfección el idioma francés, ocurría hasta el año de 1827 al teatro francés, donde todavía representaba la célebre Mars. Quien quería hartarse de chistes, de pullas y retruécanos, tenía a la mano a la Gaité; para los horrores parecidos a los del terrible *Trienta años o la vida de un jugador*, allí estaban la Puerta de San Martín, el Ambigú y otros; para la música ligera y alegre, la Opera Cómica; para la seria y alegre, aunque de otra escuela, tenían el Teatro Italiano, donde resonaban los fáciles gorjeos de la friona Santag, que parecía tener en la garganta un nido de ruiseñores, y la poderosa, sensible y modulante voz de la incomparable María Malibrán García, orgullo de España, encanto de la Francia, de la Bélgica y de la Inglaterra, donde alternativamente representaba, y artista que, según los diarios de la época, merecía ser servida y adulada por Talía y Melpómene al mismo tiempo; y para lo que es la música majestuosa, tenían la Grande Opera, afamada entonces por el riquísimo aparato de sus suntuosas decoraciones y por la voz del único tenor que recuerdan con orgullo los franceses, de aquel Nourrit que se suicidó cuando supo que otro hombre cantaba tan bien como él.

Para lo que es la gaya producción de eróticos devaneos, no hay terreno más feraz que las tablas de un proscenio; y no porque en ellas encuentre el aficionado mejores y más

baratos encantos que los que pudiera encontrar por fuera, sino por el prurito que tiene cada hijo de vecino de hacerse dueño de todo aquello que los demás admiran. En el teatro, corral como en el teatro mundo, parece que fuera esto una regla general, a pesar de que todos saben que donde se profesa el fingimiento, no puede haber nada que no lo sea.

Sin embargo, en el gremio ambulante de los que ganan su vida remendando vicios o virtudes ajenos, ocultando bajo fingidas carcajadas verdaderas lágrimas, o dando ardientes y cariñosos besos a los que quisieran ver fritos, suele de vez en cuando encontrarse la sinceridad, obligada por la necesidad al fingimiento. Tal es lo que acontecía con la artista que acabo de mencionar, con la justamente celebrada María Malibrán García, hija del ponderado tenor García y hermana de aquella mentada Viardot, que encantaba con su voz a los rusos en el Teatro Imperial de San Petersburgo. La Malibrán sólo fué cómica en las tablas. Recuerdo un hecho cuya verdad me consta, y cuyos pormenores publicó bien que con prudente cautela, el *"Constitucional"* del año de 1828.

Uno de aquellos, no sé si felices o desgraciados ociosos, cuya riqueza supera a veces las exigencias de la disipación, tuvo una mañana la ocurrencia de dirigir a la Malibrán, bajo el cierro de una sahumada esquela, una cédula de cien mil francos acompañada con estos cortos renglones: "Señorita: un solo momento de entrevista privada, con la designación del día y de la hora, solicita de Ud. este humilde servidor. Heine", y la esquela y su contenido le fueron devueltos con esta lacónica contestación: "Yo no me vendo; y si la desgracia me obligara a faltar a mi deber, no sería Ud. el elegido.— M. M. G."

Heine tuvo el generoso capricho de entregar a la redacción del *Constitucional* ambas comunicaciones con encargo, debidamente remunerado, de hacer sobre ellas filosóficas observaciones. La redacción se contentó con la publicación de ambas cartas, conservando en ellas las iniciales de los que la autorizaban, y con acompañarlas con esta sola reflexión: "¡Digan ahora que quien plata tiene todo lo puede!"

Y ya que sin saber por qué entró mi pluma en la región del galanteo, aprovecharé la tinta que aun le queda en referir un rasgo de galantería española que alcanzó a ocupar hasta por dos días, y esto es un mundo, la atención de la novedosa capital de Francia.

Encontrábase a la sazón, año de 1828, en el colegio, colocado por el embajador de España, un simpático jovencito, cuyo rostro reflejaba, como pudiera hacerlo un buen espejo, las facciones que cuando niño debió tener el mismísimo Fernando VII. Ignoro, como es natural, cuál de estos dos moti-

vos, o si ambos juntos, granjeaban a este joven el respeto con que se le trataba; lo único que recuerdo es que éramos aparceros, que se llamaba Fernando Solís y que daba al embajador el título de padre. Fernandito fué quien me puso al corriente de la insulsa historieta que voy a contar, por haberla presenciado él en casa de su titulado padre.

Propúsose la embajada de España obsequiar con un suntuoso sarao a la rumbosa duquesa de Berri, que era entonces la persona menos mal querida de cuantas componían la corte del viejo y devoto cazador Carlos X de Francia, y esto bastó, como siempre acontece, para excitar el entusiasmo coreográfico de los hijos mimados de la fortuna, para hacer trasnochar sastres, modistas y peluqueros, y hasta para cortar por medio los nudos gordianos de las bolsas que no podían desatarse de otro modo. Ya yo había visto bastante de cerca a la obsequiada en el teatro Gimnasio, nombre que, a instancias de ella, por tenerla por protectora de las artes, había cambiado el buen Carlos X por el de teatro de Madame; y en verdad que no había encontrado en su lujosa personita ni la hermosura ni la admirable gallardía que el cortesano adulón la prestaba.

María Carolina de Borbón, viuda del asesinado duque de Berri, no tendría a la sazón menos de 39 años; pero esta edad, que para la mujer chilena hasta vejez llega a veces a ser, no había aún menoscabado en la duquesa sus verdaderos atractivos, pues todavía podía lucir con justo orgullo incomparable tez, rubios y sedosos cabellos, brazos hechos a torno y dos menudos pies que, a pesar de algo inclinados hacia adentro, eran el encanto de los aficionados, circunstancia que ella no ignoraba. Esta alegre y voluntariosa napolitana era, además, madre del entonces duque de Burdeos, heredero presuntivo de la corona de Francia, conde de Chambord después, y hoy aspirante al regio nombre de Enrique V, circunstancias todas que aumentaban el caudal de su propio valer.

Estilábase entonces en los bailes de corte, tender alfombras hasta sobre la vereda de la calle que daba a la puerta del palacio, bajo cuyo dintel se encontraban apuestos jóvenes para recibir y conducir a las convidadas a medida que iban llegando. Acababa uno de los repentinos chubascos que suelen descolgarse con frecuencia en París, no sólo de empapar la alfombra colocada sobre la vereda de la casa de la embajada, sino también de llenar de agua los hundimientos del perverso adoquinado de la calle, cuando llegó el coche de la duquesa con gran ruido de caballos y de engalonados lacayos. Calzaba la esplendorosa convidada, aquella noche, un par de medias cuyo valor hacía subir la fama a la fabulosa suma de cinco mil francos. ¿Cómo exponer a aquel primor de arte y

el lujosísimo zapato a la profanación de un pringue de mal barro? Aquí de los apuros de los receptores; sólo había un tranco que dar para entrar en sagrado, pero ese tranco no era para mujer, ¿qué hacer entonces? Colocar una tabla era ridículo; ocurrir por otra alfombra, moroso, y suspender en brazos a la dama, como se le ocurrió a un galán francés, un desacato; todo era atropellada confusión, cuando un gallardo joven español de los allegados a la embajada, colocando con desembarazo en el barro, su lujoso tricornio y tendiendo la mano a la recién llegada le dijo: "soberana señora, aquí se pisa". Causó este rasgo de desenvuelta y culta galantería, admiración y aplauso, y el atento sacrificio aceptado sin titubear por la duquesa, no sólo valió al feliz *godo* la honra de ser nombrado caballero suyo durante toda aquella noche, sino también los elogios de los entrometidos *reporters* de la prensa. Nada más dice la historia auténtica de lo que sucedió después; la desautorizada... Pronto veremos a esta dulce niña de 39 años reaparecer en mis pocos murmuradores relatos, y se verá entonces lo que va de lo vivo a lo pintado.

Pero no usurpemos a plumas más francas y galanas el derecho de pintar o describir a París, verdadero pueblo Dulcinea que tiene la virtud de convertir en amorosos Quijotes a cuantos la visitan.

La vuelta de Fernando VII al trono de las Españas había poblado la Francia de sabios españoles a quienes sus ideas liberales obligaron a buscar asilo del otro lado de los Pirineos. Entre estos eminentes escritores cúpome la suerte de tratar muy de cerca al eminente matemático Vallejo y a los distinguidos literatos y jurisconsultos Moratín, Silvela Ferrer, Salvá Saavedra, Mendivil y Mauri.

Acababa de establecerse en la calle de la *Mi-Chaudiere,* número 9, un colegio para españoles a cargo del presbítero Prado y del profesor Vallejo, a quien debo, junto con mi afición a las ciencias exactas, las pocas nociones que tengo de ellas.

Era Vallejo un hombre alto, barrigón, de ojos pequeños y capotudos, pero inteligentes, de levantada frente y de muy abultada nariz. Su andar, cuando iba solo, era pausado y casi siempre interrumpido como por puntos suspensivos.

Fanático por la ciencia que ha inmortalizado su nombre, trabajaba noches enteras tan absorto en sus cálculos, que muchas veces, cuando la campana del colegio tocaba a madrugar, él creía que era el toque de recogerse, y no era poca su sorpresa cuando al salir de su estudio se encontraba con la luz del sol. Esas veladas y el continuo meditar fueron poco a poco debilitando tanto su cabeza, que al último dió en la manía de creer que había encontrado un modo infalible de

libertar a la humanidad de los desastrosos efectos de los terremotos.

Habíame cobrado singular cariño; y como en las horas de recreo, y aun en las excursiones que hacíamos juntos por los contornos de París con el objeto de adiestrarme en el levantamiento de planos, no me hablase de otra cosa que de su *paratemblor*, no tardé en persuadirme de que el sabio profesor acabaría por perder el juicio; y así fué, por desgracia, la verdad, pues tuve el dolor de verle llevar al hospital de Lyon, afamado entonces para la curación de la más triste de las humanas enfermedades: ¡la locura!

Los emigrantes a quienes políticos descomedimientos obligan a expatriarse, forman siempre en aquellos lugares donde se asilan sociedades de lamentos o de reniegos que alimenta la común desgracia. Entre muchos españoles que purgaban en aquel entonces en Francia el pecado del sensato patriotismo, sobresalía por sus frecuentes visitas al establecimiento de la calle de la *Mi-Chaudiere*, el distinguido profesor de matemáticas don Andrés Antonio de Gorbea, y en verdad que al tratar a ese eminente educacionista nunca se me ocurrió que trataba con el futuro chileno cuyas luces y especiales conocimientos en las ciencias exactas debían ser un justo título de orgullo para sus discípulos en Chile.

El mísero estado de los recursos pecuniarios de Gorbea en Francia puede deducirse del placer con que aceptó en 1825 el mezquino sueldo de 500 pesos que le ofreció don Mariano Egaña, a la sazón ministro plenipotenciario de Chile, para que se trasladase a la República en calidad de profesor de matemáticas.

A fines de ese mismo año se presentó el pobre expatriado a nuestro colegio llevando de la mano a su hijito Luis de Gorbea Baltar para confiarlo al paternal cuidado de Vallejo que, en tiempos más felices, había sido su maestro de matemáticas. Fué Luis de Gorbea Baltar condiscípulo mío en el colegio Prado y Vallejo todo el tiempo que permanecí en ese establecimiento de educación, hasta que me trasladé al del eminente jurisconsulto don Manuel Silvela. Luis salió, pues, a educarse fuera de su patria, y merced a los sacrificios de su solícito padre, obtuvo colocación en París en el acreditado colegio que regentaba Prado.

Me he detenido en este insignificante suceso por devolver al señor Gorbea su título de padre celoso por la educación de su hijo, título que parece que éste quisiera disputarle al escribir al señor don Salustio Fernández, biógrafo de Gorbea, que él nunca había salido a educarse fuera de su patria.

En un pobre desván de la casa número 117, calle de Orleáns, de la ciudad de Burdeos, se encontraba aislada en el

año de 1822 otra víctima de la proscripción española. A juzgar por el amueblado de aquel mezquino retrete, podía deducirse que la pobreza del huésped alcanzaba los términos de la ponderación, si bien es cierto que parecía contrastar con ella una copia como de trescientos libros que, a falta de estantes, se encontraban cuidadosamente alineados en el desnudo entablado del aposento. Leíase sobre la pasta de estos libros los nombres de Lope, Solís, Moreto, Calderón, Cervantes, Rioja, Argensola y otros de los más sobresalientes ingenios del parnaso español.

El señor de aquel poco envidiable rincón, que era de mediana estatura, más grueso que delgado, cabezón, de abultada nariz en su remate, de ojos pequeños y vivos, de labios gruesos y de tez blanca, aunque arrugada y marchita, contaría entonces con más de sesenta años de edad y su ocupación favorita parecía no ser otra que la de hojear mamotretos, sacar apuntes de ellos, hacer anotaciones y compaginar manuscritos.

En la tarde del día 1.o de noviembre del año a que me refiero, el singular solitario acababa de escribir con letra menuda, pero clara, bajo el título de una de las comedias de Lope, estas palabras: "Apariciones, belleza y disparates sin fin", cuando sintió que golpeaban la puerta de su desván.

La poesía y la necesidad han sido y lo serán siempre, bien que con raras excepciones, inseparables compañeras; así fué que al oír el llamado, no quedando al desgraciado anciano ya prenda alguna que empeñar para cubrir el gasto de la posada cuyo forzoso pago a ese día correspondía, afligido con el crudo pensamiento de tener que sacrificar a la necesidad sus libros, únicos y constantes compañeros que engalanaban su existencia en el destierro, se le escapó la pluma de la mano, alzóse con trabajo y lleno de angustia acudió a la puerta.

El hombre que golpeaba era un personaje alto, flaco, de color cetrino y deslumbrado, de nariz aguileña y prominente, bisojo además, y tan erguido que no parecía sino que fuese el mismo don Quijote que en cuerpo y alma venía a amparar a las afligidas doncellas del Parnaso. Abrir la puerta, oírse un grito común de alegría y de sorpresa, lanzarse en los brazos uno de otro, decir éste ¡Manuel¡ y aquél ¡Leandro!, fué todo uno.

Era don Manuel Silvela, el sabio jurisconsulto condecorado entre las Arcades de Roma con el nombre de *Logisto Cario*, que venía a favorecer al primer poeta dramático de la Escuela clásica del siglo XIX, a su amigo don Leandro Fernández de Moratín, al afamado *Inarco Celenio* de la misma sabia corporación romana.

Cinco años después figuraba con pompa en la calle de

Montreuil, arrabal de San Antonio de París, aquel importante liceo hispanoamericano, conocido hasta el año 32 con el nombre del sabio fundador Silvela. Aunque no indicaba la traza de este notable ingenio el talento que cobijaba, bastaba oír hablar una sola vez a Silvela para que su fácil y cadenciosa locución, sus oportunas y siempre atinadas respuestas, sus claras y eruditas explicaciones, llenas de sentencias y de preceptos que fluían sin esfuerzo de sus elocuentes labios, le conciliasen el cariño y el respeto a que le hacían merecedor tan envidiables dotes.

Aquel vasto e importante establecimiento de educación, constituído desde el día de su fundación en asilo de cuantas inteligencias peninsulares mendigaban en Europa el amargo pan del expatriado, contaba a don Leandro Fernández de Moratín como profesor de amena literatura, a Silvela, a Ferrer y Mendivil como humanista, a don Silvestre Pinheiro Ferreira, ex ministro de Portugal, como profesor de derecho público, y al matemático Planche, como sucesor del escritor Vallejo, que acababa de perder el juicio. A excepción de Planche, que era francés, todos los demás que dejo nombrados y muchos otros que prestaban a la educación que se daba en aquel establecimiento modelo, el concurso de sus luces, debían su forzosa permanencia en Francia a la restauración de los Borbones en España.

Sin embargo, según tuve ocasión de averiguarlo después, es inexacto lo que sientan algunos biógrafos franceses al hablar de Moratín. Este escritor no salió de España perseguido por edictos reales, sino por exceso de timidez. Creyó que se le perseguiría como a los demás, y éste, y no otro, fué el motivo que le expuso a morir de hambre fuera de su patria.

La modestia y la timidez fueron siempre para este profundo y chistosísimo escritor, dogales que no sólo le hacían enmudecer, sino hasta pasar por tonto ante el primer desconocido suyo que entrase de repente a terciar en las reuniones de amigos a quienes Moratín embelesaba con su amena y siempre instructiva conversación.

No he conocido literato más apegado a la pureza del idioma, ni más estricto observador de las leyes de la escuela clásica. Con nadie transigía en estos dos puntos capitales, y al último, ni con él mismo, pues, degenerando esto ya en manía, dió en la de corregir y borronear cuanto había escrito hasta aquella época; y hubiera continuado si Silvela, una mañana, fastidiado con lo que él llamaba profanación, no le hubiera sustraído sus impresos y sus manuscritos. Dió Moratín, sin embargo, en el colegio la última mano a su trabajo sobre el origen del teatro español, y yo, a fuerza de cogerle en contradicciones, debí al cariño que me tenía, hacerle confesar que

él era el autor de aquel chistosísimo folleto titulado "*La derrota de los pedantes*", obra que si en España hubiese llevado su nombre, hubiera podido causar su ruina, porque las ofensas literarias, cuando hieren el amor propio, asumen siempre el carácter de imperdonables.

Moratín tenía que hacer con mi modo americano de pronunciar; dejábame en lo mejor lelo, con alguna inspirada sonrisa y con este inexorable estribillo: "estudia chico, estudia, que no siempre el olor a piña de tus palabras hace pasar disparates". Tres ocasiones le llevé mis primeros ensayos literarios para que me diese su parecer sobre ellos, y otras tantas, después de habérmelos hecho leer, colocó silencioso el escrito dentro de un sobre, le lacró y escribió sobre él estas palabras: "Te prohibo que corrijas el borrador de este escrito. Dentro de seis meses volverás a leerle y tu mismo parecer entonces será lo que es ahora el mío".

Si los noveles y añejos escritores hicieran otro tanto, ¡cuántos disparates dejarían de ver la luz pública! Ellos mismos se maravillarían de lo que, seis meses antes, llegaron a considerar como obra maestra.

Era extraordinaria la facilidad con que versificaba, y a no haber sido tan esclavo de lo perfecto, es indudable que hubiese podido decir, como Lope de Vega, al hablar de sus comedias:

Y más de ciento en horas veinticuatro,
pasaron de mis manos al teatro.

Recuerdo que un mes antes de morir, departiendo conmigo sobre una zambra que unos malditos gatos habían armado la noche anterior en el desván, sazonó la conversación, a pesar de sus dolencias, con tan oportunas y chistosas ocurrencias, que yo, por no dejar de salir con algún disparate, le dije: "¿por qué no hace, señor, un poema épico tal, que dé al traste con todos esos bribones?" "Hombre, hombre, repuso él, conque un poema épico, ¿eh? ¡Vaya una ocurrencia! Pues, escribe chico, escribe, que chismes no faltan para ello sobre esa mesa". Obedecí al instante, y nunca hubiera podido persuadirme, si no lo hubiera visto, que aquel anciano, lleno de dolores y con el estómago perdido, pudiese conservar en su cabeza privilegiada, junto con el manantial inagotable de epigramas filosóficos, que sólo fluye de la edad y de la experiencia, la fresca y traviesa imaginación de un niño. En brevísimo tiempo, y con muy contadas pausas, me dió en canto y medio de octavas reales, la primera parte de la más original y chistosa gatomaquia. Dictaba Moratín junto a una estufa; y al parecer fatigado, me pidió el manuscrito para

corregirle. En mala hora se me ocurrió obedecer, pues al salir éste de mis manos, pasó de las suyas a las llamas, con este solo *requiem*, que me desesperó: ¡"basta de disparates"!

Moratín no fué casado ni quiso serlo; temia a las mujeres, pero nunca las trató con la crueldad de Quevedo.

Un mes después de la ocurrencia de los gatos, las Musas, vestidas de luto, asistían al entierro del hasta entonces primer poeta dramático del siglo XIX. Moratín murió en mis brazos el 21 de junio del año 1828, y aún en 1853 se veía en el cementerio *Pére-Lachaise* un modesto túmulo alzado a expensas de sus discípulos, entre el sepulcro de Moliere y el de Lafontaine.

Nadie se había acordado del eminente vate, cuando vivo. Sin Silvela hubiera muerto de hambre; mas, después de muerto, no hubo diario europeo que no lamentase la pérdida que hacían en él las letras españolas y la escuela clásica en el mundo. El mismo rey de España, don Fernando VII, que no siempre fué malo, cuando se dejó llevar de sus propias inspiraciones, escribió a Silvela de su puño y letra, pidiéndole las obras impresas y los manuscritos de Moratín para hacerlos publicar bajo su real patrocinio, y asignando al que fuese su heredero una renta vitalicia de cuatro mil reales, pagados con su propio peculio.

No fué sólo la España la nación que entonces expatrió a sus hijos; hízolo también el Portugal. El ex ministro de don Juan VI, el gran maestre de la orden de Cristo y sabio escritor de Derecho Público don Silvestre Pinheiro Ferreira, arrojado de Portugal, vino al colegio de Silvela, refugio de varios proscriptos, a aumentar con su presencia su número, y con sus conocimientos, el caudal de luces que aquel privilegiado establecimiento de educación esparcía por todas partes.

Tendría entonces nuestro profesor de Derecho Público unos 62 años. Era su cuerpo pequeño pero proporcionado, espaciosísima su hermosa frente, vivos e inteligentes sus pequeños ojos, abultada su aguileña nariz, y su boca semejante a la que dan las estatuas al autor del *Espíritu de las Costumbres*.

Verdadero poligloto, Pinheiro ha dejado varias obras escritas en distintos idiomas, y en el tiempo que permaneció en el colegio desempeñando el modesto, pero honroso papel de simple profesor de Derecho Internacional, ni una sola vez se le oyó recordar el alto puesto que en su patria había ocupado, ni tampoco dejó de aprovechar un solo instante sus momentos de solaz en terminar las obras que debían franquear a su nombre el camino de la inmortalidad.

Hasta el año 1826 las enemigas escuelas literarias, clá-

sica y romántica, se hacían en Francia una guerra, aunque solapada, sumamente tenaz. La escuela clásica reinaba despótica en las aulas públicas, disponía de todos los elementos que le había legado la docta antigüedad y de la fuerza vital que daba a su restrictiva pauta el inexorable *plus ultra* de lo que entonces se llamaba buen gusto, apoyado en las obras maestras de aquella falange de sabios ingenios que produjo en Francia el siglo de Luis XIV.

Incapaz hasta entonces el romanticismo, que clamaba por emanciparse, de derribar un árbol con tan poderosas raíces sustentado, hubiera continuado sometido al yugo de las reglas recopiladas por Boileau en su *Arte Poética*, quién sabe por cuánto tiempo más, si el notable ingenio de Victor Hugo, joven entonces, no hubiese tomado a su cargo, impávido y resuelto, la tarea de redimir cautivos del clasicismo, lanzando al teatro su célebre *Hernani*, que, como un huracán, se llevó por delante cuantas reglas clásicas le salieron al encuentro en su camino.

Asistí a la primera representación de ese drama, que con suma dificultad admitió el Teatro Francés, trono hasta ese día de absoluto clasicismo. La impresión que produjo el entonces descarado desacato que entrañaba esta obra, no fué tan borrascosa como yo me lo esperaba el primer día; pero de él en adelante fué tal el alboroto que produjeron dentro y fuera del teatro sus repetidas representaciones entre los modernos y los añejos literatos que las presenciaban, que las representaciones del *Hernani* ya no fueron representaciones, sino retretas de cajas y de pitos disonantes. Organizaron los clásicos compañías de pitos reprobadores; los románticos, compañías de puños y de voces de aprobación. Los gritos simultáneos con que al compás de agudísimos silbidos se decía: *¡abajo la pieza! ¡fuera el mal gusto!* eran contestados con redobles de patadas en el suelo y atronadores *¡dejen representar! ¡bravo Victor Hugo! ¡abajo los retrógrados!* A los gritos contradictores seguían los codazos, a éstos, los mojicones, y a la voz *¡a la porte!*, tan común y temida en los teatros franceses, se veían salir por las puertas mancornados y dando al demonio (y arrastrando en su descompuesta marcha a los mismos malparados agentes de policía que intentaban separarlos), nudos ciegos de literatos dispuestos a derramar hasta la última gota de su tinta en obsequio del partido que sustentaban.

Vióse en efecto aparecer pocos días después, en los demás teatros, dramas, comedias y sainetes de raro mérito, en que ambos partidos se ridiculizaban sin piedad.

Al espantable sainetón, en el que los clásicos, para más afear el sistema romántico hacían nacer a un niño en el pri-

mer acto con acompañamiento de uno o de dos muertos, para que ese niño, en el tercero muriese cargado de vejez y rodeado de tantos muertos que hasta el mismo apuntador, sacando la cabeza de la concha, se suicidaba con la despabiladera, contestaron los románticos con su *Avant, Pendant et Après*—antes de la revolución, en la revolución y después de la revolución—, obra notabilísima, hablando de la cual me dijo el exaltado clásico Silvela: "Y lo peor de todo, hijo, es que ese drama interesa, atrae y enseña"; y Moratín, menos transigente que Silvela, alcanzó a decirme, como hablando para sí: "¡Que lástima de ingenio tan mal empleado!"

Desde entonces igualaron sus fuerzas, en Francia, las dos escuelas que hasta ahora se disputaban la banda presidencial en la República de las letras.

Empero, semejante igualdad no podía ser de larga duración, porque desligada la mente de los nuevos ingenios de los adustos preceptos del clasicismo, la nueva escuela se llenó de adeptos. Así es que apenas se acabó de estrenar Hugo cuando se vió impávido entrar en la palestra de las innovaciones al célebre Alejandro Davy Dumas, pobre y desvalido muchacho que entraba en los veintiséis años de edad.

Hijo del estudio y de sus propias obras, este notabilísimo ingenio que había principiado su angustiosa carrera literaria con algunas novelas y proyectos de comedias que nada le produjeron, imbuídos en los preceptos de las escuelas inglesa y la alemana y entusiasmado por el éxito que acababa de alcanzar Hugo, consiguió por influjo del duque de Orleáns, en cuya oficina trabajaba como oficial de pluma, que el severo teatro francés, trono del clasicismo, le permitiera representar en él el drama *Enrique III* que acababa de escribir. Estrepitoso por demás fué, en 1829, el estreno de este drama: y si en el de *Hernani* los gritos de los innovadores se limitaron a pifiar los preceptos del clasicismo, en el *Enrique III* se oyeron hasta *¡mueras!* contra el pobre Racine y contra el terrible Boileau, para quien, fuera de las reglas de su arte poética, no podía encontrar salvación el literato.

Estaba ya escrito que el romanticismo, con su licenciosa pero atractiva libertad, debía triunfar en toda la línea. Para el reinado de los preceptos de Aristóteles, de Horacio y de Boileau, decálogos del buen gusto, según el decir de los severos clásicos, sonaba ya su última hora; y no era para menos, pues acometían a un tiempo a los tercos preceptos de una escuela envejecida que sólo defendían la tradición y tal cual notable ingenio. Goethe en Alemania, Byron en Inglaterra, Hugo en Francia, Manzzoni en Italia y Espronceda en España, donde tan poco costaba evocar los recuerdos de Calderón, de Lope, de Tirso y de Alarcón, reforzados todos por un en-

jambre de recientes novadores como Dumas, Rivas, Tapia, Gil y otros muchos que parecían brotar por todas partes.

Conocí de vista a Dumas el año de 1829, cuando el estreno de su *Enrique III*, y de trato veintisiete años después. En el primer entonces, según él mismo me dijo riéndose, sólo contaba con veinte pesos mensuales para vivir en París; en el segundo ya había derrochado caudales y gozaba de una renta de ocho mil, todo debido a su sola pluma. Tal es el poder de las letras en esa, para muchos, frívola Francia y que sabe, sin embargo, albergar en palacios al mérito y reservar la mísera guardilla, ordinario refugio de nuestros vates, al ocio y a la ineptitud.

¿Por qué no había de pintar yo también, aunque fuera valiéndome de la brocha con que el maestro Mena pintaba árboles en los bastidores de nuestro antiguo teatro, a este notabilísimo escritor que tan boyante estuvo en el mundo literario? Era Dumas de regular altura y de cuerpo más grueso que delgado; su tez era mulata, vivísimos y traviesos sus negros ojos, llevaba en la boca una batería de envidiables dientes, cuya blancura lucía con frecuentes y francas carcajadas, y sobre la cabeza un vellón entero de ensortijada lana. Con más talento que sólida instrucción, fué el rey de los folletinistas de su tiempo; supo con sus escritos encantar a sus lectores, trampear a los diaristas y mentir con elegante aplomo. Escribió en su vida dictando más de lo que puede escribirse copiando, y dió un solemne bofetón al pecado del plagio, declarando buena presa toda idea que se encontrase perdida por esos libros de Dios; tuvo, en fin, por Dulcinea a la Poesía, que formó parte de su propia existencia, hasta por entre las cacerolas de la cocina, donde con frecuencia el padre de los *Mosqueteros* supo ostentar talentos culinarios.

Las personas a quienes el ocio haya permitido tender la vista sobre estos renglones, habrán notado que todos mis profesores fueron narigudos, y como se sabe que todos ellos fueron verdaderos sabios, fluye naturalmente de aquí esta pregunta: ¿Habrá alguna relación más o menos directa entre ese apéndice de la cara que llamamos nariz y el talento del que le lleva? Vulgarmente hablando, tener largas narices equivale a tener aguda previsión. Quevedo era narigudo; narigudo era Cervantes, y estoy seguro de que a Moreto y a Solís, a Lope y a Calderón, si no mienten sus retratos, no les faltaban narices. A Ovidio no por *ñato* le llamaron Nasón, y lo que le faltaba de nariz al buen Cicerón lo completaba el serio garbanzo que cabalgaba sobre ella. Cierto es que Sócrates era ñato, pero esto mismo tiende a probar las preeminencias de la abultada nariz, porque no hay regla que no tenga su excepción. Entrego, pues, este problema a los fisonomistas

para seguir hilvanando mis recuerdos de aquellos tiempos, por mi mal, pasados.

Había ya entrado el año de 1829 sin que hasta entonces nada hubiese perturbado la tranquila marcha que llevaba el colegio Silvela, cuando un acontecimiento inesperado vino a sembrar en aquel templo de instrucción la discordia de un verdadero campo de Agramante.

El general San Martín, el héroe de los Andes en 1817, el soldado que desechó en Chile una presidencia y en el Perú una corona, aquel abnegado patriota que, según emponzoñadas lenguas, había acumulado en el Banco de Inglaterra caudales debido a su puesto y a sus no muy honrados manejos durante la brillante epopeya de nuestra independencia, prolongaba aún en Europa, solo, ignorado y pobre, el voluntario destierro que con tanta fuerza de voluntad se había impuesto, cuando ya no tuvo en América enemigos que vencer.

San Martín acababa de volver de un colegio de Bruselas, donde había conseguido una beca de gracia para su única e interesante hija Mercedes, que llevó consigo cuando salió de Buenos Aires para Europa; y en cuanto supo que existía en París un colegio español-americano en el cual se educaban muchos argentinos, chilenos y peruanos, se dirigió presuroso a visitar en él a los hijos de sus antiguos compañeros de glorias y de trabajos.

La presencia de San Martín en el colegio causó a los chilenos y a los argentinos la más viva alegría, a los peruanos, taciturnidad, y a los españoles, descontento. El General llegó a pie al colegio, a pesar de la distancia que le separaba de su modesta habitación; vestía levitón gris rigurosamente abotonado, llevaba guantes de ante del mismo color, y se apoyaba sobre un grueso bastón. Al principio no me conoció; mas como viese que yo me lanzaba a abrazarle, llamándole con gritos de contento: "¡Mi general!" después de abrazarme con efusión, de separarme un poco, de mirarme con atención y de preguntarme de dónde era y a qué familia pertenecía, con mi contestación me pareció ver brillar en aquellos ojos, tan serenos y altaneros, con que tantas veces supo despreciar a la muerte en los campos de batalla, una lágrima de ternura. Fué aquella escena de demostraciones de cariño, en la cual uno a uno iba estrechando en sus brazos a los colegiales que acudieron a saludarle, la más perfecta imagen de lo que acontece en una familia cuando inesperadamente vuelve a la casa un padre querido. Maravilloso era el alcance de la memoria de este hombre singular; pues casi no quedó miembro de nuestras familias por el cual no preguntase con solícito interés.

Habiendo dejado de ser estos *Recuerdos del Pasado* obra

póstuma, como yo me lo tenía presupuesto, fuerza ha sido separar de ellos muchas fojas que, por relacionadas con la historia, son todavía de inoportuna publicación.

Sin embargo, restituyo ahora las siguientes a su primitivo lugar, porque, bien pensado, ni ellas se apartan de mi charla íntima, ni tampoco invaden los dominios de la adusta Clío.

Nunca dejé de acompañar hasta su alojamiento al General querido, siempre que iba a visitarnos: y un día tuvimos, entre otras, la siguiente conversación, pasando el sol a la sombra de los hermosos árboles de las Tullerías. El General, que parecía complacerse en hacerme saltar la taravilla, me dijo: "Conque también tocó al colegial echar armas al hombro en Mendoza, ¿eh? Vaya, mucho que me alegro de tener a mi lado después de tanto tiempo, a tan amable colega". "General, repuse, me parece que el colega que acaba usted de descubrir no es de aquellos que más honor pueden hacer al arte de matar a compás y a son de música; porque, si en calidad de simple recluta suplementario y de virgen espada, entré o me entraron al servicio, en la misma calidad lo terminé; así es que ni siquiera se me ha ocurrido hacer lo que tantos otros militares de mi calaña, esto es, ocultar esa virginidad y darme aires de mujer corrida, para mejor optar a premios". Soltó, al oír esto, el viejo veterano, una estrepitosa carcajada, y sin dejarme proseguir me dijo: "¿Qué se decía en Chile de los argentinos, cuando usted salió para acá? ¿Se acordaban del ejército de los Andes?" "Señor, le contesté: acontecimientos hay que no pueden ser olvidados, y el paso de los Andes es uno de ellos". "Bien está, repuso; pero eso no era precisamente lo que quería averiguar. ¿Me quedan aún en Chile los pocos amigos sinceros que dejé al salir? Porque amigos de nombre, amiguito, prosiguió, poniéndome con cariño la mano en el hombro, rodean con tanta abundancia al que dispone de empleos que poder repartir, cuanta es la escasez de los sinceros". "Con la entrada de Freire al poder, contesté, conmovido por el aspecto que asumió el semblante del General al terminar su frase, muchos de los amigos íntimos de usted, por serlo también de O'Higgins, han enmudecido, y otros, como Solar, cuya casa frecuentaba usted tanto, han sido arrancados entre gallos y medianoche del seno de sus familias, para hacerles pagar en el destierro el crimen de la amistad que profesaban al héroe de Rancagua". "¿De manera, repuso San Martín con viveza, que mi pobre reputación, por igual motivo, no andará de lo mejor parada por allá?" "Así es la verdad, contesté, porque... no me atrevo..." "Atrévase, usted, querido, dijo entonces animándome, haga usted cuenta que está hablando con un condiscípulo suyo. ¿Por qué... decía usted?" "Porque así como O'Higgins, proseguí

diciendo con timidez, tiene sus enemigos por allá, a usted tampoco le faltan, pues son contados los hijos de la Patria Vieja que no atribuyan a usted y a don Bernardo la desastrosa muerte de los Carrera, cuya ejecución califican de inútil y de atroz asesinato; ni faltan tampoco malas lenguas que atribuyan a usted poca pureza en la administración de los dineros que Chile ponía en sus manos para que atendiese con ellos a la libertad del Perú".

Echó San Martín, al oír esto, su rostro con violencia entre ambas manos, y tanto rato permaneció en esta nerviosa situación, que así podía significar evocación de dolorosos recuerdos, como el disgusto amargo que siempre causa en corazones bien puestos la humana ingratitud; y ya comenzaba yo a arrepentirme de haber sido tan sobradamente franco al contestarle, cuando enderezándose y aspirando el aire con violencia, y fija la vista, como distraído, en las copas de los árboles, exclamó, a media voz, y como hablando para sí: "¡Gringo badulaque, Almirantito, que cuanto no podía embolsicar lo consideraba robo!... Dispénseme usted, querido colegial, continuó, no sé dónde se me había ido la cabeza. ¿Conque todo eso dicen por allá? ¡Eh! razones tendrán para ello, y ahora dígame usted: ¿qué hubieran hecho ustedes en Chile con tres argentinos, que por haber sido, con razón y sin ella, no sólo mal recibidos, sino hasta perseguidos por el Gobierno chileno, se hubiesen metido, aunque llenos de las más patrióticas intenciones, dos de ellos a revolucionarios y el tercero a sangriento montonero? ¿Qué hubieran hecho ustedes ante el peligro de la pública tranquilidad y ante el aspecto de la sangre chilena derramada por las armas de éste hasta en las puertas del mismo Santiago, si esos tres argentinos hubiesen caído en sus manos? ¿Hubieran necesitado ustedes de los consejos de un O'Higgins o de un pobre San Martín para hacerlos fusilar?... En cuanto a lo de la poca pureza, prosiguió con triste sonrisa, después de echar una sarcástica mirada sobre su ropa y de contemplar, dándolos vuelta sus gruesos guantes de gamuza, ya lustrosos por el uso, ¡a la vista está!"

¡Pobre amigo! Pésame aún haber pulsado en aquella conversación tan repugnante cuerda; pues de todo podría la maledicencia acusar a San Martín menos de peculado. Yo conocía la pureza de San Martín en el manejo de los dineros que corrían por su mano; pero ignoraba muchos de sus rasgos de generoso desprendimiento en obsequio del mismo país por cuya libertad lidiaba. Ignoraba que los diez mil pesos, suma enorme entonces, obsequiados al héroe por el cabildo de Santiago para costear su viaje a Buenos Aires, después de la

batalla de Chacabuco, los había éste cedido para que, con ellos, se echasen los primeros cimientos de nuestra actual Biblioteca Nacional, y entre otras generosidades de aquella hermosa alma, ignoraba también que hasta el fomento de la vacuna costaba a San Martín la tercera parte de los productos de un fundo rústico que poseía en Santiago, ¡y San Martín era pobre!

Con mi vuelta a Chile a fines del año 30, terminaron mis relaciones íntimas con este viejo y respetado amigo, cuya conversación me instruía y agradaba al mismo tiempo. Perdíle desde entonces de vista, para tener veintinueve años después el sentimiento de encontrar tan sólo patentes y dolorosos rastros suyos en casa de su yerno Barcárcel, situada a algunos kilómetros de París, sobre el margen del turbio Marne. En ella y a cargo de las preciosas nietas de aquel prócer de nuestra independencia, no sólo se conservaba con religioso cuidado el orden de colocación que había dado a sus modestos muebles en el pequeño cuarto que ocupaba, sino que hasta se veía, sobre el velador que acompañaba su lecho de campaña, un braserillo para fumar, en cuya fría ceniza se ostentaba clavado el resto de un último cigarro. Lucíanse en las paredes de aquel aposento, que toda la familia apellidaba *el cuarto de Padre,* algunas armas y entre ellas aquel sombrero de hule y aquella corva espada con cadenilla en vez de guarda-puño, que sirvieron de enseña de gloria a los patriotas de Chacabuco y de Maipú, y que reproduce con rara perfección la estatua ecuestre que engalana la entrada de nuestra ancha y conocida calle del Dieciocho.

Triste es, sin duda, la suerte de los grandes servidores de la humanidad, cuando la relación histórica de sus laudables hechos corre a cargo de miopes plumas que, a semejanza de las pedantes críticas literarias, se atreven, muy orondas, a juzgar lo que ni son capaces de idear ni mucho menos de escribir.

Poco tienen que agradecer los heroicos hechos de San Martín a sus intrusos comentadores, y para colmo de necedades veo que en el día cunde el maniático empeño de juntar a Bolívar con San Martín, no para erigir altares a esos venerados padres de la patria americana, sino para sentarlos en el banco de los acusados, para parangonarlos, para deducir del parangón conclusiones sacrílegas, y para establecer entre ellos hasta comparaciones lugareñas, como si la patria de Bolívar fuese otra que la patria de San Martín.

San Martín y Bolívar no son más que las dos sublimes mitades de aguel sagrado todo único e indivisible que la mano del siglo diecinueve formó para la redención americana. Colo-

cadas cada una de estas dos mitades en opuestos hemisferios, cada una de por sí desempeñó con decisión y gloria en el campo que le cupo en suerte, la tarea que la abnegación y el patriotismo les impusiera. Bolívar no habría hecho más en el sur del Continente que lo que el hijo de Yapeyú hubiera podido hacer en el norte. ¿Qué hubiera sido el uno sin el otro? Esas dos sublimes mitades, pues, nacieron para completarse y nunca para ser con justicia parangonadas.

Pero veo que mis recuerdos me apartan de la ilación que me imponen las fechas; vuelvo, pues, a las consecuencias de la visita de San Martín al colegio de Silvela.

Los peruanos y los españoles, de cuya alianza contra los chilenos y los argentinos no he podido darme hasta ahora razón, comenzaron a separarnos y aun a hostilizarnos a hurtadillas; pero el mal no hubiera pasado de allí si otro incidente, tan casual como el de la presencia de San Martín en el colegio, no hubiese, pocos días después, venido a agravar la situación, aumentando los combustibles, cuya explosión debía hacer cerrar para siempre las puertas de tan notable establecimiento.

El general Morillo, aquel valiente y feroz militar que luchó contra Bolívar en Colombia, héroe para los españoles, monstruo de crueldad y de ignominia para los americanos, vino también a visitar nuestro colegio.

Este sargento, de recia constitución y de desembarazado mirar, en quien las palas de general no alcanzaban a encubrir la burda cáscara de sus feroces instintos, tenía el cuerpo lleno de cicatrices. Mi condiscípulo Torres, colocado por él en el colegio, me decía que era imposible conciliar el sueño durmiendo cerca de él, en los cambios atmosféricos, pues más que simples quejidos, eran bramidos los que, durmiendo, le arrancaba el dolor de sus antiguas heridas. La presencia de este militar en el colegio causó tanto contento a los españoles, y sin saber por qué a los peruanos — que sin salirle a recibir, se regocijaban con ella—, cuanto disgusto a los chilenos, argentinos y colombianos, entre los cuales hubo uno a quien fué preciso contenerle para que no fuese a insultar a Morillo en la misma sala de recibo.

El resultado de estas dos visitas no podía ser dudoso, y si la revolución de julio de 1830 no hubiese venido a dar a los encontrados ánimos de los ciento ochenta alumnos del colegio otro giro, sin duda alguna ese año hubiera terminado con escándalo sus no ha mucho ordenadas, pacíficas e instructivas tareas, un establecimiento cuya importancia aún conmemoran cuantos le conocieron.

CAPITULO VI

Síntomas de la revolución de julio de 1830. —Expedición y toma de Argel.— Revolución de julio.— Otra vez la Duquesa de Berri.— Ridículo desenlace que tuvo la venida del Dey de Argel a París.

Carlos X de Francia, rey esencialmente cazador, muy dado a las prácticas religiosas y extremosamente apegado a los fueros y privilegios de que habían gozado sus antecesores antes que la demagogia y espíritu religioso hubiesen venido a estremecer, como él decía, el tranquilo y legítimo asiento de sus padres, no podía conformarse con la obligación temporal de sustraer a los placeres de la caza y a los de oír su misa como la oyen los reyes acanonigados, el tiempo precioso que le quitaban los quehaceres del reino, ni mucho menos con la de sufrir los efectos de la irreverente tutela que a causa de *una exótica institución política llamada Constitución, le imponía la Representación Nacional.* Viejo, de cortos alcances, y más bien bonachón que mal intencionado, su terquedad para plegarse a las luminosas exigencias políticas de su siglo sólo provenía de querer defender a todo trance cuanto consideraba legítimamente suyo, la herencia de sus padres; y como la cuantía de esa herencia había ya sido designada por sus antecesores con la expresiva frase: *La France c'est moi!'* no fué de extrañar que a poco de ser azuzado por sus corrompidos cortesanos, entrase de lleno en la peligrosísima vía de las restauraciones, nombrando, para llevarlas a cabo, primer ministro al odiado y enérgico príncipe de Polignac, el 8 de agosto de 1829.

Alarmada la representación nacional, que acababa de arrojar de su asiento al ministro Villele, por sus tendencias restauradoras, pero en manera alguna intimidada con la amenazadora presencia del nuevo ministerio, junto con recoger el guante que se le arrojaba, reprobó con entero desenfado la desacertada y peligrosa política del soberano que tales medidas adoptaba.

A tan inesperado desacato contestó un regio decreto de disolución.

Apelóse entonces, como se dice en estos casos, al fallo de la nación, y los partidos se lanzaron frenéticos en la lucha electoral. Militaba por un lado la santa causa de los sanos principios; por el otro, la de los añejos reales privilegios apoyada sobre la inconsciente fuerza de las bayonetas, y como ninguno de los dos contendientes quisiese sesgar, siendo principio inconcuso que en las batallas políticas los jefes son los que primero mueren, era evidente que uno de los que corrían la plenitud de este peligro, en caso de desgracia, era Carlos X y no sus ministros, como la simpleza de su corto ingenio se lo había dado a entender.

Sordo el incauto soberano a todo linaje de consejos, y metido en su Versailles, donde sólo ocupaban su imaginación las cacerías y corridas de ciervos en los bosques reales, ni vió lo que pasaba fuera de ellos, ni el sonido de las trompetas cazadoras le permitió oír el estruendo de la borrasca política que promovían, imprudentes, sus ministros al jugar en una sola partida y al más peligroso juego de azar su propia corona.

¿Quién ignora a cuánto no se prestan las mejores leyes cuando hay intereses y sobre todo posibilidad de falsear el resultado de acaloradas elecciones? ¿Quién ignora, también, el caudal de nervioso rencor que atesora en su corazón el que resulta vencido por la injusticia, y con cuánto entusiasmo no aprovecha la ocasión del desquite?

Dedúzcase, pues, de lo que entre nosotros frecuentemente pasa, lo que debió pasar allá en aquel tiempo; porque los hombres en igualdad de circunstancias, iguales en ideas, lo son también en sus actos.

Diéronse los diarios del Gobierno a propagar las más extravagantes doctrinas. Para ellos no sólo era ilegal sino también atentatoria la reelección de diputados que hubiesen formado parte de la disuelta cámara; y el órgano inmediato de Polignac, la *Bandera Blanca,* llevó su impavidez hasta el arrojo de gritar: ¡¡¡basta de presupuestos; basta de concesiones; basta de Constitución; pues sobra para entrar a díscolos en vereda, el simple esfuerzo de las bayonetas!!! Para aumentar más el desaliento de los constitucionales, se hizo susurrar por todas partes que serían vanos y aun peligrosos sus esfuerzos, porque el Gobierno, en caso que el fallo de las urnas le fuese adverso, estaba resuelto a apelar a un golpe de Estado tal, que barriendo con todas las concesiones *que la benignidad del soberano había hecho al país,* debía dejar a los atrevidos innovadores, tal vez en peor estado que aquel en que se encontraban antes de que las constituciones y las nove-

dades de los demagogos principiasen a alzar su cabeza irreverente.

¿Podráse creer que hasta incendios se promovieron en muchísimas circunscripciones del reino para tener ocasión de acriminarse mutuamente y de conmover las masas? Contestando los diarios reales los cargos de los constitucionales, respondían que todos estos males se debían a la Comisión Revolucionaria Directiva, que ella era la que designaba las víctimas, la que escogía los verdugos y la que los gratificaba con munificencia.

En medio de estos desórdenes y de estas amenazas preparatorias, era natural que todos fijasen la vista en el ejército; y como la tropa podía ser contaminada, un agravio internacional inferido a la Francia tres años antes por la Regencia de Argel proporcionó a Polignac ocasión de sustraer a la acción del partido constitucional un respetable cuerpo de ejército, que al mismo tiempo que debía servirle para dar esplendor por sus hechos al Gobierno, podía ser utilizado como realista puro para defenderlo contra sus enemigos.

Promover una expedición ultramarina parecía el complemento de tan feliz propósito, y ésta no tardó en llevarse a cabo.

La antigua Mauritania y la Numidia, madrigueras de tercos e incorregibles piratas, cuyas depredaciones habían sido sucesiva e inútilmente castigadas por todas y por cada una de las potencias marítimas de la cristiandad, se sostendría tal vez aún, para vergüenza de las naciones civilizadas, muchos años más si una injusticia de parte de la Francia, y el acto desdoroso con que ella fué contestada por el soberano de la Regencia de Argel, no hubiesen tocado el año de 1830 la última hora que quedaba de vida independiente a ese estado africano.

La Francia, desde la época de la República, debía al comercio de Argel fuertes sumas por valor de trigos que éste le había anticipado, y, según parece, el deudor no se empeñaba mucho en saldar su crédito. Mas, como las cobranzas menudeaban sus activas exigencias, más bien para librarse de ellas que para satisfacerlas, se había confiado el arreglo del asunto al cónsul francés en Argel, señor Deval, en el año de 1827. Según me lo refirió años después el mismo Abd-el-Kader, fué tanto lo que fastidió el cónsul con sus subterfugios al Dey, que, irritado éste, profiriendo denuestos contra la Francia, estrelló su abanico de plumas en la cara del buen Deval. Como era natural que sucediese, este acto poco templado de Houssein Pachá no sólo canceló de golpe la deuda francesa, sino que hizo quedar debiendo al mismo cobrador. Pronto

una escuadra francesa bloqueó los puertos argelinos, y sólo tres años después de estar bloqueados, la necesidad política de sustraer tropas a la acción demagógica para utilizarlas después, convirtió el bloqueo en invasión.

El 16 de mayo de 1830 zarpó de Tolón para las costas africanas la poderosa escuadra del almirante Duperré, custodiando transportes que conducían 36.000 hombres de desembarco, a cargo del antiguo y conocido mariscal Bourmont.

Llegó la expedición el 13 de junio a su destino; el 14 desembarcó en la caleta Sidi-Ferruch, inmediata a Argel; el 19 ganó la memorable batalla de Staoueli, derrotando a 40,000 beduinos; y el 4 de julio, Houssein Pachá, acometido con vigor por los franceses, después de haber visto volar su propia residencia, antiguo castillo de Carlos V, erigido en la capital de la Regencia por este poderoso soberano, capituló, quedando libre para embarcar en la flota inglesa, que estaba allí en observación junto con su persona, sus tesoros y sus más favoritas odaliscas.

Anuncióse con estudiada pompa la toma de Argel en medio de una representación lírica en la Gran Opera, el día 5 a las once de la noche. El célebre y aplaudido tenor Nourrit, interrumpido el canto, se lanzó al proscenio, y alzando con orgullo la bandera de los lirios, anunció en alta voz a los espectadores la noticia de aquel fausto acontecimiento. Todos salimos del teatro, nacionales y extranjeros, sin esperar la conclusión de la ópera, y los cafés y las calles del novedoso París no tardaron en llenarse de la más alegre gente. Pero el entusiasmo que produjo en todos la victoria no tardó en desvanecerse ante el influjo de la poderosa preocupación política que trababa el ánimo de la mayoría de los hijos de ese gran pueblo. Para ella, todo lo que no fuera triunfo de ideas, era entonces una verdadera fruslería; y tenía razón, porque, amenazada su libertad, los trabajos preparatorios electorales, en los cuales habían terciado con descaro la intriga, la promesa, la amenaza y el fanatismo político, no daban lugar a otra cosa.

Nadie quería admitir conciliaciones; ninguno, términos medios: o todo o nada.

Por haber querido dar consejos conciliatorios, fueron despojados de la confianza ministerial el duque de Doudeauville, el conde de la Ferronnays, el muy realista Martignac, el conde de Chabrol, y muchos otros sectarios del absolutismo.

Pronósticos, después, casi seguros de un resultado antiministerial en las elecciones, exasperaron tanto los ánimos de los realistas, que hasta llegaron a tener la imprudencia de dar por sentado que el Gobierno tenía ya dispuesto un gol-

pe de Estado tal, que debía dar al través, para siempre, con los perturbadores de lo que ellos llamaban pública y feliz tranquilidad.

La Inglaterra, que miraba atenta aunque al parecer impasible, los acontecimientos que se desarrollaban del otro lado de la Mancha, siempre pensadora, dedujo de este posible atentado un inevitable trastorno político. Por esto el *Times* del 5 de julio se preguntaba qué debería hacer la Inglaterra en caso de que la Francia tornase a la vida revolucionaria, y cuidaba de contestarse para preparar los ánimos, que la Inglaterra, cualquiera que fuese la naturaleza de los cambios interiores que produjese una revolución en Francia, no debería intervenir en nada, salvo el caso de que la Francia intentase pasar la frontera con ánimo de perturbar la paz en Europa.

El temido golpe de Estado se dió el 25 de julio, sin querer esperar el 3 de agosto, época destinada para la apertura de las Cámaras; y el día 26 aparecieron en las columnas del *Moniteur* aquellas ordenanzas que, atropellando la *charte,* los juramentos y las instituciones, anulaban la representación nacional, amordazaban la libre emisión del pensamiento, y restablecían en pleno poder el imperio de los antiguos privilegios.

El primer acto de la ofendida Francia fué el estupor; pero no el estupor que proviene del espanto, sino aquella paralización instantánea en la que el hombre parece recogerse para lanzarse frenético en seguida sobre su ofensor. Volvía yo ese día a las tres de la tarde de la escuela de natación, e instruído de antemano de cuánto pasaba, no me causó, como a otros, admiración saber que los guardias de los puestos se habían duplicado; ver aquí y allí patrullas de soldados recorriendo con tardo paso las plazas y los paseos públicos; observar a medio París en la calle que, ya formando grupos taciturnos y amenazadores, ya bullicioso y altanero, arrancaban de las paredes los ominosos cartelones que contenían los inmortales decretos que tan caros debía pagar Carlos X.

La Corte se trasladó a Saint Cloud, dejando el mando del desgraciado pueblo en manos de aquel mariscal Marmont, duque de Ragusa, de quien tantas infidencias se refieren. Destruída la guardia nacional por el ministro Villele, sólo quedaban en París algunos cuerpos de línea y la gendarmería, que juntos formaban un todo de quince mil hombres, con los cuales se creyó que bastaría para imponer silencio y hacer entrar en vereda a los más tercos revolucionarios.

El día 27 por la mañana, la policía destinada a recoger la edición de todos los diarios disidentes antes que se repartie-

sen, practicó visitas domiciliarias en las imprentas, inutilizó sus principales piezas, e impuso multas y castigos a sus directores por la menor publicación que se hiciese sin previo permiso de la autoridad.

El activo e imprudente Mangin, prefecto de policía, hizo en seguida cerrar los cafés y los clubes de lectura; y sin embargo, llovian por las calles hojas sueltas de imprentas invisibles, y esas hojas se leían con desenfado en presencia misma de las bayonetas de las muchas patrullas que cruzaban en todo sentido la ciudad.

Al aspecto amenazador de las turbas azuzadas por los alumnos de la escuela politécnica y los de la de medicina y de derecho, se cerraron las fábricas y los talleres, las opulentas tiendas de las calles Richelieu, Saint-Denis y Saint-Honoré, las rejas del palacio de las Tullerías y las del Real de los Orleáns; y se ocuparon militarmente as plazas, los paseos públicos y cuantos lugares urbanos podían prestarse a agrupamientos.

Mas todo fué en vano; sangre debía principiar a correr y corrió en efecto, no pudiendo contener el soldado, de otro modo, al pueblo irritado, que, aunque desarmado, pretendió arrancar de manos de los gendarmes los prisioneros que cautivaban para conservar el orden. Esa primera sangre fué la mecha encendida que produjo aquella inmensa explosión popular, que para espanto de la humanidad y escarmiento de los tiranos, anegó en sangre durante tres días consecutivos, la más simpática de todas las capitales de la culta Europa. En la noche de aquel día, y en los dos subsiguientes, el pueblo enfurecido echó abajo las puertas de las armerías, construyó barricadas, volcando carruajes en las calles y llenándolos de baldosas; transformó las casas en fortalezas, en campos de batalla cada plaza y cada encrucijada, donde el valor, el arrojo y la temeridad parecían quererse disputar la palma del exterminio.

Banderas negras alzadas en muchos edificios; el toque de las campanas a rebato; el estruendo del cañón de las tropas reales, el de los fusiles; la grita y el tumulto de los combatientes; los charcos de sangre, que convertían en resbaladizas las baldosas de las veredas; los espantosos rimeros de cadáveres que circundaban los cuerpos de guardia, recién incendiados o ardiendo todavía; las cruces plantadas sobre fosas a medio cavar en la mentada plaza de las columnas del palacio de las Tullerías, ostentando inscripciones aterradoras contra la tiranía; las balsas atestadas de cuerpos humanos, lanzadas una en pos de otra en las aguas del Sena con dirección a Saint Cloud, llevando en alto inscripciones

que decían: *¡Dejad pasar la justicia del pueblo!;* todo anunciaba la inevitable y fúnebre caída de la primogénita rama de la raza borbónica en Francia.

¿Y Carlos X qué hacía entonces, mientras que por orden suya degollaban a su buen pueblo de París? Es fama que oía misa cuando le llegó la noticia de que el pueblo vencedor, apoderándose de cuantos carruajes pudo reunir en las afueras de París, se dirigía a perseguirlo y a rendir el destacamento de guardias que le servía de custodia.

En tanto la duquesa de Berri, aquel ser sensible y delicado que hemos visto en el baile de la embajada de España disputar a las de su sexo el arte de agradar, más despierta que el gazmoño Carlos, ceñía, vestida de amazona, a su flexible cintura, una chapa de pistolas, y se disponía a presentarse ante los irritados parisienses para reanimar en ellos los sentimientos de lealtad que las torpezas del soberano les habían hecho perder. Atónito Carlos X al presenciar la resuelta apostura de la duquesa e instruído del temerario propósito que perseguía: —"¿Qué pensáis hacer?", le gritó, saliéndole al encuentro. —"¡Defender el patrimonio de mi hijo, contestó airada, ya que vos no podéis o no lo queréis hacer!" — Hubo entonces escandaloso alboroto en el palacio. Detenida la duquesa por orden del rey cuando ella, despechada, descendía la escalera para salir al patio del alcázar, llegada al colmo su desesperación, exclamó: "¡Dios mío, ahora es cuando conozco la desgracia de haber nacido mujer!" Estas palabras como aquellas que la pulcra historia atribuye al general Cambronne en la batalla de Waterloo, nada tienen de verdaderas. No hubo boca que no repitiese entonces en todo París, cuánto aquella mimada y fina duquesita, transformada en furia, dejó escapar por la suya para afear la impotencia y el afeminamiento de toda la real familia, que haciéndose mil cruces la rodeaba; porque sólo entre verduleras podría oírse tan desenvuelto lenguaje. ¡Pobre duquesa! La historia de su vida para adelante fué una odisea novelesca en la cual lo terrible y lo ridículo se disputaron el primer papel hasta el día de su muerte.

El astuto Luis Felipe de Orleáns, en tanto, si aparentar tomar parte en el tremendo trastorno que presenciaba, continuaba, sin embargo, siendo su más poderoso atizador y el disimulado caudillo de los hombres pensadores, para quienes sólo un gobierno monárquico constitucional podía convenir a los franceses.

¡Qué pueblo tan digno de ser admirado es el francés, y con cuánta facilidad no pasa, como lo dice un canto favorito popular, del amor al combate, de lo serio a lo chistoso, del

enardecimiento a la calma! Peleó tres días con un furor que parecía incontenible, y esos tres días abundaron en rasgos de la más hidalga generosidad. Penetró por la fuerza y atropellándolo todo en el palacio de sus reyes; descamisados se repantigaron en el sillón del trono, ¡y ni un solo robo, ni una sola obra de arte mutilada, salvo los bustos de Carlos X, indicaron el paso de los rústicos republicanos al través de los regios salones del ya destronado monarca!

El día 30, terminado por completo el estruendo aterrador de la pelea, humeando aún los escombros de los edificios que fueron residencia arzobispal, cuarteles y cuerpos de guardias: fresca aún la sangre que empapaba las baldosas de las calles y los adoquines de las barricadas, salí del barrio de San Antonio, ansioso de saber qué suerte habían corrido los chilenos que se encontraban en Paris.

Con no poco trabajo, pues a cada rato tenía que trepar barricadas, y lleno de aquel espanto que más bien se comprende que se describe, después de hora y media de marcha llegué a la *rue d'Artoi,* donde residían don Javier Rosales y otros de mis paisanos. Llevaba el pecho cubierto de escarapelas tricolores, distinción que multitud de mujeres vistosamente engalanadas repartían con gracia a los viandantes, colocándolas ellas mismas con galano ademán y patrióticas palabras en la vuelta del cuello del paletó de cuantos encontraban por la calle.

Don José Joaquín Pérez, secretario entonces de la legación chilena en Francia, excitado por lo que me oía contar que había visto en el inmenso campo de batalla que acababa de atravesar, salió conmigo a averiguar el significado de un tumulto que se hallaba en aquel momento en la calle *Lafitte.* Llegamos a una barricada que casi cerraba por completo la puerta de la casa del viejo Lafayette, quien, obligado por los gritos del pueblo a presentarse para ser llevado a casa del duque de Orleáns, pugnaba por desasirse de los que querían llevarlo en silla de manos. Nos acercamos y apenas acabábamos de oír a aquel respetable hijo de las revoluciones: "¡Dejadme; iré a pie amigos míos!" *Je sui jeune aujourd'hui,* cuando una avenida de pueblo por un extremo de la calle y otra de inesperados soldados de línea por el extremo opuesto, nos dejaron encerrados en la más expuesta y temerosa ratonera, y aunque la fortuna quiso que los opuestos bandos, en vez de destrozarse, fraternizaran, el susto que nos llevamos entonces no ha tenido hasta ahora otro que pueda igualarle.

El día 31 fué en París el de las entusiastas manifestaciones. Ese día Luis Felipe, desembozado ya, se trasladó a

caballo al Hotel de Ville, donde le esperaba Lafayette. Asidos ambos de la mano, salieron al balcón que da a la plaza, y en él en medio del más estruendoso entusiasmo de miles de espectadores, vi echarse al uno en los brazos del otro. Luis Felipe, capitán general del reino desde ese momento, fué ocho días después proclamado rey de los franceses.

Carlos X y su hijo habían ya abdicado y elegido las costas de Escocia para su futura residencia. Allí fueron ambos recibidos con el mismo indiferente silencio que les sirvió de despedida al abandonar las playas francesas.

El Fígaro, pequeño pero chistosísimo diario francés de aquella época, encargado de hacer la necrología del ex rey de Francia, sólo dijo estas palabras: "La revolución de julio ha sido funesta para los conejos de la Escocia".

Pero todo no ha de ser referir desgracias ni trastornos políticos.

Sigamos, pues, por un momento, al buen Houssein Pachá, a quien después de la pérdida de sus estados africanos, dejamos asilado con sus riquezas y con sus odaliscas a bordo de la capitana de la escuadra inglesa, de observación en la rada de Argel. ¿Cuál cree el lector que fué el primer pensamiento del desposeído soberano al instalarse en su nuevo domicilio? ¿Dirigirse acaso a la Sublime Puerta?. ..¿Implorar de Inglaterra su valiosa intervención para que le fuesen devueltos sus estados? ¿Ofrecer indemnizaciones a la Francia? ¡Qué pasos en este sentido, ni qué berenjenas! Lo primero que se le ocurrió para olvidar el percance que en mala hora le atrajo la soltura de su mano para aplicar abanicazos en el rostro de un cónsul trapalón, fué el ir a echar un verde al mismo París.

Hízolo así, y la nunca desmentida galantería francesa, no contenta con hospedarle en el palacio de las Tullerías, se propuso deslumbrar al derrotado huésped con la suntuosa representación del *Mahomet* en el real teatro de la Grande Opera.

Acudieron a este teatro tantísimos novedosos la noche de la fiesta, que apenas pudimos encontrar asiento en la platea por el precio de veinticinco francos cada uno. Los dos palcos fronterizos al proscenio, unidos entre sí y adornados con pompa oriental, llamaban la atención de los concurrentes, por haber sido destinados a las visitas africanas. Apenas llegó la hora de dar principio a la función cuando un movimiento general, acompañado de activísimo cuchicheo, vino a anunciar la entrada de la esperada comitiva, cuyos miembros, con ademán pausado y grave, fueron ocupando los sitiales que para ellos se tenían preparados. El Pachá,

que rellenaba el sillón con su pesada humanidad, y que podría contar con unos sesenta inviernos, aunque no los representaba, era un hombre más bien alto que bajo, de rostro encendido, complexión sanguínea y perfil griego; tenía además los ojos vivos, pobladas las cejas, y barba cuidadosamente extendida sobre el pecho. Vestía un traje talar de riquísima cachemira; llevaba en la cabeza una especie de coraza alta y reluciente, con profusión de piedras preciosas, y en la cintura lucía el puño de oro con brillantes de un puñal damasquino. Tras este exótico personaje, que hacía recordar la figura del Gran Lama, se colocaron, como dos estatuas de ébano, dos poderosos negros guardianes del harén, con sus bonetes suavos, sus chalecos bordados, sus anchos mamelucos y sus inexorables puñales de guarnición dorada. A uno y otro lado de este mudo frontispicio, porque la tal trinidad todo lo miraba y de nada se dolía, se extendían como alas nueve preciosas damas orientales, en cuya fisonomía parece que la naturaleza se hubiese complacido en acumular lanza-fuegos para hacer estallar las bombas de los corazones franceses. Vestían como los colegiales, trajes uniformes y muy semejantes en el corte a los que estilan las acaudaladas hijas de la Grecia, pero con tal copia de perlas y de joyas, que podía decirse que cada una de ellas llevaba a cuestas un tesoro. A pesar del rico trasparente velo con chispas de plata que al descuido y con cuidado caía sobre el rostro de aquellos angelitos de andas, podía conocerse que ocho eran trigueñas de ojos negros y rasgados, una rubia de ojos azules. y que la que más edad podría tener, no pasaría de veintidós primaveras.

Comenzó la representación con la pompa de costumbre. mas la concurrencia, en vez de mirar al proscenio, sólo dirigió la puntería de sus anteojos al palco encantado donde, a cada momento, la ardiente imaginación francesa creía ver a lo vivo los cuentos fantásticos de las Mil y una Noches.

En vano procuraron atraer, como siempre, la atención del público, la voz argentina de Nourrit, la incomparable de la Damoreau Cinti, las cabriolas de Paul, las encantadoras gracias de la Taglioni y las maravillosas y turbulentas piernecillas de la menuda Montecu; todo parecía paja picada al lado del palco oriental.

Era regular que otro tanto sucediese a las esposas del Dey, respecto a los jóvenes que las miraban; máxime entonces que tenían tan a la mano la posibilidad de comparar la indifente y taimada cachaza del adusto barbón con las comedidas y corteses miradas de tantos apuestos y galantes

mancebos, que parecían no aspirar a otra cosa que a parecerles bien.

Entre las maravillas del telégrafo Eléctrico y las maravillas del telégrafo Mirada, estoy por las de éste. El primero habla sólo el idioma del país en que funciona; el segundo habla todos los idiomas conocidos y por conocer. Para ponerse al corriente de la clave del primero se necesita estudio y contracción; para manejar el segundo con primor, sólo se requiere la edad de la pubertad. Hago estas reflexiones por atestiguar lo mucho que debieron de haber hablado aquella noche los franceses en árabe y las beduinas en francés; puesto que dos días después de la función teatral, volaron, sin saber cómo, del lado del confiado Pachá todas sus tímidas esposas, del propio modo que vuela y se dispersa una bandada de cautivas tortolitas cuando el guardián descuida la puerta de la jaula.

Irritado Houssein por semejante rapto, que no pudo llamarse de otro modo, embistió con el eunuco de turno, y sin más esperar ordenó al otro que le cortase la cabeza y la expusiese en el balcón para escarmiento de los malos funcionarios... A los gritos del agredido negro, que formaban coro con los reniegos árabes del Dey, acudieron los sirvientes y guardias de palacio; arrancaron de las manos que lo retenían al pobre prisionero, y notificaron al amo el peligro a que se exponía en Francia si cometía el menor asesinato... ¡Tableau! Amurrado entonces el desvalido soberano, mandó en silencio que le preparasen sus maletas de viaje, se metió con su único sirviente y las pocas riquezas que le quedaron en un coche de posta, y dando al diablo contra el país de brutos donde el propietario no podía hacer cera y pabilo de lo que era suyo, lo perdí de vista en el camino que conduce a la frontera de la Confederación Germánica.

Quince días después tuve ocasión de volver a ver a las mentadas odaliscas, sin joyas ya, pero vestidas a la francesa, pasearse con nuevos amos o en busca de otros, porque los primeros, contentos con las plumas que les habían quitado, ya no las acompañaban.

CAPITULO VII

De lo mucho que nos equivocamos cuando creemos que todo el mundo nos conoce. —Primeros pasos de los caminos de fierro en Europa.— Burdeos.— Los vinos y sus trampas.— Modo de sacar partido de los arenales.— Escapada providencial.— Tenerife.— Mares tropicales.— Región de los pamperos.— De lo que puede en una navegación la falta de agua potable.— Pasada y repasada del Cabo de Hornos.— Islas Malvinas.

Toda nación, por insignificante que sea, padece de la innata debilidad de creer que todas las demás la tienen muy presente, o por lo menos, que se ocupan con frecuencia de ella; por esta razón, persuadir a sus nacionales de lo contrario es exponerse, o a quedar por embustero, o a cargar con el descontento de todos ellos.

Chile era tan poco conocido en Europa en 1830, como lo es para los chilenos en el día la geografía de los compartimientos lunares.

En esto no hay ni cabe exageración.

Para la abrumadora mayoría del hombre europeo, sólo hay en la América española dos naciones: Perú y México; y Perú y México en el diccionario de esos sabios son sinónimos de oro y de revoluciones; aunque sea muy cierto que en las cancillerías de los grandes estados marítimos, se hace al Perú, a México y a los otros rincones o pueblos satélites de esos astros, el honor de considerarlos aptos para pagar indebidas indemnizaciones.

En Chile todos nos conocemos, en el mundo bien poco se conocen unas a otras las naciones que viven y reinan sobre su superficie. Sería, pues, tan ridículo que los chinos se rieran de nuestra ignorancia, porque muy pocos sabemos que Nankin no es trapo, sino ciudad, cuanto que nosotros nos enfadáramos porque en la China ni siquiera se sospecha que existimos por acá.

He hecho esta digresión para poder disculpar más a mis anchas al oficinista parisiense que debió extender mi pasaporte para Chile, y que no lo hizo porque no quise sentar ba-

jo mi firma que Chile y México eran una misma y sola cosa.

—¿De qué país es usted, caballero? — me preguntó el oficinista.

—De la República Chilena.

—¿Cómo dice usted?

—De Chile, señor.

—¿Qué está usted diciendo?... Chile, ¡vaya un nombre!

—Sí, señor — repuse asareado—; de Chile, república americana; ¿qué tiene de extraño este nombre?

—¡Ah, ah!, ¿de *l'Amerique*, eh?... *Chili*... Chile, aguarde usted... Chile. Dígame usted más bien, caballero, ¿de qué pueblo es usted?, porque del tal *Chili* no hago memoria.

—De la ciudad de Santiago, señor.

—¡Anda diablo! — exclamó entonces el sabio oficinista— ¡acabará usted de explicarse!, y volviéndose a su escribiente le dictó estas palabras:

V. Pérez Rosales, natural de Santiago de México.

Al oír semejante atrocidad, ¡de Chile que no de México!, exclamé echando un voto.

—Pues, mándese mudar de aquí — dijo entonces alzándose de su asiento el geógrafo francés, y no me vuelva a entrar en mi oficina antes de averiguar mejor cuál es su patria.

Mes y medio después volví a la misma oficina, de cuya jefatura había arrojado la reciente revolución de julio al sabio profesor de geografía para quien, diciendo América española, debía decirse forzosamente México; y no con tanta dificultad, pero siempre con alguna, salí del paso.

No era poca tarea viajar por Europa en 1830; todo se hacía en carruajes parecidos a los que corría el empresario Carpentier por los caminos del sur en nuestro Chile, antes que los caminos de fierro viniesen a librar de semejantes potros a los viandantes.

La vía férrea apenas principiaba entonces a dar señales de vida en la industriosa Europa, y puede decirse que más bien a la necesidad de abaratar el transporte de los productos de las minas de carbón, que a otra cosa, debe su existencia esta palanca propulsora de la riqueza y de la industria humana.

Los primitivos rieles no fueron más que un suelo endurecido y nivelado; siguieron a éstos vigas de maderas labradas, sobre las cuales corrían sin tropiezo las ruedas de los carros. A esta invención que sorprendió por sus felices resultados, se agregó después la mejora de la superposición de un angosto entablillado de hierro, para evitar el desgaste de la madera, y, por último, ya se hicieron caminos de pu-

ro fierro, cuyos rieles, de a metro de largo cada uno, apoyaban sus extremos sobre pedrones que, embutidos en el suelo, desempeñaban el papel de los actuales durmientes de madera. Estos caminos, muy usados en las minas de carbón para multiplicar las fuerzas del caballo que tiraba de los carros, no tardaron en salir de los establecimientos carboneros para ponerse al servicio del comercio en general, y en 1829 tuve ocasión de viajar entre Portsmouth y Londres, al través del condado Surrey, en un camino de fierro de esta especie, en el cual un solo caballo arrastraba a trote largo tres carros con más de doscientos quintales de carga.

La tracción por vapor comenzaba también entonces a ensayarse, y merced a la invención del célebre Oliverio Evans una maquinita de fuerza de tres caballos que vi funcionar en Newcastle, comenzó a asombrar con sus movimientos automáticos y con su sorprendente fuerza a cuantos seguían con la vista a ese prodigio de la física y de la mecánica, que colocado entre veinte carros, a diez empujaba, al mismo tiempo que arrastraba a otros diez, como pudiera hacerlo un poderoso caballo con el más insignificante peso.

Pero esto no pasaba de ensayo ni podía aplicarse aún en grande escala, no sólo por los defectos de la máquina, sino también porque no se había probado aún que el roce sobre los rieles, ayudado por el peso de la locomotora, basta como punto de resistencia para arrastrar los carros de todo un tren.

Así es que las ruedas de la locomotora eran endentadas, y endentados también los rieles que las sustentaban. ¡Quién al ver estos modestos principios, hubiera podido descubrir en ellos los resultados que ahora palpamos!

Molido y trasnochado en los pesados carromatos de la poderosa empresa de coches Lafitte y Caillard, llegué a Burdeos en los últimos meses de 1830, en busca de embarcación para volver a Chile.

La ciudad de Burdeos, situada en la margen septentrional del tranquilo y profundo Garona, río de origen español, que después de un curso navegable de más de cien leguas entra al golfo de Vizcaya con el nombre de Gironda, dista veinticinco leguas de la desembocadura de esta preciosa vía fluvial.

Esta ciudad, cuya población en la época a que me refiero alcanzaba a cien mil almas, era entonces tenida por una de las más ricas, importantes y mercantiles de Francia. En el irregular trazado de su planta no escaseaban hermosas plazas, espaciosas calles, jardines y paseos públicos, entre los

cuales lucían sus históricos restos un anfiteatro romano y los escombros del palacio de Galiano.

Poseía además, el mejor y más hermoso teatro de Francia y aquel mentado puente con sus diecisiete ojos y sus tres cuadras chilenas de largo, construído sobre las aguas navegables del Garona. Por lo demás, este puerto, que podía abrigar más de mil naves, y que estaba dotado de muelles, de vastos almacenes de depósito, de astilleros de construcción y de cuantos recursos reclaman la navegación y el comercio, contaba también, para hacer su residencia más grata, con un hermoso cielo y con cuantos establecimientos reclaman la beneficencia, el culto, las ciencias y las artes en todo centro civilizado.

Siendo el vino una de las principales riquezas del Mediodía de la Francia, y Burdeos su factoría central, lo primero que se le ocurre al viajero es visitar los viñedos, los principales centros de elaboración y, sobre todo, las bodegas de depósitos y de manipuleos especiales, que siempre se ocultan a los ojos indiscretos del curioso. Después de visitar con suma detención durante un mes entero los distritos viñeros, cuyos licores se exportan por Burdeos, y de enterarme de cuantos datos estadísticos me cayeron a la mano, confieso que no pude darme cuenta de cómo una producción tan bien contada que, aunque grande, no era posible que alcanzase a satisfacer las necesidades del consumo puramente francés, podía desparramarse inagotable por cajones, por barriles y por cargamentos enteros, hasta en los más recónditos rincones de la tierra.

¿Quién, sino un iniciado en los misterios de aquel *conditura vinorum* de los antiguos romanos, podría dar solución al problema de sacar en limpio el cómo, siendo tan contadas las buenas marcas de vinos de Medoc, no hay rincón de la tierra, por obscuro y desconocido que sea, donde no figuren muy orondas, sobre la mesa del rico que tiene relaciones con Europa, botellas de Lafitte, de Margaux o de Latour; siendo así que esos mentados licores por su escasa cuantía, ni siquiera humedecen los labios de infinitos bebedores europeos que quieren y pueden comprarlos por caros que ellos sean?

Chateau Lafitte ni siquiera propiedad francesa alcanza a ser, pues pertenece a Mr. Samuel Scott, que conduce a Inglaterra cuantos toneles de vino producen las setenta y cuatro hectáreas de viña que tiene esa propiedad. Chateau Margaux es propiedad del rico banquero Aguado, a quien enamoran los europeos para que no los deje sin parte del vino que producen sus ochenta hectáreas de viña aún no acabadas

de plantar; y Chateau Latour sólo produce en años abundantes, cosa de ciento diez toneles de vino.

Quiso la fortuna que topase en Burdeos con un discípulo de colegio, dependiente a la sazón de una poderosa casa exportadora de vinos, la cual, como todas las de su especie, blasonaba de ser la única que lo exportaba legítimo. "Ten presente, me decía mi ingenuo condiscípulo, que en Burdeos no hay ni puede haber legítimos vinos sobrantes para exportar, sino el muy malo, producido por malísima calidad de cosechas, o el falsificado, que tiene tanto de hijo de uva como yo de caballo frisón. Para las tragaderas de los potentados de Francia y de Inglaterra no basta todo el vino bueno que se cosecha en el Mediodía de la Francia; pero no tengas cuidado por esto, que para ese déficit y proveer al extranjero, aquí estamos nosotros. No hay cosa, agregaba, que tenga jugo más o menos azucarado, que no sirva para hacer vino, y así como los ingleses tienen en sus lecherías la bomba del pozo que llaman *vaca negra*, cuya agua les sirve para aumentar la leche que envían al mercado, nosotros tenemos aquí la azúcar, la miel, la pera, la manzana, la raíz azucarada, y de tarde en tarde, admírate, hasta racimos de uvas, para hacer y aumentar nuestros vinos. Olor, sabor, colorido, todos son objetos secundarios, habiendo esencia de moscatel, flores de saúco y de parra, frambuesas, campeche, tornasol, laca carminada, y otras zarandajas por este estilo".

No se crea por esto que el vino artificial siempre sea más nocivo que el vino natural. El vino artificial es menos nocivo, con mucho, que el vino natural, cuando éste, por su mala calidad, requiere condimentos minerales para enmascarar su acidez. Por estas y otras razones se comprende el porqué de las ingeniosas tretas del caballero de Jacourt y el de las no menos admirables, aunque antiguas, del célebre Baccius en su *Naturi vinorum historia*, publicada en Roma por los años 1596.

Pero a mí no me maravillan las falsificaciones; porque tanto en física cuanto en moral, lo malo que no parece bueno no se vende; lo que me maravilla, lo que me saca de juicio es observar el aire doctoral y satisfecho, la gravedad sin par con la que muchos de los más supuestos preciados conocedores de licores, sorben y saborean tragos de vino artificial, ponderándole ante sus convidados como *grave pur sang* y exhibiendo además, para mayor abundamiento, la marca, el sello de la botella, y hasta la carta-guía de la acreditada casa que remitió el licor.

El vino falsificado, o más bien dicho, el arte de falsificarle, nació el mismo día en que nació la parra. Los grie-

gos saturaban con agua del mar su mentado vino de Chios, tan apreciado por los romanos; y hasta el buen Catón, según Plinio, llegó a falsificar vino con tanta perfección, que se la pegaba a los mejores mojones de su época; ¡y esto que se llamaba Catón! ¡Calcule ahora el prudente lector, cuanto más no hubiera hecho si se hubiese llamado Lafitte, Margaux, etc.!

En mis correrías por los distritos viñeros tuve ocasión de atravesar con frecuencia parte de los grandes arenales que por allá llaman *landes,* y que tienen alguna semejanza con los que se forman en Chile en las inmediaciones del desagüe de los ríos en el mar, como en Talcahuano, en Boyeruca y en algunos trechos que forman parte de las riberas del Bío-Bío. Esta clase de arenales, cuyas arenas movedizas no sólo no se prestan al cultivo, sino que, impulsadas por el viento, invaden e inutilizan cuantos terrenos cultivables están en sus inmediaciones, y que se consideraban no hacía muchos años en Francia como enteramente inútiles, son en el día, allá, una verdadera fuente de riquezas. La industria agrícola ha logrado vencer la instabilidad de las arenas; y ha encontrado, además, árboles útiles que se placen en ellas.

No dudo que lo que se hace en Francia, en las *landes,* pudiéramos hacerlo nosotros con igual provecho en nuestros arenales.

Sencillísimos son los procedimientos para fijar y utilizar las arenas movedizas. Comienza el landés por establecer un cierro que impida todo tránsito por sobre el arenal que quiere utilizar; nivela después a la ligera, por medio del rastrillo, las desigualdades del arenal, y en la época oportuna desparrama sobre ese suelo y tapa con rastrillo de dientes cortos, el residuo de la limpia de los trigos, mezclados con gramas de poco precio, a razón de ocho hectólitros por hectárea. Estas semillas, que no tardan en nacer y en adquirir muy regular desarrollo, puesto que la grama siempre lo adquiere, aunque sea sobre una mota de algodón humedecida, forman con sus raíces entrelazadas una verdadera alfombra, cuya trama, si no la rompe el pie del animal, impide por completo la instabilidad de las arenas, mientras cobra vida el árbol que se planta en ellas. Los landeses, quienes para no enterrarse en aquellos inmensos arenales andan sobre enormísimos zancos, plantan en seguida sobre el sembrado aquella clase de pino marítimo que se llama pequeño y que se distingue por sus hojas unidas, largas y tenues.

La plantación del pino se hace en cuanto terminan las operaciones de las siembras; y el arbolito, como de un metro de altura, nacido y cuidado anticipadamente en almácigas,

se desarrolla admirablemente en el arenal. Con estas plantaciones logra el landés el triplicado beneficio de dar consistencia y feracidad a unos arenales que por muchísimos años fueron considerados como inútiles; de proporcionarse abundancia de combustible y de maderas de que antes carecía; y por último, de echar al comercio los grandes acopios de resinas que producen los pinos con sólo arrancar a su tronco tiras de cortezas en el sentido de su largo, y colocar al pie de ellas tiestos para recibir la savia resinosa que fluye de estas heridas.

Aunque varias veces he vislumbrado la protectora acción del ángel tutelar que parece velar sobre la conservación de mis días, nunca he visto más patente la mano de la Providencia que cuando emprendí mi viaje de vuelta hacia mi patria en los últimos meses del año 1830.

Tres buques se encontraban en Burdeos enterando su carga para salir para Chile: la *Petite Louise,* el *Newcastle* y el *Carlos Adolfo.* El capitán del primero, sin la menor atendible razón, me negó, con la más terca obstinación, el derecho de ocupar un buen camarote a bordo de su buque, y fueron tales sus groseras maneras de comportarse conmigo cuando fuí a examinar las comodidades de la barca, que muy a pesar mío me vi en la precisión de trasladarme al *Newcastle.* El capitán de esta otra embarcación, que parecía vaciado en el mismo molde que dió forma humana a su desconocido colega de la *Petite Louise,* me salió con un despanzurro tan idéntico para negarme un camarote que, sin ser el mejor de todos los del buque, pretendía yo ocupar, que puede decirse me despidió de a bordo. Amostazado con estas injustas exclusiones, puesto que nunca traté del tanto más, cuánto del valor del pasaje, me dirigí al *Carlos Adolfo,* cuyo capitán Ticaut, tipo de la más cumplida educación, no sólo me cedió el camarote que yo escogí, sino que alcanzó a ofrecerme el suyo propio, si en el curso de la navegación llegaba yo a enfermar.

Salieron los tres buques a un tiempo de Burdeos y casi al mismo tiempo llegaron a las Canarias; y desde entonces hasta ahora no se ha vuelto a saber más de aquellas dos embarcaciones, ni de sus inhospitalarios capitanes.

Zarpamos de Burdeos en los primeros días de septiembre, y después de navegar por las tranquilas y profundas aguas de la Gironda, cuyas márgenes, ya cultivadas, ya cubiertas de espesísimos bosques de pinos y alcornoques o ya de áridos y de movedizos arenales, forman un variado panorama, no tardamos en perder de vista la imponente torre o faro de Cordovan, que ilumina la entrada de aquella po-

derosa vía fluvial, y poco después nos encontramos surcando el conmemorado cuanto temido por sus borrascas, golfo de Vizcaya. Parece que los tres buques que dejo nombrados perseguían el mismo propósito de completar su carga fuera de Francia, puesto que navegando como en convoy con sólo dos días de diferencia, soltaron sus anclas en Santa Cruz de Tenerife, que es una de las más notables islas del conocido grupo de las Canarias en las aguas europeas del Atlántico.

Estas islas, que en los antiguos y fabulosos tiempos dieron tanto sobre que divagar a Platón con sus famosas *Atlántides*, que sólo comenzaron a ser conocidas desde que al membrudo Hércules se le ocurrió, a fuerza de empellones, abrir paso al mar Mediterráneo al través del estrecho Gaditano, fueron bautizadas después con el nombre de Espérides, y en seguida y por mucho tiempo con el de Afortunadas, pueden considerarse, tanto por su benigno cielo cuanto por sus riquísimas producciones agrícolas, como una de las muchas joyas que adornan la corona de Castilla.

Consta el grupo volcánico de las Canarias de muchas islitas. Una de ellas ostenta el afamado pico de Tenerife, tenido hasta el año 1765 por la montaña más elevada del mundo, y por causa única de aquel terrible terremoto que, estremeciendo las islas circunvecinas, duró desde el 24 de diciembre de 1704 hasta el 5 de enero del año subsiguiente: y otra que, llamada isla del Fierro, ha gozado, y sigue gozando aún para muchos geógrafos, del privilegio de ser considerada indispensable como punto de partida para un meridiano universal. No hay fruto tropical que no se encuentre en ellas, y quien quiera saborear el malvasía, haría mal en comprarlo en otra parte.

Seis días después de abandonar las islas Afortunadas y de dar el último adiós a la *Petite Louise* y al *Newscastle*, que me habían negado en Burdeos hospitalario pasaje, nos encontramos luchando contra la forzada inmovilidad que la calma de la zona tórrida impone a los buques de vela.

Fritos con el calor de los rayos solares, estuvimos largos días sin esperanza de la más leve brisa para salir cuanto antes de unas aguas que por su quietud, por la multitud de plantas marítimas que las cubren y hasta por sus visos aceitosos y metálicos, más parecen charcos detenidos que verdaderos mares.

Sin embargo, para el viajero que no considera el viaje como parte perdida de su vida, y que por lo mismo no quiere que se sustraigan esos días de los que tiene que vivir, los mares intertropicales, a pesar de sus molestas calmas, tienen también sus gratos atractivos.

Nada más grandioso ni más imponente que el aspecto del cielo después de puesto el sol en aquellos abrasados horizontes. El crepúsculo vespertino, que no dura menos de media hora cada tarde, es una inmensa y fantástica cortina de vivísimos colores, que alzándose lentamente sobre la iluminada base del océano, exhibe a los ojos atónitos del observador tan caprichosas formas, tantos matices de suave y atrevido colorido, y tantas orlas de púrpura y de oro que nacen, se extienden, se recogen y vuelven a aparecer cuando menos se lo espera, que sólo la imaginación, mas nunca la paleta del más afamado pintor podría reproducir.

El mar, aunque dormido y cubierto de sargazo, no carece tampoco de atractivos. Cardúmenes de doradas iluminan con frecuencia los costados de las embarcaciones con los reflejos del sol sobre sus doradas escamas. El precioso pez conocido con el nombre de bonito, persiguiendo con la rapidez de un rayo a los pececillos voladores, puebla el aire de bandadas de estos pobres fugitivos, que caen desatinados y dando saltos sobre la cubierta de los buques, donde encuentran en medio de la algazara de las tripulaciones, la misma muerte que pretenden evitar, ya huyendo de la voracidad del pez que los persigue, ya del pico de las aves marinas que los cazan al vuelo. De vez en cuando aparece por la popa del buque algún espantable tiburón, que, siguiendo sus aguas, a unos horroriza y a otros entretiene, y que casi siempre concluye su visita atravesado con un harpón sobre la cubierta de la nave.

El sargazo mismo que se extrae del mar y se arroja sobre la cubierta para observarlo mejor, es un tesoro para el naturalista por la multitud de curiosísimos pececillos, jaibitas y moluscos que viven en él; y como todo es aquilatado en las regiones tropicales, donde hasta las moscas suelen ser venenosas, las raíces que a manera de hebras de seda rosada penden de las babosas llamadas galeras, queman el cutis con tal intensidad, que muchas veces los curiosos que manosean el sargazo salen dando gritos o echando votos, por habérseles enredado en los dedos esos hilos endiablados.

Poco a poco y a fuerza de paciencia y de no malograr la menor brisa, salimos de nuestro atolladero y entramos en una región más frecuentada por los vientos, hasta llegar a la altura de Montevideo, desde donde aumenta un tanto su intensidad, que puede decirse que del extremo de la quietud y del calor saltamos a velas llenas al extremo del movimiento y del frío desapacible.

No sólo de los terrenos bajos de la desierta Libia arrancan furiosos huracanes; de las dilatadas planicies de las pam-

pas patagónicas por una análoga consecuencia física, se lanzan también con frecuencia tan terribles vientos sobre los mares que bañan sus costas orientales, que el solo nombre de *pampero* hace estremecer a los marinos. Sorprendidos por uno de esos molestísimos ventarrones, corrimos a palo seco un deshecho temporal durante nueve días consecutivos, y cuando estábamos en lo mejor, para colmo de angustias, nos anunció el capitán que estando nuestra provisión de agua muy menoscabada, era preciso que nos sometiésemos a la más estricta ración. Autorizónos a consumir el vino que quisiésemos, con tal que no tocásemos el agua; y esto, que al principio causó más bien regocijo que tristeza, no tardó en aumentar la desesperación que causa la sed, porque es menester tenerla que sufrir sin apagarla para darse cuenta del sacrificio que esa calamidad impone. En los cortos momentos que el crujir del buque y sus balances nos dejaban dormir, soñábamos con ríos y con lagos de agua dulce, del propio modo que cuando se sufren los efectos de la pobreza, se sueña con rimeros de oro. Para aumento de nuestra desesperación, veíamos el horizonte cubierto de chubascos, cuando ni una sola gota de agua caía sobre nuestra cubierta. Al séptimo día de martirio, la suerte, apiadada de nosotros, descargó sobre el *Carlos Adolfo* y sus sedientos pasajeros el más bienvenido y copioso de todos los diluvios. Pronto se tendieron las toldetas, se echaron balas de cañón en varias partes para formar embudos en ellos, se acomodaron mangas en los enormes chorros que despedían; y nosotros todos, de capitán a paje, enteramente desnudos, porque necesitábamos beber agua hasta por los poros del cuerpo, en menos de tres horas llenamos sesenta barricas de ese jugo de la vida, nunca con tanto entusiasmo festejado. De veras que causaba risa vernos llenar de agua para guardar hasta las vasijas confidenciales de nuestros camarotes, por temor de encontrarnos en otra sequedad.

Se observa en las aguas del mar, por embravecidas que se encuentren, un fenómeno singular cuando cae sobre ellas algún fuerte chaparrón; la cortina de agua que se forma en la atmósfera al llover, contiene el viento, la ola deja de romperse con sus estrellones, y el mar queda sin espumas aunque levantando y bajando siempre sus imponentes colinas de agua.

Como el agua que bebimos fué tanta, y tanta la cargazón de alquitrán que ella tenía, porque tras de recorrer la jarcia había pasado por velas alquitranadas, resultó que aún no habían recobrado los Adanes sus vestidos, cuando al general contento sucedió la escena del más ridículo desconsuelo

Deplorables fueron, sin duda, los efectos de tal agua alquitranada, pero muy provechosa para la salud de los compungidos navegantes.

Prosiguiendo con tiempo menos borrascoso en demanda de los mares del Cabo, tuvimos la desgracia de encontrarnos en la boca meridional del estrecho de Lemaire con el más violento y contrario noroeste. Contrariados también allí por una tenaz llovizna y por una espesísima neblina, sufrimos largas horas el temido embate de aquellas montañas de agua en vez de olas, que siempre ostentan los mares australes, cuando los agita un viento huracanado. Sin embargo, a los cuatro días de una lucha tenaz, doblamos el Cabo, pero como estaba escrito que aun no habíamos de descansar, íbamos ya perdiendo de vista al oriente la isla de Diego Ramírez, últimos restos de las despedazadas cordilleras de los Andes en aquellos tormentosos lugares, cuando un esfuerzo repentino del viento tronchó la verga de nuestro palo mayor y la arrojó con tanta violencia sobre la cubierta del buque, que turbado el timonel, casi nos pierde para siempre. Con su turbación embarcamos por la proa una ola que pasando como un torrente por sobre la cubierta, arrastró junto con dos infelices marineros, la lancha del centro y la cocina, causándonos además tantos destrozos que, junto con perder la esperanza que poco antes teníamos de llegar a nuestro destino, llegamos a perderla de salvar la vida.

Sin embargo, como el hombre en estos lances de su misma flaqueza saca fuerzas, a pesar de la entrada de la noche que vino a aumentar el horror de nuestra situación, se trabajó con tanto tesón, cuidando sólo de sostener a flote la barca, que al día siguiente, empujada por el viento y las corrientes del Pacífico, se encontró de nuevo tan al oriente del cabo de Hornos, que no nos fué posible pensar en otra cosa que en buscar una caleta hospitalaria donde poder reparar nuestras averías.

Dos días después de tan angustiosa situación, la firme aunque desmantelada *Carlos Adolfo* soltó el ancla en el abrigado puerto Egmont de las desiertas islas Malvinas.

¡Cuánto nos costaban en aquel tiempo los viajes a Europa, que son en el día simples paseos de recreo!

Nos aislamos, pues, en uno de los más espaciosos y cómodos puertos del mundo, y en él, gracias a la estabilidad de sus tranquilas aguas, y libres del zangoloteo, pudimos descansar, dormir con sosiego y reparar nuestras averías.

Las islas Malvinas, conocidas en el día con el nombre de Falkland, no son tres ni cuatro inútiles islotes buenos sólo para ser ocupados como punto estratégico en la boca de un

estrecho tan importante como lo es el de Magallanes; las islas de Falkland son un verdadero archipiélago, que cuenta por lo menos doscientas islas agrupadas en dos secciones conocidas con los nombres de grupo Oriental y de grupo Occidental. Las costas de las islas del primero son generalmente bajas, al paso que las del segundo están llenas de alturas y de poderosísimas rocas y ribazos que alcanzan una elevación de más de cien metros. No se encuentran en el archipiélago ni rastros de alta vegetación; pero, en cambio, sus ricos y abundantes pastos naturales se prestan, bajo un clima relativamente benigno, a la crianza de ganaderías, como lo manifestaban, cuando nuestra recalada, las muchas vacas y caballos silvestres que persiguieron a balazos los pasajeros del hacía pocos días atribulado *Carlos Adolfo*.

La existencia de animales domésticos en islas tan poco frecuentadas proviene de las muchas intentonas hechas por algunas naciones para adueñarse de ellas, alegando derechos que ninguna parece tener perfectos y claros.

Creen algunos que fueron descubiertas por Vespucio. Davis las alcanzó a divisar en 1592. Hawkins recorrió sus desiertas costas en 1594. Strong hizo algo más, pues ancló en el estrecho que separa las dos islas mayores del archipiélago en el año 1600.

La manía que tenían los navegantes del siglo de Cook, de dar nombres nuevos a cuantas islas encontraban en sus aventurados viajes, sin quererse acordar si esas regiones tenían o no ya nombres conocidos, es el motivo por que pocas islas llevan más apellidos que éstas. El viajero Cowley las llamó Pepys; Ricardo Hawkins, Virginia, para conmemorar la virginidad de la reina Isabel de Inglaterra; los marinos franceses de Saint-Malo, Maluinas; y otros las llamaron Falkland. Comoquiera que fuese, Bougainville fué el primer marino que tomó de ellas posesión a nombre de Francia, y el primero también que procuró establecer colonias en aquellos desiertos y fríos parajes, fundando en 1763 la de San Luis.

La Inglaterra, que con razón o sin ella, consideraba suyas aquellas islas, al ver semejante detentación, tomó, sin más esperar, posesión de ellas, se estableció en puerto Egmont y exigió que los franceses entregasen el dominio disputado al capitán Mackride, lo cual visto por España, que ya miraba de reojo que cada cual quisiese apoderarse de lo que legítimamente le pertenecía, por formar aquellas islas parte integrante de sus posesiones americanas, asumió tan amenazadora actitud que no sólo los ingleses se hicieron a un lado, sino que los mismos franceses, contentándose con la devo-

lución de los gastos hechos en San Luis, dieron orden al mismo Bougainville para que al mando de la fragata *Boudeuse* pasase a entregar aquellas islas, con las ceremonias y cañoneo de costumbre, al comandante don Felipe Ruiz de la Puente, que al mando de las fragatas *Esmeralda* y *Liebre,* se entregó de ellas a nombre de la España el día 1.º de abril de 1767.

Mas, como los españoles tuviesen en América tanto y tan bueno que aprovechar, para cometer la simpleza de malbaratar brazos y riquezas por sólo el gusto de conservar lo que en aquel entonces nada valía, no tardaron en abandonar la colonia, cuyos restos notamos en nuestras correrías por las islas. Ya sabemos cuáles fueron las pretensiones argentinas al dominio de las Malvinas después de la lucha de la Independencia, como sabemos también el caso que hicieron de ella los ingleses, quienes, a pesar de las protestas de la República, tomaron posesión definitiva de las islas cuestionadas, en 1833.

A los nueve días de holgada y alegre residencia en Egmont, con viento fresco y cielo despejado emprendimos de nuevo la suspendida tarea de doblar, como dicen, el Cabo, la que verificamos con tanta dicha, que catorce días después soltábamos ancla en Valparaiso, a los ciento siete de nuestra salida de Burdeos.

CAPITULO VIII

Llegada a Chile.— El recién llegado.— El novel hombre de campo.— El fabricante de aguardiente.— El porqué del fracaso de nuestras fábricas.— El tendero.— El médico.— Primer ensayo de escritor público.— Consecuencias de llegar a ser rico de repente.— Contrabando de tabacos y de ganados por la vía andina.— A generoso, generoso y medio.

Si para el recién llegado de Europa, en el día, es tan triste y aun repelente nuestro actual orgulloso Valparaíso, antes de haberlo tratado con alguna intimidad, ¡qué no sería el año de 1830, con sus andrajosas quebradas, sus casuchos toreando la ola, en el reducido plan de tierra firme que mediaba entre el mar y los cerros, los solitarios buques que se balanceaban en la bahía, y aquella interminable calle o vía carretera, verdadera *villa del Covin*, que con sus desiguales ranchos y casuchas conducía desde el lugar que llamaban el puerto al pie de la antigua y conocida cuesta de Polanco!

El extranjero, para quien América significaba selvas seculares, bosques de palmeras, algazara de cacatúas y oro a mano, después de traslomar cuestas y más cuestas, encajonado, sin ver nada de todo eso, en aquellos vehículos digestivos de Loyola, que por lo saltones merecieron el nombre de cabras, llena de chichones la cabeza y los pulmones de polvo, entraba a Santiago por la interminable, sucia y desgreñada calle de San Pablo, que principiando por ranchos, *chicherías* y canchas de bolas, terminaba casi en la plaza principal de la ahora, a nuestro parecer, opulentísima capital de Chile.

Hay, sin embargo, un fenómeno que notar en el cambio, siempre seguro, de adverso en favorable, que sufren las primeras impresiones del recién llegado a poco de permanecer algún tiempo en nuestro Santiago. Las casas parece que crecieran en altura, y sus tejados, que al principio hasta se cree que amenazan los sombreros por lo vecinos al pavimento de las veredas, se elevan, sin saber por qué, a la más proporcionada altura.

El Santiago de entonces, como el de ahora, asustaba al principio para agradar después a todo viajero que, cerrando los ojos al salir de Europa, sólo los viene a abrir cuando llega a Chile.

Vuelto, pues, a la deseada patria, y henchido de aquella injustificable suficiencia que ostentamos siempre los recién llegados de por allá, metiendo en todo *ex cathedra* la mano, comencé por mirar de alto a bajo a los modestos y estudiosos jóvenes chilenos que, a fuerza de trabajo, estudio y contracción, trataban de compensar la falta que a los ojos vulgares les hacía un baño europeo. Y no sin causa, porque entonces todo recién llegado del mágico París, a más del necio orgullo que ostentan los que ahora llegan, contábamos con los atractivos que da la moda al corte de un vestido, con la grata sorpresa de aquel que oye hablar en francés a un *pehuenche* y con un caudal de portentosas descripciones, de chistosos galicismos, de muy variados y siempre elegantes nudos de corbatas y de no pocos nuevos pasos que agregar al baile de las cuadrillas. Teníamos, en fin, para muchas mamás y para no pocos bobos, todos los encantos de los trajes de moda recién desencajonados.

Mas, como la moda cambia siempre, por mucha bulla que ella haya metido al principio, sucedió que, pasado de moda el petimetre, con la contestación a la terrible pregunta, "¿cuánto tiene?", nadie volvió a acordarse más de él.

Vióse, pues, precisado el desvalido *dandy,* a los dos años del más deleitoso *far niente,* a buscar medios más sólidos de enterar la vida.

Esta resolución, para todos acto meritorio, no mereció la aprobación de la suerte, pocas veces Mecenas de los buenos propósitos, pues desde aquí comienza aquel rosario de contratiempos y de crueles tropezones, cuyas cuentas, no de oro, sino de burdo palo, sólo tocaré con las puntas de los dedos, por no ser mi propósito escribir la vida insulsa de un simple majadero, sino aquello que, relacionándose con ella, puede ofrecer algún resultado atendible y práctico.

Tan amigo de la vida independiente cuanto enemigo de todo lo que fuese someterme al obediente yugo de los destinos públicos, creí, como creen en el día muchos jóvenes pobres, pero enamorados, que con sólo tomar un fundo rústico en arriendo, sin más recursos que dineros prestados a corto plazo, con tal que abundase el deseo de trabajar, bastaba para meter en casa, juntamente con la esposa, la dicha y la riqueza.

Comencé por pagar a la *huasería* el forzoso tributo que siempre paga el novel campesino que endosa poncho por la

vez primera. Buenos caballos, estrafalarias monturas, crueles rodajones, machete, lazo, *pehual*, maneas, *copas de alegría* y *guampar*, con ribete de plata en las alforjas; olvidé el idioma de Cervantes por la jerga provincialesca; rivalicé con los más poderosos jinetes en el manejo del caballo y el lazo; madrugué antes que el lucero, trabajé como trabajan los machos de carga; me lloví; me asoleé; dormí en el suelo; y al cabo de dos años, por fruto de tanto afán, salió el afrancesado dándose a santo, con sólo lo encapillado y con dos años más de edad a cuestas.

Maltrecho, pero no desanimado, solicitó entonces de la perfección de una industria embrionaria en Chile, el desagravio de su agrícola malandanza, y planteó una fábrica de aguardiente a la europea, en el departamento de San Fernando. Mas, el resultado final de esta nueva empresa, si no fué idéntico, fué muy parecido al de la anterior; porque a fuer de chileno *pur sang*, tuvo que pagar nuestra común manía de no comenzar a hacer las cosas por el principio, sino por donde éstas deberían terminar. El progreso y la perfección no sólo no dan saltos, sino que presuponen la existencia de primeros pasos. El niño gatea antes de correr; el botín de charol, como lo he repetido mil veces, supone curtiembres y zapaterías, y éstas, fábricas de hormas, de estaquillas, y además, de manos, que comenzaron por hacer babuchas, siguieron por zapatos y concluyeron por botines. En mi fábrica de aguardiente tuve que ser fumista, alambiquero, broncero y tonelero juntamente. Una llave de pulgada y media de diámetro era un tesoro entonces, y por lo mismo, cuando se descomponía, ni por un tesoro se encontraba a tiempo otra que comprar.

Fracasó la industria alfarera en Chile, porque se nos ocurrió comenzar por lozas finas, cuando aun no habíamos salido del cántaro y del plato de Talagante.

Fracasó la fábrica de vidrios, porque en vez de comenzar por hacer botellas de vidrio común, se ha tenido la impertinencia de comenzar por vasijas finas y por vidrios planos.

Fracasó la de azúcar de betarraga, porque el fabricante tuvo que ser agricultor, y el producto, por ser chileno, refinado.

Lleva lánguida existencia la fábrica de paños, porque en vez de comenzar por ponchos, frazadas y jergones, nos dió el diablo por comenzar por casimires; y fracasó mi fábrica de aguardientes, porque en vez de contentarme con mejorar algo el cañón condensador, me metí a rasca; porque en vez de usar pailones hechizos, me lancé al delgadísimo alambi-

que francés, y porque en vez de hacer mejor *chivato*, me engolfé en el coñac, en el anisete, en el perfecto amor.

De aquí se desprende este verdadero y triste axioma: toda industria perfeccionada que se introduce en un país que carece de industrias rudimentales, lleva en sí misma el presagio de la ruina del empresario.

Por más que dijeren que el hábito no hace al monje, el resultado de mi fábrica está allí para probar lo contrario. Había hecho venir de Europa para el adorno de las botellas una guapa colección de vistosas estampillas, cuyos dorados arabescos guarnecían estas palabras: *Old Champagne Cognac*, y para que la ilusión fuese más completa, había hecho escribir sobre la portada de mi despacho, con gordas letras: *Importación directa*. Deseo, entre paréntesis, que no se me alboroten por esto, algunos de los muchos importadores directos del día creyéndose aludidos porque sólo en mi tiempo se pasaba gato por liebre, y en el día todo es puro París, o cuando no Burdeos.

A la sombra de esta túnica encantada caminó también la venta en los primeros meses, que llegado a insurreccionarse mi orgullo patrio, al ver que yo mismo estaba dando al extranjero una fama que sólo a Chile correspondía, eché al fuego las estampillas europeas, puse en la portada del almacén *Fábrica Nacional*, y en el rótulo de las botellas *Coñac*.

Cunaco y el diablo cargaron con cuanto había. Arrojado el hábito, arrojé sin saberlo la bondad de lo que vendía; pues tornado de bueno en malo, nadie se volvió a acordar ni del licor, ni del restaurador del patrio crédito industrial.

Fuí tendero después, y no dejé parroquiana a la cual, zalamero, sagaz y mentiroso, no tratase de endosar los huesos de la tienda persuadiéndola de que perdía plata en la venta y que sólo lo hacía por ser la favorecida quien era, con tal que no divulgase el secreto de una baratura tan ruinosa cuanto excepcional; mas cuando llegaba el caso de vender por mayor, entonces sólo *recobraba la virtud de sus fueros*. La verdadera factura iba a la caja; la que me sirvió para la Aduana, por ser ésta su único destino, había caminado ya para otra parte, y sólo aquella de abultados precios se mostraba a los ojos del comprador, a quien se le vendía por especial favor, *perdiendo plata*, al precio de factura.

Aunque de tendero a médico va trecho, mi afición a las ciencias naturales estrechó tanto la distancia que mediaba entre estas dos facultades, que así vendía zalamero y oficioso mis huesos tenderiles, como vendía grave y satisfecho de mi saber mis doctísimas recetas; cuidándome poco, como lo hacen muchos, de averiguar si ellas podrían o no tornarse en

verdaderos pasaportes para la otra vida. Si el enfermo se iba, los dolientes y el médico exclamaban: "los días son contados, ¡quién se opone a la voluntad de Dios!" Mas, si el enfermo, a fuerza de luchar contra los aliados médico y boticario, llegaba a sanar, como también sucede en los lugares donde hay médicos y protomédicos, nadie se acordaba de la voluntad de Dios, sino de la sabiduría del experto esculapio en cuyas manos se había puesto el venturoso enfermo.

A nadie cobré visitas, porque no tenía a mi disposición un protomedicato que apoyase mis arbitrarios precios; pero en cambio cobré ingratos, cosa que a los médicos recibidos no acontece, por la sencilla razón de que el vendedor de una especie sólo puede hacerse de enemigos, porque vende gato por liebre, pero nunca de ingratos. La ingratitud, como bien a las claras lo dice la palabra, sólo nace de servicios gratuitos, ¿y cuántos son los servicios gratuitos que en general dispensan a la doliente humanidad la mayoría de los esculapios, para que pomposos asuman como lo hacen muchas veces, el título de humanos por excelencia?

Pero no se me alboroten por lo que dejo expuesto los legítimos hijos de Hipócrates, porque la ciencia siempre ha ocupado para mí un lugar sagrado; y sólo aludo a los que, embozándose en ella, dicen que venden virtud, cuando sólo venden interesados servicios.

El médico en general, si busca nombradía, es más por el provecho pecuniario que de ella saca, que por simple gloria vana y sin substancia; y si con frecuencia se embosca tras de lo que llamamos humanidad caritativa, es menos por hacer obras gratuitas de misericordia, que por acertar el tiro de llenar los deberes que le impone el precepto: *la piedad bien entendida comienza siempre por casa.* Yo no los critico por lo que hacen — en su derecho están—, sino por el mérito moral que ellos atribuyen a sus actos y por lo que dejan de hacer para merecerlo. ¿Puede vivir el médico donde no haya enfermedades? ¿No son las enfermedades que afligen a la humanidad, el tesoro, la mina, el coche, el pan y la educación de los hijos del profesor? ¿Cómo es posible entonces que haya crédulos que se imaginen que el médico, que es hombre como todos los demás, trate de destruir o de disminuir dolencias, que son el tesoro, la mina, el coche, el pan y la educación de sus hijos?

Pero ya para digresiones basta y sobra con lo dicho.

El ocio del mostrador me hizo hojear libros; los libros medio renovaron en mi alma mi antiguo amor a las letras; y como no cabe enamorado de las letras sin garabatos, ni hay garabatos de esta calaña que no vayan al fin y al cabo

a rematar a la imprenta para pasar de allí a servir de envoltorio de drogas en las boticas, sucedió que, atribuyendo mis malas andanzas a lo errado de mi vocación, me sugirió el mal genio que me perseguía, la tonta idea de emprender la regeneración de mi escuálido bolsillo por el florido camino de las letras, y sin más esperar me metí a escritor público.

Para dar a mis primeros ensayos crédito y nombradía, quise echarla, como lo hacen los médicos, de hombre más ocupado del bien ajeno que del propio suyo, y remití a un diario santiagueño, de alguna fama entonces, un tremendo artículo, en el que se probaba hasta la evidencia que un cura campesino, de cuyo nombre no quiero acordarme, en vez de dar ejemplo a su grey de pureza y de honradez, estaba falsificando la firma del prelado para los efectos de cobrar mayores derechos que aquellos que designaba la tarifa parroquial.

Esperaba yo contento, tras mi molestoso mostrador, el título de *repórter,* o por lo menos, aplausos que me lo hiciesen merecer, cuando me llegó la noticia de que mi artículo había sido acusado, y pocos días después la de mi condena en primer grado, la cual me imponía una multa superior a mis escasas fuerzas. En vano me trasladé a Santiago, llevando por tardía justificación de cuanto había escrito contra el cura, un cascarón de la pared de la iglesia del curato en el cual estaba pegada la malhadada tarifa falsificada. El modesto y pundonoroso prelado, mi buen tío don Manuel Vicuña, cuya memoria venero a pesar de esto, oída mi doliente exposición, se contentó con apartar de su vista, con horror, el raro documento que yo le presentaba, y con despedirme, diciéndome:

—¡Hijo mío, no me pesan a mí tanto mis pecados, cuanto me pesa el que te hayan enviado a educar a Francia!

No hubo más que replicar; pagué, callé y me fuí con la música a otra parte.

¿Qué me quedaba que hacer? Pasado el primer aturdimiento, mi contrariada pero nunca vencida imaginativa no tardó en indicarme el camino de las minas. Me hice, pues, minero. Hice pedidos de vetas levantándome el falso testimonio de ser *minero de profesión,* como lo hacen tantos que no han visto minas en su vida, y echándome por esos cerros de Dios en busca de lo que no había perdido, ya me cansaba, armado de bonete y de culero, de tratar de resolver entre piques y frontones, adivinanzas a obscuras, cuando mi aviesa suerte, que no se cansaba de halagarme para volverme en lo mejor la espalda, me hizo encontrar en el obscuro fondo de un viejo laboreo de la mina del Sauce, en los cerros costinos

de la vieja Colchagua, esto que llaman los mineros colados un *¡asiento de candelero!* Aquí de mi alegría, aquí del justo presumir del contratiempo que con mi inesperada fortuna iban a experimentar cuantos, por pobre, me habían despreciado. El oro en todas partes es juventud, es talento, es hermosura; tenía yo, pues, motivos para congratularme.

En el fondo de la obscura y húmeda labor, en la cual se acababa de dar el último brocazo que me hacía poseedor de aquel tesoro sólo porque lo hice despejar, pasé y volví a pasar conmovido el humeante candil del minero por el frente de la roca cuarzosa cubierta de clavos y de venas de oro que parecían asegurar mi fortuna. Fué aquel un momento encantador, un sueño, pero no pasó de sueño. La riqueza no fué más que lo que estaba a la vista y apenas dió para los gastos.

En los primeros momentos del engañoso hallazgo, el barretero había contado a los apires de cómo el patrón se encontraba en un pozo de oro a mano; los apires le contaron a los peones, éstos a los pasajeros, los pasajeros llevaron abultadísima la noticia a Curicó, y ésta de un salto, con formas colosales, se trasladó a Santiago. Pronto comenzaron los regalos de los indiferentes, y las cartas hasta de mis más decididos despreciadores a ejercer su adulador oficio; puesto que, encontrándome sentado en la boca de la mina, triste y convulso por mi nuevo chasco, tuve el gusto de abrir algunas en cuyo final se leían estas textuales palabras:

"Espero que el exceso de su merecida fortuna no le hará olvidar a sus muchos y buenos amigos, entre los cuales ha debido usted contar en primera línea a este su afectísimo y seguro servidor".

He conservado las cartas en un libro de tapas negras con el título de "Desengaños".

En cuanto a los regalos de bizcochuelos y de pavos mechados mandados por personas que ni siquiera me ofrecían antes un cortés asiento, a medida que llegaban, los mandaba arrojar a la mina, diciendo al conductor por única respuesta: Que la mina daba las gracias al desinteresado remitente.

Terminada mi rápida fortuna como los cartuchos de los linajes de Cervantes, anchos arriba y en aguda punta abajo, bajé de las regiones del talento al antiguo reinado de despreciable tonto. Pobre además para poder emprender negocios compatibles con la independencia de acción que siempre he tratado de conservar, y sin más recursos que los que mi salud y mi notable actitud para sufrir fatigas corporales me proporcionaban, de acuerdo con algunos engorderos me lancé a las provincias argentinas, y en ellas, ya buscando ganados, ya sirviendo de intermediario entre los negociantes de

una y otra banda, vagué once años consecutivos sin más descansos que los que me proporcionaron un improvisado viaje a Francia y tal cual visita a mi olvidado Santiago.

Veintitrés pasos conozco en las cordilleras de los Andes; y por los más frecuentados por mí, donde puede decirse que vivía los veranos, no recuerdo las veces que he pasado. Fueron éstos, para mis asuntos de Salta, Catamarca, La Rioja y San Juan, los pasos de Antofagasta, San Guillermo, Doña Ana, No te duermas y Agua Negra; y para los de San Luis, Mendoza, San Carlos, San Rafael y los malales del Payen, en los desiertos patagónicos, los pasos del Portillo, Leñas Amarillas, Planchón, Maule, Longaví, Canteras y Chillán.

La práctica experiencia que mis correrías por los Andes me ha dejado, me induce a repetir hasta el cansancio cuán inútiles o por lo menos cuán inoficiosos son, para precaver el contrabando, los dichosos resguardos que los gerentes de la hacienda pública sostienen en los pasos o boquetes andinos, pues no hay uno solo cuya vigilancia no pueda ser fácilmente eludida. Cuando no puede evitarse el contrabando en poderosa escala, como sucede en Chile con el del tabaco, la razón económica sólo prescribe dos medios de precaver su inmoralidad: o rebajar los derechos hasta hacer más perjudicial que provechoso el contrabando, o suprimirlos por completo. Con el primer recurso se evita un gravamen sin compensación al comerciante honrado y se niega un premio dispensado, sin quererlo, al que no lo es. Con el segundo se protege una industria que ha muchos años debiera ser poderosa fuente de riqueza para Chile.

Antes de pasar adelante, quiero dejar aquí consignado un hecho presencial que ya puede, sin inconveniente, referirse, hecho que enaltece el corazón de uno de los más acaudalados, benéficos e industriosos hijos de Chile, y que agrega nueva prueba al axioma de la inconstancia de la fortuna, para autorizarme a repetir al desgraciado: ¡no desmayes!

Allá en tiempo de entonces y cuando el insigne minero don Zacarías Nikson trabajaba en Colchagua las minas de oro del mentado Millahue, alojaba no muy distante de los trapiches del opulento "gringo", en una modesta heredad, un honrado y silencioso caballero, blanco como yo, de los brutales tiros de la adversa suerte. Perseguido por sus acreedores de Santiago y obligado a malbaratar lo poco que le quedaba para honrar su firma, golpeó en vano este infeliz caballero las puertas de los Argomedo. Calvo y Rencoret, verdaderos Rothschild que monopolizaban las compras de ganados de la industriosa aldea de Nancagua, a fin de conseguir por los que arreaban un precio equitativo; porque entonces, en toda compraventa, el derecho de imponer condiciones sólo corres-

pondía al vendedor buscado y jamás al vendedor que buscaba, costumbre que, según entiendo, vive y reina aún en los retoños, como vivía y reinaba allá en los troncos. Nuestro apurado vendedor, colocado entre el salteo y la cárcel por deudas, no sabía ya dónde dar con la cabeza, cuando el acaso, padre de inesperadas soluciones, vino a abrirle, ya que no una puerta, siquiera una ventana por donde poder escapar.

Florecía entonces en Nancagua aquella simpática, conocida e industriosa señora doña Carmen Gálvez, cuyos incomparables alfajores paladeaban con encanto los provinciales de los conventos y acaudalados hijos de la culta Santiago. Esta señora, que por ser pobre era caritativa, dolida de las cuitas del atribulado vendedor de animales, le encaminó con una fina carta de recomendación al vecino fundo de Boldomávida, donde, según ella, residía un joven que, aunque afrancesado, tenía más corazón que cabeza.

Una mañana, después de darle vuelta al campo, porque no hay campos más dados vueltas que los chilenos, encontrábame pasando el sol en el corredor de las casas de Boldomávida, fundo que corría entonces a cargo mío, cuando acerté a ver que por la puerta del patio entraba, sobre míseras cabalgaduras, un huaso acaballerado seguido de un muchachito que parecía servirle de asistente. El que hacía de amo era un mozo más que sobresaliente, de mediana estatura, de pelo negro, de pálido semblante y al parecer de robusta constitución. Su vestido, bien que aliñado, no encubría la pobreza que en alto pregonaban el rocinante, los pellones de la montura y la ausencia de aquellas mentadas copas de alegría que, a la par con los enormes rodajones de las espuelas de plata, constituían entonces los arreos del huaso acaudalado. Fué el saludo del recién llegado más bien tímido que desembarazado; pero como entre el recomendado de la Gálvez y yo no cabía etiqueta, no tardamos, sentados en el mismo banco, en comenzar a departir como podían hacerlo antiguos conocidos. Contóme lo que le pasaba, díjome, además, que viéndoles algunos precisado a vender, aprovechando la ocasión se le ofrecían seis pesos por la vaca seca, siete por la parida, y por el buey nueve; que él no venía a pedirme más por su ganado, pues sólo deseaba, ya que era preciso sacrificar, que el sacrificio redundase más bien en favor de un modesto trabajador que en el de ricos descorazonados. Halagado cuanto conmovido, después de una corta pausa, le dije: ¿le parecerían a usted mal siete, ocho y medio y doce pesos? Señor, me contestó, eso es hasta más de lo que puedo desear. Pues, entonces, le dije, el ganado es mío; y como él se dispusiese a marchar por él, le supliqué que honrase mi almuerzo

con su presencia antes de todo. Hizose así, y como yo reparase que al acompañarme al comedor, vuelta la cara con cariño hacia su ayudante, le dijese: póngase por allí a la sombrita no más, que luego nos iremos; di orden al mayordomo de patio para cuidar de los caballos y para conducir al *niño a almorzar a la cocina*.

Quiero ser breve; entregado del ganado al día siguiente, tuve el gusto de regalar a mi extraño vendedor de animales un par de pantalones de ante, que aunque usados, podían pasar por decentes al lado de los de raído casimir que él traía puestos. Recibió mi amable huésped ese mísero regalo, con la demostración del más puro agradecimiento, y al darme el abrazo de su despedida, me pareció sentir sobre mi pecho los latidos de un corazón conmovido. Desde ese día le perdí de vista. Pasaron años y más años, y ya mi memoria no conservaba del tal vendedor de ganados ni el más mínimo rastro, cuando corriendo el año 1860 y estando yo firmando el despacho ordinario de la Intendencia de Concepción, llamóme repentinamente la atención tal ruido de asientos aportados y de corteses arrastraduras de pies que hacían los empleados subalternos en la vecina sala, que al preguntar incómodo lo que aquel movimiento significaba, vi a mi secretario que, saludando con respeto, introducía en la sala del despacho al opulento señor don Matías Cousiño. Yo que desde mucho tiempo antes de mi salida de Europa conocía de fama la importancia del papel que el señor don Matías representaba en Chile, me alzaba de mi bustaca para recibirle conforme a sus merecimientos, cuando él, con el más cariñoso: "permítame, señor don Vicente, que le abrace", me echó los brazos con efusión al cuello. Confieso que tan inesperada manifestación me dejó suspenso. ¿Cuándo he tratado yo a este amable caballero, para que así se manifieste conmigo? ¿Qué he hecho yo por él, dónde, cómo? ¿No habrá en todo esto alguna lamentable equivocación?

La misma incertidumbre refrescó mis recuerdos. Aquel emocionado abrazo cuya causa no atinaba a descubrir, no era el primero que, con calidad de idéntico, tenía recibido en el curso de mi vida; otro igual me había sido dado años antes por un pobre huaso a quien había yo regalado un par de pantalones usados de ante, en época para él angustiosa.

—Vengo quejoso contra usted, fueron las primeras palabras que me dirigió aquel Creso chileno, por sus riquezas y muy superior al romano por sus virtudes. Al natural, ¿por qué?, de mi solícita respuesta, me contestó con cariñosa seriedad: porque ya van para cuatro meses que usted volvió a Chile, y por no querer cobrarme lo que le debo, sigue usted, a pesar suyo, esclavo de los destinos públicos. — Válgame Dios, se-

ñor don Matías, repuse, ¿deberme usted algo a mí? — Y qué trascordado está usted, contestó; voy a ver si puedo refrescar su memoria; y cogiéndome amistosamente la mano, se expresó de tal modo, que me hizo reconocer, aunque con vergüenza mía, que yo fuí aquel de la dádiva de los calzones de ante y él el que los había recibido.

Excuso referir cuánto hizo, después de esta entrevista, aquel noble y agradecido corazón en obsequio del antiguo repartidor de ropa usada, para limitarme a decir que he considerado ineludible conmemorar este corto episodio de mi vida, para que pueda completarme con él el cuadro de las relevantes prendas que adornaron al incansable servidor de la industria y del comercio patrios, a don Matías Cousiño, para quien la presencia del que le conoció pobre, muy lejos de afrentosa, era un elogio, lo que nunca acontece entre vulgares corazones.

CAPITULO IX

Revoluciones.— Guerra de Santa Cruz.— Fusilamiento en Curicó.— Lo que cuesta viajar sin pasaporte.— A lo que expone una mentira aunque sea a tiempo.— Lance a San Carlos y mi fuga para La Rioja.— Riquezas naturales que se encuentran entre San Carlos y Famatina.— Momias.— Petrificaciones.— Chilecito de Famatina.— Comercio en Chile.— Precios de los ganados.— Tabaco y su contrabando.— Falsa designación de un solo tronco a las cordilleras.— Errores del geógrafo Napp sobre la elevación y base de los Andes.— Lo que vale pintar santos.— Desastroso regreso a Chile.

Mal hubieran cumplido los pueblos americanos con la mente que les impulsó a correr los azares de la sangrienta lucha que dió por resultado su emancipación política, si después de despedazar el yugo de Castilla hubiesen permanecido estacionarios.

Aquel grande acto aconsejado por la razón, por la justicia y por los más sanos principios de la ley natural, tenía dos forzosas fases: el triunfo en la lucha y la organización en la independencia; entidades ambas que debían completarse entre sí y formar juntas un todo indivisible.

Ya las repúblicas hermanas habían entrado de lleno en la segunda fase, aunque por una desgracia de sencilla explicación, ostentaban todavía el espectáculo conmovedor de desastrosas guerras intestinas, en las cuales luchaba cuerpo a cuerpo el patriotismo organizador más o menos exagerado contra las exigencias avasalladoras del patriotismo del soldado. Y no podía ser de otro modo, atendido el carácter y las tendencias generales del corazón humano.

Muy recién entradas en la carrera de naciones independientes, y sin más antecedentes preparatorios para ocupar con debida dignidad tan alto puesto, que aquellos que les dió el triunfo obtenido contra las tropas peninsulares, era natural que los victoriosos guerreros proclamados Padres de la Patria pretendiesen los honores de organizadores y aun de jefes supremos de los Estados que debían a sus esfuerzos su

temprana existencia. Mas, como los calificados militares eran tantos, y no fuese posible crear un Estado aparte para cada uno de ellos, ni mucho menos tardar más tiempo que el corrido entrar en pleno goce de las imprescindibles garantías sociales que aseguran al individuo, junto con la vida, la libertad y la hacienda, los pueblos, sin desconocer los méritos de sus guerreros, solicitaron de la toga y de la pluma lo que no les era dado conseguir de la rústica espada del soldado, por templada y gloriosa que ella fuese. De aquí la lucha fratricida que hasta ahora se perpetúa en algunos Estados republicanos, y de aquí los trastornos que todavían hacen creer a muchos ilusos europeos, que la voz República sea el genuino y único sinónimo de la voz Revolución.

El motín militar del Callao encabezado por Salaverry el año de 1835 contra el presidente Orbegoso, había atraído al año siguiente sobre el Perú la sangrienta intervención del Presidente de Bolivia, don Andrés Santa Cruz. Tiempo hacía que este jefe ambicioso y sagaz maduraba la idea de dotar al país mediterráneo que gobernaba, con una salida marítima que, poniéndole en contacto más directo con el mundo mercantil, facilitase el expendio de los ricos y variados productos de su precioso suelo.

Habíasele, pues, presentado propicia ocasión para el logro de sus deseos; pero, mal aconsejado por la ambición, tuvo el desacierto de elegir entre los muchos arbitrios de que siempre dispone un vencedor, el único que podía alarmar al vecino Chile, al ver que se alzaba de repente en su propia frontera el poderosísimo Estado que, con el nombre de Confederación Perú-Boliviana, resucitaba al antiguo Perú con todo el poderío que a su extensión y a sus riquezas les correspondía sobre los demás Estados del Pacífico.

Este motivo y otros, que por muy narrados por competentes plumas excuso repetir, ocasionaron la declaración de guerra hecha a Santa Cruz por el Gobierno chileno el 26 de diciembre de 1836, declaración a la cual el orgulloso boliviano contestó un mes después con la pública y solemne erección del nuevo Estado, cuya existencia rechazaba la política chilena.

Para consolidarle, conjurando al mismo tiempo la tormenta que le amenazaba desde el sur, contaba el astuto Santa Cruz con sus antiguas relaciones en Chile, con el descontento de los vencidos restos del partido pipiolo, y, sobre todo, con el indignado militarismo, al que el genio organizador del insigne hombre de Estado don Diego Portales había asestado, no hacía mucho tiempo, un golpe mortal. Con semejantes elementos de trastornos políticos en su propio seno, obligado Chile a recorrer en el extranjero los azares de una gue-

rra inesperada, para asegurar su amenazado porvenir, y a sostener a todo trance la paz en el hogar, nada tiene de extraño que el año de 1837 principiase su curso con los tristes atavíos de guerra en el extranjero, de estados de sitio y de consejos de guerra permanentes en el interior.

A Portales, a ese padre de la moderna patria, que por mal comprendido era entonces tan detestado cuanto venerada fué su memoria después hasta por sus más encarnizados enemigos, se debieron esas medidas de insólito rigor y de firmeza que aplastaron la hidra revolucionaria en cuantas partes se atrevió a alzar su antipatriótica cabeza.

Ese genio que pagó con sus riquezas y con su propia vida la merecida fama de que hoy goza, había exclamado en un momento de abnegada exaltación:—Si mi padre se metiese a revolucionario, a mi mismo padre haría fusilar. Portales nunca prometió hacer lo que no tenía ánimo de cumplir.

Estábamos, pues, en plena época de terror, cuando, dejando a mis sirvientes el cuidado de hacer repechar cordillera adentro los ganados que conducía a Chile desde San Luis, me adelanté para llegar a Curicó, capital de la antigua provincia de Colchagua, que gobernaba entonces en calidad de intendente, el conocido y eminente escritor americano don Antonio José de Irisarri.

Al entrar en la plaza principal de este pueblo, plaza que más parecía potrero que otra cosa por su desgreño, en la cual, como en todas las demás aldeas rurales de Chile, sólo se veía una pobre iglesia parroquial, una sucia cárcel, tal cual edificio de mezquino aspecto, y por todo adorno de su empastado piso, una angosta vereda de menudas piedras, que, formando crucero, así servía para evitar el fango del invierno como el polvo del verano, encontré tanta gente reunida, que, excitada mi curiosidad, no pude menos de detenerme a averiguar el motivo de tan inusitada concurrencia. Más me hubiera valido pasar de largo, pues nunca me imaginé que a mi llegada a Chile, lo primero que había de llamar mi atención fuese ¡un patíbulo! Observé con horror que la gente se agrupaba, mustia y silenciosa, al frente de tres banquillos que, custodiados por algunos granaderos, iban a servir en aquel instante de funesto y último asiento en la vida a otros tantos distinguidos caballeros que un implacable y brutal consejo de guerra había condenado el día anterior a ser pasados por las armas.

Conatos revolucionarios, que tal vez hubiera podido aniquilar la reclusión o el destierro, iban a llevar al patíbulo impulsados por la mano de hierro de esto que llamamos justicia humana, a los conocidos vecinos don Manuel Barros, don Faustino Valenzuela y don Manuel José Arriagada.

Al toque de las diez, la corneta del destacamento de granaderos, guardia privada del jefe de la provincia, anunció con su habitual y destemplado acento la llegada del momento supremo, y un instante después, cargados de grillos y rodeados con el aterrador aparato de costumbre, aparecieron en la portada de la cárcel las víctimas cuya muerte iba a anegar en llanto y cubrir con la negra túnica del luto a tantas inocentes familias.

Lleno de espanto y el corazón henchido de tristeza, piqué convulso los ijares de mi caballo, volví las riendas y me lancé al galope hacia la casa de Labarca; mas, aún no había llegado a ella cuando un estruendo de fusilería anunció al pueblo consternado el sangriento desenlace de este funesto drama.

Variados e incoherentes son los lances del tragicómico drama de la vida humana que con tanto afán representamos. Marchaba lleno de alegría a terminar un simple negocio mercantil, y tuve que atravesar, para llegar a mi destino, por entre el horror que infunde y las lágrimas que arranca el fúnebre aparato de un cadalso político. Cinco días después, sobre aquella espantable decoración y sus tétricos atributos, había ya caído otro telón que representaba la más imponente y virgen naturaleza. La inmensa meseta de los Andes, aquella blanca sábana de heladas alturas que se extiende dilatada y resplandeciente en la región del norte del elevado pico del Planchón, reemplazaba la estrecha y mustia plaza del atemorizado Curicó. La marcha acompasada del adusto soldado verdugo había cedido su lugar a las desordenadas carreras y encontrones de jinetes ocupados en apartar ganado, y el lastimero acento del sacerdote que exhorta a bien morir, a la grita atronadora y la algazara del diestro *huaso*, cruzando en su corcel como un celaje tras el ganado bravío, las libres planicies de la sierra. ¡Así va el mundo! Los lances suceden a los lances, y tras éstos llegan otros nuevos, hasta que carga al fin con el cómico y con el espectador, quien carga siempre con todo lo creado.

En la época a que me refiero, aún no se habían habilitado los boquetes cordilleranos del sur para la libre internación de ganados argentinos. Aquellos que se importaban, que eran, sin embargo, muchos, porque son siempre inútiles las prohibiciones que pueden eludirse sin peligro, se traían a hurto de la autoridad local. Al vendedor, que nada tenía que hacer en Chile, incumbía poner las reses en cargadero, y al comprador residente, el correr con lo demás.

Terminadas el 20 de abril mis operaciones de vender ganados en los corralones que forman las antiguas lavas del Peteroa, dejé mi gente a los compradores para que les ayudasen,

y acompañado de un solo sirviente, emprendí apresurado viaje hacia el boquete de las Yaretas, para que la primera nevazón tempranera que, cerrada y obscura, se extendía amenazadora sobre aquellas áridas alturas no me cerrase el paso; y ya pisaba contento las primeras aparragadas verduras, que como manchas se encuentran aquí y allí diseminadas en las faldas orientales de la cordillera, cuando vino a turbar y a cortar el hilo de mis alegres ilusiones mercantiles el aspecto de cinco *sabanillas lacres,* guardias volantes de los volantes resguardos de ultra cordillera. Eran en general los tales sabanillas lacres, llamados así por usar vestuario de bayetilla de color simbólico de sangre, los soldados federales de San Juan y de Mendoza, tunantes de tomo y lomo, cuya arbitraria jurisdicción en aquella época los hacía tanto más temibles cuanto más distantes se encontraban de los centros de población.

Acercáronse a mí armados de lanza, y cuando les dije que iba a Chile, me pidieron el pasaporte. Desgraciadamente, la impresión que me habían dejado en el alma los recientes fusilamientos en Curicó, los cortos instantes que estuve en Chile, y, sobre todo, la urgencia de despachar mis ganados antes que me sorprendiesen las nieves, ni siquiera me habían dado lugar para pensar en solicitar de las autoridades chilenas tan estúpido papelucho: y esta omisión de trámite, no sólo vino a concluir con todas mis ilusiones, sino que llegó a estar a punto de hacerme perder la misma vida.

No sólo en Chile reinaba la época del terror por causas políticas. La desconfianza y el asesinato, la inseguridad y el patíbulo, eran en las provincias argentinas la peste asoladora que, alimentada por el fogoso espíritu de los dos opuestos partidos, Unitario y Federal, todo lo avasallaba; y si en Chile revestían los patíbulos togas legales, raras veces se dispensaba en la otra banda a la brutal cuchilla del verdugo ese triste disfraz.

Los horrores de aquella guerra fratricida habían obligado a buscar asilo fuera del país a multitud de calificados argentinos, los cuales, pugnando, como era natural, por volver a su patria, no perdonaban ocasión de hostilizar a sus perseguidores políticos, ya con sus escritos, ya con sus intrigas, o ya con cuantos medios les permitía echar mano la impotencia a que estaban reducidos.

Era, pues, preciso pisar muy precavido en aquellos terrenos, porque de la sospecha a un mal juicio, y de éste al patíbulo o a la completa confiscación de bienes, no había más que un solo paso.

Rosas, cuyo poder había quedado sin contrapeso con la violenta muerte de aquel Quiroga que por sus atrocidades me-

reció el nombre de Tigre de las Pampas, sólo había conservado al frente de cada una de las provincias o Estados sobre los cuales ejercía su dictatorial poder, a los más ciegos y feroces instrumentos de su absoluta voluntad, y en Mendoza, bien que con el especioso título de general de la frontera del Sur en San Carlos, gobernaba Aldao.

Era éste aquel terrible y obeso fraiión franciscano cuyo sanguinario arrojo había a todos espantado cuando, en calidad de segundo capellán del ejército de los Andes, al mando del general San Martín, se presentó al coronel Las Heras, bañado en sangre vertida por su propia mano en el encuentro de la Guardia Vieja, camino de Uspallata.

Sátiro arrojado y brutal en sus primeros años, granadero feroz y sanguinario después, un verdadero amor, ¡quién lo creyera!, había dominado a aquella fiera, y tranquilo, aunque mal casado, hubiera permanecido en Chile si, según lo he oído de su propia boca, la curia eclesiástica no le hubiese lanzado de nuevo en aquel mar de aventuras, en el que había consumido ya los dos primeros tercios de su borrascosa vida.

La vejez, cuando ocupó el mando de la frontera del Sur, había ya gastado su energía, y trocado en el año de 1837 aquel valor de probado granadero, que a todos espantaba en sus primeros tiempos, en la timidez de la más injustificable cobardía. Temía que le asesinasen; de todos a un tiempo desconfiaba, y era contado el desconocido en quien no creyese divisar un unitario.

Puede deducirse el mar de apuros en que la falta de pasaporte me lanzaba, por el conocimiento que tenía del terreno en que pisaba; mas de éste, como de tantos otros peligros que he corrido en el curso de mi vida, debían salvarme la serenidad y el conocimiento del corazón humano, que iba haciéndoseme ya familiar.

Dije a mis colorados que era chileno, negociante, que mi pasaporte venía sobre la ropa del baúl en la carga que dejaba atrás, por creer que sólo lo necesitaría en San Carlos, donde pensaba alojarme; que si dudaban de mi verdad, porque vi que efectivamente algo sospechaban de ello, allí les entregaba mis llaves para que en cuanto llegase mi carga se persuadiesen de que no tenía por qué engañarlos; que yo entre tanto proseguiría a San Carlos, con tal que ellos me hiciesen el favor de no demorarme el macho.

La ocasión de hacerse de algo de lo ajeno contra la voluntad o el conocimiento de su dueño, no era para desperdiciar; a lo menos así lo alcancé a traslucir por ciertas guiñadas de inteligencia que se hicieron entre ellos aquellos honrados militares. Mas no son tan sencillos los cuyanos como suele parecer. Impusiéronme, pues, arresto, bajo la custodia de

dos de ellos hasta la llegada de la carga, y los tres restantes, sin acordarse de devolverme mis llaves, prosiguieron por la senda que acababa de dejar, a seguir cortando, según ellos dijeron, nuevos rastros.

Confieso que en el primer momento me creí perdido. Yo no andaba con carga ni con cosa que se le pareciese. En mi montura llevaba mi cama, y en las alforjas y maletas ligeras, llevábamos, mi sirviente y yo, el resto del equipaje. ¡Adónde podía, pues, conducirme mi imprudencia! ¡Adónde mi improvisada mentira! Era evidente que a poco andar habían de volver despechados aquellos fariseos y también que mi asunto ya no tenía compostura. En este aprieto y apurando el tiempo, no me quedó más recurso que buscar en los ojos de mi fiel Manuel un amparo que ni por asomos vislumbraba en mi turbación. Manuel me comprendió; y una botella de excelente anisado que sacó de las alforjas para matar mejor el tiempo, no tardó en hacer expansiva y cordial la conversación entre los cuatro interlocutores, que un mal acaso tenía reunidos en aquel desierto.

Manuel Campos, abnegado sirviente mío, no era hombre vulgar. Hijo de los minerales de Apalta y antiguo salteador en los cerrillos de Teno, fué Campos aquel atroz bandido que dió tanto en que entender a Urriola, Intendente de Colchagua, para librar a su provincia de semejante bárbaro; era además sagaz contrabandista, y el más diestro *baquiano* de cuantos florecían entonces entre el mentado Chilecito de La Rioja y los malales de San Rafael, en las pampas patagónicas. Habíale yo salvado la vida, sin conocer quien fuese, en un angustioso trance, y este servicio que hasta las fieras agradecen, había obrado tal transformación en las tendencias de su extraviado corazón, que, sin dejar de ser feroz y atrevido para con todos los demás hombres, era suave, cariñoso y hasta cobarde para conmigo.

Llegados los alegres bebedores al término de echar bravatas y de contar proezas, una expresiva mirada de Manuel me hizo echar mano a la pistola del bolsillo que siempre me acompañaba, y mientras él, lanzado como un rayo sobre su inmediato y desprevenido interlocutor, le oprimía derribado contra el suelo y le arrancaba el puñal, yo con ademán resuelto ofrecí a su sorprendido compañero una onza de oro o una bala por sus dos caballos ensillados. Excuso referir el espanto que se apoderó de estos dos infelices agentes del poder con un acto de agresión tan violento cuanto inesperado. Cerróse el trato por la onza de oro, y un momento después, porque no había un solo instante que perder, acollarados mis dos caballos de tiro y los dos ensillados que nos habían conducido hasta aquella ratonera, cabalgando sobre los *pilones*

que acabábamos de comprar, emprendimos la más violenta fuga que la necesidad de conservar los animales de remonta que llevábamos nos permitió adoptar (1).

Patentizóse de nuevo aquí adónde puede conducir un acto de la más insignificante impremeditación en ciertas circunstancias de la vida. La simple omisión del trámite del pasaporte me obligó a mentir, la mentira produjo mi arresto, el arresto casi me condujo al crimen, y el acto que dió margen a mi fuga, pudo haberme llevado hasta el patíbulo.

Puesta mi suerte en manos del sagaz Manuel, me limité a seguir sus indicaciones, que, por lo pronto, no fueron otras que las de no perdonar la espuela y el rebenque para alejarnos de aquel lugar, donde quedaron renegando los vendedores de caballos. Nos constaba que habíamos de ser activamente perseguidos por el rastro que dejaban las pisadas de nuestros caballos, y sabíamos también que estábamos en un país donde el arte del rastrero, sólo comparable con el instinto del perro perdiguero, había llegado a los términos de lo sublime; pues es fama, aunque parezca ridículo contarlo, que hasta si es viejo o mozo el perseguido, descubre por el rastro un buen rastrero. Mas, como contra esos siete vicios, como suele decirse, hay siete virtudes, mi buen Manuel, que no era en esta la primera vez que había sido perseguido, empleaba las que él conocía en cuantas partes encontraba ocasión propicia para hacerlo.

Cansados los *pilones* en que cabalgábamos con un furioso galope de cuatro horas por las perversas sendas y altibajos que median entre el pueblo o fuerte de San Carlos y los segundos escalones de la sierra, caminamos al tranco un cuarto de hora, hasta que dimos con el principal arroyo que se desprende de la cordillera para engrosar con sus aguas las del Tunuyán. Dentro del agua cabalgaduras y jinetes, sin salir de ella, saltamos a nuestras primitivas monturas, y ocultando el freno que tascaban cansadas las de los soldados, hicimos andar a éstas aguas abajo cosa de tres cuadras, hasta llegar a unas vegas, donde las abandonamos a su destino. De allí volvimos por el mismo camino y proseguimos aguas arriba, sin desviarnos del centro del estero, hasta que llegados a un seco pedrero que ningún rastro podía conservar, echamos por él y proseguimos siempre recelosos, pero con menos precipitación, nuestra marcha.

Sin más compañía que la del antiguo demonio, constituí-

(1) Llaman en las provincias argentinas, pilonar, cortar una oreja; y en Mendoza se *pilonaban* los mejores caballos del Ejército, como medio más eficaz de evitar, con la fealdad que produce la mutilación, el robo tan frecuente de caballos en aquella época.

do en aquel trance en mi ángel tutelar, ni más caballos de remonta que los dos que había traído de Chile, caminamos todo aquel día y parte de la noche, y sólo nos detuvimos a dar resuello a nuestros caballos cuando creímos muy dudoso que se nos alcanzase.

Sólo el tercer día de marcha se prendió fuego en nuestro alojamiento; al cuarto entramos en la provincia de San Juan, alojamos el quinto en Calingasta, aldea indígena de aquellos pobres andurriales, y aunque estábamos persuadidos de que Benavides, gobernador entonces de San Juan, era harto menos desconfiado y cruel que fray Aldao, no consideramos terminado nuestro aventurero viaje hasta no considerarnos en la casa del chileno Díaz, honrado minero de menor cuantía del pueblo Chilecito de La Rioja.

Nuestros alimentos hasta entonces, salvo la absoluta carencia de pan o de algo que se le pareciese, pues ya habíamos dado cuenta de la poca harina tostada que nos quedaba, no habían sido por fortuna escasos; sobre todo, desde que pudimos prender lumbre, porque no conozco país alguno que ofrezca con más espontaneidad que éste a la mano del viajero más medios de satisfacer el hambre. A esta feliz circunstancia, sin embargo, deben los hijos de aquellos casi desiertos territorios su desapego a los trabajos agrícolas, el desgreño de sus moradas y el carácter independiente propio del cazador, para quien es calzado un simple forro de piel de potro, el suelo cama y el *chiripá* cobija.

El huanaco se entrega a fuerza de ser novedoso; la vizcacha y la perdiz se cogen a palos; el *mataco* y el sabroso *peludo*, indefensos *tatús* que pueblan aquellos campos, no imponen al viajero más trabajo para ser cogidos que el alzarlos del suelo, ni necesitan, para ser cocinados, de más cazuela que las que forman las pequeñas escamas que los cubren. No hay morada, por pobre que ella parezca, donde no se encuentren con frecuencia, suspendidos al lado de su entrada, gordos cuartos de vaca o de huanaco que están a disposición del vecino o del viajero. Es tenido por chileno o por hombre mal criado aquel que procura remunerar con dinero la carne que generosamente se le ofrece.

Llegados, pues, a Chilecito, y colocados al abrigo de paisanos, que si son egoístas en su propio país, hacen siempre vida común en el ajeno, no me quedó por de pronto más quehacer que descansar de las fatigas de mi viaje y esperar la contestación a las cartas que escribí a Mendoza, para hacerme de los recursos que allí tenía. Mas, estaba visto que todo había de salirme mal en aquel año, porque ni cartas ni recursos me llegaron. Los deudores cancelan sus cuentas con

los muertos cuando no dejan documentos, y con los vivos cuando éstos son perseguidos.

Obligado entonces a variar el plan de mis negocios, resolví volver a Chile tan pronto como me lo permitiesen las nieves de la próxima cordillera; mas como no era posible que este viaje se perdiese del todo, mientras se abrían los pasos me contraje, ya a estudios y exploraciones que me pusiesen al cabo del partido que podia sacar un chileno activo negociando con Catamarca y con La Rioja, ya coordinando los apuntes y los recuerdos del viaje que a vuelo de pájaro acababa de hacer desde la frontera de San Carlos hasta La Rioja.

Pocos territorios conozco que sean más interesantes y que estén menos explorados que éstos, que un ingrato acaso me hizo recorrer desde el grado 20 hasta el 24 de latitud austral. Las riquezas minerales que entre estas dos latitudes encierra la larga zona del recuesto oriental de los Andes, desde la línea inferior de las nieves eternas hasta la base sobre que se alzan las segundas alturas de esta tierra son tales, que bastarían ellas solas, al abrigo de la paz, para asombrar al mundo minero con los tesoros que la pródiga naturaleza ha acumulado en ella. Posteriores correrías más al norte del grado 24, me han dado después a conocer que esas riquezas, lejos de terminar en él, parece que fueran en aumento, extendiéndose sin término por el territorio de Bolivia adentro

La carencia absoluta de aquella vegetación que constituye el adorno y la riqueza del recuesto occidental de los Andes, el aspecto metalizado de los cerros vestidos de los más variados y muchas veces resaltantes colores, entre los cuales predominan el rojo, el pardo, el negruzco, el azul, el rosado y el cenizo; la formación geológica patentizada con poderosísimos derrumbes y con los hondos cauces que abren los torrentes en los pequeños planes que le sirven de base; la vista de venas metálicas cuyos rodados cubren los caminos como si lo hicieran a propósito para mejor manifestarse; todo da allí a entender que, andando el tiempo, el virgen suelo de esas regiones para los trabajos agrícolas no será la única fuente de sus inagotables riquezas.

Sin, embargo, sobre esta muda pero rica naturaleza, sigue pasando hasta ahora como un celaje en pos del avestruz o del huanaco, el caballo del diestro cazador de las montañas, sin que sospeche siquiera, el que lo guía, los tesoros que pisa y deja atrás.

Sobre el recuesto andino que mira a Mendoza y a San Juan tuve ocasión de atravesar en mi fuga por sobre vetas, vetarrones y rodados, que, examinados sin angustia en mis viajes posteriores, resultaron ser unos de purísima galena, otros de galena argentífera, de plata arsenical con chispas de

rosicler y filamentos de plata nativa, de cloruros como en la tierra de la Huerta, y otros de cobre de subida ley, cuyos derrumbes tiñen de azul y verde los costados de los cerros de donde se desprenden.

En Gualilán se encuentra el oro en gangas calizas. Déjase ver en varias partes el níquel, y en muchas otras el sulfato de alúmina, y recuerdo que al ensillar mi caballo una mañana, vine a conocer, por la resistencia que opuso el freno al separarse del suelo, que el piso negro y liso donde habíamos alojado no era otra cosa que una enorme masa de fierro magnético.

Pasada la provincia de San Juan, los metales de La Rioja asumen en general el carácter de nativos, lo que hace que el afamado distrito de Famatina sea tenido por uno de los más ricos del mundo. En él el oro se encuentra en criaderos de toxtura pizarrosa, o libre en las arenas de los ríos. En el Cerro Negro, a inmediaciones de Chilecito, se encuentran las más ricas minas de cloruros, de sulfatos de plata y de rosicler; y en Tagué, cobre nativo, piritas de cobre y níquel rojizo. De carbón mineral sólo encontré rastros al atravesar la mayor quebrada que estría la sierra de Pie de Palo en la provincia de San Juan. En Huaco, de la misma provincia, existen aguas termales llamadas Hediondez y vertientes de agua salada.

Pero si las minas metálicas abundan en esos lugares inexplorados, no sucede lo mismo con aquella mina más permanente, que siempre anuncia la presencia de los bosques. Arboles no se encuentran ni en las altas ni en las bajas mesetas del recuesto oriental de los Andes, situado al norte de Mendoza.

En ellos, y no en grupos apiñados sino muy dispersos, sólo se ven el algarrobillo, el chañar espinudo, la farilla y la retama, arbustos cuyas maderas no se prestan al uso de las construcciones. Abundan en las faldas tendidas las gramas que aquí llamamos cepilla y coironcillo, excelentes forrajes para toda clase de ganados; y en las vegas y márgenes de los ríos, la totora, la cortadera y la chilca. Pero así como escasean los vegetales para el uso del simple industrial, no sucede lo mismo para el botánico, a cuyos ojos hasta el musgo tiene sus atractivos. Tan sólo con las cácteas podría formarse una envidiable colección. He visto monstruosos y aparragados al lado de colosales columnarios, cuyos vástagos armados de aceradas *quiscas*, no tenían menos de pie y medio de diámetro. Encuéntranse también varias especies de nopales, bien que de menores paletas que los nuestros, y que ya la industria comienza a utilizar, criando en ellos la cochinilla que se expende con el nombre de grana. Hay cácteas que por su peque-

ñez pudiéramos llamar microscópicas, y abundan otras que parecen, por lo débiles y delgadas, cordeles articulados.

Ya he indicado cuánto abundan los animales de cacería, y ojalá no sucediese otro tanto con las víboras ponzoñosas, que son el terror de los noveles viajeros en sus forzosos alojamientos a cielo raso, y con los molestísimos enjambres de *vinchucas*, que, cuando hartas de sangre, más parecen guindas que *vinchucas*.

Entre la volatería llaman mucho la atención, la muy pequeña y donosa tortolita otrabandeña, que frecuenta hasta los patios de las habitaciones de los pueblos, y las pequeñas y verdes nubecitas de catas, que a veces forman en medio de los terrenos más áridos vivos prados de verduras, y otras hacen creer que los árboles, despojados de todas sus hojas en medio del invierno, están, por la lozana verdura que accidentalmente les cubre, en plena primavera.

En una de mis correrías alojé frente al cerro del Azufre dentro de una curiosa gruta que, cubierta de vistosas cristalizaciones y estalactitas, servía de rústica catacumba a cinco momias de indios que yacían, al parecer de tiempo muy atrás, colocadas allí por la mano de algún piadoso deudo. Estos esqueletos, perfectamente conservados y que descansaban, puestos en cuclillas, sobre un tejido de esparto casi deshecho por la acción del tiempo, parece que debiesen su conservación, como lo confirma la presencia de los muchos caballos secos que los viajeros, por entretención, dejan parados para que parezcan vivos en las cordilleras, a algún flúido que existe en la atmósfera y el cual paraliza la fermentación pútrida, pues no puede atribuirse sólo a la temperatura, que es ardiente muchas veces en la misma sierra, semejante fenómeno.

Otro fenómeno llamó también mi atención, y es la presencia de petrificaciones, que, por lo circunscrito del lugar donde se encontraban y lo delicado de los objetos petrificados, da a entender que la petrificación ha sido instantánea. He recogido muestras curiosísimas de ganchos de algarrobo petrificados hasta sus más menudos extremos, algunas cucarachas en actitud de marchar, y una gruesa oruga roedora, en la oquedad de un palo igualmente convertido en sílex.

Chilecito de Famatina, centro de mis continuas correrías y hospitalario villorrio de La Rioja, no debe sólo su existencia al riquísimo distrito minero donde tiene su asiento, sino también a los esfuerzos siempre activos del andariego e industrioso chileno, que nunca considera a qué país se dirige, con tal que en él encuentre utilidad; ni hay rincón territorial donde viva con otros chilenos que no bautice con el nombre de Chilecito.

Aunque la alta planicie donde se encuentra colocado este

pueblo minero-agricultor no baje de 3,000 metros sobre el nivel del mar, su clima es grato y sano. El mineral de Famatina está situado en la gran sierra del mismo nombre, la cual es uno de los poderosos cordones que ensanchan y hacen perder su aparente unidad a la cadena del sistema andino en aquellas latitudes. Sobre la aproximada mitad de este cordón se alza el imponente nevado de Famatina, cuyas faldas orientales ostentan sobre prodigiosas alturas sus afamadas minas; pero no hay una sola de éstas que tenga trabajos formales, ni deja rastro de que los haya tenido que los que dejó aquella gran compañía minera nacional y extranjera fundada en 1824 a costa de tantos caudales y de sacrificios y que cupo al feroz Quiroga la fea nombradía de destruir con el asesinato del profesor Von der Hoelten, que regentaba los trabajos. ¡Cuánta riqueza abandonada en ese solo cerro cuyos ríos se consideran Pactolos, y cuyo cuerpo desde las boca-minas de Santo Tomás del Espino, que yacen al nivel de las nieves perpetuas, hasta su base, está lleno de los más ricos minerales de oro, de plata y de cobre! Pero para qué maravillarse del abandono o de la incuria en que yacía entonces la industria minera, cuando la agrícola se reducía a arañar el suelo con rastrones de algarroba o con arados antediluvianos, a segar las mieses con cuchillos y a llevar las gavillas sobre rastras de cuero al lugar destinado para trillarlas, como lo hacíamos nosotros, a fuerza de pie de yegua! La industria de las provincias andinas puede decirse que en general se concretaba en 1837 a la sola recolección de productos naturales y a su inmediata venta, y nada más. La abundancia de los medios de satisfacer las primeras necesidades de la vida en pueblos rústicos y hasta entonces sin notables aspiraciones, las muy pastosas y extensas llanuras y la benignidad del clima para la natural propagación de los ganados, daban a esos pueblos el carácter de pastores, y lo eran en efecto. Los Estados mediterráneos, Mendoza, San Luis, San Juan, La Rioja y Catamarca, no tenían por entonces más puertos para el expendio y salida de sus frutos que Valparaíso, Coquimbo y Copiapó, por lo dispendioso del viaje carretero hasta Buenos Aires; así es que no es de maravillarse que se limitase a colectar productos pastoriles, ya por ser éstos también los únicos que más provecho les dejaba en sus cambios con la República chilena, ya porque el jabón de Mendoza, los cordobanes de San Luis y las frutas secas de San Juan no figuraban en el comercio sino en mínima escala. No sucedía lo mismo con el tabaco llamado por unos correntino y por otros riojano, aunque no se cultivaba en grande escala en esta última provincia. De San Juan y de La Rioja, verdaderas bodegas o puertos de tránsito de este artículo, partían todos los años para pasar por so-

bre los inútiles guardas de los puertos secos, o más bien húmedos de nuestras cordilleras, cargamentos de tabaco que no han cesado desde tiempo atrás, así como lo han hecho las siembras de este vegetal en Chile, de gritar a los gobiernos patrios: ¿hasta cuándo se conserva el estanco, esa fea mancha de nuestro sistema de rentas e incalificable azote de una industria agrícola y fabril que acepta nuestro suelo, y que a despecho de los torpes y tímidos ministros ha de ser con el tiempo una de nuestras principales fuentes de riqueza?

El precio que tenían entonces los ganados argentinos variaban según el lugar donde se compraban. En los *malales* contiguos a las pampas, al sur de San Rafael, la vaca se pagaba a tres pesos, el buey a cinco, y el caballo a uno y medio. En Mendoza, y sobre todo en San Luis, la vaca con cría o sin ella, a cuatro pesos, el buey a siete, el caballo a veinte reales, y la mula escogida de carga o de silla, a cinco pesos.

No por estar entretenido en mis viajes y en mis cálculos para mis futuros negocios, mejoraba por esto mi condición pecuniaria. Contaba ya tres mortales meses de estación en aquellos destierros, en los cuales, para ayuda de costas, tuve que poner a contribución mis escasos conocimientos generales en agricultura, en minería y, sobre todo, en medicina; mas, como perdiese del todo la esperanza de que algo me viniese de Mendoza por conducto del honrado corresponsal que tenía en aquella plaza, antes de quedar en paz y sin recursos, a pesar de la oposición y de las reflexiones de mi buen Campos, me resolví a hacer la hombrada de intentar el paso de los Andes por Pulido, boquete donde las nieves perpetuas se estacionan a más de mil metros de altura sobre la línea de las permanentes del Planchón.

Agotados en los preparativos los recursos que me quedaban, y sin seguir más consejos que los que me daba la presunción o la confianza que en mis fuerzas tenía, emprendí el paso de la sierra de Famatina, el cual, a pesar de las nieves, logré vencer. Al trasponer aquellas heladas y blancas cumbres que con mi ningún conocimiento de las cordilleras en esa latitud, creía que fuesen la línea divisoria que nos separa de las provincias argentinas, no pude menos de echar mirada como de vencedor sobre mi silencioso sirviente, quien se contentó con decirme con tristeza: "Bueno pues, patrón, usted sabrá lo que hace, que en cuanto a mí, ya sabe que muero donde usted muera, porque todavía estamos principiando el viaje".

En efecto, franqueada la elevada altiplanicie que se encuentra al poniente de la sierra de Famatina, la sucesión más o menos ordenada de los erguidos picazos que se notan en ella me dió a entender que era otro cordón que guardaba cier-

to paralelismo con el anterior; y prosiguiendo mi marcha, no tardó en desarrollarse a mi espantada vista otra imponente y prolongada sierra que, con el nombre de Guandacol, corre paralela con la que acabábamos de dejar al poniente, formando con ella caja al profundo valle por donde corren las aguas del Bermejo.

Después de cinco días de tenaz porfía en mi angustioso viaje, detenido por las nieves, empujado por los vientos huracanados que, alzando penachos de nieve sobre aquellas deslumbradoras alturas, muchas veces arrojan al jinete y el caballo en hondos precipicios; sin víveres para esperar mucho tiempo allí, ni caballo que pudiese soportar nuevos repechos, tuve, mal de mi grado, que volver atrás, y siguiendo, hasta salir del cajón, el curso del Bermejo, buscar asilo en el pueblecito de indios de Calingasta, donde terminó mi mal andante retirada.

Muy equivocados están los escritores que tratan de la geografía de América cuando, guiados por el trazado más o menos antojadizo de los mapas generales, dan por sentado que la gran cordillera de los Andes es desde su entrada a Chile un cordón continuo hasta las aguas del estrecho magallánico. Ni hay tal cordón, ni tal continuidad, sino en la medianía, y ésta no alcanza a abarcar la cuarta parte de la extensión que se da al todo de la sierra chilena.

Desde San Juan, por el norte, ya se nota la anchura gradual de la base oriental de los Andes en esas latitudes, y también la aparición de extremos de cordones, que, sin dejar de ser contrafuertes de un tronco principal, parece que siguieran un rumbo paralelo a él. Estos extremos, convertidos después en cordones parciales con nevados picazos, dejan tales y tan elevadas planicies entre unos y otros, que al llegar a las latitudes de Atacama y de Antofagasta no atina el viajero que se encuentra en ellas, a asegurar que está en la sierra o los planes, a pesar de encontrarse sobre alturas superiores a las que ostentan muchos de los nevados del sur de Chile sobre el nivel del mar.

A la simple vista del hombre medianamente acostumbrado a fijar posiciones geográficas en sus viajes, las cordilleras riojanas exhiben tres cordones principales dotados de poderosos nevados y separados entre sí por altísimos valles, el cordón de la sierra de Famatina, sobre el cual se alza el imponente gigante del mismo nombre, con una altura, según el malogrado Von der Hoelten, de más de 6,000 metros sobre el nivel del mar; el de Guandacol, y el que indica el divorcio de las aguas entre las dos repúblicas; mas, no se crea que la ancha base oriental de la cordillera termina al fin de los recues-

tos del Famatina, porque más al oriente aún he tenido ocasión de pasar la sierra de Velazco, que corre casi paralela a la anterior, con una altura media como de 2,000 metros.

En mi viaje tuve ocasión de notar el singular fenómeno de que los recuestos de todos estos cordones laterales son más escarpados al poniente que al oriente.

Compaginando los apuntes de mis recuerdos y relacionándolos con mis posteriores viajes, puedo asegurar que es enteramente antojadiza la aserción del escritor Napp, en su *República Argentina,* al sentar en la página 67 de esa obra que "al sur del grado 32, la meseta andina se estrecha convirtiéndose al fin en cresta que, disminuyendo gradualmente, se extiende hasta el extremo meridional del continente". Al sentar como cierta semejante inexactitud, el buen Napp, o ha obedecido al propósito que se perseguía entonces de estrechar el territorio chileno en aquellas latitudes, o ha creído oportuno sancionar por escrito, como exacto, los muchos desaciertos que luce su mapa de la República Argentina en la designación de sus fronteras con la República chilena. La altura no comienza a disminuir desde el grado 32, como él lo sienta, puesto que el cerro del Juncal, que está casi sobre el grado 24, es superior en altura a la que se presupone alcanza el nevado de Famatina, y casi enteramente igual a la que se asigna al Yuyaillaco, situado mucho más al norte, entre los grados 24 y 25, sin contar con que el gigante del sistema andino, el Aconcagua, se encuentra casi sobre el grado 33. La verdadera disminución progresiva de la altura general del tronco de la sierra, comprendida entre los grados 24 y 34, comienza en este último, y sigue disminuyendo con notabilísimas desigualdades hasta terminar en los mares del Cabo. Pero si es cierto que disminuye su altura sobre el nivel del mar, también lo es que su anchura, en vez de convertirse en la supuesta *cresta,* del escritor germano-argentino, cobra tal extensión sobre su base, que parece muy superior a la del norte, como lo acreditan las alturas de los cerros de nuestros archipiélagos, verdaderos arranques de la cordillera, y las exploraciones de nuestros marinos en los ríos Huemules y Aysen, entre los grados 45 y 46 de latitud austral.

Volviendo al hilo de mi interrumpida relación de viaje, era entonces Calingasta lo que fué en otro tiempo nuestro Santa Cruz, y sus modestos y apacibles habitantes, dueños todos de pequeñas heredades rústicas, así trabajaban como mineros en las minas de oro del mentado Gualilán, como en calidad de agricultores en sus tierras. Calingasta era en mi tiempo uno de los lugares obligados para los depósitos de tabacos que saltaban después, como por encanto, la cordillera para llegar a Chile; así era que abiertos los pasos de la sie-

rra por los meses de octubre, con la llegada de los chilenos al lugarcito, se observaba en el mismo movimiento que reinaba en Valparaíso cuando la llegada y la salida de los vapores.

Solicité y obtuve hospitalidad en casa del sencillo y modesto Gómez, viejo chileno y antiguo vecino de aquel lugar, donde, a más de haberse casado, había adquirido tan a lo vivo el sonsonete del cuyano, que no dejaba palabra del diccionario a la que no le diese el canto del esdrújulo.

Tendí mis pellejos bajo la tupida enramada de algarrobos que el hospitalario paisano designó para mi dormitorio; y después de hartarme de *hapi* frío, especie de jalea de maíz a medio majar y muy cocido, que se puso a mi disposición, dormí como si descansase en el lecho del príncipe de Asturias, no embargante el diluvio de tremendas vinchucas con que estaba plagado mi nuevo domicilio.

Cambalaché al día siguiente mis siete estropeados caballos por dos robustos alazanes y una excelente mula; y para alentar la confianza de mi huésped, regalé a su señora una cuchara de plata, último resto de la antigua Roma que aún me quedaba en la maleta.

El octavo día de mi fastidiosa residencia en Calingasta, pues sólo me ocupaba en averiguar cuándo me permitirían las nieves salir de mi destierro, tuvieron el buen Gómez y su amable esposa la amabilidad de dejarme de dueño de casa mientras ellos iban al Albardón. Triste, sentado en un banquillo, los pies al sol y la mente en Chile, vagaba mi imaginación por todas partes, cuando topó mi vista con una imagen religiosa que, grabada sobre una antigua y sucia hoja de papel, se encontraba sujeta con una espina de algarrobo en la cabecera del catre nupcial de la feliz pareja que me hospedaba. Por vía de pasatiempo se me ocurrió dar una mano de colorido a Nuestra Señora del Carmen, que era la imagen que en aquel papelucho se representaba; y como nunca ha dejado de acompañarme en mis correrías otrabandeñas una cajita de colores de agua que me servía para enriquecer mi colección de vistas y de curiosidades naturales de difícil conservación, acudí a ella, y un momento después ya estaba terminado mi trabajo y vuelta a su primitivo lugar aquella terrible obra de arte, que así pintada y a lo lejos, más parecía un rey de oros que otra cosa.

Encontrábame en mi alojamiento departiendo con mi fiel Campos, cuando a poco de estar en la casa los recién llegados del Albardón, les vimos salir de estampido puerta afuera, gritando el uno: ¡Milagro! y el otro: ¡vengan a ver...! A las voces salimos también corriendo y como ni yo me acordaba de la mano de colorete que había dado a la imagen, ni ellos

sospechaban, por mi facha, que bajo aquella manta se encontraba un buen pintor, no es de maravillar que al principio los gritos me asustasen y que después me costase verdadero trabajo persuadir a mis huéspedes de que yo era el autor de tan inesperada transformación.

Pronto, con la relación de mis sencillos huéspedes, se llenó de curiosos la casa, y convertida mi humilde enramada en un taller de pintura de estampas y aun de viejísimos cuadros al óleo para restaurar. Los grabados que venían en hojas de papel arrancadas de misales viejos o de libros devotos, no ofrecían al artista dificultad ninguna; mas no así los cuadros al óleo, para los que nada servían los colores de agua, únicos que, aunque pocos, tenía aquél a su disposición. Sin embargo, como mi creciente reputación exigiese salir de todo paso, aunque fuese por la tangente, el aceite de comer vertido abundantemente en el envés de la tela, para remozar el colorido, y la clara de huevo por el derecho, para que hiciese de barniz, me fueron sacando tan bien de apuros, que a los veinte días de embadurnar telas viejas y papeles puercos, me sobraron aperos para el viaje, amén de algunos devotos reales que cayeron también en mi bolsa para la mayor de espadas.

Mas tanto bien, por serlo tanto, no podía ser de larga duración; y la suerte se encargó de probar esta verdad lanzándome de nuevo, con la más inesperada ocurrencia, desde mi tranquilo y seguro taller, a los afanes y peligros de las nieves a medio deshacer que me esperaban en los Andes.

La fama había llamado las miradas de las autoridades de aquel lugar sobre el modesto artista que la disfrutaba. Este no podía ser hombre vulgar, los conocimientos que desplegaba no guardaban concordancia con su modesto traje. ¿Quién podría ser este hombre? ¿Sería por acaso algún espía? Tales eran las preguntas que se hacían, y al parecer no sin causa, porque atravesábamos precisamente entonces la época en que no sólo Chile se rompía los cascos contra la Confederación Perú-Boliviana, sino también aquella en que el dictador Rosas había cortado toda clase de relaciones amistosas con este último Estado.

Supe que la noche del décimooctavo día de mi llegada a Calingasta, un cabo de *sabanillas coloradas*, que eran mi eterna pesadilla, había hablado con un vecino, quien, dirigiéndose en el acto a mi huésped, le había dicho que no era cierto que yo fuese chileno, sino que era boliviano, y boliviano de suposición, enviado por el general Santa Cruz, quién sabe con qué propósito, a La Rioja y a San Juan; terminando aquella inventada suposición con encarecer lo mucho que se exponía

si me sorprendían en su casa, donde sabía que me iban a aprehender.

Al instante acudieron a mi mente el olvido del pasaporte, mi detención y mi travesura de San Carlos, mi precipitada fuga, y cuantos motivos de justo terror podían perturbar la tranquilidad de un extranjero colocado en mi situación en aquel lugar tan infeliz entonces; y como el afán de mi pobre huésped por que yo partiese cuanto antes de su casa me hiciese comprender que no había un solo instante que desperdiciar, hechos con la más insólita precipitación los aprestos de mi viaje para Chile, horas después de aquel terrible aviso y favorecido con las sombras de la noche, mi intrépido Campos y yo, con sólo cuatro caballos y una mula cargada, abandonamos la hospitalaria casa del asustado Gómez. Seguimos, pues, mal de nuestro grado, el poco práctico sendero que conduce desde Calingasta al conocido boquete de la cordillera de Agua Negra.

Ya los calores de octubre comenzaban a derretir las nieves que los inviernos acumulan en los encumbrados pasos de los Andes, pasos que en el norte se abren más temprano que en el sur, sin dejar por esto de ser peligrosos para el viajero que primero se aventura en ellos.

Las nevazones invernales que ostentan imponentes con su blancura nuestras sierras, son ante los ojos del viajero que a la distancia las contempla, harto más poderosas de lo que parecen desde lejos. Pocas veces graniza en la sierra y sólo dos he visto nevar con viento; y es tal la cantidad de nieve que siempre cae en forma de leves plumas de aves que se mecen, bajan, suben y remolinean en la tranquila atmósfera, que hasta llegan a tapar la vista, pues ni la mano de un brazo tendido hacia adelante puede verse. La nieve del invierno cordillerano no moja, y el viajero sorprendido por ella puede caminar horas enteras si es muy *baquiano,* porque de lo contrario, muere perdido, llevando intactas en el sombrero, en los hombros y en cuantos puntos pueden sujetarse, las leves plumas que lo blanquean.

La nevazón todo lo colma, todo lo empareja; las desigualdades de las altiplanicies se nivelan con ella, y las primeras quebradas que arrancan de las alturas se borran en tanto grado que, transformado el aspecto gráfico del paisaje, sólo un experimentado *baquiano,* y no siempre, puede designar dónde está el suelo firme y dónde la trampa de fofa nieve que encubre un abismo aterrador.

Pasado el invierno, con la alborada de la benigna estación nacen para los primeros viajeros nuevos peligros. Con el calor del día el agua que se forma sobre la superficie de las

nieves se lanza con estruendo cuesta abajo, formando a través de las rocas y de los precipicios por donde se despeña, peligrosísimos torrentes. Con los fríos de la noche cesa la licuación de la nieve, acuden las heladas, y con ellas, en la siguiente madrugada, encuentra el viajero, en lugar de la fofa nieve que pisaba el día anterior, una costra de hielo endurecido que, por lo resbalosa, soporta, sin romperse, el peso del caballo, pero o no le permite asegurar la uña, o le derriba al suelo; y si por el contrario no le soporta, a cada rato le hunde en la nieve hasta los pechos.

Pero todos estos contratiempos serían tortas y pan pintado para el viajero, si no tuviese que pasar laderas inclinadas con hondos precipicios por remate. El nombre solo que muchos de estos pasos llevan, indica lo que son. Llámanlos los huasos *¡Imposibles!* Por esto dijo con tanto chiste como razón, un ingeniero español, hablando de ellos: "¡Sólo el diablo habrá podido pasar por aquí siendo joven, porque ahora juro que no lo haría!"

Con todo, a fuerza de constancia y de fatigas, vencimos la cumbre, habiendo dejado en la demanda dos de nuestros caballos, pero sin que esto nos desanimase, porque no apurando mucho a los dos que nos quedaban, podíamos con ellos alcanzar las primeras habitaciones chilenas que existen en el camino cordillerano de Elqui.

Seguimos, pues, cuesta abajo el rumbo que conduce a la Laguna, luchando con las nieves del fondo de una honda quebrada, cuyas alturas ostentaban por entre la blanca sábana que las cubría las rocas de sus negros crestones, hasta que acosados por el frío, el hambre y el cansancio, dimos a inmediaciones de la Laguna con una de las muchas cuevas o cavernas que, exentas de nieves, suele la piadosa naturaleza poner en los Andes al alcance del viajero..

En uno de los rincones de aquel obscuro retrete, cuya entrada defendía de la acción del viento rústica *pirca*, encontramos, con la más grata sorpresa, el único tesoro que podía entonces salvarnos: un pequeño acopio de guano de caballo, precioso e impagable combustible que el viajero andino recoge siempre, y siempre economiza para que pueda servir al que le sigue por el mismo camino. Allí tomé lo que llamaba mi buen Campos, café, que no es otra cosa que un cacho de agua caliente con un puñado de tierra adentro, y que se bebe en cuanto ésta se asienta. Esta bebida, que para los de fuera puede tener el nombre que quisieren darle, no es para despreciada en las alturas cordilleranas, sobre todo cuando se padecen afecciones asmáticas. No sé si los pulmones necesitan o no respirar un aire menos purificado que aquel que se aspi-

ra en las supremas alturas, ni si la tierra, trabajada por el agua hirviendo, dota al aire que se aspira al beber de aquellos flúidos térreos de que el aire rarificado carece; lo cierto es que mi fatigada respiración volvió a su estado natural, y que mediante semejante café y un pedazo de charqui a medio calentar, dormí aquella noche como un lirón.

Hacía rato, al siguiente día, que la *manta del pobre*, como llamaba mi sirviente al sol, se encontraba extendida sobre la deslumbradora superficie de aquella Siberia donde nos encontrábamos, cuando terminado el último sorbo de mi matinal *cachada* de café, nos pusimos en marcha en busca del cajón del río Turbio, que comienza del otro lado de la Laguna. Caminamos un rato con cautela contemplando nuestras descomidas cabalgaduras, entre la recia cordillera de Doña Rosa, que dejamos a la espalda, y la escarpada de Doña Ana, que parecía cerrarnos el paso por el lado del norte. Como entre estos dos poderosos macizos se encuentra el altísimo depósito de aguas que sin otro nombre que el de Laguna constituye una de las principales fuentes del río de Elqui, fué preciso aventurarnos por una de las peligrosas laderas de su escarpada margen para entrar en el hondo cajón que debía conducirnos a poblado.

Entre esta laguna congelada, cuyo diámetro no me pareció medir arriba de un kilómetro en su mayor anchura, y la inclinada altura por donde debíamos pasar, existía entonces un Imposible que, aunque corto, lo era y en sumo grado. La idea de que el menor accidente podía lanzarnos desde aquella altura al fondo de tan aterrador abismo, me hizo desde luego estremecer. Volver sobre nuestros pasos era imposible; proseguir, lo parecía también; mas, como entre la seguridad de perecer de hambre y petrificado por los hielos, o la dudosa de perecer despeñado no hubiese que titubear, ¡a la mano de Dios!, dijimos, y picamos los caballos.

Sujeto el resuello, como sucede siempre en estos lances, y fija la vista donde ponían los inseguros pasos nuestras cabalgaduras, que a cada momento resbalaban, íbamos ya venciendo aquel peligro, cuando la mula de carga, impulsada por el vaivén de una violenta caída, sin ser parte a animarla nuestros gritos, se fué por el resbaladero cuesta abajo, al mismo tiempo que, turbado mi caballo por alguna imprudente sofrenada, hija de aquella deplorable escena, cayó también de costado, y arrojando lejos al jinete, siguió el forzoso rumbo que condujo al precipicio a su desventurada compañera. Un instante después dos inolvidables estruendos nos anunciaron que ya no volveríamos a ver más a aquellos dóciles y generosos brutos que hasta entonces nos habían acompaña-

do. Aturdido con el golpe, atravesada el alma y presa de un vértigo que no puedo expresar, debí luego a la serenidad de Campos mi salvación. Este fiel compañero, corriendo serio peligro, porque los malos pasos se andan mucho mejor a caballo que a pie en las cordilleras, me alzó solícito del suelo, me serenó, y un momento después, a fuerza de brazos y clavando en el resbaladizo suelo nuestros puñales para asirnos de ellos, logramos trasponer el imposible.

Quedábanos, pues, por todo equipaje lo encapillado, el caballo y la montura de Campos, y por todo alimento un cuarto de huanaco que yo había cazado dos días antes y que por fortuna no había corrido la suerte de los demás.

Según los cálculos de mi buen compañero, teníamos aún que caminar como diez leguas hasta llegar a Tilo, que era la posesión habitada más cercana a nosotros, en aquella sierra.

Pero no quiero cansar ni cansarme yo, refiriendo vulgares padecimientos de viajes. Estoy por el laconismo de la *Monja Alférez*, cuando refirió en cuatro renglones la brava historia de su brava vida. Caminé a pie, dormí entre rocas, trepé cerros, descendí laderas, sufrí ríos, aguanté el cansancio, me mantuve tres días con sólo una *cachada* de sangre caliente del pobre caballo que nos quedaba, y si no hubiese sido por la robustez de Campos, quien me dejó atrás para adelantarse a buscar socorro, y por el humano proceder del señor Sagüez, que acudió a salvarme, es seguro que entre el río Turbio, invadeable para un hombre debilitado, y las rocas de su margen, al sur del torrente de los Piuquenes, se hubiese encontrado algún tiempo después, junto con un esqueleto humano, una cartera lacre que aún conservo, y en la cual se encuentra escrito con lápiz mi temprano epitafio.

CAPITULO X

El huaso Rodríguez, jefe militar de San Rafael.— Las trillas.— Desafío de Rodríguez.— Su fuga.— El Planchón. —Resguardos en la cordillera.— Chilecitos.— Aldao. — Siguen las aventuras de Rodríguez.— Su muerte.— Leguario y archivos de Rodríguez.— Banda oriental de los Andes del Sur.— Nota del literato de Loló.

Encontrábame el día 26 de octubre de 1842 en la pequeña pero muy productora heredad de Boldomávida, fundo inmediato al de los Culenes, de la antigua Colchagua, el cual acababa de arrendar. Reposábame en él, con no poca admiración propia y ajena, de mis viajes entre Mendoza y Buenos Aires; de mis correrías hasta Salta; de mis vueltas y revueltas entre La Rioja, San Luis, San Juan y Mendoza; y de mis activas entradas y salidas a través de los boquetes de los Andes, cuyo práctico conocimiento me había granjeado el envidiable nombre de *baquiano*.

¡Cuántos acontecimientos políticos no habían tenido lugar desde mi correteada de San Carlos hasta ese día en nuestro Chile!

El inesperado tratado de Paucarpata;

El nunca debidamente execrado motín de Quillota, que, encabezado por Vidaurre, causó la lamentable muerte del insigne Portales;

La sangrienta batalla del Barón, en las alturas de Valparaíso;

El siempre conmemorado triunfo de Yungay, en el cual las fuerzas chilenas, al mando del sagaz y valiente general Bulnes habían destrozado la amenazadora Confederación Perú-Boliviana;

El pabellón mercante español luciendo tranquilo sus colores al lado de los del pabellón chileno;

Bulnes ocupando el supremo poder del Estado como merecido premio a sus servicios;

Y, sobre todo, ¡la ley de amnistía, que devolvía al patrio hogar a los desterrados políticos!

Después de la guerra, el trabajo, me decía yo entonces; y tranquilo sobre la futura suerte que el destino deparaba a mi

patria afortunada, tornó mi imaginación con toda fuerza a la idea de nuevas correrías.

Solo, y tomando un mate cuyano bajo el modesto corredor de mi casa, sin apartar la vista de las plantaciones, mi imaginación vagaba activa, ya por las breñas de la fría cordillera que tantas veces había frecuentado, ya por aquellas dilatadas planicies de las pampas, cuyos misterios aún no conocía más allá de los primeros confines australes de Mendoza.

Faltábame, pues, aún emprender mis siempre malas andanzas por aquellos misteriosos lugares patagónicos, donde me aseguraban que podría mi actividad obtener brillantes resultados. Sólo el desencanto que me había producido el de mis viajes anteriores fué capaz de sujetarme y aun de obligarme, por primera vez, a esperar más propicias ocasiones para lanzarme en lo desconocido, porque hasta entonces nunca había dejado de anticiparme a ellas.

No tardó, sin embargo, en presentarse una, aunque débil, que vino a dar de nuevo a través con todos mis propósitos de calma.

Acerté a ver que por el camino de las casas y como con dirección a ellas, caminaba una arria de algunos caballos y de cuatro bueyes, cuya prodigiosa estatura me llamó la atención. Subió de punto mi admiración cuando vi que la arria entró en mi patio y que un huaso, vestido a lo cuyano y bien montado, echó pie a tierra y me presentó con alegre y respetuosa cortesía una carta envuelta en un pañuelo. De pronto no conocí quién era; mas, al oírme llamar patrón y por mi nombre, vi que el desconocido no era otro que mi antiguo y fiel Campos, a quien había yo perdido de vista cuatro años antes, y el cual, a fuerza de ponderar mis para él inmejorables prendas ante los ojos de su nuevo patrón, venía del fuerte transandino de San Rafael, trayendo para mí un regalo de parte suya. Firmaba la carta inesperada aquel mentado chileno don Juan Antonio Rodríguez, hijo de Loló, que fué por tantos años el brazo derecho de Aldao y el terror de los unitarios, y que entonces, jefe o adelantado del fuerte de San Rafael, sobre la frontera patagónica de Mendoza, tuvo el raro capricho de solicitar mi amistad.

La parte de la historia del terror que le cabe a la provincia de Mendoza durante el gobierno del atroz Aldao no puede escribirse sin hacer muy especial mención de aquel terrible soldado aventurero a quien los argentinos no dejan aún de llamar feroz bandido.

La llegada de mi buen Campos, los antecedentes que tenía de Aldao, cuya amistad debía captarme, la que me brindaba Rodríguez, la abultada hermosura ponderada por Cam-

pos de aquellos inexplorados lugares, la abundancia y baratura de sus inagotables ganados, y, sobre todo, lo posibilidad de no poder ser de nuevo correteado como lo fuí no hacía mucho tiempo en San Carlos, me lanzaron de nuevo en la vía de las aventuras de ultra cordillera.

Pero antes de proseguir, debo la siguiente explicación: como algunos de estos y otros viajes míos han visto, bien que mutilados, la luz pública, pero siempre a expensas de fojas arrancadas de estos apuntes, he creído conveniente, para conservar la ilación de los acontecimientos que han pasado a mi vista, restituir esas fojas a su lugar.

Volviendo, pues, a lo que en aquel momento pasaba, he aquí, sin quitar ni poner ni un solo punto, el tenor de la carta que, envuelta en un pañuelo, me acababa de entregar el alegre Campos.

VIVA LA FE DE CRISTO Y LA RAZON (1).

San Rafael, a 11 días de marzo de 1843.

Al caballero don V. P. R.

Muy señor mío y mi dueño:

La fama de su buen nombre ha llegado hasta aquí, y por lo mismo mi escaso valimiento anda con cortedad en *procura* de su amistad, que espero no se la mezquinará a quien se la pide de veras.

El le mando esos cuatro terneritos para que los tome en compaña de sus amigos, y también para lo que es el uso de su montura, aunque Ud. los tendrá mejores por Colchagua, esos seis potrones mansos que no son al todo despreciables.

Para qué es hablar de la gran escasez de pólvora fina y de trabucos de cintura en que estamos por acá. En fin, señor don Vicente, aquí quedamos rogando a Dios que le aumente la salud, y no le dice más este su amigo que servirle desea.—*J. Antonio Rodríguez.*

Junto con esta carta recibí cuatro hermosos bueyes, que han sido los mayores que he visto en mi vida, y tres parejas de preciosos caballos.

¿Quién podría ser este hombre que sin conocerme me obsequiaba, y que sin pedirme me pedía?

(1) El lema que se usaba entonces en todas las comunicaciones oficiales de la Confederación Argentina: *¡Viva la Confederación Argentina; mueran los salvajes unitarios!*, nunca lo usó el protagonista que motiva la consignación de estos recuerdos.

Sigamos su rastro por algunos momentos.

En el año de 1833 ni aun en Europa se sospechaba que trilladoras mecánicas habían de venir un día, a fuerza de perfeccionadas, a suplir allá el uso del azote, y en Chile, el de las yeguas en las cosechas de cereales. Y ya que de máquinas hablamos, ocurre preguntar: ¿qué razón tendrá la humanidad para erigir estatuas a los seres que se adiestran en hacer y en usar máquinas para acortar la vida, y no a aquellos que se desvelan en hacerlas para prolongarla?

A Pitt y a Ramsons no sólo debe la agricultura chilena, junto con la celeridad del trabajo, la seguridad de la cosecha, sino también el poder hacer ahora, en uno o dos meses, según la magnitud de las sementeras, la recolección que antes se hacía en cuatro, y siempre bajo el apremio de las aguas tempraneras.

El que pudo devolvernos para el trabajo activo en la época de las cosechas medio millón de brazos, que sin producir consumían, aguardando meses enteros, horqueta en mano, la merced del viento para liquidar el trigo, ¿no merecería, mejor que otros muchos, estatuas que le presentasen a la veneración de la posteridad agradecida?

Perdóneseme el preámbulo en obsequio de la intención, y vamos adelante.

En la falda septentrional de la cuesta de Quiahue, en los confines marítimos de la vieja Colchagua, vegetaba en 1830, como tantas otras semillas de pueblos mal plantados, un lugarejo que llevaba el nombre de Loló. La estación del año a que se refieren estos recuerdos era la de las trillas, género durísimo de trabajo que aquellas buenas gentes soportaban a fuerza de alegres intermedios de arpa, de guitarra y de harta chicha, para hacer correr el polvo que se les pegaba en el gaznate.

La trilla y los rodeos en las propiedades rurales eran festividades que convidaban sin convite y que daban hospitalario asiento en ellas a cuantos comedidos pudiesen disponer de un buen caballo; y como en la extensa y cómoda ramada que se colocaba siempre a inmediaciones de la faena para el recreo y solaz de los voluntarios, nunca faltaban el trago y buen canto, ni ocasiones de lucir el garbo y el caballo, debe prudentemente deducirse que no siempre reinaba en aquellos espectáculos, en los cuales eran todos actores y espectadores a un mismo tiempo, aquella envidiable paz y aquella concordia que deben reinar entre los príncipes cristianos, máxime si llegaba a terciar en el corrillo algún *lacho guapetón.*

El lacho guapetón, tipo puramente chileno y casi olvidado en el día, era entonces la viva encarnación del caballe-

ro andante de los siglos medios, con poncho y con botas arrieras, tanto por su modo de vivir cuanto por sus gustos y sus tendencias. Como él, buscaba aventuras; como él, buscaba guapos a quienes vencer, entuertos que enderezar, derechos que entortar y doncellas a quienes agradar, unas veces con comedimientos y otras veces sin ellos, pues los hubo descomedidos y follones además. Así como el caballero andante no perdonaba torneo donde pudiese lucir su gallardía y el poder irresistible de su lanza, primero faltaría el sol que faltar el lacho guapetón en las trillas, en los rodeos, en las corridas de caballos y en cuantos lugares hubiese muchachas que enamorar, chicha que beber, tonadas que oír, cogollos que obsequiar, generosidad y garbo que lucir, y pechadas y machetazos que dar y recibir, aunque no fuese por otro motivo que por haber rehusado beber en el mismo vaso.

Cuatro días llevaban corridos los trabajos de la trilla de Loló sin que nada hubiese turbado hasta entonces ni la marcha de la labor ni sus alegres intermedios; mas llegó el quinto, y como en él llegase también el fin de fiesta, fué de ordenanza despedir al auditorio con una alegre trasnochada, supliendo la ausencia del sol *a punta* de fogata. A poco andar, pues, se hizo tan general la alegría en la enramada, que según el decir de los entrantes y salientes, ¡estaba aquello que se ardía!

El dueño de casa se había esmerado por despedir regiamente a sus huéspedes; nada faltaba en el sarao: arpa, rabel y guitarra, ponche con malicia, vino, arrollado y ternera con harto ají.

Gozando de esta bienaventuranza y reclinado sobre una cantora se veía, vaso de ponche en mano, un gallardo huaso como de cuarenta años de edad, de tez tostada, músculos fornidos y ademán resuelto. Era éste el mentado haragán Francisco Araya, antiguo barretero de Alhué, aquel que puso el sello a la fama de su valor brutal y sereno sosteniendo, puñal en mano, y el pie izquierdo atado al de su contrario, igualmente armado, aquel atroz desafío en el que, sin ultimar a su rival, le hizo confesar que era menos hombre que él. Encontrándose de tránsito en Loló, era de presumir que quien hacía gala de camorrero no había de hacer falta en la enramada.

Al frente de ese tal, pero al lado de afuera, a veces oculto por la sombra y otras veces iluminado por la luz de la fogata, se veía un jinete al parecer entretenido con el espectáculo de aquella alegre borrachera. Este nuevo personaje, que por su traje y apostura parecía pertenecer a la aristocracia lololense, y que era alto de cuerpo, bien proporcionado, de

rostro blanco y encendido, de ojos azules, de nariz aguileña, de pelo rubio y de colorado bigote, sólo daba indicio de terciar en aquella fiesta por tal cual tonadilla que, mirando al cielo, entonaba entre dientes a cada baladronada de las muchas que a cada instante echaba el matón Araya.

En uno de los intermedios de canto, un roto lololeño, cansado de no oír más que la voz de Araya:

—No hable tanto, patrón — le dijo con acento socarrón—, que donde hay hombre, hay hombre, y en Quiahue no falta quien pueda decir al teniente que miente, porque de donde menos se piensa suele encumbrarse una perdiz.

Araya, al ver la traza del interruptor, soltando una estrepitosa carcajada, exclamó:

—¿Una perdiz, y en Loló? Ojalá volasen dos, porque con una me quedaría con hambre. Mire, ñor-usté, ¿sabe qué más? que todavía no ha nacido el que sea capaz de dar palmada a Pancho Araya, y para que conste, para nadie va a haber cogollos esta noche, sino para quien me diere la regalada gana; ¡y chiste alguno!

No había terminado el atrevido reto, cuando el desconocido del bigote rojo, saltando del caballo, dió al matón un encontrón con el hombro, y sin dejar de mirarle de alto abajo, de un solo tajo rebanó las cuerdas del arpa con su puñal.

Este inesperado incidente heló la sangre a los circunstantes, produciendo en todos un silencio mortal; sólo hablaron las airadas miradas de estos dos singulares antagonistas, lanzando rayos que, envolviendo mutuas sentencias de muerte, si hubiesen sido de acero, al encontrarse hubieran poblado de chispas el espacio. Entre hombres de este temple pocas palabras. Los dos se comprendieron, y sin más demorar, haciéndose un ademán amenazador, se lanzaron fuera de la enramada en busca de sus caballos. Cada cual ocurrió por su lado a hacer otro tanto, y con un silencio aterrador un momento después un círculo de hombres montados cerraba el palenque, en cuyo centro, machete en mano, se embestían ciegos de cólera estos dos extremados jinetes, choque espantoso que sólo cesó cuando el ronco alarido de la muerte hizo rodar un cuerpo herido a los pies del caballo de su vencedor.

Don Juan Antonio Rodríguez, en leal y caballeresco desafío, acababa de abrir el cráneo de Araya con un poderoso machetazo.

Saliendo del árido territorio que ocupaban los antes mentados Cerrillos de Teno, pasando el río de este nombre y encaminándose al oriente, siguiendo el cajón de cordilleras que le sirve de lecho, se entra en el pintoresco y frecuentado camino que conduce al boquete del Planchón.

Quien sólo haya recorrido nuestras cordilleras desde Santiago a Atacama, no es posible que se forme idea cabal del abundante germen de riquezas agrícolas y fabriles que encierran los misteriosos valles de las del sur. Poseen hermosa y siempre verde vegetación, poderosas cascadas que son otras tantas económicas fuerzas motrices al lado de las materias primeras que las requieren para ser utilizadas, clima más benigno en muchos de los valles rodeados de nevados crestones que aquel de que gozan los moradores del Valle Central, pues en él la vid, el naranjo y las flores delicadas, no están tan expuestas como en éste a destructoras e imprevistas heladas. Lugares hay donde la humedad natural, sin ser excesiva, excluye la necesidad de los riegos, y en los cuales las alfalfas, para su desarrollo y su sostén, sólo requieren ser sembradas una sola vez.

El camino de Teno hacia el Planchón, desde que se sale de los cerrillos es, en los primeros escalones de la sierra, un risueño y prolongado parque dotado con todos los vistosos y raros atractivos que sólo la naturaleza sabe crear, y en los últimos el conjunto severo e imponente de cuanto puede necesitar el sabio para leer en él los misterios del segundo tiempo de la formación del globo.

A medida que se avanza en el ascenso, la vegetación parece resentirse del vacío de la altura, puesto que se la ve disminuir de lozanía y de tamaño; así es que pasado el resguardo de los Quenes ya comienza el viajero a ver convertidas en enanas las mismas especies de los corpulentos árboles que a pocas leguas de distancia asombran con su altura. Este fenómeno se hace más palpable aún a medida que se va llegando a la región de las nieves eternas, pues los cipreses que aún vegetan casi en la misma ceja de los planchones, sólo alcanzan una altura de tres pulgadas y son ya iejos. Antes de llegar a tan áridos lugares comienza el viajero el repecho del volcán de Peteroa, cuyo morro, con su inmenso cráter, comparte las aguas entre Chile y la provincia de Mendoza.

En el cráter mismo de este volcán, siempre en actividad, aunque no con fuerza, se encuentran algunos corralones de lava mezclada con hielo empedernido, y aquí y allí tal cual grieta por donde algunas fumarolas, desahogándose con bufidos, llenan el aire de vapores azufrados. Uno de esos corralones lleva el nombre de Plaza de Armas, y en él aloja forzosamente el viajero para poder sin peligro, cabalgando en caballos descomidos, alcanzar de una jornada al tranco al opuesto paso de las Yaretas, que es donde puede considerarse ya libre de las aterradoras nevadas que caen con frecuen-

cia sobre la blanca planicie de la meseta superior de los Andes que media entre la Plaza de Armas y el citado portillo.

Sobre la escabrosa superficie de este planchón congelado se alzan de vez en cuando aquellos fantasmones de puro hielo que llaman penitentes, cuya blancura, semejante a la del cristal esmerilado. hace resaltar los negros y áridos crestones de las rocas acantiladas, que así sirven de bordo al ventisquero, como también a hondos precipicios que espumosas nieves ocultan a la vista del viajero.

En la fresca mañana del 18 de febrero de 1830, a través de la neblina producida por las fumarolas del Peteroa en la Plaza de Armas, se veían cuatro hombres y un cabo, que teniendo tanto de soldados cuanto de rústicos patanes, se empeñaban en ensillar a toda prisa sus caballos para proseguir un precipitado viaje hacia el oriente. Eran chilenos, y como soldados armados no podían trasponer la frontera; parecía deducirse de aquí que en vez de ser viajeros, debían andar al alcance de alguno de los muchos criminales que en aquel entonces buscaban, como ahora buscan, la impunidad de sus maldades en las provincias trasandinas.

El perseguido, si a alguien perseguían, debió pasar la noche anterior por el mismo lugar donde ellos se encontraban; pero no había dormido allí. Rastros recientes de sangre que conservaba el hielo en dirección a las Yaretas, indicaban que un solo caballo había pasado por allí, y que éste iba muy cansado y además herido en las manos; era, pues, evidente que, apresurando la marcha, podría alcanzársele antes que entrase en sagrado.

Después de algunas horas de marcha, siguiendo el rastro por senderos y por pasos desconocidos hasta entonces para el que hacía de jefe del piquete, sin descubrir nada que pudiese alentarle en aquella penosísima tarea, ya comenzaba a desmayar, cuando llamó vivamente la atención de un soldado la presencia lejana de un objeto negro que parecía quererse ocultar tras de un crestón de nieve. Cobrando entonces nuevos bríos, precipitaron la marcha, mas al llegar al helado penitente, no fué poca su sorpresa y su desconsuelo al ver tras de él, en vez de la persona que buscaba, a un solo caballo muerto y a medio ensillar.

Al abrigo del témpano, pues, había pasado la noche el fugitivo; pero, ¿dónde encontrarle ya? El rastro de sangre terminaba allí; el de pie de hombre apenas dejaba señales en el hielo. La vergüenza de haber sido burlados en su propósito, porque era efectivo que a alguien perseguían, les impulsó a seguir acelerados a tomar posesión del único paso que entre dos enormes y negros farellones se divisaba a corta dis-

tancia; pero llegaron tarde, pues sólo vinieron a cerciorarse de que habían alcanzado al fugitivo, por el estruendo que hizo al quebrarse un enorme alero de nieve suspendido sobre un abismo, cuyo fondo encubría un grueso lecho de esponjosa nieve, sobre la cual, de tan tremenda altura, había lanzado la desesperación al misterioso perseguido.

Atónitos los perseguidores, acompañaron con un grito de espanto aquel arranque de desesperado valor, y aún no se habían apartado de la orilla del precipicio que burlaba sus esperanzas, cuando alcanzaron a ver debatirse entre el fofo y blanco lecho que encubría el fondo del barranco, a un hombre vivo, que saliendo cubierto de nieve al lado opuesto, sacudía tranquilo la manta y un cuero que llevaba consigo.

¡Don Juan Antonio Rodríguez se había salvado de la persecución que la muerte de Araya le acarreara!

Don Juan Antonio Rodríguez no salió de su país cual suele un malhechor avezado en la carrera del crimen. Salió por una de aquellas calamidades que ni la misma prudencia puede a veces evitar y que la ley no perdona.

Nacido en Chile, en los confines marítimos de la antigua Colchagua, de una familia honrada y bastante pudiente para ser tenida en algo por los hijos de la antigua provincia de San Fernando, su educación había sido bastante esmerada para la que se daba en Chile en tan apartado lugar en el año de 1790. Leer mal, escribir peor y apenas contar; esto y las rutineras máximas de moral que, explicadas por la ignorancia, más conducen al fanatismo que al sentimiento de una verdadera religión, fueron las ocupaciones de sus primeros años. Llegado a la edad de pubertad, su constitución de hierro, su extraordinario arrojo en el manejo del caballo, su valor que llegó a hacerse proverbial, su juicio sarcástico a la par que festivo, y sus liberalidades sin límites, le granjearon una reputación provincial que hasta 1850 no desmentía el recuerdo que aún queda en Quiahue de este tipo del *lacho guapetón*.

Oculto, pero siempre perseguido por el acecho después del lance con Araya, salió disfrazado para el pueblo de Curicó, en dónde supo por sus amigos que ciertos celos del juez sumariante, y no muy inciertos garrotazos que había recibido de manos de Rodríguez delante de la querida disputada, habían elevado su desgraciado encuentro en la trilla de Loló a la categoría del más alevoso y premeditado asesinato. Fué preciso, pues, resolverse a abandonar temporalmente su patria, y recorrer, en calidad de pobre y desvalido fugitivo, aquellas cordilleras y aquellas pampas en las que tantas ve-

ces había figurado como ladino, acaudalado y prestigioso contrabandista.

Salió, pues, sin más esperar, como dicen los campesinos, en lo montado, huyendo de las cárceles y del patíbulo. Supo al llegar a la hacienda de la Huerta, que el resguardo estaba sobre aviso para aprehenderle. Pero para Rodríguez un resguardo fué siempre el menor de los tropiezos, aunque tuviese, como tenía con el de entonces, una endiablada cuenta atrasada que cancelar. Sin dar, pues, tregua ni descanso al generoso bruto que montaba, esa misma noche dejó atrás el resguardo, pasando por donde él sabía que podía pasar sin ser sentido.

No hay dineros peor empleados que aquellos que se gastan en los mentados resguardos de la cordillera, tanto por las facilidades sin cuento que la misma sierra ofrece en todas partes para burlar su vigilancia, cuanto por la misma tibieza con que los tales guardianes desempeñan sus obligaciones. Mas, como parece que la actividad desplegada por los perseguidores de Rodríguez desmintiese esta verdad, creo del caso explicar la causa de tan raro fenómeno.

Dos años antes de la persecución que dejo narrada, venía de la otra banda el chileno Rodríguez, que así le llamaban entonces, con un buen cargamento de costales de tabaco. Para librarse de las asechanzas de los resguardos cordilleranos no hay mejor arbitrio que el rodear; mas como el rodear, por el tiempo que se pierde en ello, perjudica muchas veces al expendio, a don Juan Antonio, que sin saber el inglés, sabía que el tiempo es plata, se le ocurrió la travesura, como él decía, de dejar la carga atrás, de adelantar su gente, de hacerla alojar en el puesto en calidad de vendedores de ganados, de amarrar en la noche a los guardianes, de hacerles traslomar la cordillera, y de dejarlos por doce días en depósito en poder de la reducción del cacique pehuenche Faipanque, dueño de unos potreros al sur del río Salado.

El obsequio de un buen caballo, regalado por orden de Rodríguez a cada uno de los prisioneros cuando se les puso en libertad, no había sido bastante para adormecer el germen de ira y de venganza que dejó en el ánimo de los protectores de la hacienda pública tan pesada mano, y la vergüenza, junto con el deseo de vengarse, hicieron que ni el mismo gobernador de Curicó supiese nada de lo ocurrido.

La persecución, pues, fué tan activa, que pudo decirse que ponían ellos el pie donde acababa de alzar el suyo el fugitivo.

Rodríguez no alojó, como se ha visto, en la Plaza de Armas del cráter del volcán de Peteroa, y prosiguió sin dar

resuello a su debilitada cabalgadura por el medio de aquel desierto de empedernido hielo, hasta que el generoso animal, extenuado por el cansancio y por el hambre, destrozada la piel del nacimiento de las uñas por las aristas y los filos del hielo cristalizado que rompía, arrollándose junto a un alto penitente, abandonó junto con la vida al amo que cargaba.

Precisado a pasar allí la noche, muerto de frío y sin poder hacer fuego, ni aun con la bosta de caballo que llevaba, como lo hacen cuantos emprenden la travesía del Planchón, por temor de ser descubierto, aquel hombre de fierro esperó el alba envuelto en los pellejos de su montura, al reparo del vientre, aún tibio, del fiel compañero que le había conducido hasta allí, y que aún después de muerto le cedía el último calor que le quedaba.

El primer destello del alba encontró a Rodríguez desviado del camino público, marchando a pie por uno de los senderos extraviados y salvadores que él conocía, envuelto el pecho con el pellón encimero de su montura, sin más provisión que el último pedazo de charqui que devoraba, sin más armas que aquel machete que ocasionó su desgracia, ni más ajuar que su yesquero. Mas, ¿qué podía hacer un hombre a pie en aquellas blancas planicies para librarse de la vista de los que le perseguían bien montados? Fué, pues, encontrado cuando apenas entraba en el estrecho y peligroso sendero que faldea, por el lado del sur, el peinado farellón que, afirmando su planta en un abismo, alimenta con las nieves de sus mesetas las primeras vertientes del Salado.

¡Terrible situación la de aquel desgraciado! Proseguir huyendo por aquel sendero, que caminado una hora antes, le habría puesto a muchas leguas de sus enemigos, era por entonces caer indudablemente en sus manos; desviarse de él, era precipitarse en un abismo cuya hondura no podía calcularse por estar encubierta con las nieves de la última nevazón. En aquel aciago instante, el aspecto de una muerte desastrosa e inevitable se presentó a sus ojos; sólo le quedaba el arbitrio de elegirla; mas, para las almas de su temple, entre morir en el ignominioso patíbulo del criminal o morir despedazado, pero libre, no había que titubear. Así es que a la primera intimación de sus perseguidores, sólo contestó con aquel espantoso salto, que llevándose tras sí los carámbanos de la orilla, fué a rematar al fondo del abismo, donde se sepultó en las nieves. Rodríguez acababa con su arrojo sin ejemplo de salvar dos veces su existencia: la una por no encontrar la nieve endurecida, la otra porque la situación en que se encontró en el fondo de la quebrada acortaba mu-

chas leguas un camino que le hubiera sido imposible recorrer, debilitado como estaba, sin perecer helado.

El rapidísimo descenso de la quebrada, cuyos saltos, siempre peligrosos, bajó a fuerza de brazos y dando caídas, le condujo hasta los primeros céspedes amarillentos donde se detienen las nieves. Allí, extenuado por el cansancio, por el hambre y por tan crueles emociones, se asiló en una caverna donde el calor del fuego le volvió la vida. En ella, sin más lecho que el suelo removido con el machete, sin más cobija que el pellón que nunca abandonó, y sin mejor almohada que su fornido aunque debilitado brazo para defender la cabeza de los pedruscos, pasó la noche.

Colocado después por la fortuna en situación más envidiable, departiendo sobre esto, me decía que en vez de descansar aquella noche, amaneció más aniquilado que antes, pues unas veces soñaba que corría, otras que, alcanzado, le sentaban en un banquillo, y otras que se lanzaba en el abismo.

Con la vuelta del día, y con la seguridad de hallarse libre, no tardó este hombre singular en recobrar la totalidad de los bríos que las emociones de la noche y la pasada tormenta le habían quitado, y prosiguiendo el descenso unas veces por las orillas del río, y otras traslomando puntillas, tuvo la suerte de ser encontrado y protegido por algunos cazadores de guanacos que recorrían aquellos contornos, y la de ser llevado en seguida, hasta dejarle bueno y sano, en Chilecito de Mendoza.

Pero, ¿qué es este Chilecito, se me preguntará, que con tanta frecuencia conmemoro? Hélo aquí:

El hombre chileno es, en general, esencialmente andariego; para él distancias no son distancias, siempre que al cabo de ellas llegue a divisar o mucho lucro, o mucho que admirar. Si no se le ve en todas partes, no es tanto por falta de deseos, cuanto por falta de recursos para satisfacer su natural propensión.

Llenas están de chilenos las ardientes y arenosas costas bolivianas; en el Perú se encuentran por miles; y en uno y otro Estado nadie disputa al peón chileno la palma de la actividad, del arrojo y del trabajo, al revés de lo que le sucede en su propio país, donde no teniendo a quién lucir esas virtudes, no sólo es desidioso, sino que llega a ser manso y sumiso, cuando fuera de él es siempre altanero y orgulloso.

Chilenos fueron los primeros pobladores que, corriendo en pos del vellocino de oro, pisaron las encantadas playas de California. En ellas la afeminación y el ocio aparente de algunos hijos de las primeras familias de Santiago, se tras-

formaron, bajo el solo influjo de un cielo extranjero, en envidiables tipos de arrojo y de trabajo. Los he visto con la risa en los labios trocar el roce del guante de suave cabritilla por el áspero de la barreta del gañán; la camisa de hilo, el lucido chaleco y la vistosa levita de fino paño, por una simple y burda camisa de áspera lana. Los he visto dormir en el suelo sin más abrigo que un *sarape,* ni más almohada que el sombrero, y confiados en sus valimentos personales, desafiar impávidos el sol, el agua, el trabajo y el cansancio. En California el sentimental y petimetre santiagueño, junto con el gañán de nuestros campos, fueron alternativamente amos y sirvientes, codiciados fleteros, incansables cargadores, carpinteros, cortadores de adobes, lavadores de oro, constructores y comerciantes. Los he visto, de ambos exigentes y regañones en Chile, tornarse sin esfuerzo en modestos criados de un mulato afortunado.

Chilenos he visto en los terribles hielos del Báltico, a inmediaciones de Cronstadt, abandonar serenos, prendidos en las nieves, la nave en que servían, seguir a pie sobre el mar congelado hasta el continente, y de allí venir de cárcel en cárcel, hasta llegar a Hamburgo, desde donde tuve ocasión de repatriarles. Los he visto, muy sueltos de cuerpo, echar bravatas sobre un muelle de Burdeos donde acababan de desembarcar, aunque se encontraban en el más completo aislamiento de relaciones, tan serenos y resueltos, como si aun estuviesen sobre el de San Carlos de Ancud. He visto chilenos acaudalados malbaratar a manos llenas sus caudales en todas las capitales de la Europa, sin cuidarse del porvenir; chilenos muy pobres, buscando con confianza y con fe en sus propios talentos, el prestigio y la honra que dan en aquellos centros de civilización el mejoramiento de las ciencias y de las artes; y chilenos, simples marineros y desertores además, atravesar contentos la Francia a pie, desde Burdeos hasta el Havre, para buscar otro buque donde servir. Chileno fué aquel atrevido marino aventurero que siguió a Cochrane a la Grecia; chilenos son los infinitos viandantes que, alforjas al hombro y garrote en mano, se encuentran a cada paso en los boquetes de los Andes, aprovechando del verano para ir a pie, en busca de una yunta de novillos de amansa, o de un caballo para su montura; y chilenos también los pobladores de cuantos *Chilecitos* se alzan al pie oriental de nuestros Andes, porque donde hay chilenos juntos en el extranjero, debe surgir forzosamente un Chilecito.

Estos Chilecitos, que ni siquiera merecen el nombre de villorrios, por no ser más que una informe aglomeración de casuchos, de fincas y de solares colocados sin orden ni con-

cierto alguno, son siempre el primer asiento hospitalario que se ofrece a la vista del chileno que atraviesa los Andes.

Colonias naturales que la necesidad y el acaso han ido formando, los Chilecitos de ultracordillera no son otra cosa que un compuesto de pobladores chilenos afincados y ambulantes, en el cual alternan casi siempre por iguales partes el hombre de bien y el hombre de mal. Y no es de extrañarlo, porque siendo para los chilenos las cordilleras de los Andes en su costado oriental, o el refugio del malvado, o el asilo y la recompensa del trabajador, así busca ese sagrado el criminal, como lo busca el que no lo es.

Chilecito de Mendoza fué, pues, el lugar en donde los compasivos cazadores de guanacos dejaron al pobre perseguido. Una ruin cocina de un tal Cubillos, poco tiempo después subalterno y amigo de aquel terrible Rodríguez que tanto fatigó con sus audaces hechos el clarín de la fama de los guerreros de la Pampa, fué el primer peldaño de la escala que elevó al poder absoluto al desvalido fugitivo, para quien ese chiquero fué entonces un palacio.

Pobre y aislado, sin más caudal que sus brazos, sin más porvenir que la carrera del crimen, que ancha y florida se ostentaba a su vista, en un centro en donde tanto alcanzaba el valor personal y el derecho del más fuerte, Rodríguez, que no había nacido para criminal, supo dominarse, y resignado ofreció sus servicios en calidad de peón gañán a Cubillos, en cuya casa pasó los primeros meses de su destierro.

No tardó Cubillos en saber quién era el robusto y sumiso peón que le servía, y, avergonzado, se apresuró a darle una habilitación para que negociase en expendio de licores. Desde entonces, activando su pequeño negocio, nunca dejó de verse al chileno Rodríguez en San Vicente, en San Carlos, en Luján, en Chilecito de Mendoza, y en cuantos puntos podían ser propicios a impulsar la venta de la rica *pichanga,* (1). que él sólo sabía aclarar. En estas y otras correrías fué donde poco a poco se dió a conocer y a estimar de todos, y donde con esta estimación echó los primeros cimientos del cariño y del respeto que nunca dejaron de tenerle aquellas sencillas gentes. Rodríguez no sólo era querido como amigo, lo era también como juez inexorable e imparcial, pués en varias ocasiones ocurrían a él como si fuese juez de derecho, y de sus sentencias nunca se apelaba, no faltando casos en los que el tal juez derribase a palos a una de las partes, cuando sospechaba que le faltaba al respeto.

La fama y nombradía del chileno no tardó en alcanzar

(1) Pichanga; nombre que le dan en Mendoza al vino nuevo.

al palacio de aquel fraile feroz y despiadado, que parece que el infierno hubiese vomitado sobre la desgraciada provincia de Mendoza. Rodríguez, ya cansado con el oficio de vender licores y electrizado con la relación de los brillantes hechos de armas de sus propios amigos en la guerra civil de la República, deseó entrar en el ejército, y apenas supo que el fraile-general deseaba conocerle, cuando se presentó a él y le pidio servicio en calidad de soldado raso.

El aspecto atlético del recluta, su fisonomía franca y resuelta, así como su modesta aspiración, bastaron a aquel sagaz caudillo para conocer, como lo expresó después, que *un hombre como Rodríguez era lo que hacía tiempo que buscaba*. En efecto, habíale bastado un solo rato de conversación con Rodríguez para descubrir en él la lealtad del perro, virtud que desconocía en el hombre; la fuerza y vigilancia del guerrero tan necesaria entonces; y junto con un carácter impetuoso, la inocente sencillez del niño. Propúsose desde entonces hacerse dueño absoluto de su voluntad, y puede asegurarse que ninguna empresa fué coronada con un éxito más feliz. Rodríguez sólo era Rodríguez cuando sus acciones y sus pensamientos no tenían relación con las acciones y los pensamientos de su protector y padre, como él le llamaba; mas cuando sucedía lo contrario, aquel huaso generoso y valiente dejaba de ser quien era, para transformarse en una fracción física y moral de Aldao, colocada a más o menos distancia de su centro.

Rodríguez, en vez de ser admitido como soldado raso, fué desde luego incorporado entre los oficiales de la guardia privada del general, y favorecido con demostraciones y preferencias que llegaron a ofender a sus mismos camaradas.

Alarmada la oficialidad por el repentino favor del nuevo intruso, procuraron hacerle el servicio insoportable; pero Rodríguez, en un teatro más análogo al suyo, fué tanto lo que les dió en que entender, que estuvieron varias veces a punto de ensangrentar sus reuniones, y así hubiera sucedido si el recuerdo de la catástrofe de Chile no hubiese contenido el iracundo brazo de ex vendedor de licores.

Seguro del cariño de Aldao, a quien llamó desde entonces su padre, así como aquél lo distinguiera con el nombre de hijo, procuraba, con la lealtad del ciego y entusiasta agradecimiento, una ocasión siquiera de *hacerse descuartizar* por su bienhechor. No se presentó este extremado caso; pero no le faltaron medios de servirle exponiéndose, porque quien busca los peligros los encuentra, y porque tal vez sean ellos una de las pocas cosas de que se pueda disfrutar, sin disputa, entre los hombres.

Súpose que varias tribus de nuestros moluches infestaban

las pampas y que, unidos a los batidores del caudillo Baigorria, estaban devastando la provincia y amagaban a San Carlos desde la desierta y peligrosa frontera de San Rafael, que confina con la Patagonia. Rodríguez ofreció salirles al encuentro, poner en pie de defensa la abandonada frontera, y aun mantenerse en ella a despecho de todos si fuere preciso. Así lo verificó, y esto le valió el título de capitán del fuerte de San Rafael.

Desde aquel momento comenzó la vida de nuestro soldado aventurero a revestirse del carácter público con que se le vió tantas veces figurar en los sangrientos encuentros de la guerra intestina que, por tantos años, sentó en la República Argentina sus atroces reales. Pero no siendo mi propósito seguirle en ella, sino el de referir lisa y llanamente aquellos rasgos sobresalientes de la vida íntima del proscripto hijo de Quiahue que más se relacionan con la mía, me bastará decir, antes de continuar, que no hubo en aquella guerra mortal y fratricida hombre que más prodigase su vida en los crueles encuentros donde le llamaba el deber y el amor a su jefe. Rodríguez casi no tenía en el cuerpo un solo lugar que no mostrase o el rastro de una lanza o el de una bala.

Pero quien creyere que Rodríguez, en vida del general Aldao, haya hecho algo sin mandato de su jefe, o tenido una sola idea que no haya sido sugerida por él, formará del carácter público de este hombre singular, el juicio más equivocado. Rodríguez no ha sido más que lo que es en todo tiempo un soldado valiente; su consigna era obedecer, y obedecía sin preguntar por qué. Si a esto se agrega que Aldao, *después de Dios,* era para él la suprema perfección, y que hasta adivino llegaba a ser, es evidente que para Rodríguez, Aldao no mandaba ni podía mandar cosa que no fuese justa y necesaria. De aquí aquella mezcla de sensibilidad y de inexorable firmeza con que ejecutaba hasta los menores deseos de su genio tutelar; de sensibilidad, porque el corazón de Rodríguez nunca fué cruel; y de inexorable firmeza, porque tal era el carácter que le imponía el deber de obedecer; pero no de aquella inflexibilidad cruel que se goza en el tormento de sus semejantes, sino de aquella que nace del profundo convencimiento y de la conciencia íntima de que lo que se hace es necesario y justo.

Encontrándome departiendo con él en su nueva residencia de San Rafael, me acababa de pasar, con su franqueza de soldado, la mitad de una hermosa sandía que él mismo había partido para mi regalo, cuando entraron en el aposento dos soldados conduciendo maniatado a un prisionero cuyo aspecto repugnante me impresionó. Era su estatura mediana

y contrahecha, pero fornida, cetrino el color de su semblante, y su mirar traidor; una honda cicatriz, producida al parecer por un tajo que llevándole parte de la nariz sólo se detuvo en la quijada, daban al todo de aquel desgraciado un aspecto repelente e indescriptible. Rodríguez, quien pareció reconocerle, alzándose de su asiento, dijo estas palabras:

—¡Oiga! ¿Conque eres tú, *Godoicito*, no? Ñato bribón, al cabo habíais de caer en mis manos!

Y dirigiéndose en seguida a los soldados, agregó:

—Llévenlo, pues, por allá lejitos, donde el amigo don Vicente ni yo oigamos nada, y después al río, que ni cristiano es siquiera.

Aterrado yo con este inesperado lance, no pudiendo ni conservar en las manos la sandía, la coloqué con desaliento sobre la mesa, lo cual visto por Rodríguez, lanzándose fuera de la sala, gritó que trajesen de nuevo al reo a su presencia, agregando al volver a mi lado:

—Don Vicente, usted no sabe lo pícaros que son estos desertores; pero ya que le he oído decir tantas veces a usted que es una gran virtud perdonar, ¿por qué no hemos de ser virtuosos también por acá?

Llegado el reo a su presencia:

—Desaten a ése, dijo; híncate, bellaco, a los pies de este caballero; ya estás libre y haz de cuenta que jamás te he visto.

Mas, si este caudillo, a quien llaman bandido atroz los Unitarios, perdonaba con tanta facilidad delitos de muerte cuando sólo dependía de su corazón el hacerlo, no era ni con mucho lo mismo cuando sucedía lo contrario, porque habiendo recibido poco tiempo después orden terminante aunque equivocada, de hacer matar a uno de sus mejores soldados, lo mandó ejecutar llorando, y recogiendo al mismo tiempo bajo su amparo a la viuda e hijos de aquel desgraciado.

Era, pues, el capitán Rodríguez menos cruel de lo que se decía, y por esto se ve que nunca encabezó sus cartas con el lema aterrador: *¡Viva la Confederación Argentina; mueran los salvajes unitarios!*, sino con éste de su indisputable creación: *¡Viva la fe de Cristo y la razón!*

El encarnizado antagonismo que reinaba entre los partidos Unitario y Federal había llegado a tal extremo poco antes de la muerte de Quiroga, que hasta la salvadora palabra *cuartel* había perdido su significado. Muchos unitarios de San Luis y de Mendoza, perseguidos con tenacidad, habían buscado asilo en el seno de las indiadas ranquenches que, obedeciendo a un tal Baigorría, infestaban con frecuentes excursiones, no sólo los contornos de sus guaridas, sino también

los más lejanos lugares, sembrando en todas partes desolación y espanto.

Sin embargo, entre tanta atrocidad solía de tarde en tarde venir al amparo del crédito de la humanidad tal cual rasgo de virtud privada, que hacía reconciliarse con él.

Al sur de la ciudad de San Luis, con un cuarto de inclinación al oeste, yace la laguna del Bebedero. El territorio comprendido entre la laguna y el pueblo, casi desierto entonces, exhibía, de cuando en cuando y a grandes distancias, tal cual ranchón o enramada hecha con toscas ramadas de algarrobos, más bien para indicar que aquellos campos, dedicados a la crianza de ganados, tenían dueños, que para servir de residencia fija a sus respectivos propietarios.

En una obscura noche del mes de marzo de 1844, a la luz de dos hermosas fogatas, una de estas rústicas enramadas reflejaba sus contornos en las blancas aguas que terminan en la playa septentrional del Bebedero. A la luz de la fogata del lado izquierdo se veían algunos soldados recién desmontados, que parecían disponerse a vivaquear en aquel lugar, y que, a juzgar por sus trajes y por la naturaleza de sus desiguales armas, más parecían bandidos que soldados. Divisábanse también entre ellos algunos heridos; pero esto no perturbaba ni la alegre charla, ni las risas y maldiciones de los demás, mientras lo disponían todo para el descanso.

Dentro de la enramada, a la luz de los fuegos que dejaba pasar la mala cerca de algarrobo que hacía veces de pared en ella, se divisaba atado de pies y manos y sentado en el suelo, a un hombre de estatura aventajada, de rostro blanco y de anchos bigotes rojos, al parecer herido, pues tenía el cuello envuelto con un pañuelo ensangrentado, y cerca de él a un soldado armado con tercerola y puñal.

Al amor de la segunda fogata departían solos el jefe de la partida y su lugarteniente, y tanto tenía de apuesta y de simpática la figura del primero, cuanto de antipática la del segundo; pues que, a más de pequeña y contrahecha, llevaba en la amarillenta cara el rastro de un antiguo tajo que se la hacía aún más repugnante de lo que era en sí.

—¿Diste tus órdenes, Godoy?, dijo el primero al segundo.

—Sí, mi teniente; lo que es un resuello para los caballos, y unas cuatro horas de descanso para la tropa, cosa de que el lucero nos encuentre a caballo, y nada más.

—Qué buen tiro, ¿eh?

—¡Vaya, pues!

—¿Escaparía alguno? No sea que estos...

—¡Vaya! ¡Ya que iban a escapar! En cuanto no más *voleó* usted al chileno de un balazo, los que iban disparando,

castigando a dos *verijas,* se nos vinieron como perros a bofe encima, para llevarse el cuerpo; pero contra lanza y abanico, no hay *tutía;* ¡ahí quedaron no más todos!

—Ahora me alegro que no haya muerto ese chileno intruso; y se acabó el perro bravo del fraile. ¡Qué buen *tútano* va a sorberse Baigorría! ¿Y está bien asegurado?

—¡Vaya, pues! Mi teniente lo ató con sus propias manos.

—No descuidarse; yo voy aunque sea a despuntar un sueño.

—Ya están todos roncando, justo es que descanse usted también, mi teniente.

Un instante después, todo había pasado del movimiento a la quietud; las fogatas fueron poco a poco consumiéndose, y el silencio que en todas partes reinaba, sólo era interrumpido por el grito de las aves acuáticas de la laguna, por el violento resoplido que lanzaban de cuando en cuando los caballos atados alrededor del campamento, y por el tardo paso del centinela de vista que vigilaba al prisionero.

Al segundo canto del gallo, la presencia de tres hombres armados en la entrada de la enramada dió a entender al desgraciado cautivo que sus momentos eran ya contados; pero se equivocaba; era el retén del relevo. Prisioneros como él sólo debían morir delante de Baigorría. Para mayor seguridad, el que hacía de jefe entró en la enramada a registrar en persona las ligaduras del encarcelado. El prisionero, sin poderse dar cuenta de lo que iba a ocurrir, sintió con estremecimiento que le oprimían el hombro con dulzura, que rebanaban las cuerdas de cuero que ataban a la espalda sus casi adormecidas manos, y que dejaban, sin saber cómo, en ellas un puñal.

Rodríguez, que no era otro el misterioso herido, conmovido con lo que le acababa de pasar, sin poderse dar cuenta de dónde podía venirle tan inesperado auxilio, atrajo bajo el poncho sus ligados pies, cortó con convulsa mano las amarras, y dando tiempo al restablecimiento de la circulación de la sangre, lanzarse sobre el descuidado centinela, derribarle de un poderoso *cachazo en la frente,* saltar por sobre él, y precipitarse al lago, fué todo uno. A los gritos del derribado centinela todos recuerdan y, en confuso tropel, siguiendo al cabo Godoy, que intencionalmente los extravía, dando voces de persecución, corren precipitados dejando tranquila atrás la codiciada presa. Rodríguez, entonces, saliendo apresurado del fango donde estaba sumergido, se lanza en pelo sobre el mejor caballo de los que allí están atados, atropella a dos soldados que quieren oponerse a su fuga y desaparece como un

celaje por entre la obscuridad y la densa niebla que se alza de la tibia superficie del lago.

Dos años después, en mi tercer viaje a San Rafael, Rodríguez, refiriéndome este suceso, agregaba: ¡El hacer bien nunca se pierde!

La bala le había entrado cerca de la garganta, y sin saber cómo se había alojado, sin matarle, junto a la nuca. En San Rafael ni cosa había que se pareciese a cirujano; así fué que, sin un nuevo arrojo de este hombre singular, difícil hubiera sido me contase este suceso. Aburrido el huaso colchagüino con la fiebre y el dolor que le ocasionaba semejante huésped, se dió con el puñal y a tientas, un peligroso tajo, y corriendo con fuerza la mano de adelante para atrás, *¡allá va esa moledera!*, dijo, viendo saltar sobre el pavimento una ensangrentada bala de a onza que llevaba aún adherido un pedazo de gordura de su robusto cuello.

La muerte de Aldao, considerada por Rodríguez como la mayor calamidad que pudo recaer sobre la provincia de Mendoza, cambió enteramente el carácter y las tendencias de su protegido.

San Rafael fué convertido, desde entonces, en centro de un nuevo gobierno sometido, sólo en el nombre, a las autoridades de Mendoza. Aumentó sus fuerzas alistando, entre sus soldados, cuantos chilenos llegaban al fuerte, bien fuese impelidos por la pobreza, bien por sus crímenes; se proveyó de caballada, de armas y de municiones, y a la sombra de su actitud imponente, esperó confiado el porvenir. Los pueblos de San Vicente, Luján, San Carlos y Chilecito, atraídos por sus liberalidades, se pusieron tácitamente bajo su inmediata protección, y aunque sometidos, en el nombre, a sus autoridades locales, no reconocieron más jefe ni más autoridad que *al chileno Rodríguez, padre de todos los cuyanos honrados.*

Era, en efecto, este soldado aventurero, el supremo tribunal adonde acudían, en último resultado, los agraviados en las sentencias dadas por los juzgados de la provincia. Por intrincada que pareciese la cuestión, Rodríguez la resolvía en el acto; daba oídos al primer querellante que se le presentaba, y sobre su sola relación dictaba verbalmente su irrevocable fallo. Tal era la íntima convicción en que estaba de que aquellos *ladrones,* como él llamaba a los empleados públicos, no habían de hacer más que cosas arrevesadas, que con tal que la sentencia suya fuese diametralmente opuesta a la que habían dado aquéllos, ya la tenía y reputaba por justa y santa.

Mal cimentadas aún las autoridades de Mendoza para arrostrar sin peligro la desobediencia armada del alzado chi-

leno, y calculando adónde podría conducirles su conocido arrojo, comenzaron, desde entonces, a mirar sigilosas su poder; y lo consiguieron, porque en Rodríguez no se hallaba un ápice de cabeza; porque en él todo era corazón.

Hacía tiempo que yo sospechaba estas maniobras; tiempo hacía también que sin parecer tomar parte activa en cuanto veía, procuraba combatir en el ánimo de aquel soldado la idea de vengar agravios que a puño cerrado creía que se hacían a la memoria de Aldao, hasta que al fin me abrió entero su corazón.

Era Rodríguez supersticioso, sin ser fanático; creía, con la fe del carretero, en brujos y en apariciones, y aquel corazón que nunca se inmutó ante las lanzas enemigas, temblaba como el de un niño ante todo lo que olía a sobrenatural.

Refiriróme que pasando solo una noche por las orillas del Diamante, donde había ido a llorar, sin que nadie le viese, la muerte de Aldao, su ídolo y su padre, había visto alzarse sobre las tranquilas aguas de aquel río a un fraile vestido con hábitos blancos, que le hacía señas para que se acercase a él. Yo, señor, me decía conmovido, sentí que me empujaban hacia aquella aparición, como si ella fuera una lampalagua; pasé, sin saber cómo, por sobre el cercado de un huerto que está a la orilla del agua, acercándome cada vez más a aquel fantasma que, con los brazos abiertos, señalaba con el derecho la pampa oriental y con el izquierdo mis pies; iba a caer al río, cuando sentí que me sujetaban y me arañaban una pierna. ¡No sé cómo no me caí muerto de susto en aquel lugar!... Cuando volví en mí, ya todo había desaparecido, y me encontré todo clavado en un matorral de rosas, donde había caído... ¿Qué será esto, señor don Vicente?, usted que es tan leído y que ha viajado tanto. ¿No será algún aviso del cielo? Porque es menester que sepa que, poco antes de morir, mi padre me llamó a su lado, y estrechándome la mano, me dijo:

—¡Hijo mío. Si muero, véndelo todo y véte a tu tierra. o si no, marcha en el acto con tus soldados y ponte al servicio inmediato del Dictador. Si te quedas, desconfía de todos los mendocinos: ¡te matarán!...

Proféticas fueron, por desgracia, para aquel soldado aventurero las últimas palabras de aquel fraile cruel, pues no tardó mucho tiempo su funesta realización.

Rodríguez, al terminar aquel relato, saltó como lanzado por un resorte de su asiento, e irguiendo su imponente frente, dijo con voz entera estas palabras, que me helaron de espanto:—¡No obedezco, ni quiero obedecer, mientras esté vivo uno de los detractores de Aldao! Yo les probaré a esos ba-

guales que gobiernan en Mendoza, que así, viejo como está, Rodríguez puede todavía quebrantarles el lomo.

El abatimiento que sigue a la exaltación no tardó en apoderarse de ese corazón henchido de agradecimiento, y volvió a sentarse silencioso, fija la vista, sin pestañear, en el horizonte.

¡Pobre amigo!, ¿trabajaba en ese instante su mente, el convencimiento de su impotencia intelectual para llevar a cabo sus propósitos? Muerto Aldao, aquella alma inquieta vagaba incierta de proyecto en proyecto, buscando con ansia alguna amiga inteligencia que, dirigiendo la marcha de sus poderosos medios de acción, los hiciese fructuosos.

Tomóme en seguida de la mano, y dirigiéndose a nuestros caballos ensillados que esperaban afuera, nos entramos silenciosos en la Pampa. Poco después, se detuvo, y alzando el brazo con dirección al sur, me dijo: Patrón, ¿alcanza a ver allá abajo el nevado?... Ese es el Gigante. Dé vuelta ahora su caballo, y mire usted alrededor suyo, hasta donde le alcance la vista... ¿Vió también a San Rafael?... Míreme ahora las manos, y en vez de manos, me mostró manoplas... ¿Servirá de algo todo esto?... Pues bien, todo cuanto ha visto es suyo; quédese conmigo, no vuelva a Chile. Confieso que, espantado con tan extremosa demostración de generosidad, cuyo propósito ya no admitía duda para mí, me dejó sin poder contestarle de pronto. Rodríguez, entonces, interpretando mal mi indecisión, agregó: Sé que todo esto no es gran cosa para hombres acostumbrados a regalos, como lo es usted; pero entiéndame bien, todo esto no es más que un estribo que le alcanzo, para que se afirme en él y suba a ocupar el puesto que ocupaba mi general... El caso no admitía duda; mas yo lo único que pude comprender fué que, estando ya en posesión de semejante secreto, mi permanencia en aquellos lugares se había hecho de todo punto insostenible.

Agotados los medios de persuasión para disuadirle de tan descabellado propósito, le hice consentir en la importancia de un viaje mío a Chile; y con la promesa de no dar paso ninguno antes de mi vuelta, me custodió con cien lanzas hasta el pie de las nieves. Allí le hice presente cuán rodeado estaba de traidores y de asechanzas; que no fiase secretos ni a su almohada, que continuase obediente como leal militar, y, sobre todo, que no diese paso ninguno subversivo, si no me encontraba yo a su lado; y héchole prometer todo esto, di, con el desconsuelo del que pierde la esperanza, al pobre amigo, el último abrazo que debía recibir de mí en el mundo.

Rayaba apenas el año de 1848 cuando llegó a Chile la noticia de un poderoso movimiento militar que organizado

en San Rafael, amagaba derrocar las autoridades constituídas de la provincia de Mendoza, marchando amenazador sobre la capital; y muy pocos días después, el jefe que la encabezaba, traicionado y vencido cerca de Luján, había sido alcanzado en su fuga, cerca de las Yaretas, y entregado al brazo del verdugo. ¡Los cariados huesos de Araya, vengado por la mano del destino, debieron estremecerse en su sepulcro!

Así murió a los setenta y cuatro años de edad, después de una vida henchida de borrascas, el valiente huaso de Quiahue, la espada mejor templada del despiadado fraile Aldao, Rodríguez, cuya memoria será siempre grata a los sur-sancarleños de Mendoza, cuyos recuerdos vivirán mientras vivan los campos de batalla donde lució su espada el antiguo y prestigioso jefe de la frontera patagónica de San Rafael, a quien sus enemigos llamaron atroz bandido, y sus amigos, padre amoroso de la gente honrada.

Con la muerte de Rodríguez, en cuya compañía había hecho varias expediciones guerrero-mercantiles hasta más allá del río Colorado, que arroja sus aguas en el Atlántico, terminó también mi afición al negocio ganadero de las pampas, que consistía, ya en cautivar ganados alzados que a fuerza de gritos y de carreras lográbamos encaminar a lugares sin salida, ya recobrando por la fuerza, de manos de indios chilenos, aquellos que conducían robados de la provincia de Buenos Aires, o ya asaltando los aduares de indígenas pamperos que obedecían a Baigorría.

¡Cuántas riquezas naturales para la industria minera, y sobre todo, para la pastoril, no encierra el agreste y poco conocido territorio formado por el recuesto oriental de los Andes, entre el conocido paso del Planchón y el grado 37 de latitud sur, y entre las nieves eternas y el remate de los contrafuertes que, escalonados unos, guardando cierto paralelismo con las heladas cuchillas de la sierra, y arrancando otros formando rectos ángulos con ellas, van disminuyendo de altura hasta que, transformados en colinas, se pierden en las vastísimas planicies de las pampas!

Conservo de este territorio el mismo leguario original que servía a Rodríguez de guía en sus expediciones, y que debo a su confiada amabilidad para conmigo. Este hombre singular había cedido, en mi primera visita, su propio dormitorio para mi alojamiento. Incomodado yo en las primeras horas de la noche por notables irregularidades que me parecía encontrar bajo el colchón, introduje la mano, y al notar que provenían de muchos paquetes de papeles, la retiré con espanto, presumiendo que podían ser ellos documentos de tal

naturaleza, que sólo debian archivarse tan a la mano del guardador, cuanto lo estaba la amartillada chapa de pistolas que éste llevaba siempre en la cintura.

Departiendo con él al siguiente día sobre los hombres y las distancias de algunos lugares que desde nuestro asiento se divisaban, entró conmigo a su cuarto, y después de introducir la mano entre mi colchón y las tablas de su catre, extrajo de entre varios legajos que me dijo contenían delicados documentos y cartas de Rosas y de Aldao, el leguario a que me refiero y que en tan especial archivo conservaba.

No es ésta ocasión de publicar este importantísimo documento, lleno de notas y de correcciones hechas por mano del mismo Rodríguez durante todo el tiempo que ejerció su insólito poder en la fronetra; pero ya que he de decir algo sobre lo propicio de aquellos lugares para el fácil desarrollo de la industria pastoril, prefiero que oigan mis lectores, de propia boca del literato de Loló, la parte del leguario que escribió sobre la sección menos rica de todos ellos, que es el curso del río Atuel, desde el punto denominado Juntas, hasta su nacimiento en las cordilleras que dan a Rancagua.

Dice al pie de la letra así:

"De Las Juntas, caminando al noroeste hasta llegar a Butalo, hay ocho leguas. Campo pastoso, algarrobales, médanos, pampas grandes y cerrilladas al poniente. En este punto alojó el general Aldao, con la división del centro, el año 33, por ser campo de muchos recursos y de varias lagunas de agua dulce.

"De aquí al paso de los Puntanos, nominado Puntano Milagüe, hay ocho leguas. Campo pastoso con médanos y algarrobales. Contra el albardón de un médano había viviendas de los indios Guitrao y del cacique Barbón, que finaron todos el año 33, perseguidos por la vanguardia de la división del centro.

"De aquí a Loncoboca, tres leguas. Algarrobales encumbrados, chañares, médanos, guaiguerías y muchos pastos en las costas del río.

"De aquí a Chilquita o Bain, dos leguas. Igual clase de campo, con una cañada muy pastosa a la costa de la cordillera del poniente; multitud de animales alzados bajan al agua de la laguna que hay en el centro de una gran travesía de las inmediaciones.

"De aquí a Soitué hay tres leguas. Igual clase de campo pastoso con grandes pampas al poniente. Caza de chanchos jabalíes, mucha hacienda alzada, y sigue la cordillera al poniente. Se pasa el río al naciente por el paso del Loro, por no haber camino por la costa del poniente que hemos se-

guido y que dista seis leguas de Soitué. Hay en el paso un agigantado algarrobo, campamento antiguo de indios que no existen.

"De aquí a la pampa de la Víbora (Tilulelfún) hay una legua. Esta pampa es de boleadas de avestruces, por ser muchísimos los que hay; campos pastosos, pozos de rica agua donde alojan los indios cuando vienen a invadir a San Rafael.

"De aquí a Currulaca, cinco leguas. Lugares pastosos y bosques de algarrobos y chañares. Inmensa multitud de aves de caza. Campo hermoso para sacar agua en todos los puntos. Muchos chanchos y jabalíes y hacienda vacuna y cabalgar alzada, que bajan a este punto del río a tomar agua.

"De aquí a La Varita, cinco leguas, de igual clase de campo con fumales.

"De La Varita hasta los Marcos hay una travesía de catorce leguas. En este intermedio entra mucho el río al poniente, lugar de muchos tigres, jabalíes, avestruces y montañas de algarrobos y chañares.

"De aquí a la bajada del Tigre, hay una legua, con camino angosto, lagunas, algarrobos y chañares.

"De aquí al Corral de Vicente, tres leguas de senda estrecha con vueltas. Gran chañar sombradizo, algarrobos tupidos.

"De aquí a Yuncalito, dos leguas de pichanal, algarrobal y chañar, campo pastoso y ramblones de agua de lluvia.

"De aquí al Corral de Novillos, cinco leguas. Grandes barrancas al lado del río, que forman corrales de encierra; campo igual al anterior.

"De aquí al Real del Mundo, cuatro leguas. Campo alfalfado a la costa del río, por haber habido alojamiento o vivienda; y al naciente montuoso.

"De aquí al Real del Padre, cinco leguas; alfalfales y algarrobales.

"De aquí a Las Juntas, cinco leguas. En medio de Las Juntas hay un fuerte redondo de altas barrancas con chañares ralos para sombrear. Pasa por este fuerte el camino que conduce a San Rafael, y al lado del norte hay una loma grande vestida de montes, donde se ocultan los indios espías para pillar a los campeadores cristianos."

No fastidiaré más al lector con la minuciosa copia del leguario que indica el curso del Atuel hasta sus fuentes andinas, curso que desde el punto de partida llamado Juntas, alcanza en sus vueltas y revueltas por entre algunos planes y cuesta arriba, 144 leguas según Rodríguez. Básteme decir que los pastos y los abrigos vegetales para los ganados, alcanzan

muy cerca de las cumbres; que en el lugar llamado Boca del Río, a 20 leguas del último que señala el leguario, existen canteras de preciosos mármoles; que en el Loncoboca, más arriba aún, existen excelentes salinas; que a 27 leguas de Loncoboca, en lo que llaman Acequia del Atuel, después de caminar por piedras y *chupa sangre,* se llega a unos baños termales llamados Aguas Calientes, que nacen entre *cortaderales donde se encuentran volcanes de agua, en los que al andar sin apercibirse, se precipita uno como en pozos profundos;* que molles formando bosques, se encuentran en los valles pastosos que yacen en el mismo pie del alto Sosneado, y que en el cajón que se desprende de la falda septentrional con el de ese cerro, se encuentran las abundantes salinas del cacique Maturano.

He señalado prolijo la importancia de la hoya del Atuel por ser ella la que se considera menos adecuada a la crianza de ganados que los demás campos que siguen para el sur hasta el río Colorado, para que no se admire ni la abundancia de animales que, gozando de plena libertad, pastan en ellos, ni su extraordinario bajo precio.

La suma abundancia de pastos perennes que existen en los cajones y en las lomas y valles del recuesto oriental de los Andes, y que van en aumento desde la altura geográfica de Rancagua hasta la del volcán de Antuco, territorio que con frecuencia he recorrido, explica el porqué del continuo enviar de ganados chilenos a esos lugares, a pesar de la abundancia y riqueza de nuestros pastos y del peligro que van a correr fúera de nuestro territorio entre los indios. Entre los pasos de Leñas Amarillas al norte y el del volcán Antuco al sur, se crían y apacientan, a más de los ganados domésticos y alzados propios de aquellos lugares, miles de animales chilenos que desde Quechereguas para el sur, confían los hacendados al cuidado de los caciques propietarios de aquellos desiertos.

Así como aumenta la lozanía y el vigor del pasto a medida que se avanza hacia las regiones del sur, así también se nota la gradual variedad, corpulencia y altura de los árboles que los acompañan, pues no pasando éstos, en el norte, de chañares y de algarrobos aparragados y de tal cual arbusto espinoso, a medida que se acercan al sur, no sólo van adquiriendo altura y robustez, sino que se acompañan con la vegetación chilena de manzanas silvestres, de molles, robles, guaigones y aun de cipreses, de los cuales vi muchos en el valle de las Lagunas Acollaradas o Epulanquen a inmediaciones de las fuentes del río Curileufu.

Parece que la riqueza y abundancia de minerales fuera

peculiar a las regiones inmediatas al Ecuador; pues a medida que se aleja de ellas el minero, menos ocasiones encuentra donde ejercer su industria.

Salvo la gran veta de plata que se ve y se ha trabajado en Uspallata, y cuyos rastros se encuentran de vez en cuando en las serranías del sur, confinando la extensión de su corrida, ninguna otra mina de este metal, ni de oro, he encontrado en las regiones que señalo.

Las de cobre abundan, sobre todo en el valle de los Ciegos, a inmediaciones del Planchón, y en las del río Tordillo, donde he observado vastos derrumbes de metales de subida ley que nadie explotaba por las dificultades que ofrece la ausencia o el peligro de los caminos. Abundan grandes depósitos de puro azufre y de sulfato de alúmina, y llama muy especialmente la atención del viajero, en las alturas del camino del Planchón a San Rafael, una solitaria e imponente laguna de brea que, fluyendo de una grieta volcánica, llena el aire de miasmas azufrados. La árida margen de este negro y pegajoso depósito de sústancias bituminosas contrasta con la blancura de cientos de esqueletos de animales que atraídos a este lugar, tal vez por la curiosidad, han muerto presos de patas en él.

Minas o depósitos de excelente sal se encuentran a cada rato; sobre todo donde cruza el camino denominado Barsas de las Barrancas que conducen a Curileufu.

El comercio que sostienen todos estos lugares con el sur de Chile se reduce a arrendamientos de potreros y a internar en él, animales, plumas de avestruces, brea para tinajas y sal.

Desde tiempo inmemorial nuestras compras de animales a los indios de ultra Bío-Bío han sido y siguen siendo la principal causa de los robos y diarios ataques a la propiedad argentina, verificados por los indígenas de una y otra banda de la cordillera. Antes, pues, de dar de mano en esta parte a mis recuerdos, y como comprobante de esta verdad, voy a copiar al pie de la letra una nota que el buen literato de Loló puso en su interesante leguario al hablar en otra del comercio pampero con Chile. Dice la nota así:

"Memoria de algunos sucesos y circunstancias que se hace necesario tener en vista sobre los terrenos que pertenecen a los indios Ñorquinos, donde ellos, por su ignorancia, dejan pasar a los chilenos. Los lenguaraces Zúñiga y Salvo logran a fuerza de amenazas que los Ñorquinos dejen pasar a sus espías, para que pasen hasta Banquilmacó a comerciar, es decir, a robar y dar malones juntos con los indios del na-

ciente. Estos cristianos se entreveran con los indios ladrones, se visten de chamal y, en pelota, quedan a igual clase de ellos; pasan después a juntarse con los baigorrianos, y a su vuelta, después de los trabajos que hacen en robar, se despiden, vuelven a su tierra vestidos como antes y entregan el robo a Zúñiga o a Salvo, que lo mandan vender."

CAPITULO XI

Cerrillos de Teno.— Pena de azotes.— Sociedades de ladrones.— Tierras auríferas.— La langosta y la Sociedad de Agricultura.— El nuevo pintor de decoraciones del teatro de Santiago.— Sarmiento, Tejedor y la literatura argentina.

Allá en el año 1847 arrendaba yo la hacienda de Comalle, propiedad de aquel distinguido literato y adusto mandatario que, siéndolo de Curicó, donde ella se encontraba ubicada, solía escribir a su amigo Luis Labarca cuando el pueblo tendía a insurrecciones: "Pronto iré a hacer temblar a esos zamarros con el ruido de las ruedas de mi birlocho".

Comalle y los tupidos bosques de Chimbarongo, como ahora se dice, eran entonces la morada y el seguro escondite de aquellos afamados ladrones *pela-caras* que hacian temerosos, con sus atroces correrías, los mentados Cerrillos de Teno; y como habían sido hasta entonces inútiles cuantas medidas había adoptado la autoridad para purgar aquellos lugares de semejante plaga, solicité y obtuve el cargo de subdelegado de esa temida sección del departamento de Curicó, con el solo objeto de manifestar con hechos que el azote no siempre merece el vituperio de los filántropos. Fueron los más acaudalados propietarios del lugar mis activos inspectores; armáronse los inquilinos, y capitaneados éstos por sus respectivos patrones, en todas partes se persiguió al bandido, y en ninguna se substituyó la relegación al dolor físico. No teniendo ya el bribón donde asilarse, ni buen techo ni comida por castigo en aquellas aulas que llamamos cárceles, verdadera escuelas de nefandos crímenes, tuvo forzosamente que abandonar el teatro de sus depredaciones y buscar más allá de los Andes la impunidad que no encontraba en Chile. Poco tiempo después ya podía viajarse por los cerrillos del mentado Teno sin llevar el viajero ni un solo cortaplumas en el bolsillo.

Es preciso que nos emancipemos alguna vez del fascinador influjo de la mal entendida filantropía. El hombre, en cuanto animal, cobija en su corazón el germen de los más

atroces actos; y si es cierto que la educación ahoga, en general, el desarrollo y crecimiento de tan funesta semilla, también lo es que la misma educación muchas veces los perfecciona. La educación, además, sólo puede surtir morales efectos sobre el virgen corazón del niño, que no teniendo aún nociones fijas ni de virtudes ni de vicios, no tiene tampoco por qué deshechar la honrada senda que un buen profesor puede indicarle. Pero la educación está muy lejos de obrar idénticos efectos sobre el corazón del hombre adulto, cuando éste ha llegado a familiarizarse con el crimen. La planta que al nacer puede arrancarse con sólo el leve esfuerzo de la presión de los dedos, cuando llega a su completo desarrollo, sólo la excavación o el hacha puede extirparla del suelo donde se la dejó crecer. De aqui el proverbio español, que no por ser vulgar deja de ser cierto, que "moro viejo no puede ser buen cristiano".

En el moro viejo es precisamente donde predomina la parte animal sobre la intelectual; y a la parte animal sólo puede hablársele con el atractivo del pan o con el temor del dolor físico. ¡Cuántos hombres-fieras no hemos visto caminar hacia el patíbulo con la más espantable serenidad! ¡Cuántos no hemos visto salir de la Penitenciaría y de las cárceles despidiéndose con cínica sonrisa de sus compañeros, con un repugnante *¡Hasta luego!* ¿Hay alguno que se dirija al rollo del mismo modo? Ninguno. El dolor físico hace que el tigre admita sin morderla, en su propia boca, la cabeza del domador.

La simple reclusión sólo produce fastidio y no escarmiento en la mente del endurecido criminal, por no poder en ella satisfacer el mar de vicios donde enfangado ha vivido, y es seguro que más aprovecharía a la pública seguridad una media docena de bien aplicados garrotazos al falseador de cierros, cada ocasión que se le sorprendiese cometiendo el crimen, que un año de reclusión al abrigo de mejor techo que el que antes de cautivo le cobijaba, y con mejores y gratuitos alimentos que aquellos que sólo a fuerza de trabajo podía proporcionarse cuando libre.

No quiere esto decir que la reclusión del ladrón no sea un medio de evitar temporalmente que siga robando como lo hacía cuando libre. ¿Pero basta la privación de la libertad? ¿Devuelve acaso el ladrón al despojado lo que le quitó por astucia o por violencia, a menos que la casualidad no ponga en manos de la policía el robo? ¿Devuelve el ladrón a la comunidad los gastos que le impone su temporal reclusión? Si al ladrón, en vez de darle una felpa a tiempo y mandarle después a rascarse a otra parte, se le encierra, enciérresele en

hora buena, pero obligándole a pagar en el encierro con violentos y forzados trabajos, ya el sustento que debe a la sociedad, ya el robo que debe al despojado.

En los robos y asesinatos de los Cerrillos de Teno terciaban también los indios pehuenches, circunstancia de muy pocos conocida, y cuya certidumbre tenía yo antes de transformarme en sátrapa de aquellos lugares. Llegaban todos los años aduares de pehuenches al departamento de Curicó, provistos de plumas de avestruz y de breas para vender, y nadie descubría ocultas en esas mercaderías la garra del ladrón ni el puñal del asesino.

No atinaba a encontrar el modo de librar a mi subdelegación de semejante plaga, por lo bien constituídas de las partidas de aves de rapiña, que con distintos disfraces lo infestaban todo. Tenían esas sociedades sucursales en Concepción y en Coquimbo. Los animales robados en uno y otro de estos dos lugares caminaban para los Cerrillos o para los bosques de Chimbarongo. En el punto de reunión se hacía el canje, y nuevos arrieros conducían al mercado de Concepción los animales de Coquimbo, y al mercado de Coquimbo los de Concepción. Mas, como no siempre convenía a los intereses de esas sociedades unidas las traslaciones, se entregaban a los pehuenches grandes partidas de caballos chilenos, que gozaban de alto precio en Cuyo, a trueque de animales vacunos para la siguiente primavera. Los pehuenches pagaban siempre con munificencia esas compras a plazos, a expensas de los robos que hacían en las haciendas de ultracordillera.

Encontrábame de visita en casa del señor don Mateo Moraga, arrendatario de Teno y uno de mis más activos inspectores, cuando entrada la noche vino un pehuenche todo ensangrentado a avisarme que el jefe de su reducción, Taipangue, que no era otro, como vine a saberlo a destiempo, que un bandido de sangre española que así desempeñaba el papel de capitanejo como el de honrado y sencillo campesino, vendedor de animalitos para engorda, acababa de matar a su hermano, deshaciéndole a pedradas la cabeza. Muy irritado con este denuncio, a pesar de los esfuerzos que hacía Moraga para que le esperase, iba a montar precipitadamente a caballo para trasladarme con los huasos que me acompañaban a la reducción o toldería del tal Taipangue, cuando se nos apareció dando gemidos una pehuencha, ensangrentada también, diciendo a voces que no fuesen pocos *soldados*, porque habiendo sabido el cacique que su cuñado había venido a denunciarle, había hecho montar su gente y dispuéstolo todo para repeler la fuerza por la fuerza. Dióse inmediatamente aviso a los inspectores don Luis Labarca, dueño de

Rauco, y don Jorge Smith, yerno de Irisarri, para que se me reunieran con su gente, y una hora después, acompañados con el médico de Talca, don Pedro Moller, ya estuvimos en la tolderia. Aunque pocos, porque aun no se me habian reunido los demás compañeros, creí que esto no pasaría de aquí, hasta que las contestaciones altaneras, la vista de un cuerpo bañado en sangre y al parecer exámine, y el intento de arrebatarme por la fuerza a un prisionero, me obligó a atacarlo sin consideración ni miramiento alguno. Vertióse sangre, es cierto, pero también lo es que quedó ileso el principio de autoridad.

Si yo me hubiera demorado en agredir, si yo por acatar lo que enseñan algunos compasivos criminalistas, que la defensa sólo debe superar al ataque en lo que fuese estrictamente necesario para inutilizarle; si yo me hubiera puesto a medir el largo y la profundidad de las heridas, tal vez no estuviera ahora recordando este episodio, que siempre se aparece a mi memoria cuando veo a un pobre vigilante atacar con solo su mala espada a un bandido que lo hiere con pistola, y que no mata al malhechor porque no se diga que se ha excedido en el ataque y se le someta a juicio.

Comoquiera que fuere, la prisión del herido Taipangue, la de algunos de sus principales mocetones, y el temor de que las declaraciones de éstos pusiesen en claro las maniobras de los demás vendedores de plumas y de breas, hicieron tomar a los cerrilleros de *chiripá* el rumbo de los *malales* del sur de San Rafael en la provincia de Mendoza.

Los santiagueños, que son siempre los apuntadores y los directores de escena en el drama tragicómico de nuestra vida pública, comenzaban a dormitar, cuando a un francés que vivía en el piso bajo de la casa de Solar (hoy Hotel Inglés), pobre de riquezas monetarias, pero riquísimo de arbitrios, ya que no disponía de monedas, de pomadas ni de afeites para imponer a los maridos contribuciones indirectas, se le ocurrió la peregrina idea de explotar al soltero y al casado, vendiendo muchas esperanzas de caudales por poquísimo dinero.

Alojaba yo, cuando iba de la hacienda a Santiago, sobre el aposento de este buen industrial, y observaba que cuando estaba solo ni siquiera se movía, al paso que cuando estaba acompañado era tal el ruido de choques de baldes y sonajera como de molinillos de café que allí se hacian, que daba ya al demonio con semejante vecindad, cuando vi salir corriendo al francés, sin sombrero, en mangas de camisa, gritando como loco por el patio: — ¡Protección! ¡Protección! ¡Chile es un pozo de oro! ¡Yo sé cómo sacarlo!

¡Oro! dijiste. El alboroto se hizo general; detuviéronse en la puerta de calle muchos mirones, otros entraron: el cuarto del francés se pobló de curiosos. Todos oyeron boquiabiertos los gritos de aleluya con los que el sabio químico les anunció que en la composición de todos los terrenos de Chile entraba, en prodigiosa abundancia, el elemento oro; tanto, que hasta en los ladrillos de su propio cuarto le había encontrado; y todos vieron con sus propios ojos, sobre una mesa artísticamente acomodada, alineados, montoncitos de distintas tierras, cada uno con una tarjeta que indicaba la procedencia de ella, la cantidad de oro que producía por cajón y los quilates del precioso metal, representados por pellitas homeopáticas, colocadas al lado de cada montón, en su correspondiente frasquito. Veíase también en aquel improvisado laboratorio una pequeña hornilla, algunos crisoles, frascos de azogue, algunos ácidos o líquidos misteriosos, y sobre una tarima bastante sólida, algo que parecía máquina, cuidadosamente tapada con un tapete.

El sabio profesor, acosado por las preguntas y cansado de hablar, después de regalar dos cartuchitos de tierra y dos pellitas que no hacían falta a su colección, a los que le parecieron más idóneos propagandistas, despidió con súplicas exigentes a las visitas, pues tenía algo de importancia vital que hacer a esa hora, cerró cuidadosamente su cuarto con candado de letras, hizo como que encargaba algo en secreto a su compañero, que hacía veces de sirviente, y desapareció, dejando por un momento como estatuas a los reverentes curiosos, que parecían envidiar la suerte del futuro dispensador de las riquezas.

Apenas comenzó a circular por Santiago la noticia de este portentoso descubrimiento, cuando, como siempre sucede en estos casos, aparecieron supuestos alquimistas que, explotando la sencilla credulidad de grandes y de chicos, con el resultado de falsos ensayos que les vendían, dieron más peso a la verdad del primitivo descubridor.

Concurrieron a esas oficinas, de descarada ratería, hombres serios y circunspectos, y a ninguno vi salir de ellas sin que dejase de llevar tierra en los bolsillos, contento en el semblante y un mar de locas esperanzas en la mollera.

A consecuencia de estos ensayos, cuya riqueza subía o bajaba el ensayador, según el aspecto más o menos *pagano* de la víctima que le iba a consultar, no quedaron en el país ocres ni antiguos relaves que no se denunciaran; mas, como estas propiedades nada valían si no se disponía del secreto que les daba valor, secreto que sólo podía aprovechar la compañía

que uniese sus caudales a los talentos del inventor, luego se pusieron en planta mil arbitrios para sorprenderle.

Cada cual se creía en posesión de algún hilo que conducía a este misterioso ovillo; llovieron por todas partes invenciones que cuidadosamente se ocultaban a las envidiosas miradas de los que se veían privados de semejante tesoro. En una palabra, llegó a tanto la fiebre de las tierras auríferas, que hasta muchos de los que comenzaron por engañar se engañaron; en tanto grado es cierto lo que dijo el poeta, que la sed del oro da siempre al traste con la razón del hombre.

Pero no sólo se ocupaban los ingenios del siempre novedoso Santiago en buscar soluciones mineralógicas, porque junto con la bullanga de las tierras auríferas, llegó también la de una inesperada invasión de langostas sobre los campos de Maipo a ocupar un lugar preferente en la lista de las cuestiones por ventilar.

Cúpole entonces a nuestra recién nacida Sociedad de Agricultura la mal intencionada ocasión de probar cuánto supera la buena voluntad a la pericia en los primeros pasos que dan las asociaciones patrióticas cuando no las llevan de la mano el saber y la experiencia.

La langosta, que arrasa campiñas enteras en las provincias argentinas, no emigra de una provincia a otra entre nosotros, ni donde se la encuentra asume el carácter devastador que en otras partes. Este voraz insecto, que hasta el nombre de plaga ha logrado merecer, vive y reina en algunos secanos de nuestro Chile, y muy especialmente en los *pichingales* situados al oriente de la provincia de Curicó, de donde ya comienzan el arado y el riego a hacerle desaparecer sin retorno.

De vez en cuando se notan sobre algunos puntos de nuestro suelo invasiones de ciertos animales que pasan con la misma rapidez que aparecen, sin que nadie hasta ahora haya podido explicar este fenómeno. Hay años de aves, años de ratones, años de hormigas, años de palomillas, de pulgas, etc.

El año de 1855 se vió el Gobierno precisado a decretar auxilios para los colonos de Llanquihue, sobre cuyos campos se había batido primero una asombrosa cantidad de aves que destruyó todos los sembrados, y después, un mundo de ratones que, brotados como por encanto del territorio meridional del pueblo de Osorno, se extendieron como mancha de aceite, arrasándolo todo hacia el sur, hasta desaparecer por completo y sin saber por qué, al llegar a las aguas del seno de Reloncaví; siendo de notar que en esos lugares eran el año anterior escasísimas las aves, y que nadie conocía ni siquiera el nombre del ratón invasor que vino después.

Los agricultores de Maipo y de Santiago, que, como los de las otras provincias, poco se fijan en averiguar la causa de estos fenómenos sino cuando tienen la calamidad a cuestas, y que entonces era, como lo es ahora, costumbre de esperarlo todo del Gobierno, elevaron hacia él sus sentidos clamores. El Gobierno, que siempre sabe menos que los agricultores cuanto a la agricultura atañe, por complacerles consultó a la Sociedad de Agricultura, que debía saber más que todos juntos sobre las medidas que deberían adoptarse para la extirpación de aquella plaga egipcíaca.

La doña corporación, interpelada, pareciéndole desdoroso dar a entender que sabía tanto en esto de langostas como el Gobierno en aquello de agricultura, acordó, después de seria meditación, aconsejar la medida salvadora de apacentar grandes tropas de pavos sobre los campos infestados, y para precaver robos, la creación de una policía guarda-pavos, que pusiese a estos útiles obreros a cubierto de raptores y de pavicidas.

Este acuerdo, que no sé si llamar plagio o limitación del remedio portugués contra las pulgas, y los desatinados medios de tirar a sacar oro de todas partes, que tan alborotados traían a todos los caletres, pusieron por segunda vez la pluma en mi mano, y a riesgo de que me pasase lo que me pasó la vez primera que me metí a escritor, critiqué con las armas del ridículo la manía incurable de creer que el oro iba a abaratar a impulso del numen creador de un descarado charlatán, y el temor de que se amengüe el talento en el momento mismo en que más se enaltece, confesando modesto que no sabe lo que efectivamente ignora.

Por fortuna, como en Chile siempre se lee sobre corriendo lo que despacio se escribe, nadie me hizo caso, y yo, para evitar nuevas tentaciones, torné diligente del buen Santiago a mi desierto Teno.

No tardó en agotar mi turbulenta paciencia la monotonía de las tareas rurales, y, buque sin timón y escaso lastre, arrebatado por el quijotesco viento de las aventuras, se me vió salvar de nuevo los Andes, correr a palo seco sucesivas tormentas, y después de forcejear inútilmente contra mi aviesa suerte, recalar con serias averías en la caleta Teatro de la Universidad, de la gran bahía de Santiago.

Aun no había venido a Chile el célebre pintor Giorgi a hacernos saber lo que son decoraciones en los teatros. Florecía entonces en el nuestro, que se llamaba de la Universidad, por su colocación, el distinguido artista maestro Mena, pintor decorista y hombre de los equivalentes, para el cual no

había pintura que careciese de oportunidad, si en su trazado cabía lo que él llamaba una cantería.

—Maestro, aquí necesitamos un árbol.

—¿Arbol?... está bien; pondremos una cantería.

—Hombre, no se nos venga usted con canterías ahora, porque aquí necesitamos de un espejo.

—¿Espejo?... Pues, señor, ¿no sería lo mismo una cantería? ¿Qué saben allá abajo de espejos?

Los árboles sobre el campo blanco de los bastidores, parecían bonetes verdes de cucurucho, ensartados en un garrote. Después de la cantería, era el pino el sácame-con-bien en las selvas teatrales; y en cuanto a los telones de fondo. dejo al cuidado del lector el reducir de estos antecedentes su verdadera efigie.

Emulo de Mena, trabajé entonces para el teatro, con mi hermano Ruperto, una decoración completa de jardín, que aunque mía, fué la primera que lució en Chile un mediano olor a gente. Llenáronme de aplausos, que yo recibí con toda la modesta compunción y erizamiento nervioso de pelos que envuelve a los noveles autores dramáticos cuando el respetable público aplaude el primero de sus terribles sainetones.

Encontrábase entonces entre nosotros el notable y muy aplaudido pintor francés Monvoisin, que vino a perder en Chile, a fuerza de hacer retratos, como Lope de Vega hacía sus improvisadas comedias, la celebridad que había adquirido en Europa. Maestro y amigo, tuvo la bondad de visitar mi taller; mas al encontrarse de manos a boca con un árbol colosal que acababa de pintar para la *Norma,* cómo sería su follaje, cuando en vez de saludarme, exclamó con horror: ¡Este no es árbol; esto es una ensalada!

Tuve pocos días después, ocasión de pintar un mapilla geográfico sobre una de las caras de un biombo, y al día siguiente el sabio escritor argentino Tejedor dijo en el editorial de *El Progreso,* que eran tan brutos los pintores del teatro, que en vez de la América del Sur, habían pintado un jamón.

No me atreví a campear por mi respeto, o más bien dicho, por el de mi brocha, por no habérseme olvidado aún la acusación de marras; así fué que, prudente y moderado, me hube de contentar con borrar el malhadado Sud-América, y colocar en su lugar el retrato del autor de los *Estudios Teatrales,* orlado con una glorieta de Julias ingratas; lo cual, visto por Tejedor, que no pudo negar su semejanza con la de un chivo, porque allí estaba el público para desmentirlo, selló en sus

adentros eterna paz conmigo, pues no volvió a buscar semejanzas culinarias a los inocentes partos de mi brocha.

Y ya que Tejedor vino a la mano, ¿por qué no referir lo que él tejía, así como el trabajo de otros compañeros, que arrebatados por el torbellino revolucionario de ultracordillera, fueron en aquel excepcional entonces, arrojados maltrechos entre nosotros?

Constante *refugium peccatorum* para peruanos y para argentinos, Chile ha sido para ambos lo que el tabladillo de salvamento en las plazas de corridas de toros para el apurado toreador, que espada, o garrocha en mano, provoca la ira del toro que lo persigue.

Del número de los correteados que, salvando los Andes, daban entre nosotros, puede deducirse, ya la intensidad del miedo de que venían repletos, ya la de la persecución al largarse tras ellos; aunque acontecimientos han venido probando después cuánto puede sobre el ánimo del hombre el terror pánico, por poco que a éste aguije la intranquilidad de la conciencia. El mismo Rosas, departiendo conmigo quince años después en Inglaterra, me decía que si aumentaba la algazara de la persecución, era más con el propósito de que los chilenos conociesen, por experiencia, los quilates de sus enemigos, que por el temor que podían inspirarle semejantes charladores. No quiere decir esto que los inmigrados fuesen todos, ni con mucho, hombres de poco más o menos por su talento, sus luces y su sincero patriotismo; porque sería sentar una falsedad, así como lo sería si nos empeñásemos en negar que los argentinos en general, no supieran hacerse estimar en el país que los asilaba, porque si bien es cierto que algunos entraron en las excepciones de esta verdad, también lo es que a cada paso nos encontrábamos con follones y descomedidos además. Los argentinos olvidaron que en la República de las Letras no se admiten las petulancias que suele tolerar el común trato; así es que en cuanto no más se les oyó decir, porque frecuentaban las imprentas, que la perfección del periodismo en Chile sólo a ellos era debida, la compasión que muchos inspiraban se tornó en desprecio.

Los chilenos de entonces no éramos, ni con mucho, lo que ahora somos. Antes se hacía mucho y se hablaba poco; ahora se hace poco y se habla mucho. En los diarios nunca buscaba el escritor chileno lucro ni gloria literaria, sino el triunfo de la verdad sobre las preocupaciones coloniales, y el de los principios republicanos sobre los caprichosos avances de la autoridad. Los padres de la patria sólo se ocupaban en educar a la juventud que debía sucederles, y ésta, más en ate-

sorar y en madurar sus conocimientos que en echarlos con pedantesco desenfado por la puerta de la prensa a la luz pública. Fué este el verdadero motivo por que nuestros principales diarios se encontraban en poder de los argentinos. El inmigrado había solicitado de la prensa el pan del proscrito, y la prensa se lo había concedido.

Aplicando ahora el sistema climatérico de consultar los extremos del frío y del calor para deducir de ambos la temperatura media de una región, a la averiguación del término medio de las facultades científicas y literarias que nos importó la inmigración argentina, resaltan, desde luego, ante los ojos del observador, el ingenio y la chispa de Sarmiento y la necia opacidad de Tejedor. Cito a un mismo tiempo estos dos personajes, no porque crea que pueden marchar juntas tan opuestas inteligencias, sino por el desplante y la desfachatada arrogancia que uno y otro tuvieron para dar a la estampa en un español barbarizado cuanto disparate se les venía al pico de la pluma.

Sarmiento, cuando vino por primera vez a Chile, tenía más talento que instrucción, y menos prudencia que talento. Su vivísima imaginación, sus arrebatos, sus inconsecuencias, su espíritu polemista por excelencia, le hicieron olvidar ya la sagaz cortesía que debía a los adelantos intelectuales del país que le asilaba, por diminutos que ellos fuesen, ya los dictados de su propia conciencia, pues al mismo tiempo que elogiaba la *pureza del lenguaje*, la *propiedad de los giros* y la *perfección artística* del canto elogiado, que arrancó a la culta pluma de don Andrés Bello la funesta catástrofe del templo de la Compañía, ocurrida el 13 de mayo de 1841, se le vió salir en las mismas columnas de *El Mercurio*, que a la sazón redactaba, con el audaz despropósito que era desatino estudiar la lengua castellana, porque el castellano era un idioma muerto para la civilización, y con otras herejías literarias de este jaez, intercaladas con descomedidos insultos a nuestra pobre literatura patria. Tratónos de entendimientos bobos, nos dijo que mientras que las musas acariciaban festivas a los Varela y Echeverría en Buenos Aires, sólo se ocupaban en roncar a pierna suelta en Chile, y pareciéndole todavía poco esto, hasta de idiotas nos bautizó porque nos ocupábamos más de expresar con propiedad nuestras ideas que de aumentar el caudal de ellas.

Todavía existen, para vergüenza nuestra, en los boletines de leyes de aquella estrafalaria época literaria, muestras de la ortografía Sarmiento; ortografía que nunca hubiera pasado de la imaginación de los soñadores a la región de los hechos, sin el apoyo que le dió el Gobierno. Sin embargo, para

ser justos, fuerza es sentar que en todos los escritos de aquel inculto ingenio lucían chispas de la más envidiable y creadora imaginación, y que su misma reforma ortográfica, sin ser idea puramente suya, fué más hija del estudio que de la petulante ignorancia. Sarmiento en literatura era más loco que pedante.

De veras que causa pena dejar a un lado al ingenio atrevido y creador del hijo de San Juan, para dar con el extremo opuesto del juicio y del saber tan brillantemente representado por el buen Tejedor, redactor entonces de *El Progreso* de Santiago.

Si Sarmiento en todos sus desvaríos literarios lucía siempre su natural talento, Tejedor en los suyos sólo supo manifestar carencia de juicio y abundante desfachatez para lucirla. Como de todo y sobre todo era preciso escribir para llenar las vacías columnas de *El Progreso,* dióle el diablo por declararse censor oficioso de las composiciones teatrales. En todo encontraba pecado, y su malicia le sugirió tal maña para desnudar las frases más inocentes y para presentarlas en cueros vivos a los ojos de las madres timoratas, que casi consiguió que volviesen a las tablas los autos sacramentales del feliz antaño. Se echó después a poeta, y encomendándose de todo corazón a la sin par *Julia ingrata,* dueña y señora de sus más azucarados pensamientos, tiritó en el Cabo de Hornos con la *fiebre del frío,* y para desquitarse y volver al calor natural, la emprendió con la música para aumentar con sus disertaciones el caudal de los conocimientos que atesoraban sus *Estudios Teatrales.* Preguntóse en ellos: ¿Qué es la música?, y antes que otro le arrebatara la gloria de contestar, contestóse a sí mismo: "La música es una cristalización multiforme de las diversas fases tormentosas de la materia, bien sea que se eleven en los aires, bien que se incrusten en el corazón humano".

Con la explosión de semejante torpedo, de que supo tan bien aprovechar el *Mosaico,* periódico socarrón y festivo, que le salió al encuentro, se encumbró Tejedor, y fué a rematar en medio de un coro de pifias y de carcajadas, a Copiapó, donde, ni asiéndose a dos manos de *El Copiapino,* otro diario que redactaba otro argentino, en aquel emporio de platapiña, pudo escudarse contra el airado aguijón del *Mosaico,* que no cesó de perseguirlo hasta que lo vió salir de Chile para nunca más pecar.

No podía darse a esa clase de literatura para su cultivo, semilla más impura ni más cargada de atroces galicismos que la que nos importó la inmigración argentina; lejos de deberles, pues, el supuesto esplendor que para ellos lució entonces

la prensa chilena, sólo les debemos el mar de galicismos con que inundaron nuestras modestas pero limpias letras.

Aun no podemos deshacernos de la *orden del día* en nuestras Cámaras; del *ha merecido bien de la patria;* del *librar batallas;* del *traer o llevar ataques;* del *hacerle al enemigo, muertos,* y de otra porción de agudezas por este estilo, con que habría para llenar tomos enteros.

CAPITULO XII

Vapores de la carrera.— Mayordomos.— Coquimbo.— Huasco.— Copiapó, puerto.— Copiapó, ciudad.— El cateador.— El poruñero.— Río y valle de Copiapó.— Chañarcillo.— Juan Godoy.— El cangallero.— Viaje al interior.— Admirable distribución de aguas.— Chañarcillo.— Bandurrias.— Pajonales.— El marido es responsable de los pecados que comete su mujer.

Perdida la esperanza de continuar en la aventurera y cerril carrera de ganadero de la Pampa, desde el momento en que las tendencias revolucionarias que preocupaban el ánimo de mi amigo Rodríguez me obligaron a separarme del lado de tan terrible jefe, pobre como siempre, para mejor excusar tentaciones, halagadoras pero peligrosas, resolví embarcarme e ir a buscar en el lejano Copiapó más propicia suerte que la que hasta entonces me había deparado el sur de la República.

El 28 de agosto del año 1846 me embarqué en el vapor *Perú* con destino a Copiapó. Mi llegada a aquel lugar debía aumentar, con una pequeña fracción, el número de aquellos seres desgraciados, pero intrépidos, que, aguijoneados por la necesidad y la esperanza, aventuran su real y su tiempo en la lotería de las minas.

A la vista todavía de Valparaíso, zozobró una chalupa que nos seguía a remo tendido para dar alcance al vapor, y el capitán de éste, verdadera máquina, no quiso contener ni por un solo instante la que nos ponía en movimiento, para salvar a los infelices que se estaban ahogando; probablemente porque en las instrucciones de su derrotero no iba prescrita semejante maniobra. Canoas pescadoras que la casualidad atrajo a aquel lugar, dieron a la máquina de Albión una lección de humanidad de fuerza de mil caballos, que estoy seguro no le aprovechó.

Por no seguir mirando aquella cara de gestos, bajé indignado a la cámara, donde ni tiempo me dieron para formular una catilinaria, los entrantes, los salientes, los encontrones, los gritos de angustias llamando mozos, los atados, los sa-

cos y los envoltorios que, a una con los pasajeros, remolineaban alrededor de los camarotes, hasta que los mayordomos, *velis nolis* los embutían en ellos, del mismo modo que en las fábricas de conservar sardinas hacen con el pescado antes de reducirlo al más inexorable hermetismo.

El mayordomo de un vapor inglés en nuestras aguas es el rey de los tiranos, sus decisiones son inapelables. También es de regla que no sepa hablar en español, para dejaros plantado entre dos fardos con un estúpido *no entiende*, si solicitáis en seco; pero si solicitáis en mojado, esto es, haciendo relucir a sus ojos una media onza de oro, el tirano abdicará el cetro y la corona en vuestro favor, y se tornará en el más abyecto de los lacayos.

En el vapor hay libertad de pensamientos, como lo hay de traje, tolerancia absoluta. Fraques de tijeras y talles en el cogote, trataban de hombre a hombre a las cinturas en rabadillas y a los faldones monstruos. Sombreros de bacín se movían con agradable soltura al lado de los sombreros-bacinicas. Nadie se ocupaba de nadie; cada cual parecía dominado por un solo pensamiento: el negocio. Yo, que no quería ser menos que los demás, procurando desechar la triste impresión que me dejó en el alma el abandonar de nuevo, y quién sabe por cuánto tiempo más, la familia que tanto amo y de la que tan poco he gozado en el curso de mi aperreada vida, me recosté en un sofá donde pronto me distrajo la luz de dos hermosos ojos que parecían fijarse con interés en mí. Era la mujer del capitán, la cual no sé si a causa de las exóticas figuras que me rodeaban, o la del natural efecto del mareo que ya hacía rápidos progresos en mi bulto, me pareció encantadora. Absorto y dudoso por algunos instantes, ¡a la mano de Dios!, dije, y la disparé dos flechazos que, a no haberse interpuesto una voz descompasada y silbona, diciendo: "Muy bien, debo 300 onzas", ¡la mato sin remedio! ¡Capitolio!, dije yo, incorporándome asustado, y veo que cerca de mí y sin que yo me apercibiese de ello, se había dispuesto una mesa de juego regentada por don N... que jugaba con los demás al pélame que te pelo. El personaje de las trescientas menos, de asaz villana catadura, salía entonces con aire afectado a tomar el que corría sobre cubierta. No tardé yo en seguirlo, aunque con otro fin, pues ya iba mareado.

El que diga que el amor todo lo vence, dice el más desaforado disparate, y de no, que se enamore a bordo y verá pronto trasbordarse sus pensamientos y sus obras. Fué lo que a mí me aconteció; ni mis ojos volvieron a ver ojos, ni mis oídos tornaron a oír el sonido musical de las talegas.

1841 El 29 por la mañana recordé en Coquimbo, puertecillo de

un aspecto triste y sombrío, aunque la bahía sea una de las mejores de Chile; y a pesar de la animación que la llegada del vapor causa, no quise desembarcar, temeroso de quedarme allí, si al bueno del capitán-máquina se le ocurría zarpar en el momento menos pensado, como acontecía en casi todos los viajes. Coquimbo no era todavía lo que Valparaíso el año de 1822.

El 30, a causa de una neblina muy espesa, nos pasamos del Huasco y tuvimos que perder como diez horas en volver atrás para encontrarlo. Este no es puerto, ni es abra, ni es caleta, ni es nada. En él se divisan en grupitos sobre unos cerros bajos y áridos, unas malas casuchas que así hacen las veces de bodegas como las de habitaciones. Pueden caber tres poblaciones del puerto Huasco en lo que era el año de 1838 puerto de San Antonio de las Bodegas.

A las siete de la mañana del siguiente día, anclamos en el puerto de Copiapó, que es, como puerto, otro que bien baila, aunque superior en todo al del Huasco.

En dos lanchones que están al servicio de la aduana nos trasbordamos al muelle, y como dos horas después ya me encontraba en birlocho camino de la capital. El puertecillo se encuentra circunscrito por rocas que, por la parte del mar, sirven de ribete o de franja a los llanos arenosos, mezclados con cascajo, sal y laja, que por algunas leguas y siempre a la vista del mar, forman el lecho del camino que conduce a la ciudad. En aquellos planos salpicados de lomas bajas, redondas o chatas, escoriadas y sedientas, en las que reverbera el sol con tanta fuerza, que es opinión aquí recibida que llega a destemplar los instrumentos de acero que se dejan expuestos a su acción, no se encuentra una sola casa, ni una gota de agua, ni un solo arbustito. Al cabo de tres horas de marcha por aquel desierto, se entra al valle del río.

El río Copiapó no sólo es río, tiene también sus honores de ría; porque de vez en cuando mezcla sus aguas con las del océano, pero son ellas tan escasas que el cauce, tanto de este río como el de los demás del norte, parece que sólo se conservara en calidad de testigo de lo que antes llovía en aquellas ardientes regiones y nada más. El motivo por qué ahora llueve menos que antes nadie ha podido sentarlo con certeza. Unos lo atribuyen a la destrucción de los bosques, otros a la variación del rumbo del eje de la tierra, pues niegan a los bosques el privilegio de atraer aguas, citando como ejemplos los aguaceros torrentosos que bañan las pampas argentinas, donde no se encuentra un solo árbol. No seré yo quien entre por ahora a terciar en semejante cuestión.

La chilca, el péril y alguna que otra mancha de chépica y

esparto, brotan con mucha dificultad por entre aquel terreno suelto y cargado de costras salinas que hacían difícil el tránsito de los carruajes y molestísimo el viaje, a causa de la nube de polvo fino y ardiente que persigue al carruaje del viajero. Por el medio de este valle va el camino que conduce a la ciudad de Copiapó, a cuyos arrabales llegamos después de ocho horas de viaje y de haber cruzado una multitud de charcos de agua fétida y corrompida, cuyas humedades son las que constituían el río al occidente de la ciudad.

Llegamos al fin al pueblo clásico de las ilusiones, en donde corren con igual y variada rapidez cuantos pensamientos forman el encanto y el martirio de la vida mercantil; a este lugar de rotos remendados; lugar que cambia por encantamiento la ojota en bota, al viejo en niño, y al seboso cuero en ancho faldón de fino paño; lugar en que cada individuo se cree un pozo de ciencia mineralógica y se ríe piadosamente de los conocimientos de su prójimo; ancho campo en el que florece la cultivada ciencia del provechoso poruñeo, que da hondo socavón al bolsillo del recién llegado, el que a su turno poruñea al que le sigue de atrás, quien hace después otro tanto con el de retaguardia; lugar de ansiedad y de esperanzas; lugar, en fin, de mineros en alcance y de mineros broceados. Esta ciudad, que pudiéramos comparar a un extenso dormitorio de gallinas, en el que la que hoy se coloca en lo alto de la percha se zurra en la de más abajo, para que a ella misma le acontezca igual desgracia mañana, está situada a lo largo de un pequeño y bien cultivado valle, entre dos cordones áridos y descarnados, cuyo aspecto sombrío hace resaltar el hermoso verde de la vega, y de un sinnúmero de pequeñas pero productivas heredades a una y otra orilla de la mezquina acequia que constituye el río de Copiapó.

¡Quién ahora, al recorrer estos campos, siguiendo el curso de esta pequeñísima ría hasta la sierra de Paipote y de Pulido, pudiera nunca imaginarse que llegaron a merecer por su preciosa y abundante vegetación el nombre de ameno y fértil valle, que le dieron nuestros primeros historiadores! Así como las aguas han dejado su sediento cauce por testigo de su primitiva abundancia, así las lomas, los senos y las cañadas, con sus nombres de vegetales, perpetúan el recuerdo de los que antes sustentaron.

El pueblo de Copiapó era ya mayor de edad en la época a que me refiero, porque, aunque su verdadero título de villa sólo comienza en 1744 bajo el nombre de San Francisco de la Selva, su nombre y fama de pozo de riquezas lo comenzó a tener desde los primeros tiempos de la conquista y los ha continuado teniendo hasta esta fecha. De extrañar es, pues, que

su población sólo alcanzase a novecientas personas en 1713, y que todavía en 1846 estuviese a mil leguas de lo que debía esperarse de sus recursos naturales.

Su misma planta hace al pueblo irregular, pues sólo consta de dos calles principales, y de algunas otras que más parecen caminos públicos que calles. Tenía su plaza, su iglesia parroquial y dos conventos, uno mercedario y otro franciscano, y sobre el extenso cauce del río un puente extravagante, formado de vigas a medio labrar, colocadas de dos en dos, unas veces sobre horcajas de postes mal asegurados, y otras sobre los ganchos de algunos sauces que aun conservaban su verdura en aquel fango.

El aspecto general de esta pequeña aldea tenía mucha semejanza con el que presentaban las ciudades de San Juan y de Mendoza. Sus edificios, entre los cuales había alguno que otro de primer orden, eran casi todos construídos de adobones, muchas veces mal pisados y no siempre levantados a plomo. Los techos, de simple embarrado, con antepecho a la calle, y tal cual de tabla, no podían resistir sin calarse el más leve aguacero. Sin embargo, a pesar de lo triste del lugar, de sus neblinas húmedas y arrastradas por la mañana, de su excesivo calor a mediodía, del viento, del polvo insoportable de sus calles, ahoyadas por el tráfago de los arreos y carretas, y de los enjambres de molestos zancudos que a la caída de la tarde invaden la población vecina a la vega, para el hombre que vivía en la sierra, bajar al pueblo era bajar a un valle de delicias.

Quien creyese que con haber estado en Copiapó en aquel tiempo, ha estado en Chile, se equivocaría, así como equivocaría a sus lectores si, aguijoneado por el prurito de escribir impresiones de viaje, saliere con el despanzurro de hacer extensivas al resto de la República las costumbres copiapeñas.

Copiapó sólo tenía de común con Chile la constitución política, que no siempre se observaba, y las leyes, que no pocas veces se quebrantaban; con Copiapó no reza aquello de que por la hebra se saca el ovillo, porque la hebra Copiapó era al ovillo Chile lo que es un huevo a una castaña.

Era muy difícil, si no imposible, que en una reunión casual de veinticinco caballeros se encontrasen cuatro chilenos, hablo del sexo feo, porque del hermoso sucedía lo contrario.

Esta aldea, cuyo prematuro título de ciudad sólo lo debió, al principio, al influjo de su riquísimo mineral, como pudiera deber el *don* a sus repentinas talegas un rústico ganapán, lo ha sabido legitimar con costumbres y prácticas que todavía son menos de aldea que muchas de las que viven y reinan en el mismo Santiago. Allí no hay necesidad, como en

los pueblos de su tamaño, de tener a raya la sin hueso. En ellos, desgraciado del que no sabía disimular, y mucho más del que no alabó lo que sólo podía ser encomiado con gaita. Los pueblos chicos, y aun los medianos de nuestro Chile, tratándose de Santiago, invisten sin réplica el carácter de la mujer que es rival de otra mujer. Santiago lleva el título de ciudad, también le quiero yo; Santiago tiene alameda y jardín con pila; alameda, jardín y pila no me han de faltar, aunque las escuelas, los hospitales y los caminos anden en cueros.

Copiapó era un pueblo cosmopolita, y muy especialmente riojano, adonde concurrían ingleses, franceses, chilenos, alemanes, italianos, sin contar con los que llegaban de casi todas las repúblicas hermanas. Allí no se hablaba, ni se debía ni se podía hablar de otra cosa que de minas, y así como Valparaíso es una vasta casa de comercio, Copiapó era una inmensa bocamina. Desgraciado del que ocurriese a ese lugar a gozar de sus rentas, o a la sombra de una industria cualquiera que no estuviese en razón directa con el espíritu mineralógico de sus habitantes; en uno y otro caso, raspar la bola o pasar por la punta de la *Yaucana* era preciso.

Tras el saludo de costumbre, la primera pregunta que se hacía era por el estado de la mina; la segunda, por el de la mujer, y entiéndase que si el saludo precedía a la pregunta, no era por una urbana cortesía, sino porque en el simple saludo se traslucía a la legua el estado presente de la mina del minero copiapino. Desaliño, aire preocupado, paso incierto, empuñar por el medio el bastón, eran síntomas de mal agüero, y si apenas se le oía en la conversación, si cedía la vereda, si hacía cortesías reverentes, finiquito. Mas, si un momento después, como a menudo acontecía, erguía altiva la frente, taconeaba con fuerza y compás, hería el suelo con el bastón y dirigía la palabra con familiaridad y suficiencia a las personas a quienes poco antes apenas se atrevía a mirar, ojo avizor, que había alcance o poruñazo en el asunto. Hasta el bello sexo, ¡quién lo creyera!, olvidaba la nomenclatura de sus diversiones y la de sus adornos favoritos por las exóticas palabras de guías, tiros, internaciones, socavones y otras mil a éstas parecidas.

En las reuniones era más general el baile que en Santiago. A la voz de ¡polca!, quedaba desierto el salón de los fumadores, en donde siempre figuraba un lago de apetitoso Cardenal, y así la edad provecta como la juvenil, lanzándose al salón, en un dos por tres estaban todos a la orden de parada. Allí no se reconocía cuerpo ninguno de inválidos, pues, como buenos y experimentados mineros, todos saben muy bien amalgamar el bolón de duro y vetusto metal con el fugaz

azogue de la niñez. Mientras más viejo y achacoso era el solterón, más niña y tierna era la mujer que escogía por compañera. Causaba, pues, lástima, y a veces risa, ver a aquellos antiguos corsarios mal carenados, y haciendo por todas partes agua, querer imitar los rápidos y airosos movimientos de las pequeñas y recién construídas balandras, que ya los pillaban a desprovisto por detrás, ya por delante, mientras que ellos pugnaban forcejeando por virar de bordo. El Cardenal, afortunadamente, era después el único puerto donde concluían por echar anclas.

Poca era la conversación de las señoritas; pero, en cambio, mucho era el deseo de casarse que todas ellas tenían. Los hombres hablaban de broceos o de alcances; las niñas, por no dejar de desear a lo minero, no suspiraban por otro alcance que por alcanzar el Espíritu Santo en un marido.

Todo no era alegría, sin embargo, en Copiapó, pues pocos lugares he visto de más angustia cuando llegaba la hora inexorable del despacho de los vapores de la carrera. Días antes de esta calamidad mensual, toda la ciudad se ponía en movimiento; todo era correr, chocarse, interrogarse, pasar de largo, volver atrás, solicitar piña, acopiar piña, remitir piña, esperar piña, desesperar por piña y jurar y perjurar no volver en adelante a contraer obligaciones a cuenta de piña. Pero pasado el vapor, pasaba también el acaecido que sigue al descanso; bien así como la mujer que empeñada en recio parto, después de prometer que no caerá más en tentaciones, cae de nuevo en ellas, el comerciante volvía a las andadas, a los nuevos apuros y a las nuevas promesas de nunca más pecar, hasta que se enriquecía o se lo llevaba la trampa.

Los habitantes de Copiapó tenían también y tienen en el día, como los demás hijos del mundo, algunos tipos de realce, que sin ser del todo copiapeños, parece que lo fuesen; tales son: el *cateador y el poruñero.*

Paganos son los dos diplomáticos además. El dios que adoran es el mismo que adoran también muchos gobiernos: la reserva; y su diablo temido: la publicidad.

Ninguno de estos industriales necesita leer los diarios, ni siquiera registrar la lista de los pasajeros que trae el vapor, porque llegando uno de fuera, si no le ven, le huelen. Conocido este punto capital, entra en campaña el cateador.

Lo primero es averiguar dónde mora la futura víctima; lo segundo, inquirir el modo de encontrarle y de hablarle a solas. Si es fácil lo primero, lo segundo no lo es tanto, porque al fin, ¿cómo meterse de rondón en casa de un desconocido? ¿Cómo dar a una visita inesperada el carácter de simpática, cuando el visitante ni siquiera lleva introductor, y cuando el visi-

tado puede que haya venido de fuera perfectamente aleccionado? ¡Necios y pueriles tropiezos! Para los cateadores se hicieron las dificultades, y los cateadores para vencerlas.

Se acecharán hasta verle entrar solo en la casa; entrará con él en ella y le preguntará si es allí donde está alojado el señor don Fulano de Tal. A la respuesta con honores de pregunta, ¿qué se le ofrecía?, contestará al momento dando gracias a Dios por la dicha de encontrarle, al fin de tanto afán, enteramente solo, pues habiendo oído decir que es un cumplido caballero, venía a poner bajo su protección una mina, la cual no puede trabajar porque teme que los ricos lo despojen de ella, lo que no sucedería *si viesen que usted es también dueño y propietario del Tapado.*

¿Quién al oír esta relación, viendo la cara bonachona y estúpida de quien la hace, no concederá al peticionario siquiera diez minutos de reservada entrevista?

De puertas adentro se lamentará de la falta de justicia que hay en Copiapó para los pobres, pues ayer no más un amigo suyo había sido despojado de una rica mina, nada más que por serlo, y no haber tenido quién hablase por él. Os explicará cómo hizo el descubrimiento, os señalará el cerro donde está la mina, y deplorará la persecución que se le hace por no haber querido decir de dónde provenían los metalitos que traía consigo. En seguida le parecerá que trae una muestrecita... no sabrá dónde... la encontrará al fin, y os entregará una *colpa* de riquísimo metal, diciéndoos que por mala se la han dejado, y que *usted no debe juzgar la calidad de la mina por esa sola muestra.*

Si sois conocedor, lo advertirá desde luego, y os dirá con el aire del más inocente candor, ¿tendrá alguna platita esa piedra? Si viese que os prendáis de la muestra, ya sois suyo y su vaca lechera durante todo el tiempo que tardéis en ir al reconocimiento de la veta, o todo aquel que empleéis en perseguir algún misterioso derrotero, que con misterio confió al *cateador* un misterioso leñador que murió misteriosamente en un misterioso lugar. Y seguiréis amamantando al inocente niño hasta que la nodriza dé al demonio con los tapadores, con los tapados y con los derroteros. Casos hay, es cierto, en que el cuñazo no obra; pero como para el cateador no hay dureza que valga, siempre se le ve circando hasta que asegure la *quiebra.*

Necesitaba, pues, el viajero aclimatarse en Copiapó para estar libre de las enfermedades endémicas que en este asiento de ilusiones acometían entonces y acometen siempre a los bolsillos del neófito recién llegado.

El *cateador* es el almacenero que vende los géneros por

mayor; el *poruñero,* el tendero que los menudea y aun el que los lleva a domicilio. De esta segunda entidad pocos novicios se escapan. Por la calle, al descuido y con cuidado, y haciéndose que no marcha a vuestro paso, el poruñero os dejará divisar bajo la manta un rico bulto, al parecer de plata en barra. Si os tentáis, al momento os ofrecerá algunas *colpitas* del mismo metal para vuestra colección; pero ha de ser bajo la fe del más escrupuloso sigilo, en atención a que siendo ellas extraídas de una minita cuyo asiento no quiere él descubrir, por que no se la disputen, no venderá sino con esa condición. Si aceptáis el negocio, no siendo conocedor, y sois amigo del misterio, sois hombre al agua. En breves instantes tendréis al poruñero en vuestro alojamiento con media arroba de arsénico en barra prolijamente refregado con una moneda de plata, para que la especie lleve más visos de verdad. El arsénico puro se platea con suma facilidad, así es que, a la vista de aquel argentífero manjar, vendido por un hombre al parecer simplón y que no sabe lo que vende, calidades *sine qua non,* pocos neófitos dejan de tentarse, y después del regateo de ordenanza, de aflojar algunas pocas onzas de oro sellado; creerá que ha dado dos por lo que vale veinte, que al fin algo se ha de ganar en el negocio.

Pocas artes más extensas y más lucrativas que aquellas que todos sabemos que ejercen los caballeros de industria, y ninguna más pegada a todos los estados del hombre desde que tiene uso de razón hasta que muere, que la del poruñeo elevado a potencia de ciencia.

No a todos les es dado alcanzar el título de *poruñeros colados.* Para ser poruñero, para vender gato por liebre, piedra por plata, arsénico por barra, vicios por virtudes, se necesitan: desfachatez, mímica, poca vergüenza, estudio del corazón humano, astucia de zorro y aspecto de Perico-ligero.

El *poruñero* no sólo vive y reina en las minas; el *poruñero* vive en el comercio, en la industria, en las artes, en las ciencias liberales, políticas y religiosas, y en cuantos rincones del mundo vive el hombre.

El *poruñero* a nadie favorece, con nadie está en paz, está en guerra abierta con los bolsillos y el bienestar del género humano, y sus adeptos, siempre en acecho, son tan numerosos, que puede decirse que no hay hora, no hay momento, no hay instante ni circunstancia alguna de la vida en que esté uno enteramente libre de algún inesperado *poruñazo.*

El incansable compilador, que, a fuerza de llevarse noche y día sobre sus raídos mamotretos, nos atesta con las publicaciones de sus mal zurcidas copias, dándolas como partos de su ingenio, *poruñea* a los noveles literatos.

Las profesiones de fe de los partidos y de los candidatos políticos, *poruñean* a los electores.

Los prospectos de los diarios recién nacidos que ofrecen política imparcial e independiente, *poruñean* a los suscriptores.

El ministro que, queriendo dar buena colocación a un deudo suyo, hace que extienda el nombramiento su colega para mejor lavarse las manos, *poruñea* al país y al erario.

El falso devoto que con aire contrito y compungido besa en la iglesia el suelo, y en cada beso alza un ladrido, o acecha un sindicato conventil, o quiere *poruñear* a alguna beata.

Al amigo encontradizo que, conociéndote forastero, se te declara mentor y te ofrece su infalible valimiento, échale luego crisol y sabrás si *poruñea*.

Aquel que, fundando escuela, invocando la instrucción, sólo persigue en sigilo el espíritu de secta, *poruñea* a los padres de familia.

El viejo con cara de queso de durazno que se tiñe la barba y los bigotes, quiere *poruñear* a las muchachas.

La vieja que a fuerza de manteca y de afeites terraplena las grietas de su tez, y que, no contenta con esto, se echa a la cara un velo de punto con mosquitas negras, para disfrazar la amarillez de las pecas, *poruñea* a los muchachos.

La niña que se fabrica ojeras y se finge delicada, sensible y enfermiza, a sí misma se *poruñea*.

La conocida y gastadora petimetra que deja de serlo de un momento a otro sin razón aparente, pretende *poruñear* a algún chorlito vendiéndole disipaciones por economías.

Poruñea la hembra de vida airada, vendiendo chusquisa por señora.

Poruñean los cateadores efectivos, unidos a los cateadores de bolsillo, con sus sociedades anónimas, a cuantos se dejan tentar por todo lo que reluce.

El médico que poco concurre a los llamados, porque, según él, son muchísimas sus atenciones profesionales, y que gasta cartera para asentar en ella el día y la hora fija que dedica a la consulta, *poruñea* al público vendiendo reputación y fama, envueltas en un atado que contiene todo lo contrario.

Poruñea el boticario vendiendo panaceas universales por envidiables tiempos de salud; los fabricantes de específicos con aquello de "cuidado con la *contrefaction*", y los homeopáticos porfiados con sus microscópicas pelotillas de adivinar.

El amante *poruñea* a su querida; ésta a su novio; la cortesana al amante; el marido a su mujer y la mujer al marido; y es tan *poruñazo* el eterno amor de fino enamorado, cuanto son *poruñazos* las promesas de ministros en tiempo

de elecciones. En resolución, el *poruñeo,* digan cuanto quisieren las malas lenguas, es la enfermedad endémica de la humanidad.

El continuo oír hablar de minas, así como el incansable llegar de arrias, cuyos capataces cuando no traían ricos metales en los sacos, los traían riquísimos, aunque en reducidas muestras, en los bolsillos, para paladear con ellos, de orden de los mayordomos y administradores de minas a sus respectivos patrones, y, sobre todo, el no haber cosa de más provecho que para poder hacer, me determinaron a ir para el interior con el doble propósito de examinarlo todo y de buscar también lo que no había perdido.

En Copiapó se piensa poco y se hace mucho; así es que apenas revoloteó el pensamiento por mi mente, cuando ya me encontré caballero en una mula, siguiendo alegre el antiguo y conocido camino de Chañarcillo.

Para ir al mineral se atravesaba en todo su largo la larguísima ciudad de Copiapó, que terminaba en un arrabal no menos largo, conocido con el nombre de San Fernando. Este lugar, que poseían en común los indígenas, como poseían los indios de Santiago el de Talagante, había sido dividido en hijuelas de a una cuadra, que la Municipalidad vendió con feliz resultado, pues casi no había una de éstas que no estuviese perfectamente trabajada y que no produjese a sus dueños entradas que asombrarían a nuestros propietarios del sur. Es risueño y variado el aspecto de esta parte del camino, pues va siempre ocupando el centro de la regada planicie que constituye lo mejor del departamento agrícola.

El paso de mi mula era arrogante, y sus deseos de correr tales, que más de dos veces me hizo recordar la mula de alquiler de Iriarte. Pasé el pueblo de indios, como quien dice excitando alegres *¡bien haya!,* de cuantos columbraban el portante de mi envidiada cabalgadura. En un momento estuve en Punta Negra, sumamente complacido con la vista de aquellos cerros tan esencialmente mineralizados, que no parecía sino que a cada paso iba a tropezar con un crestón de pura plata.

Quienquiera que saliere a viajar por primera vez en Copiapó, si, como es natural, sólo llevare en la mente las ideas de minas y de descubrimientos, al ver entre el polvo de las muchas arrias que cargan bastimentos y traen metales, pasar como un celaje a los viajeros, se imaginará desde luego o que iran ellos a algún denuncio, o que llevarán noticias de algún alcance. Pues, muchas veces no es ni lo uno ni lo otro, porque todos corren en esta tierra; los propios, los plazos y hasta los ociosos, por la sencilla razón de que casi todos andan en caballos o mulas de alquiler. De mi distracción mineralógica me sacó de repente la voluntaria torcida que hizo mi mula

hacia una de las puertas de un potrero inmediato. La enderecé al camino, nada; le quebré la varilla en las orejas, menos; la cogí entonces de una rienda, y a riesgo de romperle el pescuezo, la hice, mal de su grado, volver la cabeza al camino; mas ella, que sólo se había dado prisa, no por agradar a su jinete sino por llegar a su querencia, me dejó el manejo de su cabeza, y tomando ella sobre sí el de su cuerpo, siguió con un pasitrote descuajeringado el recto camino de la puerta del potrero, no siendo bastante a contenerla ni mis talonadas ni mis no pocas amenazas. En esta situación desesperada, quiso mi mala suerte que avistase dos señoras que, sentadas sobre hermosos caballos y rodeadas de una lucida comitiva, bajaban al galope para el pueblo. Aquí de mi valor *¡arre demonios...!* Ni por ésas; talonadas, azotes, menos... En tan horrible situación, el honor de la persona y la galantería me hicieron descargar sobre las quijadas de mi voluntariosa cabalgadura tan atroz bofetada, que, perdiendo ella el tino, hizo perder al jinete el equilibrio, granjeándole el saludo de estrepitosas carcajadas. El desventurado andante, dando siete veces a Barrabás y treinta al mal alquilador de tan descomedido cuadrúpedo, comenzó a descargar sobre los ojos y las orejas de él tal granizada de puñadas, que a no oponer la mula a este merecido arranque de entusiasmo el más desaforado de todos los respingos, no hay duda que todavía estuviera sacudiéndola. Tal fué la indignación que produjo en aquel honrado caballero y galán cortesano el primer estrepitoso aplauso que recibió del bello sexo en Copiapó.

A las nueve de la noche llegué a Totoralillo, primer establecimiento de amalgamación de la Empresa Unida, después de haber pasado siempre siguiendo la margen del río, que en la actualidad iba sin agua, porque le había tocado el turno de regar una heredad de arriba, por Tierra Amarilla, y por Nantoco, pequeñas aldeas, emporios del comercio *cangallero.*

Aunque todavía no figuraban maquinas movidas por vapor en Copiapó, las que existían, impulsadas por aguas, cautivaban la atención del que las visitaba por primera vez. En ellas se veían consultados a un mismo tiempo la solidez, la economía y los principios del nuevo sistema de amalgamación adoptado en este lugar para el pronto beneficio de los metales de plata nativa y clorurada. En los establecimientos de minas de Freiberg, se emplean para amalgamar riles que, girando sobre ellos mismos, revuelven y mezclan el mineral molido con el azogue y agua que se depositan en ellos. Aquí se desconocía el uso del barril; poderosas tinas de madera con fondo de hierro, sentadas de firme en contorno de un árbol más poderoso aún, que ponía en movimiento circular y arrastrado las pesadas cruces del mismo metal que giraban dentro de

ellas, hacian con suma ventaja las veces del barril rotatorio de Alemania. Los trapiches para reducir a arena el metal eran también de hierro macizo, y tanto éstos cuanto las máquinas amalgamadoras, solían estar muchas veces día y noche movidas sin tropiezo por ese sorprendente hilo de aguja que se llama río y que, por el desnivel natural del terreno, tan pronto como dejaba una máquina, ya podía emprender con otra, sin que por esto sufriera la agricultura.

Seamos justos; en cuanto a agricultura, y, sobre todo, en cuanto al sistema de regadíos, los hombres del sur debemos quitarnos el sombrero ante los hombres de campo del valle de Copiapó. Desde las Juntas de Potrero Grande, que es lo mejor y más ameno del departamento, hasta donde termina su curso visible el río al occidente de Copiapó; no recorre, por las sinuosidades de la quebrada, una longitud menor de 200 kilómetros, y esta agua, que apenas alcanzaría en el sur, por razón de su malbaratado empleo, a una sola hacienda, bastaba, por una sabia distribución, para mantener como un vergel esta prolongada faja de tierra que ostenta en todas partes alfalfales, siembras y arbolados. Crece de punto la admiración cuando se consideran los importantísimos servicios que esta escasa corriente presta además, como ya he dicho, al beneficio de los metales, impulsando las máquinas amalgamadoras colocadas a su margen.

En Totoralillo tenía la Empresa Unida veintiuna cubas amalgamadoras y dos trapiches en constante actividad, y se estaba construyendo, con sumo afán y muchos gastos, otra poderosísima máquina, invento nuevo, para utilizar la mucha plata arsenical que se perdía en los relaves.

Siguiendo el orden de colocación de los establecimientos beneficiadores de metales que he podido recorrer, comenzando a contarlos desde el poniente de la ciudad de Copiapó, el riachuelo ponía en movimiento con sus correspondientes trapiches:

Las máquinas de la Chimba de los señores Gallo y Montt con 11 tinas.

Las de Subercaseaux con 5.

Las de Carrasine con 3.

Las de la Empresa Unida en Copiapó con 11.

Las de Ossa y Cía. con 11.

Las de Abbot y Cía. con 6.

Las de Dávila y Cía. con 3.

Las de Cousiño con 10.

Las de la Puerta de la Empresa Unida con 24.

Dejo sin enumerar, por no haberlas visitado, las de Ossa en Totoralillo, las de Potrero Seco, las de Gallo, Zavala y otras.

Las fuerzas del vapor vendrán algún día a devolver a la agricultura lo que es enteramente suyo, el río; entretanto, es digno de elogio el establecimiento de beneficiar relaves planteado en Copiapó por el señor don Carlos Darlau, quien con una sola mula, utilizando los recursos bien combinados de la mecánica, ha puesto en acción activa el triple trapiche y las enormes cubas de que consta.

Volviendo al hilo de mi correría al mineral, al amanecer del siguiente día de estar en Totoralillo salí para Chañarcillo llena la cabeza de aquellas vaporosas esperanzas que surgen siempre en la mente del que nunca ha podido encontrar algo, cuando se dirige al lugar donde otros están encontrando mucho.

No tardé en llegar a la puntilla que por aquí llaman, sin saber por qué, del Diablo. Allí termina lo ameno del paseo, pues, torciendo de repente el camino hacia el sur, deja el viajero con sentimiento el valle para internarse en la áspera y desierta serranía que media entre él y Chañarcillo.

¡Qué soledad aquélla, qué desnudez de cerros, qué silencio! ¡Ni una avecita, ni la vista lejana de una choza, ni la más leve gota de agua! El desierto atacameño asomaba aquí su adusta cara. El camino parecía, sin embargo, obra del hombre, pues estaba perfectamente acomodado y compuesto, aunque penetraba, por evitar repechos, en estrechísimas gargantas formadas por enormes rocas cuyas tersas paredes parecían trabajadas a cincel.

Dos son las estrechuras que se pasan antes de llegar a la cima de la cuesta, y sus tersos costados eran la verdadera imprenta libre que quedaba entonces en Chile. Su mucha estrechez, lo liso de sus majestuosas paredes, y el ser aquel el preciso tránsito para el mineral, excitaba a los ociosos caminantes a ejercitar en aquellas pizarras monstruos los ramos de sus diversas profesiones literarias y artísticas; el aficionado al dibujo trazaba con tiza el retrato del general Flores, y le ponía al pie: "este es Flores". Otro dibujaba uno de los vapores, dándole forma de poruña. Otro decía a su querida, porque sabe que el hermano de ella va para la ciudad:

Antonia, por ti me muero.
Dame tus ojos de alcance,.
Toma mi cuerpo en broceo.

El que tú sabes.

Llegaba un político y escribía:

"El Intendente es un bruto: ¿hasta cuándo nos tienen a este animal aquí?; y más abajo;

"El juez de Chañarcillo está robando".

Más adelante: "*Págame* mis tres onzas, Ramón", o bien "Don T. P. dice que no es mulato", y en seguida: "¿Don Z. J. O. fué el primer cangallero de este lugar", y no en pocas partes estas misteriosas iniciales:

M. P. Q. M. L.

Prosiguiendo siempre al sur y como a cuatro leguas de Totoralillo, se llega a la primera aguada que llaman el Ingenio porque lo hubo en otro tiempo, y se reconoce por las escorias que aún quedan, y por la total destrucción de toda la vegetación circunvecina. Había en ella un mal rancho, una aguada y unas pequeñas casuchas que la defendían de los ardores del sol. De allí repeché una cuesta bastante elevada, tanto que al llegar a la meseta de la cumbre, tuve que detener mi cabalgadura para darle resuello. Esta altura, que da vista también al departamento del Huasco, domina gran parte del bajo de Copiapó, y desde ella se divisan perfectamente las cordilleras, que, cuando nevadas, alegran tanto al sediento copiapino; el mentado cerro del Checo, que con su cobre labró la suerte de los Matta; el cerro Blanco, poderoso y abandonado mineral; el de la Plata, del que se cuentan tantas abusiones; y cuantas otras cimas y crestones pueden despertar en la memoria de los mineros un descubrimiento, un alcance, una ruina o un poruñazo.

Bajando esta costa por el fondo de una quebrada larga y angosta sembrada de caballos y mulas en estado de momias, como suelen encontrarse en los altos repechos de las cordilleras, llegué al cabo de cuatro leguas más de marcha al nunca bien ponderado mineral de Chañarcillo.

El mineral de Chañarcillo, cuya asombrosa riqueza sigue maravillando tanto y en cuyos codiciados metales de plata está por ahora basada la nombradía del departamento, como lo estuvo en otro tiempo en los de oro, que abundante produjeron los de las Animas y Jesús María, se encuentra como a 17 leguas al sureste del pueblo de Copiapó, situado en la meseta meridional donde termina el morro de Chañarcillo. Fué descubierto por Juan Godoy, leñador de modesta condición, en mayo del año 1832, y desde entonces este depósito de riquezas no ha dejado de ser un solo instante el más tirano e inexorable dispensador de fortunas, de miserias, de esperanzas, de decepciones y de inesperados títulos de nobleza.

Para dar razón de lo que es el mineral, para deducir de su estudio geológico lo que puede ser, y para decidir si están o no bien dirigidos los trabajos de explotación, se nece-

sitaban más conocimientos que aquellos que en calidad de simple viajero mirón había yo llevado a Chañarcillo. Lo único que pudiera aseverar, apoyado en el testimonio de los mismos mineros, es que los trabajos andaban, en general, a la salga lo que saliere, puesto que no había un solo minero que al alabar su sistema de trabajo dejase de motejar el del vecino.

Para posesionarse de los infinitos trabajos que se ejecutan en Chañarcillo era indispensable el concurso de un buen práctico, pues sin él, tan sólo la tarea de contarlos sería dificultosa para quien se engolfase por primera y aun por sexta vez en este morro de vizcachas, dédalo confuso de bocaminas, de encrucijadas y de desmontes sin término.

En Chañarcillo puede decirse que sólo figuraban dos vetas principales, las que, acompañadas a uno y otro lado por una red de vetilla y de guías, constituían lo que allí llamaban corridas. La corrida de la *Descubridora,* que lleva su rumbo N. S., con cinco grados al E. y que está situada al oriente del mineral, encerraba las pertenencias del *Manto de Ossa,* la *Descubridora,* la *Carlota,* la *Santa Rita,* la *San Félix* y otras; y la corrida del poniente, cuya visible inclinación al E. hace presumir que a la distancia debe de empalmar con la de la *Descubridora,* la *Valencia,* la *Esperanza,* la *Colorada,* y otras; y tanto en el espacio que media entre ambas corridas cuanto en sus costados exteriores, parecía casi incalculable el número de pertenencias que se trabajaban con más o menos ventajas en tan privilegiado asiento.

En el mineral no había agua ni leña; ambos artículos se traían, el primero de unos pozos mezquinos practicados y sostenidos con trabajo a tres leguas del asiento, y el segundo del campo vecino a la aguada, único lugar que, por la distancia, para los hombres de a pie, se había librado del hacha del apir. Los acarreos de ambos artículos se hacían en burros, y eran tantas las recuas ocupadas en este carguío, que desde que amanecía ya se veían los caminos del monte y los de la aguada cubiertos de borricos, bien sea cargados de pequeños barriles de arroba de capacidad cada uno, para venderse a seis reales la carga, bien de manojos de chamiza y mala leña que costaban ocho.

El sostén de una barreta en Chañarcillo, término medio, no costaba menos de setenta pesos mensuales. Los pagos se hacían el día 1.o de cada mes, así es que desde el día 25 ya se observaban las carreras y las diligencias de los dueños de faenas en la ciudad de Copiapó, para proveerse de plata sencilla, artículo a veces sumamente escaso en el lugar; y el 28, 29 y 30 se veía pasar afanosos por el camino de la sierra, a portadores de esa panacea, único freno con que podía man-

tenerse sujeta la turbulenta población minera del lugar, que, según cálculo, alcanzaba a mil almas, y que sin el preciso pago del día 1.o sería capaz de atropellarlo todo.

El centro social y mercantil de esta laboriosísima colmena era el pueblo de Juan Godoy, nombre que le fué dado para perpetuar con honra la memoria del descubridor de Chañarcillo.

Encuéntrase situado al pie mismo del mineral y en el plano que forma la confluencia de las dos quebradas donde él termina; la de oriente, que lo separa del mineral Bandurrias, y la del poniente, que lo separa del mineral Pajonales; de manera que no podía tener mejor ni más adecuada colocación aquella turbulenta e industriosa capital del verdadero reino de la Plata.

El orden y concierto de sus calles no han fatigado mucho la imaginación del fundador; pero, en cambio, el desorden que se observa en todo lo demás, está en perfecta concordancia con el primitivo trazado.

En Juan Godoy no se estilaban casas para vivir con comodidad. Cuantas constituían su parte urbana e inurbana, que andaban revueltas todas, chicas y grandes, chozas, galpones y sombras artificiales, eran otros tantos centros de activísimo negocio, y como quien dice minero afortunado dice hombre gastador y generoso, no había por qué maravillarse de encontrar en los figones ricos géneros y los mejores vinos. La recova de Juan Godoy era la única que ostentaba en la provincia, sin presunción y casi a cielo raso, la mejor carne y las mejores y primeras frutas y legumbres que se expendían por estos mundos. Fondas, picanterías y siete billares en constante servicio, acreditaban el espíritu social de aquella gente de ojota y de bonete. Era el jefe supremo de este afortunado lugar un subdelegado; y un mal rancho con paredes de pirca, en cuya puerta figuraba un asta de bandera al lado de un cajón boca abajo que hacía veces de garita, era juntamente palacio, juzgado y cárcel pública.

Para quien no conociere lo que es en el norte un asiento de minas, Chañarcillo y su simpática capital minera serían objetos dignos de estudio. Un chileno poco geógrafo de su patria, como tantos, arrancado de repente del emporio de los *porotos,* y dejado por una mano misteriosa sin saber cómo ni cómo no, en la plaza pública de Juan Godoy, habría de verse muy apurado para atinar en qué región del mundo se encontraba; porque tanto en el mineral cuanto en el pueblo, todo para él sería nuevo: costumbres, trajes, aspiraciones y hasta el modo de hablar. El español que se hablaba en Chañarcillo era el idioma de Cervantes con culero.

Las prácticas religiosas estaban allí en el más completo

broceo; capilla no faltaba; pero lo que es quien dijese misa y quienes la oyesen, estaban en desuso. Sólo hablaba de confesión el minero socarrón que buscaba ese pretexto para bajar a los planes tras de alguna hija de Eva, por estar éstas más escasas que la misma misa en Juan Godoy. La mujer no se toleraba allí sin el pasaporte que llamaban papeleta, desde que el bello sexo dió en la flor de ocultar bajo sus faldas el fruto prohibido de las minas: la *cangalla.*

Los domingos, a la caída del sol, lucían en la recova sus pintorescos trajes los señores del combo y de la cuña, trajes-jardines por sus variados colores, y hasta cierto punto graciosos y elegantes. El minero usa calzoncillos anchos y cortos, perfectamente encarrujados al rededor, que sólo le llegan a las rodillas, sobre ellos un ancho culero que le cae hasta media pierna, y por sobre todo, una larga camisa de listado, que, cubriendo la mayor parte del culero, sólo deja sus festones a descubierto. Una enorme faja de color ciñe su cuerpo desde la cadera al pecho; en ella, hacia adelante, va colgada la bolsa tabaquera, y por la espalda se divisa el mango de un puñal. Usa medias negras y sin pies. y por calzado, ojotas. Un gorro negro o lacre, con una gran borla que le cae sobre el cogote o sobre la oreja, es el adorno de la cabeza; pero donde el minero echa todo el lujo es en la manta, que compra sin reparar en precio siendo buena, y que carga con suma desenvoltura y gracia. El vestido de estos hombres tiene mucha semejanza con el de los modernos griegos.

El bello sexo, que tanto escaseaba allí, no podía decirse que en él suplía la calidad al corto número. Estas hermosuras negativas, calzadas con ricos botines muy puercos, con ricas medias más puercas aun, usaban valiosos trajes llenos de lamparones y ricos pañuelos de seda bordados, cuyos colores, como la piel del camaleón, variaban según los del panizo donde trabajaba el minero que más se les arrimaba.

Ya para Juan Godoy me parece que es bastante. Volvíme a mi alojamiento, en la mina *Esperanza,* donde me esperaban buen jamón y exquisitos vinos, porque si bien es cierto que Chañarcillo, en vez de casas usaba malas chozas, también lo es que el buen alimento, el champagne, el coñac y muchos otros menesteres propios para hacer soportables aquellas breñas, ni a los mineros broceados les hacían falta.

Acercándose el limitado término de este mi primer viaje, me hice de algunas curiosidades para mi colección, y salí para visitar de paso los minerales de Bandurrias y Pajonales.

Bajando al pie de las lomas que forman el mineral del sur y repechando un poco el cerro de Bandurrias, se divisa en todo su esplendor la colmena del cerro de Chañarcillo. Al ver aquel informe semillero de bocaminas, de ranchos, de

casuchas de tabla, de desmontes, de pircas, de explanadas costosamente trabajadas; al notar el ruido y la incesante movilidad de las gentes y de las arrias, todo concentrado en aquel solo punto, un sentimiento de admiración y de encanto se apoderaba del recién llegado, y al momento revoloteaban por su mente todas las imágenes de una dorada esperanza.

¿Por qué no había de ser uno tan afortunado como lo eran los demás? Una chiripa cambió de un momento a otro la suerte de adversa en favorable. ¿Por qué no sucedería semejante chiripa en uno mismo? Chañarcillo y sus incidencias entonces eran capaces de hacer perder los estribos a la misma apática modorra. Este mineral, desde su descubrimiento, ha ejercido y ejerce aún un poder providencial hasta sobre el estado y la capacidad de las personas a quienes ha querido favorecer. Quiso que Godoy y los Bolados fuesen caballeros, y lo fueron, y arrastraron un numeroso séquito de aduladores. A éste le dijo: aseméjate a la gente, roza la sociedad y ocupa los destinos que sólo se deben al talento; y pareció gente, y rozó en la sociedad y ocupó los destinos que sólo se deben al talento. A aquél: tú que eres viejo y achacoso por tus vicios, tú que eres un solemnísimo ignorante, cásate con una tierna niña y sé hombre de consejo; y casó con una criatura y fué hombre de consejo. Al mulato le dijo: tú eres blanco, y él lo creyó. El que antes servía y recibía mercedes, es ahora servido y las niega a sus semejantes. En resolución: quien ansiaba las aguas de la fuente de rejuvenecencia y los específicos con que se confeccionaba el talento, buscándolos en los capachos y en las fajas de los apires y barreteros de Chañarcillo, y allí los encontraba.

Al cabo de media hora de camino se llega al mineral de Bandurrias. La naturaleza de su cerro, aunque sólo separado por una quebrada del de Chañarcillo, es poco lisonjera. Las minas que se trabajan en Bandurrias eran también pocas y diseminadas en largas distancias. Había vetas, sin embargo, de una hermosísima formación. El manto de Fuentecilla era una masa enorme de metal, cuya ley, aunque baja, era de la mayor importancia, vista la facilidad con que se extraía. La clase de metales de Bandurrias es distinta de la de Chañarcillo, que da en general poca plata nativa y mucho cloruro, al paso que el metal de Bandurrias da más a menudo plata nativa, rosicler, arsénico y *soroches* que cloruros. Sus principales minas eran: la *Descubridora, San Jerónimo, Solitaria* y el *Manto*.

Pajonales, sin ser ni con mucho parecido a Chañarcillo, parecía de más importancia que el anterior y sus metales se asemejan más a los de éste que a los de aquél. Situado al poniente de Chañarcillo y sólo separado de él por la quebrada,

en cuya boca está situada la aldea de Juan Godoy, tenia este mineral algunos trabajos más que el de Bandurrias. Entre sus minas de nombradía, también diseminadas aquí y allí en la extensión de sus lomas, se contaban: la *Miller*, la *Contadora* y algunas otras. Los dos días que dediqué al examen exterior de estos últimos asientos de minas, me fatigaron mucho por el mal estado de los caminos, el sol abrasador y la escasez de agua; y siéndome preciso llegar en la noche a Totoralillo, salí de Pajonales a las cuatro de la tarde, y en cuatro horas de sostenido trote llegué al deseado río donde se ve agua, donde se ve verde, donde aspira uno con encanto hasta el olor de las malezas que crecen espontáneamente en las márgenes de aquel arroyo.

Como quiera que sea, si el recién llegado del sur o de las pampas, cuya vista que sólo puede detener el horizonte, se considera apretada en la angosta y prolongadísima quebrada que aquí llaman el valle de Copiapó, saliendo de la sierra y llegando al río, que es el centro del valle, es tal la impresión de agrado que recibe, que llega a considerarle, a más de hermoso, muy extendido. El riachuelo ya no es riachuelo, tiene visos como de río para el fatigado caminante.

En esta leve correría tuve ocasión de estudiar el carácter y las tendencias de una nueva entidad *sui generis* que me persiguió como sombra en todas partes. El *cateador* y el *poruñero* viven y reinan en los pueblos, y sólo se ausentan de ellos para las precisas exigencias del Estado; el *cangallero* tiene su trono en Chañarcillo y en cuanto mineral exhibe plata a mano. Genitor o por lo menos ama de leche del pueblo Juan Godoy, el *cangallero* reconoce por padre al prurito de hacer colecciones de minerales, que tarde o temprano pasan de los lujosos escaparates a la tosca rueda de los trapiches y por madre a la mezquindad de los mineros en alcance, que prefieren el título de robados al de generosos. No es, pues, de extrañar que el *cangallero* sea la niña mimada, la *comeazúcar*, la *sácamenconbien* de algunos buitrones, de algunas máquinas y de muchos encumbrados personajes.

Este minero sin mina, que muchas veces trabaja en alcance, y no pocas veces es alcanzado por los esbirros de la autoridad, sólo tiene de común con el *poruñero* el ser eminentemente pagano, el sacrificar a Mercurio, y el tener por lares y penates predilectos el naipe, el dado, la taba, los matecitos y la perinola.

El *cangallero*, como la poesía, tiene irresistibles atractivos. ¿Quién será aquel que no haya pellizcado siquiera una *cangallita*? ¿Quién aquel que no haya medido alguna vez un verso, aunque haya sido con un palito? Pero así como a todos no les es dado el ser poetas, a todos tampoco les viene bien

el título de colados *cangalleros*. Sin recia constitución, sin sangre fría, sin buena vista, sin mejor oído, sin astucia, sin valor y, sobre todo, sin piernas, no da en bola el *cangallero*. El *cangallero* es un verdadero corógrafo; no hay rincón en cerros que no conozca, ni mal paso que no haya visitado, ni cuevas apartadas en donde su vista escudriñadora no haya penetrado. El tiene calculadas las distancias, sabe dónde debe apartarse del camino, dónde debe apresurar el paso de su cargada cabalgadura, a qué horas debe llegar a un punto dado, y calcula y ejecuta sus movimientos con la regularidad del vapor.

Al entrar en campaña el *cangallero* se transforma en un verdadero farsante, y sus colores, como los del camaleón, están tan en perfecta concordancia con los de las personas que lo rodean, que es muy difícil el advertir que haya uno de más en el corrillo. A veces se presenta bajo la forma de un poderoso minero, acaudalado en el norte y hacendado en el sur, y con todo el prestigio de la riqueza de un Río Santo. Otras, bajo la de un ser de modesta fortuna, pero dueño de máquinas tan inocentemente colocadas como lo está la fortaleza de Gibraltar en la boca del Mediterráneo. Aquí, con la figura de un honrado devoto, muy pudiente, porque Dios protege a la inocencia, y que no compra sino que rescata piña de manos de los ladrones, como antes se redimían los cautivos. Como en aquellos desventurados entonces nunca se preguntaba de dónde fuesen ellos, bastando sólo el saber que eran cristianos, tampoco éste pregunta de dónde proviene lo que compra; le basta saber que es piña. Cada marco que rescata a razón de seis pesos, es un bien que hace al prójimo; porque si con seis pesos se pueden hacer tantas maldades, ¿qué no se hará con nueve pesos dos reales, valor del marco arrancado a manos *non sanctas?*... Allí, bajo la provecta catadura de un viejo achacoso a quien el mundo deja y él pugna por no dejar; más allá, haciendo el papel de un joven activo y diligente, para quien el sol, la noche y el agua son ciruelas; en la Placilla, haciendo de honrado comerciante y proveedor, y en todas partes sustrayendo, nunca adicionando. ¿Adónde, en efecto, volver los ojos que no se encuentre el *gentleman of the night* en esta tierra de promisión?... ¿Acaso bajo el disfraz de las sotanas? Tal vez, porque esta vestimenta sólo forma colecciones para la vista; es cierto que son colecciones que se benefician después, y que también dan sus marquitos, pero todo para la vista. No deduzcamos, pues, de aquí, las malas lenguas, que también el religoso *cangallea*.

No, señor; recibe sí las colpitas que le regalan sus confesadas, las cuales las compran a sus lavanderas, éstas a los mineros y los mineros a los descuidos de sus mayordomos,

Como bienes pecadores, pues, van a parar a la iglesia, y nada más.

Por ahora me remito a una obrita que publicaré a la posible brevedad con el título de *"El Perfecto Cangallero, o sea el arte de cangallear sin ser cangalleado"*, con un prolijo itinerario de todas las aguadas que no cuecen porotos, del interesante alojamiento de don Beno, y del no menos importante y poco sospechado del Agua de los Sapos, adonde llegando el *cangallero,* ni le asustan *los bufidos de su mula, ni el rebuzno de su asno,* el que no pocas veces, agobiado por el peso de las *colpas,* pide socorro con disonante clarín a los agentes volantes de la entrometida policía; terminando el todo con las puntuales monografías del habilitador ambulante que trabaja por cuenta ajena con provecho propio; del *cangallero* falte que ¡ojo al minero y ojo al que no lo es!, compra al primero por dos lo que vale cuatro y vende al segundo por cuatro lo que vale ocho, y todavía alcanza a dar al socio comanditario cuentas que, aunque oliendo a las del Gran Capitán, alcanzan honores de provechosas; del *cangallero chinganero,* que torna el anisado en pura plata al dulce son del arpa y la guitarra; y, por último, el *cangallero* de menor cuantía, que es el más numeroso y el que alimenta sin saberlo a todos los demás.

Engañado por el *cateador,* robado por el *poruñero* e iniciado en los misterios del *cangalleo,* ya puede uno decir con confianza que es minero colado, y si se librase de los tres, todos le darán a boca llena el título asaz significativo de *hombre pasado a minero.*

No se crea, por lo que queda escrito, que sólo a criticar y a recrear la vista se redujeron mis trabajos en Copiapó. Reanude mis antiguas relaciones con La Rioja y Catamarca, recorrí el desierto, trabajé minas en él, sufrí el hambre y la sed, reina absoluta de aquellas áridas arenas.

A cosa de tres horas de viaje al trote en regular caballo, desde Totoralillo para el norte, y a cosa de otras tres, cabalgando en burro, desde ese punto hacia el oriente, puede un viajero llegar harto de arena, de sudor y de cansancio al asiento de una antigua y poco conocida mina de cobre que cuenta ya con sus treinta años de justificado abandono.

Consérvase aún intacta, en aquel apartado lugar, la tarasca de una obscura ratonera trabajada por el prurito de hacer plata de la noche a la mañana, en medio de un grupo de aisladas rocas que asoman sus crestones sobre la ondosa planicie del desierto, como los arrecifes sobre la movible superficie de los mares.

Ni una gota de agua se divisa en parte alguna; allí no cantan las diucas, y ni siquiera aquella borra amarillosa con que la vegetación anuncia, sobre las rocas descompuestas por

la acción del tiempo, sus primeros indicios, alegra el aspecto de aquella naturaleza puramente pétrea, horno calcinante y calcinado por los ardientes rayos de un sol abrasador.

Cuentan las crónicas que en aquel solitario y triste albergue, que no fué entonces venerable asilo de ninguna inocencia pecadora, puso trabajo por los años de 1848 un buen señor que, cansado de buscar la fortuna sobre la superficie de la tierra, le dió el diablo por buscarla bajo de ella. Minero de nuevo cuño, esto es, ignorantón y presumido de sabedor, como solían serlo en aquel feliz entonces la mayor parte de los del cuño viejo, que, como él, buscaban bajo de tierra lo que no habían perdido, sólo le faltaba para entrar en el gremio de los colados, disimulo para fingir, malicia para engañar, destreza para hacerse de *cangallas* y talento para venderlas como frutos de su propio solar; calidades todas que, si bien de importantísima valía, si yo fuera carpintero, diría que no juntaban, ni ensamblaban, ni traslapaban con el ánimo de nuestro novel minero, más dado, por mal de sus pecados, a la pluma que a la barreta.

El empresario a que aludo vivía por economía en una tienda de campaña, horno portátil que así le servía de alojamiento como de almacén y de bodega. Su situación, pues, no era envidiable; primero, soledad, segundo, vista en lo interior de sacos de harina tostada y de líos de charqui que estrechaban las fronteras de su cama, y al exterior, por la abertura o entrada triangular de la tienda, un arenal sin límites, la temblorosa reverberación de los rayos del sol. y las orejas del burro cargador de agua potable, el cual, mustio y pensativo, parecía, por su quietud embelesada, que buscaba en su mente algún trabajoso consonante.

Llegado a punto, una tarde, el fastidio que agobiaba a nuestro amigo, dicen que llegó a exclamar oyendo la algazara de sus peones: "¿Será dable que hasta el borrico aguador me esté dando lecciones prácticas de filosófica resignación? ¿Será dable que esta tropa de zopencos que me acompaña, por el solo hecho de poseer la virtud negativa de no preocuparse del día de mañana, tenga poder para hacer revolotear la risa y la algazara en torno de sus insulsas conversaciones, cuando yo, que con una sola palabra puedo hacerles enmudecer, no tengo aquí un solo momento de verdadero agrado? Fenómeno es éste, prosiguió, que merece ser estudiado, y para hacerlo con documentos a la vista, quiero, ahora que están tan animados, taquigrafiar durante una hora entera lo que les oigo". Y diciendo y haciendo, como entiendo que era en el taquigráfico garabateo, cogió papel y lápiz, acomodándose lo mejor que pudo sobre un saco de harina tostada, siguió con imperturbable paciencia la conversación de sus mi-

neros que, sentados en el suelo, alrededor de un removido rescoldo, departían en buena paz y compañía raspando las tortillas que acababan de sacar de él.

Tengo a la vista el trabajo de aquel solitario huésped del desierto, trabajo que, sin más que atenuar el alcance de alguna que otra voz antiparlamentaria, entrego a los curiosos en calidad de fotografía instantánea de las costumbres que aún fomenta en el ánimo de nuestros rústicos campesinos la religiosa creencia de que el marido responde en la otra vida de cuantos pecados cometa en ésta la mujer, si los deja pasar sin mechoneo, paliza o azotaina.

Dice, pues, el manuscrito:

INTERLOCUTORES

Un barretero de Gualinán, que a fuer de cuyano, piensa y habla en esdrújulo.

Otro de Elqui, indio gustador y poco amigo de dar gusto.

Un Apir, *gamin* de París con culero.

El buen Velásquez, hijo de Andacollo, hombre de consejo a quien la edad de los dos combos, esto es, la de los 77 años, ha traído del papel de galán y poderoso barretero, al de humilde proveedor de agua potable de la colonia. Los demás hasta el número de nueve, los coloco como coros o comparsas, que más hacen el papel de oidores que el de alcaldes.

Uno.— ¿Y quién le decía nada al punchi de don Campillo? ¡Buena cosa de punchi clarito, ñor! ¡y lo fuerte!

El cuyano.— ¡Ah! maye hayas un trago de anisado ahora, ¿no, caballeros?

Velásquez.— ¡Oigalo no más hablar a estos ociosos!

Uno.— ¿Y que vendría mal un traguito de anisado ahora, ñor? No hay cosa que componga más el *estomo.*

Velásquez.— ¿El *estomo* no? Un dolor de *estomo* que yo quise curarme así, fué causa de todos mis atrasos; ¡y ojalá nunca me hubiera acordado de sus anisados! (Risa general y exclamaciones.)

Uno.—¡Esta sí! ¿Y qué le sucedió, pues, ñor!

El elquino.— Se desgraciaría, pues hombre, ¿qué hay que preguntar? Tuvo algún pleito, lo rodeó bien la suerte y... ¿no es así, ñor?

Velásquez.— ¡Ojalá hubiera sido así no más!

El cuyano.— ¡Escuche! ¿Qué le anduvieron bordeando con el baleo?

Velázquez.— ¡Qué baleo ni qué porra! ¡Peor que si me hubiesen baleado!

Todos.—¡Cómo peor!

Velásquez.—¡Me casaron!

(Nuevo *tuti* de carcajadas).— ¡Esta sí! ¡Ahora sí! ¡Vaya un caso!

Apir.— ¡Me...! ¿Eso no más le pasó? Ahorita no más me bebo entera una botella de anisado yo.

Velásquez.— Qué *sabís* vos, muchacho; ¡tan enterados que los han de ver! Mejor fuera que aprendieras a rezar.

El cuyano.— ¿Conque lo casaron, ñor? Cuéntenos, pues, cómo fué eso. *Velei* un cigarro prendido.

Velásquez.— Gracias. Me casaron, o me casé, que por *ei* va la cosa. Es cierto también que yo era muy *huaina* entonces, que si se ofreciese ahora otra vez igual caso... (riéndose). ¡Ave María, qué tentación!

Varios a un tiempo.— Cuéntenos, cuéntenos, eso, ñor Velasquito.

Velásquez.— Tendría yo entonces mis veintidós años; andaba con mi buen bonete a la oreja, mi culero alechugado y mi camisa, amigo, que barría la calle. Me arqueaba yo por esos callejones y las niñas que me miraban decían "¡La laya de minerito!"; y yo, nada, amigo: ni a pólvora me rendía.

Por *ei* me juntaba con una tropa de zambos y apenas llegábamos a una pulpería, luego les barrenaba un balde de punchi, y aquellos zambos llegaban a *galucharse* a tragos.

En una de éstas, que yo habia bajado del cerro para la *chaya*, antójaseme comer *sandilla* verde, y no me da una *lipiria*, ¡mire! ¡Aquel dolor de *estomo* que ya se me rebanaban las tripas! ¡Sudar es bueno, amigo, y ya me parecia que aquella era mi última, cuando entra un zambo más feo que yo y me dice: "Tome un vaso de anisado, ñor Velásquez; tome no más, ñor, y verá cómo se le pasa"; y me alarga un vaso que venía borde a borde, y yo encomendándome a nuestra madre de Andacollo, le hice una pregunta al vaso que me llegué a poner ñato!

Uno.—¡Bien haya!

Velásquez.— ¡Como con la mano se me quitó aquel dolor!, vea lo que es la fe, ¿no? ¡Es además tan milagrosa aquella Reina de los Angeles! Vamos a que ya estoy mejor que antes y hasta valiente me puse. Luego pasamos a una ramada que estaba que se ardía. Allí no más barrené otro vaso de anisado, y luego, mire, me ladié para el lado de una negrita de esto que hay no más.

Varios.—¡Alza, pues!

Velásquez.—Luego la empecé a *circar* y estaba en lo mejor arqueándome y sacando un real que me quedaba para festejarla, cuando la *suja* se me fué de entre las manos para ir a rematar tras de una *quincha!* Con las orejas no más me ganó la carrera, y los dos llegamos al lazo casi a un tiempo. "Minerito, me dijo toda asustada, ¿no ve aquella zamba que

está allí en la puerta vestida de señora? Pues, esa es la que me ha criado, y como me había enviado a comprarle yerba y yo me he metido aquí, ahora no más me mata a azotes'". ¡Y miro, y veo, señor, en la puerta aquella zamba tan gorda y tan retaca que parecía capacho recién hormado, con unos ojos saltados que parecía que no dejaban rincón por catear, mientras que la otra que estaba tras de mí decía llorando: "¡Y todo esto es porque yo no tengo quién hable por mí!" "Aguárdese, le dije, estése *ei* no más, no se le dé nada. Velásquez se lo promete, y cuando Velásquez promete, ¡virgen, pues!", y luego enderecé a catear a la vieja, y me le acerco, amigo, arqueándome, y apenas la miré, ¿no me voy acordar, señor, que antes había tenido ella conmigo, entre trago y trago, su dimes y sus diretes? Ya es mía, dije cuando me le acercaba, creyendo que ni a pólvora se había de dar. En cuanto no más me conoció, pudrió el cerro, y me le fuí en soltería. Luego no más le dije que yo sabía en la *procura* que andaba, y después de mil *enriedos* que le metí, le dije: "yo soy aquí el causante; ella no tiene culpa la que menor; y si usted quiere y es su gusto, yo soy muy gustoso de casarme con ella; tengo buen herraje, buen *chapiao,* me echo el combo al hombro y no me falta patrón".

Varios.— ¡Alza, pues, ñor Velásquez!

Velásquez.— ¡Hubieran visto ustedes la cara de pascua con que recibió mi declaración aquella zamba! Luego le pasé un vaso de anisado y *ei* no más me abrazó. Vos habías de ser, negrito de oro, me dijo, yo también soy gustosa de que te *casís* con ella y aquí está este rosario que te endono con cuentas de oro... Yo no me acuerdo de lo demás, sino que a los pocos días ya estuvimos casados.

Apir.— Y a usted mucho que le amargaría eso; arriesgado está que se siga quejando del anisado.

Velásquez.— Miren qué cosa, hombre... Aquello de meterse... conque uno no podrá...

Un barretero (interrumpiendo).— Callá la boca, chiquillo, no *estís* amolando. No le haga caso, ñor, sígale no más, vamos ahora a lo dulce.

Velásquez.— Para mí la luna de miel entró en despinte; apenas la divisé cuando se *clisó*... Casado ya y con obligaciones, pasé al pueblo a buscar concierto, y hasta me empeñé por llevarle un pañuelo; y ¿qué les parece que encontré en la casa? ¡ni esto!... Pregunta por aquí, pregunta por allí, nada amigo, y ¡era que hacía cinco días a que no se recogía la indina!

Varios.— ¡Esta sí!... ¡ahora sí!

Velásquez.— Vamos a que, en cuanto no más supo ella que yo la andaba *calcando,* se vino calladita al rancho, donde

me salió con que el miedo a las ánimas que penaban mucho en la soledad, la había hecho ir a casa de la vieja alcahueta a esperar que yo llegase. Ya pasó esto; pero yo pasado también a minero, y todo malicioso, luego no más me hice el enfermo y me metí en la cama. Ñor Velasquito, me decía ella, ¿qué tiene? y yo nada, con los ojos cerrados y quejándome. *Andá,* india pícara, decía yo para mí, a mí no le jugais vos tan aína. Luego me hice el dormido, y ella ¿qué hizo entonces? ¡sacó al pasito un espejito de a medio, se desenredó las pasas, se echó unas babitas, y con trancos de éstos que no quiebran huevos, juntó la puerta y se mandó para la calle... ¿Qué hago yo entonces?, me levanto, amigo, y doblo de cuatro dobleces mi lazo y me la voy escondiéndome de atrás. A poquito andar la encuentro con un minero más feo que yo, concertando el ir a tomar punchi bajo del sauce frondoso. —¿Y tu marido?, le dijo el minero.—No le dé cuidado, ñor, contestó; *ei* lo dejé roncando y soñando con las ánimas; voy no más a darle una vueltecita y ya estoy aquí. Aguárdate pícara, iba diciendo yo mientras me escondía en un zaguán, ahora no más *verís* de qué cueros salen chispas.— Ella que pasa y ¡zás! que le arrimo en la cara un lazazo. —¡Qué me matan!, gritó la china, y yo ¡zas! en las costillas! ¿Conque ibas a tomar punchi sin convidarme a mí, ¿no?... ¡Zás! al suelo vino la china.

Varios.—¡Toma!

Velásquez.— ¡Yo te haré no más, que seáis tan fresquilla y tan lazarilla! ¡Andá a acompañar a tu marido será mejor, que también le tiene miedo a las ánimas! — ¡Zas! — ¡Ay, ñorcito! — ¡Ay! ¿no?, y volando llegó a la casa con el lomo humeando. — Allá en la casa me esperaba la otra zamba casamentera, donde casi me comió ¡mire! Y que la niña era mujer de calidad y que por aquí y que por allí. ¡Miren no más dónde se mete la calidad! ¿No digo yo? ¡Si el zamberío está muy alzado! — Ya pasó esto. Salgo otra vez, ñores, para el cerro, y ¡quién les había de decir que a mi vuelta ni luces de ella había de encontrar!, y lo que es *pior,* que la zamba defensora de la calidad, me llegó a decir que si yo no le apretaba las cuñas, nadie se podría averiguar con ella. ¡Vean qué suerte! — Vamos de nuevo a noticiarnos del paradero de aquella malvada *guacha* que cuando soltera le arrimaban porque no tenía quién hablase por ella. ¡Zamba pícara! ¡No la lambo con un zambo alta con tantas *huaras* que le llegaba a bufar el culero! — En cuanto no más me vió se fué de espaldas. — Le ha dado un mal, decían unos; otros decían que era aire; paró la guitarra y todo se volvía un alboroto, cuando me le acerco yo a tomarla el pulso y le digo, ¡zafa *pa tu*

casa. zamba picara! Al tiro sanó y picó moqueando para el rancho, y yo siguiéndola de atrás. Y qué piensa hacer conmigo, iba ella rezongando, y que yo no soy esclava; y yo callado, amigo, sobando mi correa. En cuanto no más llegamos, la colgué y le arrimaría, mire, como cincuenta azotes. Ella me hacía sus relaciones; pero yo la convencía a lazazos; lueguito de allí a ejercicios.

Cuyano.—¡Escuche!

Elquino.— ¡Pues no, pues, hombre! ¿No *vís* el cargo que uno se lleva de las diabluras de la mujer?

Velásquez.— Como que así no más es, amigo, y yo no quiero tener que dar cuenta a Dios de pecados ajenos por no haberla corregido.

Apir.— Ñor Velásquez, ¿dejó vela afuera para la saca del amanecer?

Velásquez.—En la chincha está.

Apir.— Pues, me voy a acostar; muy leso se está poniendo su cuento.

Velásquez.— Ahora lo estáis hallando leso ¿no?

Uno.—¿Conque la echó a ejercicios, ñor?

Velásquez.— Salió de ellos que parecía una paloma. Me pidió perdón. "Negrito de oro, me dijo, conozco que te he ofendido; no más mundo; te agradezco los azotes que me arrimaste y he de morir donde vos murái". Contento yo, vendí mis estriberas, empeñé mi montura, la puse más guapa que otro poco, y me mandé riéndome solo al cerro. ¿Quién me había de decir lo que me aguardaba a mi vuelta cuando bajé a buscar el nidal de mi paloma? ¡En cuanto no más me alejé, pior lo hizo! Viendo esto yo resolví dispararme del lugar, porque no me gusta que *naiden me avergonce*, y aunque yo sé que el marido tiene derecho de sobar su lazo en el lomo de la mujer, no me gusta hacerlo, mire, y bien sabe Dios y nuestra madre de Andacollo que sólo por cumplir como cristiano me fuí a darle mi última reprensión.

Cuyano.— ¿Y que será cierto, ñor, que uno tiene que responder en el otro mundo por todas las diabluras de la mujer?

Elquino.— ¡Mire qué pregunta! Pues no, hombre; ¿no *vís* que te la entrega el cura para que seáis uno con ella y la defendáis del Malo? Bueno, pues, erró ella y cayó, y en la tentación *ei* estáis vos para corregirla, y ¡no lo hagáis no más!

Cuyano.— ¿Y que será cierto, ñor, que uno tiene que estar noche y día colgado de la pollera de su mujer, y de no peca uno?

Velásquez.— Por eso dicen los libros: antes que te *casís mirá* lo que *hacís*.

Uno.— ¿Entonces será mejor vivir soltero?

Otro.— Por lo visto.

Varios.— ¡Andáaaa!

Velásquez.— Vamos a que me largué a buscar de nuevo a mi cruz, y ella que lo sabe y se me esconde; y yo rumbando, amigo, hasta que me encuentro con ella escondida en un maizal. Pestañeaba no más la india pícara; pero yo con mucha dulzura le dije: venga, sígame que le importa... Se levantó la china y apuntó para la casa, y yo siguiéndola, y ella taimada. Llegamos a la casa, tranqué la puerta lo mejor que pude y me senté a resollar. ¡Buena cosa!, decía yo con mucha pena... Saqué la bolsa y se la pasé. Hágame un cigarro, le dije, y ella callada me lo pasó prendido... Suspiraba yo señor y ella tanteándome... Al fin levantándome, ¡hágase la voluntad de Dios! dije, y la colgué bien amarrada y desnudita.

Uno.— ¡Adiós, diablo!

Velásquez.— ¿Qué me va a hacer? —me decía ella—, ¿que me va a matar? Y yo, "no sé si te voy a dejar vida"; y con una buena correa que tenía allí escondida, a combo suelto le di durazo hasta que me cansé.

Varios.— ¡Tomá!

Velásquez.— Gritaba aquella zamba que ya echaba el rancho abajo; pero buena cosa de zamba sufrida, ni sudaba siquiera! y con aquellas... n... tan grandes que parecían el bombo del rey *Inga* (riéndose); ¡si era para la tentación!... Mientras tanto la vieja está al lado de afuera a golpes con la puerta que se volvía cuatro, y yo sordo, amigo. ¡Que se lo pido de rodillas, decía, ya será bastante!; y yo nada, amigo: ¡y se puso en cruz aquella zamba pícara a rezar a gritos al lado de afuera! ¡Usted tiene la culpa!, le gritaba yo; ¡si usted la hubiese crucificado cuando estaba chica, no le estuviera pasando lo que le pasa ahora!; ¡y dale, amigo, y aconsejándola! ¡Que me matan!, gritaba ella, y la vieja al lado de afuera: Santa María, madre de Dios, ruega, señora... Y yo, éste será por el alma de mi finado padre, ¡rrrás! ¡Jesús me ampare, gritaba la india, ronca ya, mire; y yo, éste por el hijo que debíamos haber tenido, ¡rrrás! Padre nuestro, que estáis en los cielos!, decía la vieja; y yo, éste será por los caminantes extraviados, rrás!... *Gloria Patri*, decía la vieja; y yo, éste será por el alma de mi difunta madre, que de Dios doce, ¡rrás!... El gremio de la herejía, decía la vieja; y yo, éste será por tu señora, ¡rrrás!, y la vieja acompañaba los gritos de la mujer en calidad con *kirieleison, ora pro nobis* y otra porción de embrollos a cada santo a que yo me enconmendaba!... Para acabar: después de haberla encomendado a todos los santos y santas de mi devoción, y siempre con escrúpulos, mire, de haberme olvidado de alguno, la descolgué y vino al suelo la zamba, sin habla... Luego la senté en un costal y abrí la

puerta. Hubieran visto los *aspamientos* de la otra zamba cuando se puso a curarla... Yo, cansado, señor, me senté en un rincón agachado y suspirando, sin decir nada, y en cuanto no más vi que había vuelto en sí aquella tentación, le pasé la bolsa para que me torciera un cigarro... Y, ¿qué les parece que hizo?, ¡no me la disparó por la cara y me desparramó todo el tabaco aquella zamba taimada! ¡Vea la soberbia, señor! ¡Si ya está el zamberio muy alzado!... ¿Qué hago yo entonces? A los males sin remedio, échales tierra en el medio, dije, y el diablo no me ha de llevar a mí por culpa de otro. ¡Ay, señor, del rato aquél no me quisiera acordar!... Vengo y saco mi montura, mis *chapiaos*, mis navajas de barba que me habían costado un cuarto de onza, los amontoné junto a ella y le dije: "todo esto que me ha costado mi sudor y mi trabajo es de usted, aquí está mi papeleta en que alcanzo veinte reales; usted la cobrará a su tiempo; hínquese luego aquí, para ponerle mi bendición". Y se hincó aquella zamba, moqueando; y ¿que se va, señor Velásquez?... ¡Y le puse mi bendición (enternecido) y se me rodaron las lágrimas!... Me voy, le dije, y no llevo nada, ni tabaco. Ya estamos desunidos. Dios quiera darle muerte dentro de una batea para que sea más afortunada. Si alguna vez se ve en angustias y yo tengo, la socorreré; si no, Dios la favorecerá. Allí nos abrazamos y lloramos mucho; mucho hicieron también por que me quedara; pero yo no quería tener que penar por *naiden*. ¡Hágase tu voluntad!, dije, y me salí a la calle... Yo me fuí, pues, con mis alforjas vacías al hombro, sin tabaco y ni un cuero siquiera en que dormir; pero con mi conciencia tranquila. Hasta ahora no he vuelto a saber de lo que fué mi mujer...

Apir, desde la cama.—Ñor Velásquez, ¿cómo le fué con el anisado? Aquí se cansó el taquígrafo.

Cuando lleno de desengaños abandoné al plateado Copiapó para tornar de nuevo a los negocios que me brindaban las libres pampas argentinas, al lado de mi huaso Rodríguez, joya y terror de aquellos desiertos, la noticia de la muerte atroz de este caudillo, dulcificada con las de los portentos del oro que se encontraba en California, me lanzó de nuevo fuera de mi patria,

CAPITULO XIII

Consideraciones generales sobre la Alta California; lo que fué y lo que ahora es.— Casuales acontecimientos que aceleraron el descubrimiento del oro en California.— Venida de Sutter a América.— Rápido bosquejo de la vida de este capitán de guardias franceses en 1830. —Su colonia modelo.— Marshall, peón de Sutter, descubre el oro en Sonora.— Efecto que produjo esta noticia en Chile.— Viaje a California.— Motín promovido por Alvarez a bordo.— Modo milagroso como después salvé de la horca a este mismo caballero.— Percances del viaje.— Puerta del Oro.— Bahía de San Francisco.

Veintinueve años van corridos desde que la inmigración extranjera, con todo el atavío de actividad, de energía y de progreso que siempre la acompañan, principió a llegar a las solitarias y apartadas regiones que constituyen en el día el floreciente estado californés.

Doscientos noventa y cinco años hacía que ese depósito de riquezas naturales yacía en poder de los españoles, sin que ellos maliciasen siquiera que ese rincón de tan vastísimo Estado fuese una de las joyas más preciosas que podían adornar la corona de sus adustos soberanos. Fué preciso que otra raza más emprendedora y más audaz viniese a barrer de la superficie de aquel suelo privilegiado la rústica capa que la encubría, para que sus inagotables riquezas, entre las cuales el oro no era, por cierto, la más envidiable de todas ellas, viniesen a asombrar al mundo con su inesperada aparición.

¿Quién se acordaba de California antes del año 1841? Sólo después de la desastrosa guerra que dió por resultado la anexión definitiva de esa sección del territorio mexicano al de la Unión del Norte en 1850, se vino a conocer cuanto había perdido México con perder a California, y cuanto ésta, la humanidad, el comercio y la industria habían ganado con semejante pérdida.

El año de 1848 la población de la Alta California sólo al-

canzaba a 20.000 almas, de las cuales 15.000 pertenecían a la raza indígena y 5.000 a la española.

El censo oficial, hecho después de la definitiva anexión y publicado en 1852, computa la población en 254.453 almas, compuestas, en general, de gente ya formada, a cuyos inauditos esfuerzos en sólo esos tres años de turbulenta y borrascosa vida debieron, como por encanto, su existencia: San Francisco; con 34.876 habitantes; Sacramento, con 20.000; Marysville, con 7.000; y Slockton, con 5.000.

Cinco años antes de la época del censo a que me refiero, esa modesta y solitaria aldea de Yerbas-Buenas, hoy orgullosa San Francisco, en cuyo puerto sólo se veía, de vez en cuando, tal cual buque ballenero, tal cual embarcación que acudía en busca de sebo y de grasa, y algunos faluchos que se ocupaban en la pesca de salmón, lucía en tan corto tiempo, en su ancladero, una selva de mástiles que ostentaban todas las banderas del mundo.

En el primer aniversario del descubrimiento del oro, ya alcanzaron a contarse, anclados en su precioso puerto, 650 buques con 400.170 toneladas de capacidad.

Equivocado estaría, sin embargo, aquel que en presencia de tan extraordinario acopio de embarcaciones hubiese creído que el sinnúmero de esforzados aventureros que ellas condujeron sólo llegaron a hartarse de oro, para retirarse después a gozar de él en sus respectivos hogares patrios. No; no sólo acudieron a California simples mineros; acudieron también comerciantes e industriales y cuantos hombres que, no encontrando en su propia patria campo de acción capaz de remunerar los esfuerzos de su actividad individual, pensaron, con razón, encontrar en la virgen California, en la feracidad de sus campos y en las demás riquezas naturales que aquella región inexplorada encierra, los elementos que constituyen para el hombre pensador lo que llamamos patria y hogar. Así fué que el año de 1852 aquella pequeña sección del mundo que tan poco producía entonces, lanzó al comercio, sólo en productos agrícolas en bruto y como muestra de lo que podía producir después, 33.995 hectolitros de trigo, 370.473 de cebada, 12.574 de avena y 174.143 de papas.

La excavadora barreta, la picota y el lavado, que para extraer el oro del subsuelo donde yace, todo lo trastornan, entraron a California junto con el reparador arado, que todo lo nivela y empareja.

En los primeros veintiséis años corridos después de la anexión, ese portento, entre los muchos propios de este siglo, ha vaciado, según censo oficial, en los canales del comercio del mundo, sin contar con el valor del oro, que ascendió a la

enorme suma de 1.763 millones de pesos: 360 millones en cereales, 20 millones en vinos y licores, 76 en maderas de construcción, 63 en lanas, 23 en carbón, 20 en azogues, dejando sin computar tanto el valor de las demás distintas clases de metales que se explotan en aquella región privilegiada, cuanto el del producto de sus muchas industrias fabriles.

En 1878, 216 cargamentos con 8.069,825 quintales de trigo salieron de California para muchos puntos de la tierra, representando un valor de 14.464,166 pesos; 2.612,777 quintales de harina y 41.000,000 de libras de lana; siendo muy de notar que ese pozo, al parecer de inagotable producción, no alcanzaba entonces a contar con un millón de habitantes.

El Sacramento, el San Joaquín y sus numerosas confluencias, reunidas en un solo cuerpo, se abren paso al través de la tierra granífica de la costa, formando la imponente garganta de la Puerta del Oro, por donde se lanzan al Pacífico. Los valles de esas dos preciosas hoyas hidrográficas, los suaves recuestos de las siempre verdes colinas que descienden hasta ellos; las frutas y las flores silvestres que en otras regiones se cultivan y que en ésta parecen hijas de su suelo; la presencia de la frutilla, de la frambuesa, de la parra y de la avena; el vigor sorprendente y la lozanía de las selvas, entre las cuales figuran el pino, el ciprés, el roble y el cedro; sus ricas minas de carbón, de hierro, de plata y de cinabrio; sus fuentes de petróleo y de aguas saladas; la benignidad del clima, todo expresa con elocuente claridad que el oro no es, por cierto, como queda dicho, la mayor riqueza de aquella región afortunada.

Complace seguir los progresos de la civilización y de la industria, aunque sea a paso acelerado.

Los soldados del inmortal Cortés habían visitado California en el año 1533. Don Fernando de Ulloa recorrió sus costas en 1539. La España tomó posesión del todo en 1602, y sólo cuarenta años después la Compañía de Jesús se encargó de echar en aquella región las primeras bases de la civilización.

Esparcidos en los 406.000 kilómetros de terrenos de que consta la Alta California, vivían en el año de 1790, 7.148 individuos de la raza humana; en 1801, 13.668; y en 1846, apenas llegaba el número total de sus habitantes, así indígenas como extranjeros, a 25.000. El año 1848 se anexó California a los Estados Unidos, y un año después ya alcanzó su población foránea a 110.000 almas.

Aquella imponente y tosca naturaleza, cuyo misterioso mutismo sólo interrumpían de vez en cuando las perturbaciones atmosféricas; los destemplados gritos del montaraz

indígena, cuando celebraba el éxito de sus depredaciones sobre el fruto de los primeros pasos del hombre civilizado en aquellos desamparados lugares; el graznido del cuervo; el aullido del coyote; el relincho del ciervo o la algazara de las aves silvestres: ¿qué fué de todo esto un año después de comenzar a enseñorearse en ella la civilización, la industria y el trabajo?

Un año después los ríos navegables y sus puertos se miraron llenos de embarcaciones cargadas de mercadérías y de pasajeros; un año después las ciudades se levantaban en todas partes, como por encanto, al ruidoso compás de la sierra y del martillo; y las selvas, cuya sombría base oponía obstáculos a la vegetación anual, repercutían al estruendo de la caída de sus gigantescos árboles a impulso de los pausados golpes del hacha, precursora siempre del arado en las regiones montañosas. Incendios promovidos por la mano del hombre civilizado, al propio tiempo que extirpaban la plaga de ponzoñosos zancudos que imperaba en las márgenes de los ríos y en las marismas, destruían el secular acopio de yerbas y de espadañas, cuyas cenagosas bases infestaban la atmósfera con exhalaciones deletéreas. Abríanse caminos en todas direcciones; el rigor de las armas perseguía al indígena que no se entregaba dócil al trabajo, sin dejarle sentar pie en parte alguna; y las mentadas *Cordilleras Rocosas,* cuyos derrumbes y áridos crestones jamás habían sido visitados por el hombre, ostentaban por todas partes grupos de trabajadores, caravanas de viajeros y recuas de mulas, que, cargadas de herramientas, de vestuarios y mantenciones, proveían las necesidades de los esforzados aventureros, que ya con el agua a la cintura, o ya sudando con la picota en medio de los secanos, se empeñaban en extraer el oro de las entrañas de la tierra.

La iniciativa individual, la poderosa acción de sus fuerzas combinadas, la actividad y el arrojo que con tanta constancia cuanto afán, echaron en aquellos lugares la verdadera simiente del progreso material e intelectual de las naciones, no podían menos de producir lo que con general asombro hemos visto veintiséis años después, esto es, levantarse ante la faz del mundo un poderoso Estado que lleva con razón el honroso título de *Segundo Emporio del Comercio* en el continente americano.

Esos veintiséis años han bastado al trabajo, a la industria y al comercio, bajo la égida del buen sentido práctico, para acumular dentro de las fronteras de aquel adolescente Estado cuanto puede apetecer para su dicha el hombre más exigente y delicado; porque a los especialísimos esfuerzos de

las notables gentes de todas las nacionalidades que concurrieron a California, se unía el espíritu yanqui que nunca conquista sólo por el placer de conquistar.

Por entre las cureñas de los cañones de sus ejércitos se veía siempre caminar el carro de la imprenta; y de cada cuartel general salían día a día millares de impresos, llevando a todas partes, ya la noticia de los triunfos para alentar al soldado, ya el prospecto de las ventajas que ofrecía al país ocupado su inmediata y pacífica anexión a la Unión Americana. Así fué que apenas había el arrojado comodoro John D. Sloat, alentado con la victoria de Palo Santo y Resaca de la Palma, tomado posesión de Monterrey a nombre de los Estados Unidos, cuando se vió aparecer en aquel pueblo el diario *Californian*, al mismo tiempo que se echaban los cimientos de un templo que acreditaba la libertad de cultos, y los de dos escuelas, cuya espaciosa y elegante construcción contrastaba con la de los pesados edificios de la colonia española.

Convenida la anexión, lo primero que acordó el Congreso fué la cesión de medio millón de acres de terrenos para el sostenimiento de las escuelas, y cada circunscripción municipal, movida por idéntico espíritu, reservó en cada uno de sus más valiosos centros, dos con el mismo objeto.

Al año siguiente de la aparición del *Californian* de Monterrey, la modesta aldea de Yerbas-Buenas, hoy San Francisco, contaba con el *Californian Star,* y dos años después, con el *Alta California,* el *Pacific News,* el *Journal du Commerce,* el *Californian Courrier,* el *Herald* y el *Evening Picayume.* Las poblaciones en cierne Sacramento y Stockton contaban, la primera, con el *Transcript* y el *Placer Times;* y la segunda con el *Journal Times.* Sonora también contó su *Herald,* y hasta el aduar de puras tiendas de campaña Marysville, con otra publicación del mismo nombre.

Veinticuatro años después, en sólo la ciudad de San Francisco, cuya población alcanzaba ya a 300.000 almas, veían la luz pública 16 diarios, 43 semanarios, un bisemanal, 15 revistas mensuales y quincenales; en todo el Estado, 239 diarios y periódicos.

Pero muy equivocado e injusto además andaría, vuelvo a repetirlo, quien atribuyese el fenómeno de esa transformación al solo influjo de la raza sajona. Débese también al concurso individual de lo más audaz y emprendedor de cuanto descuella en todas las demás razas humanas. Aludiendo a tan milagrosa transformación, me decía el sabio escritor S. C. Uphan, a fines del año 49, lo que escribió muchos años después: *Those who have inmigrated here are the cream of the populace.* Hombres que no encontrando en sus respectivas

patrias campo que diese pábulo a su actividad, le buscaron animosos en las vírgenes playas americanas, y allí le encontraron. El alemán, el irlandés, el francés, el italiano, el español. el chino y todo aquel que no siente en su corazón la influencia de su propio valimiento, o que no se cree con la energía suficiente para arrostrar trabajos y peligros lejos del país que lo vió nacer, no emigra; así como no emigran de los lugares donde pueden ser utilizados los conocimientos profesionales en las ciencias y en las artes.

No debe, pues, a una sola raza su población y sus progresos la actual California; débelo, con contadas excepciones, como queda dicho, a la nata del espíritu de empresa de las naciones todas.

Para patentizar esta verdad, un sentimiento de orgullo patriótico me obliga a consignar aquí algunos rasgos de iniciativa individual, hijos de chilenos, y se verá que esa virtud no tiene patria conocida.

La fundación del pueblo Marysville se debe a la iniciativa del chileno don José Manuel Ramírez y Rosales.

El primer buque de mayor calado que se atrevió a llegar, sin guía, al puerto de Sacramento y que ancló orgulloso en él, celebrado con los hurras de toda la población, fué la barca chilena *Natalia,* que corría a cargo de los hermanos Luco.

El primer buque que por ganar tiempo se constituyó en muelle-almacén, varándose en una calle de San Francisco que desembocaba en los barros de la baja marea, fué también chileno, y quien le varó don Wenceslao Urbistondo.

El primer hospital de caridad instalado en Sacramento se debió a la generosidad, tan rara entonces, de los señores don Manuel y don Leandro Luco, quienes franquearon la barca *Natalia* y cuanto en ella había para la consecución de tan noble fin.

Obsérvase muchas veces que aquellos acontecimientos que menos parecen prestarse a la consecución de algún objeto, son precisamente los precursores de ella; tal fué la revolución de julio del año 1830 en Francia. De su sangriento foco salió escapado como por milagro quien debía descubrir el oro de California.

Es indudable que este Estado en manos de la raza sajona, aun sin oro, hubiera podido por lo menos alcanzar la misma prosperidad de que gozan en el día sus demás hermanos de la Unión Americana; pero es seguro que a la revolución de julio debe su brillante y acelerada entrada en el rango de las naciones prósperas y civilizadas. La mano de la suerte salvó al 6.° regimiento de guardias suizas, por estar en Grenoble, de la matanza de los días de julio en la capital de la

Francia, y a esta salvación debió su vida el bizarro capitán John Sutter, que comandaba una de sus compañías.

Recuerdo que entre la densa niebla que producía el humo de la pólvora, mezclado con el de los incendios en el espantoso día 26 de aquel terrible mes, alcancé a divisar colgados de las cuerdas que atravesadas de un lado a otro en las calles servían para el sostén de los faroles del alumbrado público, ensangrentados jirones de uniformes militares; y que en los contornos del palacio de las Tullerías sólo se veían los que vestían aquellas afamadas guardias suizas que, a falta de más lucrativa ocupación en su propia patria, vendían en la ajena su brazo y su sangre para defender con la suya la vida de los soberanos franceses.

Disuelto el 6.º regimiento suizo, estacionado entonces en Grenoble, así como fueron disueltos todos los demás cuerpos mercenarios que existían en Francia por orden inmediata y expresa de Luis Felipe de Orleáns, a la sazón general del reino después de la expulsión de Carlos X, el predestinado Sutter tornó vivo a su patria.

El temple de alma de los aventureros suizos que alquilaban su vida para defender la del tirano que mejor les pagase, no dejaba, por cierto, ni aun vislumbrar que entre semejantes perros guardianes pudiese encontrarse un hombre que a la rectitud de corazón, a sus calificadas luces, a su prodigiosa pero noble ambición uniese, como Sutter, una intrepidez a toda prueba y una inapelable fe en los prodigios que coronan siempre la constancia y el trabajo.

Era el capitán John Sutter, un joven alto, bien proporcionado y de bizarra y militar apostura. Hijo de los cantones suizos, donde se refugió después de la catástrofe de julio, las muy pobladas e industriosas montañas de su patria, la suma pobreza en que había quedado y la sed de engrandecerse y de buscar aventuras, no tardaron en hacerle comprender que Europa era el campo menos apropiado para sacar provecho del capital del aventurero, que pocas ocasiones se reduce a más que a ingenio, a valentía y a capacidad de sufrir percances, por duros y dolorosos que ellos fueren. Armado, pues, de valor, lleno de esperanzas, se trasladó a las llanuras del Missouri.

Pero estaba escrito que había de encontrar en todas partes dificultades para alcanzar su ambicioso propósito de figurar en primera escala en el lugar de su residencia. Sucedióle en Norte América algo análogo a lo que le había sucedido en su patria. Su falta de recursos pecuniarios en medio de una población apiñada e industriosa, le lanzaron de ella; la suma actividad y la iniciativa individual del yanqui le obligaron

a alejarse de este otro país donde forzosamente debía ocupar un lugar relativamente secundario; así fué que sin más esperar, buscó en la América española lo que no le era dado encontrar en la inglesa.

Acompañado de algunos aventureros tan arrojados como él, abandonó Sutter a Jackson Country del Missouri, y poniéndose en marcha en demanda de la nueva región que debía satisfacer sus aspiraciones, llegó, después de mil aventuras y trabajos, en agosto de 1838, a los ruiseños campos que median entre la que es hoy ciudad de Sacramento y el mentado río Americano de la Alta California, sección entonces de la República Mexicana.

El aspecto del lugar, la calidad de los terrenos, la pujanza de su lujuriosa vegetación y la proximidad del extremo navegable de un poderoso río, cautivaron el corazón de aquel hombre eminentemente colonizador; así fué que la idea de no encontrar en aquel desierto más dificultades para explotar sus riquezas que aquellas que podía vencer su constancia y su calificado valor, le determinaron a solicitar del gobierno mexicano la cesión graciosa de una propiedad territorial, obligándose él a contener y a castigar a las indiadas que la poblaban, en caso que éstas siguiesen ejerciendo depredaciones sobre la población civilizada de aquella peligrosísima frontera.

México accedió gustoso a su demanda, como había accedido antes a la solicitud de unos inmigrados rusos que, colocados a corta distancia del terreno concedido a Sutter, se ocupaban en colectar pieles y en la pesca del salmón.

La presencia de otra colonia tan autorizada como la rusa, y tan inmediata a la que nuestro aventurero pensaba fundar, era sin duda, un poderoso entorpecimiento para que se pudiesen llevar a feliz término el cúmulo de proyectos que bullían en la imaginación del recién llegado. Así fué que, sin reparar en sacrificios, no sólo compró a la colonia rusa todos sus derechos a la antigua misión de la Bodega, sino que logró, con bien calculadas concesiones, asociar a su empresa a los miembros dispersos del disuelto establecimiento, y con ellos dió principio a sus tareas con la erección de un fuerte que pudiese servirle de base para sus futuras operaciones.

El antiguo soldado de guardias suizas sabía por experiencia que para dominar sólo hay dos caminos: el de atraer con dulzura haciendo grata la obediencia, o el de imponerla con rigor, haciendo entender al agredido que toda resistencia es excusada por útil.

Misiones y otros medios más sentimentales que prácticos habían sido hasta entonces, sin resultado, empleados por las

autoridades mexicanas para modificar el feroz carácter del indio de aquellas comarcas; no quedaba, pues. otro arbitrio civilizador, que el del empleo de la fuerza dirigida por el saber. Nosotros hemos empleado más de tres siglos consecutivos el mismo sistema mexicano para atraer y civilizar a nuestros araucanos, y sólo ahora empezamos a conseguir, aunque a medias, aquello que con un poco más de energía y de juicio hubiéramos podido conseguir de tiempo atrás; porque el indio montaraz, voluntarioso o de malos instintos, sólo acepta la paz, el respeto a lo ajeno y el trabajo, cuando llega a persuadirse de que por el solo hecho de ponerse al alcance de la bala de un rifle, si viene con ánimo hostil debe morir o ser encadenado.

Fué, pues, Sutter en sus primeros pasos, cruel; y sin más recursos que su valor y el de sus abnegados compañeros, alternando la espada con el arado, peleó, venció, labró la tierra, obligó por fuerza a trabajar en ella a los vencidos, y sólo cuando la indiada traicionera y veleidosa llegó a persuadirse de que tenía que optar entre la muerte o la sumisión, comenzó nuestro adelantado a poner en planta aquel cúmulo de ideas civilizadoras que tanto le enaltecen. Repartió propiedades entre los indígenas de su comarca, les dió vestidos, les dió hasta colchones, para que se acostumbrasen a comodidades de que sólo podían gozar al lado del hombre civilizado: erigió escuelas, se constituyó en inexorable juez de sus privadas desavenencias; y les protegió contra las tribus lejanas independientes, sobre las cuales sólo hizo gravar el peso de cuantiosos tributos.

Les enseñó después a labrar la tierra, erigió entre ellos talleres de carpintería y de herrería, les compró el fruto de sus trabajos, y por último, para coronación de la obra de este modelo de colonizadores, elevó a los indígenas que más lo merecían, a la categoría de socios suyos.

De este modo, a fuerza de trabajo, de prudencia y de constancia, logró este hombre excepcional, merecer al cabo, el codiciado nombre de padre, que le daban aún cuando el que estas líneas escribe recorría aquellas regiones, los mismos indígenas vencidos a quienes, junto con el amor al hogar, que en tan poco mira el hombre errante, supo inculcar el amor al trabajo.

Cupo, pues, a Sutter la gloria de erigir la primera colonia modelo que floreció en la región occidental del continente americano; por esto no causa extrañeza que en el ruidoso *meeting* con que conmemoró Filadelfia el año de 1846 la anexión de California a los Estados de la Unión Americana,

el general Gibson dirigiese a Sutter estas merecidas palabras:

"Al patriarca de California, al compatriota de Tell y de Washington, puro y valiente, de noble naturaleza y de bondadoso corazón, de benigno y generoso carácter, padre de cada uno de sus colonos y padre de todos juntos, merece que se le erijan, no estatuas de mármol ni de bronce, sino estatuas fundidas con el oro mismo de California."

Entre los activísimos trabajos de este incansable obrero de la civilización y de la industria figuraba el de un grande herido para mover, con las correntosas aguas del rio Americano, pocas leguas antes de su confluencia con el Sacramento, un molino de aserrar y pulimentar las valiosísimas maderas de cedros y de pinos que poblaban los contornos de aquel valle. Entre la rústica peonada que trabajaba en el canal, se encontraba un tal J. James Marshall, a cuyo robusto pico se deben las primeras pepas de oro que tanto influjo debian ejercer sobre el comercio del mundo, y a las que indudablemente debe, el no ha mucho olvidado California, la rapidez de sus envidiables adelantos.

La desastrosa guerra de los Estados Unidos con México, iniciada en septiembre de 1846 a consecuencia de la anexión de Tejas al grande Estado Anglo-Americano, y terminada con el tratado de Guadalupe Hidalgo en febrero de 1848, coincidió con el descubrimiento del oro en la Alta California. Los últimos cañonazos, pues, que se dispararon en esta guerra, vinieron a anunciar a nuestro feliz aventurero que, junto con su fortuna, habia cambiado también su nacionalidad adoptiva.

Pronto pepas de oro de una, de dos, de cuatro y hasta de seis libras circularon con la rapidez del rayo por todos los mercados de la tierra; y en todas partes resonó a un tiempo la alarmante corneta de reunión a la feria que ofrecía al arrojo y al trabajo, la envidiable esperanza de seguras y rápidas fortunas.

¿Cuánto valia hasta el año de 1848 en Chile, nuestra modesta fanega de riquísimo trigo? Seis reales, ocho reales, doce reales, dos pesos cuando más, según el punto más o menos lejano de los centros de inmediato consumo de aquel donde se habia cosechado. ¿Quién hablaba entonces de exportar para Europa este ramo principal de nuestra riqueza agrícola en el día? Sólo 28 años después de la época a que me refiero, se vió llegar a Marsella, y en buque chileno, el primer cargamento de trigos que, en calidad de tímido ensayo, había atravesado el Atlántico. Los terneros de año se compraban por mayor a razón de tres pesos cada uno. Las vacas para engor-

dar se compraban a ocho pesos, los bueyes alcanzaban el precio de catorce. Las ovejerías se repartían a los vaqueros, en calidad de raciones, sin más cargo que el de responder del capital. Un pavo de mechón valía cuatro reales, una carga entera de alfalfa otros cuatro, y aun se callejeaban en nuestro feliz Santiago manzanas a medio el ciento. Un capital de 25.000 pesos, ración de hambre en el día, convertía al feliz poseedor de tamaña fortuna en envidiable partido para obtener la mano de una codiciada compañera; pero, ¡cuánto costaba al simple industrial, con los precios que dejo indicados, alcanzar a reunir esos 25.000 pesos! No es, pues, de extrañar que las noticias de las fabulosas riquezas descubiertas en California conmoviesen a un tiempo al comercio, a los desheredados de la fortuna, y aun a los mismos a quienes más parecía ésta sonreír.

Embajadores autorizados de esas riquezas, pero ocultos al principio, las pepas de oro no tardaron en salir a toda luz entre nosotros, y cobrando su fama las proporciones de la calumnia del Barbero de Sevilla, lograron producir en los ánimos de los tranquilos chilenos la explosión de aquel febril movimiento que, desoyendo las voces de la prudencia, condujo a miles de aventureros al rico panal de miel donde tantas esperanzas perecieron.

Para los que daban ascenso a la existencia del oro californés sólo era imprudente aquel que no se precipitaba; y, ¿qué mucho es que entonces eso sucediese, cuando hoy mismo deploramos decepciones ocurridas ayer?

¡El hombre parece que hubiera nacido para no escarmentar! El comercio preparaba cargamentos; el que algo tenía no pudiendo ir en persona, habilitaba empresas; el que tenía poco, realizaba para costear el viaje, y el que nada tenía, o costeaba su propio pasaje en calidad de marinero, o empeñaba su trabajo por escritura, en cambio del valor del costo de su traslación a ese Dorado, Mil y una Noches convertidas en realidad.

En medio de semejante batahola, no era posible que el que estas modestas líneas escribe, avezado a los percances de una vida siempre borrascosa y llena de aventuras, permaneciese impasible ante tan febril movimiento.

Cuatro hermanos, un cuñado y dos sirvientes de toda confianza, constituyeron el personal de nuestra expedición a California.

Voy a indicar cuál fué el caudal de los medios de acción de que pudimos disponer, al acometer una empresa que nos separaba más de 6.700 millas de la patria y de nuestras tiernas afecciones para que el lector deduzca de él, cuál fué el de-

la mayor parte de los aventureros chilenos que sin contar, ni con mucho, con nuestros recursos, se lanzáron impávidos en pos de la fortuna a una región lejana, en la cual hasta el aire que debían respirar en ella les era de todo punto desconocido.

Reducíase el capital social de nuestra calaverada a:

Seis sacos de harina tostada.

Seis de frejoles.

Cuatro quintales de arroz.

Un barril de azúcar.

Dos de vino de Concepción.

Un pequeño surtido de palas, hachas y barretas.

Un perol de fierro; pólvora y plomo para balas.

Doscientos cincuenta pesos libres en metálico y 612 para costo del pasaje.

El equipo privado de cada uno, aparte de la ropa blanca, que allá se abandonó porque no había quien se ocupase en lavar trapos, sino en lavar oro, constaba: de bota granadera, camisa de lana, que hacía, al mismo tiempo, de chaqueta; grueso pantalón de casimir; cinturón de cuero; un puñal; una chapa de pistolas; un rifle, y por remate, un sombrero de paño, que así podía hacer las veces de sombrero como las de almohada. Completaban nuestro individual ajuar: un saquito de cuero para harina tostada, un jarro o escudilla de lata capaz de soportar la acción del fuego, los arreos del cazador, y un mechero.

No diera crédito a los apuntes de la época que tengo a la vista, si mi memoria no lo autorizara. California para los chilenos era un país desconocido, casi un desierto, lleno de peligros y visitado además por enfermedades epidémicas. Allí no había amigos ni relaciones de que echar mano; la seguridad individual sólo podía encontrarse en el cañón de una pistola, o en la punta de un puñal; y sin embargo, el robo, la violencia, las enfermedades, la muerte misma, fueron consideraciones secundarias ante el brillo halagador del oro.

Nosotros, como se deduce de la naturaleza misma de nuestro cargamento, sólo debíamos principiar a correr aventuras después de llegar a California; mas no así aquellos que pagaban con trabajo de marinero su pasaje, ni mucho menos los que venían en pos del Dorado desde el Atlántico. Desde Valparaíso a San Francisco teníamos sólo que navegar algunas 6.700 millas, mientras que desde Norte América al mismo lugar no había menos de 19.300 y a más al Cabo de Hornos. Principiaban, pues, mucho antes que nosotros a padecer. Por esto admira que ni los afanes y sacrificios para cu-

brir el importe del pasaje, ni los conocidos percances de un viaje en el cual terciaban con frecuencia muertes desastrosas, fuesen parte a templar el ardor de los que pretendían emprenderlo.

Nosotros mismos conseguimos, a duras penas, cabida en la primera cámara de la barca francesa *Stahueli,* por encontrarse ya repleta de pasajeros; con todo, no habíamos perdido un momento de tiempo entre el anuncio del viaje y el pago de nuestro pasaje. Fué preciso que dejásemos atrás nuestra carga, embarcada en la *Julia,* para no atrasar nuestra salida.

El día 20 de diciembre de 1848 logramos, al cabo, zarpar de Valparaíso, diciendo adiós a multitud de amigos y de curiosos que, con los semblantes más acontecidos por tener que quedarse atrás, no se cansaban de suplicarnos que les escribiésemos cuanto hubiese de verdad sobre la tan ponderada riqueza del lugar adonde la buena suerte nos encaminaba.

Va, pues, a principiar desde este momento el relato alternado de serio, de ridículo y de espantoso, que constituye la calaverada que lleva el nombre que encabeza estas líneas.

Era en aquella época capitán de puerto el señor Orella. Mandó éste despejar a los que no debían seguir viaje, y al intimar la orden a un aventurero del sexo femenino, nada más que porque se le había ocurrido sacar su pasaporte con el nombre de Rosario Améstica, cuando era fama que había nacido Izquierdo en Quilicura, que fué Villaseca en Talcahuano, Toro en Talca, y hasta el día anterior, Rosa Montalva en Valparaíso, fué tal la zambra que armó esta arrojada mujer, fresca y donosa todavía, por quedarse a bordo, que casi fué causa de una revolución entre los pasajeros de proa, y de que echasen a empellones al buen Orella al mar. Las miradas y las lágrimas de Rosarito hicieron brotar como por encanto del entrepuente, testigos de la intachable moralidad de tan púdica doncella... Este la había visto nacer, aquél fué su padrino, todos, en fin, habían tenido que hacer con ella, y todos a una aseguraban que era Améstica y no otra cosa; así fué que quiso, que no quiso el capitán de puerto la dejó a bordo, con general contento de muchos alegres pasajeros.

Constaba el número de los viajeros de noventa hombres, tres mujeres, cuatro vacas, ocho cerdos, tres perros, diecisiete marineros, un capitán y un piloto.

Ninguno se acordó, en los momentos de salir, de los peligros y trabajos que le esperaban. Todos a una alentábamos con nuestros deseos la fresca brisa que nos empujaba, y perdimos de vista el suelo patrio, sin que un solo suspiro, ni el

más leve remordimiento diese a entender que conocíamos la magnitud de nuestra común temeridad.

Entre los pasajeros de sobrecubierta iba don N. Alvarez, chileno de nacimiento, flacucho de cuerpo, y de carácter tan excéntrico y al parecer tan malicioso, que siendo, como lo era, rico, y pudiendo ir en primera cámara, no quiso hacerlo, porque decía que los franceses, por ladrones, no le darían de comer en ella lo mucho y bueno que él llevaba en sus cajones de rancho. En la primera cámara iban los señores de Boom, Pioche, canciller de la legación francesa, Bayerweck, nosotros, y entre los demás alegres compañeros, un francés de tan abultadas caderas, que para entrar en la cámara por la angosta puertecilla que la comunicaba con la cubierta, tenía siempre que ladearse. Pusímosle por mal nombre *Culatus*.

Para conservar la ilación de estos recuerdos, voy a copiar algunos pasajes de mi diario.

Dia 18 de enero de 1849. Hasta hoy sólo nos atormenta una monotonía desesperadora y un calor sofocador. El aspecto del cielo y las observaciones del capitán nos dan a entender que ya estamos pasando el Ecuador. De pocos días a esta parte notamos algún descontento en los pasajeros de proa. Alvarez tercia mucho en el asunto, porque parece que sus provisiones, mal distribuídas, no le alcanzarán hasta el término del viaje; tememos un motin a bordo.

19. La alegre voz de "buque a la vista" nos ha llenado a todos de contento. A las nueve de la mañana la maniobra del buque nos dió a entender que deseaba ponerse al habla, y a las diez vimos, con el mayor alborozo, que puesto en facha arreaba una de sus embarcaciones. Ciento doce hombres llenos de gusto y de curiosidad recibimos la visita del amable y modesto capitán yanqui que nos favorecía con su presencia, y los marineros que le acompañaban casi se desmayaron de envidia al ver en nuestro poder a la simpática Rosarito.

En el almuerzo supimos que el buque se llamaba *American*, y que su capitán, señor John Perkinson, pensaba recalar en Talcahuano antes de proseguir su viaje, por el Cabo de Hornos, hacia el norte. Todos escribimos con febril precipitación a nuestras familias. El buen Perkinson, después de haber mirado con resignación todo el aparato de nuestro buen servicio de mesa, nos dijo estas palabras que nunca podré olvidar.

"Esta es la primera vez, señores, después de treinta y nueve meses que navego sin desembarcar, que como en una mesa de tanto lujo. Ustedes tienen cubiertos, platos, buen pan y carne fresca; a mí se me ha olvidado ya todo esto: galleta

apolillada, dura y negra, y mala carne salada, han sido mis más delicados alimentos desde que me separé de mi mujer y de mis hijos. Ustedes son muy felices, puesto que, a más de todo esto, van a buscar oro en California; pues bien, agregó con un suspiro, no les envidio su suerte, yo me marcho a abrazar a mis hijos".

Este día ha sido para nosotros completo; aún no habíamos perdido de vista al ballenero, cuando con grande algazara logramos meter a bordo un monstruoso tiburón. Después de lo mucho que nos costó ultimarle, tal era lo que se defendía a coletazos, le encontramos en el vientre un zapato de marinero, y dos tarros de sardinas que acabábamos de desocupar. El corazón de este voraz animal, colocado en un plato, estuvo dando señales de vida durante tres horas, y saltaba cuando se le tocaba.

Día 30. Son las ocho de la noche; hoy hemos pasado un día cruel, que pudo haber sido desastroso. Hacía días que yo sospechaba que la tranquilidad de nuestro viaje podía ser de un momento a otro perturbada por el modo altanero con que los pasajeros de proa trataban a la tripulación, y casi se ha realizado mi pronóstico.

Acabábamos de comer cuando entró un marinero precipitadamente al comedor y habló en secreto al capitán; éste, demudado, se alzó al instante de su asiento, y dirigiéndose con voz turbada hacia nosotros:

—¡Tenemos revolución a bordo!, nos dijo. Alvarez la capitanea, y si ustedes no me ayudan, somos perdidos!

Como era ésta la peor desgracia que podía acontecernos, vista la índole de los revoltosos, mientras todos acudían a armarse en sus camarotes, yo me lancé sobre la cubierta en busca de mis sirvientes, quienes, ayudados de tres peones que yo había contratado a bordo en días anteriores, se dieron tales trazas, que antes que alcanzase el motín al grado funesto de enardecimiento, lograron reaccionar y entregarnos desarmado al loco autor de tan descabellado movimiento. ¡No es poca nuestra suerte! El preso continuará vigilado hasta el día que los desembarquemos.

Suspendo momentáneamente aquí la copia de mi diario para consagrar a este inocente y loco caballero, a quien meses después de esta ocurrencia salvé de una espantosa muerte, algunas palabras.

Vuelto de los placeres de Sonora para desempeñar una comisión de mis consocios, encontrábame con el señor Guilespie pasando el sol a la sombra de un pino, a inmediaciones del arruinado fuerte Sutter, cuando llegaron a nuestros oídos las alaridos de un hombre a quien otros suspendían so-

bre el toldo de una carreta. Parecióme conocer la angustiada voz del infeliz que imploraba socorro. Me alcé lleno de espanto y grité a Guilespie:

—¡Matan a un amigo, corramos a salvarle!

Por fortuna llegamos a tiempo. Todavía estoy viendo al infeliz Alvarez atado del pescuezo al gancho de un árbol, y sujetos los pies con otra cuerda en el toldo de una carreta lista para marchar. ¡Iba a ser descuartizado! Pasaba yo por francés en California, y sabía que el nombre de Lafayette corría con veneración entre los más rústicos americanos. Invoqué ese mágico nombre, dije que Alvarez era el único protector que habían tenido los franceses en Chile, que a mí mismo me había salvado la vida y que yo respondía de su honradez. Mi compañero apoyó automáticamente cuanto me oyó decir, y la mano de Dios interviniendo, Alvarez fué bajado con respeto de aquel atroz e improvisado patíbulo!

Debió su origen este acto de atropellada y bárbara justicia al carácter entrometido de nuestro atolondrado paisano. Nunca pude saber por qué había ido a visitar ese aduar de mineros ambulantes; y como se extraviase una pala y no hubiese entre ellos más hombres que ese descendiente de africano, como llamaban los yanquis a los chilenos y a los españoles, se atribuyó a él el robo, y sin más auto ni traslado, constituídos aquellos bárbaros en jurado, iban a hacer con Alvarez lo que hacían con frecuencia en todas partes con los ladrones conocidos. Cinco días enteros estuvo este infeliz caballero fuera de juicio y como dominado por una estultez convulsiva. Recobrado después, se separó de nosotros y no he vuelto a saber más de él.

Vuelvo a mi interrumpido diario.

13 de febrero. Hoy contamos ya 47 días de viaje; el estado sanitario, perfecto; sólo hemos arrojado al mar a un pobre marinero muerto. Según me ha dicho el capitán, en cosa de cuatro días más llegaremos al país de la esperanza o al de la decepción. Viento fresco; caminamos a razón de ocho millas por hora; si así sigue, los cuatro días se tornarán en dos. Densas nubes nos rodean por todas partes. El capitán ha lamentado todo el día la ausencia del sol.

Día 15. Son las once de la noche; está visto que nuestro fastidioso viaje no quiere terminar sin despedida. Hace sólo una hora que debimos haber perecido todos estrellados contra el cordón de los conocidos farellones que se alzan a cinco leguas de la entrada al puerto de San Francisco. Densa neblina, calma y corrientes han tenido justamente preocupado a nuestro capitán desde que vino el día. A las cuatro de la tarde hizo acortar velas y disponer las anclas. Igno-

rando lo que estas medidas significaban, sólo parecíamos inquietos los que estábamos al cabo del motivo de estas órdenes de precaución. Para los demás todo ha sido motivo de contento, y con razón, porque en toda larga navegación no hay ni puede haber sonido que sea más grato al oído que el que produce el tendimiento de la cadena del ancla sobre la cubierta, anuncio siempre de feliz llegada.

El capitán, para conservarnos en pie sin alarmarnos, nos propuso una partida de *whist,* en la cual tomó también parte él, diciéndome al sentarse y en secreto, que creía que ya estábamos muy inmediatos a los farellones.

Reinaba en la cámara el mayor contento; unos jugaban, otros tomaban té, todos hablaban al mismo tiempo, todos echaban bravatas refiriendo lo que pensaban hacer, y el bueno de Culatus, que más estaba para dormir que para otra cosa, colocada su corpulenta humanidad sobre el primer peldaño del escalerín que conducía de la cámara a la cubierta, tomaba tranquilamente el aire en él, cuando el capitán, soltando de repente el naipe, se lanzó sobre la cubierta. Un instante después, cuando menos lo esperábamos, las aterradoras voces:

—¡Rocas a proa!... ¡La barra al viento!... ¡Larga todo!..., produjeron en nosotros el efecto de un rayo.

Vueltos del primer espanto, nos precipitamos derribando asientos y quebrando platos, hacia la puerta de la cámara, y como ésta estuviese obstruída por el gordo Culatus, que con el susto olvidó que debía perfilarse para pasar por ella, el impulso combinado de todos nosotros despidió como taco de cañón sobre la cubierta el endemoniado promontorio que nos obstruía el paso, y pasamos por sobre él. La hermosa barca, en tanto, dócil al timón, se había desviado del peligro, dejando a popa una blanca y estruendosa zona de espuma que señalaba la base de las negras rocas donde debíamos, sin el celo de nuestro capitán, perder, junto con nuestros ensueños de riqueza, la vida misma.

Siendo peligrosísimo proseguir, y habiéndonos dado la sondaleza 40 brazas de fondo, soltamos ancla.

Día 16. Calma, mar gruesa, neblina mojadora. Nadie ha dormido anoche; nos rodea una nata de lobos o focas que se desprenden de las rocas y caen pesadamente al agua. La algazara de las aves marinas y el bramido de los anfibios nos ensordecen.

Día 17. Hoy ha seguido la niebla desesperadora y aun llueve con fuerza. A mediodía, favorecidos por el viento, levamos ancla para separarnos de nuestra peligrosa vecindad, y al dar primera bordada tierra afuera, casi se estrella con

nosotros un bergantín que, pasando como un celaje raspando la popa de la barca, alcanzó a decirnos algo que no pudimos comprender y desapareció entre la niebla. ¡Qué situación tan azarosa!

Día 18. ¡A cuántos contrastes no está sujeta la vida del navegante! Medio dormitando tendidos, sin desnudarnos, en nuestros camarotes, cuando al venir al día, atronadores vivas de alegría nos hicieron saltar sobre cubierta. ¿Qué novedad era aquella?

Pasado al bardón de espesa niebla que a guisa de telón se interpone casi siempre en aquel lugar, entre la costa y los navíos que se dirigen a ella, teníamos a la vista el más hermoso panorama que en tan angustiosos momentos podía desarrollarse ante nuestros ojos. Divisábamos al sur los negros farellones que en tanto peligro nos habían tenido, y al oriente, adonde con cielo puro y fresco viento dirigíamos la proa, la garganta Puerta del Oro, que imponente al propio tiempo que risueña, parecía abrirse de par en par para recibirnos. ¡Ya estábamos en California!

Por entre el cordón de cerros costaneros que defienden, el territorio de la Alta California contra los embates del Pacífico, se han abierto paso reunidos el Sacramanto y el San Joaquín, que son los más poderosos ríos que arrojan sus aguas en el mar occidental del continente americano, formando entre la abierta serranía el pintoresco canal que, por conducir a la región de los dorados ensueños, ha merecido el nombre de Puerta del Oro. Esta importante garganta tiene seis millas de largo sobre una a tres de ancho, es accesible a toda clase de embarcaciones, y es también la única entrada que tiene la bahía de San Francisco. Sus agrestes costas, trabajadas día a día por las periódicas crecientes y variantes de las mareas, se alzan perpendiculares por uno y otro lado del canal formando paredones abruptos, cuya base granítica y llena de curiosísimas cavernas soporta lechos de tierra vegetal cubiertos de árboles y de verdura.

Tras esta imponente entrada se abre la bahía de San Francisco, que es sin disputa la más hermosa, vasta y segura de cuantas bañan las aguas del Pacífico. Puede deducirse la importancia de esta bahía, ya por sus dimensiones, ya por la bondad de sus ancladeros. Tiene de largo 70 millas, su anchura media alcanza a 14 y su superficie llega a 275. Divídese en dos senos principales: el de San Francisco al sur y el de San Pablo al norte. El primero, en cuya costa NO se encuentra el pueblo del mismo nombre, mide 41 millas de largo y encierra algunas pintorescas islas, entre las cuales la denominada Birds Island parece colocada intencionalmente

por la mano de la naturaleza así para un faro, para el arrumbamiento de las naves, como para un fuerte que haga respetar el dominio de la bahía. El segundo, que se abre al norte de éste, mide 30 millas de largo, y comunica por una estrechura con otro seno más, que cuenta 15 millas de largo y que lleva el nombre de Suisun.

En este tercer seno entran tranquilos, como en un lago que detiene sus corrientes, los dos grandes ríos del Sacramento y del San Joaquín, cuyos caudales reunidos comienzan desde allí, por el influjo de las mareas, a perder la dulzura de sus aguas, hasta lanzarse en las del mar Pacífico, después de haber recorrido, navegables, el primero, de NE. a O., un territorio de más de trescientas millas, y el segundo, otro de poco menos extensión, de S. a N. El fondo de la bahía es de arena y barro, y sus costas accesibles en todas partes. No hay en la embocadura de este hermoso río, barra que ponga verdaderos peligros a la navegación, aunque el flujo y el reflujo de las mareas sean tan cuantiosos, que al entrar y al salir por el canal de desagüe, formen multitud de pequeñas vorágines capaces de ocasionar desastrosas pérdidas en las embarcaciones menores que, imprudentes, se lanzaren en malos momentos en aquel peligroso paso.

CAPITULO XIV

Confirmanse las noticias sobre la abundancia y riqueza de los lechos auríferos.— El capitán del puerto.— Rosario Amésticа.— Visita al pueblo.— Contradictorios informes sobre las minas y la época de emprender trabajos en ellas.— Primeras operaciones de mi compañía minera.— Fleteros y cargadores.— La compañía se constituye en lavandera.

Recogidas la mayor parte de nuestras velas y listas las anclas, entramos con cautela por la afamada Puerta de Oro, y llenos de emociones, no tardamos en avistar el pueblo que iba a dejar de ser mezquina aldea de Yerbas Buenas, para transformarse, como por encanto, en la populosa y rica San Francisco.

La idea que llevábamos de lo que podía ser aquel pueblo, no era, por cierto, muy satisfactoria.

Recordábamos que aquel lugar había pertenecido a España y a México, sabíamos que estaba situado lejos de los grandes centros, y una y otra consideración nos inducían a creer que íbamos a encontrarnos con la segunda edición de algún Curacaví. Mucho nos engañábamos, y no fué poca nuestra sorpresa cuando al doblar la puntilla que protege el ancladero, a pesar del poco día que quedaba, logramos ver por entre la arboladura de los buques una linda aunque irregular población que, dotada de algunas casas de sumo valor, se extendía en forma de anfiteatro sobre el plan inclinado de su pintoresco asiento.

Habíannos precedido treinta y cuatro buques de todas nacionalidades y la escuadra norteamericana, compuesta de un navío, de tres corbetas y de un transporte.

Como fuese nuestro *Stahueli* el primer buque francés que entraba al puerto después del descubrimiento del oro, el jefe de la escuadra tuvo la galantería de contestar los saludos de nuestra bandera, haciendo que sus marineros, coronando las vergas de la capitana, nos obsequiasen con tres hurras que hicieron retumbar los ecos de la bahía.

Al fin oímos la deseada voz de ¡fondo!, y al son del ruido

de la cadena del ancla, acompañado con un hurra general, poco faltó para que nos abrazásemos todos, dándonos los parabienes por nuestra feliz llegada, como si acabásemos de salir de algún inevitable peligro. ¡Cosa singular!, mucho he navegado en el curso de mi vida: a los 15 años ya había pasado tres veces el Cabo de Hornos, dos años después lo había pasado de nuevo y sufrido en el Atlántico los peligros del más violento pampero. He atravesado el peligroso golfo de Vizcaya en la época de los equinoccios, cuando no había ya en la ciudad de Burdeos lugar donde aposentar náufragos, y nunca me impresionaron tanto los peligros como me impresionaron en este viaje.

Un instante después pudimos ver iluminados los fuegos de esta naciente población, y al contemplarla, llena la cabeza de dudas y el alma de ansiedad, esperábamos, como el reo la sentencia, que alguno nos trajese noticia de si era o no cierto lo que de estos lugares se contaba.

Hubiera sido preciso hallarse en nuestra situación y haber tenido a la vista el variado y singular semblante de cada uno de los pasajeros, agitadas sus almas por el temor y la esperanza, para deducir cuál debió ser el efecto que causó en nosotros la llegada del primer bote que atracó a nuestro costado.

Creímos al principio que fuese el bote de la capitanía o el del resguardo; pero, como en California sucedían cosas que no suceden en otra parte, el bote que nos abordó era el de la *Anamakin;* cuyo capitán, señor Robinet, iba a saber noticias de Chile.

La llegada de este caballero nos conturbó. De sus labios pendía nuestra sentencia. Todos se precipitaron hacia él, todos hablaron a un tiempo, y aunque cada uno creía que hacía una pregunta distinta de la que hacían los demás compañeros, puede asegurarse que todas se redujeron a ésta:

—¿Es cierto que hay tanto oro como se nos dice?...

Mis compañeros y yo no oímos la contestación. Como por un efecto maquinal nos habíamos reunido en la borda opuesta porque queríamos prolongar una incertidumbre que, por cruel que ella fuese, siempre debía ser preferible a un desengaño. Por último, un amable y simpático jovencito francés, compañero de cámara, que cuatro meses después murió de nostalgia invocando el nombre de Chile, no cabiéndole el gozo en el cuerpo, se precipitó hacia mí gritando:

—¡Todo es cierto, todo, hay mucho oro, muchísimo oro!

Juzgue quien quiera si esta noticia sería o no para volver el alma al cuerpo. Hízose el movimiento y el habladero tan general, que nadie parecía entenderse; grupos aquí, grupos

allá, interjecciones más o menos enérgicas en todas partes. Unos señalaban el puño hacia el rumbo Chile; otros erguían la cabeza, y no pocos, hartos de futuras felicidades, sentados sobre un rollo de jarcia, parecían entregarse a solitarias y agradables meditaciones.

Yo, para quien las dichas han sido siempre mentiras, sin dejar por esto de participar del general contento, todo lo miraba, o como dijo el otro, de nada me dolía. Mas, si en aquel instante hubiese caído de la luna algún imparcial espectador, sin gran trabajo hubiera podido leer en cada uno de esos agitados corazones, estas u otras semejantes inscripciones:

—¡Se realizó mi sueño, seré banquero en Francia!

—¡Cómo se va a morir de pena Amalia, que me desechó por pobre.

—¡Qué chasco te llevas, Julia, si me pretendes ahora!

—Supuesto que hay tanto oro, es claro que soy ya rico; buena y bonita es la fulana; ¡pero es tan pobre!

—Habiendo oro hay holgazanes, entre holgazanes hay juego; ¡viva mi dado cargado, viva mi sota y demás!

—Ya tengo talento: ¿quién es borrico en Chile siendo rico?

Volviendo a Robinet, nos decía que lo que se contaba en Chile ni sombra era del que había; que el más ruin patán botaba el oro como si fuese un Creso, puesto que para adquirir tan condiciado metal sobraba con agacharse y alzarlo del suelo; que habíamos llegado al país de la igualdad, y que el noble y el plebeyo marchaban hombro a hombro en California.

En resolución, fueron tantas las maravillas con que nos aturdió aquel buen señor, que al darle la mano de despedida, más parecíamos dársela por las noticias que por agradecimiento a su visita.

Quedando ya poca noche, nos fuimos todos a la cama para estar en pie a la venida del día.

Apenas salió el sol, cuando se vió nuestro buque rodeado de botes y de chalupas, unos llenos de curiosos y de negociantes, otros en busca de equipajes y de pasajeros. Todos confirmaban la noticia del oro, y muchos, aunque de pobre y ruin catadura, vaciaban en la mano parte del contenido de los bolsillos de cuero que llevaban suspendidos en la cintura, exponiendo a nuestra alegre vista pepitas como avellanas y polvo como lentejas.

Pronto acudieron también multitud de conocidos; pero era preciso mirarles mucho para descubrir, entre los harapos de unos raídos calzones y el pesado chaquetón del marinero, al delicado *futre* de Santiago o al comerciante de Val-

paraíso. El joven y adamado Hamilton, socio de un negro, cuya cama compartía por no haber más que una, marinero y patrón de una chalupa, con su gorra raída y su camisa de lana empapada con el rocío de la mañana, solicitaba pasajeros para llevar a tierra. Don Samuel Price, gordo, alegre y hacendoso, con sus calzones arremangados, sus manos callosas y el levitón y las botas llenas de barro, nos hartaba a preguntas sobre los efectos que llevábamos, y respondía con portentos al diluvio de las que nosotros le dirigíamos. Mass, Sánchez, Cross, Puett y muchos otros caballeros, que me llamaron por mi nombre antes que yo conociese quiénes eran ellos, llenaron la cámara. La figura que representaba cada uno de esos aventureros, en otro tiempo de frac y de levita, era tan grotesca, que el buen Dumas, con sólo examinar una de ellas hubiera encontrado tema para diez novelas.

La curiosidad no fué sólo la que movió a estos hombres activos a visitarnos. En California no se perdía entonces tiempo en contemplar curiosidades; cada cual iba derecho a su negocio. A bordo todo pudo haberse vendido a precios exorbitantes y como en tierra los precios eran aun mayores, no es de extrañar que los supuestos curiosos hiciesen tanta fuerza de vela para no dejarnos desembarcar sino con tratos cerrados. Encontrándose Cross tratando de un negocio en el alcázar de popa con un pasajero, otro negociante, lanzado en pos de un chorlito de los recién llegados, con un imprevisto encontrón lanzó al mar el sombrero de Cross, sin que éste se diera cuenta de ello, ni el otro se acordase de mirar para atrás. Cuidarse de un sombrero o volver la cara por cortesía, era perder tiempo, y quien tiempo perdía en California, perdía oro. Pocos momentos después se retiraba Cross con una cachucha alquitranada de marinero, tan suelto de cuerpo y tan erguido, como si se hubiese ido con la mitra de un obispo.

A eso de las diez del día subió a bordo un yanqui alto, regordete y de ademán resuelto. Llevaba él un ojo bueno y el otro amoratado a impulsos de una puñada que había recibido en la noche anterior, de una bocharrera. Era el capitán del puerto, que, aun trascendiendo a aguardiente y mascando tabaco, venía a dejar a bordo un guardia de la Aduana, para vigilar el desembarque de la carga. El tal capitán, que más parecía cíclope que otra cosa, junto con saltar a bordo, nos dijo con alta y afable voz: "Sean ustedes bien venidos a la tierra del oro; ¡mucho oro, mucho oro!" El capitán del *Stahuel*, que no entendía el inglés, creyendo que se nos pedían los pasaportes, al instante los exhibió todos, pues a él se los habíamos entregado al salir de Valparaíso. Fué para pintado

el gesto de extrañeza y de disgusto con que el yanqui miró los pasaportes y el papel sellado, pues creyó que con semejante exhibición había hecho nuestro capitán el más grave de todos los insultos al pabellón de las estrellas; así fué que apartando la vista del ojo en buen estado que le quedaba, de aquellos objetos de horror, exclamó: "¡Cargue el diablo con las licencias de locomoción! Nada de papel sellado, nada de pasaportes, aquí no se tolera ni el salteo del uno, ni la estúpida tiranía del otro! Sólo he venido a felicitar a ustedes por su feliz arribo, y a dejar autorizado por mí a bordo a este agente de la Aduana para que reciba los permisos de desembarque que ustedes saquen de la administración, y nada más". Se le ofreció vino, él contestó que sólo admitiría champaña, y después de beberse su botella, se separó contento de nosotros, diciendo probablemente para sus adentros, que si los recién llegados no estaban bien al cabo de las prácticas republicanas, bebían por lo menos muy buen vino.

Rosarito, armada en corso, con su rumboso vestido de seda, capa y sombrilla, atendida con el más solícito afán por cuantos saltaron a bordo, no tardó en embarcarse, y desapareció rodeada de cortesanos, por entre la niebla arrastrada o casi llovizna que lo obscurecía todo.

Volvieron a poco los primeros pasajeros que adonosados bajaron a explorar el campo, llenos de contento, de barro y de noticias contradictorias, y nosotros, por no ser menos, nos pusimos en marcha para ver si sacábamos de tanto puerco, algo en limpio.

Lo que se veía y lo que se oía en aquella época en California era tan excepcional y tan desviado del orden natural de los acontecimientos humanos, y éstos se sucedían unos a otros con tan extraordinaria rapidez, que sólo escribiéndolos a medida que pasan por la vista, y viéndolos anotados después, de su propio puño y letra, puede uno creer que todo lo asentado no es un sueño.

Saltamos resueltos a tierra, o más bien a barro, porque la baja marea no había dejado otra cosa desde el punto en que se enfangó nuestro bote hasta la falda del plano inclinado de tierra firme donde principiaba la población. A mano derecha del desembarcadero había una especie de tabique de tablones, a cuyo abrigo despostaban algunas reses, y sobre las tablas, un cordón de cuervos que graznaban halagados por el olor de la sangre.

Habíasenos encarecido por algunos amigos la necesidad de desembarcar armados, y nunca menos de dos a un mismo tiempo. Lo íbamos, en efecto, como lo estaban también la mayor parte de los pobladores negociantes, quienes junto con

las mercaderías lucían ya el puñal en la cintura o ya el revólver, arma de fuego que entonces principiaba a generalizarse. Para dar con la casa del señor Price tuvimos que recorrer gran parte de la más singular y extravagante de las poblaciones. Sus calles, extensos arcos de círculos cuyos extremos tocaban en la marina, estaban cortadas por rectas que dirigiéndose al mar, terminaban todas en comienzos de muelles, que más estorbaban que facilitaban el desembarco. Algunas de las casas que formaban línea a uno y otro lado de las vías de este laberinto, no valdrían menos de cien mil pesos. Ninguna continuidad había entre ellas; pues que al lado de un edificio valioso, aunque rústico y sencillo, se veían filas de carpas de malos toldos, de barracas de tabla y de casuchos, unos armados y otros en activísima vía de construcción. El hotel Parkerhouse estaba arrendado en 175.000 pesos al año. No había veredas en las calles, ni cosa que se les pareciese, y el centro era un fangal de barro pisoteado, cuyos puntos más sólidos los formaban miles de cascos de botellas rotas, arrojadas desde las casas a medida que las iban desocupando. Los pobladores, de nacionalidades complejas, que alcanzaban a 1.500 estantes y a otros tantos de tránsito, se podía decir que celebraban un inmenso y bullicioso baile de máscaras: tales eran sus exóticos trajes, sus idiomas y la naturaleza misma de sus ocupaciones. Hasta las mujeres parecía que se hubiesen vestido de hombres, pues, por más que se buscase una falda en aquella Babilonia, ni para remedio se divisaba alguna que pareciese serlo. Las pieles llenas de rapacejos del oregonés con su cara de perdonavidas, el bonete maulino, el sombrero aparasolado de los chinos, las enormes botas de los rusos, que parecían tragárselos, el francés, el inglés, el italiano con disfraz de marinero, el patán con levita que ya le decía adiós, el caballero sin ella, todo en fin, de cuanto encontrarse pudiera en un gigantesco carnaval, se veía allí junto y en vertiginoso movimiento. A cada instante teníamos que desviarnos, dando zancajadas en el barro, para dejar pasar a un antiguo petimetre de camisa de lana y de arremangados pantalones, que, sudando bajo el peso de algún bulto, ganaba *cortes* desde la playa hasta las habitaciones, a razón de cuatro pesos bulto, o tal vez para que no nos llevase por delante un cargador más afortunado, que poseyendo una carretilla de mano, marchaba orgulloso sin mirar por dónde, excitando la envidia de los que carecían de semejante máquina. Las palabras quietud y ocio carecerían en San Francisco de significado. En medio del ruido redoblado de los martillazos, que por todas partes atronaban, unos tendían carpas, otros aserraban maderas, éste rodaba un barril, aquél

forceajaba con un poste o daba descompasados barretazos para fijarlo. Apenas quedaba armada la carpa cuando ya corría el negocio, exhibiendo al lado de afuera y en plena pampa, botas y ropa de pacotilla, quesos de Chanco, lios de charqui, rumas de orejones, palas, barretas, pólvora y licores, objetos que, juntos con las harinas tostadas y sin tostar, se vendían a peso de oro. El chivato chileno se cotizaba a razón de 70 pesos la arroba, y el agua gaseosa azucarada, que bautizaban con el nombre de champaña, de 8 a 12 pesos la botella. Estos precios se debían, no tanto a la poca abundancia de la especie cuanto a la necesidad de economizar el tiempo, pues nadie lo perdía en regatear, aunque andando más allá podía comprarla más barata. El oro en polvo era allí la moneda más corriente, y el modo como le manejaban para hacer los pagos acreditaba su abundancia, por el poco caso que se hacía de devolver a la bolsa de cuero el exceso que caía por acaso en la balanza.

Vimos la casa de cal y ladrillo que estaba construyendo, con lujo, el señor Hawar, marinerote elevado a la categoría de millonario, y más allá, en la plaza, otra que estaba acabando de construir para un suntuoso café, otro marinerote no menos opulento que el anterior.

Al cabo de un cuarto de hora de una marcha lenta y fatigosa, pero llena de emociones, llegamos a un hotel de hermosa apariencia, perteneciente a un gringo que había sido soldado aventurero en el ejército expedicionario sobre México. Tocaba a la sazón en la puerta de este edificio uno de los sirvientes, que no era otra cosa que un caballerito convertido en mozo de café, una enorme tortera de metal que llevaba el nombre de tantán chinesco, dando en ella tan repetidos golpes, que atronaba a cuantos pasaban para llamarles a comer. En el salón encontramos a Price y al adamado joven chileno J. L. C., quien había dado principio a su negocio echando vainas de cuero a puñales, a razón de dos pesos por vaina. Una mesa larga y angosta ocupaba todo el salón, y al rededor de ella se podían contar no menos de treinta comilones de la más estrambótica catadura engullendo con igual apetito y ligereza, para franquear pronto lugar a los que, no encontrando hueco desocupado, aguardaban con impaciencia que lo hubiese. El yanqui comía tres veces al día en aquella época en California; pero no salía de carne asada, de salmón fresco o conservado, de tal cual mal guiso, melaza, té, café y mantequilla. Almorzaba a las siete, comía a las doce y cenaba a las seis.

Eran los precios los siguientes:

Bistec, un peso.

Café, setenta y cinco centavos.

Pan y mantequilla, cincuenta centavos.

Desde nuestra llegada, las mentiras y las antojadizas, más o menos poéticas, suposiciones, reinaban en absoluto en aquella tierra de promisión. Nadie conocía geográficamente lugar alguno, ninguno conocía las distancias que había que recorrer de un punto a otro, y mucho menos si debía llegarse a él por agua o por tierra; pero todos a uno se lo sabían todo. Los muy pocos que habían vuelto de los placeres, o se manifestaban poco dispuestos a contestar nuestras preguntas, o nos desviaban intencionalmente de ellos, porque así parecía convenirles. Estábamos, pues, reducidos a oír relaciones de los que tal vez estaban más necesitados de saber algo que nosotros mismos. Las frases que oíamos por todas partes no salían de éstas:

—No vayan ustedes al Sacramento, porque hay poco oro; diríjanse sin perder tiempo a Estanislao.

—No piensen en Estanislao; en sólo un día en Sacramento, sacó fulano tantos miles.

—Los minerales están inundados, y zutano, que ayer no más llegó, dice que ha estado en ellos con el agua a la cintura.

—Qué agua ni qué berenjena, decía otro, aquello es mas enjuto en invierno que en verano.

Para qué proseguir. Por fortuna, a un señor Prendergast se le ocurrió como medio de recoger oro sin moverse de San Francisco, improvisar una oficina geográfica cuyo único miembro y colaborador era él mismo. No sé dónde pudo hacerse de un mapa antiguo del virreinato mejicano, y dando a la sección de la Alta California proporciones sin proporción, inundó la ciudad con croquis que, aunque mal hechos y reducidos a cuartillas de papel de fumar, alcanzaron a venderse a veinticinco pesos cada uno.

Debí a la amabilidad del señor Price ser presentado a un amigo suyo recién llegado del interior, y por primera vez tuve oportunidad de contemplar, al lado de una envidiable colección de saquitos de polvo de oro, una pepa maciza que no tendría menos de tres libras, la que aquel buen señor decía había encontrado en una vuelta que había dado por el campo antes de almorzar. ¿Por qué no habríamos nosotros de encontrar también algunas, aunque fuese después de comer? Pero no nos podíamos mover, por el maldito cargamento que nos vimos obligados a dejar embarcado en la pesada *Julia* en Valparaíso, y esto nos hizo perder día y medio, o lo que es lo mismo, treinta y seis horas; un siglo entero en California.

Resueltos a recobrar el tiempo perdido, mientras llegaba el tal porrón nos lanzamos a fleteros.

Componíase la compañía marítima-terrestre de cargadores, de mis hermanos, de Cassalli, antiguo consueta de la ópera en tiempo de Pantanelli, del joven Hurtado y de Clackston, del comercio de Valparaíso. El capitán de la desierta *Stahueli*, dándose a santos por que viviésemos en su buque, nos cedió el uso de su embarcación privada; después quedándose unos en tierra esperando carga, y echándose al bote otros en busca de ella, dimos con entusiasmo y alegría principio a nuestras operaciones sociales a los tres días de haber soltado el ancla en San Francisco.

Contar los percances y las peripecias a que estuvo expuesta nuestra compañía, contar los rasgos de valentía y los chascos que se llevaron nuestros consocios en el largo tiempo de once días que duró la negociación, sería nunca acabar. Por fin llegó la *Julia* y con ella nuestro lucido cargamento.

Liquidada en el acto nuestra sociedad, cuya ganancia partible alcanzó a mil doscientos pesos, y trasladado a tierra nuestro cargamento, se encargó a mi cuñado Ramírez el cuidado de fletar una balandra para la prosecución del viaje al interior, mientras que el resto de la colonia, constituída en sesión permanente de lavado, se dedicaba a lavar la ropa blanca que nos quedaba.

El bote salió, en consecuencia, hacia un caletón inmendiato situado al NE. del puerto, donde había agua corriente; y provisto de jabón, de baldes, de un caldero para agua caliente y de otro menor para los porotos, saltó a tierra la tropa de improvisadas lavanderas, llevando cada uno a cuestas enormes sacos, que contenían las ropas navegadas de siete cristianos que acababan de pasar la línea equinoccial. Esta caleta, que llamaremos del Lavado, y que es uno de los preciosos senos de la gran bahía, tiene la forma de herradura, y está resguardada por altos farellones de arena y tierra vegetal, sobre los cuales se lucían hermosos matorrales de exquisitas frambuesas. En el fondo de esta taza se encontraba una lagunita de agua salobre, y en su contorno rastros de otros inocentes, los cuales, como nosotros, habían ido a perder su tiempo lavando ropas. Allí, sin más esperar, echó la colonia los cimientos de la nueva fábrica.

Presto, caldero, balde, ropa, jabón, se pusieron en situación de obrar. La antigua mama Borja y ña Rosaura en todos los días de su vida de jaboneo han restregado tanto y con tanto ardor, como lo hicieron en la caleta del Lavado mama Ruperto, mama Casalli y las demás esforzadas mamas que, alternativamente y a tarea dieron movimiento a

nuestra fábrica, trocando el remo por la calceta y el timón por el jaboneo.

Esta fué la última mano de agradecida despedida que dimos al blanco y grato lienzo que hasta allí nos había acompañado.

Había entonces en Santiago una amable señora, que queriéndonos mucho, no se cansaba de repetir a sus amigas, cuando supo nuestra resolución de salir para California, esta sentida frase:

—*¡Virtuosos, niña!*

Consigno aquí este recuerdo, que encuentro en mis apuntes, para que se deduzca por el efecto que producía en nosotros su repetición, el carácter que la circunstancia del lugar en que nos encontrábamos dió a cada uno de los chilenos que compartieron las miserias de la común expatriación. *¡Virtuosos, pues niña!*, fué el refrán que, después de algún desagradable percance, precedió siempre entre nosotros a una alegre carcajada. Recuerdo que en el atroz incendio que consumió después todo el pueblo de San Francisco, en vez de ponernos a deplorar la pérdida de nuestra casa y con ella la de cuanto poseíamos, viendo que esto ya no tenía remedio, nos pusimos, muy sueltos de cuerpo, a gozar del espectáculo que producía en una noche obscura aquella tremenda hoguera, cuya fuerza lanzaba y sostenía, meciéndose en los aires, multitud de tablas encendidas y que habiéndose hundido en un asqueroso muladar uno de mis hermanos, que al día siguiente del incendio pretendió descubrir el sitio donde había estado nuestra casa, se nos apareció con la figura más tristemente cómica del mundo, diciéndonos al exhibirnos su puerca catadura:

—*¡Virtuosos, pues, niña!*

En California no había males que el ánimo no pudiese reparar en sus primeros tiempos; después ya fué otra cosa.

CAPITULO XV

Viaje al Sacramento.— La "Daice-may-nana" y su capitán Róbinson.— Senos alagunados de San Francisco, de San Pablo y de Suisun.— Confluencia de los ríos Sacramento y San Joaquín.— Ciudades en germen.— El pueblo de Sacramento.— Viaje a los placeres.— En California el que pestañea pierde.— Branam.— Primer vestigio de oro. —Peligroso encuentro con los indios.— Su sistema de lavar el oro.— Lo que con ellos comerciamos.— Llegada al mentado Molino.

Nuestro comisionado de embarcación para la prosecución de nuestro viaje a Sacramento adentro, había ya terminado sus diligencias; pero no siempre en California bastaron el esfuerzo individual y la voluntad para llevar a cabo las empresas mejor meditadas; faltábanos el alma de la guerra: la plata. Nuestro haber disponible llegaba apenas a mil pesos, y como calculábamos que el viaje y sus más inmediatas consecuencias importarían otro tanto más, nos echamos a pedir prestado. No con poco trabajo arrancamos mil pesos a un judío, quien por hacernos bien y buena obra nos entregó, con la fianza de Sánchez, a interés del *cinco por ciento* mensual esa indispensable cantidad.

Arreglado nuestro flete y pasaje, atracó la *Daice-may-nana* (1) al costado del *Stahueli,* barca que nos llevó a California y que hasta entonces nos había servido de casa. Era el *Daice* una balandra de veinte toneladas, de construcción antediluviana, de enfermizo y aguachento andar y con aparejo en forma de varapalo, que parecía calculado para barrer con cuanto pudiera sobresalir sobre la borda, del propio modo que el rayador de los molineros barre con cuanto trigo sobresale del bordo de la medida faneguera.

En este falucho de triste figura, después de meter en su estrecha bodega, ya repleta, lo poco que pudimos, nos instalamos completando con nuestro personal el número de vein-

---

(1) Escribo Daice-may-nana por ser éste el modo como pronunciaban los armadores el nombre de la balandra mexicana. *Dice mi ñaña.*

tinueve pasajeros, todos sentados sobre sacos, cajones, palas fusiles, canastos con provisiones, y treinta mil envoltorios más que sólo esperaban el menor balance para irse al mar llevándose consigo, de paso, cuanto tenían encima.

Aquí debe serme permitido volver a copiar algunas páginas de mi viaje, por tener la virtud de haber sido escritas sobre el mismo campo de batalla.

Constaba el personal de nuestra edición social, no sé si corregida, pero sí considerablemente aumentada, de un Ramírez y Rosales, marino retirado de la armada chilena; de un Hurtado, joven estimable santiagueño; de un Clackston, gringo achilenado del comercio de Valparaíso; de un Cassalli, antiguo consueta del Teatro Municipal en tiempo de la Pantanelli; de tres Solares y Rosales; de un Pérez, medio hermano de los anteriores; y de tres inquilinos de la hacienda de las Tablas.

Ninguno de los viajeros podía dar un paso sin pisar sobre el vecino, ni tampoco recostarse sin encontrar espaldas o rodillas por almohada. Ibamos, pues, en situación de envidiar hasta la suerte de las mismas sardinas, que si bien es cierto van estrechamente encajonadas, también lo es que van por lo menos acostadas.

Mandaba nuestro navío el memorable capitán Róbinson, yanqui ceceoso, chico de cuerpo, vejete atrabiliario y borracho consuetudinario, además. Le acompañaban, en calidad de marineros, un gringo escocés con su nariz de tomate remaduro, y dos yanquis que, a falta de plata para costear su pasaje, acababan de sentar plaza de marinos.

Describir las fachas de bandidos de los otros compañeros de viaje, sería lo mismo que principiar con ánimo de no acabar. Todos de aspecto repugnante, y todos diferentes unos de otros; sólo se asemejaban en los indispensables arreos de aquella época: enormes botas granaderas con sus competentes clavos, puñales en la cintura, y rifles y pistolas, que aún a bordo no dejaban un solo instante de manosear.

A las cuatro de la tarde del día 6 de marzo de 1849, diciendo adiós a la *Stahueli,* que tan grata hospitalidad nos había dispensado, comenzamos la ardua tarea de desembarazarnos de entre los desiertos buques que nos rodeaban, cuyo número pasaría entonces de ciento.

Por mal de nuestros pecados metimos a bordo una damajuana con aguardiente y un canasto con botellas de vino, lo cual, visto por el apreciable tocayo del antiguo Selkirk de Juan Fernández, observando con sentimiento nuestro que tan delicados objetos sólo debían navegar bajo su inmediata custodia, cargó con ellos. A poco andar, el viento flojo y la corriente en contra, favoreciendo los ocultos proyectos del guar-

dador de botellas, dieron con la embarcación y con todos nosotros en un banco de fango y arena, del cual nos fué imposible desprendernos, a pesar del oficioso socorro que nos prestó un bote de una embarcación rusa que se mantenía al ancla en el álveo del canal de la vaciante. Allí fué el oír las maldiciones y los reniegos de los unos, los lamentos y los malhayas de los otros. En balde se echaron algunos al agua para empujar el lanchón, en vano se pidió socorro a otros buques: ni ellos nos hicieron caso, ni nosotros pudimos hacer más que quedarnos donde estábamos. Pero como la noche entrase a gran prisa, y el frío, la llovizna y la incomodidad en que estábamos debía dar al traste con los expedicionarios, si por acaso se le ocurría al salvajón del capitán, ya beodo, proseguir a obscuras con las aguas de la creciente, titubeábamos si debíamos o no bajar a tierra para recabar del armador que sujetase con una orden a la *Daice-may-nana* hasta el día siguiente, cuando atracó a nuestro costado un botecito chato, con cinco pasajeros más que el buen capitán Róbinson tenía vistos para embarcar a hurto de su patrón.

Asustados con esta invasión que iba a estrecharnos más de lo que estábamos, salió una comisión en el bote ruso para denunciar a Branam lo que ocurría. Era este caballero un poderoso comerciante, jefe o director de la sucursal de la secta mormónica en California, y dueño, además, de la famosa embarcación en que íbamos enfardelados. Dormía a la sazón; le recordamos, y logramos, con no poco trabajo, que nos diese en una tirita de papel la orden que necesitábamos.

Vueltos a bordo se armó la de San Quintín; porque habiendo Róbinson arrojado sin leer el papelucho de Branam, le gritó nuestro compañero Clackston que se guardase de proseguir antes del alba, porque eso sería contravenir las órdenes de su patrón. En mala hora se acudió a semejante sustantivo. La voz de patrón fué como el estruendo de una camareta prendida en el barril donde estaba Róbinson.

—¡Qué es eso de patrón! —exclamó éste arrojando la más espantosa maldición—. Yo no tengo patrón, ni aquí hay patrones, y si hubiese de seguirse mi dictamen, a ninguno debería ahocarse, por pícaro, primero que a ese bribón de Branam.

Por fortuna, este arranque de vital brutalidad agotó sus fuerzas, porque dando de barriga sobre unos fardos, no pudo levantarse hasta el día siguiente.

—¡Qué noche aquélla! Todos pasaron borrachos a expensas de nuestras botellas y de nuestra damajuana, y nosotros sobre las armas para evitar desmanes, pues dos veces estuvo a punto de ensangrentarse nuestro malo y húmedo alojamiento.

Vino por fin el día; con la fresca volvieron en sí nuestros conductores, y como no soplaba la menor brisa ni llevábamos tampoco un solo remo, fué preciso ir, a medida que nos arrastraba la corriente, a estrellarnos sobre los buques que nos rodeaban, evitando encontrones a fuerza de brazos, hasta que a eso de las ocho de la mañana la mano de Dios y la corriente nos pusieron en franquia.

Júzguese cuál pueda ser la resistencia de estos hombres de fierro para beber, pues habiendo encontrado el gringo nariz de tomate una botella de quimagogo, que iba por acaso entre las otras de nuestro pobre vino, creyéndola de puro oporto, se la bebió entera, y hasta ahora no comprendo por qué no reventó.

El viaje ha durado siete días con sus mortales noches, sin que nos haya sido dado ponernos de pie en todo él, porque las jarcias de las velas latinas, aun así sentados como estábamos, nos barrían la cara en cada una de las doscientas mil varadas que el viento y la marea nos obligaban a hacer. En aquella incomodísima postura, envueltos en nuestros ponchos y frazadas que amanecían destilando humedad a causa de los grandes rocíos nocturnos, defendiéndonos de las plagas de ponzoñosos y tenaces zancudos que espesan el aire desde prima noche en aquellos lugares pantanosos, todavía nos sobraba voluntad para departir sobre el hermoso panorama que se desarrollaba a nuestra vista, a medida que recorríamos la poética bahía y las preciosas estrechuras que encaminan a la desembocadura de los ríos que desaguan en ella. Diré más, en aquella lancha de Carón no escaseaban las risas ni las burlas que nos hacíamos al contemplar nuestras recíprocas y doloridas cataduras. Dispuestos a sufrirlo todo con estoica energía, lo único que nos hacía dar al demonio era el descomedido pisoteo de los yanquis, quienes, con sus botas con clavos, no respetaban en las maniobras ni las espaldas ni las narices de nadie. Al pobre Cassalli le plantó uno su pataza en la cara, y al reniego amenazador de éste se contentó el yanqui con dirigirle un sonoro *¡all right!*, pasando de largo, como si tal cosa hubiese acontecido.

Al fin llegamos a Suttersville, donde nos despedimos de nuestros simpáticos compañeros de viaje en la *Daice-maynana*, de terrible recuerdo, y de ese atroz dios Baco que, con el nombre de capitán Róbinson, iba también a explorar placeres.

Nuestro viaje, a no haber sido tan brutalmente incómodo, no hubiera carecido de encantos.

Atraviesa el viajero la hermosa bahía, creyéndola formada de un solo cuerpo, hasta la estrechura de los Dos Hermanos, formada por dos islotes muy parecidos que llevan el mis-

mo nombre. Cualquiera creyera que aquel estrecho es ya boca de río, y por esto causa admiración, dejados atrás los peñones, encontrarse navegando en otra bahía, al parecer sin salida también, y que lleva el nombre de San Pablo. El aspecto de este nuevo seno no es otro que el de un gran lagunón rodeado de cerros y de feraces campos cubiertos de bosques y de ganados. Pueden en sus aguas navegar buques del mayor calado, y encontrar en todas partes caletas y fondeaderos.

El efecto de las mareas alcanza todavía más adentro. Largas franjas de espuma puerca y turbulenta se ven periódicamente alineadas subir y bajar en las bahías, formando borbotones y remolinos que, como ya se ha dicho, llegan a convertirse en vorágines peligrosas para las embarcaciones menores en el último canal que termina en la Puerta del Oro, sobre las aguas del Pacífico.

El retiro periódico de las aguas en los senos o bahías que están más al interior, hace necesaria la presencia de prácticos idóneos que conozcan la profundidad de los álveos, los bajos fondos y la naturaleza de los bancos que ellos dejan descubiertos, sin que por esto sea peligrosa la navegación.

Navégase en la bahía de San Pablo muy cerca de tierra y en aguas tranquilas, descubriendo a cada paso puertos, caletas y multitud de buques y de embarcaciones menores cargados de pasajeros y de mercaderías, sin que ningún novel viajero sospeche en ella la menor salida hasta que, llegando a su confín septentrional, ve abrirse ante sus ojos el precioso canal de Benicia, que comunica la bahía de San Pablo con la de Suisun. En el centro del costado norte de esta imponente garganta profunda y correntosa, que tiene como una legua de largo, se estaban echando los primeros cimientos de la ciudad que lleva el nombre de Benicia para honrar el de la esposa del coronel Vallejo. El aspecto del puerto y el de los contornos del presunto pueblo no eran, por cierto, halagadores. Sus terrenos apenas se elevan sobre la superficie de las altas mareas; la alta vegetación escasea, y los endiablados zancudos ejercen en aquella región el más sangriento de todos los poderes. Estaba allí al ancla un buque de guerra, y en tierra firme se alzaba un palo de bandera en cuyo alrededor parecía agitarse y moverse mucha gente.

En aquel lugar inhospitalario por su naturaleza, pero necesario por su situación apropiadísima para arsenales marítimos, comenzaban a alzarse las paredes de una iglesia, de dos escuelas, de un gran café-posada, de un teatro y de una casa de amonedación.

El yanqui entiende por excelencia el arte de colonizar y de erigir poblaciones. Nunca comienza por programas ni por

pomposos ofrecimientos, que pocas o ningunas veces se cumplen; comienza por abrir caminos, por franquear acceso al lugar que desea poblar; por hacer en él trabajos cuyo costo y magnificencia dan al inmigrante positivas garantías de estabilidad, y sólo exige por pago de los primeros sitios y terrenos que regala, la obligación de edificar o trabajar en ellos. Antes de ayer, agentes de Benicia, domiciliados en Sacramento, me ofrecieron sitios regalados en Benicia, si yo colocaba mis hermosas tiendas de campaña en ellos; mas, como no habíamos ido a California a poblar, sino a recoger oro, contestamos con sonrisa: a otro perro con ese hueso.

Pasado el canal de Benicia, que más parece río que canal, se entra a otra gran laguna navegable llamada Suisun. Las tierras que rodean este tercer seno son tan bajas, que le hacen aparecer mayor de lo que en realidad es. La bahía de Suisun está llena de bancos que entorpecen en sumo grado la navegación cuando no se tiene conocimiento perfecto de los canales principales; sin embargo, la cruzan ahora buques de mucho calado, y estoy seguro de que con el tiempo no contarán los capitanes como gracia el no haber tenido que esperar, encallados en el fango, la vuelta de la marea para proseguir el viaje. A medida que uno avanza hacia el interior, se multiplican tanto los bancos, los islotes y los pajonales, que sólo se sale de ellos cuando se llega al laberinto de canales que constituyen la imponente confluencia del San Joaquín con el Sacramento. Aunque desde Benicia ya puede beberse, a falta de otras, aquellas aguas, llegando a la confluencia de estos ríos, puede decirse que son potables.

Era preciso ser buen práctico para no errar el canal que, entre este laberinto de brazos más o menos profundos, conduce al Sacramento; pero el genio práctico de los yanquis, ha excusado la necesidad de esta clase de ocios, pues vimos que ya comenzaba a señalar el derrotero la presencia de otro pueblo naciente erigido allí con el nombre de Moctezuma. En la parte sur del laberinto se abre paso otro canal que, al través de las aguas del San Joaquín, conduce a la nueva ciudad de Stockton, en cuya entrada se proyectaba fundar otra ciudad con el nombre de Nueva York. Nosotros proseguimos por la vía de Moctezuma. Dejamos atrás el laberinto de la confluencia, y pronto nos encontramos navegando en uno de los más hermosos ríos de la costa occidental del continente americano. Es tranquila y lenta su corriente, como espejo su superficie, y sus claras aguas transparentan los bajos fondos. Se alza en las vegas y ribazos de sus márgenes la más lujuriosa vegetación; y a medida que uno avanza por medio de sus majestuosas curvas, suelen los árboles dar sombra a las embarcaciones y aun enredar con sus largos brazos extendidos en

alto sobre el río, las jarcias de las balandras que más se aproximan a las orillas. Esta preciosa vía fluvial, cuya hondura franquea fácil paso a los mayores buques mercantes, y que no tiene en toda su extensión hasta el mismo Sacramento arriba de dos cuadras de anchura, no es el cuerpo principal del río de este nombre, sino uno de los brazos que más directamente conducen al pueblo donde al cabo de seis horas atracamos en el infernal falucho que fué nuestro purgatorio durante siete mortales días.

El lugar destinado para el pueblo de Sacramento era el hermoso valle cubierto de encinas y de cipreses que yace al SO. de la confluencia del río Americano con el Sacramento. Al designarle como asiento de población, más parece que se hubiese tenido en mira la necesidad que la salubridad; porque a juzgar por los muchos bajos, pantanos y totorales que mediaban entre las juntas de los dos ríos y el pueblo, no era posible que las tercianas y las fiebres pútridas dejasen de hacer estragos con el tiempo en él.

Sin embargo, como para la conveniencia y para el comercio el clima y las más aterradoras pestes son obstáculos secundarios, el puerto del Sacramento fué el predilecto asiento de aquella afamada Nueva Helvecia que, en conmemoración de su patria, fundó el colonizador, capitán John Sutter, cuya historia dejo rápidamente bosquejada.

Constituían la base de la población cuatro casas de tablas en bruto con sus correspondientes techos de lona, algunas tiendas, muchos toldos de distintas formas y dimensiones colocados sin orden ni concierto, y muchísimas enramadas.

Al lado de este campamento tendimos nuestras tiendas, y sin más esperar, armados de nuestros trajes de guerra, como si estuviésemos muy descansados, dimos principio al desembarco y acarreo de nuestros efectos. Cuantos nos veían echaban miradas de envidia al contemplarnos provistos de cuanto pudiera apetecerse en un lugar donde todo faltaba o costaba muchísimo dinero.

Como todos los habitantes de este aduar marchaban para las minas y ninguno de ellos había estado antes en ellas, tan a obscuras nos encontrábamos en él como en San Francisco, respecto a noticias.

Apenas instalados, fuimos favorecidos por la singular visita de un agente o *corredor* de ciudades, quien, provisto del plano de la futura ciudad de Sacramento-City, nos ofreció sitios regalados, con tal que en ellos colocásemos desde luego nuestro campamento; mas, ese mismo regalo era precio muy subido, para empeñar de nuevo, por simples sitios, nuestras fuerzas agotadas. Dijimos con entereza, no; y extendidas nuestras frazadas en suelo plano, extendimos también

sobre ellas nuestras, por tantos días, encogidas humanidades, y dormimos de un solo sueño hasta el día siguiente.

Llegada el alba, nos pareció que nos encontrábamos en el centro de un campamento que tocaba en todas partes a rebato. Nadie podía decirse que andaba, todos parecían volar, y entre las voces "¡Animo!... ¡Adelante!... ¡No hay que aflojar!" se oían repiqueteos de maldiciones mezcladas con el alegre y favorito canto de la Susanita, tonadilla hecha expresamente para los buscadores de oro, cuyo estribillo era: "Susana, Susana no llores por mí, pues me voy a California a traerte costales de oro".

En esta población notamos harta más movilidad que en el mismo San Francisco, y no es de extrañarlo, porque los campamentos día a día nacían y desaparecían con la misma rapidez que se formaban. Si la llegada de veinte o treinta embarcaciones inundaba hoy la población de gente y de toldos, la alegre vuelta del siguiente día barría con cuanto había en ella hacia los minerales, dejando para alojamiento de los viajeros que marchaban escalonados tras ellos, un campo de batalla sembrado de ropas, de monturas, de sacos rotos, muchos con huesillos, de botellas desocupadas y de cuantas zarandajas podían estorbar o entorpecer la marcha del minero hasta llegar a los afluentes auríferos del río Americano.

Todos marchaban a pie, todos parecían mulas de carga o arsenales ambulantes, y en todos brillaba la nacionalidad, en la naturaleza misma de la carga que llevaban a cuestas.

Harina tostada, alforjas, palas y barretas, batea de lavar oro, puñal *belduque* y poruña, descubrían a la legua al buen chileno. Rifle, pistola de seis tiros, navajas, polvorines y caramayolas, botas granaderas y un cargamento de botellas de brandy, al áspero pendenciero oregonés. Un sombrero parasol de papel barnizado, un guardazancudos arrollado en el pescuezo, un yatagán árabe en la cintura, zapatos de diez suelas de cartón, dos sacos de arroz suspendidos en el extremo de un palo puesto al hombro, al hijo del Celeste Imperio. Sólo el ajuar del yanqui y el de los demás países europeos, barajados hasta no poder más entre sí, no revelaban nacionalidad.

Aquí no se oían más que disparos de pistolas o de rifles por todas partes; todos tiraban con frecuencia al blanco y ninguno se cuidaba de averiguar dónde podía rematar la bala. Al anochecer era cuando más detonaciones inesperadas se oían, ya fuese para dar a entender que había armas de fuego, ya para limpiarlas y cargarlas de nuevo. Ningún yanqui se acuesta sin llenar antes este indispensable deber de precaución cuando está en campaña.

Tan contagioso movimiento no tardó en apoderarse de nuestra ya repuesta fuerza; pero como el peso de nuestro ba-

gaje sólo nos permitió llevar el compás en este concierto y no cantar en él, resolvimos aligerarle. Dijonos un yanqui que él nos fletaría una carreta que debía llegar en dos días más; que la carreta cargaba veinte quintales y que sólo nos llevaría a razón de 35 pesos quintal desde el Sacramento hasta los placeres del río Americano, cuya distancia se calculaba en 55 millas. Aceptada la proposición, nombramos una comisión para descartar del todo los veinte quintales más indispensables y para vender el resto; otra para marchar a un *rancho*, nombre que dan los californeses a lo que en Chile llamamos hacienda, a comprar dos caballos; y otra para armar un carretón con unas ruedas que habíamos traído por acaso de San Francisco, con el propósito de acomodar en él las tiendas de campaña y los útiles de nuestro más inmediato uso.

Hasta aquí el gobierno de la colonia había sido multicéfalo, y, como era indispensable dar al todo un centro de acción, le convertimos en unitario, nombrando, desde luego, un monarca con el nombre de Decano. Esto dispuesto, cada comisión puso en obra su cometido.

Vendimos ropas y herramientas a precios nunca vistos: la harina tostada a 40 centavos libra, el poco vino de Penco que escapó en el fondo de la bodega del inolvidable *Daice-maynana*, a 18 pesos galón; y el chivato de Tiltil, a 10. La carretilla suplementaria que debía ser de caballos y de brazos humanos al mismo tiempo, quedó lista en la noche y sólo nos inquietaba la demora de los compradores de caballos, cuando a deshora llegaron éstos al cuartel general, pero con las manos vacías, aunque repletos de hambre y de cansancio. Averiguado el inesperado mal éxito de nuestros valientes comisionados, resultó que Hurtado y Clackston habían sido encantados en el viaje por una sirena, y que los matadores ojos de ésta les habían hecho olvidar hasta el objeto de su misión. Desde la separación de nuestra Rosarito Améstica, ni ellos, ni nosotros, ni nadie, había vuelto a ver faldas; y como por desgracia el *ranchero* tuviese a su lado una muchacha, perdió la comisión el equilibrio, y con él, la ocasión de impedir que otros más diestros maromeros les llevasen los mejores caballos, dejando sólo en el corral el más ruin de todos los rocinantes, valorizado, sin embargo, en 250 pesos. Hubiéranle comprado por 150 pesos, según expuso Clackston, pero la presencia de la niña puso coto a tan baja propuesta; así fué que refunfuñando entre dientes, que más bien hubieran dado los 250 por ella que por él, se volvieron sin nada. A la voz de muchacha, tomó la palabra el Decano, y después de un sesudo y reposado discurso, en el cual hizo patente a los oyentes los males que podían acarrear a la colonia andante la adquisición de otra clase de artículos que aquellos que se habían ido

a buscar, concluyó su patética oración invistiéndole él mismo del cargo de ir a torear a la sirena y de obligar al carero guardador del *mandundo*, a dárselo por menos precio. Púsose, pues, en campaña al venir el día; pero no solo, pues le acompañó todo el estado mayor y aun el menor, temerosos de que fuese a suceder alguna desgracia al pudibundo jefe en tan arriesgada aventura.

Hora y media caminamos con dirección al occidente por el fresco y ameno valle del Sacramento, más inmediato a las correntosas aunque profundas aguas del río Americano. Altos pinos, robustas encinas, ya formando grupos, ya diseminadas sobre un piso verde y cubierto de flores tempraneras, daban a aquellos lugares el aspecto de un interminable parque inglés. Sólo nos hacían conocer que estábamos muy distante de la pérfida Albión, la soledad, la grata temperatura, la algazara de las bandadas de pavos silvestres que a cada rato pasaban, como nuestros loros, por las alturas; el canto, la figura y colorido de aves que nos eran del todo desconocidas, y el susto que nos daban las culebras, más o menos entumecidas, que, tendidas de atravieso en los caminos, esperaban para moverse que calentase más el sol.

Como a las 25 cuadras de nuestro campamento entramos en el mentado fuerte Sutter. Reducíase la tal fortaleza a un enorme caserón con gruesos y hendidos paredones, apoyados en un foso medio colmado con escombros y malezas, y a unas cuantas piezas de artillería que descansaban, mohosas y cubiertas de pasto, sobre el suelo. Vimos allí un casucho de tablas a la rústica, algunas enramadas, y a poca distancia, un gran almacén con una enorme enseña que decía: "Branam y Cía." Era el jefe de este establecimiento comercial aquel ex mormón Branam, dueño del funesto *Daice-may-nana*, como ya he dicho, y señor de una de las más saneadas fortunas californesas de aquella época. Jefe o cura párroco de su secta, de este lado de la Sierra Nevada, supo también aprovechar del trabajo de sus numerosos feligreses, y habiendo logrado monopolizar una rica extensión de orillas del río Americano, se llenó en poco tiempo de riquezas. Parece que en cuanto no más se vió con ellas había dado de mano a esa religión y quedádose sin ninguna, bien que las malas lenguas aseguraban que para tranquilizar su conciencia, rezaba con frecuencia oraciones en honor de Santa Poligamia.

El almacén, colocado precisamente en el mismo camino que conducía a los placeres, causaba admiración por el completo surtido de cuanto podía desearse para los menesteres del trabajo de las minas. De los precios nada digo, puesto que sólo dejaban al vendedor la ruin utilidad de cincuenta a ciento por uno.

Habíamos caminado ya como dos horas llevando a la izquierda el río Americano, a cuya margen nos condujo la sed, cuando supimos por un sonoreño que allí mismo podríamos encontrar oro; porque aunque sólo a 17 leguas del punto en que nos encontrábamos comenzaba este río a recibir los torrentes auríferos conocidos con los nombres de Río del Norte, Río del Medio y Río del Sur, era tal la fuerza de su corriente, que alcanzaba a arrastrar oro hasta su misma confluencia con el Sacramento. Deseosos de cerciorarnos de la verdad del comedido sonoreño, ensayamos con la inseparable *poruña* del minero chileno aquellas misteriosas arenas, y llenos de contento por haber visto oro, aunque poco, nos dirigimos a las casas de la hacienda o *rancho,* que ya comenzaban a verse a alguna distancia.

La tal casa parecía el comienzo de un desierto; ni un alma humana salió a recibirnos, ni siquiera un perro se dignó ladrarnos. Las puertas y las ventanas, abiertas de par en par, no tenían por qué no estarlo, puesto que nada se divisaba que mereciese ser guardado. ¡Ni una flor, ni un árbol, ni un ave! Quien hubiera recorrido las pampas argentinas, metido de repente en un *rancho* californés, creería sin duda que se encontraba mudando caballos en una de las postas de aquel desierto. Asomóse al cabo por sobre las bardas de un silencioso corralón una cara de Gestas, que, después de un sonoro "¿quién vive?", nos volvió la espalda por no perder tiempo en esperar nuestra contestación. A tiempo habíamos llegado; el dueño de casa estaba a punto de cerrar trato de venta con un yanqui por el malhadado rocín que había dejado de comprarse el día anterior, y como en California el tiempo es oro, tuvimos, por la competencia, que largar 300 pesos por lo que en Chile sólo se pudiera vender para sacar aceite.

Hasta aquí nada de sirena, ni ninguno de nosotros se atrevía a indagar del cancerbero el paradero de semejante joya; pero como el acaso protege siempre los buenos deseos, debiendo pagar en oro en polvo, y no en plata, porque no la había, se nos condujo a un mezquino sucucho, en donde ¡oh, cielos! nos esperaba, balanza en mano, la viva imagen de la diosa Astrea. Ella misma, único ser femenino mirable que se nos había presentado desde que abandonamos las playas chilenas, pesó con sus inocentes o pecadoras manos, parte de nuestro escuálido caudal. Sirviónos leche, objeto de lujo, cuyo nombre ya habíamos olvidado, nos hizo caritas, y nosotros la hubiésemos hecho dueña de nuestros asendereados corazones, si la presencia del Fierabrás no hubiera tenido a raya nuestros naturales ímpetus, que no eran ni podían ser otros que los de servirla. Separámonos con pena de aquella casa hospita-

laria, y dándonos prisa para volver a reunirnos en nuestro campamento, llegamos a él entrada ya la noche.

Gran algazara formamos todos alrededor de nuestra desvencijada cabalgadura; luego le hicimos una *probada* con una rastra, y vimos que era buena. En seguida nos dimos a fabricar morrales con sacos vacíos, para llevar cada uno a cuestas cuanto peso pudiera, a fin de aliviar al *mandundo*. Le acomodamos un cinchón y un pretal de nueva invención, cargamos la carreta fletada que ya nos esperaba, dispusimos la carga de la carretilla, y comiéndonos después una olla entera de porotos, nos tendimos en el suelo, donde dormimos, esperando el alba, como si hubiésemos reposado sobre un mullido lecho de agradables plumas.

Al venir el día, y en los momentos de salir, se reunieron a la compañía dos Garcés, padre e hijo, y un Herrera, todos chilenos, listos también para marchar. Tomamos todos un *ulpo* caliente, y echándonos a la espalda cuanto podíamos cargar, no teniendo más que hacer en aquel lugar, dió el Decano la voz de "¡marchen!"

El orden de nuestra marcha fué el siguiente: Cassalli y un Garcés a vanguardia, al cuidado de lo que iba en la carreta; mis cuatro hermanos marchaban en seguida junto con un peón, ayudando al caballo que tiraba la carretilla; Clackston, Hurtado, un peón de mano y el Decano, cerraban la retaguardia en calidad de cuerpo de reserva.

A poco andar cesó el reinado de la alegría y principió el de los reniegos: tanto nos dieron en qué entender el maldito caballo y su vehículo. Parecía que no le agradaba a aquél el estrambote que, por mal de nuestros pecados, le habíamos colgado a la cincha, y poco faltó para que en un rato de mal humor, diese con sus respingos al traste con nuestro malhadado catafalco, descuajeringándolo por completo. Fué preciso ayudarle a marchar a fuerza de brazo; pero a las cinco leguas el demonio del animal nos significó con muy expresivos ademanes de abierta rebelión, que de allí no le moveríamos ni a palos. Tuvimos que alojar.

La relación de nuestras aventuras en los cinco días de presidiarios condenados a trabajos forzosos que duró nuestro viaje, hasta dar con nuestras maltratadas humanidades en el asiento de minas del Molino, sólo puede interesar, como recreo de vejez, a las mismas personas que figuraron como actores en semejante danza. Básteme decir, para comprobar la energía moral que se había apoderado de los más tímidos corazones en aquella época, que no hubo uno solo de nuestros aventureros que no haya sabido, con la risa en los labios, compartir con el animal de carga el hambre, las miserias y los trabajos.

Hermosos eran los prados salpicados de cipreses y de encinas que recorrimos con dirección al oriente el primer día de nuestra marcha. En ellos abundaban pastos y buenas aguas; mas, desde allí para adelante, el territorio, a medida que iba ascendiendo por entre los primeros ramales de la Sierra Nevada que alcanzan hasta esta distancia, perdía su carácter de planicie. En varias partes se quebraba dificultando la marcha de las carretas, y en otras, con médanos casi intransitables, a cada rato obligaban al viajero a repechar lomas y cuestas por sobre los pedreros de las despedazadas rocas que cubrían el camino. Pero nunca faltaba la alta vegetación ni en las numerosas mesetas o descansos de las cuestas, pastos abundantes y muchas de las vistosas flores que cultivamos con esmero en nuestros jardines.

Nuestros alojamientos se colocaban siempre al abrigo de alguna corpulenta encina, alrededor de cuyo tronco nos instalábamos como se colocan los rayos de una rueda de carreta alrededor de su maza; y como en California caen en aquella estación rocíos muy parecidos a aguaceros, nuestras camas, reducidas a su última expresión, puesto que sólo constaban de un sarape o manta mexicana, que hacía las veces de colchón y de cobija, y del saco de harina tostada, que desempeñaba las de almohada, amanecían totalmente empapadas.

En nuestra marcha, dejando sucesivamente al poniente la morada de la encantadora deidad cuyo recuerdo conservaba vivo en nuestra mente el endemoniado rocinante que tan poco nos servía; las ruinas de un costoso molino colocado en la primera violenta correntada que señala el término navegable del río Americano, pocas leguas antes de lanzarse en el Sacramento; el pequeño aunque risueño valle sin nombre, forzoso alojamiento del cual parten dos caminos, uno inclinado al oeste, que conduce a los *placeres secos* llamados Drydiggings, y otro al oriente, que conduce a los *húmedos* del Molino, llegamos al primer riachuelo de oro a mano, denominado Weber-Crick.

Las riquezas de las arenas de este primer Pactolo, aunque comparativamente menos cuantiosas que las que debíamos encontrar más adelante, parecían colocadas allí para amenizar el espíritu de los fatigados viajeros; pero la alegría y el aliento que nos causó este heraldo de futuras riquezas, no bastó a compensar el peligro en que nos encontramos un momento antes de llegar a él.

Hacía como seis horas que caminábamos con rumbo extraviado. Ni un alma se veía en lo que nosotros juzgábamos camino, aunque por instantes se aumentaba la dificultad de transitar por él.

Acostumbrado a cortar rastros en las pampas argentinas,

y no encontrando el de botellas rotas, que es el que deja siempre tras sí el yanqui, alarmado mandó el Decano hacer alto.

Comenzaba ya a apoderarse de nosotros la más febril indecisión, cuando, atraídos por la curiosidad de ver gente en aquel lugar poco frecuentado por blancos, se nos apareció un campesino de raza mestiza, quien no sólo nos dijo que llevábamos un camino errado, sino que sin saberlo habíamos cometido la imprudencia de penetrar en el territorio de un cacicato de indios malos, que aunque habían permanecido fieles al capitán Sutter hasta entonces, ya iban volviendo, por las tropelías de los norteamericanos, a sus antiguas mañas de robar y asesinar a cuantos blancos encontraban solos. Agregó que, aunque a él no le había sucedido desgracia ninguna con los indios hasta entonces, por ser de muchos conocidos, había echado fuera sigilosamente a su familia, y que seguía para poblado cuando tuvo el gusto de encontrarnos.

La noticia no fué, por cierto, muy satisfactoria; sin embargo, confiados en la superioridad de nuestras armas de fuego, contratamos de práctico a Santana, que así se llamaba el paisano, y dejándole con el yanqui carretero y otros dos compañeros a cargo de disponer el alojamiento y los porotos, marchamos con nuestras poruñas y bateas a lavar arena a la orilla de un *crick*, tan sueltos de cuerpo como si nada pudiera acontecernos. A los pocos pasos encontramos a nuestro sirviente Leiva, que acudía lleno de gusto a mostrarnos el resultado del lavado de una bateita de mano, en cuyo fondo se veía como un castellano de oro, sacado en un instante. A la voz de oro quedó desierta la cocina, y cada cual por el camino que le pareció más corto, se lanzó a la orilla del río. Sucedió que una india, con un niño a cuestas, que por acaso pasaba el sol entre los matorrales inmediatos al río, al verse rodeada por todas partes de caras blancas, creyéndonos yanquis, echó como un gamo a correr, y que nosotros, por aumentar su miedo, hicimos amago de perseguirla, dió un traspié y cayó dando alaridos. Los clamores de ¡socorro! contestados a lo lejos por otras voces que nos parecían bramidos, no tardaron en atraer hacia nosotros un tropel de indios, que con gritos y ademanes amenazadores, desembarazándose de los sacos de pieles de coyotes que les servían de aljabas a sus flechas envenenadas, parecían dispuestos a acometernos. Nuestra situación perdió en el acto su comenzado encanto, y ya olvidábamos el oro por completo para acudir a las armas, cuando las voces de Santana, conocidas por alguno de los indígenas, vinieron a evitar que tanto ellos cuanto nosotros tuviéramos que lamentar ese día dolorosas desgracias.

Santana fué a ellos; hízoles presente que no éramos yanquis sino españoles amigos de Sutter, que éramos, además,

gente buena y que sólo pensábamos pasar una noche allí, y seguir, sin hacerles daño, nuestra marcha hacia el Molino.

Acercáronse algunos con recelo; después llegaron otros y pronto nuestras demostraciones de cariño, reforzadas con regalos de pañuelitos de algodón, de esos de a tres cuartillos, en cambio de ataditos de polvo de oro de cuatro o cinco pesos cada uno, restablecieron entre los beligerantes la más cordial y perfecta armonía. Nos ofrecieron bellotas, único y favorito alimento de aquellos indios, y recibieron en cambio de ellas y de no poco oro algunas escudillas de harina tostada.

Es el color de estos hombres un poco más tostado que el del indio nuestro, y nos parecieron de contextura más débil y de cara acarnerada. Su vestido era de una mezcolanza indescriptible, entre bárbaro y europeo. Unos llevaban por todo traje un andrajoso y puerco levitón, colocado con valor a raíz de las carnes; otros una camiseta de punto de media, que apenas les alcanzaba al lugar donde colocaban antes nuestros soldados la cartuchera; otros un simple taparrabo. Ninguno ostentaba plumas ni vestidos esencialmente indígenas. Las mujeres más acomodadas llevaban la cintura envuelta en pañales de lana o de esparto, que les alcanzaban a la rodilla; otras un simple taparrabo; pero ninguna cuidaba de encubrir aquellos suplementos que en regiones menos liberales y más maliciosas suelen llevarse en estrechísima clausura. Atan los niños de pecho contra un aparato de mimbre que afirman a un árbol cuando trabajan, y que llevan a la espalda cuando viajan, sujeto con una correa en la cabeza.

Luego los invitamos a que siguieran su interrumpido trabajo del lavado de tierras para poderlo presenciar, y dándonos ellos gusto con la mejor voluntad, nos llevaron al lugar del cual nuestra imprudencia los había apartado.

El sistema que empleaban en el lavado de las tierras es el mismo que han usado desde tiempo atrás nuestros propios lavadores de oro; pero con más método. Los hombres con palos endurecidos al fuego, o con tal cual gastada herramienta europea, cavaban hasta descubrir la *circa* que es uno de los lechos más cargados de arena y de cuerpos pesados que depositan los aluviones en los valles. Los niños cargaban esas arenas en canastos de tupidísimo esparto y las llevaban a orillas del río, donde una fila de mujeres con bateas finísimas de lo mismo, las lavaban, y a medida que iban liquidando el oro, lo colocaban al tanteo en ataditos como de dos castellanos cada uno para facilitar el cambio.

Visitónos en la noche el jefe de la tribu, acompañado con quince *mocctones*, los cuales, festejados por nosotros, hicieron también lo posible por divertirnos. Jugaron un juego de envite que pudiéramos llamar *pares o nones*. Sentados for-

mando un círculo entre dos grandes fogatas, puso el tallador en el suelo cuatro palitos iguales como de una pulgada de largo cada uno, y al lado de ellos una pequeña porción de pasto seco bien restregado entre las manos. Bien examinados después estos objetos por los demás jugadores, uno de ellos los tomó, y echando ambas manos a la espalda para ocultar la maniobra, formó con los palitos y el pasto dos pequeños envoltorios de igual tamaño, que volvió a colocar en el suelo a la vista de todos. Los jugadores, entonces, dijeron pares unos, y otros nones, y llamando a un niño para que deshiciese los envoltorios, dieron tres enormes berridos de contento los gananciosos y los otros bajaron en silencio la cabeza. Al cabo de un buen rato, en el cual muchos perdieron sus ataditos de oro en polvo, el jefe, para despedirse, les propuso el *juego de la guerra*. Alzados todos con el mayor contento, y animadas las fogatas, se retiraron a veinte pasos de ellas, colocados en fila uno tras de otro, con el jefe delante; a la voz de éste, rompieron marcha con tranco pesado hacia nosotros, acompañando cada paso con un sonido gutural; a otra voz del jefe, llegados a las fogatas, saltaron todos dando un alarido y le rodearon. El jefe, entonces, se puso a entonar una especie de lastimoso yaraví, concluído el cual, dando todos a un tiempo una palmada y un grito, comenzaron una zambra de las más violentas posturas de ataque y de denfensa, baile que duró hasta que el jefe, con otra voz de mando, los llevó otra vez a la distancia de veinte pasos, para comenzar de nuevo aquel simulacro de acción de guerra.

Al día siguiente, sin esperar la vuelta de nuestros amables indios, emprendimos la tarea de recobrar el camino perdido, y al cabo de muchos repechos y de fatigas, tuvimos el gusto de divisar el mentado Molino, término primero de nuestro viaje y de nuestras aspiraciones, en cuya risueña aldea entramos con la caída del sol.

CAPITULO XVI

El Molino.— De cómo se descubrió el oro en él.— Nuestra situación y primeros trabajos en los lavaderos.— Excursiones mineras.— Región aurífera de California.— En California se encuentran todos los metales conocidos.— Actividades de nuestras faenas.— Ingeniosa e importantísima batea o cuna californesa para el lavado de las tierras.— Intento frustrado de una insurrección de indígenas y su sangriento desenlace.— De cómo me ahogué en el río de los Americanos y volví a resucitar.

En cuanto hicimos alto en aquel agreste pero muy risueño descanso, comenzamos con gran ligereza y algazara a instalar nuestro campamento, el cual allí, como en Sacramento y en el mismo San Francisco, se atrajo por lo espacioso y cómodo de nuestra tienda de campaña, los honores de general admiración, puesto que ninguno se atrevía a creer que hubiese hombres tan rematadamente tontos que fuesen capaces de acarrear hasta el Molino semejante ajuar.

Este lugarejo, que pronto se elevó a la categoría de ciudad, está situado en un risueño vallecito enclaustrado por altos cerros cubiertos de pinares a orillas del río llamado del Sur, que es el primero de los tres caudalosos auríferos que, desprendiéndose de las Sierras Nevadas, depositan sus arenas de oro en el lecho del gran brazo tributario del Sacramento conocido con el nombre de río Americano. En él fué donde se hizo el casual descubrimiento que a tantos, como a nosotros mismos, debía de tener andando al retortero.

La abundancia y el tamaño de las pepas de oro que saltaban a impulsos de la picota de los peones de Sutter, que trabajaban para el establecimiento de un molino de aserrar tablas en la orilla de la barranca del torrente, fué tal, que llegó a hacer dudar, a los mismos que miraban el tesoro, que fuese el rey de los metales.

Sabido es que los trabajadores, antes que la noticia de semejante hallazgo llegase a Sutter, se habían repartido en tono de mofa alguna parte de aquel precioso metal sin sospechar siquiera que fuese oro, y que ni Sutter mismo pudo

persuadirse de que las noticias del descubrimiento fuesen ciertas, hasta el grato momento en que uno de sus peones puso en sus manos la primera muestra.

Sutter y cuantos le rodeaban, desvanecidos con lo que tenían a la vista, salieron a revienta cinchas para el mineral. La fama de la riqueza, en tanto, bajando a la aldea del Sacramento, corrió con tanta rapidez, que todavía Sutter no se daba cuenta de lo que por él pasaba, cuando conmovidas las poblaciones de Sonora, San José, Yerbas Buenas y Monterrey, corrían desatinadas, abandonándolo todo, por acudir al lugar de promisión que a todos convidaba con la dicha.

En breve tiempo, comerciantes y abogados, boticarios y sacapotras, albañiles y lechuguinos, se tornaron, como por encanto, en mineros *colados*. Pronto comenzaron a verse en manos de rústicos ganapanes, pepas de oro de monstruoso valor; y cuantos plebeyos descamisados tuvieron la dicha de llegar primero al vellocino de oro, otros tantos lograron la de tornar a sus hogares llevando bajo un puerco y raído cinturón indisputables títulos de nobleza, de juventud, de talento y de valía encerrados en robustas y envidiables culebras de oro en polvo.

Ya he dicho cómo cundió después esta noticia hasta alcanzar a Chile.

Cuando llegamos, la aldea del Molino constaba de un almacén, dos casuchas de madera y muchos toldos y ramadas colocados en todas partes al acaso. Ya no se consideraba este lugar, sin embargo, como asiento principal de minas. Lo bueno para el minero era lo que aun no se había explorado; así es que muchos apenas alojaban en él, pasaban de largo para los torrentes del Medio y del Norte, de los cuales tantos prodigios se contaban. No faltaba oro, sin embargo, en el Molino, y si ya se la miraba en menos, era porque entonces nadie quería trabajar para buscarlo sino caminar para encontrarlo.

Instalados debidamente el día anterior, salimos todos al siguiente en alegre procesión llevando cada cual su batea, su *poruña*, junto con sus palas y sus barretas. Después de orillar un poco el río por entre los escombros de recientes laboreos, nos pusimos, como dicen, a *pirquenear* para adiestrarnos en el manejo de la batea. Duró dos horas aquel trabajo alternado de barreteo, de acarreo y de lavado; nos produjo onza y media de polvo; y juzgándonos ya suficientemente diestros, nos echamos, después de comer nuestros apetitosos porotos, a elegir punto para establecer un trabajo definitivo.

Encontrámosle, en efecto, en una de las barrancas del río, en un lecho de arena y ripio de gran corrida cubierto con otro de tierra vegetal, que tendría poco más de un pie de espesor. A poco raspar la barranca por el lado del río, vimos

con alegría que relumbraban en la parte raspada muchas chispas de oro; y al calcular con la vista la extensión y el rumbo de aquel lecho aurífero, tomamos en el acto posesión de él, dejando a dos compañeros en calidad de guardadores de aquel tesoro, para que durmiesen sobre él y sobre las armas.

Al día siguiente se invistió al Decano del doble oficio de contador y de cocinero, y se dió con entusiasmo principio al trabajo del manto aurífero, al que el buen Cassalli dió el nombre de Manto de Justiniano, acordándose de las lentejuelas que adornaban el manto que vestía Justiniano, del Teatro Municipal.

Un mes entero duró esta tarea, sin que ninguno se enfermase. Sólo se suspendía el trabajo en las horas de la comida o en las destinadas al sueño. Al venir la noche, se recogía al desierto alojamiento, se pesaba el oro de la cosecha, se guardaba en una bolsa de chivato, que era nuestra caja de fierro, y tras de algunas chanzas de alegre conversación, se tendían todos a dormir como lirones.

El oro que seguimos acopiando en el Molino estaba muy mezclado con arenas y piritas de fierro, y de vez en cuando sacábamos de la cuna lindos trozos de cuarzo que contenían de un 25 hasta un 70 por ciento de oro.

Pronto organizamos excursiones lejanas, y tanto éstas cuanto las mías propias, unidas a las relaciones de los muchos aventureros con los cuales trabé amistad en mis correrías, me persuadieron de que el oro suelto, con ser tanto, no era la única riqueza que ha dispensado a esta región la mano generosa de la naturaleza. He encontrado, además, riquísimas minas de plata, de cinabrio, de fierro y de carbón de piedra, y en Gras Walley, región que parece sin término, poderosas vetas de cuarzo aurífero con piritas de fierro. En general, esta última clase de minas, que no había para qué trabajarlas entonces, se encuentran diseminadas en tanta abundancia en cada arranque o contrafuerte occidental de la Sierra Nevada, que ello solo explica el origen y la existencia de los grandes depósitos de oro sedimentario acumulado en su base o esparcido a lo lejos por las corrientes.

Dice mi diario:

"La región aurífera de la Alta California, que llama la atención de los trabajadores en el día, yace entre la cadena de cordilleras llamada Sierra Nevada, al oriente, y los ríos Sacramento y San Joaquín, que, desprendiéndose de ella, confluyen en las ciénagas de Suisun. Este triángulo de terrenos minerales, cuya dimensión no se ha calculado aún con exactitud, mide sobre poco más o menos 135 millas geográficas desde el río Yuba, al norte, hasta el Mercedes, en el sur, y co-

mo 60 millas, término medio en su anchura de oriente a poniente, lo que da una superficie aproximada de 8,100 millas cuadradas más o menos, abundantes en arena de oro. Desde los ríos que le sirven de límite al poniente, el terreno se eleva gradualmente hacia las cordilleras, en cuyas cercanías se encuentran los lechos auríferos más ricos, sin que este requisito y el encontrarse en él multitud de vetas y de derrumbes metálicos, lo desnude de una frondosa vegetación. En los arroyos y ríos secundarios que se desprenden de la sierra en toda la extensión de 135 millas y que cortan el terreno en zonas paralelas hasta su confluencia con el Sacramento y el San Joaquín, es donde tienen su asiento las rancherías improvisadas de los mineros; y a pesar de que todos los días llegan y corren noticias de nuevos descubrimientos, hasta ahora los principales y más productivos de la región aurífera son: al norte, Yuba, Bear, North, Sam, Middle Yorks, Mormón, Molino y Dry Diggings; y al sur, Consumnes, Dry-Creek, Mokelomies, Calaveras, Stanislaus, Tonalomie, Campo de Sonora, Mercedes y otras de menor importancia.

"Las arenas aluviales de una a seis pulgadas de espesor, que constituyen los lavaderos del norte, descansan sobre lechos de pizarra con hojas casi verticales al horizonte, y la hondura en que se encuentra este casco sólido, respecto a la superficie del terreno que la cubre, varía entre uno y ocho pies.

"Los minerales o placeres del sur no se encuentran colocados con tanta regularidad. Trozos de metales de extraordinarias dimensiones, con oro a la vista, se han encontrado en varias quebradas de los cerros de Stanislaus. Colpas más o menos ricas se encuentran a cada rato en esos contornos, y se arrojan después como objetos inútiles o de mera curiosidad por no costear cargar con ellas. La última que vi y que fué llevada a San Francisco para adornar una de las mesas de un hotel, contenía sobre 95 libras de peso en bruto, 20 de oro puro.

"Cruzada en todas direcciones la parte occidental de la Sierra Nevada, de veneros de oro, en ellos encontrará la industria futura fuentes mayores y más constantes de riqueza en los terrenos de los valles de su base; porque el oro suelto que se encuentra en esta región privilegiada, no es tanto como lo daban a entender las noticias contradictorias que nos llegaban a Chile, y si me resolví a aumentar el número de los chilenos que se dirigieron a este lugar, fué al pensar que el solo término medio bastaría para satisfacer los deseos del hombre más exigente. No me he equivocado: el oro nativo, ya sea en polvo o en pepitas, acopiado con profusión en el

fondo de las quebradas, en el lecho de los ríos y bajo levísimas capas de tierra que cubren algunos llanos, acude a la mano del hombre con tan levísimo trabajo, que si esto hubiese de durar quedaría fuera de duda que, andando el tiempo, el oro vendría a convertirse en el más barato de todos los metales. Pero, por lo que llevo visto hasta ahora, el oro vendrá a ser en California la menor de todas las riquezas, tanto por su temprano y natural agotamiento, cuanto por la preferencia que el industrioso yanqui sabrá dar a los inagotables elementos de riqueza agrícola y fabril que, existiendo en este país excepcional desde antes de ser descubierto, ni siquiera tuvieron sospecha de ellos los españoles.

"Es cierto que, agotado o muy disminuído el oro a mano que se entrega al simple lavado, queda aún el recurso del trabajo de minas aplicado a las vetas metalíferas; pero éste será siempre lento y mucho menos productivo, si el acaso no viniere, como tantas veces, a ayudar los progresos de la ciencia, porque yo he observado aquí, a más del oro desnudo o nativo, piritas auríferas que apenas manifiestan oro sometidas a la simple amalgamación; oro gris tirando a plomizo, que es oro aliado con arsénico; oro gris amarillento, que es el que está aliado con hierro, y que abunda mucho; oro amoratado, que me ha hecho traer a la memoria las muestras de un oro de Hungría que dejé en Chile en mi colección de minerales, y que tienen por nombre *oro color de bofe*, muestra que, si no fuese por el respeto que debo a la ciencia, tal vez me atrevería a llamar oro mineralizado; y, por último, una especie de pirita que existe también en Adelfors, en Suecia y en Hungría, y que es conocida en este último reino con el nombre de Gelfeft, pirita que no exhibe el oro y de la cual, sin embargo, extraía el sabio M. de Justi hasta dos onzas por quintal, a pesar de los esfuerzos que hacía el distinguido piritólogo Henckel para probar lo contrario.

"Como sólo escribo para Chile, al llegar a este punto no puedo menos de detenerme para llamar la atención, tanto de nuestros gobiernos, cuanto de mis paisanos mineros, hacia la incuestionable necesidad de dar al estudio de la mineralogía aplicada a la práctica el importantísimo grado de perfección que alcanza en Europa. Allá se benefician con lucro metales que ni siquiera merecían en Chile ese nombre por su baja ley. En Harz, según Brongniart, las piritas de Rammelsberg sólo contienen una 29 millonésima parte de oro por quintal y así costean el trabajo.

"El yanqui, por ahora, no tiene tiempo de extraer piritas auríferas a fuerza de pico y pólvora de las entrañas de la tierra, ni mucho menos de someterlas al laborioso y científico

influjo de las tuestas y de las reiteradas fundiciones, que, expulsando en forma de vapores o de escorias las sustancias que enmascaran el oro, si no le purifican, le concentran y le ponen en el caso de rendirse a la copela o al azogue: le basta agacharse y levantarse del suelo en estado negociable. Pero cuando llegue el tiempo de poderse dedicar a esto, tal vez y sin tal vez, ya habrán llamado su preferente atención las únicas minas que jamás se han agotado: la agricultura y la industria.

"Los minerales de oro más productivos en el dia son los de Siberia, en Rusia, no tanto, es cierto, por la riqueza del terreno aurifero, cuando por su gigantesca extensión, sin que esto quiera decir que no se encuentren de vez en cuando en ellos pepitas de sorprendentes dimensiones. Del mineral que yace al sur de Miask se han extraido pepas de oro macizo con peso de trece a veinte libras cada una, y en 1843 se encontró una que aun se conserva en San Petersburgo, que no pesa menos de setenta y ocho libras (*avoir du poids!*). También antes se encontraban en el Perú pepas que llegaban a cuarenta y cinco y hasta sesenta y cuatro marcos de oro puro, al paso que hasta ahora no se ha encontrado en California pepa alguna que llegue al peso de veinticinco libras.

"El oro de California, en cuanto a ley o fino, ocupa el séptimo lugar entre los oros conocidos. El siguiente cuadro manifiesta la ley del oro que corresponde a cada uno de los más afamados distritos mineros que figuran en el comercio del mundo:

COMPOSICION DEL ORO NATIVO

Nombres de los lugares donde se encuentra	*Oro puro*	*Plata*	*Cobre*	*Hierro*
Siberia Schabrosehka, según Rose	98.76	0.16	0.35	0.5
Siberia Boruschaka, según Rose	94.41	55.23	0.39	0.4
Brasil, según Darcet	94.00	5.85	0.00	0.0
Siberia Beresovsk, según Rose	93.78	5.94	0.08	0.0
Siberia Arenas de Miask, según Rose	92.47	7.27	0.06	0.8
Bogotá, según Boussingault	92.20	8.00	0.00	0.0
California, según Warwick	89.58	0.00	0.00	0.0
Siberia, Lavaderos Miask, según Rose	89.35	10.65	0.00	0.0

Senegal, según Darcet ...	86.97	10.35	0.00	0.0
Siberia Nijni-Tagilsk, según Rose	83.85	16.15	0.00	0.0
Trinidad, según Boussingault	82.40	17.60	0.00	0.0
Transilvania, según Boussingault	64.52	35.48	0.00	0.0
Altai Sinarowski, según Rose	60.08	39.38	0.33	0.0

"Era tal la cantidad de oro que diariamente se extraía de los placeres californeses, que hasta se llegó a creer por algunos hombres pensadores en la próxima desmonetización de este precioso metal. Fundábanse en que el oro que producían todas las regiones auríferas de la tierra en la época del descubrimiento de Marshal, no pasaba de 22,300 kilogramos al año, distribuídos de este modo:

	Kilogramos
Rusia	17,000
Hungría	725
Noruega	75
Africa	1,500
Norteamérica	1,300
Sudamérica	1,700
Total	22,300

"El oro que tenían a la vista les hacía olvidar que desde el año 1830, en que fueron descubiertas las minas de oro de la Rusia, hasta el de 1842, el producto de ellas había alcanzado al valor de 67.500,000 pesos, y que en vez de ir a menos la producción, sólo entre los años 42 y 64, se habían recogido veinte millones. Si a estas sumas debiésemos agregar, como es natural, el producto de la explotación de los lechos auríferos recientemente descubiertos en los montes Urales, es claro que California, como productora de oro, deberá ceder el primer lugar a la Rusia. Mañana u otro día la Rusia tendrá que cederlo a otra región, porque los grandes descubrimientos naturales, así como los adelantos del espíritu humano, no se detienen.

"En cuanto al poder desmonetizador, puede sentarse que hasta ahora ni se divisa aquel que pueda bajar de su solio al rey de los metales."

Volviendo a los afanes de nuestra sociedad minera, diré que la cosecha diaria fué por demás mezquina en los prime-

ros tres días, por haber empleado en el trabajo la batea o fuente de mano; pero no tardamos en hacernos de la cuna californesa, en la cual, meciendo con amor al niño oro, le vimos crecer como un portento. Este ingenioso y sencillísimo aparato, que reúne todas las ventajas de una *poruña* minera de colosal escala, se reduce a una cuna ordinaria de vara y media de largo sobre media de ancho, colocada de manera que la cabeza descansa sobre una base que tiene una cuarta más de altura que la que sirve de soporte al pie. Estas bases no son más que cuartos de círculos de maderas que facilitan el mecido de la cuna. La cabeza de ésta lleva un tosco harnero hecho con tablas agujereadas; el pie está destapado, y en el plan del fondo de este singular aparato, listoncitos de madera, de un cuarto de pulgada en cuadro, clavados de atravieso y formando paralelas de a cuatro pulgadas de separación unas de otras, sujetan los cuerpos más pesados que, envueltos en barro, se escurren cuesta abajo sobre aquel inclinado plan.

El modo de usar de este primitivo aunque importantísimo maquinote, es tan fácil y tranquilo que basta ver trabajar un solo rato con él para que pueda introducirse de profesor el menos entendido mirón. Uno ceba el harnero con tierras auríferas; otro echa sobre ellas baldes de agua; otro mece la cuna; y el último extrae a mano las piedras que por su tamaño no pasan por el harnero, las examina y, no encontrando que algunas de ellas contengan oro, las arroja. El agua deslie la tierra del harnero: la turbia cae y corre por el plano inclinado, y el oro y otros cuerpos, más o menos pesados, se alojan en los atajos que les oponen los listones atravesados. Cada diez minutos se suspende el trabajo para recoger el polvo y las pepitas de oro, que, mezcladas con fierro, han quedado alojadas en los ángulos que forman los listones; se depositan éstas después en una batea de mano para liquidar este residuo en la noche y se prosigue la operación hasta enterar el día.

La cosecha diaria, desde que comenzamos a usar la cuna, variaba entre 10 y 22 onzas de oro.

Mi hermano Federico desertó en tres ocasiones del trabajo, para ir, como él decía, en busca de emociones. En las dos primeras deserciones se nos apareció con los bolsillos llenos de pedazos de cuarzo cuajados de clavitos de oro, que luego destinamos para regalos y botones, y en la tercera nos sorprendió con una pepa de oro macizo que encontró en el fondo de una quebrada, que pesaba 17 y cuarto onzas de oro.

Nada hasta entonces había perturbado nuestras tranquilas labores; mas, en los primeros días de abril estuvimos a punto de perderlo todo y de perdernos también, si los indí-

genas no hubiesen sido descubiertos y podido llevar a cabo el proyecto de una sublevación general contra los intrusos extranjeros que no les dejaban quietud en parte alguna. Habíanse dado los naturales tan sigilosa traza, que a no haber sido vendidos por un traidor, no estaría yo ahora refiriendo este suceso.

El hecho sucedió de esta manera:

En el recuesto occidental de las preciosas colinas que teníamos del otro lado del río al frente de nuestro descuidado campamento, notamos una mañana que se alzaban algunos humos alineados, y que éstos, por la escasez del viento, parecían líneas paralelas, cuya blancura contrastaba con el obscuro verde de los cipreses. Pero todos estábamos muy ocupados para entrar, perdiendo tiempo, a averiguar el significado de semejante bagatela. En la noche, ese cordón de humos alineados se transformó en una larga fila de lucecitas que se mantenían sin apagarse y hasta sin oscilar a pesar de la violencia del viento que se había levantado. Ya esto nos llamó la atención, y, como de noche nadie trabajaba, se practicó un reconocimiento, que dió por resultado que aquellos humos y esas luminarias no eran más que el ingeniosísimo telégrafo de que se valían los indios para convocar a juntas de guerra.

Al día siguiente, dejando correr por el pueblo los rumores más o menos alarmantes que despertaban estos aprestos, me dirigí con mis compañeros al lugar de las lucecitas que, con la claridad del día, se habían de nuevo convertido en humos.

Para la construcción de este especialísimo telégrafo, cuyo significado lo deducen los prácticos del número y rumbo de las luces, trabaja el indígena hoyos en forma de tinajas, anchos abajo y angostos arriba; llena después esas cavidades con leña, y el fuego que produce humos en el día, produce vislumbres fijas en la noche.

Vueltos de nuestra correría, supimos que un indio traidor había vendido el secreto significado de esas misteriosas señales, y que la colonia, justamente alarmada, convocaba a *meeting*, para adoptar resoluciones. Reunióse el pueblo ese mismo día y, como cosa yanqui, aun no habían transcurrido tres horas, cuando abandonando todos sus tareas por atender al común peligro, se vió formado de entre ellos y en actitud de marchar, un cuerpo de 170 rifleros y de 18 hombres de caballería, con sus respectivos e improvisados jefes.

No habiendo yo asistido al *meeting*, cosa que parecía muy extraña en un francés —que por tal pasaba yo entonces—, fué a buscarme una comisión de mineros, a la que recibí como era natural, con tales demostraciones de enfermedad, que al oírme decir, que a pesar de mis dolencias, sólo les pedía minutos para seguirles, se opusieron ardorosos a que llevase a cabo

mi *heroico* sacrificio, y se contentaron con que el esforzado compatriota de Lafayette los ayudase con plomo y con pólvora.

Dos días después entró la expedición de vuelta al pueblo, con 114 cautivos, entre hombres, mujeres y niños. Todo había felizmente terminado. Sorprendidos los insurrectos indios en su mismo campamento y cuando menos lo esperaban, fué de todo punto vana su desesperada resistencia; porque arrollados y perseguidos sin misericordia, sólo el propósito de producir escarmiento en las otras tribus salvó de la muerte a los pocos que condujeron al pueblo prisioneros.

Dos horas estuvieron esos infelices de plantón sobre una plazoleta que daba al torrente, y esas dos horas bastaron a un jurado improvisado para anunciar su inapelable fallo, hecho lo cual, el que hacía de jefe, acompañado de algunos rifleros, dirigiéndose en español a esos infelices, les dijo:

—Ya han visto ustedes, tales por cuales, lo que podemos y sabemos hacer. Si se portan en adelante bien, nada tendrán que temer; mas si mal, les pasará lo que ahora mismo van a presenciar, antes de volver libres con la noticia a sus toldos.

Y diciendo y haciendo, descargaron sus armas sobre 15 infelices que tenían separados a un lado, dejando el suelo lleno de cadáveres...

He referido este sangriento episodio con la misma rapidez que ocurrió, por haber visto en él traducido de nuevo con enérgicos caracteres, el célebre lema de los yanquis: *¡Tiempo es plata!*

La impresión que dejó en el corazón de los audaces aventureros de Coloma este terrible y oportunísimo castigo, ni siquiera alcanzó a durar dos horas, porque todavía no habíamos perdido de vista a los indígenas puestos en libertad, los cuales marchaban cabizbajos y dando alaridos por entre los pinales de las lomas que rodean el valle, cuando el rumor de un nuevo descubrimiento de oro, hecho al otro lado del torrente, vino a apoderarse de todos los ánimos. Ya no se habló más que de ésto, y todo el vecindario se hubiera precipitado a un tiempo para lograr de aquel tesoro, si no hubiesen sido tan escasos los medios de atravesar el peligroso torrente que se les interponía. Sólo de dos modos podía vencerse este tropiezo: o pasando a fuerza de brazos, con el agua al pecho, asidos de un cable sujeto a entrambas orillas, o en bote chato, en el que, apiñados, podrían caber quince personas, y, sin embargo, ya entrada la noche, pudimos admirar, por los fuegos que brillaban en el lado opuesto, que mucha gente estaba ya alojada en él.

Resueltos a emprender también un reconocimiento que pudiera mejorar la condición de nuestro trabajo, convinimos

en que al día siguiente saliese yo para ese punto, dejando a cargo de otro la cocina.

En la madrugada del día 11 de abril me acompañaron todos para verme pasar el río.

Todavía recuerdo con espanto lo que se me esperaba. Elegí, para pasar, el bote. Desde el embarcadero se podían perfectamente divisar los penachos de espuma que, a cosa de dos cuadras más abajo, levantaba un cable o andarivel, arrastrado por la corriente, sobre la superficie de las aguas de aquel torrente, que tendría como una cuadra de ancho sobre brazada y media de profundidad. Fué tanta la gente que acudió a embarcarse tras mí, que aunque yo vi el peligro a que nos exponíamos, pues ni siquiera se dejaba franco el manejo de la bayona, me fué imposible abrirme paso para salir del bote.

Apenas nos separamos de la orilla, cuando el bote, mal estibado y cogido de atravieso por la corriente, zozobró, lanzándonos a todos en el agua, en medio de un grito de espanto de cuantos presenciaban desde tierra esta catástrofe. Yo nadaba entonces, y aun podía decirse que nadaba bien; pero no siempre aprovecha, en caso semejante, ser diestro nadador. Pasada la impresión de la repentina zambullida, traje, sin turbarme, a la memoria la cuerda del andarivel que pudiera tal vez salvarnos; mas apenas había logrado franquearme paso a través de los cuerpos convulsos que con desesperados encontrones me detenían bajo del agua, cuando un bulto aferrado de mis hombros me sumergió de nuevo. Vanos fueron mis esfuerzos para desembarazarme de él; faltándome ya la respiración, iba a echar mano al puñal, cuando antes de herir, Dios me sugirió la idea de buscar con un esfuerzo desesperado el fondo. Recuerdo que quedé libre del peso que me ahogaba, que atragantado por el agua y falto de aire, sentí un repentino y agudo dolor en los pulmones, en las órbitas de los ojos, en los oídos y en el nacimiento de la nariz y, por último, un furioso redoble como de muchos tambores en la cabeza, el cual me privó de los sentidos...

Tres horas después, el buen Decano, tendido sobre las abrigadoras cobijas de sus solícitos consocios, contaba a estos con voz entre risueña y dolorida, sus impresiones de viaje al otro mundo, hasta el momento en que la asfixia había dado al traste con sus recuerdos.

Contáronme que corriendo todos por la orilla, aguas abajo, no tardaron en ver varios cuerpos humanos aferrados de las cuerdas del andarivel y que uno de ellos era yo; que traído con no poco trabajo a tierra, donde por un atolondramiento natural me dejaron caer de golpe boca abajo, después de arrojar agua y sangre por la boca, había dado el pri-

mer suspiro que indicó a mis desconsolados hermanos que aun vivía.

Al día siguiente el contador y cocinero, bien que medianamente molido, desempeñaba, como si tal cosa hubiera sucedido, sus quehaceres culinarios.

CAPITULO XVII

Viaje de uno de los socios a San Francisco.— Salvación del Alvarez de ser ahorcado.— Mi envenenamiento en Sacramento.— Sacramento.— Stockton.— San Francisco.— Vicisitudes de su comercio.— Febril actividad de sus habitantes.— El juez juzgado por el delincuente.— Motivos de la malquerencia entre yanquis y chilenos.— Intervención oportuna de Branam.— Expulsión de los chilenos de los laboreos de oro.— Regreso precipitado en busca de mis hermanos.

Entraba con todo su esplendor la primavera, esmaltando con sus preciosas flores los verdes campos de la envidiada California, cuando, tanto por ir a San Francisco a pagar lo que debíamos, cuanto por recoger cartas de la madre tierna que lloraba en Chile la ausencia de sus hijos, resolvimos que uno de nosotros bajase a poblado. La elección recayó sobre el francés, que, repuesto ya de las consecuencias de su inmersión hidropática, seguía impertérrito desempeñando las veces de Decano, de contador y de cocinero de la andante compañía.

Triste, muy triste fué para los hermanos la mañana del 25 de abril. Era ésta la primera vez que uno de nosotros, solo y a pie, debía recorrer una gran distancia en medio de un país semibárbaro a causa de su vida excepcional. Juntos, los peligros y los afanes bien poco o nada nos suponían; separados, ¡quién podría decir lo que pudiera acontecer! Estábamos a más de dos mil leguas de la patria, de los recursos y de las relaciones, en medio de un país convertido en feria de aventureros, entre los cuales alternaban, junto con hombres de bien, enjambres de bandidos y multitud de aquellos corrompidos corazones que la ola humana arroja siempre lejos de sí. Viajando entre hombres que no tenían más Dios que el oro, más derecho que el del más fuerte, ni más corte de apelaciones que el plomo de las armas, era evidente que cualquier atropello, cualquiera enfermedad, las fieras, los reptiles ponzoñosos, el hambre, la sed en las travesías, la más casual dislocación de un pie, podrían, juntas o separadas, convertirse en causas mortales de irreparable desgracia para el aislado caminante.

Acompañáronme mis silenciosos hermanos como cosa de una milla, al cabo de la cual, pareciéndonos esto demasiado sentimentalismo para el país en que estábamos, nos dimos un resuelto apretón de manos y nos dijimos adiós.

Llevaba a la espalda, arrollado como capote de soldado, por toda cama un *sarape*, o manta mejicana, con un *poncho* chileno, y, a guisa de mochila, un saquito con 16 libras de harina tostada con su correspondiente escudilla de hoja de lata; sobre el hombro izquierdo, suspendido un rifle, y en el cinto, a más de las pistolas y el puñal, una culebra con 17 libras de oro en polvo.

A cada paso tenía que desviarme del camino para evitar encuentros con tropillas de aventureros que, ya alegres y cantando, ya echando maldiciones, se encaminaban a los placeres. Cuando me encontraba con un solo viajero, era de rigor el más cortés y recíproco saludo; cuando el encuentro era con dos o más peregrinos, sólo me cumplía a mí el saludo; los otros, o no me miraban, o si lo hacían, era para medirme de alto abajo con una sonrisa desdeñosa.

Llegada la noche escogía para alojarme el abrigo de la más coposa encina que encontraba, raspaba con mi puñal el pasto y las basuras que se acumulaban alrededor del tronco, barría el lodo con una rama, y después de calafatear con tierra y hojas secas cuantas grietas pudieran ocultar insectos o reptiles venenosos, hacía fuego con los abultados frutos de los pinos, y muerto de cansancio, me arrojaba sobre mi *sarape,* no para entregarme al sueño profundo que mi molido cuerpo reclamaba, sino para dormir como duerme el soldado de vanguardia la víspera de una acción. Y no podía ser de otro modo, porque ya fuesen los frecuentes disparos que se oían a prima noche por todas partes o ya en el resto de ella hasta venir el día, el infernal aullido de las tropas de coyotes que, recorriendo los campos en pos de hombres y de caballos muertos que devorar, no cesaban un instante de atisbar los alojamientos para aprovechar los descuidos del alojado, obligaban al extenuado viajero no sólo a dormir a medias, sino a acudir a cada rato a reavivar el fuego, única valla que contenía así al coyote como al oso, espantable terror de aquellas comarcas.

Así marché cuatro días seguidos, y en la mañana del quinto llegué sin novedad a Sacramento.

¡Cuántos adelantos materiales en tan cortísimo tiempo! Ya Sacramento había dejado de ser lo que el día antes no más fué.

Delineada la ciudad, alzábanse ya en ella muchas casas de sumo valor, porque la tabla, único material empleado en las construcciones, se vendía a razón de 75 centavos el pie.

Ya no se regalaban sitios: se vendían, y se vendían caros; y en el puerto, a más de las embarcaciones menores, ostentaban sus desiertos cascos y arboladuras veinte barcos de más de 300 toneladas y como 30 bergantines.

En medio del bullicio y de las acostumbradas carreras, no me costó poco trabajo orientarme para dar con la casa, o más bien con la tienda del señor Guilespie, honrado y flemático gringo americano a quien, recién llegados a Sacramento, vendimos el vino y el chivato de Tiltil.

Habíame cobrado este hombre particular cariño, y como nos dimos el cordial apretón de manos en el momento que él se disponía a ir a reconocer un terreno que pensaba comprar a una milla de distancia del pueblo, alegre con mi inesperada llegada, por aprovechar, como él decía, mis conocimientos de campo, me propuso le acompañase. Desembarazado, pues, del molestísimo peso que llevaba a cuesta, sin más trámites y como por vía de descanso, nos pusimos en el acto en marcha.

La mano protectora de la Providencia fué la que guió nuestros pasos en esta excursión, puesto que volviendo de ella y en los momentos en que pasábamos el sol bajo un árbol, ocurrió aquel espantoso lance que expuso a nuestro paisano Alvarez a una muerte desastrosa; bárbaro asesinato que por fortuna logramos evitar, como lo dejo expuesto en la primera parte de este viaje.

Escritos estos recuerdos, llegó últimamente a mis manos la obra de S. C. Upham, y no ha sido poca mi admiración al ver que el espíritu de elogiar todo aquello que sabe a nacional, hubiese cegado al sabio escritor hasta el extremo de hacerle sentar bajo su respetable firma, esta frase que encuentro en la página 324 de sus *"Notes of a voyage to* CALIFORNIA (Philadelphia) 1878":

Yet paradoxical as it may seem, it is nevertheless true, that life and property are as secure here, as in the cities of New York, Boston or Philadelphia".

Medrados estarían cuantos viajasen por aquellos centros de civilización y de cultura si tal seguridad de vidas y hacienda en ellos se encontrase. Cierto es que las calles y las playas estaban atestadas de mercaderías que importaban millones de pesos sin aparente custodia; pero no se dé a entender por esto que la moralidad era su salvaguardia, porque ese aparente abandono presuponía, ya la presencia del dueño en medio de los agitados concurrentes, ya el cañón de un rifle constituído en lejano centinela.

La seguridad individual propia de aquella época de desgobierno no dependía ni podía depender de otra cosa que del

número de los asociados para la mutua defensa, o de la superioridad de las armas que cargaba el agredido.

Vueltos a casa de Guilespie, donde asilamos al pobre caballero. a quien la emoción había perturbado el juicio, a poco de departir sobre nuestras aventuras y nuestras futuras esperanzas, la suma amabilidad de mi amigo estuvo a punto de costarnos a ambos la vida.

Tenía el buen Guilespie guardado un tarro de ostras para cuando repicasen fuerte, y como diese por sentado que con mi llegada se habían echado a vuelo todas las campanas del mundo, salió el tarro a lucir, y tanto el huésped como el convidado, nos pusimos gustosísimos a dar cuenta de tan raro manjar por esos mundos.

Al principio el líquido del incurtido me pareció dulce y su color lechoso; pero como sólo me vino a dar cuidado cuando sentí violentos dolores de estómago, ya el mal estaba hecho. Mi compañero que, según supe después, había sentido los mismos síntomas, buscó y encontró pretexto para salir de la tienda, precisamente cuando yo, sin poderlo remediar, prorrumpía en los vómitos más recios, acompañados de agudos dolores en el estómago. Ardiendo y sudando al mismo tiempo, quiso la suerte que pudiese arrastrarme hasta una tienda donde me pareció que oía hablar francés, y a mis súplicas por que me diesen agua, aquellos hombres al verme el demudado semblante, acudieron bondadosos a favorecerme. Toda el agua que bebía me parecía poca, hasta que las últimas arcadas, que fueron de sangre, me comenzaron a calmar. En el acto supliqué a aquellas caritativas gentes acudiesen al socorro de Guilespie, y habiéndolo conseguido, al día siguiente ese pobre *gringo* y yo, ya fuera de peligro, compartíamos la única cama que había en la tienda, tan estropeados y molidos como si nos hubiesen dado la más atroz de las palizas.

En California nadie tenía tiempo para enfermar; así fué que a los dos días de convalecencia, una chalupa de Guilespie, provista de todo lo necesario para un viaje, me conducía por el Sacramento, aguas abajo, en demanda de la ciudad y puerto de San Francisco.

Tiene el Sacramento brazos muy semejantes, salvo su hondura y la carencia de festones de copihues que suspendidos en los árboles riberanos se miran en sus tranquilas aguas, al cuerpo principal de nuestro río Valdivia.

Navegando sin la menor fatiga y llena de proyectos la cabeza, no tardé en llegar al vasto explayado en que este río y el San Joaquín mezclan sus aguas para marchar unidos

hasta perderse en las del Pacífico. El aspecto de esta curiosísima confluencia avivó mis deseos de recorrer personalmente, alguna parte por lo menos, de la segunda arteria fluvial que facilita el comercio interior de la Alta California. Dirigí, pues, la proa a lo que me parecía ser el álveo principal del laberinto de canales y de bancos de arena y fango que por razón de la vaciante se extendía ante mi vista. El periódico ir y venir de las altas y bajas mareas transforman día a día el aspecto de la confluencia de los dos ríos, ya en un profundo y tranquilo lago, ya en una marisma cubierta de bancos separados por una red de aguas más o menos profundas que en la época de las vaciantes dificulta mucho la entrada al canal principal que constituye el San Joaquín.

La hora en que me encontraba marcaba precisamente el último término de la baja, y pude contar nueve lanchas, siete balandras y un bergantín goleta, recostados en un fango hediondo cubierto de espadañas, por entre las cuales, al lado de bancos de tortugas, que por su inmovilidad parecían dormidas, se divisaban grupos de pasajeros que, con el fango hasta la rodilla, pugnaban dando voces de *¡A una!* y maldiciendo por empujar las embarcaciones hacia honduras.

Esta situación, por desagradable que fuese para los infelices enfangados en aquel endemoniado lodazal, no hubiera carecido de atractivos para un viajero que como yo contaba con tan pequeña embarcación, si nubes de ponzoñosos zancudos no hubieran formado sobre todos los transeúntes en aquel paso, una atmósfera viva que parecía hasta querer quitarnos la respiración. Abandonando, pues, el aspecto de la parte poética de la situación, y dejando a gran prisa para después las reflexiones que despertaba él en mi ánimo, ordené el *hala avante,* y con sólo dos cortas embarradas, nos encontramos en pleno álveo del San Joaquín, fuera ya del alcance de los gritos y de la vista de los malaventurados aprendices de ranas que dejamos a la espalda.

La carencia de conocimientos de los álveos de esta confluencia, y la manía de no alquilar prácticos por considerarse otro Nelson cada yanqui en cuya mano ponía el acaso algún timón, era causa de que para recorrer las 160 millas que median entre San Francisco y Stockton, se echasen hasta cinco días de molestísimo viaje.

El río San Joaquín, salvo su rumbo, es idéntico por su hondura y por la apacible corriente de sus aguas al del Sacramento. No tardamos, pues, después de una agradable travesía, en avistar a Stockton.

Esta pequeña aldea, que por su situación parece llamada

a desempeñar el tercer papel entre los principales centros del comercio interior, debe su existencia al aventurero Weber, que siendo uno de los protegidos extranjeros a quienes México agració con tierras, fué también uno de los primeros que, abandonando el arado por la espada, sirvieron bajo las órdenes del comodoro Stockton, cuyo nombre dió al pueblo de sus afecciones.

Conté en esta naciente aldea 60 casas de madera, y entre tiendas de campaña, toldos y enramadas, cosa de 180 hogares. Dijéronme las autoridades que su población fija no bajaba de mil almas; pero que la ambulante pasaba día a día, contando desde un mes atrás, de más de 2,500.

En California ver a un pueblo nuevo, era verlos a todos a un tiempo; porque salvo su asiento topográfico y la naturaleza de las ocupaciones especiales que él imponía, en todos, con lo primero que se topaba, era con los *corredores* o agentes de ciudades, con sus planos, sus ponderaciones y su febril actividad. En todos sólo se encontraban hombres de raras cataduras y de extravagantes trajes; gentes al parecer atareadas, llevándose como huracanes cuanto encontraban por delante; perdonavidas armados hasta los dientes; y en todas partes, al compás del martillo y de la sierra, resonaban cantos, maldiciones y estampidos de las armas de fuego. El pavimento de las calles era de cascos de botellas que salían a cada paso desocupadas a guisa de proyectiles por las puertas de los figones, los cuales, atestados de mercaderías en buen estado o averiadas, esperaban sólo al martillero para cambiar de dueño. Hombres quebrados hoy, ricos mañana, más quebrados pasado mañana y millonarios después, se veían a cada rato, así como cuadros de mujeres desnudas en los cafés, a falta de mujeres de carne y hueso.

Noté en Stockton lo que aún no había visto ni en Sacramento ni en San Francisco: una horca, instalada de firme en su barrio occidental. Las que se usaban así en los pueblos como en los campos, eran más naturales, puesto que bastaba para suspender del pescuezo a un bribón, el primer brazo de árbol que se encontraba a mano; por esto no carece de gracia el dicho del periodista Upham, que al referirse a la de Stockton, la llamó *signo de civilización*.

Stockton era el centro del comercio que aprisionaba a los mineros y recogía el oro de todos los lavaderos llamados del sur.

Después de dos días de estada en aquella plaza, empuñando de nuevo la bayona de mi chalupa, me dirigí a San Francisco, donde desembarqué a los cuatro días de mi salida

del mineral, molido y estropeado, es cierto, pero lleno de resolución y de contento.

¡Cuán distinto de lo que antes era encontré a San Francisco a mi llegada! La tolderia salpicada de cimientos de más o menos valiosos edificios había desaparecido; los toldos y enramadas se habían transformado en casas alineadas, bien que de precipitada y rústica construcción; los cimientos de suntuosos hoteles, y el extremo de las calles, que se detenían antes en el fango de las altas mareas, se prolongaban bahía adentro por medio de muelles suspendidos sobre poderosos troncos de pino colorado clavados a fuerza de martinete en el fondo de las aguas. Los sitios que antes se regalaban a destajo, se medían ahora por pies y su valor sobrepujaba el término de lo subido.

Los adelantos de este pueblo, inesperados sobre todo para hombres como nosotros, acostumbrados a ver caminar a paso de tortuga las aldeas chilenas, me convencieron de la magnitud del error que habíamos cometido al desechar los sitios que nos regalaban, con tal que los ocupásemos con nuestras hermosas tiendas de campaña; ¿y cómo no apesararse de haber mirado en poco lo que tanto y en tan breve tiempo debía de valer?

Aquí cabe decir, sin ánimo de ofender a nadie, que sólo hicieron fortuna en California los que no tuvieron arrojo para lanzarse en pos de ella, despreciando el hambre, las fatigas y los peligros; puesto que, unos con admitir sitios de balde, otros por haberse hecho de ellos a vil precio, y otros con esperarla tras de algunos bultos de mercaderías que el acaso, más que el cálculo, les hizo llevar a ese país, se encontraron de la noche a la mañana poseedores de positivas riquezas.

La bahía estaba atestada de buques, todos desiertos. Sus pasajeros y tripulaciones hacían subir la población de tránsito a más de 30,000 almas; y era tan febril la actividad de los estantes y transeúntes, que la ciudad se veía transformarse y crecer como por encanto. Largos muelles sustentados por poderosos pilotes de pino colorado, ya construídos, y a pesar de esto, prolongándose; y otros a medio construír, en cada una de las bocacalles que caían a la marina, disputaban a los barros de las bajas mareas, asiento para el tránsito y para nuevos edificios. Aquí, a falta de prontos materiales para los muelles, se amontonaban en la fangosa orilla del mar, cajones y sacos llenos de tierra; allí, para no perder tiempo, se improvisaban muelles, bodegas y calles, enfangando buques puestos en hilera a continuación de ellas, y se

construían oficinas sobre varones y vigas apoyadas en sus costados.

Uno de los primeros inventores de transformar buques en morada de tierra firme fué el joven chileno don Wenceslao Urbistondo, quien, aprovechando de un oportuno plenilunio, prolongó con su desierta e inútil barca la calle situada al pie de la colina que limita a la izquierda el plan del puerto, valiéndose para salvar los barros que mediaban entre la popa de la embarcación y la calle, de los mismos mástiles convertidos en puente.

En las calles se formaban veredas hasta con líos de charqui que, a falta de más barato y rápido terraplén, se sumergían en el barro junto a las casas, para poder transitar sin enfangarse hasta la rodilla.

El comercio sufría en aquella ciudad los periódicos contrastes de las mareas; unas veces el agua lo invadía todo, despreciando con su abundancia los valores más acreditados; otras lo dejaban todo en seco, sin que el más previsor pudiese verse libre de los ruinosos chascos que producen las altas y las bajas inesperadas. Este se hacía rico sin saber por qué y aquél se arruinaba contra las previsiones del cálculo más cauteloso. Recuerdo que vista la escasez de los medios de construcción, se pidieron casas hechas a Chile, y que cuando éstas llegaron, abundaban ya en tanto grado en San Francisco, que los que las habían encargado tuvieron que pagar para que alguno se hiciese dueño de ellas y se encargase de desembarcarlas. Yo soy testigo y víctima de lo que refiero.

Sin embargo, nadie desmayaba, porque hasta para que recobraran su valor los efectos menos precisados, se improvisaron oportunísimos incendios, que día a día y con peligro de arrasarlo todo, se veían surgir en todas partes.

En este teatro de la más estrepitosa feria internacional de cuantas recuerda la memoria humana, ningún actor representaba el papel que le había cabido en suerte en su propia patria. El amo se transformaba en criado, el abogado en fletero, el médico en cargador, el marino en destripaterrones, y el filósofo, abandonando las regiones del vacío, en el más positivo obrero de la materia. He visto sin sorpresa, pero con justo orgullo de chileno, al afeminado y tierno petimetre de Santiago, pendiente aún del ojal de una sudada camisa de lana la cadena de oro que engalanaba su chaleco en los bailes de la capital, cargar, con la risa en los labios y el agua del mar a la cintura, efectos de un membrudo y alquitranado marinero, recibir el precio del jornal y ofrecer, incontinenti, a otro patán sus oportunos servicios.

En todas partes se alzaban pomposos cartelones. Sobre una barraca se leía: *Hotel Fremon*. Sobre la flexible lona de una tienda, del que tal vez no pasó de sepulturero: *Fulano, médico y cirujano*. Sobre el toldo de un conocido corredor de pólizas de Valparaíso: *Fulano, consejero en leyes; Fulano y Cía., comisionistas* en todas partes. Y en la enramada de un antiguo peluquero de Santiago: *Hotel Francés*. Lo mismo hacían los chilenos, de cuyas principales familias bien pocas se libraron de lucir sus apellidos en California.

La muchedumbre de hombres y siempre hombres, porque lo que era mujeres aún no habían entrado en moda por allá, había hecho necesario establecer siquiera un simulacro de gobierno civil en aquella torre de Babel.

Erigióse, en efecto, algo parecido con el nombre de Alcalde, funcionario cuyas atribuciones reflejaban perfectamente las de nuestros antiguos subdelegados; lo único que podía distinguir a aquél de éstos, era que las órdenes y decretos de los subdelegados chilenos, fuesen justas o injustas, se cumplían, al paso que sólo la conveniencia sancionaba las del Alcalde californés o sanfrancisqueño.

Atraído por el bullicio de un tropel de gente, por algunos gritos y no pocas maldiciones, vi que a punta de pescozones llevaban, a pesar suyo, a uno de tantos a la presencia del Alcalde. Hiceme encontradizo y entré con los demás al tribunal, que era una gran bodega con una puerta en un extremo y una ventana baja en el otro, lugar que ocupaba el juez. El Alcalde, después de un breve coloquio con los acusadores y con el reo, como *el tiempo es plata*, se dió por enterado, y puesto de pie dijo en alta voz:

—¡Oigan! ¡oigan!, ¡condeno al reo a cincuenta azotes que deben aplicársele en el acto!

A la voz de cincuenta azotes, no tardó en contestar otra, que aunque aguardentosa y llena de hipos, articuló también un ¡oigan! ¡oigan!

Todos miramos al lado de donde salía aquel berrido, y vimos con extrañeza que lo despedía un oregonés, quien, sujetándose apenas sobre los hombros de otros dos morrudos compañeros transformados en tribuna, después de un nuevo ¡oigan! ¡oigan! de ordenanza, dijo:

—¡Ciudadanos! Ya que el Alcalde opina por la inmediata aplicación de cincuenta azotes a ese ciudadano de los Estados Unidos, yo propongo que diez de nosotros llevemos al Alcalde hasta una milla de distancia de aquí a fuerza de puntapiés en el...!!

—¡Hurraa!! exclamaron todos a un tiempo; y el mismo

reo y todos los demás iban a lanzarse ya sobre el Alcalde, cuando éste, más ligero que un conejo, saltando por la ventana, logró hacerse humo por entre las vecinas encrucijadas.

Con semejantes jueces y semejantes litigantes, no era, pues, de extrañar que las cuestiones en primera era y segunda instancia las dirimiese la pistola o el puñal.

Nada tenían de cordiales las relaciones que existían entre los chilenos y los americanos, y el decreto del general Persiflor Smith, expedido desde Panamá, en el que se expresaba que "todo extranjero quedaba desde esa fecha excluído del derecho de explotar minas en California", vino a poner el colmo a los desafueros que se cometieron contra los pacíficos e indefensos chilenos.

Alarmados con esto, el comercio y las autoridades propusieron a los extranjeros que se declarasen ciudadanos de la Unión, adjudicando por sólo el valor de diez pesos tan importante título. Pero este salvoconducto sólo podía servir a medias en el lugar donde se recibía, porque saliendo de él más era objeto de pifia que de resguardo. Poco tiempo después el gobierno provisional de San José declaró libre para el extranjero el trabajo de las minas, con el solo cargo de pagar cada uno 20 pesos adelantados cada mes. El recibo debía servir de suficiente autorización para poder trabajar. Pero, ¡cuántos choques no resultaron de semejante acuerdo entre recaudadores y contribuyentes!

La mala voluntad del yanqui vulgar contra los hijos de otras naciones, y muy especialmente contra los chilenos, se había, pues, acentuado. Hacíanse un argumento sencillo y concluyente: el chileno era hijo de español, el español tenía sangre mora, luego el chileno debía ser por lo menos hotentote o, muy piadosamente hablando, algo de muy semejante al humillado y tímido californés. Habíaseles indigestado el arrojo del chileno, que, sumiso en su país, deja de serlo en el extranjero, aunque sea ante una pistola encarada al pecho, siempre que él pueda apoyar la mano sobre la empuñadura de su puñal. El chileno, por su parte, detestaba al yanqui, a quien calificaba de cobarde a cada rato, y esta mutua mala voluntad explica las sangrientas desgracias y las atrocidades que a cada paso presenciábamos en el país del oro y de las esperanzas.

No tardó en formarse en San Francisco una sociedad de bandidos denominada Galgos, compuesta de vagos, jugadores y borrachos, que, unidos por la mancomunidad del crimen, tenían por lema *salirse siempre con la suya*. Precedíanlos en todas partes el asco y el miedo que infundían con

su provocadora presencia, y en todas partes, la camorra y la violencia, que no les perdían pisadas donde establecían sus reales.

Como no siempre se *salieran con la suya*, cuando recorrían la puntilla de la derecha, donde se había formado una especie de Chilecito aislado del centro de la ciudad, resolvieron los malhechores galgos darles una violenta zurra, y como en California *tiempo es plata*, estos desalmados, en número crecido, acometieron a los desprevenidos chilenos de aquel rincón, a palos y a pistoletazos.

De presumir es el alboroto y la grita que se armó en aquel lugar por tan brutal e inmotivado atropello. Los chilenos, vueltos en sí, empezaron a lanzar una lluvia de piedras sobre sus agresores. Un respetable caballero chileno, no pudiendo huir por la puerta de su tienda, por encontrarse en ella varios galgos que le acometían, tendió de un pistoletazo al primero que se le acercó, y rasgando con el puñal la lona de la tienda alcanzó, escapando por aquella puerta improvisada, la fortuna de unirse ileso a sus demás compañeros. Branam, el ex mormón dueño de la inolvidable *Daice-maynana*, informado por algunos chilenos de lo que ocurría en la puntilla, se lanzó lleno de justa indignación sobre el tejado de su casa, y dando desde allí grandes voces para llamar al pueblo a reunirse, con breves y enérgicas palabras manifestó que ya era tiempo de ejemplarizar tan inauditos desmanes contra los hijos de un país amigo, que mandaba día a día a San Francisco, junto con la mejor harina flor, *¡los mejores brazos del mundo para cortar adobes!* Propongo, agregó, para hacer el desagravio más completo, que chilenos de buena voluntad, capitaneados por ciudadanos de los Estados Unidos, acudan en el acto a aprehender a los perturbadores del orden.

Un hurra general que retumbó en la puntilla agredida y la presencia casi instantánea de los improvisados protectores del orden, puso término a una salvajada que pudo haber acarreado las más desastrosas consecuencias.

Dieciocho bandidos sacados a viva fuerza de sus escondites fueron remitidos en calidad de presos a bordo de la corbeta "Warren", de la escuadra yanqui, y con esto se restableció la calma en aquel infierno.

Tres días después, cuando más activaba mis diligencias para volver al lado de los míos, leí con sobresalto en el diario de San Francisco, esta alarmante noticia:

"¡Sangre norteamericana vertida por infames chilenos en los placeres! ¡Alerta ciudadano!"

Al día siguiente la noticia había tomado proporciones sin medida; y en la noche se corrió que no sólo habían sido expulsados con violencia los chilenos del lado de San Joaquín sino que la misma partida de malhechores que los perseguía, instigada por el robo y la venganza, se dirigía sobre los demás chilenos que trabajaban en los tributarios del río Americano.

¡Júzguese cuál sería mi situación cuando titubeando todavía sobre lo que me restaba que hacer en tan angustioso trance, me dió un conocido la exageradísima noticia de que se acababan de perpetrar en el Molino las mayores atrocidades contra los chilenos! Confieso mi pecado. Ni la distancia que mediaba entre el Molino y San Francisco, distancia que yo conocía tan bien, ni la conocida imposibilidad de hacer llegar volando las noticias, fueron parte a hacerme desconfiar de la que se me acababa de dar.

¡Estaban mis hermanos de por medio, era necesario que perdiese el juicio! ¡Mis hermanos, mis pobres hermanos solos por allá, y yo sin poder compartir con ellos sus desgracias! ¡Desatentado, sin más equipaje que mis armas, sin más esperanzas que la de vengarlos, pagué 200 pesos por un bote que debía arrojarme en las playas del Sacramento, y sin oír las reflexiones de la prudencia, ni atreverme a hacérmelas, me entregué a la violencia de mi destino!

¿A dónde iba? ¿Qué pretendía hacer? Lo ignoro. ¡Lo único que recuerdo es que todo me parecía hacedero, todo fácil, menos volver sin mis hermanos a Chile!

Bogamos noche y día sin descanso, llegamos a Sacramento, salté al agua sin esperar atracar al muelle, y lleno el corazón de angustia, corrí hasta llegar a casa de Guilespie.

Júzguese cuál debía ser mi sorpresa. ¡Dios no me había abandonado! Mis hermanos, llegados el día antes a Sacramento, pobres y despojados de cuanto tenían, pero ilesos, acordaban con Guilespie el cómo reunirse cuanto antes conmigo en San Francisco. ¡Llegar, verlos, contarlos y desplomarme de emoción, fué todo uno! ¡Ah!, ¡es preciso haberse encontrado en mi situación para comprenderla! La desesperación, el despecho, tal vez el espíritu de venganza, habrían seguido dando a mi enfermizo cuerpo la fuerza y el vigor que el exceso de la dicha me quitó en aquel momento.

Juntos todos en la tarde, bajo un modesto toldo de *sarapes*, e impuestos de nuestras mutuas aventuras, no tardó en venirnos a buscar la alegría, haciéndonos entender que todo lo pasado no era ni podía ser más que una mala y ridícula pesadilla. En efecto, estábamos buenos y sanos y de la cuen-

ta no faltaba ninguno: ¡qué más podíamos desear! No habían necesitado los yanquis de grandes violencias para expulsar a los intrusos chilenos del Molino. Fueron sí robados y despojados de cuanto tenían; pero esto en California no tenía significado atendible.

Los demás compañeros habían tocado a dispersión. Esa misma noche nos declaramos en *comité* para decidir lo que en adelante debíamos hacer. Ninguno opinó por el regreso a Chile; antes bien, se adoptó por unanimidad volver a luchar de nuevo contra la adversa suerte, modificando sí el sistema de ataque, hasta domarla.

CAPITULO XVIII

Entramos en la vida del comercio.—Cuál fué éste.—Compra de una lancha. — Dificultades legales para la navegación de los ríos y modo poco decente de vencerlas. — Viaje en la "Impermeable". — Culebras y zancudos californeses. — Muerte del joven Martínez. — Las tercianas en Sacramento. — Hospital Chileno de los señores Luco. — Fundación de un hotel en San Francisco. — El pozo de don Juan Nepomuceno Espejo. — Nos convertimos en sirvientes. — Aventura de la leche. — Mi viaje a Monterrey. — Lo que valía un chileno en California. — Monterrey. — Sus obsequiosos habitantes. — Sarao. — Valioso regalo y mi regreso a San Francisco. — Llegada de las primeras mujeres a ese pueblo. — Repugnantes cuadros plásticos en los cafés. — Remate de mujeres a bordo de los buques. — El juego. — Elecciones para la convención de San José. — Incendio y ruina de San Francisco. — Nos transformamos en marineros.—Regreso a Chile.

No eran las minas el único negocio que en aquella época ofreciera al trabajo California. Broceadas éstas para los de afuera, aún quedaba el comercio, que estaba entonces en poderosos alcance. Sabíamos por experiencia que los comerciantes al menudeo y los ociosos lucraban más que los trabajadores e industriales; y este motivo, a poco discurrir, nos determinó a erigir altares al buen Mercurio, dios de los ladrones. Faltábanos, es cierto, el saco tradicional, las alitas en los pies y el caduceo, arreos propios de esta alma de los mercaderes; pero mis hermanos no se detuvieron por tan poco. Formaron el saco con el conjunto de varios saquitos de polvo de oro, escapados por milagro entre los pliegues de sus cinturones; las alitas debía yo comprarlas en San Francisco, transformadas en un lanchón, y no nos acordamos del caduceo por no haberle encontrado significado práctico.

Constituído en gerente y cabecera de la sociedad Pérez Hnos., al día siguiente de nuestro encuentro navegaba de nuevo ya el feliz Decano, aguas abajo, la hermosa ría que conduce a San Francisco.

Propicia era por demás la ocasión que parecía bendecir nuestro cambio de frente para entrar en la vía del comercio. Como el furor de recoger oro con la propia mano, a todos trabucaba la mollera, nadie se fijaba que lo que valía ciento en el interior, casi se regalaba en San Francisco. El número de inmigrantes era tan crecido, y tan engorrosos para la marcha los efectos que desembarcaban, que, a trueque de no perder tiempo, lo que no se vendía a vil precio, se arrojaba.

Parecía que por momentos aumentaba también el número de chilenos conocidos que desembarcaban en San Francisco, y venían con tales bríos que hasta miraban en menos al chileno que no encontraban convertido en Creso. Sólo los incapaces o los flojos podían estar pobres y desalentados.

Yo, después de contestar las atropelladas preguntas que me dirigían, dejándolos echar plantas, proseguía silencioso acarreando a la playa unos líos de charqui apolillado que acababa de comprar a razón de dos pesos el lío, diciendo para mis adentros: está visto, estos niños no saben todavía lo que es canela.

¡Y cuán pronto lo supieron! ¡Y cuántas bravatas se tornaron en lamentos!

Entre los infinitos conocidos y parientes con quienes a cada rato me encontraba, oyéndome decir don Miguel Ramírez que iba a comprar una embarcación, propuso venderme una lancha de 12 toneladas que acababa de rematar en 700 pesos, y que por no necesitarla ya, pues en vez de lanchero quería convertirse en aserrador, me la vendería en 300. Se hizo el trato.

Ayudado de tres jóvenes chilenos convertidos en marineros para costear con su trabajo el viaje a Sacramento, el capitán Decano, ex cocinero y contador de los trabajos de minas del Molino y actual negociante y armador, no tardó en completar la carga de la *Infatigable,* que así se llamaba su envidiable lanchón.

Constaba el cargamento de ocho líos de charqui considerablemente aligerados por los estragos de la polilla; de veinte quintales de fracciones de quesos de Chanco, cuidadosamente cuadrados a cuchillo, para librar la parte sana de los efectos de la podredumbre; de cuatro sacos de descarozados; de dos barriles de *chivato* de a dos arrobas cada uno; de un cajoncito de tarros con dulce que recibí de Chile; y de dos sacos de harina tostada.

Ibame yo a embarcar, cuando el diablo, que no puede ser otro, casi cargó con todo mi negocio. Significóme un agente de aduana que no me moviese de donde estaba, por-

que mi embarcación no había sido construída en Norte América, ni su quilla era de madera americana, dos requisitos indispensables para el cabotaje en los ríos. Dando a Barrabás con semejante contratiempo, en un país donde *tiempo es plata*, ocurrióseme en el acto invertir el orden de estos dos sustantivos y diciéndome: si tiempo es plata, claro está que plata es tiempo, y no sólo es tiempo sino cuanto hay en este mundo, y sin más esperar me di a correr tras un corredor de pólizas de Valparaíso, convertido en abogado o consejero en leyes, como el cartelón de su casa lo decía. Fingió no conocerme, ni aun conocer el español. *Poco tiempo en Chile*... Díjome que mi lancha era muy conocida, que no necesitaba ni saber dónde estaba; pero que mi asunto era muy delicado, aunque no imposible.

—Pida usted lo que le pareciere—repuse—, porque si salgo mal, cargue conmigo una fanega de demonios.

—Pues bien—dijo él entonces con suma gravedad—, comience usted por depositar la mitad del importe de las diligencias, y procederemos.

Entreguéle 450 pesos en oro, y ya estaba del lado de afuera, cuando me gritó:

—¿Chalupa es, o no?

—No, señor—contesté con incomodidad—, lancha, y lancha de 12 toneladas, con nombre de *Infatigable*.

Y el bribón decía que la conocía, y que había estado poco tiempo en Chile, cuando había encanecido en él.

Cuatro días después, un verdadero siglo en California, se me apareció el tal consejero en leyes con un legajo lleno de garabatos en el cual se encontraban pruebas incuestionables de que la madera de mi cascarón había sido cortada en el bosque de la *Berenjena* de la Unión, y que en San Francisco mismo estaba, de tránsito para el interior, el mismo constructor que había labrado la quilla del falucho. Constaba, además, que no sólo la embarcación era *pura sangre*, sino que hasta su mismo nombre lo era, porque en vez de decir infatigable, como los bárbaros mexicanos que no saben el inglés la pronunciaban, debía decirse *Impermeable*.

¡Anda con Dios!

Dueño, señor y capitán de embarcación americana, con un recargo de novecientos pesos de valor por semejante gracia, procedí a ponerme en franquía.

Constaba el personal de la expedición de cinco personas, de capitán a grumete: dos chilotes Velásquez, un Valdivia de Casablanca, un joven Martínez, del sur, y yo.

Martínez, que tendría como veintidós años, y que había

sabido captarse mi voluntad, tanto por su fino trato cuanto por su simpática figura, padecía de tercianas, enfermedad que cuando le atacaba le aniquilaba tanto, que pasados los accesos de frío y de calor, quedaba Martínez por más de una hora en una especie de modorra muy semejante a un prolongado desmayo. ¡Ojalá no lo hubiésemos embarcado!

Como la violencia de la vaciante había hecho zozobrar en la mañana a dos chalupas, perdiéndose con ellas cuantos las tripulaban, incluso tres chilenos, en los remolinos o pequeñas vorágines del canal que comunicaba la bahía con el Pacífico, resolví no volverme sino con la creciente, y en la espera tuve ocasión de observar con espanto los efectos de la terciana sobre el desmedrado cuerpo del pobre compañero Martínez.

Navegó tres días consecutivos con marea y vientos favorables la gallarda *Impermeable,* dando y recibiendo ¡hurras! de cuantas embarcaciones íbamos dejando atrás, hasta entrar en las aguas del Suisun, donde, flaqueando el viento, comenzó también la marea a ser contraria. A eso de mediodía, obligados a aguantarnos amarrados a un tronco a medio ahogar y cubierto de tortugas, el calor nos obligó a buscar alguna sombra en tierra y a esperar en ella la vuelta de la marea.

Acababa, por desgracia, de sufrir Martínez otro furioso ataque de la cruel enfermedad que padecía, le acomodamos lo mejor que pudimos bajo un toldo de lona, colocamos a su alcance una escudilla con agua azucarada, y dejándole amodorrado, saltamos en tierra condolidos, pero muy ajenos de lo que se nos esperaba a la vuelta.

Ya he indicado cuán inmensa era la plaga de ponzoñosos y tenaces zancudos que infestaban las márgenes pantanosas de los ríos Sacramento y San Joaquín, en cuyas confluencias tenían su principal asiento estos molestísimos insectos.

Defendiéndonos como podíamos a pañuelazos, nos asilamos bajo unos matorrales que daban frente a un pequeño plan desnudo de pasto y cubierto de pequeñas cuevas como las que forman nuestros *cururos* en los secanos de ultra Maule. Estuvimos allí como una hora sin darnos cabal cuenta del significado de muchos palitos secos como de tres pulgadas que parecían intencionalmente clavados en cada uno de los agujeros del suelo. Apenas, movido por la curiosidad, me acerqué a ellos, cuando retrocedí espantado gritando: ¡son culebras!

Muchas regiones solitarias he recorrido en el curso de mi vida, y no recuerdo alguna que tenga más víboras y cule-

bras que las que tiene, en algunas partes, el dorado suelo californés. La coral, la cascabel, se encuentran a cada paso entre multitud de otros ofidios de distintas clases y tamaños, que, aunque no todos venenosos, siempre espantan y desvían al viajero cuando los encuentra tomando el sol, de atravieso en los caminos. Las culebras que teníamos a la vista no eran de carácter sospechoso; ninguna de las muchas que matamos tenía la cabeza con escamas; antes bien, se asemejaban a las chilenas, que en vez de menudas escamas, tienen conchas a guisa de espalda de tortuga.

Ocupados, quién sabe cuánto tiempo, en descabezar culebras a varillazos, y en derribar a pedradas las muchas tortugas que engrosaban, puestas en fila, los troncos de los árboles recostados sobre el agua, perseguidos por los zancudos que llegaban a empañar la vista con sus bandadas, y que nos hacían pedazos con sus picadas, sin que el humo, las manotadas y los abanicazos con ramas fuesen parte a librarnos de ellos, ya muy entrada la tarde nos recogimos a bordo.

Hay ciertas impresiones que por su intensidad nunca se olvidan. Martínez, inmóvil, monstruosamente hinchado, con la cobija arrollada a los pies, sin duda a impulso de algún movimiento convulsivo, tenía todo el cuerpo, incluso la cabeza, cubierto con una asquerosa y sangrienta mortaja de zancudos que, repletos y amodorrados, formaban sobre la desgraciada víctima un lecho que el espanto nos hizo presumir de más de una pulgada de espesor. Ver aquello, precipitarnos sobre el pobre amigo, llamarlo, sacudirlo reventando millares de zancudos que nos empapaban las manos con sangre, fué todo uno. Pero, tardío socorro: ¡Martínez estaba muerto!

Carecíamos de herramientas para labrar allí una sepultura; llevarle a Sacramento no tenía objeto; arrojarle en tierra para que fuese pasto de los coyotes, no podía caber en nuestra angustiada imaginación. ¡Al día siguiente, pues, después de una noche atroz, las aguas del Sacramento recibieron con nuestras lágrimas el cuerpo inanimado de aquel joven infeliz, que el día antes no más había sido nuestro compañero y nuestro amigo!

La vida del marinero californés era entonces muy semejante a la del militar en campaña. Suele una lágrima humedecer la tez tostada del adusto soldado, al estrechar por última vez la mano del muerto compañero; pero esa lágrima se enjuga pronto ante nuevos peligros o ante el entusiasmo que produce la victoria.

La fresca brisa de la mañana, la desaparición de los

zancudos barridos por ella, el aspecto imponente de las tranquilas aguas del Suisun, el de los bosques y graciosas colinas de sus lejanos contornos, la algazara de las aves, el continuo encuentro de innumerables embarcaciones llenas de alegres pasajeros, y acaso la reflexión de que son lágrimas perdidas aquellas que se derraman sobre males sin remedio, no tardaron en devolver a nuestros ánimos preocupados su primitiva energía.

Llegado dos días después a Sacramento, mostré mi factura a los hermanos, y llenos de entusiasmo porque los artículos mercantiles que les llevaba se encontraban en una de aquellas alzas que tanto asombraban en California, procedimos sin tardanza a su desembarco e instalación.

Ya no teníamos tienda de campaña, el lujo había desaparecido. Media pieza de género de algodón suspendida en rústicas estacas era el techo de nuestra casa-almacén, cuyas paredes de ramas formaban a su sombra un modesto semicírculo que nos preservaba del viento.

A un cajón boca abajo colocado en la abertura que hacía de puerta se le adjudicó el nombre de mostrador, y, como todo el cargamento no cupiese dentro, se adjudicó también el nombre de bodega al trecho donde acomodamos a todo campo el resto.

No tardaron en acudir algunos curiosos al ver instalada sobre el cajón la indispensable balancita de pesar oro, al lado de una rebanada de queso, de un montoncito de huesillos y de una botella con sus dos guapas copas al frente, que servían de vanguardia a los barriles de chivato que, como cuerpo de reserva, teníamos guardados más adentro.

Todo se vendía a las mil maravillas, menos el charqui, que no podía salir a luz sin vergüenza. No sabiendo, pues, qué hacer con él, porque la polilla, a falta de otra cosa, podía emprender con nosotros mismos, acordó el Directorio devolver al charqui, terraplenando sus agujeros con sebo, el aspecto y la gordura que le faltaban.

Desarmados los líos, el charqui, que más parecía jirones de harnero que charqui, fué sacudido y extendido sobre el pasto, donde después de darle por uno y otro lado una mano de sebo caliente, le dejamos un momento al sol. Federico nos había traído el día antes un saco de cominos que unos chilenos habían arrojado al pie de un árbol, y como no hay cosa que no pueda utilizar la industria humana, aprovechándonos nosotros del incidente, derramamos sobre el charqui caliente aquel endemoniado condimento, y hecho esto, formamos con el todo una artística pirámide de Egipto.

Al olor que despedía tan estrambótica mercancía, acudieron dos acomodados señorones, a los cuales, contestando sus preguntas sobre lo que significaba tan aromático alimento, aseguramos que era el más escogido charqui que solía servirse en la mesa de la nobleza de Santiago, y que no habíamos podido colocarlo hasta entonces porque parecía que en California, a pesar del oro, más se atendía a lo malo y barato que a lo bueno y caro. Mentimos como experimentados mercaderes cuando protestan ante alguna amable compradora que pierden plata en el negocio, que por ser a ella le dan el género a tan bajo precio, que no lo diga a nadie, etc. Aquellas excomulgadas garras se vendieron por libras, y lo que fué más aún, desaparecieron del sitio que ocupaban. El *chivato* se vendió por copitas a razón de seis reales copa, por ser del que bebía el duque de Orleáns, y así todo lo demás.

Mientras esto acontecía, seguía llenándose con chilenos el pueblo de Sacramento, los cuales, despedidos de los lavaderos por la inseguridad, llegaban quejosos y desalentados a asilarse en él; y como si no bastasen para consumar la ruina de la raza proscrita las nuevas leyes y el encono yanqui, se le ocurrió también al clima venir a terciar en el asunto.

Los calores, obrando sobre los cienos y marismas que forman las juntas del río Sacramento con el Americano, comenzaron a viciar tanto la pureza de la atmósfera con pútridas exhalaciones, que no tardaron éstas en desarrollar violentas tercianas muy aniquiladoras para unos y hasta mortales para otros. César, mi hermano, casi perdió la vida, y nuestra flamante sociedad mercantil tuvo en varias ocasiones que cambiar sus funciones de vendedora por las de sepulturera.

No se crea por esto, sin embargo, que es inhospitalario el clima californés. Por el contrario, colocado entre los grados 32, 28 y 42 de latitud norte, extensión que equivale en nuestro país a la sección comprendida entre Coquimbo y Valdivia, el clima, en vez de ser de aquellos que llaman extremosos, entra en la categoría de los templados. Pero, son tantas las honduras y altibajos propios de la región occidental del continente americano en toda su dilatada extensión de N. a S., y tantas, por consiguiente, las causas que en esta sección concurren a alterar a cada paso la regularidad de las líneas isotermales, que hay momentos en que el viajero puede encontrarse entre calores iguales a los de la zona tórrida, y a poco andar, entre los hielos de las zonas polares. California puede mirar como propios de su suelo las guindas y la manzana, al mismo tiempo que la piña y el algodón, del propio modo que las fiebres

pútridas en los lugares aún descuidados, donde asienta de lleno un sol abrasador.

En verano como en primavera, las mañanas y las tardes son frescas, y ardientes los mediodías. Los rocíos de primavera, verano y otoño son muy copiosos, y los inviernos, a pesar de sus lluvias torrentosas, benignos.

Debo a mi malogrado amigo doctor Predott, las siguientes observaciones termométricas correspondientes al año de 1849:

Término medio	Fahrenheit
Primavera	66
Verano	70
Otoño	67
Invierno	61

El mes de más calor alcanzó a 74 grados; el de más frío a 48.

Volviendo a mi propósito, del que sólo me he separado un instante por cumplir con el deber de decir siempre la verdad que corresponde al viajero, las tercianas y otras fiebres de mal carácter hacían tantos estragos entre los chilenos y los extranjeros avecindados o de tránsito en Sacramento, que yo me maravillaba de cómo las autoridades, a las que acudimos siempre en Chile para cuanto hay, no improvisasen siquiera un mal galpón hospitalario para los desvalidos que morían sin el menor recurso, después de vagar esqueletados y temblorosos implorando auxilios que el egoísmo de la época les negaba.

Las autoridades yanquis miraban impasibles los progresos de esa epidemia aterradora, por estar persuadidas de que actos de beneficencia corresponden a los mismos vecinos del lugar y no a los gobiernos, los cuales sólo deben terciar en ellos cuando se declara impotente la iniciativa individual.

Actos de esta naturaleza estaban reservados para chilenos. Encontrábanse en Sacramento a cargo de la barca chilena "Natalia" dos nobles caritativos corazones, don Manuel y don Leandro Luco, los cuales, como tantos otros chilenos, fueron a buscar, a pesar de su ímprobo trabajo, la ruina en el Dorado. Estos dos apreciables jóvenes constituyeron su "Natalia", con un desinterés sin ejemplo entonces, en hospital y casa de asilo para sus desvalidos nacionales, y a este acto de inusitado desprendimiento debieron la vida muchos chilenos, entre los cuales figuran dos de mis hermanos, un cuñado, un joven Sepúlveda de Santiago, y varios otros que excuso nombrar.

En tan angustiosa situación, todo lo abandonamos por

acudir a ayudar a los señores Luco en su filantrópica tarea. Cúpome a mí desempeñar en ella el doble papel de médico y de sacerdote en la medida que puede desempeñar un laico este ministerio; a los Luco, el de enfermeros y de cocineros; a mis demás compañeros, el de ayudantes y sepultureros, trasnochando unos y abriendo fosas otros, para sepultar a los paisanos que se separaban para siempre de nosotros.

Apenas disminuyó la intensidad de la epidemia, cuando resueltos a alejarnos cuanto antes del Sacramento, vendimos cuanto nos quedaba, así como nuestra embarcación puesta en San Francisco, y con un capital de seis mil pesos, producto bruto del empleado, que no pasaba de mil trescientos, dimonos a la vela para aquel lugar.

¿Qué habíamos hecho después del día de justo alborozo que presenció nuestra primera entrada en California?

Habíamos sido fleteros provisionales; habíamos sido mineros, y en las minas nos había ido mal a pesar de nuestros enérgicos esfuerzos para evitar tamaño mal; habíamos sido comerciantes, y a pesar de que lo fuimos con todo el lujo de sus mentidas tretas, ganando mucho perdimos tiempo californés, que era un capital superior a nuestras utilidades; nos hicimos franceses, nos ahogamos, nos envenenamos y fuimos médicos y sepultureros, profesiones ambas que, aunque se dan la mano, nada nos aprovecharon. ¿Qué nos quedaba que ser? Comenzamos, pues, ya a creer que nuestra esquiva suerte, si poníamos fábrica de sombreros, había de influir para que los hombres naciesen sin cabeza, cuando el aspecto del oro que empolvaba el pavimento de los cafés nos sugirió la idea de erigir un hotel.

En California nunca pudo medir un compás, con sus agudas piernas, arriba del trecho de una línea entre todo proyecto y su inmediata ejecución.

Entramos, pues, con este propósito en compañía con dos hijos del general Lastra, los cuales corrían como nosotros la caravana por aquellos andurriales. Compramos por tres mil pesos un sitio que dos meses antes no quisimos admitir regalado por parecernos así caro, en la calle de Dupont, y provistos de maderas y de herramientas de carpintero, cuyo uso nos era familiar, comenzamos con la ayuda de un yanqui, a destrozar, a acepillar y a escoplar con tan morrudo tesón, que en días, porque en California los meses eran siglos; alzamos nuestro vistoso catafalco, compuesto de un salón con tres piezas abajo, cuatro en los altos y un confidente íntimo, lujo entonces en San Francisco, que colocamos en forma de garita de soldado, a prudente distancia del cuerpo del palacio. Hago mención de este departamento, porque

muchos chilenos, y entre otros caballeros, nuestro simpático paisano don J. M. I., a falta de más cómodo dormidero, pasó muchas noches sentado en él, como pudiera haberlo hecho el príncipe de Asturias en el más mullido lecho .

Trabajóse al mismo tiempo un pozo para la provisión de agua potable, y el trabajo fué confiado al barretero don Juan Nepomuceno Espejo, quien, olvidando el manejo de su antigua y leve pluma por el pesado hierro de una tosca barreta, se las apostaba al más membrudo patán. Cavaba él en el fondo de un agujero y llenaba con tierra y piedras un balde que yo suspendía después con una cuerda. Recuerdo que cuando el agua le llegaba a las rodillas me gritaba con voz sepulcral:

—Vicente, ¿ya será bastante hondura?, mira que aquí me llevan los...

Y que recibía por toda contestación:

—¡Trabaje no más, amigo, no me gane la plata de balde!

Contratamos un famoso cocinero francés llamado monsieur Michel, el cual ganaba, a más de la casa y de la comida, que importaban 200 pesos mensuales, un sueldo de 500, o sean 8,400 pesos anuales, que es harto más de lo que gana en Chile un ministro de Estado!, y colocando en la puerta del nuevo establecimiento un gran letrero que decía "Restaurant de los Ciudadanos", dimos principio a nuestras tareas en la fuerza del verano del año 49.

Excusado es decir que el negocio marchó al principio a las mil maravillas, porque todo marchaba bien al principio en Califorina, y sólo al llegar al medio se broceaba. Nosotros éramos juntamente amos y criados del restaurant, y como criados, salvo algunos olvidos excusables del papel que representábamos, no lo hacíamos muy mal.

Entre los pensionistas figuraba un mulato, caballero de reciente creación que aún no había arrojado el pelo de la dehesa. Sus voces de mando eran tiránicas y muy poco simpáticas las maneras con que las acompañaba. La leche era hasta entonces en San Francisco un lujo asiático, y como no la había yo vuelto a tomar desde aquella que nos dió con tan buena y afable voluntad la sirena del caballo que compramos en Sacramento, tentóme el diablo una mañana, y de dos sorbos casi acabé la que tenía reservada para el almuerzo de nuestro acaballerado parroquiano. Suplí con agua el déficit, y me di a los trabajos de costumbre.

Encontrábame sirviendo eso que los gringos llaman cola de gallo, a un pasajero, cuando tuve que abandonarlo todo por acudir a los ajos y cebollas con las que el amo jetudo apostrofaba a mi hermano Federico por la clase de leche que

le servía. El gesto y modo de aquel intruso caballero habían hecho olvidar su papel de sirviente a Federico, y ya empuñaba la mano cuando, interpuesto a tiempo, acudí a salvar el crédito del restaurant. Con las más coquetonas y reverentes cortesías quité de la vista del desairado patrón el agua puerca que se le dió por leche; acudí con ella a la cocina, la trasladé a otra lechera, y volviendo presuroso con el nuevo envase cerca del nieto de africana, alcanzó éste a exclamar: "¡Esta parece más mirable!..." ¡A cuántos amos no se les pasará gato por liebre con buen modo!

Cerrado el restaurant en las altas horas de la noche, nos sentábamos todos en el suelo a lavar platos; se designaba el que debía madrugar a regar, a barrer y a disponerlo todo para el siguiente día, y no menos contentos que los demás hosteleros, nos echábamos a dormir.

Fué esta nuestra vida durante el poco tiempo que fuimos partidarios y *agentes* de la *restauración;* mas como el negocio no requería tantos brazos, y el asunto de la leche no se me podía olvidar, con pretexto de extender nuestra esfera de acción, obtuve de mis compañeros permiso para hacer un viaje a Monterrey.

Confieso que no fué otro mi propósito que el de ir a hartarme de leche en aquel pueblo.

Para conseguirlo tenía que trepar a pie los cerros de la costa y recorrer del mismo modo las 95 millas que median entre pueblo y pueblo; pero ¿qué era todo aquello para un veterano de sufrimientos corporales en comparación de un solaz de pocos días lejos del fatigoso baile de máscaras en el que danzaba desde su llegada a California? ¿Qué era todo aquello, sobre todo ante la esperanza de suspender hasta mis secos labios cántaras llenas de blanca, pura y espumosa leche?...

Parece nimiedad, pero me acuerdo que cuando llegaron a París en 1828 algunos indios de la tribu de los osages de Norte América, comenzaban éstos, a pesar de estar alojados en el palacio de Carlos X, a enflaquecer de nostalgia, y se hubieran muerto si el olor del aceite de ballena, que surtía entonces el alumbrado, no les hubiera hecho exclamar:

—Vengan barriles de este néctar, que para nosotros vale más que las cortinas con que nos ahogan y las malditas capilotadas *a la poulette* con que engañan el estómago los indígenas europeos!

Con el fresco, pues, de una hermosa mañana de julio, rifle al hombro, pistolas y un delgado culebrín con oro en la cintura, puerco sombrero de paño, un *sarape* y barba al pecho, me puse en marcha a pie por entre los cerros y co-

linas que median entre San Francisco y la antigua capital de la Alta California.

Pasadas las primeras serranías que llaman de la costa, acompañado de varios sonoreños que volvian desengañados a sus hogares, entramos en un extenso valle cubierto de pastos y de flores, donde abundaban tanto las aves, y sobre todo las ardillas, que parecía que estos agilísimos y graciosos cuadrúpedos brotaban como por encanto a nuestros pies. Manadas de ciervos se acercaban como lo hacen nuestros guanacos, a reconocernos, y huían de estampida al menor de nuestros movimientos, para detenerse de repente y volver otra vez. La alta y muy útil vegetación sorprende en este valle como sorprende en todas partes. La encina, el pino, el fresno, parecen inagotables. La contracosta del pueblo de San Francisco se encuentra cubierta de pino colorado muy semejante a nuestra madera de alerce, y por cierto que los árboles no ceden en tamaño al gigante de nuestra vegetación austral. En mis correrías anteriores tuve ocasión de contemplar, admirado, el maravilloso grupo de pinos del Mineral de las Mariposas. En él vi pinos que medían de 90 a 100 varas de alto, sobre 28 a 31 de circunferencia en la base, y lo que es más sorprendente aun, ramas laterales nacidas a 45 varas de altura, con un grueso de tres y media de diámetro. Estos portentos de la vegetación, que la ciencia llama *Sequoya gigantea,* tienen en California tantos nombres, que ya el viajero no sabe a cuál quedarse. *Grizzylgiant,* les llaman unos; otros pino colorado; los gringos les llaman *Wellingtones,* los yanquis *Washingtones,* y nosotros podríamos llamarlos *San Martines.*

Alojamos al abrigo de una encina, y toda la noche nos molestaron las visitas de los coyotes, voraces y mal intencionados. El temor de los coyotes fué el que despidió de California al señor Ortiz A., adamado petimetre argentino, muy conocido en Santiago, que habiendo intentado hacer lo que hacían los demás, aventurándose solo en un camino, fué perseguido sin descanso por ellos, hasta que lo metieron, dando alaridos, en poblado. Estos malditos animales nos dejaron sin almorzar al día siguiente, por haber dado cuenta casi sobre nosotros mismos del resto de un venado que nos servía de rancho.

En éste como en mis anteriores encuentros con sonoreños y con californeses españoles, tuve ocasión de maravillarme del candor con que discurren estas pobres gentes, cuando se trata de la invasión y dominio de los yanquis en su patria. Creen que ellos no pueden expulsar a los que hasta ahora califican con justicia de tiranos; pero también creen

y a puño cerrado, que vista la enérgica resistencia de los chilenos a las brutales vejaciones de los yanquis, los chilenos, si quisiesen, podían expulsarlos! Iban, pues, en compañía mía, al parecer, tan seguros de cualquier atropello como si caminasen bajo la protección de un terrible Fierabrás. Así fué que cuando llegó el momento de separarnos, creo que el Fierabrás no quedó con menos miedo que ellos al verse solo.

En la tarde del día tercero de marcha, ya medio arrepentido de mi calaverada, vino a darme aliento la vista de una torre de Monterrey que no lejos de allí se divisaba, y con no poco contento me di traza para llegar al pueblo antes que cerrase la noche.

Monterrey puerto, es uno de los mejores de aquella costa. Monterrey pueblo, tenido hasta entonces como capital de la Alta California, era una aldea semejante a nuestra Casablanca del año 1840 y su población no pasaba de 1,500 almas. En cambio, la naturaleza de los campos que le rodean, y en general, la de todo el distrito, es de lo mejor y más feraz que, junto con Santa Cruz, he encontrado en el Estado californés.

Alegraban los contornos de este ameno lugar multitud de quintas llenas de preciosas arboledas, y aunque los edificios conservaban el tipo que tenían nuestras pesadas casas de campo ahora medio siglo, sus anchos corredores al camino público revelaban en ellas el carácter hospitalario de la raza española.

Entraba a gran prisa la noche, y como ni mi figura, ni la poca decencia de mi traje me autorizasen a solicitar hospedaje de puertas adentro en ninguna parte, me propuse pasarla al abrigo del corredor de una casa, que por tener las ventanas cerradas y la puerta a medio cerrar, parecía no estar en aquel momento habitada por los principales dueños. Al acercarme reparé que la puerta se cerró con estrépito.

—Malo — dije para mis adentros —, imposible es que no me hayan visto, ¿qué significa este portazo?...

Entré sin embargo, bajo el corredor, llamé con tres golpecitos a la española, y como nadie me contestase, acordándome que aún estaba en California, apliqué con la culata de mi rifle sobre la muda puerta, dos coscachos que provocaron una inmediata contestación.

—¿Quién es? — dijo de adentro la voz de una vieja carcomida...

—*Deo gratias!*, señora — contesté—. Es un hombre de paz, que sólo busca permiso para tender por esta noche su *sarape* en el suelo de este corredor y nada más.

Sentí entonces como que se movían con presteza algu-

nas personas del lado de adentro, y que una voz de mujer decía:

—Si no es yanqui..., si es español...

Tras de un tardío "¡por siempre!" entreabriendo la puerta con cautela, se me presentó un caballero como de 45 años de edad, vestido con sencillez y decencia, quien, saludándome, me preguntó qué se me ofrecía.

Al oirme hablar, exclamó con el sentimiento de la más completa alegría:

—¡Dios le perdone, amigo mío, el susto que nos acaba de dar! Al verle venir, creímos que fuese usted uno de esos muchos zamarros que infestan nuestros caminos y poblados, desde que la paz nos hizo mudar de dueño. ¡Adelante, señor, adelante!

Y tenía razón de precaverse; sólo el propietario californés sabía a cuántas tropelías sin apelación estaba expuesto desde que comenzó la invasión de los que ellos llamaban bárbaros del norte.

Fué de ver el general contento que despertó en aquella amable y hospitalaria familia, compuesta de un caballero, de su hermosa señora y de dos cuñadas, que, pudiendo ser bonitas para todos, me parecieron ángeles a mí, cuando supieron que no sólo trataban con gente, sino también con un chileno.

Un chileno veterano de los *diggins*, en esas alturas, era el símbolo de la seguridad individual, el espantajo de las tropelías del yanqui y el hermano a quien debíase siempre tender la mano.

No tardó la confianza en sentar sus simpáticos reales entre los amables huéspedes y el recién llegado, a quien no se cansaban de hartar a preguntas sobre Chile, sobre los chilenos que residían en San Francisco, sobre mis malandanzas y sobre los motivos que me habían encaminado a Monterrey; y no sé cómo no se desternillaron riéndose cuando dije a las señoras que el principal motivo de mi viaje a Monterrey era el de hartarme de leche cuando llegase.

Don Juan Alvarado, que así se llamaba el dueño de casa, tomándome de la mano me condujo a su dormitorio privado, y haciéndome prometer que descansaría en su casa los más días que pudiese, logró a fuerza de súplicas y aun de enojos, que admitiese una camisa de hilo y un paletó-saco, para no estarle a cada rato recordando con mi facha la de aquellos intrusos que tanto aborrecía. Dejóme solo y, nuevo Don Quijote cambiando de traje en casa del Duque, después de una famosísima lavada y de tal cual recorte en las patillas, sentí

el incomparable agrado que produce el delicado fresco de una camisa de hilo almidonada sobre una piel curtida después de tanto tiempo de usar lana.

¡Dormí esa noche en cama con sábanas y almohada!, y al día siguiente me esperaban, junto a un corredor que daba a un hermoso parrón rodeado de jardines, dos hermosas vacas que me hartaron de leche, pasando vaso tras vaso al incansable consumidor, por las solícitas y pulidas manos de las amables cuñadas de mi huésped. ¡Si hay, como dicen, séptimo cielo, en ese séptimo cielo me encontraba yo!

Para saber lo que es descanso no hay como la fatiga, así como para saber lo que es regalo era entonces necesario haber sido aventurero californés.

Traté por medio de don Juan con un *ranchero,* que es el hacendado californés, doce vacas lecheras y ocho bueyes, puestos en San Francisco, y pareciéndome que una huelga de ocho días de solaz era ya sobrado tiempo, anuncié a la familia mi inmediata partida. Hubo súplicas de aquellas que sólo sabe hacer la raza latina a sus alojados, y advertido de que quería dárseme un sarao el siguiente día, accedí con gusto a los deseos de tan amables gentes.

Fué éste muy concurrido y el bello sexo de Monterrey me recordó el de Chile: fino, simpático y siempre deseoso de agradar. El sexo feo tenía mucho de las prendas que distinguen la franqueza natural de nuestros alegres elquinos; si tiembla, venga un baile para pasar el susto; si alguien muere aparte de los deudos y de los amigos, todos claman por otro baile, para borrar la huella que dejó en los ánimos el acarreo del difunto; y si hay motivos para alegrarse, por mil razones más, venga otro baile! La ornamentación de los aposentos era rústica, pero fresca y alegre. Los corredores y pasadizos contiguos a la sala de recibo, vestidos de ramas verdes y de flores formando arcos y cenefas, alumbrados con velones de cera, lujo asiático en aquel entonces, presentaban un agradable aspecto. En cada ángulo de los aposentos exteriores se veían canastillos de olorosas *mixturas,* llenos de cajetillas de cigarros de distintos calibres, por entre los cuales artísticamente acomodada, aparecía una llamita de espíritu de vino.

Creí al principio que esto fuese para los hombres sólo; pero me equivoqué, porque en Monterrey, la señora que no fuma, tolera el humo con agrado. Las convidadas, después de la contradanza tocada en piano por el sacristán de la inmediata capilla, salían de dos en dos a pasearse por los

corredores, y tomando al pasar cerca de los canastillos, un cigarro, le prendían con desenvoltura y sólo volvían a la sala después de arrojado el *pucho*. Las mamitas tenían privilegio para fumar en el salón; pero con la singularidad que me llamó mucho la atención, de taparse cuidadosamente la boca con el pañuelo de embozo, al aspirar el humo, y de descubrirla al arrojarlo.

El festejado chileno fué el tema de la general conversación, y la despedida que le hicieron a eso de las dos de la mañana, la de buenos y cordiales amigos.

Endosados al día siguiente mis arreos de guerra, me dispuse a marchar.

Acompañóme toda la familia de mi hospitalario amigo hasta el corredor de afuera, donde encontré con sorpresa que me esperaba para la comodidad de mi viaje, una hermosa mula con la más rica montura mejicana que hasta entonces había visto, pues, a más del terciopelo recamado de oro, lucía en el borde delantero una hermosa cabeza de águila de plata maciza.

Fué imposible resistir a las instancias de don Juan para que aceptase aquel regalo, esa *friolera*, como él decía, y después de las expresivas demostraciones de una cariñosa despedida, caballero en mi gallarda mula, me separé de aquel oasis encontrado en mi travesía al través del desierto del egoísmo indiferente, siguiendo al trote y llena la cabeza de esperanzas, el antiguo y único camino que condúcia a San Francisco.

Parecía que hacía un siglo que me había separado de este pueblo excepcional; ¡tal le encontré de crecido!

Ya he dicho que casi no quedó familia conocida en Chile que no contase con un representante suyo en California. Bastaron esos pocos días de ausencia para que encontrase al pueblo plagado de nuevas caras de paisanos, bien que casi todas ellas desorientadas y hasta arrepentidas de encontrarse en él; porque el negocio que ayer parecía de éxito infalible, hoy se tornaba en sinónimo de ruina.

En medio de los lamentos de los chasqueados, a muchos de los cuales más les costaba el desembarcar las mercaderías que traían que lo que ellas valían en tierra, mis compañeros y yo hacíamos aún inútiles esfuerzos para sostenerlos contra la corriente desanimadora que nos arrastraba.

Vendí mi mula en 600 pesos y en 700 mi lujosísima montura. Mi cuñado Felipe Ramírez se encargó de proveer de leña a los hoteles; mi hermano César, de ordeñar vacas y

callejear la leche; comisionamos a Federico para que regresase al lado de nuestra excelente madre; y yo con mis demás consocios, me hice cargo del restaurant.

Cada cosa en San Francisco asumía un carácter especial, porque todo se llevaba hasta los mismos términos de la exageración. Los términos medios sólo podían entrar en las almas apocadas.

Hasta ahora, como se ha visto, sólo habíamos tenido que habérnosla con hombres, porque lo que es mujeres, valiéndome de una frase agabachada, brillaron por su ausencia hasta mediados del año 1849, en la famosa capital del Dorado. La necesidad de la presencia del bello sexo no tardó en preocupar los ánimos tan pronto como comenzó a templarse la sed del oro; y como a falta de pan buenas son tortas, espíritu mercantil que especula hasta con la desmoralización, sugirió a los dueños de las casas de juego la estrafalaria idea de adornar las paredes de sus salones con la repugnante exposición de mujeres desnudas. Estos mamarrachos hechos con la burda brocha del pintor de paredes, que hubiesen sido capaces en todo otro lugar de hacer reír al más descarado sátiro, llenaron, sin embargo, de oro los poco escrupulosos bolsillos de los poseedores de semejantes tesoros. Alentado con tales premisas, díjose para sí el comercio: si las sombras dan tan subido interés, el original que las produce deberá por lo menos dar el doble; y sin más, se lanzó en pos de mujeres de carne y hueso.

El vapor de la carrera de Panamá trajo en su primer viaje a dos hijas de Eva, de éstas que llaman del partido. Los que salieron a ver entrar el vapor desde la puntilla del poniente, al divisar sombrillas y gorras de mujer formaron tan entusiasta alboroto y se dieron tanta prisa en acudir al muelle, que arrastrando con cuantos encontraron en el camino llegaron a reunir un grupo de harto más de mil hombres en la playa.

Soltada el ancla, se armó a bordo un originalísimo altercado entre las dos doncellas andantes y el bueno del contador del vapor. Querían ellas saltar primero que nadie a tierra; oponíase el contador, diciendo que el trato era que le pagasen el valor del pasaje al llegar a San Francisco, y la más arriesgada de las dos yanquis, fundándose en que *tiempo es plata,* hacía ya responsable al asustado contador de daños, perjuicios, e intereses, cuando dos curiosos cansados de esperar en un bote, saltaron a bordo y arrojando un saco

de oro a los pies del judío cobrador, bajaron con ellas a tierra, en medio de un hurra general.

Abrió calle la alegre muchedumbre, y ellas del brazo de sus felices salvadores, repartiendo saludos y recibiendo hurras, no tardaron en desaparecer por entre las encrucijadas de los casuchos seguidas a lo lejos por las miradas lascivas y envidiosas de los que no supieron dar al *tiempo es plata* su legítima importancia.

Era de esperar que halagados los armadores del vapor con el subido precio del pasaje que podía pagar la mercancía mujer a su llegada a San Francisco procurasen embarcar, como lo hicieron, cuantos bultos de esa especie podían encontrar. Al siguiente viaje llegaron siete más, las mismas que fueron recibidas con idéntica galantería, mientras llegaban nuevos refuerzos.

Alarmados los dueños de café con la competencia que hacían a sus mamarrachos mal pintados, los mamarrachos más positivos que iban llegando, idearon y pusieron en planta el más extravagante y obsceno arbitrio de cuantos puede en casos semejantes, improvisar la desvergüenza humana. Contrataron a peso de oro a esos ascos para formar con ellos cuadros plásticos en el salón del café; formaron a uno y otro lado pedestales, y sobre ellos, totalmente desnudas, y asumiendo indecentes posturas, colocaron aquellas imágenes del pudor y del decoro californés.

A las ocho de la noche y a son de música, se abría la puerta de la exposición. Los curiosos, después de dejar en la portería una buena parte del bolsico de polvo de oro que llevaban en la cintura, apenas principiaban a curiosear, cuando, empujados por los que venían detrás, se veían precisados a salir dando al diablo, por la puerta opuesta. Recuerdo que un respetable chileno, don J. E., cuyo nombre no hay para qué traer más claro a colación, me decía:

—Compañerito, tentóme el diablo, y casi me han limpiado todo el oro que llevaba en el bolsillo, ¡media libra! ¡Estaba echando en la balanza el precio de la entrada, cuando un empellón de los de atrás me hizo vaciar en ella casi todo el bolsillo y seguí renegando hacia adelante, sin que me fuese posible volver atrás para recobrar el exceso!

Pero este negocio sólo pudo sostenerse poco más de un mes, porque los vapores ya no vinieron con pocas, sino con cargamentos de mujeres, todas con cargo de pagar sus pasajes a bordo un día después de su llegada.

Y esto marchó en progresión tan creciente, que lo que

eran docenas al principio, se convirtieron en gruesas después; tanto, que en el año 1853 alcanzaron a llegar 7,245 mujeres, con lo cual el lucrativo negocio comenzó a dar al traste.

Si las escenas anteriores eran repugnantes, estas últimas que voy a referir antes de dar de mano a esta parte de mis apuntes, no causarán menos maravilla.

En la puerta de la habitación de cada una de las primeras mesalinas que llegaron, se ardían de noche a punta de palos y de pistoletazos cuantos querían entrar primero a saludarlas; y ellas, que sabían muy bien que ni los muertos ni los derrotados daban oro, salían presurosas a apaciguar a los pretendientes, valiéndose de argumentos que el pudor impide referir.

Habiendo mermado algún tanto la demanda de mujeres por los muchos cargamentos que traían los vapores, para no perderlo todo, los capitanes convinieron en poner a remate el valor del pasaje. El mayor postor cargaba con la prenda, y el capitán, con el valor de la postura, cancelaba el del pasaje.

Repitiéronse con esto las más extrañas y brutescas escenas.

Colocados en el alcázar de popa con todos sus postizos atavíos los objetos que motivaban el remate, aquel que hacía de martillero, tomando a una de esas sinvergüenzas de la mano, después de elogiar su talle, su juventud y su hermosura, decía en alta voz:

—Caballeros, ¿cuánto estaría dispuesto a dar alguno de ustedes, ahora mismo, por que esta hermosa dama viniese de Nueva York a hacerle una especial visita?...

Al momento comenzaba la puja, y el mayor postor, junto con oír el martillazo, entregaba el polvo de oro y cargaba con su mueble.

Pero ya es tiempo de doblar esta hoja. Perdóneme el sexo encantador que constituye la más hermosa mitad del género humano, si para designar a tan abyectas mamíferas con faldas me he visto precisado a darle el nombre con que designamos a los ángeles del hogar. Entre los escogidos del Señor, también hubo un Luzbel.

Pero esta clase de vicios no fué, ni con mucho, el único fango a través del cual se echaban entonces los cimientos del que debía ser, con el tiempo, un Estado rico y soberano. El robo, el asesinato, el incendio y el juego terciaban también en sumo grado en él.

Todas las noches, el toque de música en algunos garitos, o el de caja o de *tantán* chinesco en otros, convocaba a los aficionados al peladero, colocado en medio de la embriaguez que produce el baile y la bebida. Todas las noches había heridas, trompadas y garrotazos, y en cada una de ellas salían los arruinados a buscar el desagravio de sus pérdidas en el robo o en el atropello.

Tuve ocasión de presenciar una partida de juego, en la que figuraba un taimado oregonés. Acercóse éste a la mesa, y sin decir una palabra colocó sobre una carta del naipe un saquito que contendría como una libra de oro en polvo, y perdió. Con el mismo silencio y con la misma gravedad colocó otro de iguales proporciones y lo perdió también. Entonces, sin inmutarse, separando de su cintura una delgada culebra que contendría como seis libras de oro, la colocó sobre una carta, echó mano a un revólver, le amartilló, y encarándole al que tallaba, esperó tranquilo el resultado. ¡Ganó!...

—Conque gané, ¿eh?... dijo con aire sarcástico, empuñando estoicamente la ganancia. ¡Vaya una suerte!, y desapareció.

Ganó, porque muy bien sabía el astuto tallador que el asunto podía haberle costado la vida.

Pero, para ser justos, es preciso confesar que no todo era desorden en San Francisco. También en aquella batahola se pensaba en el porvenir político. El gobierno militar hacía tiempo que había sido rechazado por el espíritu más decidido de libertad, encarnado en cada uno de los aventureros que pensaban poner en California su residencia permanente. Quisieron también éstos que la nueva región territorial se elevase, y pronto, a la categoría de Estado soberano; y como ya se estaban dando muchos pasos en este sentido en Washington, para dar más peso a tan justa pretensión, que al último ya comenzaban a exigirse con imperio, se propusieron nombrar diputados para reunir una convención, ya no en Monterrey, como lo habían pretendido antes, sino en San José, donde, en calidad de capital, debía residir el gobernador.

Celebráronse, pues, *meetings* con este objeto, en todas partes, y desde luego comenzaron los interesados a las diputaciones a poner en juego sus respectivas relaciones. Grandes grupos con banderas y bandas de música improvisadas recorrieron las calles, acompañando cada uno al candidato de su predilección. El pretendiente, provisto de una gran cartera, en cuya primera hoja estaba escrita su profesión de fé política, se entraba de casa en casa a recoger adhesiones.

El solicitado, si se adhería, daba su nombre; si no, decía simplemente que ya estaba comprometido. En el primer caso, tres ¡hurras! acompañados de música y aun de algunos tiros al aire, celebraban el futuro voto; en el segundo, el pretendiente se contentaba con decir "lo siento, otro día será", y la comitiva seguía en silencio hacia la casa vecina.

Cada candidato designaba el color de la cinta que debía adornar el sombrero de sus partidarios el día de la elección, y las fondas y los hoteles del pueblo, enarbolando sus colores respectivos, daban gratis de comer y de beber a cuantos se les presentaban con semejante condecoración.

Instaladas las mesas receptoras, cuya custodia y vigilancia estaba a cargo de tantos grupos de encintados mirones cuantos eran sus correspondientes candidatos éstos, bien montados y acompañados por algunos amigos, recorrían a media rienda todas las calles de la ciudad llamando a los suyos y presentándose en todas las mesas, donde eran recibidos con grandes ¡hurras! por sus compañeros políticos.

Allí era el oír los discursos de los candidatos sin desmontarse de sus cuadrúpedos-tribunas, allí, las contestaciones y las réplicas de los que abogaban por otro; el echar al suelo los barriles y las mesas en que éstos se encaramaban para que se les oyese mejor; el ver cómo se formaban y se deshacían los círculos de los que rodeaban a los que dirimían a trompadas la cuestión de preferencia. Pero ningún pistoletazo, ninguna herida. Las armas ese día enmudecieron. ¡Cuánta diferencia con lo que acontece en otros países! Más aún, terminada la elección, todos los electores, aceptando el color del elegido, olvidaron sus privadas pretensiones para celebrar al electo por la mayoría con tanta algazara y tan completo entusiasmo, como si ellos mismos hubiesen contribuído a su triunfo.

California, en tanto, por lo que hacía el negocio que atrajo a ella tantos y tan distintos especuladores, desde los acuerdos o desacuerdos del buen gobernador Smith, había perdido ya para el aventurero extranjero casi la totalidad de sus primeros atractivos. Se necesitaban en ella, como en todas partes, ya no simples brazos extranjeros que trabajasen con éxito, por su propia cuenta, sino brazos asalariados o tributarios. No es, pues, de extrañar que aquellos que no disponían de fuertes capitales, tocasen una desconsoladora retirada. Nosotros pensábamos ya hacer lo mismo, cuando la suerte, que tanto nos había maltratado, vino a darnos el golpe de gracia que nos lanzó con cajas destempladas fuera

de aquel país de ex promisión, con uno de aquellos espantosos incendios que todo lo arrasaron en los últimos meses del año 1850.

Haría como dos horas que nos habíamos recogido, resuelta la realización para volver a Chile, cuando una luz roja y temblona vino al través de los vidrios de nuestra ventana a iluminar el aposento en que dormíamos. El fuego había principiado, según muchos, intencionalmente, en el hotel de los afamados cuadros plásticos de que ya he hecho mención. Nunca nos imaginamos que estando éste a más de tres cuadras de nuestra casa podría alcanzarnos y ya nos alegrábamos del mal de aquellos herejes, calculando el valor de nuestra brillante realización por el alza del de los edificios, cuando hora y media después vino a probarnos la suerte que no todos los brillos de las realizaciones, sin dejar de ser brillos, son provechosos. El fuego cundió en todas direcciones con la misma desesperadora rapidez que le vemos de cuando en cuando cundir en Chile en algunas de nuestras sementeras de trigo en la época de las cosechas. En medio de aquella inmensa y atronadora hoguera, avivada por las detonaciones de los barriles de pólvora del comercio, los cuales poblaban la atmósfera de chispas y de maderos encendidos, las tablas ardiendo, empujadas por el viento, no tardaron en invadirlo todo. Rodeados de fuego por todas partes, sólo debimos nuestra salvación, como la debieron todos los demas, a la rapidez de la fuga.

Ocho días después, los vigorosos fleteros, los modestos lavanderos de no muy limpias ropas, los navegantes de la *Daice-may-nana,* los infatigables mineros de barreta, de pala y de batea, los derrotados en Sonora, los armadores de la *Impermeable,* los amables y, como tantos otros embusteros comerciantes del Sacramento, los médicos y sepultureros, los carpinteros constructores, los hoteleros y sirvientes de mano, introducidos de marineros unos, y otros de expertos pilotos, encaminaban en demanda de los mares del Sur una abandonada barca que por falta de tripulación pudría su quilla en San Francisco, y al cabo de dos meses y medio de poco envidiable odisea, tirando cabos, recogiendo velas y adivinando alturas, libertada por milagro de estrellarse en la puntilla del Piñón de Gallo, abrazaron con ternura a la llorosa madre en el tranquilo Chile.

Fuimos por lana y volvimos, como tantos otros, esquilados; pero satisfechos porque no se abandonó la brecha sino después de haber quemado el último cartucho.

CAPITULO XIX

Tentadora propuesta de escribir un diario desollador.— Nómbraseme agente de colonización en Valdivia.— Empleado público y criado de mano.— El Corral. — Valdivia pueblo.— Valdivia provincia. — De lo que era inmigración para muchos. — Injustificable invasión a los terrenos fiscales y medios de que se valían para asegurar su propiedad.

Dicen que junto con entrar la pobreza por la puerta de una casa, la virtud se escapa por la ventana. Esto tiene mucho de verdad; pero no porque la enfermedad pobreza carezca de verdaderos específicos, sino por la repugnancia ridícula del enfermo para tomarlos. El apellido, la antigua posición social, y el patrio "qué dirán" son los peores enemigos del lucro que siempre otorga el modesto trabajo a quien le busca. Nadie se atreve a ser en su patria bodegonero después de haber comprado palcos en el teatro. ¿Cuántos no se hubieran muerto de hambre o lanzádose a bandidos en California si por respeto al apellido hubieran dejado de ser cargadores o limpiabotas?

Había recorrido, en el sentido de descender, los últimos peldaños de la frágil escala de la fortuna; había llegado en California al que entonces me parecía el último de todos, al de criado de mano, y ni por las mientes se me pasaba que aun me quedaba otro más inferior aun donde pisar, el de empleado público de menor cuantía. Porque yo ignoraba que empleos para criados en todas partes sobran, al paso que en todas partes faltan empleos para los que no lo son.

El criado, o por ingratitud o por ofensa brutal de su amo, alegre le abandona, porque sabe que en la casa vecina, si no mejora de condición conservará la que antes le sustentaba; al paso que el empleado que deja su puesto, con gusto suyo o contra su gusto, en vez de encontrar análoga colocación en otra parte, sólo encuentra decepciones, hambre y miserias, si no se deja de noblezas.

Yo todo lo había perdido, menos el honor; mas, con sólo el honor no podía mandar al mercado.

Encontrábame una mañana meditando sobre este tema, al mismo tiempo que echando una mirada de inteligente sobre una pareja de caballos cocheros que debía comprar una hermana mía, cuando entraron buscándome en la caballeriza dos conocidos personajes, de cuyo nombre no hay para qué acordarse, los cuales entablaron conmigo el siguiente diálogo:

—Aquí tiene usted, señor don José, al californés perdiendo tiempo en mirar caballos.

—Para servir a ustedes, señores; efectivamente, miraba estos caballos.

—Son hermosos; pero es raro que un hombre como usted se ocupe de esto.

—¿Y de qué otra cosa me habría yo de ocupar ahora? California, como ustedes saben, me dejó mirando, y miro.

—¡Siempre alegre! ¿Y no sería mejor que ocupase su tiempo en cosa que le reportase provecho, sin emplear más capital que el que usted posee?... en algo así como... escribir para el público, por ejemplo?

—¿Escribir para el público? ¿Yo volver a las andadas?

—Usted, y no se ría.

—¿Y quién se atrevería a dar medio real por mis garabatos?

—Nosotros, dijeron los dos a un tiempo.

—¿Ustedes? Mostrad cómo.

—Pagando a usted en muy buena plata cuanto escribiese en el sentido de nuestras indicaciones.

—Pues, si es así, adelante con la cruz, con tal que los asuntos sobre que deberán versar mis escritos me sean algo familiares, y las indicaciones de ustedes, conformes con las de mi conciencia.

Reparé que la primera parte de mi respuesta les satisfizo tanto cuanto pareció contrariarles la segunda, y esto comenzó a darme mala espina. Dieron una vuelta examinando la caballeriza, dijéronse algunas palabras a media voz, y volviendo a anudar el hilo de nuestra singular conversación, prosiguió mi interlocutor en estos términos:

—Escribir contra los malos gobiernos es deber que más halaga que empaña la conciencia, y nosotros sólo pretendemos que usted escriba contra el Gobierno y no otra cosa.

—¡Están ustedes dados a Barrabás! Si hace un siglo a que no sé lo que es gobierno, ni sé si son moros o son cristianos los hombres que gobiernan en el día, ni lo que hacen, ni lo que han hecho, ni lo que han dejado de hacer. ¡Medrado saldría el charlatán que con tales antecedentes escribiese! Además, no comprendo...

—Señor don Vicente—repuso interrumpiéndome el segun-

do tentador, que era bajo de cuerpo, regordete y de satisfecha y redonda cara—, usted es pipiolo; usted sólo dejó de combatir en defensa de su partido cuando creyó asegurada su existencia con el casamiento del héroe de Yungay con la hija del padre de los pipiolos. Usted, como nosotros, ha sido engañado. El peluconismo y el Estanco nos roen, y ni esperanzas hay de que, reformada la Constitución atentatoria del año de 1833, devuelva al país lo que nunca debió quitar, la del año 28... ¿Me explico?

—Como que voy comprendiendo.

—Magnífico, y basta por ahora. Hoy tenemos junta a las dos de la tarde; voy a anunciar que podemos contar con usted, y esta noche, a las siete, para no despertar sospechas, esperaremos a usted con otros amigos en el óvalo de la Alameda.

Llegó la noche y con ella al sitio designado el nuevo Adán político que no atinaba aún de qué manera podría hincar el diente a una manzana por tantos años olvidada, y un cuarto de hora después, rodeado de serpientes tentadoras, se le vió que departía amigablemente con ellas, muy repantigado sobre un ancho sofá de aquel paseo.

Pronto quedé enterado de las pretensiones de la junta directiva. Para nada se trajo a colación aquello de derechos conculcados, ni de leyes o doncellas violadas, ni mucho menos de tocar el bombo de los principios, pues, más que los principios en general aéreos, los fines egoístas se buscaban.

Tratábase de fundar un diario alacrán, cuya picada debía ser mortal; la tinta con que se escribiese, petróleo; y la palabra, fuego. Era su propósito no dejar títere con cabeza en el Gobierno, y su consigna, el oponerse a todo. Hubo momento en que creí que fuesen curtidores, por el empeño que manifestaban de sacar a todos el cuero, y a fe que no pagaban a vil precio la tarea, puesto que honrándome con el cargo de desollador, me ofrecieron 30 onzas de oro por el fruto de mi tarea mensual. ¡Qué desencanto!... Sólo con lo que me estaba pasando, y sin responderles, mientras buscaba a gran prisa en el diccionario de mi memoria alguna de aquellas interjecciones españolas de grande efecto para lanzársela a la cara, ellos, interpretando por aquiescencia mi silencio, ya hablaban de lanzar a todos los vientos del compás uno de aquellos prospectos de ordenanza que siempre encubren, bajo plumas de cándidas palomas, sapos y culebras, cuando en vez de aquel sí tan presupuesto, se encontraron con una cebolla de las de Río Claro.

Dos días después de esta estrepitosa ruptura de negociaciones, y cuando menos lo esperaba, fuí llamado a la pre-

sencia del señor Varas, Ministro entonces de lo Interior, sin que hasta ahora haya podido darme cuenta del porqué del favor que se me dispensaba, puesto que sólo conocía a Varas de nombre y sólo por el lado de afuera la Casa de Gobierno.

A los catorce días de mi entrevista con el Ministro, provisto del título de Agente de Colonización, navegaba yo en demanda de Valdivia, para dirigir, a nombre del Gobierno, los trabajos coloniales en aquella lejana provincia, donde por instantes se esperaban expediciones de emigrados alemanes.

Llegué al importantísimo y muy descuidado puerto del Corral o Coral, como algunos enemigos de nombres mal sonantes suelen llamarle, el 12 de febrero de 1850, después de haber atravesado por entre las abandonadas fortalezas que en tiempo de los españoles defendían la tranquila y pintoresca embocadura de la preciosa ría de Valdivia.

Reduciase el pueblo, o más bien dicho, los diseminados y pobres casuchos de este puerto, para cuya defensa había invertido millones la madre patria, a veintiocho mal colocadas habitaciones, mirando unas a la marina y otras, sin saber por qué, hacia los emboscados cerros que le rodeaban.

La poderosísima vegetación que cubría la mayor parte del territorio de esta provincia comenzaba desde el mismo Corral a oponer serias dificultades al viajero para su traslación de un punto a otro, por inmediatos que estuviesen entre ellos.

Los corpulentos árboles que miraban al puerto y los más poderosos aun que orillaban el río, parecia que se disputaban entre sí el derecho de bañar sus robustas raíces en aquellas salobres aguas.

No teniendo, pues, las márgenes del río veredas transitables, la única vía de comunicación que se encontraba entre el puerto y Valdivia, capital de la provincia, era el mismo rio; y el tiempo que se echaba navegando en botes o chalupas, de un punto a otro, era el de cuatro horas.

Para quien ha navegado los imponentes ríos californeses, parece que el pequeño Valdivia, para nosotros gigantesco, nada debiera tener que llamase la atención; pero muy lejos de esto, porque todas las galas de la virgen naturaleza, todos los grandiosos puntos de vista que se encuentran diseminados sobre las márgenes de aquéllos, los ostenta el Valdivia, pintados en un lienzo más reducido, pero no por esto menos completo.

Llegamos a Valdivia. ¡Santo Dios!, si el fundador de aquel pueblo, por arte diabólico o encanto, me hubiese acompañado en este viaje, de seguro que habría vuelto para atrás lanzando excomuniones contra la incuria de sus descuidadísimos bischoznos.

Conservo en mi poder un retrato al óleo que exhibe lo que era la triste catadura de aquel aduar a los tres días de mi llegada; retrato que habla, que se debe al diestro pincel del malogrado Simón y que es ahora el objetivo de algunos viejos y honrados valdivianos, con el fin de empuñarle, arrojarle al fuego y reducir a cenizas ese testigo irrecusable del atraso del pueblo en que nacieron.

El trazado de esta capital, muy correcto para la época de su fundación, se encontraba tan deteriorado por el uso, que ni las calles conservaban el paralelismo de sus aceras, ni el ancho igual con que habían venido al mundo. Las casas, todas muy bajas y en general desprovistas de un corredor a la calle, tenían paredes de troncos de pellín, techos de tablas de alerce cubiertos de musgos y de plantas advenedizas, y ventanas, aunque algunas con vidrieras, dotadas todas con sus correspondientes balaústres.

Como no se estilaba allí género alguno de carretas, la provisión de leña se hacía arrastrando con bueyes por las calles enormes troncos de árboles que se dejaban en el frente de las casas que los pedían; y de ellos, el hacha de la cocina sacaba todos los días la leña que exigía su consumo. En el costado poniente de la Plaza de Armas, única en el lugar, se veía, inconclusa, una iglesia de madera, a la que, aunque de todo carecía, le sobraban dos empinadas torres, que sin saber por qué se alzaban orgullosas, aunque desproporcionadas, sobre el portón de la entrada. La Plaza de Armas no sólo servía para paseo o para ejercicios de tropa, como en algunos otros pueblos de la República; los valdivianos sabían sacar mejor partido de ese común y cuadrado sitio urbano. En él, cuando no en las calles, se estacaban los cueros de las vacas que los vecinos mataban para su consumo; se arrojaban basuras en él y a falta de explayado o lugar en la cárcel, salían a cada rato los presos a hacer, en la paciente plaza, lo que la decencia no permite nombrar. De la plaza se extraían también tierras para los terraplenes de las casas de los vecinos. Recuerdo que eran tantas las inmundicias que se arrojaban bajo la desvencijada jaula de tablas que, suspendida sobre postes, hacía de oficina de Juzgado de Letras, que llegaron a motivar un acalorado reclamo del señor Juez de Letras, que lo era entonces el modesto y probo magistrado don Ramón Guerrero, para que no se perpetuase tan inmundo desacato.

De aquí nació aquella historia de la compra que hizo la Municipalidad de aquel mentado tiesto para uso de los encarcelados, historia que conté en mis *Sueños que parecen verdades y verdades que parecen sueños,* y que muchos han tenido por pura invención o pasatiempo literario.

Como el asunto bacín andaba todo. El espíritu de adelantos locales, el de instruirse, el natural y común deseo de mejorar de condiciones por medio de la actividad y del trabajo, todo dormía, todo vegetaba. Sobre los edificios, así como sobre las imaginaciones, crecía con sosiego el musgo que sólo nace y progresa sobre la corteza de los árboles descuidados, o sobre la de aquellos que sufren la última descomposición que los transforma en tierra. No hubo viajero entonces, así nacional como extranjero, que al llegar a Valdivia no exclamara: "Todo lo que es obra de la naturaleza aquí es tan grande, tan imponente y tan hermoso, cuanto mezquina, desgreñada y antipática es la obra del hombre."

Lejos de mí la idea de ofender con mi relato a los moradores de aquellos apartados lugares. Cuento con sincera verdad lo que entonces saltaba tanto a mis ojos cuanto a los de aquellos que, como yo, concurrieron de fuera a avecindarse en Valdivia.

El espíritu de progreso estaba sólo adormecido, mas no muerto, y si trato de conservar este mezquino cuadro, es más con el objeto de realzar con sus sombras el hermoso colorido de aquel que pudiera pintarse en el día, que con el de satisfacer algún tonto deseo de una injustificable murmuración. El espíritu de progreso existía, y tanto, que sólo la presencia, en muy pequeña escala, del elemento extranjero ha bastado no sólo para sacar a la provincia de Valdivia del estado de modorra en que yacía por razón de olvidos, sino también para hacerla figurar con lucimiento, ya por su estado material e intelectual, ya por su comercio y ya por sus industrias especiales, que corren sin competencia en los mercados nacionales y extranjeros, al lado de la de sus orgullosas hermanas del norte.

Como quiera que sea, salir de California para entrar sin transición en el Valdivia de entonces, era salir de la región de la más febril actividad para entrar en la del más profundo y tranquilo sueño.

Los hombres relativamente pudientes, contentos con la medianía en que vivían, sólo solicitaban del trabajo lo estrictamente necesario para continuar en ella. Los gañanes, a causa de la poca remuneración que se les ofrecía por su trabajo y de la abundancia de las substancias alimenticias, sólo trabajaban poco para emborracharse y para dormir mucho. Faltaba a unos y a otros el estímulo que sólo la inmigración extranjera sabe despertar en las aglomeraciones humanas amodorradas por la inercia.

Pero no quiero anticiparme.

La provincia de Valdivia, más conocida en tiempo de los

españoles que en el de la República, pasada la grita y el natural entusiasmo que causó en los pueblos del norte la acción gloriosa de Cochrane cuando se apoderó de las formidables fortalezas del Corral, quedó por más de un cuarto de siglo, si no como olvidada del todo, por lo menos como simple y poco importante territorio, confiado a la acción natural del tiempo para que, tarde o temprano, mereciese el mismo solícito afán que merecían al Gobierno las provincias centrales. El nombre mismo de Presidio, que se le siguió dando, parecía condenarla a un perpetuo olvido, cuando el Intendente Cavareda, a pesar de la parsimonia con que se escribía en aquel entonces, descorrió en una corta memoria parte del velo que encubría el cielo y las riquezas naturales que aquel lejano rincón de provincias continentales de la República encerraba. A la justa admiración que las revelaciones de ese funcionario causaron, debe la provincia de Valdivia la importancia del asiento político que ocupa al lado de sus demás hermanas y el grado de relativa prosperidad de que goza en el día.

Templado clima; ausencia de aterradoras enfermedades, así como de indígenas hostiles y de dañadoras fieras; territorio extenso y en general baldío; suelos arables y en muchas partes muy feraces; abundancia de materias primas fabriles e industriales; bosques inagotables de preciosas maderas de construcción, a cuya sombra se desliza profunda, tranquila y navegable la importante red de brazos tributarios del Valdivia, vía fluvial que, después de recorrer un extenso territorio mezcla sus aguas, sin embate, con las del mar, en uno de los puertos más seguros y cómodos del Pacífico: ¿qué podía faltar al olvidado Valdivia para dejar de estarlo? La población.

Pero no aquella población que ha nacido entre riquezas que el aguijón de mejorar de condición no aviva, que ni siquiera sospecha la existencia de comodidades que engalanan la vida de un hombre culto y que propenden día a día a aumentar, al mismo tiempo que a satisfacer, la agricultura, el comercio y la industria; sino aquella que el espíritu del lucro o el de las ideas liberales del siglo separa de los grandes centros civilizados, para venir a la virgen América, ya a gozar de una libertad positiva, ya a recoger a manos llenas las riquezas que, sin conocer su valor, menospreciamos.

En países como el nuestro es de todo punto indispensable la activa cooperación del elemento extranjero; poderosa entidad que al procurar enriquecerse, enriquece al país donde se asila, que puebla los desiertos y forma estados que, aunque con el modesto nombre de colonias, asombran por su

industria, por su comercio y por su bienestar, hasta a sus mismas metrópolis.

Convencido el Gobierno de esta verdad, cupo al ilustre general Bulnes echar en Chile la primera base de la inmigración extranjera con la promulgación de la ley de 18 de noviembre de 1845, ley que adornada con las firmas del guerrero y la del sabio estadista Montt, su ministro entonces, manifiesta en claras y generosas cláusulas el modo y forma cómo debemos recibir, hospedar y fomentar en nuestro suelo ese elemento de vida y de progreso.

A la voz de inmigración, cada cual se había echado a apreciar, según su real modo de entender, los bienes o males que podría ella introducir en Chile.

Temían los católicos perder con ella la unidad religiosa.

Los hacendados y los dueños de casa la aplaudían a dos manos, creyendo en el despanzurro de que la inmigración abarataba los salarios, cosa que jamás se ha visto.

Muchos fingidos filántropos, pero verdaderos especuladores sobre la ignorancia del pobre pueblo, apoyándose en lo que decían los hacendados y otros sabios por este estilo, compadecían a los gañanes y obreros del país por la competencia que a sus brazos opondría la baratura de los brazos extranjeros. Olvidándose o fingiendo olvidar, tanto el hacendado como el filántropo, que la inmigración, en caso de perjudicar a alguien temporalmente, es al hacendado o al que sólo puede lucrar pagando a vil precio los jornales, pero nunca al jornalero, por la sencilla razón de que no serán ni pueden ser gañanes los que nos viniesen de fuera, atendido el bajo precio a que aquí pagamos el trabajo diario de los nuestros; y no viniendo de fuera esa clase de brazos, sino personas que dan ocupación a los propios nuestros, es evidente que aumentando la demanda tendrá por fuerza que aumentar el valor de los salarios.

Los comerciantes de Valdivia creyeron que con el aumento de la población aumentaría el precio de sus mercaderías.

Los propietarios de aquellos terrenos incultos que nada les producían y que ni siquiera habían visitado por impedírselo la enmarañada y sombría selva que los substraía hasta de la luz del sol, creyeron tener en cada propiedad un tesoro de forzosa adquisición para el Gobierno o para el recién llegado.

Los especuladores que sólo buscan la más ventajosa colocación de sus caudales, sólo vieron en la futura inmigración la feliz oportunidad de acrecerlos, y sin perder momentos, comenzaron a hacerse de cuantos terrenos aparentes para colocar colonos se encontraban en la provincia.

Siguiendo el ejemplo de estos caballeros, muchos vecinos, más o menos acaudalados de la provincia, hicieron otro tanto, sin acordarse de que esta ansia de un lucro mal entendido y prematuro cavaba al lado de los cimientos que la ley había echado para alzar sobre ellos el asilo del inmigrante, una fosa que debía desplomar por completo el edificio y las risueñas esperanzas que el buen sentido fundaba en ella.

En vano el Gobierno, para precaver este mal, había comisionado al activo e inteligente sargento mayor de ingenieros Philippi, para reconocer y deslindar los terrenos fiscales que debían repartirse entre los inmigrados, así como después al modesto e inteligente ingeniero Frick para continuar la misma trabajosísima tarea durante el tiempo que el incansable Philippi, trasladado a Alemania, trabajaba allá para promover la inmigración hacia Valdivia; porque a medida que aumentaba la posibilidad de que llegase a Chile la primera expedición, aumentó tanto el número de los detentadores de los terrenos por tantos títulos considerados baldíos, que en vísperas del arribo del primer navío que, confiado en la promesa del Gobierno, había salido de Hamburgo en 1849, se podía decir que no se encontraba en el territorio de colonización una sola pulgada de tierra que no reconociese algún imaginario dueño.

No tardó la noticia de este descarado saco, nombre debido por el modo y la forma cómo hacían estas escandalosas adquisiciones, en llegar a Europa.

Desconsoladoras por demás son las comunicaciones del señor don Bernardo Philippi al Gobierno en aquella época. Encarecía en ellas la urgente necesidad de reivindicar cuanto antes aquellos terrenos cuya detentación era ya tan sabida en Alemania; que poco o nada se podía hacer en el sentido de enviar emigrados, pues se negaba la existencia de los derechos incuestionables del Gobierno a los terrenos que ofrecía.

En este estado encontré los trabajos sobre inmigración cuando la suerte me condujo a Valdivia; y no porque el Gobierno se hubiese descuidado, pues junto con mi nombramiento se me entregó un grueso protocolo de oficios, de instrucciones y de decretos que manifestaban hasta la evidencia cuánto trabajaron entonces las autoridades superiores para allanar a sus agentes las serias dificultades con las que un mal entendido espíritu de lucro amenazaba destruir la inmigración desde sus primeros pasos.

El extenso y nebuloso territorio valdiviano, mansión de lagos y de selvas seculares, asiento de dos hermosos ríos navegables y centro de cuantiosos terrenos baldíos que se su-

ponían disponibles para ser repartidos entre los inmigrantes que por momentos se esperaban, contaba entonces con sólo tres villorrios, que por su soledad y apartamiento a causa del mal estado o de la ausencia absoluta de caminos, vivían como verdaderos cenobitas: Valdivia que ya medio conocemos; la Unión, proyecto de ciudad a medio bosquejar; y Osorno, con su iglesia de cantería, su convento y sus alineados rimeros de tierra empastada, que indican por su regularidad, antiguos escombros de edificio.

Tan mezquina idea se tenía en el norte, hasta mi arribo a Valdivia, de la naturaleza de los productos agrícolas de esta provincia, que llegaba a creerse que ni el trigo se producía en ella, cuando los trigos se agorgojaban en los graneros de la Unión y de Osorno, porque sobraba para el consumo lo poco que se sembraba por falta de medios de exportar el producto.

Esos campos, que tanto producen ahora y que entonces tan en menos se miraban, salvo los ocupados por los principales manzanares que a cada paso se encontraban, sin saber por qué como perdidos entre los bosques, y aquellos que ya por su inmediación a los poblados, o ya por su poca extensión y la perfección de sus límites naturales permitían ser de vez en cuando vigilados por sus legítimos o supuestos dueños, todo el resto podía decirse que se gozaba en común, ya por los hijos de los españoles, ya por los de los indígenas que aún se consideraban legítimos dueños del todo.

El mismo abandono en que yacían los estaba entregando desde tiempo inmemorial a la rapacidad de los poquísimos pobladores que, por sólo ocupar las despejadas orillas de un río, o las playas del mar, sin poder entrar más adelante, se consideraban dueños de lo que hasta ahora llaman *centros*.

Si esto se hacía antes que nadie pensase en colonias, no es de extrañar que la voz del agente del Gobierno en Europa despertase en muchos chilenos el espíritu de monopolizar terrenos, hasta el extremo de no dejar, ni a muchas leguas de Valdivia, punto donde se esperaban los primeros inmigrados, un palmo útil de tierra de que poder disponer.

Cuando algún vecino quería hacerse propietario exclusivo de alguno de los terrenos usufructuados en común, no tenía más que hacer que buscar al cacique más inmediato, embriagarle, o hacer que su agente se embriagase con el indio, poner a disposición de éste y de los suyos aguardiente baratito y tal cual peso fuerte, y con sólo esto ya podía acudir ante un actuario público, con vendedor, con testigos o con informaciones juradas que acreditaban que lo que se vendía era legítima propiedad del vendedor. Ninguno obje-

taba este modo de adquirir propiedades, cuyo valor se repartían amigablemente el supuesto dueño que vendía y los venales testigos que le acompañaban, por aquello de "hoy por ti y mañana por mí". La única dificultad que ofrecía siempre esta fácil y corriente maniobra era la designación de los límites del terreno que la venta adjudicaba, porque no era posible hacerla en medio de bosques donde muchas veces ni las aves encontraban suelo donde posarse. Pero, como para todo hay remedio, menos para la muerte, he aquí el antídoto que empleaban unos para vender lo que no les pertenecía, y otros para adquirir, con simulacros de precio, lo que no podían ni debían comprar. Si el terreno vendido tenía en alguno de sus costados un río, un estero, una abra accidental de bosque, un camino o algo que pudiese ser designado con un nombre conocido, ya se consideraba vencida la dificultad. Mediase sobre esa base la extensión que se podía; si ella estaba al poniente del terreno, se sentaba que éste se extendía con la anchura del frente designado, hasta la *cordillera nevada,* sin acordarse de que con esto se podían llevar hasta ciudades enteras por delante; si el límite accesible se encontraba al oriente, la cabecera occidental era el mar Pacífico, y si al sur o al norte, unas veces se decía: desde allí hasta el *Monte Verde,* como si alguna vez esos bosques hubiesen dejado de ser verdes; y otros sin términos, como acontecía con los títulos de un tal Chomba, que bien analizados adjudicaban a su feliz poseedor el derecho de una ancha faja de terrenos que, partiendo de las aguas del seno del Reloncavi, terminaba, por modestia, en el desierto de Atacama.

Ni por un instante se crea que en todo esto haya exageración. Llenos están los archivos públicos de Valdivia y aun los de Chiloé, de estos singulares títulos de propiedad, semilla de intrincados e inextinguibles pleitos, que cada comprador guardaba como un tesoro en su petaca.

He insistido en esto para que se deduzca de lo expuesto cuáles debieron de ser las dificultades que entorpecieron las operaciones de los agentes del Gobierno encargados de repartir entre los inmigrantes terrenos libres, que en ninguna parte les era dado encontrar, y cuáles fueron los primeros y lamentables motivos que tuvieron los valdivianos y los especuladores de fuera para mirar de reojo la presencia de los primeros inmigrados extranjeros con quienes pensaban especular, vendiendo a peso de oro lo que tan poco les había costado; pues a ningún detentador se ocultaba que en cuanto supiese el Gobierno por sus agentes lo que ocurría, no deberían librarse por mucho tiempo de los efectos de una acción

reivindicadora que echaria por tierra todas sus risueñas esperanzas.

Inútiles fueron mis viajes y correrías por la provincia para obtener algún terreno que por su bondad halagase a los inmigrantes que primero llegaran, pues sabia que en empresas de esta naturaleza es indispensable no descuidar el feliz éxito de los primeros pasos.

Atingido por un lado por el espíritu que dominaba en el lugar, y por el otro por el justo temor de que no habiendo terrenos disponibles de propiedad fiscal que poder desde luego repartir, iban a dar al inmigrado, que confiado en las promesas del Gobierno había abandonado su patria y su hogar, una prueba palmaria de que se le había engañado, tendiéndole un inicuo lazo, ya me disponía a salir en demanda de alguna de las muchas desiertas playas de Carelmapu, cuando el buen espíritu de algunos honrados y entendidos patriotas valdivianos vino a disuadirme de mi propósito ayudándome a combatir con generosos ofrecimientos los efectos de un egoísmo inconsciente. Prestáronse gustosos, unos a asilar a los inmigrados en sus casas, otros a prestarles terrenos inmediatos a la ciudad para sus primeras siembras, y otros hasta a prestarles bueyes, el todo sin estipendio alguno.

CAPITULO XX

Llegada de la primera expedición de inmigrantes al Corral.— Interrogatorio solemne de éstos al agente del Gobierno.— Consecuencias que de él se desprenden.— Rasgo generoso del coronel Viel en obsequio de la inmigración.— Isla de la Teja.— Nuevas expediciones de inmigrantes.— Su clase, verdadero tesoro para Valdivia.— De cómo entendía cada cual en Chile la inmigración.— Lluvia de consejos al Gobierno sobre este tema.— Colonia Muschgay, patrocinada por Domeyko. —Muschgay, el Arzobispo y los Larraínes.— El católico Muschgay abraza la religión araucana.— El atroz Cambiaso en Valdivia.

No todos los hijos de Valdivia, pues, sacrificaban el futuro bienestar de la provincia al mezquino lucro que les ofrecía un presente instantáneo, como me he complacido en dejarlo sentado al fin del capítulo anterior, pero esos ofrecimientos llenaban sólo a medias los propósitos que perseguía el Gobierno y los verdaderos intereses del país.

En estas circunstancias vino a sacar al soñoliento Valdivia de su natural apatía la noticia de haber llegado al Corral, procedente de Hamburgo, la barca *Hermann,* después de 120 días de navegación, conduciendo a su bordo 85 pasajeros alemanes: 70 hombres, 10 mujeres y 5 niños.

Llegaron estos inmigrados costeando ellos mismos su pasaje, más bien en calidad de comisión exploradora, para saber hasta qué punto alcanzaba la verdad de los ofrecimientos que, a nombre del Gobierno, hacía en Europa el mayor de ingenieros don Bernardo Philippi a las personas que quisiesen dirigirse a Chile, que en calidad de principio de inmigración, autorizado por incuestionable conveniencia.

Eran la mayor parte de estos pasajeros hombres que disponían de regular fortuna, y algunos de entre ellos venían comisionados por casas acaudaladas para proponer al Gobierno proyectos de inmigración costeada por ellas en cambio de cesiones más o menos extensas de terrenos baldíos que ellas se comprometían a poblar en tiempo convencional.

Convenía, pues, a todo trance hacer que las primeras im-

presiones que recibiese en Chile esta importantísima vanguardia del futuro progreso de Valdivia, correspondiese a las esperanzas que al salir de su patria había concebido sobre la hospitalidad que le aguardaba entre nosotros. Sin perder, pues, un solo instante, junto con recibir la noticia de la llegada del *Hermann*, me embarqué para el Corral.

Trasladado a bordo, donde me di a conocer explicando a los recién llegados cuál era mi misión respecto a ellos, el natural temor del que recién llega a un país extraño, sin más garantías de encontrar en él una mano amiga que le dirija en sus primeros pasos que aquella que emana de una simple promesa, desapareció por completo. A la tímida desconfianza sucedió el más vivo contento. Todos me rodearon, todos me dirigían las más solícitas preguntas, y lo precipitado de ellas acerca de las disposiciones de nuestro Gobierno hacia ellos, la ansiedad con que se escuchaban mis respuestas, y el sincero agradecimiento que manifestaban a cada una de ellas, me hizo sospechar que sugestiones de algún mal intencionado habían sembrado desconfianza en el ánimo de estos intrépidos viajeros.

Dispuse en seguida que se les mandase algunos refrescos, les señalé las habitaciones que provisionalmente debían ocupar, y después de haberlos dejado sumamente recomendados a las autoridades de Corral, partí para Valdivia, previniéndoles que siendo mi cargo especial el de ser intérprete de sus necesidades en la provincia, debían siempre dirigirse con preferencia a mí en cuanto se les ofreciese.

Dos días después de mi regreso llegó a Valdivia una comisión compuesta de seis individuos de los principales pasajeros, solicitando de mí una entrevista, que tuvo lugar en la noche del día 17. Todos ellos, comisionados especiales, unos de Hamburgo, otros de diversos puntos de Alemania, eran mandados expresamente por sociedades de emigración para explorar el campo y para remitir a sus comitentes datos más circunstanciados y fehacientes, tanto del país que iban a adoptar por patria, cuanto de los privilegios que les concedía el Gobierno que debía regirlos.

Se me presentó por escrito una serie de preguntas, a las cuales contesté lo más categóricamente que me fué dado, conformándome a las instrucciones del señor Philippi, dadas por el Supremo Gobierno, a la ampliación de ellas en las notas que sucesivamente se habían dirigido a dicho comisionado, y a las leyes vigentes sobre inmigración.

Encabezaba el interrogatorio un cumplido a las autoridades del país por el cordial recibimiento que se les había hecho, y una demostración del más puro agradecimiento por

la benevolencia con que se les mitigaba la desgracia de abandonar su país natal. Tras este exordio seguían las preguntas siguientes, la mayor parte de ellas aplicables a los colonos que venían costeando su pasaje.

1.º ¿Qué medidas debe tomar el inmigrado para ser ciudadano chileno?

2.º ¿Cuánto tiempo después de su llegada debe serlo?

3.º ¿Si tiene voto en las elecciones?

4.º Si habiendo algunos disidentes entre ellos ¿se les obliga a abandonar la religión de sus padres?

5.º Si disidentes, ¿pueden casarse entre ellos?

6.º ¿Qué tramitaciones deberán observarse para que el matrimonio sea tenido por valedero y legal en este caso?

7.º ¿Si los hijos de los disidentes se han de bautizar según lo prescribe la iglesia católica?

8.º ¿Qué debe hacerse para que quede constancia de la legitimidad de los hijos en caso contrario?

9.º Si la conveniencia de las colonias exigiese la formación de aldeas, ¿pueden esperar que recaiga en alguno de ellos el título de juez?

10. ¿Si pueden ser enrolados en las guardias cívicas?

11. Si al abrir caminos de conveniencia pública, ¿pueden contar con la cooperación del Gobierno?

12. Si los tratos y contratos celebrados por ellos en Alemania para cumplir en Chile, ¿son firmes y valederos aquí?

13. ¿Cuál es el máximum y el mínimum del valor asignado a los terrenos fiscales?

14. Si compran terrenos a particulares, ¿tendrán que pagar alcabala?

15. ¿Cuántas cuadras de tierra puede comprar al Fisco cada colono?

16. ¿Si se les exige el dinero al contado?

17. Si al cabo del plazo no tuvieren como pagar, ¿se les recibe el interés corriente hasta que puedan hacerlo?

18. ¿Si puede el Gobierno de Chile asegurar terrenos para mil familias?

Este curioso e interesante interrogatorio, elaborado en Alemania, en presencia de regalías que se desean conservar si se poseen, o buscarlas en otra parte en caso contrario, debería tenerse a la vista siempre que llegare el caso de atraer inmigraciones voluntarias, sobre toda región que no fuere del todo conocida.

Desde luego se ve que la primera aspiración del emigrante que rompe por necesidad, por conveniencia o por desgracia el vínculo que le ata al país donde vió por primera vez la luz del sol, es la de reanudarlo para atarse de nuevo

con él a la patria de su elección. La segunda, el libre ejercicio de la religión en que sus padres lo criaron. La tercera, la constitución de la familia, y la última, la de ser propietario de terrenos.

Nada encarece más a los ojos del hombre la importancia de vivir a la sombra del libre régimen republicano, como el haber nacido y tener obligación de continuar viviendo bajo la tirantez más o menos despótica del monárquico. No es, pues, extraño que convertir en hecho la idea de ser ciudadanos de una república donde las voces de amo y de *siervo* no tienen significado; donde la virtud y el trabajo son nobleza; donde no hay más contribuciones que pagar que aquella que autoriza una ley en cuya confección entran los mismos que deben soportar sus efectos, sea la primera aspiración de aquellos que emigran; y lo es mucho menos aun el que, después de encontrar facilidades para la constitución de la familia y garantías para el libre ejercicio de sus respectivos cultos, sólo se aspire al para ellos indispensable título de propietario, aunque fuere sólo del de una sola pulgada de suelo. La seguridad de alcanzar a ser propietario, por muy apartada que fuere la región que les ofrezca semejante don, satisface en el ánimo de los poseedores de modestas fortunas, en el del labriego y en el del simple gañán europeos, un sueño encantador que les acompaña, sin llegar casi nunca a ser realidad, desde la cuna hasta el sepulcro.

Por no haber dado a esta última aspiración la elevada importancia que tiene para el inmigrado, no han podido hasta ahora, muchos de los grandes propietarios de fundos rústicos del norte, explicarse el porqué de la insuperable resistencia que opone el más pobre de los inmigrados en Valdivia a abandonar su poco lucrativa propiedad, por los pingües salarios y la regalada vida que ellos le ofrecen en sus fundos.

Faltando al emigrante agricultor la posibilidad de ser en el acto propietario, puede decirse que le falta todo.

Contenta por demás la modesta comisión con el tenor de mis contestaciones, se alzó de su asiento el respetable y sabio profesor don Carlos Anwandter, que la presidía, y lleno de emoción, dijo estas sentidas palabras:

—"Seremos chilenos honrados y laboriosos como el que más lo fuere. Unidos a las filas de nuestros nuevos compatriotas, defenderemos nuestro país adoptivo contra toda agresión extranjera con la decisión y la firmeza del hombre que defiende a su patria, a su familia y a sus intereses".

Compréndese cuán desesperante debió de ser la situación en que se encontraba el agente de colonización no pudiendo desde luego cumplir el compromiso de entregar a los

recién llegados los terrenos prometidos, y cuál el peligro que corría la inmigración por falta de tan fundamental requisito; pero por fortuna no se prolongó esta situación, debido a la mano de la Providencia, que al tenderla como siempre a Chile, puso inesperadamente en la mía el más oportuno medio de salir del paso.

Residía a la sazón en Valdivia, a cargo de la Comandancia General de Armas de la provincia, el benemérito anciano don Benjamín Viel, antiguo soldado del primer Napoleón y coronel en nuestros ejércitos. Este simpático y entusiasta jefe, cuya cabeza abrigaba tanta poesía cuanta generosidad su desprendido corazón, acababa de asegurar el porvenir de sus hijos y el suyo propio, pues era sumamente pobre, con la adquisición cómoda y barata de la importante isla de la Teja, propiedad municipal, situada frente al pueblo en la confluencia de los ríos Calle-Calle y Cruces, que forman juntos el Valdivia.

Viel, impuesto de cuanto ocurría, como pudiera haberlo hecho el mejor y más patriota de los chilenos, no titubeó un instante en ceder a su patria adoptiva el derecho a una propiedad que proporcionaba a él y a sus hijos el goce de una modesta pero segura subsistencia; y con este acto de generoso desprendimiento salvó la situación.

Es la isla de la Teja o Valenzuela, la mayor o más importante de cuantas circundan con sus aguas los numerosos brazos del Valdivia. La línea de su mayor extensión alcanza a medir 4.820 metros, y la de mayor anchura, 1.800. Cubierta, como la mayor parte de aquellos campos, de hermoso bosque y de manzanares silvestres, la naturaleza de su suelo y la vecindad a la ciudad, de la cual forma al occidente un verdadero barrio de ultra río, no podía la propiedad ser más aparente para el fin qué se le destinaba. Devuelta, pues, esta isla a la ciudad por la rescisión generosa del contrato Viel, procedió sin tardanza el Municipio a adjudicarla a los inmigrados, vendiendo a cada familia hijuelas de tamaño proporcional, a precios módicos y a censos irredimibles.

El entusiasmo y el contento precedieron a la toma de posesión de este pequeño territorio, base tal vez del porvenir de la provincia, y el Cabildo aumentó sus propios recursos en proporción inesperada.

La colonización de la isla de Valenzuela, tan inmediata a la ciudad, proporcionaba desde luego, dos inapreciables ventajas: 1.a, el efecto moral y material que debía producir en esta apática y melancólica población el ejemplo de la actividad, del trabajo y de la industria alemanes; 2.a, el que los emigrantes encontrasen tan inmediato al punto donde debían

desembarcar, un centro seguro de apoyo, y aquella cordial acogida que siempre se dispensan entre sí los nacionales en un país extranjero, en donde todo para el recién llegado es nuevo: idioma, leyes y costumbres. Dábame también esta ocurrencia, tiempo para reconocer la provincia y recobrar la posesión de los terrenos fiscales y baldíos que con tanto descaro se disputaban al Estado.

Mientras yo practicaba estas diligencias reivindicadoras, que sólo dieron por resultado la adquisición de la misión de Cudico y Pampa de Negrón en el departamento de la Unión, y de la lonja riberana de terrenos que media entre Niebla y Cutipai, sobre la margen del Valdivia, extensión de terrenos que, separados por malísimos caminos, sólo alcanzaba a 683 cuadras, llegó otra expedición de emigrantes a bordo del *Susana,* a aumentar las dificultades de la situación ya reagravada por lo poco que habían durado entre los valdivianos los rasgos de generosidad que a fuerza de afanes habían comenzado a desplegar para con los recién llegados.

Tan pronto como partió el *Hermann,* el interés volvió los ánimos a su primer propósito, y los emigrados reducidos a las penurias de un estrecho sitio, fueron designados como otras tantas minas que debían explotarse. Terrenos que antes de su llegada yacían abandonados por incultivables, reconocieron todos dueños; cada dueño, o se negó a su venta, o subió su valor del nominal de cuatro reales cuadra, que no encontraba compradores, al monstruoso de peso vara en los contornos de esta ciudad; y aquellos que poco antes se compraron a bulto en cien pesos, se vendieron a los alemanes por favor hasta en dos mil. Más dificultades encontraban aún en la adquisición de sitios urbanos: reservábanlos sus dueños para venderlos mejor a los que viniesen después, como si recibiendo mal a los primeros pudiera razonablemente esperarse que viniesen más. Presumían que cada propiedad era un tesoro, y destruían la causa que les daba su valor, y era para ellos razón sin fundamento cuanto tendiese a impedir que devorasen la semilla si querían esperar pingües cosechas.

Téngase presente que las ventajas de la inmigración la empezaron a palpar desde el instante en que ella se inició en Valdivia, porque como no todos los inmigrados que llegaron en el *Hermann* fuesen agricultores, sino también artesanos e industriales, apenas se les vió llegar cuando comenzó Valdivia a comprar bueno y barato, en su propia casa, lo que días antes tenía que comprar caro y de engaños y mala calidad fuera de ella.

Alojé a 102 emigrados que condujo el *Susana* como Dios

y algunos buenos vecinos me ayudaron, para que pudiesen esperar con menos afán el repartimiento de aquellas tierras de promisión de las que sólo rastros se encontraban en los contornos de Valdivia.

Los inmigrados, llegados en el *Hermann* y en el *Susana*, así como los demás que se esperaban en el *San Paoli*, en el *Adolfo* y otros buques expedidos por la casa Godefrai de Hamburgo, no eran simples japoneses que abandonaban su patria atraídos por el precio que nosotros dábamos al trabajo jornalero; muy al contrario, cuantos vinieron y siguieron viniendo fueron todos industriales más o menos acomodados, que en vez de solicitar favores los dispensaban, exigiendo sólo, en cambio de ellos, que se les vendiese, por dinero, terrenos que hasta su llegada se habían considerado sin valor alguno.

Los archivos que acreditaban la trasmisión de propiedad hasta el primer ingreso de ese puñado de alemanes que condujo el *Hermann*, sólo daban señales de vida para consignar simples transacciones con supuestos propietarios indígenas, hechas todas a cuenta de licores, de tal cual peso fuerte y baratijas, de tendejones valorizados en mucho, para hacer que apareciese más legítima la propiedad adquirida; pero apenas llegaron los inmigrantes cuando ya comenzó el dinero a regularizar los cambios, y la industria a echar sus primeras raíces.

En sólo los cuatro meses corridos de diciembre del 50 a marzo del 51, ya se edificaban, en la aldea de Valdivia, ocho casas alemanas en sitios comprados a subidos precios; y dos propiedades rurales, igualmente compradas al contado, recibían por primera vez en los contornos del pueblo el bautismo del cultivo europeo (1).

El más pobre de cuantos vinieron, un tal Kott, muerto en el viaje, había tenido cómo pagar su pasaje, el de su mujer y el de sus dos hijos; cómo proveerse de un modesto ajuar, hacerse de herramientas, y aun de conservar algún sobrante para los primeros gastos de instalación. Entre los inmigrados vinieron capacidades como Philippi, Schneider, Anwandter; industriales como nunca habían venido a Chile y muchos capitalistas, que por sí, o a nombre de algunas sociedades europeas, vinieron con el propósito de hacerse de terrenos para fundar colonias en ellas.

Era, pues, la inmigración para Valdivia la benigna visi-

(1) Fueron los propietarios de sitios adquiridos sin previo auxilio del Gobierno: Ebner, Lechler, Kayser, Ribbeck, Hornikel, Hoffmann, Haebler, Yneffer, von Zusch y Krugen.

ta que le hacían las luces, las artes y las riquezas materiales, para sacarla de la postración en que se hallaba.

Padecemos en Chile manía de saberlo todo, y de comezón de criticar cuanto no concuerda con nuestro universal saber. Tratándose de medidas económicas, Chile es el país jurado de los economistas; si es de las concernientes a la guerra, o a las de la marina, todos somos generales, o por lo menos almirantes; no es, pues, extraño que, tratándose entonces de inmigración, todos se convirtiesen en colonizadores.

Los valdivianos querían inmigrados a quienes vender por diez lo que les había costado uno; los hacendados del norte, brazos gañanes que abaratasen los de sus inquilinos; para los acaudalados santiagueños, todo lo que no fuese fomentar la venida de cocheros y cocineros era dinero perdido; para los mineros del norte, de nada servía la inmigración si no se componía de barreteros, y por último, hasta el celo exagerado por la unidad de religión vino también a terciar en esta general algazara.

Entre los diarios y ridículos episodios que surgieron en los primeros tiempos de nuestro común afán colonizador, sólo escogeré, para contarlo, uno que puede servir de lección y de ejemplo, no sólo a los futuros colonizadores, sino a todo hombre religioso cuya candorosa virtud le expone a aceptar la apariencia por la realidad, el hábito por el monje, el tartufo por el verdadero siervo de Dios.

El conocido naturalista Domeyko, hombre de fe sincera y celoso observante de los preceptos religiosos que impone a los cristianos la Iglesia Católica Romana, escribió también su memoria sobre colonización; y como en cuanto se escribía sobre este importante tema cada cual pedía para su santo, pedía el autor que sólo se buscasen católicos y no disidentes para nuestras colonias. Como prueba de la importancia de semejante indicación, tuvo cuidado de insertar en su memoria la carta que un tal Muschgay, católico de Wurtenberg, había escrito a la *Excelencia* de Chile, solicitando en ella concesiones y terrenos para fundar en la República, bajo el amparo del Gobierno, una colonia católica.

Decíase en esa carta, que por lo sumiso de su estilo, y por la beatitud de sus propósitos arrancó al honrado Domeyko tan sinceros elogios, entre otras cosas, en resumen lo siguiente: que vendrían treinta familias católicas, que ninguno de sus miembros se habían mezclado en asuntos políticos, que todos gozaban de buena reputación, y que en cuanto a pureza de costumbres se hacían responsables todos por cada uno y cada uno por todos; pero que en cambio

exigían que la colonia se colocase cerca de alguna *iglesia católica*.

Otra carta por este estilo, pero más explícita, del mismo director de la futura colonia modelo, llegó a manos de la misma *Excelencia* con fecha 10 de abril del siguiente año, y en ella el simple y modesto administrador de bosques de Wurtenberg aparecía, como por encanto, convertido en diestro minero, en gran agrónomo capaz de dirigir escuelas de artes, y sobre todo en profesor de *religión católica*. Este tunante de tomo y lomo, que sólo creyó encontrar en Chile fanáticos o inocentes a quienes explotar, tuvo cuidado, para dar más peso a su misiva, de firmarla, ¿dónde creen mis lectores que lo haría?... ¡en el interior de un claustro! A su descarada firma "O. Muschgay", precedían estas textuales palabras: "Monasterio de Zwifalten, del reino de Wurtenberg, abril 10 de 1850".

Muschgay llegó a Valdivia en el bergantín *Susana*, no acompañado de los 20 exploradores que según sus cartas debían formar la vanguardia de su católica colonia, sino de sólo 14 individuos, que tal vez fueron los únicos copartícipes de su proyecto que encontró a mano antes de embarcarse, y al momento solicitó de mí una audiencia que le fué desde luego concedida. Era éste un hombre robusto, más bien alto que bajo, de poblada patilla y pelo negro. Daba poco los ojos, porque probablemente la modestia le hacía bajar la vista. Noté en él cierta disimulada afectación para lucirme las cruces de metal que llevaba por botones en el pecho de la camisa, y dos calaveras de marfil colocadas en los ojales de los puños.

A pesar de la mala impresión que me dejó esta visita, cumplí, bien que protestando, los ofrecimientos que el Gobierno, movido por los escritos de Domeyko, había hecho a este heraldo de modelos de colonias católicas. Puse a su disposición, con perjuicio de los demás inmigrados, el mejor terreno que tenía, y ni siquiera aportó por él. Le di local y útiles para la escuela, y ni la asistió, ni los niños asistieron a ella. El comensal del monasterio de Zwifalten, del Reino de Wurtenberg, iba a juego más grande. En vez de ocuparse de algo de lo que le concernía al cumplimiento de sus ofertas, se ocupaba de idear los planes y proyectos más descabellados: entre ellos tengo uno a la vista en que proponía al Gobierno perforar, por su base, los Andes para llegar más pronto a Buenos Aires.

Mas como en este mundo todo se acaba, apestado el agente de Colonización con los diarios oficios y proyectos de

Muschgay, le intimó orden de vacar a sus quehaceres, y de abstenerse en lo sucesivo de agregar a su apellido, en sus oficios, el sobrenombre de católico, que nunca olvidaba poner como verdadero complemento de su nombre.

Muschgay desde ese día se eclipsó de Valdivia, donde no encontró chorlitos a quienes embaucar, y con la memoria de Domeyko en la mano fué a arrojarse a los pies de nuestro buen prelado el Arzobispo de Santiago, como víctima de la malquerencia del hereje Agente de la Colonización, quien sólo por ser cristiano le perseguía. Entróse en el corazón del honrado y modesto príncipe de nuestra iglesia, y con semejante llave, en el de los amigos de éste, y a los pocos meses se le vió, con general admiración, llegar a Valdivia convertido en altanero negociante, a cargo de un vapor, e investido de los plenos poderes que, para adquirir vastas propiedades territoriales, le había confiado la opulenta familia Larraín y Gandarillas de Santiago, sin más recomendaciones ni garantías que las que él mismo se supo deducir de su envidiable título de cristiano perseguido.

El resultado no podía ser dudoso. Derrochados los bienes que se le habían confiado, convertido el vapor en lupanar, los giros que en medio de la embriaguez enviaba ese tunante a sus espantados socios de Santiago, obligaron a éstos, aunque tarde, a trasladarse a Valdivia, a valerse del hereje Agente para arrancar de las uñas de mi antigua y supuesta víctima los jirones que aún quedaban de tan mal empleada fortuna, ¡y para colmo de desgracias, los inocentes habilitadores y socios del honrado Muschgay tuvieron el dolor de ver ahogarse en el Valdivia a uno de sus hermanos!

¿Qué hizo entonces el católico gerente? Presentó a los Larraín, en una hoja de papel de marquilla, por toda cuenta y razón de los bienes que habían pasado por su mano, un jeroglífico lleno de cuadritos con distintos colores, sobre los cuales, ya perpendiculares, ya al sesgo, se veían rengloncitos y números que nadie pudo comprender, y mientras que sus socios se daban a Barrabás con lo que estaba pasando, Muschgay, que se había dejado crecer la melena, se metió en la indiada de Pitrufquén. Seguro de la impunidad allí, dijo que la religión araucana era la más perfecta de todas las religiones, casó allá con cuantas mujeres pudo, y desde entonces no se volvió a oír hablar más de él. ¡Pobre religión, de cuántos abusos no eres víctima! Así como tras la cruz suele encontrarse el Diablo, tras la voz virtud se encuentra casi siempre el falso religioso.

Antes de principiar la relación de mis correrías por el

interior de la provincia, preciso es dejar aquí consignado, por ser este su legítimo lugar algo que se relaciona con el motín del cuartel que, encabezado por el feroz Cambiaso, el 21 de diciembre de 1851 en Magallanes, horrorizó al país entero y privó al propio tiempo a la marina chilena, con el desleal asesinato de Muñoz Gamero, de una de sus más calificadas esperanzas.

Era yo Intendente de Valdivia aquel mismo año, y por desgracia los asuntos políticos y los de la colonización habían obligado al Gobierno a separar los deberes de la Comandancia General de Armas de los de la Intendencia, cuando ancló en el puerto de Corral, de tránsito para el presidio de Magallanes, un transporte del Estado que conducía reos rematados y un piquete de soldados de artillería a cargo del tristemente célebre chilote teniente Miguel José Cambiaso. He dicho por desgracia, porque si mis derechos de Intendente no hubieran encontrado contrapeso en los del Comandante General de Armas, Cambiaso hubiera permanecido mucho tiempo confinado en el presidio de la fortaleza de Niebla, y los anales del crimen no aumentarían como ahora sus sangrientas páginas con el relato de atrocidades cuyos antecedentes ocurridos ante mí en Valdivia, paso a referir:

Cambiaso supo aprovechar tan bien la corta estadía del transporte en el Corral, que ya desde el día siguiente de su llegada comenzaron a circular tantas noticias de los desórdenes que el tal militar promovía en Valdivia, donde parece que había residido antes por algún tiempo, que alarmado pregunté al ex Intendente don Juan Francisco Adriasola si tenía alguna noticia de semejante loco. Don Juan Francisco me contestó con amarga congoja: "Ese que usted llama loco, tiene más de pillo que de loco; es un tuno de tomo y lomo, cuyos pecados veniales nunca han sido otros que el jugar, petardear, beber y enamorar, todo con el mayor descaro y sin tasa ni medida; y no me pregunte más. Ese tal, sin el cargo que lleva, yo no sé por qué, iría bien a donde va, bien amarrado".

La víspera de la salida del transporte en que debía continuar su viaje ese dechado de virtudes y cuando menos esperaba yo que algo siquiera viniese a interrumpir la insulsa monotonía de mi despacho diario, precedida de algunos destemplados alaridos, entró precipitada en mi sala de trabajo una mujer del pueblo, que con voz convulsa y dolorida me dijo llorando: "¡Señor, el teniente Cambiaso, aprovechando una ausencia de mi casa, me ha robado a mi única hija y la tiene escondida a bordo, junto con mis baulitos de ro-

pa y con cuantas pobrezas tenía economizadas para mi sustento".

Tranquilizada aquella infeliz, ocho horas después de bien cerciorado de lo que pasaba, había sido traída al nido materno la inocente paloma que había pensado alzar el vuelo hacia las regiones australes, y el seductor esperaba con una barra de grillos en la fortaleza de Niebla la iniciación de la causa que mandé que se le formase.

Cambiaso, viendo lo que se le esperaba, ocurrió invocando el fuero militar, al Comandante General de Armas, al pundonoroso y confiado coronel don Benjamín Viel, que desempeñaba a la sazón ese destino, y desde entonces mi propósito quedó frustrado.

Para qué referir las discusiones verbales de competencia a que dió lugar este incidente entre Viel y yo, discusiones que hasta con gusto referiría por su originalidad, si el haber salido yo mal en ellas no hubiera motivado la catástrofe de Magallanes. Recuerdo, entre otras cosas, que Viel me dijo para determinarme a silenciar lo que ocurría, después de hacerme ver que mis deberes de simple Intendente debían detenerse en el punto en que el asunto estaba, que la palabra rapto era una arma de dos filos, "y si no, agregó sonriéndose, dime, buen Vicente: cuando hay rapto, ¿quién es el robador y quién es el robado? ¿Es el hombre el que se roba a la mujer, o es la mujer la que se roba al hombre?"

Cambiaso se descartó del robo atribuyendo el hecho a su querida, y del rapto, ¡cargándolo en cuenta a la juventud! Ese perdido, merced a Viel, siguió su viaje, y fué el que encabezando el motín del cuartel en el que corrieron parejas el licor y la sangre, asesinó al bizarro y valiente comandante don Benjamín Muñoz Gamero, que era una de las más puras esperanzas de nuestra marina de guerra. Viel, al recibir la noticia de esta catástrofe, lleno de despecho y de amargura, porque tenía a Muñoz Gamero el cariño de padre, se lanzó precipitado en busca mía, y con lágrimas, echándome los brazos, me dijo: "¡Yo no más tengo la culpa de esta desgracia! ¡Yo debí haber hecho escupir sangre a ese malvado antes de dejarle continuar su viaje!"

CAPITULO XXI

Viajes al interior de la provincia.— Laguna de Llanquihue.— Incendio de las selvas de Chanchán.— Mi naufragio en la laguna.— Peligroso descrédito de la colonización en Chile.— Cómo se salió de tan duro trance.— Exploraciones de los canales de Chacao y seno de Reloncaví.— El Callenel.

Salir cuanto antes de la situación indecisa en que me encontraba, era de todo punto necesario, pues, vista la actitud de los detentadores de terrenos, aún estaba por resolverse el problema de si podría ser Valdivia el primer asiento de las colonias en Chile.

Instalados los recién llegados inmigrantes en las casamatas del antiguo castillo del Corral, repartidos entre algunos de ellos los malísimos terrenos de Cutipai y tal cual otra aislada orilla del río de Valdivia, orillas que por lo inútiles nadie disputaba y que yo cuidé de adjudicar sin precio alguno, para que los inmigrados esperasen con menos desagrado la venida de aquellos terrenos que, según noticias, debían salirles al encuentro, marché sin más esperar, para el interior.

La caravana era puramente exploradora. Ni yo ni los hijos del norte sabíamos a punto fijo lo que era entonces la dichosa provincia de Valdivia, salvo la vulgar creencia de que era grande, en extremo despoblada y que llovía en ella 370 días de los 365 de que consta el año; y tanto era así, que en los momentos de emprender el viaje acababa de recibir del señor Ministro don Jerónimo Urmeneta, un oficio en el que me decía que habiendo sabido con sentimiento que en la provincia no se daba el trigo, creía llegado el caso de decirme que le parecía conveniente comenzar a tomar medidas prudenciales para la traslación de los inmigrados al territorio de Arauco.

Acompañábame en la expedición el modesto y muy entendido ingeniero don Guillermo Frick, alemán y antiguo vecino de Valdivia y comisionado por el Gobierno para la ave-

riguación de los terrenos fiscales de la provincia, y a más, dos de los inmigrados recién llegados.

Salimos embarcados del pueblo de Valdivia, por ser la vía fluvial el único camino que entonces conducía a Futa, especie de estación donde deja de ser perfectamente navegable el rio de este nombre, que es uno de los tributarios del Valdivia. Maravillan, en este corto trayecto, las tranquilas y transparentes aguas del río; la exuberante vegetación, que nace desde las mismas aguas, sin dejar una sola pulgada de playa donde sentar pie; la sombra de los árboles colosales que se inclinan sobre el río, cubiertos de cenefas de copihues que se balancean sobre las embarcaciones, y los muchos manzanares silvestres que a cada paso, bien que cubiertos de lampazos parece que disputaran a los bosques su lozanía.

En Futa ya, montamos a caballo para bregar con los caminos, o mejor dicho, con las sendas más tortuosas y llenas de sartenejas que es posible imaginar, y siempre a la sombra de la tupidísima selva que separa el valle de la costa del central. A poco andar nos encontramos con una importantísima barranca en cuyo abierto centro estaba a la vista un poderoso lecho de carbón de piedra que, según me dijo, no se explotaba por falta de brazos y de caminos, dificultades que en mi concepto hubiera sido muy fácil vencer.

El primer aspecto de Valdivia revela muy poco a los ojos del recién llegado cuán hermosos e importantes son sus campos del interior para la agricultura y para las artes. Los bosques intransitables que ocupan las dos terceras partes de aquel territorio sólo ostentan su maravillosa lozanía en la costa y en la base de los Andes. El centro que media entre una y otra de estas dos sombrías zonas, confín austral del valle del centro, que partiendo del pie del contrafuerte de Chacabuco, se extiende, sin interrupción, hasta las aguas de Chacao, ofrece en Valdivia, por todas partes, terrenos limpios sometidos a la benéfica influencia de los rayos directos del sol. En Osorno se producen, a excepción de la vid, todos los frutos de los países templados; y si el trigo no se exportaba entonces, como ya se ha dicho, era porque hacía más cuenta llevarle por mar de Valparaíso al Corral, que de Osorno y de la Unión al mismo puerto: tal era el perverso estado de sus caminos.

Salidos de la espesura y de los bosques de la costa, pudimos galopar en las preciosas y despejadas planicies del valle central hasta llegar a la pequeña aldea de la Unión, condecorada entonces con el título de cabecera de departamento.

Era entonces Gobernador de aquel aduar don Eusebio

Ríos, excelente y activo campesino para quien, mandando la autoridad, no había imposibles. Oyó mis quejas de cómo se portaban en Valdivia con los recién llegados, y al momento nos sobraron terrenos de que poder disponer en su departamento, aunque, por desgracia, el estado de los caminos no me permitió utilizarlos.

Dejé en la Unión, recomendados a Ríos, a los dos alemanes recien llegados y proseguí mi marcha para Osorno. No tardamos en encontrarnos con la para Chile impotente vía fluvial que lleva el nombre de Trumag. El influjo de las mareas en esa hermosa ría se hace sentir muy tierra adentro en el valle central, bien que no mezcla las aguas marítimas con las del río en esos puntos; pero como las contiene, las hincha a tal extremo que las embarcaciones suelen pasar por sobre las copas de los árboles sumergidos en las épocas zizigiales.

Llegado a Osorno, este pueblo de tradiciones y digno de estudio no llamó en manera alguna mi atención, pues ocupada por completo mi imaginación en adquirir terrenos fiscales para salvar los compromisos del Gobierno, y con la salvación de ellos a la misma inmigración, sólo dediqué los días que allí estuve en aprovechar la feliz circunstancia de que aún no había tomado cuerpo en esos lugares la idea de disputar al Estado sus terrenos, para hacerme de cuantos pude.

Pero esto no pudo bastarme, porque los terrenos adquiridos carecían de aquella unidad indispensable para un establecimiento colonial de alguna importancia. Era necesario, además, para utilizarlos, abrir caminos, y su extensión no los hacía merecedores de esa costosa mejora.

Informes maduramente recogidos me convencieron de que sólo podía encontrar lo que deseaba, en el corazón mismo de la inmensa y virgen selva que, extendiéndose desde Ranco, cubría la extensa base de los Andes hasta sumir sus raíces en las salobres aguas del seno de Reloncaví.

De esa sombría región, sólo los indios podían dar tal cual cabal noticia, por ser de todo punto imposible penetrar en ella sino a pie y abriendo, a fuerza de machete por entre esas enramadas, angostísimas veredas, que la fuerza de la vegetación y la caída de los ganchos no tardaban en borrar.

Impuesto de que a poco caminar hacia el SE. de Osorno debía encontrarme con la zona occidental de esa selva, cuyo centro ocupaba la laguna de Llanquihue a pesar de cuanto hizo el Gobernador para disuadirme del propósito que concebí de penetrar en ella, salí para ese temido lugar acompañado con el señor Frick y con dos indios prácticos.

Alojamos en un lugar que llamaban El Burro, y al día siguiente, con la madrugada, penetramos con más resolución que fuerza física, en aquella ceja de cinco leguas de ancho, de un bosque tan espeso, que ni las cartas podían leerse a su sombra. Las raíces entrelazadas, los matorrales espinosos, los quilantales unidos a los troncos con poderosísimas lardizabáleas, y el piso fangoso y lleno de charcos sobre los que formaban techos hojas podridas que a cada paso nos hundían, opusieron a nuestra marcha a pie la más seria resistencia; pero al fin llegamos, bien que molidos y casi arrepentidos de nuestro jactancioso arrojo, al lugar de nuestro destino, al cabo de siete horas de la más endiablada brega.

Pero todo aquel malestar, todo el cansancio se tornó en entusiasmo y alegría cuando, saliendo de repente del obscuro recinto de la selva, se presentó a nuestra vista, sin transición ninguna, el más espléndido panorama.

Fué aquello como alzar un telón de teatro que transforma en el cielo una decoración de calabozo.

Encontrábame como por encanto en la margen occidental del gran lago de Llanquihue que, semejante a un mar, ocultaba en las brumas del norte y del sur, el término de las limpias aguas que tranquilas entonces, parecía que retozaban a mis pies, por entre las raíces de los robustos árboles que orlaban la playa donde nos detuvimos. La pura atmósfera del oriente hacía resaltar con el azul del cielo los más delicados perfiles de las últimas nieves que coronaban las alturas de Pullehue, de Osorno y de Calbuco, conos volcánicos que alzándose al poniente del Tronador, de donde se desprenden, parecía que alineados se miraban en las aguas del lago.

El gran fango de humus vegetal que tenía todo el terreno que acababa de recorrer, aunque en muchas partes parecía aquello una marisma, descubría, tan sin esfuerzo, cuánto partido podría sacar de esos lugares la industria agrícola, que, a pesar del cansancio y la carencia de provisiones, resolví no regresar antes de explorar, siquiera durante un par de días más, tan interesantes campos.

Acompañábame un tal Juanillo o Pichi-Juan, indígena borrachón, tan conocido como práctico de las más ocultas sendas de los bosques y genealogista, además, para atestiguar a quién de sus antepasados pertenecían los terrenos que solían adquirir a hurto los valdivianos.

Aseguróme Pichi-Juan que no nos moriríamos de hambre, y en cuanto no más concluyó de formarme con su machete una cómoda enramada, hizo fuego y se alejó para vol-

ver un cuarto de hora después con gran cantidad de avellanas y cinco panales de riquísima miel que había sacado de las oquedades de los árboles. El suelo de los contornos del lago se encontraba, textualmente hablando, empedrado con avellanas, y la miel en todas partes.

El grande abejarrón chileno que vemos con tanta frecuencia zumbando por entre las flores de nuestros jardines, no fabrica cera como la abeja europea. La miel que acopia es transparente y líquida, y las vasijas en que la deposita son alvéolos regulares simétricamente colocados, hechos de fibras vegetales tan estrechamente unidas, que no dejan escapar ni un átomo de la miel que se deposita en ellos. Este interesante insecto que tal vez el arte y el tiempo logren domesticar, defiende, como el europeo, su propiedad, y cuando no la puede rescatar con la violencia de sus lancetazos, lo hace con la astucia. Había yo dejado dos panales llenos de miel cerca del lugar donde rendido por el cansancio me sorprendió el sueño, y al despertar no encontré en ellos ni una sola gota de miel; el tejido cañamoso de los panales conservaba el más grato olor a flores. Para averiguar si contenía cera, le hice hervir al fuego en una escudilla de lata, y como del hervor no resultase ni vestigios de ella, para poder examinarlo con más detención, después de estrujarle, le guardé bajo un sobre de carta en el bolsillo de mi paletó.

Recuerdo que abriendo dos años después un baúl donde yo colocaba la ropa inválida, me sorprendió el olor a flores que de él salía, y que, procurando averiguar la causa de tan singular fenómeno, ese olor provenía de los panales olvidados, siendo de notar, a más, que no se encontraba en la ropa de paño ni un solo rastro de polilla.

Como no podíamos recorrer ni aun el trecho de cien metros por la orilla de la laguna, a causa de algunos ribazos y, sobre todo, del bosque, que en los bajos fondos se adelantaba mucho aguas adentro, hicimos con un tronco carcomido una canoa, y sin más que vaciarle y tapar con *champas* sus dos abiertos extremos provistos de cascarones de árboles por remos, nos metimos al día siguiente don Guillermo Frick y yo en el tal bajel, y llenos de contento emprendimos la tarea de salvar por agua el gran ribazo que se oponía a nuestras exploraciones.

Todo favoreció, al principio, esta singular calaverada.

Radiaba con todo su esplendor el sol de la mañana, ni la más leve brisa perturbaba la luna del verdadero espejo sobre que navegábamos, así es que, salvo el cansancio que nos dió el hacer andar con tan buenos remos nuestro hueco tronco,

doblamos sin novedad, al cabo de dos horas, la puntilla que, impidiéndonos el paso, nos ocultaba el más pintoresco y agreste puerto de aquel pequeño mar Mediterráneo. La hondura de sus aguas nos pareció, porque no llevábamos más sondaleza que los astillones que nos servían de remos, capaz para embarcaciones de algún calado, y la configuración de sus boscosas costas, propias a defender el ancladero contra la acción de los vientos cardinales del compás; pero sus playas estrechadas contra el agua por lo tupido del bosque, no tardaron en convencerme de que toda exploración orillando la laguna por tierra sería por entonces excusada. Ocupámonos, pues, de hacer una gran provisión de huevos de aves acuáticas que encontramos entre las espadañas de algunas islitas que adornaban las aguas del puerto, y al entrarse el sol salimos en demanda de nuestro alojamiento. Pero todo lo que era paz y calma dentro del puerto, era guerra y tormenta fuera de él. La ola que levanta el viento en la laguna es siempre peligrosa; mas, como cuando nosotros vinimos a conocer la imprudencia que cometimos al abandonar el puerto ya era imposible tornar a él, fué, pues, preciso resignarnos a esperar de la merced del viento y del acaso lo que no nos era ya dado esperar de nuestros inútiles esfuerzos. Allí nos sorprendió la noche, obscura como nunca. Empapados con las olas, achicando el agua con los sombreros, y cuidando con la mayor ansiedad no se destapase alguno de los dos extremos del tronco cuya conservación a flote era nuestra única esperanza, ya la perdíamos del todo, cuando en medio de una reventazón, cuyo estruendo no comprendimos, una ola, volcando el malhadado tronco, se lanzó con sus mal andantes pasajeros sobre los pedrones de una playa.

Cruel noche nos esperó, por cierto. Mojados como estábamos, sin fuego y sin abrigo, porque nos encontrábamos entre un ribazo y el agua, recibiendo directamente el aire que nos venía de la cordillera, y sin más camas que hojas de nalca colocadas sobre el puntiagudo ripio de la playa, pasamos aquella noche de recuerdos.

La hoja de nalca, o pangui, como la llaman en el norte, excede en tamaño los límites de la ponderación en Llanquihue. Las hojas que desprendimos de una nalca que se alzaba al pie del ribazo de los náufragos, fueron medidas por el ingeniero Frick a mi vista. Sólo los brazos podían, es cierto, servirnos de vara en nuestro alojamiento, y una de las hojas midió tres varas y cerca de cuarta de diámetro; lo cual referido por mí después, no atreviéndose a decirme que mentía, el bueno de mi interlocutor improvisó la palabra *poesía*.

Con la extraordinaria dimensión de algunos troncos sucede otro tanto y los que deseen ver *poesía* no tienen más que alejarse un poco de Puerto Montt por el camino del Arrayán, y verán sobre el corte transversal de un alerce colocado en alto, el más poético jardín.

Al venir el día supimos por un indio que nos buscaba, que no distábamos mucho de nuestro primer alojamiento, y curados del prurito de los descubrimientos pero llenas las cabezas de proyectos, tornamos a movernos hasta llegar a El Burro y de allí a Osorno.

En mi tránsito ofrecí a Pichi-Juan treinta *pagas,* que eran entonces treinta pesos fuertes, por que incendiase los bosques que mediaban entre Chanchán y la cordillera, y me volví a Valdivia a calmar el descontento que ya comenzaba a apoderarse de los inmigrados, los cuales no sabían qué hacer de sus personas en el provisorio alojamiento donde, por falta de terrenos, les había yo dejado.

Mi llegada produjo el inmediato repartimiento de los terrenos baldíos de Osorno y de la Unión, lo cual llenó a todos de contento. Vi también con gusto que muchos de los más acaudalados inmigrados habían comprado sitios y estancias en las cercanías de Valdivia, y que, animados con mis informes, se disponían a hacer otro tanto en el interior, confiados en que pronto se abrirían los caminos que, a nombre del Gobierno, les tenía yo ofrecidos.

Valdivia es una de las regiones de Chile donde con más frecuencia llueve, sin que por esto caiga allí más agua que la que cae en Colchagua; por esta razón se nota en aquella provincia el singular fenómeno de verse siempre el sol, aunque por pocos instantes, en todos los días del año, aunque fuere en pleno invierno. Esta singularidad ofrece a cada rato al pintor paisajista y al observador de las bellezas de la naturaleza, contrastes de increíbles efectos de luz y de sombra. Hay ocasiones que diluvia en la mitad de un árbol, al mismo tiempo que en la otra mitad se ve radiante el sol.

Hacía ya tres meses que el disco de este astro, siempre puro allí cuando se deja ver, aparecía empañado. Pichi-Juan había dado, desde entonces, principio a la tarea de incendiar las selvas que ocupaban gran parte del valle central al SE. de Osorno. El fuego que prendió en varios puntos del bosque al mismo tiempo el incansable Pichi-Juan, tomó cuerpo con tan inesperada rapidez, que el pobre indio, sitiado por las llamas, sólo debió su salvación al asilo que encontró en un carcomido coigüe, en cuyas raíces húmedas y deshechas pudo cavar una peligrosa fosa. Esa espantable hoguera,

cuyos fuegos no pudieron contener ni la verdura de los árboles ni sus siempre sombrías y empapadas bases, ni las lluvias torrentosas y casi diarias que caían sobre ella, había prolongado durante tres meses su devastadora tarea, y el humo que despedía, empujado por los vientos del sur, era la causa del sol empañado al cual durante la mayor parte de ese tiempo se pudo mirar en Valdivia con la vista desnuda.

Tan pronto como cesó de arder aquella hoguera, fué preciso emprender otra y más detenida exploración por los lugares que había franqueado el fuego en el departamento de Osorno. Recorrí, pues, en ellos con encanto todos los terrenos que yacen al norte de la laguna de Llanquihue. La anchura media de los campos incendiados podíase calcular en cinco leguas, y su fondo en quince. Todo el territorio incendiado era plano y de la mejor calidad. El fuego, que continuó por largo tiempo la devastación de aquellas intransitables espesuras, había respetado caprichosamente algunos luquetes del bosque, que parecía que la mano divina hubiese intencionalmente reservado para que el colono tuviese, a más del suelo limpio y despejado, la madera necesaria para los trabajos y para las necesidades de la vida.

Puesto en aquel lugar, intenté penetrar hasta la laguna, y no pudiéndolo verificar por el norte, por lo enmarañado del bosque que me separaba de ella, procuré hacerlo por las inmediaciones del Maullín.

La disposición en que se encontraban los terrenos que rodeaban la laguna podíase considerar como compuesta de tres fajas concéntricas, perfectamente demarcadas por su naturaleza. La exterior, que tendría cinco leguas de fondo en la línea de su radio, era inferior en calidad a las otras dos; su suelo quebrado, pedregoso y en ocasiones de muy poco fondo, apoyado sobre un extenso lecho de cancahue, estaba cubierto de extensas selvas y de tan tupidos quilantales, que sólo podía transitarse en él a pie y abriendo a machete una estrecha bóveda que apenas dejaba percibir la luz. La naturaleza de este terreno mejora visiblemente a medida que se acerca a la laguna; su vegetación era más frondosa, y sus pastos más suculentos. La intermedia que aquí llaman *Ñadi,* es una vega hermosísima despejada de árboles y cubierta del colihue enano, de coirón y de otras gramas preciosas para forraje, que pueden dar a los ganados una prolongada primavera. Puede tener como una legua de ancho, y en su curso, alrededor de la laguna, la interceptan varias alturas cubiertas de bosques. Su terreno, arcilloso en los claros, es de excelente calidad en las alturas. Estos bajos, como todos

los del país, aparentísimos para los ganados en verano, no lo eran tanto entonces para la agricultura, por carecer de salida las aguas en el invierno; pero este mal era, como se vió después, junto con la presencia de los pobladores, de fácil remedio. Tras esta vega siguen las alturas planas y feraces que, en una faja de tres leguas de ancho, forman el ámbito de las aguas.

Suponiendo, pues, que éste sea, como generalmente se asegura, de 30 leguas, y la anchura media de la faja de terrenos fiscales que le rodea de 5, podía decirse que el Estado poseía entonces en estos terrenos de circunvalación, y en los despejados por el incendio, más de 200 leguas de campos planos vírgenes y arables, que poder repartir entre los inmigrados.

Excuso enumerar las ventajas que ofrecía al agricultor aquella pampa cubierta de cenizas, sobre cuyas plomizas llanuras se alzaba aún tal cual gigante de la vegetación carbonizada y casi devorado por las llamas. Servíanle de límites al norte, selvas vírgenes de empinados robles; gruesas lumas, corpulentos laureles y tupidísimos quilantales, le cerraban por el lado del poniente; y los cipreses y los alerces, colosos de la vegetación austral, sólo esperaban en el sur la mano del hombre para retribuir con riquezas sus esfuerzos. Y como no siempre la alta vegetación es incuestionable prueba de la bondad del suelo que la sustenta, para patentizar esa bondad, parece que la naturaleza se hubiese esmerado en convertir en gigantes, allí, las plantas que se distinguen por su pequeñez en el norte.

El ñilhue, que sube a la altura de un hombre a caballo, ostenta un tallo tierno y jugoso, de dos pulgadas de diámetro; el arrayán, ese arbusto mimado de nuestros jardines, compite allí en altura con los más empinados pellines, y de su tronco pueden sacarse tablones hasta de una vara de ancho. He medido con el señor Guillermo Frick, a orillas de las pintorescas cascadas que caen a la laguna, como ya lo he dicho, hojas de pangui de diez varas de circunferencia.

Pero de nada podría servir, por de pronto, aquella fuente de riquezas entregadas a su soledad y apartamiento, si un camino cómodo y de barato trayecto no la ponía en inmediato contacto con un puerto que brindase seguridades a los navieros; porque una colonia, y esta verdad es preciso no perderla jamás de vista, no puede progresar sino de fuera para adentro. Internar de un repente al inmigrado al fondo de un desierto, por rico y feraz que este fuere, sin previa y costosas disposiciones para precaver los funestos efectos del ais-

lamiento, es tirarle a matar, o por lo menos a esterilizar su activa abnegación.

El inmigrado debe sentar, desde luego, su primera residencia en un puerto del desierto que debe poblar, y no mover un pie hacia adelante sin dejar el de atrás perfectamente asegurado.

Persiguiendo la realización de esta idea, repetí, a pesar de la inclemencia de la estación, mis viajes a los lugares incendiados, tomé algunas alturas y marcaciones relacionadas con el mapa de Moraleda, único de que pude entonces disponer, porque los de King y Fitz Roy eran sólo costaneros, y adquirí la grata presunción de que por lo menos el mar, si no un buen puerto, debía distar muy poco de la parte austral de la laguna, cuyos contornos se prestaban tanto a fundar en ellos la base de la colonia, sueño dorado del malogrado Philippi, y que en esos momentos lo era también del Gobierno.

Mas, como simples presunciones sólo indican y no aconsejan, resolví, antes de participarlas al Gobierno, proseguir en mi durísima tarea de adivinanzas más o menos antojadizas, mientras no dispusiese otra cosa el estado de mi salud; y como los bosques parecían colocados allí mismo donde más se necesitaban lugares despejados para establecer en ellos bases y demarcaciones, resolví buscarlas en el norte de la laguna; y como ni allí las encontrase, fué preciso emprender fragosísimos repechos por la falda occidental de la cordillera, que parecía elevarse desde las aguas de aquel pequeño mar mediterráneo, para poder apreciar, por lo menos a vuelo de pájaro, ya la forma gráfica de los terrenos incendiados, ya la forma y situación de la laguna, relacionada con puntos accesibles. Mandé, pues, construir, a orillas de ésta una embarcación, y mientras se trabajaba en ella, me dirigí con dos compañeros al simétrico cono del volcán de Osorno, cuya ascensión emprendí con no menos fatiga que resolución.

Si los viajes en regiones inexploradas tienen sus tormentos, tampoco faltan en ellos sus encantos. Propicio el cielo, se manifestó entonces despejado de sus frecuentes y lluviosas nubes, así fué que al llegar al segundo descanso de mi molesta ascensión, libre la vista para explorar con ella el horizonte, nada he encontrado en ninguno de mis viajes que me haya causado más contrarias impresiones que las que experimenté en esta ocasión. Pareciame que el valle central de la República en aquellas latitudes era un interminable rosario de poderosas lagunas separadas unas de otras por no menos poderosas cejas de bosques inaccesibles; y que al sur de la laguna de Llanquihue, que veía a mis pies, aparecía otra de no menor extensión, en vez del mar libre que buscaba, circuns-

tancia que venía a echar por tierra la exactitud del mapa de Moraleda, y junto con ella, hasta la esperanza que había concebido de la existencia de un próximo mar sin el cual era de todo punto imposible establecer colonias en un lugar con tantos afanes explorado. Parece que el cielo quiso probar mi constancia, prolongando el desencanto que se había apoderado de mi alma, al sostener los densos nubarrones que obscurecían a mi vista la región del sur, que ansioso consultaba; y confieso que ya mi ánimo, al que las dificultades más bien irritaban que vencían, comenzaba a flaquear, cuando un propicio claro de sol, azotando las aguas de la supuesta laguna del sur, hizo brillar a mi vista las blancas velas de las embarcaciones que la surcaban. Lo que veía no era laguna, era el mar que solícito buscaba, el seno de Reloncaví, cuyas aguas, desde la altura en que me encontraba, parecía que se confundían con las del lago de Llanquihue, pues sólo una estrecha ceja de bosque se interponía entre ellos.

Estoy seguro de que el buen Vasco Núñez de Balboa al descubrir desde las cordilleras del istmo americano las aguas del Pacífico, no tuvo más gusto que el mío al cerciorarme de que aquella supuesta laguna que acababa de dar al traste con mis dorados sueños, era, precisamente, la que debía prolongarlos y atraerlos al terreno de la realidad.

Contento como pudiera estarlo un niño, porque sólo los niños y los locos se pagan con los servicios que ellos mismos prestan que a nadie agradece, y llena de proyectos la cabeza, pasé en el rústico aposento que me proporcionó el hueco tronco de un gigantesco *coigüe*, la más envidiable y grata de las noches. El alba, que todo lo engalana, movió mi curiosidad con el pintoresco aspecto de una puntilla que parecía prolongar, aguas adentro de la laguna, la base del volcán de Osorno, y como tan franco punto de observación no podía dejarse atrás, me trasladé a él.

Tiene la naturaleza caprichos que, referidos, parecen sueños, sin que por esto se aparten de la realidad. Aquella puntilla no era otra cosa que el remate de un poderoso derrame de antigua lava que, habiendo penetrado aguas adentro colmando con su volumen la hondura, formaba un vasto muelle natural, cuyo extremo acantilado anunciaba suma profundidad. Parece que las lavas líquidas y candentes, al entrar en las aguas, se habían crispado, pues formaba con su repentino enfriamiento las más fantásticas figuras. Tenía aquel precioso muelle el aspecto de antiguas ruinas deterioradas por la acción del tiempo o desquiciadas por la de las raíces de la poderosa vegetación que compartía con ellas aquel terreno. Veíanse aquí y allí como arcadas destruídas y fantasmones de

lava mohosa cubiertos de helechos, a los cuales prestaba sin esfuerzo la imaginación formas de estatuas mutiladas; y no pocos coposos coigües, bien que carcomidos por la edad, daban claras muestras de que la erupción volcánica creadora de tan pintoresco paisaje debía contar más de cien años de fecha.

Para haberse detenido en aquel atractivo lugar, hubiera sido preciso no haber tenido ocupada la mente con las importantísimas ideas que trabajaban la mía en aquellos momentos; dejé, pues, a un lado la poesía, y como entraba a más tardar el mediodía, proseguí mi marcha hacia mi improvisado astillero, a donde llegué con mucha noche.

Pusímonos todos, al siguiente día, a tirar a concluir la construcción de la tosca canoa que dejé comenzada al emprender mi viaje, pues sin el auxilio de ella o el de un aparato flotante cualquiera que salvase la imposibilidad de recorrer por tierra las márgenes del lago, no se podía deducir si podría o no practicarse una vía marítima de circunvalación que, sirviendo de punto de partida a cada una de las hijuelas de terrenos por repartir que pensaba trazar alrededor de la playa, las pusiese a todas en mediato contacto.

Constaba el personal de mi comitiva exploradora de cuatro alemanes y de cinco de aquellos indígenas pacíficos que, sin dejar de tener caciques, hacían vida común con los hombres de origen europeo que residían en los afueras del pueblo de Osorno; y el lugar de nuestro alojamiento, situado en la margen septentrional de la laguna, distaría como cosa de milla y media al oriente de la caleta conocida hoy, sin saber por qué, con el nombre de Puerto Octay.

Concluído el trabajo de nuestra ridícula nave, hecha, como suele decirse, a *mocho de hacha*, así como el de un par de remos que más parecían palas de panadero que remos, se le acomodó una a manera de vela, con dos ponchos añadidos, y sin más esperar se lanzó al agua con general contento.

Acordamos salir al día siguiente, y por aprovechar del resto del que aún nos quedaba, mandé al señor Foltz con sus alemanes a una diligencia previa en los contornos, y yo me puse a ordenar mis apuntes custodiado por mis indios, que se entretenían en comer avellanas tostadas, sazonadas con la fragante miel que abundante produce nuestro abejarrón en aquellos lugares. Como una hora después de concluído mi trabajo y cuando más entretenido estaba dibujando en mi álbum el precioso panorama que tenía a la vista, una brisa tentadora que se levantó del norte comenzó a arrugar de un modo tan apacible y donoso la tersa superficie de la laguna, que no pude menos de admitir el envite, aprovechando la ocasión de probar las calidades marineras de mi atroz tortuga de ma-

cizo roble. Metíme, pues, en ella con un sobrino del conocido Pichi-Juan, y como otro indio rechoncho de mi comitiva dijese que él entendía también de barcos, por haber atravesado dos veces en bote el río Futa, hice también que se embarcase. ¡Desgraciados! ¡Ni él ni su compañero sabían nadar!

Empujados suavemente por aquella brisa engañadora que apenas hinchaba nuestros ponchos, y sin más afán que usar con parsimonia de nuestras palas panaderas para orientar la nave, en menos de un cuarto de hora nos encontramos como a cuatrocientos metros aguas adentro. Llegado con tanto descanso a esa altura, parecióme estar tan cerca de la hoy caleta Octay, que hasta pecado me pareció no visitarla desde luego, máxime cuando en ello ahorraba trabajo al siguiente día. Dirigíme, pues, a ella, adonde llegué muy tarde y no muy contento, por cierto, de las calidades marineras de mi malvado tronco, que si bien caminaba empujado de atrás por el viento, no había fuerza humana que lo obligase, no digo a contrastarlo, ni siquiera a ceñirlo.

Levanté el croquis del puertecillo, que bauticé con el nombre del malogrado marino Muñoz Gamero, nombre con que lo honré porque su situación indicaba que podía ser, con el tiempo, el punto más aparente que, por medio de un camino, pudiera poner en contacto al pueblo de Osorno con la futura colonia.

Estando avanzada la tarde, nos dimos de nuevo al poncho, por no decir a la vela, en demanda de nuestro alojamiento; pero apenas desembarazados del abrigo que nos prestaban un ribazo y los corpulentísimos árboles que lo poblaban, cuando se hizo de todo punto imposible el manejo de mi antediluviana embarcación. Quise volver para pasar aquella noche en tierra, pero lo quise tarde; arrié los ponchos y acudí a las palas; vano empeño, pues mis marinos no sabían remar, ni yo tenía fuerza para hacerlo. Aquel maldito tronco por instantes se iba con la fuerza del viento aguas adentro. Entró la noche, para mayor angustia, y al notar yo, con espanto, las olas bravías que nos azotaban empapándonos de agua, me asaltaba ya el presentimiento de la catástrofe de marras, en época que, con igual imprudencia, me eché a navegar con el ingeniero Frick, a bordo de otro tronco parecido al mío; cuando cogido este último a través por una de las furiosas olas que el viento levanta con tanta frecuencia en la laguna de Llanquihue ¡dimos en sus frías aguas la más peligrosa de todas las zambullidas! Pasada la primera impresión que el frío y el espanto me causaran, no quedó más recurso que tirar a alcanzar, a fuerza de brazos, la vecina playa; porque pensar en asirse de la volcada canoa que se alzaba y bajaba con la ma-

yor violencia, hubiera sido exponerse a ser aturdido por ella. Llegué a tierra donde así desfallecido me arrojó la ola; ¡pero solo! ¡Mis pobres indios no sabían nadar! ¡Qué noche aquélla! De lo demás que voy a referir sólo tuve noticia en el pueblo de Osorno, siete días después de esta desgracia.

Contáronme mis compañeros que, alarmados con mi ausencia, con la relación de mi imprudente salida contada por los dos indígenas que dejé en mi alojamiento, y con el mal estado de las aguas de la laguna, después de hacer fogatas y de disparar tiros toda aquella angustiada noche, echaron a andar con la primera claridad del día, rumbo al oeste, abriéndose a fuerza de machete paso por entre la enramada y obscura orilla de la playa, hasta que me encontraron tendido y como muerto al pie de un ribazo sobre la arena. Trasladáronme aquellos buenos y solícitos amigos, a fuerza de hombros, sobre una improvisada camilla que con sus propias ropas me hicieron, al pueblo de Osorno, donde según me dicen, se calmó el violento delirio que me agitaba; y si aún vivo, no sólo lo debo a mis pobres alemanes, sino también al incomparable y solícito empeño del señor doctor Juan Renous, que no se apartó de mi lecho hasta verme restablecido.

Cuando esta desgracia ocurría ¡quién lo creyera! los enemigos del progreso acechando en la culta Santiago los momentos de calumnias, para probar las desventajas de la inmigración extranjera, acusaban al agente de estar celebrando orgías con mujeres desnudas, a fuer de masón, ¡hasta en lugares sagrados! Pero éste no es el lugar que asigno al relato de esta inconcebible aberración del fanatismo estúpido y cuasi siempre mal intencionado.

Restablecida mi salud en el pueblo de Valdivia, volví con nuevo entusiasmo a mi interrumpida tarea.

Dos graves dudas se oponían desde luego a la realización del proyecto de establecer colonias en tan apartados lugares; era la primera, si los canales septentrionales del archipiélago de Ancud se prestaban o no a la fácil y segura navegación de embarcaciones de gran calado, y la segunda, si vencida esta dificultad, se encontraría o no en el golfo o seno de Reloncaví un puerto seguro que no distase mucho de los terrenos que debían poblarse. Puede deducirse la poca luz que me dieron los muchos informes que recogí sobre uno y otro punto, del tenor de las cláusulas 2.a, 3.a, 4.a y 7.a de las instrucciones que di por escrito al comandante de la *Janequeo*, D. Buenaventura Martínez, cuando recibió orden de practicar las exploraciones de los canales y la del seno de Reloncaví. Dice así: 2.a Llegado a San Carlos de Ancud, se pondrá en comunicación con el señor Intendente de aquella provincia, y después

de haber practicado cuantas diligencias juzgare necesarias para la adquisición de datos sobre los canales que deben guiarlo hasta el seno de Reloncaví, tomará a su bordo el mejor y más acreditado práctico de aquellas aguas, y dará principio a la exploración con toda la cautela que su prudencia le dictare.

3.a No serán inconvenientes la demora y la lentitud; lo que se requiere es el acierto.

4.a El señor comandante no aventurará la goleta en peligros conocidos; pero tampoco, cediendo al influjo de simples informes, dejará de acometerlos, y sólo desistirá de continuar en su propósito cuando la evidencia lo persuada de que con su insistencia expone la vida de sus marinos.

7.a Por punto general, el señor comandante no debe perder un momento de vista que del feliz resultado de la expedición que se confía a su celo y su patriotismo pende el futuro bienestar de las colonias del sur de la República, y que la honra de haberla emprendido refluirá sobre él y sobre sus intrépidos marinos.

Marchaban así las cosas cuando un conjunto de accidentes, muy comunes en todas partes, pero rarísimos en Valdivia, vinieron a poner en duro peligro el crédito de que comenzaba a gozar esta provincia en el extranjero.

En La Unión se habían perpetrado actos brutales de violencia contra la honra de la esposa de un inmigrado recién avecindado en aquel lugar.

En Osorno un cadáver alemán enterrado con imprudencia con sus anillos de oro, había sido exhumado y expuesto a la voracidad de los perros; y para remate de desgracias, en Valdivia, un excelente joven alemán que acababa de construir una de las primeras y más cómodas casas de las muchas que la actividad alemana levantaba en estos despoblados, y que había además mandado a Europa por sus padres y su prometida, fué asesinado a martillazos por uno de sus mejores peones, en el momento mismo en que recibía un adelanto de dinero que había pedido a su amo.

Llegaron a mi noticia tan inoportunos acontecimientos junto con una carta, cuyo contexto copio:

"¡Alto nacido!

"Si todos los chilenos fuesen como usted, Valdivia sería " para nosotros un verdadero paraíso; pero desgraciadamente " no es así. En La Unión violan nuestras esposas, en Valdivia " nos asesinan, y en Osorno ni aun el descanso del sepulcro " nos es permitido, pues se exhuman nuestros cadáveres para " que sean pasto de los perros!"

Como no se requiere mucho esfuerzo de imaginación pa-

ra deducir qué efecto podría producir en Alemania sobre el ánimo del que se proponía partir para Chile, una carta tan concisa cuanto dolorosa, no perdoné sacrificios ni diligencias para evitar que tales noticias llegasen sin compensación a su destino; y mientras se daban pasos para el inmediato castigo de semejantes crímenes, previendo que las primeras cartas que se escribiesen debían de ir precisamente colmadas de desaliento, hice circular que había proporción directa para Hamburgo y que esperaba se me entregasen sin pérdida de tiempo las cartas que se quisiesen escribir.

Hiciéronlo así, y un voluminoso paquete de comunicaciones pasó de manos de mis consternados hijos, porque me daban el título de padre, al cajón de una de mis cómodas, donde lo dejé esperando más oportuna ocasión para remitirlo a su destino.

No tardó ésta en presentarse; el asesino, preso y convicto, fué en el acto condenado a muerte; el violador resultó ser alemán, y los autores de la exhumación, unos despreciables indígenas, que sin otro objeto que el de hacerse de un anillo de oro, habían, a hurto de las autoridades, cometido aquel torpe desacato.

La vuelta de la expedición al seno de Reloncaví, el feliz éxito que coronó esa exploración, y la esperanza del pronto repartimiento de los afamados terrenos del interior que estaban tan inmediatos al mar como el mismo Valdivia, volvió el contento a los desconsolados alemanes, los cuales sabiendo por mí que había otra proporción para escribir por vía directa a Hamburgo, ¡escribieron llamando entusiasmados a sus deudos! No deseaba yo otra cosa. Uní estas cartas de aleluyas, a las lacrimosas que aun tenía reclusas en mi cómoda, y di con todas ellas juntas en la valija del correo.

El celoso comandante de la *Janequeo* había, en efecto, desempeñado el cargo que le fué confiado, con sumo tino y singular fortuna. Resultaba de su exploración que el canal de Chacao y sus tributarios, a través de los cuales suben y bajan las mareas que por la parte del poniente acrecen y disminuyen las aguas del seno de Reloncaví, podían ser navegados sin peligro atendible por embarcaciones de gran calado; que el seno de Reloncaví, al abrigo de todos los vientos del norte, era un mar tranquilo, llano y sin peligros ocultos, y que en la región O. de su término septentrional, se encontraba, al abrigo de la pintoresca isla de Tenglu, uno de los más seguros puertos de los infinitos que bañan las aguas de los archipiélagos de Ancud y de Guaitecas. Con este puerto, que llamé entonces Callenel, por ser éste el nombre del lugar y que, según el mapa del alférez de fragata don José de la

Moraleda, publicado en 1792, parecía estar como a cinco leguas de la margen austral de la laguna Puraila o Llanquihue, no sólo se salvaban las principales dificultades que hasta entonces se habían opuesto a utilizar aquellos despoblados en beneficio de un establecimiento colonial, sino que se abría a la exportación de los frutos del rico departamento de Osorno, el fácil y provechoso expendio de que hasta entonces habían carecido.

En efecto, mis repetidos viajes al interior y los activísimos trabajos de los ingenieros que el Gobierno había puesto a mi disposición, no tardaron en evidenciar que un camino de 21,570 metros entre el mar y la laguna, a través de la espesa ceja de bosques que separaba estas dos aguas, y otro de 48,804, entre el norte de la Laguna y Osorno, bastarían, el primero para poner en mediato contacto con el puerto todos los productos del vasto perímetro del lago, y el segundo, los del rico y aislado departamento de Osorno con los puertos de éste.

Aclarada esta duda, sólo faltaba que el trabajo y la actividad llevasen a efecto tan primordiales obras, y para no dejarlas de la mano un solo instante, después de hacer medir y repartir entre algunos inmigrados los terrenos fiscales de que pude disponer en los contornos de Osorno y de La Unión, acompañado de un ingeniero y varios obreros alemanes, me embarqué en el Corral, de donde me di a la vela en demanda de ese salvador Callenel, base de mis futuros trabajos y primer asiento de la proyectada colonia de Llanquihue.

CAPITULO XXII

Colonia de Llanquihue. — Sus primeros pasos. — Sus enemigos. — Prisión del Viceagente de Colonización. — Progresos.

Contrasta en Chile el clima de las regiones septentrionales con el de las del sur. En aquéllas daña la suma sequedad; en éstas, el exceso de lo contrario. Los caminos en el norte son las arterias de comunicación; en el sur, el álveo de los ríos o de los canales. No es de admirar que así como el norte es patria del hombre que nace y muere a caballo, como vulgarmente decimos, el sur lo sea la de los más robustos y arrojados marinos.

Nada más hermoso, fácil y seguro que la navegación de los canales que median entre San Carlos de Chiloé y las tranquilas aguas del Callenel: anchura grande, fondo sobrado para toda clase de embarcaciones, mareas arregladas, puertos a cada paso o más bien dicho, un solo puerto continuado donde no hay más que soltar el ancla para estar seguro. Sólo se encuentra en el canal de Chacao una sola roca amenazadora en el paso Junta Remolinos; pero como está a la vista, y media entre ella y la costa un espacio de 12 cuadras, no ofrece peligro alguno.

Quien navega por primera vez en estos canales y sus adyacentes, no puede persuadirse de que aquellas angostas y tranquilas vías de agua sean brazos de mar, sino profundos ríos navegables sujetos a la influencia directa de las mareas. Las pintorescas islas que estrechan, ensanchan o prolongan esos canales, se asemejan a colosales copas de árboles sumergidas hasta la mitad en las profundidades de las aguas. Altos y apiñados son los bosques que las cobijan, y sólo descubre el viajero, en el perímetro de todas ellas, aisladas chozas, tal cual imperfecto sembrado y una que otra embarcación menor para facilitar el contacto entre los isleños de aquellos húmedos lugares.

Admira la situación de la aldea de Calbuco, capital del departamento del mismo nombre. Los españoles, que nunca buscaron para la fundación de sus ciudades lugares accesi-

bles al comercio y a la industria, sino lugares fortalecidos por la naturaleza, eligieron para fundar a Calbuco, una mezquina islita separada del continente por un brazo de mar que más parece foso que otra cosa.

Este lugarejo, lleno de desgreño y de pobreza, era lo primero que, después de pasar la peligrosa garganta de Puruñún, ofrecía la mano del hombre a la vista del viajero, asombrado de encontrar tanta miseria en medio de tan rica naturaleza. Dejando atrás este pueblo que sólo prolongaba su existencia por residir en él los subagentes de los expeditores de maderas de San Carlos, los cuales recibían y acopiaban a toda intemperie en él las tablas que producían los alerces de la costa oriental del seno de Reloncaví, se entra en la hermosa bahía del mismo nombre, tan semejante a una laguna sin salida por la configuración del terreno que la rodea al norte, al oriente y al poniente, y por las pintorescas islas que parecen cerrar al lado del sur el paso de las aguas del océano.

Fué este el seno que divisé desde las faldas del Osorno después de recorrer los campos incendiados del Chanchán, y su proximidad a la laguna de Llanquihue el motivo de las felices exploraciones que me indujeron a colocar sobre sus playas el primer asiento de la proyectada colonia.

Sólo me debo congratulaciones por el resultado de mi prolijo estudio sobre la importancia de esta interesante bahía. En el norte de ella y bajo el nombre de Callenel, territorio del silencioso Melipulli, había colocado el acaso uno de los más seguros y cómodos puertos que posee la República.

La próvida naturaleza, al formar ese surgidero, parece que se hubiese esmerado en dotarle de todas aquellas ventajas que sólo obtiene la mano del hombre en otros puertos a fuerza de tiempo y de supremos sacrificios. A la imperturbable tranquilidad de sus aguas, abrigadas contra todos los vientos del compás, reúne la inapreciable comodidad de ser un dique natural que en las épocas zizigiales de cada mes vacia sus aguas y deja suavemente a descubierto las más poderosas quillas, así como seis horas después las sumerge, las alza y pone a flote sin el menor vaivén.

Este importante lugar, colocado en el punto preciso donde debía de iniciarse el primer trabajo colonial, fué designado como centro y punto de partida permanente para las operaciones subsiguientes. La poderosa selva que lo cubría en su totalidad, no dejaba al pie del hombre más lugar donde detenerse que la estrecha zona de pedruscos y arenas que dejaba libre, dos veces al día, el reflujo del mar. El hacha y el fuego franquearon pronto asiento a un mal galpón, y no fué otra la primera piedra que en 1852 sirvió de base al her-

moso edificio que miran con patriótica emoción cuantos, conociendo lo que aquello fué, tienen ocasión de ver lo que es ahora.

A ese solitario e improvisado asilo, que el mar estrechaba por un lado y un imponente bosque con su fangosa base por el otro, fueron conducidos, sin más esperar, los inmigrados que yacían apilados en las húmedas casamatas de los castillos del Corral, y otros más que en aquellos momentos llegaron de Hamburgo.

El censo de estos primeros pobladores, aunque reducido, merece consignarse aquí; constaba de 44 matrimonios y su composición era la siguiente:

Hombres casados	44
Mujeres casadas	43
Hombres solteros	14
Mujeres solteras	8
Hombres de 1 a 10 años	31
Mujeres de 1 a 10 años	28
Hombres de 10 a 15 años	24
Mujeres de 10 a 15 años	20
Total	212

Todavía recuerdan con agradecimiento estos primeros inmigrados la generosa y fraternal recepción que, al pasar por San Carlos, les hicieron los entusiastas habitantes de aquel pueblo.

El comercio envió embarcaciones para desembarcarlos; el señor Intendente y las demás autoridades salieron a recibirlos a la playa, y la respetable señora Alvaradejo, esposa de Sánchez, ambos de las más consideradas familias de Ancud, franquearon su hermosa casa de campo, en donde a su vista y bajo la vigilante y delicada hospitalidad del bello sexo de la capital de las islas, se festejó a los enflaquecidos pasajeros con una opípara comida. Fué ésta una demostración necesaria; necesitaban aquellos expatriados voluntarios algo con que retemplar su casi perdida esperanza de poder hacer algo en Chile; así fué que, llenos de nuevos ánimos llegaron al día siguiente a Callenel, donde tomaron, alegres, posesión del poco envidiable asilo que se les tenía preparado.

Llenos de privaciones y expuestos hora a hora a la inclemencia de su clima, que sólo la paulatina destrucción de los bosques ha podido modificar después, fueron los primeros colonos un ejemplo de lo que puede el hombre que lucha contra la naturaleza, cuando le asiste la fe en el porvenir y le

sostienen los naturales atributos de ella, el trabajo y la abnegación.

Poner en aquellos lugares una cuadra de tierra en estado de cultivo, parecía, en efecto, empresa muy superior a la fuerza de los medios empleados para conseguirlo. Hallábase todo aquel vasto territorio cubierto de espesísimas selvas, las cuales, desde las nieves eternas de los Andes, parecían desprenderse y marchar sin interrupción hasta las mismas aguas del mar. Allí crecían y se alimentaban aquellos colosos de nuestra vegetación, de cuyos rectos troncos aún se sacan más de dos mil tablas (1); allí los árboles seculares invadían el dominio de las aguas, hundiendo en ellas sus robustas raíces, las cuales aparecían en los reflujos cubiertas de sargazos y de mariscos, sin que la sal marina menoscabase en nada la fuerza de su vegetación; allí los espinosos matorrales y tupidas quilas envueltas y estrechadas contra los troncos por los retorcidos cables de las flexibles lardizábalas interceptaban hasta la luz del sol, y el piso húmedo y fangoso que los sostenía se ocultaba bajo un hacinamiento impenetrable de troncos superpuestos y en descomposición. El fuego mismo en aquellas humedades permanentes, perdía mucho de su carácter destructor.

No hay en esta descripción del bosque del litoral marítimo de Melipulli nada de exagerado, y pudiera aplicarse, con sólo la mudanza de nombres, a cualquier otro punto de aquellos lugares donde no haya dejado aún rastros el hacha.

La relación de uno de los muchos dolorosos episodios que surgieron en los primeros pasos que dió la colonia en medio de estas selvas, expresará mejor que toda otra clase de descripciones lo que eran en aquel entonces esos lugares donde ni las aves podían penetrar, y que cuando llegaban a conseguirlo no hallaban tierra donde posarse, porque ésta se encontraba de uno a seis metros de hondura, bajo una aparente superficie formada por restos de vegetales hacinados y en continua descomposición.

Fatigados los colonos que habían sido trasladados de las casamatas del castillo del Corral a Llanquihue, de la enojosa situación en que se hallaban, pues por falta de caminos aún no había sido posible repartirlos en sus respectivas hijuelas, apenas vieron volver los primeros exploradores que acababan de abrir a hachuela y machete una tortuosa y muy estrecha senda entre el puerto y la laguna de Llanquihue,

(1) El alerce, este poderoso vegetal, sobre el cual más es lo que destroza el hacha que lo que de él aprovecha, ha sido por muchos años, y lo es todavía, la fuente de riqueza de más precio de aquellos lugares.

cuando solicitaron del agente permiso para recorrerla. Salió éste en persona con treinta y dos de los más animosos, y un instante después, marchando de uno en uno, desaparecieron todos en aquella senda que pudiera llamarse obscuro socavón de cinco leguas, practicado a través de una húmeda y espesísima enramada, cuya base fangosa se componía de raíces, troncos y hojas a medio podrir. A cada rato se hacía alto para poderse contar; pues, como las ramazones que apartaba con esfuerzo el de adelante se cerraban al momento tras él, parecía que cada uno marchaba solo por aquella selva. A la media hora de una marcha muy fatigosa, al practicar nueva cuenta en un descanso, se notó, con sorpresa primero, y después con espanto, que faltaban dos padres de familia, Lincke y Andrés Wehle. Se les llamó, se hizo varias veces fuego con las armas que llevábamos, se mandó volver atrás para ver si a lo largo del sendero se encontraba algún rastro de desvío para socorrer a aquellos desventurados. En vano fué el mandar comisiones de hijos del país halagados con ofrecimientos, en vano el disparar con frecuencia el cañón del *Meteoro,* todo fué inútil, aquellos dos desgraciados habían desaparecido para siempre.

Diecisiete años después he encontrado en el risueño y pintoresco Puerto Montt a un joven de 26 años, que venía de Copiapó a recoger los bienes que dejó su padre Andrés Wehle, perdido en las selvas, muerto de hambre y de desesperación, con su compañero Lincke en los primeros días de la fundación de la colonia.

Cuando se zanjaron los cimientos de ésta, aquellas regiones eran aún la viva imagen de lo que fueron dieciséis años antes, ni podían, por consiguiente, ser descritas de distinto modo del que lo fueron en aquella época por los ilustres viajeros ingleses, quienes, por orden de su gobierno, exploraban nuestras costas (1).

Fué tal la desfavorable impresión que causó en el ánimo de estos activos exploradores el aspecto de aquellas inhospitalarias y sombrías costas que, al describirlas, juzgaron oportuno hacerlo con letra bastardilla, creyendo tal vez que sólo así se daría por el lector el carácter terminante que ellos mismos daban a su inapelable fallo. Su descripción, en efecto, basta para excluir de la imaginación hasta la futura esperanza de utilizar aquellos desiertos en obsequio de la humanidad.

(1) Sketch of the surveying of his Majesti's ships "Adventure" and "Beagle" 1836. journal of the Royal Geographical Society of London. (Croquis de lo explorado por los buques de Su Majestad: "Aventura" y "Sabueso", 1836, Diario de la Real Sociedad Geográfica de Londres).

Oigámosles por un momento:

"Mucho se asemeja la Patagonia Occidental a lo peor que puede encontrarse en la Tierra del Fuego... Cada pulgada de tierra, cada árbol, cada matorral es una esponja saturada de agua... Es posible que de los doce meses de que consta el año sólo puedan contarse diez días libres de nevazones y de aguaceros, y jamás se contarán treinta en que no se experimenten vientos huracanados... Puede decirse, en verdad, que al sur de Chile no se encuentra *un solo* lugar donde el hombre civilizado pueda establecerse... El clima de Valdivia es de todo punto igual al de Chiloé, lo que de seguro, por regla general, es un obstáculo para la cultura de aquellos campos". Se ve, pues, que la reprobación la extienden aquellos ilustres marinos hasta el mismo Valdivia.

Hombres a quienes el barro y las lluvias espantaban, ¿qué podían informar del lugar de los barros y de las lluvias? Sólo un labriego al examinar un reciente sembrado, que para un neófito no es más que árboles y pastos destrozados y suelos removidos, exhibiendo sus áridos terrenos, descubre en medio de ese aparente destrozo la simiente que pocos meses después ha de transformar aquello en un alfombrado de doradas mieses. Para emitir juicios acertados sobre empresas materiales que exigen una acción personal fuerte y constante; para mirar de frente a una imponente dificultad; para sufrir el hambre, el cansancio, las inclemencias atmosféricas; para despreciar el dolor, el peligro y calcular, en medio de él, las futuras conveniencias de los lugares que se examinan, no se han hecho los tímidos corazones.

He hecho estas breves indicaciones sobre juicios precipitados, porque no fueron ellos los que menos mal hicieron a la colonia en sus primeros pasos. Contra este inocente, y como ningún otro útil establecimiento, se habían conjurado los más extravagantes enemigos. Las autoridades de las vecinas provincias, contagiadas por el odio infundado que muchos de sus vecinos alimentaban contra los extranjeros, contrariaban a cada paso la marcha del agente de la colonización en sus respectivos territorios. El fantasma de los terrenos fiscales alzó también en Llanquihue su inoportuna y descarada cabeza; y todos los terrenos proclamaron dueños también allí. Cuando la prensa se ocupaba de ello no era más que por llenar vacíos o por satisfacer agravios. Muy pocos periodistas sabían dónde estaba la colonia, sin dejar por esto de ocuparse de ella y de criticar su situación, haciendo una lastimosa confusión entre Valdivia y Llanquihue y aun entre el significado de las palabras emigración, inmigración y colonización, que lastimosamente confundían, lo que me

obligó a escribir la memoria que sobre estas tres voces dediqué a don Antonio Varas, en diciembre de 1854. Hubo remitidos que haciendo al Gobierno cargos por las *ingentes* sumas que se malbarataban en un establecimiento como ése, exclamaban llenos de estúpida suficiencia: ¿cuál era el provecho que el país sacaba de la colonia?, y esto era repetido hasta en conversaciones. Al niño en mantillas le criticaban porque no podía aún pagar la leche con que se le amamantaba. ¿Para qué recordar los cargos que forjaban a una el capricho y la estúpida ignorancia, para llenar las no siempre bien intencionadas columnas de *El Mercurio* y de la *Revista Católica?* La política, por un lado, el sórdido interés por otro, y la razón en parte alguna, hicieron hacer al primero en su número 8001, atropellados y supuestos cargos contra las ventajas de la inmigración para propagar con ellos el descrédito del Gobierno que la fomentaba. La segunda por el mal entendido interés de secta, y por el de material conveniencia, pulsaba con ardor la misma cuerda, no dejando ambos, para conseguir su objeto, de acoger, con extraña fruición, en sus columnas, cuantos remitidos les enviaban del sur los detentadores de los terrenos fiscales.

Pero esos enemigos no bastaban; era preciso que entrase en línea el negro fanatismo que, para vergüenza de la humanidad, campea aún en el siglo en que vivimos. Este implacable enemigo del progreso y de cuanto encierra de divino el corazón humano no tardó en encontrar en un Ministro de Justicia, para quien el hábito hacía al monje, y en un Decano universitario, de éstos que llaman pasados por agua los españoles, los instrumentos que necesitaban para hostilizar a la colonia.

Por poco grato que me sea, como chileno, traer a la memoria estos hechos, fuerza es consignarlos aquí, para que se vea cuán en menos se miraba entonces la inmigración, y con cuánto desembarazo se adoptaban las medidas más inconsultas, con tal que ellas fuesen encaminadas en su daño.

Había en los terrenos de una antigua y abandonada Misión un manzanar, como los hay a cada paso en medio de los bosques de Valdivia. Pasaba el camino público por el manzanar, los pasajeros alojaban bajo los árboles, y los animales en que cabalgaban, para mayor seguridad, los encerraban en un corral de altos estacones, que, según lo decía la tradición, había servido de paredes a la primitiva iglesia misional. Como terreno que nadie disputaba al Fisco, fué aquel lugar distribuído en pequeñas hijuelas a varias familias de inmigrados, y para que éstas, mientras se instalaban, fuesen menos molestadas por las lluvias, tuvo el Agente la desgracia-

da idea de hacer enderezar los estacones, de echar sobre ellos un techo de tablas y de convertir aquel asilo de animales en asilo de racionales.

El cura no podía conformarse con la pérdida de sus manzanas, pues las tenía como gajes naturales del curato, y para recobrarlas hizo que algunos indios se presentasen pidiendo o el restablecimiento de la misión, o la devolución de los terrenos que sus antepasados habían cedido para ella. ¿Qué antepasados eran esos ni qué herederos eran éstos? Nadie podía adivinarlo; pero, ¡para qué pararse en pelillos! Maniobra era ésta que todos los días se repetía para dar supuestos dueños a terrenos que querían adquirir positivos compradores. Salió, pues, de Valdivia una comisión de indios, bien aleccionada, y se presentó contra el Agente al Ministro de Justicia, quien, sea dicho de paso, tal era el cariño que tenía a la inmigración, que sin pedir informe, ni siquiera calcular el alcance de una inconsulta resolución, dictó para el Agente una orden parecida a ésta: Por muy importante que sea la colonización, usted procederá inmediatamente a devolver a los indios los terrenos de la Misión de Cuyunco, ¡indebidamente repartidos a las familias alemanas!

Ya tenían esas familias sus casitas y muchos trabajos principiados en sus hijuelas, ya habían escrito a Europa mandando los planos de ellas y llamando a sus deudos y a sus amigos. ¿Adónde hubieran ido a parar el crédito y la seriedad de los ofrecimientos del Gobierno, si no hubiera expresado el Agente el propósito de desobedecer orden tan inconsulta?

Si esto hacían las autoridades superiores, ¿qué cosa habría reservada para las subalternas, siempre que el provecho les hacía intervenir en los asuntos de la colonia? Ya, pues, amparaban detentaciones de terrenos, haciéndolos devolver a supuestos dueños, ya la privaban con necios pretextos del enganche de peones para el trabajo de los caminos, sin cuya existencia no podía llevarse a cabo ningún repartimiento de propiedades, o ya reclamaban de atropellos de supuesta jurisdicción, sin tener para nada en cuenta el supremo decreto de 27 de junio de 1853 que sometió el territorio colonial a un régimen especialísimo bajo la dependencia inmediata del Presidente de la República y no de otra alguna. El Agente del Gobierno en la colonia, desempeñaba las veces de gobernador en ella, y los subdelegados e inspectores del distrito colonial eran nombrados por él con la sola aprobación del Presidente.

Excuso repetir el porqué de tan plebeya hostilidad y de especificar los actos que de ella emanaban, para limitarme a

referir un solo hecho que da la medida de la enormidad de los demás.

Llamáronme asuntos del servicio a la capital y al ausentarme, después de darle a reconocer a las autoridades chilotas, dejé haciendo mis veces en la colonia a don Santiago Foltz, inmigrado idóneo, prudente y entusiasta por el adelanto de lo que él llamaba con encanto su nueva patria. Júzguese de mi sorpresa cuando a mi regreso me encuentro con la colonia abandonada; con los míseros colonos desenterrando las papas que habían sembrado, para no perecer de hambre, y con mi representante detenido preso como un criminal en la inmunda cárcel de Calbuco.

He aquí lo que había ocurrido: el Gobernador de esa aldea, que especulaba en tablas como tantos otros, había *ordenado* al Agente interino que le remitiese presos a los tableros que, por trabajar en los caminos de la colonia, no cumplían con los contratos que habían celebrado en Calbuco. Foltz contestó que en la colonia había jueces, y que sin el fallo de éstos no consentiría que se atropellase a unos camineros contratados por mí y que tantísima falta hacían donde estaban. Furioso el Gobernador con esta negativa, señaló al mismo Foltz un plazo perentorio para ponerse en su presencia, y como ni esto pudo conseguir, le mandó arrestar con soldados y le encerró en la cárcel de Calbuco. Semejante atentado no sería creíble si no tuviese yo en mi poder, como tengo, para atestiguar cosas increíbles, un documento parecido a éste, que al pie de la letra copio:

"Calbuco, septiembre 1.o de 1853.

El inspector Toribio Pozo en el momento que reciba esta orden, le ordenará al alemán Santiago Foltz que se embarque en la balandra que al efecto mando para traerlo, y si no quisiere obedecer o tratare de resistirle, léale usted esta orden a presencia de testigos, y amonéstelo a que obedezca; pero si persistiese en no obedecer, entonces con la gente que mando y usted mismo, procedan a tomarlo por fuerza y embarcarlo amarrado. *Agale* saber allí que el gasto de traerlo tiene que pagarlo aquí. — Firmado: *Ricardes.*"

Pero esto no bastaba: el ataque contra la colonia no debía provenir sólo de autoridades mal aconsejadas; era preciso que el graznido de la calumnia surgiese del seno mismo de una corporación creada para dirigir la educación y fomentar la moralidad; y el empeño consiguió su propósito.

Es la naturaleza tan amiga de contrastes, que hasta en

esa aduana del saber que lleva entre nosotros el nombre de Universidad, para hacer creer con él que no hay cosa que no sepa, tuvo la malicia de colocar al lado de todo un Bello a todo un grandísimo... inocente que, acordándose que había alcanzado a ser hasta decano, se le ocurrió, el día que menos se esperaba, desarrollar ante los ojos de aquel docto cuerpo un cuadro tan tétrico y lacrimoso del estado en que la colonia estaba poniendo al país, que, espantados los sabios, elevaron al momento lo que ocurría al conocimiento del Ministro de Instrucción Pública, de Culto y de Justicia.

Decíase en aquel espantable papelote que la propaganda protestante todo lo estaba invadiendo, que eran protestantes los profesores de las escuelas, protestantes los seductores de las mujeres, y protector de protestantes el Agente que, a fuer de masón, el día de San Juan Bautista profanó templos con escandalosas orgías. Y concluía con un pliego entero de reflexiones, de las cuales copio los primeros renglones que dicen así: "A vista de estos acontecimientos, con cuánta razón temían los buenos ciudadanos la fundación de esta colonia, y con cuánta justicia pronosticaban y lamentaban en su corazón estos y otros males, etc."

Con la lectura de semejante documento, ¿qué idea se formarían de nosotros los extranjeros? Y ¡qué idea se formarán lo que en estos reglones leyeren de la veracidad con que se atacaba la colonia, cuando sepan que el día de San Juan Bautista, elegido por el calumniador para denigrar la conducta del Agente, ese mismo día sufría ese pobre funcionario, postrado en una cama, las crueles consecuencias de un nuevo naufragio en el cual casi había perecido, por buscar para la inmigración terrenos que, por la distancia y por la ausencia de manzanares, estuviesen fuera del entrometimiento de los detentadores, de los curas y de los decanos de las Universidades!

No todo, sin embargo, daba motivos para desesperar. Montt y Varas velaron sobre la suerte de la colonia, y con semejantes custodios era imposible no llegar con ella a feliz término.

Inauguróse la colonia de Llanquihue el 12 de febrero de 1853, día elegido por el Agente para agregar un grano más de arena a la base del hermoso monumento de gloria que ese día simboliza entre nosotros; y al trazar los cimientos de la población que debía servir de centro a este establecimiento colonial, se le dió el nombre de Puerto Montt, leve homenaje que tributaban los fundadores de ese pueblo a la memoria del autor de la ley de 18 de noviembre de 1845, llamado entonces por los pueblos a ponerla él mismo en ejecución.

Hay en Chile, como legado español, la incalificable manía de dar el mismo nombre a multitud de cosas diferentes: así se dice, provincia de Aconcagua, río Aconcagua; provincia de Santiago, ciudad de Santiago; provincia de Valdivia, río Valdivia, ciudad de Valdivia. Ahora, porque oyeron decir que en el territorio llamado Melipulli existía un pueblo de reciente fundación ha de llamársele Melipulli (aunque semejante denominación de ciudad no se encuentre en mapa geográfico ninguno), y no Puerto Montt, conocido de tiempo atrás hasta en Europa. Melipulli es el nombre de un territorio situado en la costa del norte del seno de Reloncaví; Callenel es una sección de ese territorio, y en Callenel fué donde se echaron los cimientos de ese pueblo cuyo nombre se quiere en vano hacer olvidar. Llámese, pues, Callenel, y no Melipulli si se quiere perpetuar el sistema español, y con él negar al César lo que sólo al César pertenece.

Sigamos ahora, por un momento, a la colonia en su marcha. En ese mismo año se repartieron entre los colonos los emboscados campos cuyos frentes al camino pudieron ser medidos; y se declaró, por decreto supremo de 27 de Junio de 1853, territorio de colonización sometido a un régimen especial, aquel que se encontraba comprendido entre la costa septentrional del seno de Reloncaví con algunas de sus islas y los terrenos incendiados del valle central de Osorno, hasta donde alcanzaban sus árboles carbonizados. Tenía por límites: al oriente los Andes, y al poniente, líneas imaginarias que pasaban por bosques desiertos e intransitables.

El rigor del invierno de ese mismo año inutilizó todos los trabajos coloniales y expuso al colono a perecer de hambre.

El invierno de 1854 fué cruel como el anterior, y la feracidad del suelo virgen y recién preparado inutilizó las siembras de granos, ahogándolos el exceso de su propio crecimiento.

En 1855, el Gobierno se vió en la precisión de decretar nuevos auxilios para esos desgraciados pobladores, sobre cuyos sembrados se había batido una plaga de aves que todo lo destruyó.

En 1861, esto es, seis años después de tan crueles contratiempos, fué tal la importancia que había alcanzado el territorio de colonización con la presencia de ese puñado de inmigrados, que se creyó justo elevarlo al grado de cabecera de provincia, incorporándole, para formarla, los antiguos departamentos de Valdivia y Chiloé, Osorno y Carelmapu.

Ya por sí solas estas fechas dicen mucho. Nosotros, sin embargo, no seguiremos a la colonia como sección política,

sino como simple territorio de colonización establecido en la provincia de Llanquihue.

La risueña y pintoresca aldea de Puerto Montt, nacida tan poco ha de entre el fango y las selvas de un lejano despoblado, contrasta con su plenitud de vida, su activa animación, y el contento de sus habitantes, con el mustio silencio y el desgreño, que son la carcoma de los pueblos prematuramente envejecidos que la rodean.

¿Cuáles pueden ser las causas que han influído en la temprana decrepitud de aquellos pueblos que en otro tiempo merecieron el nombre de importantes? A mi ver, es sencilla la respuesta: los españoles, cuando la conquista, guerreaban y fundaban ciudades al mismo tiempo; y como así proseguían el curso de sus victorias, como volvían atrás a favorecer sus primeras poblaciones amagadas por la indiada, es evidente que, para echar los cimientos de sus pueblos, sólo atendieran a la importancia estratégica de la plaza, sin cuidar de investigar si aquel lugar quedaba mercantilmente colocado, y mucho menos, si podrían retirarse los destacamentos militares que le daban vida artificial, sin hacer peligrar su existencia. Para nadie es un misterio, en el día, que hay en el mundo pueblos necesarios y pueblos que no lo son. A esta última clase pertenece un gran número de aquellos que fundaron los españoles en Chile, y que, destinados a extinguirse pronto, sólo deben la prolongación de su agonía a la costumbre de considerarlos como pueblos necesarios, y a la de estar haciendo en ellos gastos que a nada conducen, Si al motivo de la mala elección para fundar un pueblo me fuera permitido, sin ofender susceptibilidades de raza, agregar algunos otros, me limitaría a indicar que a nuestra sangre, más que a otra cosa, debemos achacar todo nuestro desgreño y nuestro atraso.

Puerto Montt es pueblo necesario, por ser parte de un seguro y cómodo puerto colocado por la mano de la naturaleza en el centro de la gran producción de los alerces, en el promedio de las costas marítimas de la colonia, y a muy cortas distancias de los centros rurales y fabriles, tanto de ella como del rico departamento de Osorno, que antes no tenía por dónde exportar sus abundantes frutos.

Ocupan los modestos pero cómodos y vistosos edificios de esta improvisada cabecera de provincia, un trazado de ciudad muy superior en bondad al de las demás poblaciones de la República, tanto por la anchura de sus calles y la pequeñez relativa de sus manzanas, cuanto por su perfecto nivel, sus espaciosas aceras, y el asiento asignado a sus edificios públicos; asignación que consulta, sin dejar sitios vacantes,

todas las necesidades futuras de una moderna población. Allí no se ve la inexorable cárcel ocupando el primer asiento en la plaza principal, mostrando su eterna reja y su asqueroso séquito a los ojos del comerciante y del extranjero. Hay en el pueblo lugares especiales para el soldado y para el castigo, así como los hay para el comercio y para el solaz de sus habitantes. La primera plaza pública que tuvo en Chile jardín fué la de Puerto Montt, y no lucen ciertamente más en ella los árboles exóticos tan codiciados en el día, que los vistosos de permanente verde y no comunes flores que han adornado siempre nuestras selvas. Construye en la actualidad una vasta y hermosa iglesia parroquial, y hay, entre tanto, en actual servicio dos capillas, una católica y otra protestante. El hospital, también en ejecución, llama ya la atención por lo espacioso y cómodo; y los dos panteones, para católico uno y el otro para disidentes, a pesar de lo aterrador de sus destinos, constituyen por su situación y sus adornos, un verdadero paseo. Hácese también notar la recova, y muy especialmente, el cuartel de guardias nacionales, que agrega a lo espacioso de su patio y comodidad de sus edificios, un exterior de forma graciosa y esmerada. La escribanía, la cárcel, la biblioteca departamental, cuentan con departamentos propios, así como cuatro escuelas: dos nacionales y dos privadas.

El cómputo que se ha hecho de la población urbana de esta aldea hace alcanzar a 2.500 personas el total de sus moradores; y, sin embargo, cuenta ya con una sociedad orfeónica perfectamente organizada; con un cuerpo de Bomberos voluntarios servido con dos bombas, institución que entró con los extranjeros a Llanquihue, sin que fuese necesario para crearla la presencia de una espantosa hoguera como la de la Compañía, que fué la que creó definitivamente el cuerpo de Bomberos voluntarios de Santiago; y por último, cuenta también con la más rica biblioteca departamental de la República, establecimiento que debió al Ministro Errázuriz en su Memoria de Justicia de 1865 este sentido elogio: "Este establecimiento se encuentra en el más satisfactorio estado de arreglo y de prosperidad, debido al entusiasmo de los vecinos y especialmente al de los alemanes".

Cada casa, por modesta que sea la fortuna de quien la habita, posee, aunque en pequeña escala, todas las comodidades que sabe proporcionarse el europeo; en todas reina el más prolijo aseo, y, a falta de mejor ornato, no hay una que no exhiba, tras las limpias vidrieras de sus ventanas a la calle, grandes macetas de flores escogidas. Sus amueblados, hechos todos con maderas del país y por ebanistas de primer orden, son cómodos y lucidos al mismo tiempo. En Puerto

Montt no se comprende que pueda nadie edificar, sin designar antes que nada el lugar que puede ocupar el jardín. En todos ellos, alternando con las flores y las legumbres tempraneras, se ven árboles cargados de frutos cuya posibilidad de cultivo sólo ahora comienzan a creer realizables los envejecidos moradores de los contornos. Molinos, curtidurías, cervecerías, fábricas de espíritu, excelentes panaderías, artesanos para todos los oficios y, en general, cuantos recursos y comodidades tienen asiento en las grandes ciudades, salvo el teatro y la imprenta, existen en aquella población modelo, que, por un rasgo que le es característico, persigue como crimen la mendicidad.

El aspecto de aquel naciente pueblo, rodeado de colinas limpias y sometidas a un esmerado cultivo, y el recuerdo de lo que fué, dan la medida exacta de lo que debe ser, cuando se ve que en tan corto tiempo aquello que en menos se tenía es ya tanto.

Media entre Puerto Montt y la laguna de Llanquihue, en cuyas pintorescas márgenes tiene la colonia su principal asiento, poco trecho más de cuatro leguas, andando de sur a norte. Un costoso y bien sostenido camino carretero atraviesa aquel espacio ocupando el lugar de la fangosa y primitiva senda donde perecieron los desventurados Wehle y Lincke. Las primeras dos leguas de este trayecto, ya firmemente consolidado, tienen por base una zona de médanos y de tupidas raíces que allí llaman el *Tepual*. En toda esa extensión, inútil, por ahora, para los trabajos agrícolas, sólo llaman la atención del viajero el aspecto lejano de la sombría selva empujada por el hacha y el fuego a más o menos distancia del camino; los muchos fantasmones de troncos carbonizados que apenas se sostienen sobre sus descarnadas raíces; los restos esqueletados de los *coihues;* las gigantescas bases de los alerces derribados cuyas poderosas cepas ni el hacha ni el fuego han logrado aún destruir, y tal cual choza solitaria, punto de acopio de las maderas trabajadas en el interior del bosque y llevadas a hombro hasta el cargadero. Diciembre, Enero, Febrero y Marzo, época del corte y beneficio de las maderas, llaman también la atención por la multitud de gente que acude a este lugar desde las islas más lejanas del archipiélago; todos trabajan a un tiempo, todos descalzos, y todos, mujeres, viejos y niños, cargan a hombro tablas, durmientes y pesadas vigas al lado de las carretas alemanas de cuatro ruedas, que hacen el mismo servicio.

Termina el Tepual en el extremo de una larga e improvisada calle de matorrales llamada Arrayán y abierta entre las corpulentas cepas de una antigua mancha de alerces.

Componen el Arrayán dos largas hileras de casuchas, cual más incómoda y de peor aspecto, pobladas por los dependientes de las casas del pueblo y por los numerosos agentes del comercio de Calbuco y de Ancud, que concurren al cambio de maderas con abundantes mercaderías y sostienen una feria activísima de cambio durante aquellos meses y en aquel singular aduar colocado en medio de una selva. A las primeras aguas del invierno la gente se dispersa, y queda convertido aquel lugar de bullicio, en un despoblado con casas durante ocho meses.

Desde la terminación del Tepual y de aquel pequeño poblado para adelante, el campo cambia totalmente de aspecto; dejando atrás la naturaleza en bruto, con toda su imponente soledad, se da principio a la fértil y poblada zona de terrenos que forman el perímetro de la laguna de Llanquihue.

Al separarse del bosque no puede menos el viajero de fijar con agradable sorpresa la vista en un singular jardín lleno de vistosas flores y colocado en el corte transversal de un alerce derribado. El colono alemán saca partido hasta de las mismas dificultades que no puede vencer. En el patio de la casa de uno de ellos se encontró la gran cepa a que nos referimos; más tiempo perdía en destruirla que en adornarla, y sin más esperar, aquel estorbo se convirtió en un caprichosísimo jardín.

Desde allí hasta las limpias aguas del lago se ven a cada cinco cuadras dos bonitas casas, una frente a la otra, en uno y otro lado del camino. Cinco cuadras es el frente de cada propiedad rural, y cada una constituye con sus edificios habitables, sus graneros, sus establos, jardines, arboledas, potreros y sembrados, máquinas agrícolas, conservatorios y talleres de alguna industria especial, un completo aunque modesto establecimiento agrícola, en el cual muchos de nuestros opulentos hacendados tendrían algo que aprender.

Ciento cuarenta hijuelas de cien cuadras cada una y diez y ocho de a cincuenta, rodean el norte, parte del sur y todo el poniente del hermoso lago de Llanquihue, que, bajo una forma bastante regular, cuenta como cuarentas leguas de circunferencia; y en las fértiles márgenes del Chamiza, cuyos caprichosos bajos se prolongan más de una legua mar adentro, se encuentran también de cinco en cinco cuadras, quince preciosas hijuelas cuyos embarcaderos fluviales los tienen en las mismas casas.

Cada uno de los predios rústicos de la colonia sólo se distingue de los demás en el ejercicio de alguna industria nueva, a la cual se presta la naturaleza del suelo, o en el grado de riqueza o de saber del colono que lo posee.

Así en Puerto Octay (Muñoz Gamero), (1), se cultivan con preferencia la linaza y el nabo para convertirse en aceites que ya se exportan para Valparaíso; en el oriente se observan trabajos de cebada perla con sus máquinas correspondientes; en el Chamiza, fábricas de tejido de lino puro y mezclas con algodón o cáñamo; aquí se activa el cultivo de la papa para su conversión en aguardiente; allí se construyen molinos harineros o batanes para cáscaras taninas, y en todas partes, junto con el movimiento industrial, observa con gusto el que aquello recorre, el contento y el bienestar.

Existen ya limpias de troncos y de cepas y sometidas a un inteligente cultivo, 1.444 cuadras, no debiendo perderse de vista para apreciar este trabajo, que sólo en 1856 comenzaron a llegar algunos emigrados a engrosar el número reducido de fundadores; y que cuesta más tiempo y dinero poner una de esas cuadras de suelo enmontado en estado de cultivo, que comprarlas a precios subidos en el norte de la República, desde Molina hasta Carelmapu (2).

En 1858 ya la colonia comenzaba a satisfacer con sus productos sus propias necesidades, y aun cuando el número de pobladores de todas edades y sexos alcanzaba sólo a 789 pudieron presentar 230 cuadras en estado de cultivo.

De colonias agrícolas de tan reducida población como la nuestra, poco hay, sin duda, que exigir en materia de industrias; sin embargo, ese poco que puede exigirse de ella y su principio, a llenar un vacío muy notable al lado del que que existe ya, está llamado, por el acierto incuestionable de han sabido llenar en la industria chilena la vid, la abeja y el gusano de seda.

Estas industrias, todas nuevas y miradas en su origen con el sarcástico desprecio con que mira lo que no comprende la

---

(1) No he podido atinar con el significado ni la oportunidad del nombre *Octay,* que substituye ahora al de Muñoz Gamero, nombre que existe en documentos oficiales desde los primeros tiempos de la Colonia. A ese malogrado y benemérito marino chileno debemos los planos hidrográficos de las lagunas de Llanquihue y Esmeralda; a él, por las ideas que comunicó al Agente de la Colonización, se debe al empeño tenaz de aquel empleado en franquear el camino del puerto a la laguna, camino que dió a la colonia miles de cuadras de excelente suelo. Puerto Octay, cuando fué elegido por el Agente como punto preciso de recalada para las embarcaciones que servían de puente entre el norte y el sur de la laguna, no tenía nombre ninguno como tampoco lo tenía ni la misma costa donde se encontraba. La reciente catástrofe de Magallanes y el recuerdo de los servicios por él prestados, hizo que el agente diese a conocer aquel pequeño y pintoresco puerto con el nombre del malogrado jefe.

(2) El jornal del peón nunca baja de cincuenta centavos y muchas veces llega a setenta y cinco.

satisfecha ignorancia, han alcanzado lo que pocos se imaginaban que alcanzasen.

Hemos visto, con justo orgullo, que la primera concurrió con sus productos al país mismo de los viñedos, y que obtuvo en él el premio debido a su perfección; que la segunda, no sólo ha excluído del comercio de importación las ceras y las mieles, sino que ha ido con las naciones a disputar el mercado en bondad y en baratura hasta en la casa misma de sus antiguos proveedores; y por último, que a causa del interés de la seda, se vean obligados los sericícolas a buscar a los chilenos para obtener de éstos la excelente semilla de gusanos que está regenerando en el día la mala calidad de la europea.

El cultivo de la linaza y el planteo de las industrias que de ella se desprenden, sigue en la colonia en silencio y sin mendigar la protección del privilegio, una marcha que le asegura los más felices resultados. El aceite secante, esto es, el preparado ya para la pintura al óleo, se exporta y se vende mucho más barato que aquél que se introducía de Valparaíso. Con los tejidos de la fibra del lino visten muchas familias, y las más acomodadas usan manteles nacionales de hilo adamascado.

El cultivo de la papa en su país natal exigía naturalmente una industria que utilizase el sobrante anual de aquella substancia alimenticia; hase, pues, llenado esa importante necesidad con dos fábricas que funcionan con el mejor éxito.

La siembra de cebada alimenta dos industrias importantes: la de cebada perla y la de cervecerías, cuyos productos procuran en vano imitar los cerveceros del norte.

Salazones, curtidurías, batanes para cáscaras, fábricas de tejidos de mimbre, existen de tiempo atrás en la colonia, y la industria colmenera ya empieza a tomar cuerpo en el lugar nativo de las flores.

En el trayecto desde la cabecera de la colonia hasta las últimas posesiones alemanas existen seis molinos harineros, que, aunque de una sola parada de piedras, tienen todas las máquinas y aparatos para la perfección de las harinas, y otro de tres paradas; cuatro máquinas aserradoras, tres movidas por agua y una por vapor; dieciocho máquinas de aventar trigos, todas construídas allí mismo; una trilladora a vapor; y en cuanto a las pequeñas industrias inseparables de las grandes poblaciones, como ser sastrerías, carpinterías, ebanisterías, etc., ya he tenido ocasión de decirlo, no falta ninguna.

La rápida ojeada que he echado sobre la agricultura y la naciente industria de la colonia, nos conduce naturalmente a

examinar, aunque sea muy por encima, su comercio aún en embrión.

Puede decirse que no existía, antes de la fundación de la colonia, más vida mercantil en las solitarias caletas del seno de Reloncaví, que aquella que le daba en los veranos la venta del alerce que se trabajaba en los bosques más inmediatos a la marina; y aun esa venta comenzaba a hacerse menos activa por falta de caminos que facilitasen la extracción de los alerces interiores, estando ya los de la costa enteramente agotados.

Llévanse estas maderas en bongos, botes y lanchones en cuya construcción se empleaban costuras de esparto en vez de clavos, al antiguo y conocido fuerte de Calbuco; este poblanchón, constituído en factorías de ventas y compras de madera por encontrarse a medio del camino entre el lugar de la produción y el de la exportación, que lo era entonces San Carlos de Ancud, arrastraba una existencia muy precaria.

En Calbuco se encontraban los dependientes y las tiendas sucursales de los almaceneros de Ancud, y como el dinero no se conocía en aquellos afortunados lugares, habían inventado, para facilitar las transacciones y las ventas al menudeo, la moneda *tabla*, que era entre ellos la unidad y tenía el valor nominal de un real de la antigua moneda.

En cambio de los centenares de reales-tablas que entregaba al vendedor, recibía harina, sal, ají, mucho licor, y los muy necesarios artículos ultramarinos para satisfacer las pocas necesidades de hombres que por constitución andaban descalzos y llevaban una vida muy semejante a la de los indígenas.

Con la fundación de la colonia en el mismo centro de donde se exportaban aquellas maderas que se iban a vender a Calbuco, hubo un trastorno general. Las sucursales de Ancud estacionadas en Calbuco abandonaron aquel lugar innecesario para venirse a establecer a Puerto Montt; muchos cortadores de oficio, de maderas, halagados por la presencia de un pueblo que desde sus primeros pasos ostentaba vida propia, abandonaron sus aduares por vida más civilizada, y poco a poco fueron desapareciendo los bongos y lanchones de costura, para dar lugar a hermosas balandras y en seguida a grandes embarcaciones, tanto extranjeras como nacionales, que llegan de varios puntos a la carga de maderas a Puerto Montt.

Hasta el año 1855 necesitó la colonia, como lo hemos dicho, hasta suplementos de substancias alimenticias; y el colono, demasiado ocupado en los afanes de su trabajoso establecimiento, había olvidado el recurso de las maderas explotadas exclusivamente por el chilote.

El año 1856 ya comenzaron los aguardientes de la colonia a competir con los que venían de fuera.

En 1860 ya se ve figurar al inmigrado en el negocio de las maderas, y el movimiento mercantil del año de 1861 alcanzó, según datos oficiales, a 284.759 pesos.

La sierra mecánica comienza ya a reemplazar los efectos destructores del hacha en aquellos valiosos bosques; y los caminos que se abren día a día, selva adentro, así como los carros de cuatro ruedas puestos en acción en ellos, proporcionan al comercio ricas maderas que sólo se exportaban antes en lastimosas fracciones.

Los artefactos y frutos agrícolas a qué hemos aludido y que vemos ahora aparecer en los retornos, son: aguardientes y espíritus de papas y de granos, cervezas, cueros curtidos, aceites secantes de linaza, salazones, mantequilla, avena y centeno; dejando sin mencionar el trigo, la harina, la cebada perla, que ya empieza a exportarse, así como los géneros de hilo, los útiles de menaje construídos de mimbres, y otras pequeñas industrias cuyos frutos apenas alcanzan a proveer, por ahora, a la demanda interior.

Tal fué el origen de la colonia de Llanquihue, y tales, como quedan dichos, los motivos que la alejaron de su primitivo asiento en los campos valdivianos.

Un puñado de colonos diseminados en las desacreditadas playas a donde se les condujo por necesidad, habían obrado en aquellos lugares los milagros que en el año de 1860 ya admiraban a los que conocían la geografía de su país.

Entre esos hijos del trabajo, de la abnegación y de la constancia, nunca se oyó resonar la voz del desaliento, a pesar de las angustias que los sitiaron desde el día mismo en que pusieron los pies en Llanquihue, pues que, sorprendidos por uno de los rigurosos inviernos en los lugares donde, atropellando más bien que venciendo dificultades, se habían establecido, tuvieron, por falta de recursos, que consumir las semillas que tenían para sembrar, que desenterrar las papas ya sembradas, y aun que matar sus animales de labor para no perecer de hambre.

El Agente de la Colonización escribía entonces a su inmediato jefe estas palabras: "Han pasado miserias, hambres y trabajos, pero sin desmayar; todo lo debemos esperar de la cruda prueba a que han sido sometidas la constancia y la fe de estos infelices en el pasado invierno. Con semejantes elementos, si se aumentan, como es de presumir, veo ya seguro el próspero porvenir de la colonia, digan lo que dijeren sus injustos miopes detractores". (1).

(1) Diciembre de 1853, oficio del Agente de Colonización

El sórdido interés, el fanatismo y la calumnia, la hostilizaron en su apartado asilo, y cuando a impulsos de estas contrarias entidades, el entusiasmo despertado por un momento en el norte, en favor de la colonia, comenzaba a desmayar, el Agente sostenía el espíritu de sus jefes con estas consoladoras palabras: "Con fe perseverante y constancia, este naciente establecimiento alcanzará a ser antes de mucho, la joya del sur de la República".

Siete años después, el viejo chileno que estas líneas escribe, vió con la pura emoción del patriotismo, realizado su pronóstico.

CAPITULO XXIII

Inmigración. — Población alemana en Llanquihue y en Valdivia en 1860. — Su instrucción. — Influjo de su contacto con los hijos del país. — Lamentable pérdida de los terrenos del Estado. — Sacrificios personales del Agente para proporcionar terrenos a los inmigrados. —Medios de contener semejante mal.

Tal vez no pueda señalarse una sola de las infinitas colonias que año a año fundan en los despoblados del mundo los activos hijos del viejo continente, que haya necesitado llevarse diecisiete años para poder presentar reunidos un número tan insignificante de pobladores extranjeros como los que presenta nuestra colonia de Llanquihue. Y no es ciertamente porque a nuestros gobiernos les haya faltado indicaciones prácticas, después de tan dilatado tiempo de tímidos ensayos, sino porque la inmigración se sigue mirando como un objeto de lujo y no como una apremiante necesidad.

La inmigración, entre nosotros, se pospone a todo; se pospone a un edificio público, por innecesaria que sea su construcción. Al mismo tiempo que se lamentaba la falta de fondos para atender a las necesidades públicas, se presuponían nuevos miles para continuar la construcción del edificio que aquí llamamos Universidad. Para establecer cómodamente una fábrica de textos forzosos de enseñanza, se decretaban miles; para la inmigración faltaban fondos. Tratóse de colonizar las provincias araucanas, y se decretó medio millón de pesos y en seguida más miles aun para el sostén de las tropas cuya permanencia, si transitoria, es inútil, y si constante, gravosísima: y de nuevo quedó postergada la inmigración extranjera, única que sin exterminar al colono indígena, pudiera reducirlo al estado social.

Con ese medio millón de pesos hubiéramos podido hacer llegar al territorio indígena dos mil familias del extranjero, con un personal aproximativo de ocho mil almas; y sobrar aun 50.000 mil pesos para haberle provisto de armas de precisión. En el día el inmigrante sólo exige que se le costee el pasaje para ir a un país donde puede decirse que se regala la pro-

piedad a muy pocas leguas de poblaciones ya establecidas, y que ofrece, además, al emigrado, exenciones y previlegios no despreciables. Un grupo tan respetable de extranjeros no se dejaría imponer de la indiada. El indio, por más valiente y arrojado que sea, no es tan fácil que se ponga a tiro de un fusil que le ha de herir o matar, por el solo hecho de colocarse a su alcance. A fuerza de disparos bien dirigidos, el indio ha venido a convencerse de que las armas de fuego son ahora menos temibles que lo que antes eran.

Hemos indicado a la ligera el estado de adelanto de la colonia, cuyo progreso sería aún más de notar si para utilizar los recursos de su territorio hubiesen podido desde el principio aunarse los emigrados que han ido llegando paulatinamente a ella. Las adjuntas fechas indican su lenta marcha:

1852	212	1861	11
1853	51	1862	32
1854	35	1863	12
1855	—	1864	155
1856	460	1865	—
1857	180	1866	36
1858	9	1867	—
1859	11	1868	—
1860	93	1869	7

Pobre total de 1.363 inmigrados de todas edades y sexos. ¡Diecisiete años para colectar un número de inmigrados inferior al que se recibe muchas veces en un solo día en los puertos norteamericanos!

Entristece el recorrer la anterior lista, viendo cuán despacio, cuán de mala gana y con cuántas interrupciones llega a fecundizar nuestros desiertos ese riego de población y de riqueza que tantos prodigios obra en todas partes; y que, como no debemos cansarnos nunca de repetirlo, es el único medio que en nuestro actual estado puede elevarnos pronto a una envidiable altura entre las naciones civilizadas.

Si se desease patentizar más las ventajas de hacer sacrificios por acrecer cuanto más posible fuese el número de tan importantes huéspedes, no tendríamos más que apartar un momento la vista de la colonia de Llanquihue y fijarla en Valdivia.

Muy pocos inmigrados quedaron en esa apartada provincia cuando la desmembración de la colonia hacia los despoblados de Llanquihue. Esos pocos industriosos extranjeros apenas lograron cimentar su residencia cuando crearon los primeros cimientos de las distintas industrias que hoy ostenta con

justo orgullo el pueblo de Valdivia ante los ojos atónitos de los que lo habían conocido con el nombre de *presidio,* y sabían que hasta el pan era preciso llevárselo de fuera. Ya en 1866 el inteligente jefe de aquella provincia, en su memoria de Junio del mismo año al Ministro del Interior, decía, después de referirse al lastimoso atraso, a la miseria del territorio despoblado de la provincia de su mando, estas notables palabras:

"No siendo posible que el solo paulatino incremento de la población llene este lastimoso vacío con la conveniente prontitud, forzoso será que se ocurra al fin más eficaz, al único remedio a que se debe apelar: a la inmigración. La que desde 1859 para adelante le cupo en suerte, a pesar de que constaba de 405 hombres mayores de 15 años, está poniendo de manifiesto cuántos serían los beneficios que nos había de traer... Nada es más obvio que la transformación que los inmigrados alemanes han operado en la provincia de mi mando.

"Aquellos pocos individuos han bastado para producir en cortos años un notabilísimo aumento en los negocios, en las comodidades de la vida, y hasta una agradable mudanza en el aspecto físico de las poblaciones. Merced a su influjo, no sólo han incrementado la mayor parte de las antiguas industrias, sino que se han establecido otras nuevas que figuran en primera línea y cuyos solos productos aparecen en los cuadros de la exportación anual por un valor cuatro veces mayor que el total de las anteriores a la fecha de su arribo. En aquel tiempo la provincia de Concepción surtía a ésta de harinas; ahora los molinos construídos por los colonos abastecen las necesidades del interior, y van a hacer concurrencia en otros mercados a su antigua proveedora, a pesar de los obstáculos que el pésimo estado de los caminos opone a la rebaja de los gastos de transporte. La reducidas cosechas de grano que no hallaban compradores a causa de su limitado consumo y de la introducción de harinas, son al presente solicitadas por los molineros y por los dueños de fábricas de destilación y de cervecerías, que las transforman en artículos que eran internados.

"El acarreo de animales que con tantas dificultades y riesgos solía hacerse atravesando la Araucanía, ha sido sustituído por los saladores con notable ventaja de los dueños de ganados y de los propietarios de estos nuevos establecimientos, que han dado además ocasión a la cría y engorda de los cerdos, de que apenas había en los tiempos anteriores un reducido número.

"Obra de los colonos alemanes es también el considerable impulso a las tenerías, cuyos productos, no encontrando conveniente mercado en nuestras ciudades, son enviados a Europa, donde hallan pronta colocación. Cien otras indus-

trias, en fin, que están en germen o que se ejercen en pequeño, adquirirán más tarde mayor extensión y contribuirán con su contingente al progreso y bienestar de la provincia."

La instrucción y moralidad de colonos como los nuestros, guardan perfecta proporción con el grado de inteligencia y de actividad que despliegan en el trabajo.

La más apremiante preocupación del inmigrado, después que ve asegurado el sustento de sus hijos, es la de proporcionarles educación. Lejos, pues, de impedirles que concurran a las escuelas, los compelen a ello y reciben siempre como una especial merced el planteo de algún establecimiento de educación en las inmediaciones de su residencia. No es, pues, para ellos un simple adorno la educación; por el contrario, es una necesidad premiosa y exigente; es un requisito indispensable para no parecer degradados ante los ojos de los demás (1).

Dos años después de fundada la colonia se levantó un prolijo censo de los habitantes, así nacionales como extranjeros que se encontraban en el territorio de colonización, y resultó alcanzar el número de chilenos a 3.579 y el de inmigrados a sólo 247. Entre los primeros, 872 personas sabían unos leer y otros leer y escribir, lo que dió por resultado que uno sabía leer o escribir sobre cada 4,10 que ni siquiera sabían leer.

Entre los segundos, esto es, entre los alemanes, sobre 247 individuos, 181 leían y escribían, o lo que es lo mismo, leían y escribían cuantos tenían edad para ello, como se demuestra en el cálculo siguiente:

181 que leían y escribían.
45 de edad de meses a cinco años.
20 de cinco a diez años, ya en la escuela.
1 mujer que no leía.

247 que es su completo total.

Tampoco aprende a leer y escribir el alemán para no volverse a acordar más que saben lo uno y lo otro. He aquí las propias palabras del señor Errázuriz, Ministro de Justicia,

(1) Existe aún en Puerto Montt una alemana, pobre en época pasada, que rehusó casarse con un joven Romero, comerciante acomodado de Calbuco, nada más que porque supo en los momentos de enlazarse, que no sabía leer.

en su memoria del 14 de agosto de 1865, al hablar de la afición a la lectura del colono:

"A la Biblioteca Nacional concurren diariamente en Santiago de 20 a 23 individuos, habiendo en el año de 8 a 10.000 lectores..., ya he dicho que en los tres primeros trimestres del año de 1854 hubo, en la biblioteca de Puerto Montt, una concurrencia de 2.123 lectores, a pesar de comprenderse en dicho período el tiempo que durante las vacaciones estuvo cerrado el establecimiento".

Comparemos a la ligera. La opulenta Santiago con su población de más de 100.000 almas, con sus escogidos establecimientos de educación, sus estímulos, y la muy rica biblioteca de que dispone, da por resultado de 8 a 10.000 lectores en todo un año; Puerto Montt, con 2.500 habitantes, en harto menos de nueve meses, presenta en su modesta biblioteca 2.123 lectores.

En las escuelas junto con el silabario, se pone en manos del niño una cartilla de música. El canto desde la más tierna infancia crea en ellos el espíritu de unión y la necesidad de sociabilidad que admiramos en la raza alemana en cuantas partes del mundo la examinamos.

Si no estuviese en la conciencia de todos la moralidad del colono del sur, bastaría una sola mirada sobre la estadística del crimen para convencerse de ello. Pero ya, por fortuna, el fanatismo y su inseparable compañera, la ignorancia, se han dado por convictos, ya que no por confesos, no sólo de que hay mucha moralidad en el inmigrado, sino que en caso de tener que buscar en otra parte semejante virtud, no debería perderse tiempo en buscarla entre sus injustos detractores. Por fortuna, ya concluyó aquel tiempo no lejano en que decanos de facultades universitarias ensayaban sus fuerzas contra la colonia gritando en plena sala y transmitiendo en seguida sus torpes alaridos al Gobierno: "que los inmigrados eran todos francmasones, que el día de San Juan celebraban orgías en las iglesias donde prostituían a todas las indias *vestidas* a la europea"; y otra encarrilada de atropellados disparates por el estilo. Los juzgados de Valdivia y de Llanquihue sólo tienen, hasta ahora, motivos de congratularse cuando se trata de la conducta del inmigrado; y yo, por mi parte, para no parecer prolijo, citaré un solo ejemplo del religioso respeto que tributan todos a la propiedad ajena. En todos los pueblos chicos y grandes de la República se pone reja de fierro en las ventanas que dan a la calle cuando se quiere vivir con tranquilidad. En Puerto Montt y en

las casas de sus predios rústicos, por apartadas y solitarias que estén, la reja es un complemento innecesario. A pesar de ser las ventanas alemanas un conjunto de adornos de flores y de aquellas bonitas inutilidades que tanto halagan el corazón de la mujer, no se cuentan robos, pues basta el grueso de un delgado vidrio para contenerlos.

Esto mismo prueba ya el influjo del contacto extranjero con los nacionales hijos de las selvas y del desgreño, en cuyas costumbres tenía echadas tan hondas raíces el espíritu de ratería. La mayor parte de los vecinos de Puerto Montt son chilenos, como lo son también los jornaleros y los sirvientes que residen temporalmente en él. El influjo del ejemplo ha conseguido desterrar ya casi del todo este vicio de aquellas gentes.

Pocos, muy pocos son, sin duda, los actuales inmigrados, para que podamos exigir de ellos mucho; sin embargo, estos pocos misioneros de la industria y del trabajo están operando con sólo su ejemplo y su contacto tal cambio en los hábitos y costumbres de los chilenos circunvecinos, que saltan a la vista de los más empecinados enemigos de la colonia.

¿Qué eran, en efecto, los hijos del país en aquellos, para muchos, ignorados lugares, antes que el elemento extranjero comenzase a morigerar sus costumbres? El forzoso aislamiento en que vivían, repartidos en las cejas de los bosques de las solitarias caletas del seno de Reloncaví, ni siquiera les daba a sospechar las ventajas de la vida social. La abundancia de las substancias alimenticias, la carencia absoluta de estímulos y de aquellas necesidades cuya satisfacción constituye el bienestar del hombre en los lugares civilizados, les había familiarizado con el ocio, con el vicio y con sus asquerosas consecuencias.

Espanto causaba el estado de abyección en que yacían sumidas las pocas familias casi perdidas en el aislamiento, que existían en aquellos lugares, antes que el bullicio y la actividad del inmigrado llegasen a turbar la modorra que las consumía. Constaba, en general, la choza de cada familia, de un solo rancho, hollinado y sucio, en cuyo centro, al ras del suelo, figuraba el hogar. Cuando el acaso había hecho brotar algunos manzanos silvestres en las inmediaciones, entonces al antiguo rancho que, como se ve, era cocina, comedor y dormitorio al mismo tiempo, se agregaba otro, donde, al lado de algunos barriles, se veían maderos ahuecados para machacar la manzana y hacer chicha. A espaldas de estas habitaciones se encontraba siempre un pequeño retazo de terreno

en estado de cultivo, en el cual palos endurecidos al fuego y manejados siempre por la mujer servían de azada y de reja para sembrar papas y habas, únicas legumbres que llamaban la atención entonces. Contado era el dueño de casa que se dedicase a sembrar trigo. En la puerta del rancho, mirando a la marina, se observaban corralitos de piedra y rama, a medio sumergir, para que en las altas mareas quedase cautivo en ellos el pescado que el acaso conducía a esos lugares. Este alimento y los inagotables bancos de toda clase de exquisitos mariscos que dejan a descubierto las *aguas vivas* (1), eran, junto con las papas y habas, la provista despensa que los sustentaba. Hasta el modo de preparar esos manjares era puramente indio, de los tiempos de la conquista. En un agujero practicado en el suelo y lleno de piedras caldeadas allí mismo por el fuego, reapilaba el marisco, el pescado, la carne (si la había), el queso y las papas, y sin más espera, tapado todo aquello con monstruosas hojas de pangui, lo acababan de cubrir con adobes de champas y tierra, para impedir el escape del vapor. Un cuarto de hora después se veía a toda la familia, con su acompañamiento obligado de perros y de cerdos, rodear aquel humeante cuerno de abundancia, en el cual cada uno, por su parte, metía la mano y comía, soplándose los dedos, hasta saciarse.

Llegada la noche, padre, madre, hermanos, hermanas, alojados, perros y cerdos, formando un grupo compacto al amor del fuego del hogar y a raíz del suelo, dormían hasta el día siguiente, en el que se repetían los actos del anterior.

Para llenar las escasísimas necesidades del vestido, mate y cigarro, y la muy apremiante de la bebida, acudían provistos de sus hachas a los bosques de la costa, y en ellos permanecían el tiempo estrictamente necesario para pagar una pequeña parte del compromiso que habían contraído con los tenderos de Calbuco, en cambio de las mercaderías que éstos les participaban. No había, pues, un solo labrador de madera que no estuviese por mucho tiempo adeudado, ni comprador sin quebranto, ni grandes deudas por cobrar. Consignemos por último el siguiente hecho: en aquellos lugares sólo se casaba por la Iglesia aquel que ya cansado de estarlo de otro modo, quería legitimar a sus hijos. Bastaba que el novio dijese a los padres de su querida que él quería tenerla por *patrona* y que ella declarase que aceptaba por *patrón* al pretendiente, para que en el acto se tuviesen por legítimos esposos. Este era el modo de ser y esta la cultura del chilote

(1) *Aguas vivas*, altas mareas.

del seno de Reloncavi, cuya poca grata descripción acabo de hacer.

¡Cuán distinto es su estado actual! Vencidas las primeras dificultades que la naturaleza opusiera al desarrollo del trabajo agrícola y fabril del emigrado, no tardó éste en presentar a los ojos atónitos del español chilote del sur y a los del huiliche indígena de Osorno, las ventajas y comodidades de la vida social y los bienes que el trabajo podía esperar de un suelo rico, que hasta entonces se había contentado con hoyar sin conocer lo que pisaba.

Satisfactorio es repetirlo: el influjo del ejemplo ha producido y sigue produciendo en el ánimo de aquellos antiguos pobladores el favorable afecto que era de esperar, y la colonia, convertida en un centro de atracción, ha ido absorbiendo y aglomerando centenares de familias que no sólo se placen ya en la vida más comunicativa, sino que tiran a imitar en cuanto pueden a sus huéspedes, después de haber estado algún tiempo a su servicio.

Recién se fundó la colonia, eran contados los hijos del país que por allí se veían, y para los primeros trabajos de instalación fué preciso enviar embarcaciones por todos lados, y éstas apenas conseguían, con un peso diario de remuneración, atraer algunos pocos trabajadores a Puerto Montt. Dos años después, el número de chilenos en el territorio de colonización alcanzó a 3.520, y diez años más tarde, a 6.464. Esto arrojan los censos oficiales; mas el censo privado y en extremo prolijo hecho practicar por el Intendente Ríos da en la misma época por resultado, 11.242 habitantes.

Comoquiera que sea, pocos o muchos, se puede ya asegurar que, dado el caso de que la colonia desapareciese del lugar donde está, los chilenos vecinos de ella no podrían vivir sin el ejercicio de los hábitos ya contraídos, ni mucho menos volver a su primitivo aislamiento.

Confesada, ya que no debidamente comprendida, la necesidad de introducir cuanto antes en Chile el mayor número posible de emigrados, y no queriendo o no pudiendo satisfacerla, siempre queda al Gobierno el deber imperioso de conservar, para mejor ocasión, los terrenos fiscales con los cuales se está haciendo ahora más que nunca, permítaseme la expresión, una verdadera *chañadura*.

El paso a que camina la venta de los terrenos que aún nos quedan en el sur; el modo y forma como se extienden las escrituras de trasmisiones de derechos; la carencia de una ley severa que ponga término a los efectos de las declaraciones de testigos juramentados en lugares donde no sólo se sabe

que hay partidas de hombres que se llaman *jureros* (1), sino que se mira muy en menos la obligación que impone el juramento; y, sobre todo, la carencia de un representante de los intereses fiscales, que velando sin cesar, entienda en las escrituras de ventas o de empeños y persiga ante los tribunales a los detentadores, no exageramos, muy pronto dejarán al Estado sin un palmo de terreno propio de que poder disponer. ¿Qué sería entonces de la colonización? No podemos negar que los gobiernos han hecho algo en el sentido de precaver este mal; pero ese algo, por lo insuficiente, desde el momento en que se le considera bastante, degenera en malo. Los únicos decretos supremos a que me refiero, son los seis dictados desde marzo de 1853 a marzo del 57. Estos decretos, en que tanto en Llanquihue como en otros puntos en donde se encuentran terrenos fiscales, se ha dado en la manía de creer que se constituye en escribanos públicos a los intendentes y gobernadores para lo que es extender escrituras de venta, empeño o arriendo de terrenos de indígenas, están produciendo los efectos más desastrosos para los intereses fiscales. Ellos llenarán tal vez su objeto en cuanto a defender al indígena de los engaños y de la astucia del hombre civilizado; pero adolecen de un inmenso vacío, cual es el de no defender al hombre civilizado, y sobre todo al Fisco, de los engaños y de la astucia del indígena, quien, por carecer de civilización, no deja de ser por esto hombre, ni tener menos motivo que el civilizado, de emplear el engaño y la astucia cuando le convienen.

El engaño y la astucia del civilizado y del indígena obran en desacuerdo cuando se trata de asuntos entre civilizados y entre indígenas; mas, tratándose del Fisco, esos engaños y esas astucias forman la más estrecha alianza para despojar al Fisco de cuanto le pertenece, prevalidos de la ausencia absoluta de un defensor que los contenga.

El camino que se sigue, y que es el mismo que desde tiempo inmemorial se ha seguido para hacerse adjudicar la propiedad de un terreno que no reconoce dueño, es el de más fácil y expedito tránsito que se conoce. Toda la dificultad consiste en encontrar un terreno que no tenga más dueño que el Fisco, y encontrando, hablar con los indios más calificados del lugar para que vendan aquel terreno como legado de sus antepasados. Los indígenas, estimulados por los ofrecimientos, y, sobre todo, por la bebida, se agolpan a los juz-

(1) *Jurero*, nombre que se da en el sur al que tiene por oficio el prestar juramentos. Siempre hay una cabeza oculta que dirige a esa infame sociedad.

gados a atestiguar con todos los juramentos imaginables, que aquellos terrenos corresponden por derecho hereditario al indio que pretende venderlos; y sin más esperar, con el pago de la alcabala, cuando no se condona, se procede a la escritura de venta, previa la ridícula ceremonia de fijar carteles que nadie lee, y que si alguno lo hace, no es, sin duda, para interponer tercería de dominio sobre un terreno que oye nombrar por primera vez en su vida. Además, si el suelo vendido pertenece al Fisco y éste no tiene quién lo represente en los mismos lugares donde se le despoja, ¿qué reclamo a tiempo o a destiempo, puede hacerse?

¿Qué mucho es que a la llegada de los emigrados a Valdivia no se encontrase en 1850, a muchas leguas de aquel pueblo, ni un solo retazo de suelo de mediano valor que podérseles ofrecer? Desgracia que estuvo a punto de repetirse en la colonia de Llanquihue y que sólo pudo precaverse en parte, pues antes de tomar posesión de los terrenos donde ahora se alza Puerto Montt, ya estaban desembarcados en aquel apartado rincón multitud de detentadores para especular con la venta de propiedades que ni en esa época les pertenecían ni nunca habían sido suyas.

No fué, pues, poca mi disgustada sorpresa cuando, creyéndome, por la distancia, libre de roedores, me encontré con una carta del Gobernador de Calbuco don José Ramírez, en la cual me decía que si quería fundar colonias en Callenel era preciso que comenzase por comprar aquel territorio, pues todo él tenía legítimos dueños. En el estado en que las cosas se encontraban, titubear era peligroso; ocurrir al Gobierno por facultades para comprar, moroso y de incierto resultado, y promover litis reivindicadoras, la vida perdurable. Comencé, pues, por comprar resignado y de mi propio bolsillo, el asiento del futuro pueblo y sus más inmediatos contornos, y adiestrado con el ejemplo y con las lecciones de la experiencia, opuse a los detentadores sus propias armas, simulando comprar a los indios, supuestos propietarios del vasto territorio del Chanchán, con las cuales, y mediante otra contribución de seiscientos duros impuesta a mi escuálido haber, pude conjurar la tempestad (1).

Del propio modo se han enajenado de tiempo atrás, también, y sin que nadie lo supiese, las dilatadas playas del seno

(1) Véase carta del Gobernador de Calbuco, don José Ramírez, fecha 24 de septiembre de 1852, y también en el archivo de Osorno, la escritura a que aludo, extendida el siguiente año.

de Reloncaví con sus antojadizos e ignorados *fondos* (1). En la puerta de la casa del Gobernador del *fuerte* de Calbuco había, con frecuencia, cartelones que debían ser leídos por personas que no sabían leer o que no llegaban ni tenían para qué llegar a ese pueblo, en los cuales se decía (2) que el terreno tal, comprendido entre los dos puntos accesibles de la costa tal y cual con sus respectivos fondos hasta la cordillera nevada o hasta los montes altos, propiedad de don fulano de tal, iba a venderse, y para que llegue a noticia de todos, etc.

Desde el año de 1850 para adelante, las autoridades, sin tener para ello la suficiente autorización, comenzaron a suscitar embarazos a la adquisición de propiedades cuyos vendedores no exhibían títulos escritos y atendibles; y este fué uno de los más poderosos motivos de aquella cruda guerra que se declaró por muchos vecinos a la inmigración. Sin ella los terrenos fiscales les correspondían sin disputa; con ella, se les tiraba a despojar de lo que ya juzgaban suyo.

Si fijamos nuestra atención en la designación de los deslindes de las propiedades vendidas, es fácil deducir que los codiciosos detentadores, en vez de legar a sus hijos una buena fortuna, sólo les dejan un semillero de futuros e inacabables pleitos. Ninguno de estos supuestos propietarios conoce ni la extensión aproximativa, ni mucho menos los deslindes interiores y laterales de unas propiedades que sólo tienen de conocido un costado.

Para hacer más tangible lo absurdo y lo ridículo de cada uno de esos numerosísimos títulos de propiedad con sus fondos fabulosos, permítaseme suponer que el conocido valle de Santiago esté cubierto de un bosque impenetrable, y que su forma topográfica represente los terrenos mal habidos del sur; los propietarios del litoral del Mapocho saben que el río Maipo es el término del valle por el sur. Los propietarios del río de San Francisco del Monte o Santa Cruz saben que la cordillera nevada limita el valle por el oriente.

Los mapochinos presentan solicitudes en esta forma: por el norte, una línea que partiendo de la cordillera nevada, donde nace el Mapocho, sigue el curso de éste hasta la lagu-

---

(1) *Fondos,* son todos los terrenos comprendidos entre las dos rectas paralelas y sin término conocido, que parten de cada uno de los extremos de la línea que forma algún costado accesible de la propiedad, costado que se media ya sobre el margen accesible de un río, ya sobre las playas del mar.

(2) Muchos anuncios hay así, y nunca dicen de quién hubo el terreno aquel que se titula dueño, y cuando llegan a indicar algo, es para hacer más patente el despojo.

na de Pudahuel, y por fondo todo el terreno que comprende estos dos puntos hasta el río Maipo.

Los hijos de Santa Cruz y del litoral del río hasta su confluencia con el Maipo, trazan sus limites en estos términos: desde la laguna de Pudahuel, siguiendo el curso del río hasta que se pierde en el Maipo, y por fondo los campos comprendidos entre estos dos puntos hasta la cordillera nevada. ¿Cuál de las dos poblaciones tiene terrenos?

Títulos tengo a la vista por este estilo, que principiando en las playas septentrionales del seno de Reloncaví, no se les divisa otro término, por el fondo, que la frontera de Bolivia. Otro título comienza en Río Bueno y termina con sus inexorables fondos precisamente en el centro dèl punto de partida del título anterior.

A nadie se oculta que el Gobierno dictó el supremo decreto de 4 de diciembre de 1855 no tanto para defender a los indios cuanto para defender los terrenos fiscales, y que de esto nacen las atribuciones que en él se confieren a los intendentes y gobernadores. Pero estos funcionarios constituídos en escribanos y agentes fiscales, sin la responsabilidad de los primeros ni las obligaciones de los segundos, son una monstruosidad, que más es lo que perjudica que lo que aprovecha a los intereses que pretenden defender.

¿Por qué no devolver a los escribanos la plenitud de las atribuciones que el Art. 6.º del citado decreto parece disputarles?

¿Por qué no crear agentes fiscales especiales en cada asiento de terrenos sin dueño, agentes cuya única y especial misión fuese la de velar sin descanso por la conservación de esos bienes, y la de esclarecer ante los tribunales los verdaderos derechos de cada poseedor con títulos insuficientes?

Constituir a los intendentes y gobernadores en notarios irresponsables y en depositarios, además de crear un verdadero archivo que no está sujeto como el del escribano a la visita del juez y a una responsabilidad pecuniaria, no sólo contraría el propósito que se tuvo en mira al extender el decreto, sino que aumenta el número de los despojadores del Fisco con cómplices legales. Cada papelucho de esos que condecoran con el nombre de escritura de compra, empeño o arriendo, reporta diez pesos a esas autoridades superiores. A nadie ofendo ni pretendo hacerlo, y sentiré que se dé a mis ideas sobre esto otra interpretación ni otro calificativo que el que de bien intencionadas les corresponde.

Tampoco pretendo, en manera alguna, eximir a los intendentes y gobernadores de intervenir en estos contratos; pero quisiera que su intervención no pasase de un simple veto, sin

vislumbrar en engaño, o de un visto bueno en caso contrario, previo siempre el dictamen del agente fiscal.

La presencia de semejante funcionario y la dificultad de hacer valer derechos engañosos contendría los abusos que señalo; y desde ahora comenzaría cada uno a saber a qué atenerse respecto a la validez y firmeza de las compras de terrenos que más tarde deben constituir el patrimonio de sus hijos.

Mientras más tiempo se pase en tomar esta medida u otra que conduzca al mismo fin, mayor valor adquirirán aquellos desiertos, más dificultades adquirirá la designación de límites legales, y muchas más aun hacer revivir derechos que el tiempo y los actos de dominio no interrumpido pueden haber hecho caducar.

CAPITULO XXIV

Viaje a Buenos Aires a través de las Pampas argentinas.— Camino de Uspallata. —El Rosario.— Paraná.— Buenos Aires.— Don Juan Manuel Rosas, ex dictador.

Cuando se sale del nebuloso Llanquihue y de sus húmedos bosques y se entra en las regiones del norte, todo parece en ellas más árido de lo que es, todo más seco. Así fué que, colocado de repente en el camino del pueblo de Santa Rosa de los Andes a Mendoza, y sabiendo que para el norte la región cordillerana era de legua en legua más estéril, hasta convertirse en arenas y pedreros en Atacama, llegué a creer que nada habría en Chile más inútil y menos apta para ser utilizada por el hombre que esta vasta zona de alturas que con el nombre de Andes nos separa de la República Argentina. Pero esa impresión desfavorable no dura ni aun en el ánimo del que se ha criado entre las selvas cuando llega a saber que esos secadales encubren tantas riquezas minerales cuantas son las riquezas agrícolas que ostentan las cordilleras del sur.

Estaba tan descuidado y tan malo el camino que mediaba entre Santa Rosa y Mendoza cuando por sexta vez me encontré en él a principios de abril de 1855, que no me cansaba de maravillarme cómo siendo éste tan importante y de tan fácil construcción y compostura, podía dejarse en tan lastimoso abandono, así en la sección que correspondía a Chile como en la que pertenecía a Mendoza.

Desconsolador es que en esto de caminos y de obras públicas; que en esto de crear fuentes de riquezas; que en todo lo concerniente a destruir o a aminorar añejas y mal calculadas contribuciones, se detengan tan espantados los gobiernos ante el gasto de algunos pocos miles que la industria y el comercio no tardan en devolver con usura; cuán pródigos y derrochadores son hasta para las guerras fratricidas, en las cuales se desparpajan millones que no vuelven jamás al lugar de donde salieron.

La rica provincia de Mendoza, así como la de San Luis, no tenía entonces más puerto para el expendio de sus frutos que nuestro Valparaíso, y podía asegurarse que por muchos

años no tendrían otro, por lo menos Mendoza, a pesar de los caminos de fierro que puedan poner a este pueblo en contacto con el Rosario, si el camino de los Andes llegase alguna vez a ser, lo que era tiempo que lo fuese, bueno.

La distancia que hay que recorrer en el camino de Mendoza a Buenos Aires, según el leguario español corregido por Rivarola, alcanza a 293 leguas, y lo que media entre Mendoza y Santa Rosa de los Andes, a 80. De éstas corresponden a Mendoza 54 y a Chile 26. De las 54 leguas que corresponden a Mendoza sólo tendría este Estado que componer las que median entre Uspallata y la cumbre, que sólo alcanzan a 24, y de las 26 que tocan a Chile sólo exigirían trabajo las 13 que median entre la cumbre y el resguardo. ¿Serían acaso ruinosos gastos para dos naciones limítrofes los que a ambas impusiera la apertura y sostén de un buen camino por el cual pasan en el día millones a pesar de la perversa senda que lo indica?

El camino, sin embargo, para simples viajeros es harto menos peligroso que lo que muchos imaginan. Pasada la cumbre, cuyo repecho, aunque de corta duración, es lo más molesto de todo el viaje hasta Mendoza, el resto del camino, bien que largo, no merece más calificativo que el de pesado.

Después de dejar atrás el famoso Puente del Inca con sus conocidas aguas termales, llegamos al puerto aduanero de Uspallata, donde alojamos.

Uspallata fué uno de los minerales más antiguos y de más poderosa riqueza que explotaron los chilenos cuando la gran provincia de Cuyo formaba parte integrante del titulado reino de Chile. La corrida de esta veta colosal, que se tiene por una de las mayores que se encuentran en el mundo, se manifiesta, según mineros prácticos y observadores, en Bolivia con el nombre de Potosí, con el de Famatina en la Rioja, con el de Gualilán en San Juan, y con el de Uspallata en Mendoza. Puede decirse que a este mineral debió Mendoza sus primeros progresos, puesto que los mineros que se enviaban de Chile á ese trabajo cordillerano, en cuanto bajaban al pequeño pueblo, halagados por su benigno clima y feraz suelo, se quedaban en él.

Tuve ocasión el año de 1836, movido por el deseo de investigar lo que hubiese de cierto sobre la importancia del ponderado mineral de Uspallata, de hacer visitas prolijas al archivo del antiguo Cabildo de Mendoza, y el resultado de mis indagaciones fué el siguiente. Según los expedientes de minería, existían en 1660, 319 boca-minas con 300 trabajadores; y las riquezas extraídas deberían haber sido muchas, puesto que de las actas de visitas se desprenden que las *guias* daban

a razón de 800 marcos por cajón; las *pinterías,* a razón de 40; y los brozos, de 10 a 12.

Marchaba yo por este antiguo y conocido camino, no ya libre como antes solía, sino esclavo de la obligación que me imponía el título de Cónsul General de Chile en Hamburgo, para cuyo punto me dirigía a impulsar la emigración alemana hacia la colonia que acababa de fundar.

Mendoza, por sus notables adelantos y por el bienestar que gozaba, no era ya el Mendoza del arbitrario Aldao. Setenta y seis leguas más allá, San Luis de la Punta, salvo la naturaleza de su gobierno, era el mismo San Luis del ponderado Lucero. Los demás poblados que atraviesa el camino y en los cuales sólo se detienen para mudar caballos las enormes arcas de Noé, que son los carruajes para pasajeros que existían entre Mendoza y el Rosario, no merecen particular mención.

El Rosario ya es otra cosa. Antes de llegar a este hermoso pueblecito de reciente fundación a orillas del gigante de los ríos sudamericanos, cesa el dominio de la Pampa y aparece con toda su notable esplendidez, junto con el movimiento del comercio fluvial y terrestre, aquella poderosa y rica vegetación que califica el suelo feracísimo que la sustenta. En el Rosario recoge el vapor al fatigado viajero y lo conduce, hartándolo de encantos, por entre los risueños panoramas que ofrece la navegación del Paraná, hasta la populosa Buenos Aires.

Nada era más monótono ni más pesado que el viaje de Mendoza al Rosario al través de las Pampas argentinas. En aquel mar sin agua se tiende la vista sin que el más mínimo arbolito ni el más lejano cerco le impidan llegar hasta los supuestos términos del horizonte. Así como en el mar real, sin el auxilio de la brújulas se pierde el navegante, en la Pampa, sin el del *baquiano* o del profundo rastro del camino, se extravía y muchas veces perece el caminante. Llaman esto morir *empampado.*

Las galeras o carromatos en que se viajaba eran casi iguales, salvo la comodidad y la elegancia, en forma y tamaño a los carritos urbanos que recorren las vías férreas de Santiago. Llevábase todo en ellos, hasta el agua, si se deseaba beberla buena, porque en las postas sólo se encontraba la enramada del encargado de proveer cabalgaduras para el coche y un mal corralón circundado de tunas, único vegetal que debía allí su existencia a la mano del hombre, y único tropiezo que, junto con la enramada del postero, encontraba en trechos promediados la vista del viajero en la eterna super-

ficie de la Pampa, en cuyo suelo y a cielo raso se pasaba la noche.

Pero todo el fastidio y las fatigas del viaje se echan a un lado, como he dicho, cuando se llega al Rosario, cuando el aspecto del Paraná refresca la vista fatigada con los reflejos de la Pampa, y la imaginación con sus imponentes panoramas.

Para ante este hermoso río, que aunque cuenta con 500 leguas de curso, no es, sin embargo, más que uno de los tributarios de la gran ría de la Plata, poco significan reunidas las de San Joaquín y Sacramento de California, y nada, absolutamente nada, nuestro Valdivia, pues no alcanzaría a igualar en tamaño el más insignificante de los infinitos afluentes que alimentan el coloso perdiendo en él sus aguas como en un verdadero mar. Navegable en un trayecto de centenares de leguas para grandes embarcaciones, el Paraná es una fuente de riquezas para sus afortunados poseedores.

Las numerosas islas que forman en él caprichosísimos canales, son verdaderas selvas de naranjales silvestres que, embalsamando el aire en la época de su florescencia, en las de las cosechas rellenan miles de lanchones que se deslizan con rimeros de náranjas por las tranquilas aguas hacia las poblaciones riberanas. Por sobre las siempre verdes copas de aquellos preciosos árboles ve el viajero pasar las últimas velas que ostentan los palos de las naves que se deslizan en el lado opuesto, las cuales contrastan con su blancura el verde obscuro de los bosques; y a cada rato, al doblar el extremo de alguna isla, ve verdaderas flotillas de bergantines y de balandras que no tardan en desaparecer para dar lugar a otras de las muchas que van y vuelven sin cesar por los canales.

Al recorrer este río, relacionando los recuerdos de mi viaje al Uruguay y al gran Chaco con las impresiones del momento, solía preguntarme, ¿qué razón atendible tendrán los argentinos, en cuyo vasto territorio apenas se divisan pobladores pastoriles, que viven, si bien holgados por la riqueza natural del suelo, en el más lastimoso aislamiento, para aspirar a mayor extensión territorial, cuando tienen que transcurrir siglos aún antes que estén debidamente colocados los muchos millones de hombres que pueden aposentarse, ricos y felices, en lo que ahora poseen sin disputa ni gasto alguno? ¿Cuántas naciones se considerarían grandes y ricas con sólo poseer la parte que corresponde a la República Argentina en el río de la Plata, en la de sus poderosos afluentes, o en los terrenos de que son en el día incuestionables dueños?

El río de la Plata tiene 30 leguas de ancho en su desem-

bocadura al mar, 14 frente a Montevideo, y una anchura media de ocho hasta la confluencia del Paraná y del Uruguay.

Buenos Aires, aunque el río de la Plata baña los cimientos de sus edificios, no es puerto. Entre este pueblo y el ancladero media una legua de distancia, cubierta de bancos fangosos sujetos a la alta y a la baja influencia de las mareas; así es que el embarque y desembarque de pasajeros y de mercaderías ofrecía serias dificultades. Se hacía uno y otro por medio de carretones sobre cuyo catre iba parado el pasajero asegurado a los estacones de los costados. En esta forma entraba el vehículo al río y seguía tirado por caballos con el agua al pecho, hasta transbordarse al bote que a lo lejos lo esperaba.

El pueblo no ofrecía entonces nada que lo distinguiese de los demás pueblos grandes de la América: sus casas eran bajas, ninguna de notable arquitectura, y sus calles en general descuidadas.

En el día de hoy, a pesar del gran acrecimiento de esta capital, cuya población elevan algunos hasta 300.000 habitantes, y de su proximidad a Europa, nada se encuentra en ella que pueda equipararse con la magnificencia arquitectónica de los principales templos y edificios de Santiago, ni con ninguno de los hermosos paseos públicos que engalanan esta capital de la región occidental de la América latina.

Fué cicerone en mis correrías por el pueblo, mi amable y distinguido amigo don Domingo Faustino Sarmiento, quien se complacía en hacerme notar el progreso que, en todo sentido, se había desarrollado en el país después de la caída de Rosas. Preguntándole yo por qué hombres tan caracterizados como él ocupaban tan obscuro lugar en su reconquistada patria, me contestó en el acto: "porque las revoluciones, señor don Vicente, como Saturno, devoran siempre a sus propios hijos".

El 3 de mayo de 1855, fecha de mi llegada por tercera vez a Buenos Aires, distaba sólo tres años y tres meses del notable acontecimiento que había obligado al dictador Rosas, vencido en Monte Caceros a buscar en la lejana Inglaterra la seguridad individual que no podía ya encontrar en su propia patria.

No conozco hombre de Estado que haya merecido a la literatura y a la prensa americanas recuerdos tan vivamente apasionados como los que corren consignados sobre Rosas.

Los verdaderos o los supuestos hechos que se atribuyen a este hombre singular, que retó a la Francia, escupió a la Inglaterra, despreció al Brasil, y supo al mismo tiempo luchar y sostener su inaudito poderío contra los implacables enemigos que existían en su patrio hogar, han sido canta-

dos en todos los tonos que recorren ocho de las nueve musas del Parnaso; sólo la novena ha enmudecido, la severa Historia, que hasta ahora, por no ser aún tiempo de hablar, ha observado el más rígido silencio.

Y en verdad que el hombre de fuera, el hombre imparcial, en presencia de los hechos que se cuentan, y en la de las muchas contradicciones que ellos mismos envuelven, para merecer el nombre de justo, hasta mejor informado debe suspender su fallo.

He aquí los hechos descarnados que no han sido hasta ahora desmentidos y que confiesan los más encarnizados enemigos de Rosas.

La mayoría de los habitantes de los grandes centros poblados del vasto Estado platense, tanto por las grandes distancias en que se encuentran unas de otras las poblaciones, cuanto por su amor al *self government*, no han querido ni quieren vivir bajo el régimen de los gobiernos unitarios.

El propósito solo de pretender plantear un gobierno unitario en las provincias argentinas obligó al esclarecido estadista Rivadavia, recién nombrado Presidente de la República por la convención constituyente del 16 de diciembre de 1826, a resignar el mando el 5 de julio de 1827. Desde ese día cada provincia se gobernó por sí sola, y la de Buenos Aires se dió por gobernador al desventurado Dorrego, jefe entonces del partido federal. Dorrego contaba con pocas simpatías en el ejército; éste se insurreccionó, y la revolución del 1.º de diciembre de 1828, encabezada por el general Lavalle, obligó al Gobernador a refugiarse en la campaña.

Oigamos ahora, para darnos cabal cuenta de lo que sucedió después, las palabras con que refiere estos sucesos la comisión para la Exposición de Filadelfia en su obra *República Argentina*, publicada por orden y cuenta del Estado en el año 1876, pág. 20:

"Allí (Dorrego en la campaña), encontró el apoyo del comandante general de los partidos de la campaña, Juan Manuel Rosas, y formó un pequeño ejército con el objeto de marchar sobre Buenos Aires; pero Lavalle triunfó, lo hizo prisionero y lo fusiló sin proceso el 13 de diciembre de 1828.

Lavalle se arrepintió más tarde de esta precipitación, porque Dorrego, hombre estimado, era el jefe del partido federal; y éste, por la muerte violenta de aquél, que consideraba un crimen abominable, resolvió usar la ley del talión con los unitarios. No sólo toda la campaña de Buenos Aires se levantó con Rosas a la cabeza contra Lavalle, sino también una gran parte de las otras provincias. Considerando este hecho como una declaración de guerra, la asamblea re-

unida entonces en Santa Fe, declaró ilícito el gobierno de Lavalle".

Por perversa que sea la redacción de los párrafos que acabo de copiar, bastará tal cual buena voluntad para comprender lo que quisieron decir los literatos argentinos cuando los escribieron.

Prosigo citando hechos incuestionables.

Después de una lucha encarnizada, fué investido Rosas por la asamblea provincial de Buenos Aires, Gobernador de la provincia, con facultades extraordinarias, en diciembre de 1829.

No aceptó, tres años después, la reelección que se le ofrecía en diciembre de 1832. Se retiró a la campaña, y sólo en marzo de 1835 aceptó la dictadura casi ilimitada que se le ofreció y que continuó ejerciendo hasta que el levantamiento de Entre Ríos dió por resultado su derrota en Monte Caceros el 3 de febrero de 1852. Se retiró después a bordo de un navío de guerra inglés, marchó en él a Inglaterra, y allí "fué recibido por las autoridades inglesas con demostraciones honoríficas".

De lo expuesto se desprende:

1.º Que dos partidos que se aborrecían entre sí lucharon por el predominio de sus ideas;

2.º Que Dorrego, Gobernador legal de Buenos Aires y jefe del partido federal, fué derrocado del poder por tropas insurrectas, mandadas por el general Lavalle, jefe entonces del partido unitario;

3.º Que Dorrego, vencido y hecho prisionero, fué fusilado por Lavalle, sin proceso alguno; y

4.º Que a consecuencia de este bárbaro atentado, quedó de hecho proclamada la ley del talión.

Ahora bien, se pregunta: dado que fuesen ciertos cuantos horrores se atribuyen a Rosas, lo que dista bastante de la verdad, ¿por qué no han de ser copartícipes de ellos los que primero que él y sin ningún antecedente que autorizase el acto de asesinar sin causa previa, los promovieron? Si, como se asegura, Rosas mataba, complaciéndose con el tormento de cuantos enemigos caían en su poder, lo que también es inexacto, ¿qué hubieran hecho los unitarios con Rosas, si éste hubiese caído en sus manos?

Cuando se llega a inhumanos extremos, a los sangrientos horrores de una guerra a muerte, ninguna de las dos fieras que se despedazan entre sí tiene derecho para achacar a la otra la responsábilidad de la sangre que se derrama, a menos que una de las dos, por actos incalificables, haya obligado á la otra a echar mano de represalias, y en este caso el partido unitario debería enmudecer.

Además, cómo no suspender el juicio, antes de emitir un fallo definitivo, sobre los actos de un hombre a quien no se le ha oído aún; actos que para atribuírselos a Rosas han sido rebuscados en el corazón de los tigres, y que representados en pinturas, se ve en ellos a un hombre estrujando con sus propias manos en una copa, la sangre de un corazón humano, para bebérsela en seguida. La misma exageración o enormidad impone a la prudencia el deber de detener su fallo antes de estar mejor informada.

Lo que hay de cierto y muy averiguado, entre otras muchas cosas que omito, es que Rosas supo muy mal escoger sus amigos; pues, aquellos a quien este hombre extraordinario dispensó más cariño y más confianza, fueron después sus más encarnizados detractores, y los ejemplos los hemos tenido en Chile; pues, cuando publicaban la fama y la prensa con descaro que las hijas del general Lavalle, atadas a un poste, con los párpados cortados por orden de Rosas, sufrían con los rayos del sol sobre sus indefensas retinas, los tormentos que la más bárbara y extraviada mente pudo inventar, esas hermosas víctimas del tirano, bailaban regocijándose en las tertulias del alegre Santiago.

Yo, que desde el principío sabía todo esto, y que había disfrutado varias veces en Buenos Aires de la misma seguridad que se disfrutaba en nuestra capital, movido por la curiosidad pregunté a la señora de Mendeville, matrona respetable y respetada de la alta sociedad bonaerense, en cuya casa se me dispensaba la más cordial y franca hospitalidad, si después de la salida de Rosas quedaban aún en la ciudad algunos miembros de su familia, porque deseaba conocerles, y por toda contestación mandó un recado a*** parienta inmediata del dictador, diciéndole que la esperaba.

No tardó en llegar a la casa, con los atavíos de la más sencilla elegancia, una de las más hermosas mujeres que he tratado en el curso de mi vida. Juventud, atractivos, franqueza, educación y fino trato adornaban a ese ser privilegiado, la cual, oyéndome decir que deseaba saludar al señor don Juan Manuel a mi pasada por Southampton, tuvo la bondad de entregarme una tarjeta suya, en cuyo respaldo escribió con lápiz una sola palabra. Tuve después ocasión de ver dos veces en el teatro a esta señora, y la de observar los cordiales saludos que le dirigían los concurrentes desde sus palcos.

Hablando algunos días después en Montevideo con el señor Mendeville, comerciante acreditado de aquella importante plaza, me indicó la posibilidad de echarnos pronto al bolsillo algunos pesos fuertes si yo me resolvía a escribir un folleto sobre Rosas, y a mandarle diez mil ejemplares.

Aseguraba se vendería en el acto y a muy buen precio, con tal que el escrito contuviese un examen analítico-moral del corazón del ex dictador, sus actuales tendencias y el fundamento de sus futuras esperanzas de volver a ejercer el poder en Buenos Aires. "No descuide usted, me decía, los movimientos de su fisonomía; repare usted si los actos de benéfica humanidad le son indiferentes o le entristecen; sígalo usted al teatro cuando se representen dramas horribles o tragedias, y apunte con minucioso esmero el carácter que asume su rostro en los momentos de las catástrofes; exprese, como usted sabe hacerlo, cómo en esos momentos le brillan los ojos de alegría, y cómo las demostraciones de duelo por el crimen consumado sólo le merecen desprecio".

Pareciéronme un sí es no es apasionadas las instrucciones que me daba aquel honrado comerciante del pintoresco Montevideo, y mucho más me lo parecieron después, cuando mostrándole yo aquellas mentadas "Talas de Sangre", que los enemigos de Rosas lanzaron como un brulote por toda la América para atestiguar los crímenes que se atribuían a ese mandatario, y cuestionándole sobre ellas, reparé que pasaba como por sobre brasas encendidas al llegar a muchos hechos que, sin dárselo yo a entender, me constaba que eran falsos.

Llegado después de un viaje feliz a Southampton, pregunté al dueño de mi posada si sabía dónde vivía Rosas; y con su respuesta afirmativa, si sabía en qué se ocupaba, o qué hacía en aquella ciudad, y me respondió estas textuales palabras:

"Esa fruta de horca, sólo se ocupa en hacer mal, y si no mata gente aquí como mataba en Buenos Aires, es porque en Inglaterra del asesinato a la horca no hay más que un paso".

Espantado con semejante juicio, quise profundizar algo el cimiento sobre que se apoyaba, y no tardé en descubrir que ni de vista conocía a Rosas, y que si llegaba a saber que existía un Buenos Aires en América, era más por la línea de vapores que entre Southampton y aquella plaza navegaba, que por sus conocimientos geográficos.

Los fundamentos de su inconsciente fallo no traían más calificado origen, que el que dejaban en su memoria las hablillas más o menos apasionadas de los argentinos que de paso alojaban como yo en su posada.

Se comprende que cuanto se decía de Rosas debía interesar vivamente mi curiosidad; así fué que en cuanto instalé mis trabajos en mi alojamiento y di una vuelta para reco-

rrer la ciudad, que vi con gusto por segunda vez, me dirigí a casa de Rosas.

Vivía éste en el segundo cuarto de una modesta casa de cinco pisos, altura muy común de los edificios de aquel pueblo. Llamé, y habiendo entregado al portero que acudió al llamado, muchacho que por el color de la tez me pareció americano, una tarjeta mía, no tardé en oír la voz entera de un hombre que parecía acostumbrado a mandar, que ordenaba se me franquease entrada.

Un instante después se adelantó a recibirme el mismo Rosas. Era éste entonces un hombre como de sesenta y dos años de edad, de estatura más que mediana y de robusta complexión. Lucía su rostro, sobre una tez blanca y sanguínea, dos hermosos ojos azules, una nariz aguileña, y un par de labios, aunque finos, perfectamente diseñados.

Nada encontré en su traje que llamase mi atención; vestía como viste un honrado y modesto inglés de mediana fortuna. Ni vi en él chiripa, ni tampoco el grueso pantalón con vivos lacres, ni mucho menos el chaleco de lana colorado y la divisa que afectaba lucir en Buenos Aires, ya en las revistas o ya en los campos de batalla, como me aseguraron en América que encontraría al ex dictador vestido aquí.

Recibióme con afectuosa cortesía, sin olvidar aquella prudente reserva, forzosa compañera del hombre de mundo cuando trata por vez primera a un desconocido; mas ésta duró poco, pues no hizo más que recibir mi tarjeta de su parienta y leer lo que en el respaldo de ella iba escrito, cuando levantándose de su asiento, me tendió con efusión los brazos, apellidándome paisano.

Seis días estuve en Southampton, y en esos seis días tuve ocasión, uno de almorzar con él y los cinco restantes acompañarle a tomar mate, bebida sin azúcar que parecía serle favorita.

Noté en mis conversaciones con este hombre excepcional, que se había apoderado de su ánimo cierta manía de creer que era imposible que los argentinos pudiesen vivir en paz bajo otro sistema de gobierno que el absoluto; que él era el hombre indispensable para contener los desbordes de las pasiones tan propias de esos locos a quienes tanto seguía queriendo, sin saber por qué, y que era también imposible que el escaso juicio que aún se complacía en reconocerles no les obligase a llamarle de un instante a otro. Por cada vapor que llegaba esperaba este llamado, y por cada vapor sufría decepciones su creencia; pero esas decepciones más le inspiraban lástima que cólera, pues, según él decía, más perdían ellos en no llamarle, que él permaneciendo donde estaba.

Hablaba con calor sobre la enormidad de los crímenes que se le atribuían, y recuerdo que paseándose con exaltación la víspera del día en que debí proseguir mi viaje, me cogió de la mano y llevándome a una pieza atestada de cajones abiertos y de sacos de legajos y papeles, me dijo: "¿Ve usted todo esto, paisano? Pues aquí tiene el archivo privado de mi gobierno; aquí puede usted encontrar no sólo los documentos que justifican mis actos, sino también muchos de aquellos que acreditan la desleal conducta de mis enemigos, ingratos unos y malos casi todos. Ya vendrá el día en que todos estos documentos vean la luz pública y de ello me ocupo ahora, agregó señalándome con la mano multitud de papeles borrajeados que tenía sobre su escritorio...

"Todo lo comprendo, paisano, agregó con despecho, porque conozco las aspiraciones de los chasqueados; pero lo que no comprendo, lo que nunca he podido comprender, es que los chilenos, sin oírme siquiera, hayan *amuchado* el número de mis enemigos, cuando el solo examen de la conducta que ha observado en Chile esa tropa de *baguales,* dispénseme la expresión, que se refugiaron en aquella república, sobraba para conocer la calidad de los testigos que deponían contra mí".

Preguntado por qué no había promovido en Chile la creación de un diario encargado de rectificar las calumnias de sus detractores, me contestó: "porque los primeros pasos que di en este sentido fueron desgraciados... Promoví en la ciudad de Valparaíso la creación de un diario, de cuya redacción se encargó un señor Espejo... don Juan Nepomuceno, recuerdo que era su nombre; pero no surtió efecto esta medida, porque los diarios de ese país estaban todos en poder de argentinos.

Hice ir entonces a su tierra a un joven cuya familia me debía servicios y que hasta entonces me había dado a entender que era un ardiente partidario mío, y en cuanto no más se encontró en Chile, influenciado por su padre, me volvió la espalda; y también, señor don Vicente, hablemos claro, no hice más diligencias porque cometí la chambonada de presumir más de lo que debía, de la penetración de los chilenos para deducir de las mismas exorbitaciones que se contaban de mí y de la conducta de mis detractores, la poca fe que sus relatos merecían.

CAPITULO XXV

Estado hamburgués.— Modo de percibir la contribución del cuatro por ciento sobre los haberes muebles.— Jardín de Niños.— Emigración, sus agentes.— Actividad de las naciones para promoverla.— Serias dificultades que tuvo que vencer el Agente chileno en Hamburgo para la remisión de emigrantes a Chile. —Su polémica con la "Gaceta de Ausburgo".— Bases sobre que debe fundarse toda empresa de inmigración.— España.— Cuentas del Gran Capitán.— Las aguas de Franzensband.— Ab-el-Kadder. —Los rusos. —Francisco Javier Rosales.— Fin.

El 9 de septiembre de 1855, época en que los tiernos retoños de los árboles anuncian la llegada de nuestras risueñas primaveras, y aquella en que la naturaleza comienza a despojarse de sus galas para soportar el rigor de los inviernos del norte de la Europa, llegué a la hermosa, rica y libre ciudad ansiática de Hamburgo, antigua y formidable fortaleza; llave del Elba, entonces, por el poder de sus armas; centro y pacífico emporio, en el día, de comercio y de riquezas, y acreditada agencia que sirve de intermedio a la industria alemana, así para repartir sus artefactos por todos los mercados del mundo, como para recibir los ricos retornos que la alimentan.

Hamburgo no era en aquella época una simple ciudad engastada en la gran Confederación Germánica, como lo acreditaba su nombre de Villa Libre; Hamburgo era, aunque pequeño, un verdadero Estado independiente, una república cuyas instituciones políticas, civiles, religiosas y rentísticas, merecían ser estudiadas.

En la Constitución hamburguesa ni había jefe supremo ni cosa que lo pareciese. Los poderes del Estado, que con tanto afán se empeñan los escritores constitucionalistas en dividir, estableciendo entre ellos la soñada, recíproca y necesaria independencia que hasta ahora no han podido conseguir, por ser imposible fijar a la jurisdicción de cada uno, límites incontrovertibles, se encuentran en la constitución hamburguesa reunidos en un Senado que ejecuta y juzga, y en

una Asamblea de ciudadanos activos que, junto con el Senado, concurren a la confección de las leyes, sin que esta aparente confusión de los poderes haya, hasta ahora, por el sabio mecanismo a que obedece, perturbado la marcha normal del Estado, ni la pacífica y tranquila de cada funcionario en el desempeño de su respectivo cargo.

Esto que llamamos por acá bandos políticos, apenas tiene en Hamburgo significado, porque estando siempre las aspiraciones al mando en proporción directa con el alto o el bajo lucro que el mando proporciona, no es de extrañar que en ese pueblo, donde apenas alcanza la remuneración de sus más altos empleados a cubrir los gastos de escritorio, no se encuentre esa falaz pantalla tras la cual se ocultan los que acechan el poder. Son allí los empleos públicos, con relación al lujo que proporcionan al empleado, muy semejantes, en lo gratuitos, a los de nuestros subdelegados; por esto, causa tanto tenor en Chile el título de subdelegado cuanto en Hamburgo el de burgomaestre. En Chile paga una multa el ciudadano que rehusa ser subdelegado; en Hamburgo el que rehusa ser senador, o lo que es lo mismo, juez, síndico o presidente, porque del Senado salen estos funcionarios, sufre el castigo del destierro y además, el de la pérdida de la décima parte de su fortuna, que se aplica a beneficio del tesoro público.

¡Cuántos aspirantes a empleos empuñarían el arado; cuantos eternos habladores enmudecerían; cuántos bandos políticos, sociedades juradas para asaltar el poder, se disolverían, si el servicio público se hiciera en lo posible obligatorio y gratuito!

Hasta para alcanzar entre nosotros el título de cabildante empleamos, sin rubor, la intriga, la corrupción, el engaño y la amenaza; derramamos a manos llenas dinero que mezquinamos a la miseria, a la educación y al dolor, y poco nos importa que hasta sangre se derrame, si alcanzamos el apetecido título ilustre con el que modestamente se condecoran en las salas de cabildos los más opacos entendimientos. Y todo, ¿por qué? Por el pago de ciertas inmunidades, por el teatro, por ocupar asientos de preferencia en las festividades públicas, y sobre todo, por el derecho de intervenir en futuras elecciones que, llevando a sus parciales a las cámaras, le pongan en actitud de escalar después el poder remunerado. Si los municipales chilenos nada tuviesen que hacer en las elecciones, y tuviesen obligación, como la tenían los antiguos romanos, de costear de su propio bolsillo todas las gangas de que ahora tan espetados gozan, de seguro que

se huiría de la sala del Cabildo como se huye en Hamburgo de la del Senado.

Pocas y equitativas son las contribuciones que alimentan el tesoro de la república. Entre ellas, mucho me llamó la atención el modo como se recauda la del cuatro por ciento sobre los haberes muebles; porque las del cuatro por ciento sobre el valor de los inmuebles sólo se exige en los grandes apuros o en casos muy extraordinarios.

Llámase la contribución del cuatro por ciento sobre los haberes muebles en las villas ansiáticas, contribución *patriótica, de honor y de conciencia.* Págase siempre en secreto y el monto de la cuota que a cada cual corresponde se deja a la conciencia del erogante. Para recaudar este impuesto, cuatro senadores y doce notables ciudadanos activos asisten durante un mes seguido a una sala donde se instala una caja receptora. Cada contribuyente ocurre a la sala el día del mes que mejor le parece; deposita en la caja lo que cree deber depositar, se retira en seguida y la comisión que presencia desde alguna distancia este acto, sin averiguar el monto de la cantidad depositada, se limita a inscribir el nombre del contribuyente, y a poner a continuación de él estas solas palabras: *cumplió con la ley.*

Las contribuciones urbanas que pagan los vecinos satisfacen de un modo tan inmediato y directo las necesidades de los contribuyentes, que ni se siente el peso de ellas. La ciudad es casa de seguros donde cada depositario tiene obligación de asegurar su propiedad, sin que esto obste para que la asegure en otra compañía. La ciudad es dueña exclusiva del agua potable, así como del alumbrado público, y la lotería existe allí también como existe en todos los pueblos alemanes.

Los establecimientos de beneficencia que costea exclusivamente la caridad pública son tantos, tan ricos y tan bien asistidos, que no conozco pueblo alguno que pueda disputar en esto la primacía al hamburgués.

Notables son las escuelas y colegios; pero lo que más llamó mi atención, entre esta clase de establecimientos, fueron las escuelas destinadas para niños desde dos hasta siete años de edad. Llámanlas Jardines de Niños y su origen es puramente hamburgués. Estos interesantísimos establecimientos que corren a cargo de muy calificadas instructoras, han sido ideados con el doble propósito de servir de segunda madre al niño cuando la legítima tiene que dejarle solo en las horas que dedica al trabajo fuera de su casa, y de propender, a fuerza de ingeniosos procedimientos, a cambiar el instinto de destrucción, tan propio de esa tierna edad, por el de la conservación, por el del orden y hasta por el del trabajo creador.

Seminarios donde tan delicados seres beben, puede decirse, con la leche que los alimenta, el germen de tan importantes hábitos, no es posible que dejen de producir excelentes hijos al país que los plantea.

He visitado con detención uno de estos establecimientos donde recibían maternales cuidados 82 criaturas. Todo en la casa estaba dispuesto para hacerla grata al educando; jardines, sombras, baños, columpios, trapecios, juguetes, trechos destinados para labrar la tierra y plantar flores. Ningún juguete dejaba de tener un nombre científico ni carecía de algo que agrandando pudiese instruir. Las pelotas representaban globos geográficos de gradual perfección, unas con solo los círculos máximos y otras con los continentes además, y vestidas de hermosos colores, las cuales sólo se entregaban al niño cuando éste podía dar razón de lo que significaban los primeros. Los palitos con que jugaban eran cilindros, cuadros, cubos truncados, elipses, etc. Cada niño, según su edad, para que pudiese jugar con tierra, tenía a su cuidado un jardincito de media vara en cuadro, y disponía de pequeños instrumentos agrícolas para poder cultivarlo, y la profesora, al poner en sus manecitas esos instrumentos de labor, junto con enseñarles su nombre y el modo de usarlos, inculcaba en el ánimo de los cultivadores el santo espíritu de emulación industrial. Ninguna violencia se empleaba en aquel establecimiento para contrarrestar el carácter más o menos voluntarioso del niño; ninguna ocupación detenía más de seis minutos seguidos la voluble imaginación del educando sobre un mismo objeto; y el niño, lejos de oponer resistencia a las madres para ir a la escuela, apenas llegaba la hora de ir a ella, las importunaban por marchar.

La madre de familia que trabajaba a jornal, sólo cuidaba de acomodar en la escarcelita del niño el alimento para un modesto almuerzo y marchaba a su trabajo hasta la una del día, hora en que se recogía, después de haberle dejado contento y aprendiendo sin mortificación lo que ella misma no podía enseñarle. Enseñábaseles a rezar y a cantar; ejercitábase su memoria con el aprendizaje de fábulas cortas y expresivas. Colocados al rededor de una mesa, se distribuía a cada uno el número de palitos que alcanzaba a contar hasta diez. La preceptora formaba con otro número igual alguna figura regular que cada cual trataba de imitar y maravillaba ver en boca de aquellos seres diminutos los nombres de triángulos, de cuadrados, de polígonos, etc., y más aun, la prontitud con que el niño contaba de uno a diez y de diez a uno, a medida que la profesora quitaba o agregaba un palito a la figura que el niño acababa de imitar.

He visto obras de paja primorosamente trabajadas por esos artistas en miniatura; y cada vez que alguna sobresalía por su relativa perfección, se colocaba ésta en un cuadro, con el nombre del artista, que merecía de todos los que visitaban el establecimiento, elogios y cariños.

Omito continuar relatando pormenores, por creer que bastan los que quedan apuntados para hacer vislumbrar la importancia de estos interesantes establecimientos.

Velaba entonces sobre la conservación y fomento de los jardines de niños una sociedad de filantrópicas señoras, cada una de las cuales ejercía por semana la superintendencia de todos ellos para corregir sus defectos o para proveer lo que en ellos faltase.

La ciudad y puerto de Hamburgo, capital de esta pequeña república, que sólo cuenta con una extensión territorial de 392 cuadros de a mil kilómetros cada uno, y con una población de 200.000 almas, de las cuales 160.000 corresponden al pueblo, es una de las más hermosas de Alemania a pesar de su forma irregular. Es pintoresco su asiento entre la embocadura del Elba, cubierta siempre de una selva de mástiles donde lucen todos los pabellones del mundo, y el precioso lago Alster que, rodeado de paseos y de vistosos edificios, penetra en la ciudad para mezclar sus aguas al través de suntuosos canales con las del Elba. Sus antiguos y formidables fosos de cuarenta metros de anchura, transformados en jardines y paseos que forman un cinturón de flores y de monumentos alrededor del pueblo, el contraste de las modernas construcciones, con las del estilo teutónico que escaparon al voraz incendio que en sólo tres días arrasó en 1842, 1.992 edificios, hacían de este emporio de comercio y de riquezas una de las más interesantes residencias así para el simple negociante como para todo hombre que desease gozar en paz y al abrigo de positivas garantías una vida poco costosa, regalada y grata.

Todo Estado que deseare promover inmigraciones de alemanes no debe perder de vista que Hamburgo es uno de los puntos obligados para establecer sus agencias de inmigración. Este importante paso donde año a año se acumula y se estrecha la gran corriente de emigrantes que fluye de todos los puntos de Alemania para repartirse en seguida, con más o menos caudal, por entre todo despoblado que necesita, para su progreso material e intelectual, el concurso de brazos humanos, había despachado en sólo los meses útiles que el deshielo del Elba permitió aprovechar el año anterior al de mi llegada, 163 naves con 32.310 emigrantes para diferentes puertos transatlánticos.

Pero no se crea por esto que Hamburgo sea la única fuente donde debe buscarse al emigrante alemán, porque Bremen y Antuerpia le disputan muchas veces la primacía.

Para el que llega a esos puntos por vez primera, y para el que sabe cuántos miles de emigrantes se dirigen anualmente a ellos en demanda de nuevas patrias, parece desde luego fácil y sencillo encaminar esa corriente a cualquiera de las especiales regiones que la solicitan; pero no es así, porque la operación es harto más ardua y demorosa de lo que parece.

En Hamburgo, en Bremen, en Antuerpia, en Liverpool, en el Havre y en cuantos puertos se detiene el emigrante a contratar pasaje, se encuentran desde que se inició la emigración transatlántica, agentes especiales acreditados por sus respectivos países para conseguir que el emigrante se dirija a esta o aquella región, con preferencia a otra alguna de las muchas que simultáneamente le ofrecen hospitalidad y hogar.

Estos activísimos agentes, bien que hostiles entre sí cuando trabajan solos, lo mismo es llegar a sus oídos el proyecto en tabla de una nueva colonia que puede disputarles el monopolio de la consignación de hombres, no sólo se aúnan para resistirlo, sino que lo combaten con las armas más vedadas.

El estado semibárbaro de las regiones del Pacífico; la raza latina degradada y marchando hacia su extinción; su intolerancia religiosa; sus sangrientas y diarias revoluciones políticas; el clima mortífero del istmo de Panamá, calidad que hacen extensiva hasta el del mismo Cabo de Hornos; las invasiones de indios antropófagos; las sierpes y demás reptiles venenosos, todo lo ponen en juego para explotar, en beneficio suyo ya la sencilla credulidad de aquellos que desean emigrar, ya el terror de las madres que los ven partir.

Tan pronto, pues, como mis diligencias preparatorias dejaron traslucir el objeto de mi llegada a Hamburgo, los agentes de colonización establecidos en aquella plaza, acudiendo a sus periódicos subvencionados, echaron a correr tantas mentiras respecto a Chile y tan falsos juicios respecto al nuevo paladín que entraba en el palenque a sostener la primacía de la hermosura de su sin par colonia de Llanquihue sobre todas las colonias establecidas y por establecer, que luego me hicieron comprender las grandes dificultades que iban a embarazar mi comisión desde sus primeros pasos.

Dijose, entre otras cosas: "que acababa de llegar a Hamburgo un caballero ofreciendo montes y milagros a cuantos emigrantes quisiesen dirigirse a Chile, y que el amor a la hu-

manidad les imponía la imprescindible obligación de prevenir a los incautos; que se acordasen de aquel mercader de carne humana llamado von Schutz y del no menos famoso Rodulfo, que vinieron con grandes aparatos y embustes a enganchar víctimas para el Perú, etc.".

El número de interesados que miraban de reojo mis propósitos me parecía que crecía por momentos. Los Estados de la Unión Americana, el Quebec, el Brasil, el Cabo de Buena Esperanza, y la Australia, tenían sus agentes en Hamburgo, y éstos, otros sub-agentes en los puntos más importantes del interior de Alemania. El Brasil sólo tenía siete agentes especiales de colonización repartidos en varios pueblos para proveer de brazos a Río de Janeiro, a Pernambuco, a Bahía, a Río Grande del Sur, a Santa Catalina, a Victoria y a Santos, nombres todos de colonias establecidas en esos lugares.

Yo, solo, desconocido, sin más antecedentes favorables a mi misión que mi título de Cónsul General; sin conocimientos suficientes del idioma para poderme defender ni facultad para subvencionar periódicos que pudiesen abogar por mi país, me hubiera encontrado en una situación poco envidiable si el conocimiento que tenía del poder de los títulos honoríficos en la culta Europa no hubiese acudido a socorrerme. Conseguí del Gobierno chileno que a mi título de Cónsul General en Hamburgo se agregasen los de igual clase en Prusia, en Dinamarca y en Hannover, y eligiendo en seguida entre las notabilidades científicas y mercantiles de los reinos mencionados aquellas que me parecieron más a propósito para ayudarme, hice expedir a favor de cada una de ellas el nombramiento de Cónsul de Chile en el lugar de su respectiva residencia.

Regalé a varias sociedades científicas los objetos de historia natural que llevé de Chile, acompañándolos con sus respectivas memorias, y a los corredores ambulantes de aduanas y de cuanto se les viene a la mano, les hice vislumbrar las regalías de un próximo nombramiento de cónsul chileno, y hasta el de sustituto mío con todas mis facultades tan pronto como dejase encaminada la emigración hacia Chile.

Tuvo, pues, Chile por abogados oficiosos suyos a Karl Andrew, de Leipzig; a Wappaus y a Ausmann, de Gotinga; al barón de Bibra, de Nurenberg; a Karl C. Rafn, de Copenhague; a Kulich, de Berlín; al acaudalado Rossi, de Viena; a Pooppig, de Leipzig, todos hombres respetados o notabilidades científicas de la culta Europa septentrional; y también a muchos especuladores de menor cuantía, que si no impulsaron la emigración, no la entorpecieron, porque la esperanza de parecer gentes representando a Chile les ataba las manos.

Fué tal la fortuna que me asistió en la prosecución de esta idea, que aquellas notabilidades científicas que, por razón de su empleo, no pudieron aceptar el honor de ser cónsules chilenos, tuvieron la amabilidad de indicarme las personas que podían desempeñar este cargo, y yo, al aceptarlas sin reserva, el acierto de dejar constituidas en cada pueblo dos personas que abogasen por Chile, en vez de una sola: el cónsul propuesto y el cónsul efectivo.

El sabio Guerlin me escribía, con fecha 24 de junio de 1858, una carta de la cual copio con gusto esta cláusula final:

"Nada podrá contrastar el elevado interés con que perseguiré durante toda mi vida la felicidad y progreso de vuestra *virgen patria*".

El no menos distinguido naturalista, barón de Bibra, presidente de la Sociedad de Historia Natural de Nurenberg, la cual me honró después con el título de miembro honorario suyo, al hablar de Chile siempre que me escribía, nunca dejó de decir "mi querido Chile".

En cada uno de los miembros presentes de la Real Sociedad de Anticuarios de Copenhague, a la que pertenezco contaba con un apologista de Chile, y otro tanto sucedia con cada uno de mis consocios de la sociedad prusiana para la moralización y fomento de las clases obreras.

El activo cultivo de mis nuevas amistades y lo mucho que hacía hablar de Chile en todas partes, no tardaron en producir los frutos que yo esperaba de ello.

Comenzaron a llegarme muchas cartas atosigándome con preguntas sobre Chile. ¿Qué es Chile?, se me decía en ellas. ¿Dónde está? ¿Qué clase de gobierno tiene? ¿Qué religión es la suya? ¿Qué productos naturales se encuentran en él? ¿Qué género de industria puede plantearse con provecho allí? ¿Qué clima tiene? ¿A qué clase de epidemias o de enfermedades está expuesto allí el extranjero?, etc.

En manera alguna debe extrañarse tan minucioso interrogatorio porque es menester repetir hasta el cansancio que nuestro Chile, salvo aquellas casas de comercio que negocian con él y las cancillerías de las potencias marítimas que suelen someterlo al pago de indemnizaciones, es tan conocido de los europeos como lo son de nosotros los compartimientos de la luna.

Este cúmulo de necesarias averiguaciones que presuponía por lo menos un tono de contestación para cada carta, fué el motivo que dió origen a mi *Ensayo sobre Chile,* obra que escribí con los poquísimos datos que tenía a la mano en los momentos que me dejaron libres mis quehaceres, y que

remitía por toda contestación, por el correo, a mis numerosos preguntones.

Tales fueron los primeros afanes que me impuso mi delicada misión hasta el 31 de marzo de 1856, fecha de la primera expedición directa que en el *César Elena* mandé a Puerto Montt, antes de dejar definitivamente cimentados los envíos que contra viento y marea, como suele decirse, continuaron despachándose después para Puerto Montt y la colonia de Llanquihue.

Desde entonces tuve más momentos de quietud de que poder disponer, y procurando aprovecharlos, fija como siempre la mente en mi patria, publiqué en español el *Manual del ganadero chileno;* un *Atlas* microscópico para el uso de las escuelas chilenas de instrucción primaria, y los *Cuadros cronológicos* de la historia antigua y moderna de Chile y el Perú.

El Eco de Ambos Mundos de Londres, aludiendo en aquel entonces al movimiento general de emigración, registra entre otras cosas, estas palabras:

"Según los últimos datos oficiales publicados por la Oficina Estadística de Prusia, emigraron de aquel país 227.236 individuos en los años de 1844 a 1860, y llevaron consigo un capital de 45.269.011 pesos prusianos.

"Hasta ahora Chile es sólo el Estado hipano-americano que ha procurado seriamente promover la inmigración alemana y que ha visto coronados con buen éxito sus esfuerzos en esta empresa tan importante. Gracias a las ventajas que ofrecen el suelo y el clima de aquel país, a los sacrificios que se ha impuesto y a las diligencias practicadas desde el año de 1850 hasta hoy por sus agentes sucesivos de colonización, la emigración a los puertos chilenos descansa en bases muy sólidas".

Pero en cambio, ¿qué no decían de Chile los diarios alemanes? ¿Qué no decían los diarios chilenos, cuyos nombres por vergüenza silencio, contra los gastos que el Gobierno hacía en obsequio de las colonias del sur?

El asunto es por demás importante para no detenerse siquiera un momento más en meditarlo. Tarde o temprano Chile abrirá al todo los ojos sobre las ventajas que necesariamente debe traerle el fomento de la inmigración extranjera, y cualquiera cosa que ahora se insinuare en este sentido, en vez de inoficiosa, debe más bien considerarse como una semilla sembrada que a su tiempo tiene que dar óptimos frutos.

El 17 de octubre de 1856 se estableció en la capital del imperio del Brasil, bajo el nombre de Compañía Central de Colonización, una sociedad de hombres influyentes con un

capital de mil contos, destinados a costear el pasaje y los primeros gastos de instalación del emigrante alemán, a pesar de que ya en agosto del mismo año las cámaras legislativas del imperio habían autorizado al Gobierno para invertir seis mil en el mismo objeto.

En el *Hanza* del 22 de abril de 1857 venía el anuncio de la instalación de una sociedad inglesa de emigración presidida por el duque de Wellington, quien aparecía subscripto por mil libras esterlinas para costear pasajes de emigrantes a las colonias inglesas, proporcionando a cada uno facilísimos medios de devolver, a la larga, el gasto que se hacía en su obsequio.

El Gobierno inglés remuneraba con suma generosidad, al mismo tiempo, a los emigrantes que optaban por sus colonias del Cabo, y mientras el Brasil y la Inglaterra, ya como empresas privadas, ya como gobiernos, no reparaban en gastos para aumentar la población de sus colonias, muchos escritores chilenos, en vez de animar al Gobierno patrio en la prosecución de los primeros pasos que daba en tan juicioso sentido, parece que se complacían en dificultarlos, porque no veían luego el fruto de un árbol tan recién plantado.

Las publicaciones alemanas parece que se daban la mano con las chilenas; éstas por el gasto infructuoso que se hacía en las recién nacidas colonias del sur; aquéllas, porque el territorio de colonización era, según ellos, un mísero destierro, falsas las promesas del Agente, y perversa la índole degradada de los habitantes que existían en él .

La gaceta más acreditada de Alemania en aquel entonces, la de Ausburgo, se había constituído, sin saber por qué, en eco de todas las falsas noticias que, a consecuencia de mis diligencias, se esparcían por todas partes. Tuve que sostener una recia polémica con los articulistas de ese diario, y por los siguientes párrafos que extracto de mis contestaciones, que, sea dicho de paso, tuvo la gaceta la hidalguía de reproducir en sus acreditadas columnas, se podrá deducir los cargos que se hacían a Chile y a sus hijos.

Decía yo entonces a mis mal intencionados contendores:

"Si se siguiese como hasta ahora, criticando a troche y moche las altas miras de mi Gobierno, de poblar los feracísimos y conocidos campos que engalanan con su lujosa vegetación la parte austral de la virgen América, hubiera, como lo he hecho hasta hoy, enmudecido; porque sólo a los ciegos se les puede ocultar la luz del sol; máxime cuando corren impresos los escritos de los más acreditados viajeros del mundo, los cuales, ponderando la bondad y las riquezas que distinguen a esas regiones, les dan la merecida impor-

tancia que sólo la ignorancia o la falsía pueden atreverse a disputarle; mas, cuando las publicaciones no se detienen aquí y se llega al extremo de llenar con ellas las columnas de un diario tan acreditado y por todos leído, como lo es la *Gaceta de Ausburgo,* calificando en ellas de pueriles las miras humanitarias de mi Gobierno y de degradada la noble y hospitalaria raza de habitantes que cupo en suerte a la República chilena, callar sería hacerse cómplice de tan atropellados desatinos.

"Valdivia, sépanlo alguna vez los ignorantes, no es una colonia. Valdivia es una provincia poco poblada, como lo son las demás de Chile, y que, por consiguiente, admite más habitantes que los que tiene, y nada más. A ella llegaron los primeros emigrantes que salieron para Chile, y como en ella no se encontraban terrenos para obsequiar, se echaron en el límite austral de esta provincia los cimientos de la colonia de Llanquihue, *no con el pueril objeto de separar unos de otros a los emigrados para tenerlos sumisos,* como se atreven a sentarlo, sino con el de colocarlos más juntos mejorando su condición...

"Curioso sería averiguar el fin que persigue el articulista cuando al comparar con la sajona la raza romana, parece lamentar que la primera vaya a degradarse en Chile con la mezcla de la segunda, que ni siquiera conserva, según él, su pureza primitiva, pues tercia en ella la de indígenas imbéciles y esclavos. ¿En qué consistirá para el sabio frenólogo, que gasta tanto tiempo y papel en escribir contra un país que no conoce, la primacía de la raza sajona sobre la romana? ¿Será acaso, porque ésta, que ha sido por su saber y por sus armas, dominadora absoluta del mundo, no cuenta entre sus hijos a Cicerones, a Tácitos, a Horacios, a Virgilios, a Tasos, a Dantes, a Rafaeles, a Angelos y a Murillos, y a mil otras lumbreras del saber humano? ¿Será acaso porque la raza que tan en menos parece mirar mi buen contradictor no ha dejado ciudades monumentales, donde hasta ahora, sin excepción alguna acuden todas las naciones de la tierra a beber en tan puras fuentes las nociones más elementales de las artes y del buen gusto?

"Pues sépase el sabio detractor de la raza romana, que ella misma, y no otra, fué la que después de pasear por la Europa sus victoriosos tercios, emprendió la conquista de América, y que la raza con que se ha mezclado en Chile es aquella de los libres araucanos única que en los anales de la humana historia ha dado en defensa de su patria el ejemplo de una lucha de 300 años contra los más afamados soldados del mundo; y en una región donde la configuración geográ-

fica multiplicaba los encuentros, así como las ocasiones de embotar, con el pecho desnudo, el filo de las armas de los vencedores en Pavía. Si a esta mezcla de tan pura y generosa sangre debe la población de Chile su existencia, ¿por qué no podría ella sostener comparaciones con las más calificadas de la tierra?

"En cuanto a aquello de que *sólo deben aprovechar los alemanes la generosidad con que les llama Chile para conquistarlo después* dejo a los juiciosos hijos de la culta Alemania, país de mi prodilección, aceptar o rechazar con indignación el ridículo cumplimiento de quererlos equiparar con la sierpe de la fábula".

Déjase ver por lo que extracto de estos rimitidos a los diarios, las armas de que echaban mano para combatir la humana causa que me condujo a Europa, y me complazco en pasar por alto lo que se dijo del asendereado Agente de la colonización chilena, por dejar sentados antes de pasar a otra cosa, los principales preceptos que a mi juicio, autorizado por once años de continua experiencia, debe tener a la vista toda nación que, falta de hombres y abundante de terrenos, desease aumentar su población con el concurso de elementos extranjeros.

La tierra es la patria común del hombre, así como la de cuantos animales se mueven en ella. El interés, o mejor dicho, el bienestar de cada uno de esos seres animados, es el único móvil que los impulsa a reunirse, a separarse, o a dispersarse sobre la superficie de ambos hemisferios.

A esta disposición a marchar en pos del bienestar, se da el nombre de emigración, y al ser que emigra, el de emigrante.

Emigra la golondrina europea siempre que los inviernos le niegan en su patria natal el calor y el alimento que le brindan las costas africanas.

Las grandes invasiones de los bárbaros del norte, como los llamaban antes, a los pueblos semibárbaros del sur, no sólo se debieron al espíritu de conquista, sino también a la necesidad de mejorar de condición, buscando en las templadas regiones del mediodía más espacio para extenderse y aquellos productos alimenticios que la fría rigidez del clima patrio les negaba.

Para el hombre laborioso son obstáculos de menor cuantía las distancias, los riesgos de viaje, y aun las enfermedades endémicas propias de algunas regiones de la tierra, con tal de que al separarse de su país natal le asista la esperanza de encontrar en aquéllas más dicha que las que abandona en éste.

Dedúcese de aquí que no hay sobre la superficie del globo

nación alguna, por rica y afortunada que ella fuere, que no esté sujeta a sufrir los menoscabos que ocasiona la emigración; porque al hombre que no le es dado proporcionarse en su propia patria los elementos de dicha que le esperan en la ajena sólo puede atarle a la primera, o la pobreza que le impide viajar, o el no saber con exactitud si en la segunda puede mejorar de condición.

Son, pues, preceptos de observación imprescindibles para atraer emigrados a las regiones despobladas:

1º Dar a conocer el país que se quiere poblar.

2º Conocido éste, probar con hechos incontrovertibles que el hombre convidado a abandonar su patria por la nueva que se le ofrece, mejorará de condición en ésta.

3º Conseguido este importante fin, facilitar al que emigra el camino para llegar a ella.

4º El planteo, administración y fomento de la inmigración y colonización, no deben correr a cargo inmediato de los gobiernos, sujetos siempres a perturbadores cambios ministeriales, sino en tanto que su intervención pueda dar al emigrante serias garantías del cumplimiento de lo que se le ofreciere y nada más.

5º Una sociedad patriótica compuesta de hombres escogidos, así nacionales como extranjeros, debidamente autorizada, que pueda disponer de una renta anual fija en el sentido de no poderse disminuir sin previo aviso de un año anticipado, y dotada de cierta libertad de acción para invertir los bienes que se le confieran, sin más restricción que las de dar cuenta de su inversión con arreglo a las bases fundamentales que el Gobierno hubiere dictado al instalarla, es la única que debe tener a su cargo las riendas que rigieren esta institución de riqueza y de progreso en todo Estado que anhela repoblarse con brazos extranjeros.

Estas cinco prescripciones son esencialísimas. Del estudio y de la meditación de cada una de ellas nacen los medios especiales que deben traerlas al terreno de la práctica; y aunque esos medios puedan llegar a ser muy importantes, por lo mismo que han de ser variados, como puedan serlos los lugares que se deseare poblar, omito designarlos.

En cuanto a la nacionalidad que deba elegirse para poblar con sus hijos lejanos desiertos, entre la raza sajona y la latina, o más bien dicho, entre el hombre del norte y el hombre del sur de la Europa, debe elegirse por regla general el del norte.

Las razas del sur, mimadas por la benignidad del cielo que les ha cabido en suerte, sólo se ausentan temporalmente

de su hogar, como lo hacen las aves que emigran los inviernos para tornar en la primavera el suelo patrio.

Las razas del norte, que poco deben al cielo y todo al enérgico tesón de su trabajo, rara vez miran para atrás cuando encuentran su dicha en otra parte.

A esta regla general hace excepción el vasco, que en todas partes puede ser un excelente colono y en Chile inmejorable.

Ya que he tocado por incidencia a la España, no quiero pasar adelante sin consagrar a la madre patria el preferente recuerdo que merece sobre mucho de los demás recuerdos que debe conservar en su memoria aquel que viaja por Europa.

Después de visitar el recién ensangrentado campo de Solferino, asuntos del servicio me llevaron por segunda vez a España.

¿Quién, después de estudiar las costumbres caseras de la mayor parte de los centros poblados de la culta Europa, donde sólo impera la cabeza, no cree, al llegar a España, encontrar en ella el trono del corazón? La franca y cordial hospitalidad, hija es de la Península, y si la voz lealtad no nació en España, para España sólo parece que hubiese sido creada.

Hijos de esa madre patria que tan poco conocemos, cuando después de recorrer la Europa más con ánimo de instruirnos que con el de buscar alegres pasatiempos, llegamos a España, nos parece que hemos llegado a Chile. Cielo, producción, idioma, costumbres, todo nos parece nuestro. Dos veces he estado en la Península, y las dos me he ausentado de ella con verdadero sentimiento; lo que no me ha sucedido al separarme ni de la misma Francia, en cuyo idioma todavía pienso.

Entonces no podía viajarse de Francia a Madrid en camino de hierro; viajábase entonces en malditos coches por demás incómodos y tirados por mulas, que, a impulsos del látigo y de las blasfemias del auriga, volaban de Irún hasta la coronada villa.

Madrid no es grande, pero es un hermoso pueblo que contenía entonces más de 300.000 habitantes y poseía cuanto el hombre civilizado puede desear para su comodidad, su instrucción y su recreo.

Entre sus muchos establecimientos públicos, llamaron especialmente mi atención la Biblioteca Nacional, que constaba de más de 200.000 cuerpos impresos y de infinitos manuscritos; el Gabinete de Historia Natural con sus riquísimas colecciones mineralógicas; el Museo de Pinturas, que, aunque de harto más modesto aspecto que muchos de los

demás museos europeos, ninguno le aventaja ni en el número ni en el valor artístico de los lienzos originales que contiene. Los Angelos, los Rafaeles, los Tizianos, los Rubens, los Van Dyck, los Murillos, los Velázquez y los codiciados lienzos de tantos otros príncipes de la pintura, no se señalan en el Museo de Madrid como en los museos del resto de Europa, como objetos de conocida rareza, porque allí abundan.

Notable y rico es el Museo de la Armería, donde se conservan con religioso cuidado cuantas armas ofensivas y defensivas usaron los héroes de la guerrera España desde los tiempos más remotos; y su colocación no puede ser más artística y hermosa. En todo el centro del gran salón se ve una fila de poderosos caballos perfectamente disecados sobre los que cabalga la bizarra imagen del héroe que se quiere representar, cubierto con sus legítimas armaduras, y en las paredes sólo se ven trofeos de armas históricas vistosamente acomodadas. Sobre una mesa inmediata a la entrada, noté una caja de jaracandá que contenía la muy deteriorada, pero respetada bandera que lució Cortés en la conquista de México; y un poco más allá, bajo el vidrio de un dorado marco, aquella mentada planilla de los gastos del Gran Capitán, que muchos chilenos creíamos que fuese supuesta, aunque parece no serlo por el lugar donde está. Yo, sin embargo, a pesar del conocimiento que tengo de los usos y de las costumbres que imperaban en los tiempos del Gran Capitán, insisto en creer lo que antes creía, pues no cabe en cabeza, por hueca que ella fuere, que en la época de ese afamado guerrero pudiese un súbdito español presentar a su soberano tan insultante y estrafalaria cuenta de inversión. He aquí, si no, algunas cláusulas de la mentada cuenta, que conservo, copiada por mí, en mi cartera de viaje:

"200.736 ducados y nueve reales, en frailes, monjas y pobres, para que rogasen a Dios por la prosperidad de las armas españolas.

100.000.000, en picos, palas y azadones.

10.000 ducados, en guantes perfumados para precaver a las tropas del mal olor de los cadáveres de los enemigos tendidos en el campo de batalla.

170.000 ducados, en poner y renovar campanas destruídas en el uso continuo de repicar todos los días por nuevas victorias conseguidas sobre el enemigo.

100.000.000, por mi paciencia en escuchar ayer que el rey pedía cuentas al que le había regalado un reino."

En un extremo de un salón lucía dentro de un armario, entre muchas joyas de mujer, una rica espada cuya empuñadura de oro representaba una cruz. Uno de los cuidadores

de aquel museo, que sin conocerme tuvo la amabilidad de servirme, como suelen decir, de cicerone, al verme detenido observando la inadecuada colocación de aquella arma, me dijo:

—Esa es la real espada de la católica soberana doña Isabel I.

Confieso que semejante noticia me conmovió. Tenía a la vista esa prenda que había usado aquel ser privilegiado a quien los americanos debemos, puede decirse, nuestra existencia, y movido por esta idea alcancé a decir:

—¡Besara yo respetuoso esa reliquia!

Lo cual oído por mi interlocutor, a quien entregué una de mis tarjetas, me suplicó que le esperase un instante, y se apartó de mí. Un momento después volvió acompañado con otro caballero ya entrado en años, el cual, después de saludarme, me dijo:

—Prohibido es mover esta real reliquia de donde está, pero la solicitud de un americano tan calificado como usted parece serlo, no puede dejar de ser atendida.

Pasóme, en efecto, esa joya guerrera que nunca pude comprender cómo pudo cargarla una mujer, la llevé con emoción a mis labios, y al devolverla para explicar este acto de respeto a tan corteses caballeros, les dije:

—Sin la señora que cargó esa espada, ni ustedes hubieran tenido ocasión de manifestarse atento conmigo, ni yó el honor de haber merecido de ustedes tan distinguido servicio.

¡Cuántos pesos no me hubiera costado la satisfacción de este deseo fuera de España, y muy especialmente en Inglaterra, donde cobran una libra esterlina por saludo!

Fueron objeto de mis frecuentes visitas la Biblioteca Nacional y la notable fábrica de cigarros, con sus ochos talleres, en los cuales trabajaban a una 3.048 mujeres.

El Madrid de mi tiempo contaba, además, entre otros establecimientos públicos, con una Universidad y varias Academias, un Observatorio Astronómico, un Jardín Botánico, un Conservatorio de Artes, escuelas normales para profesores, 44 escuelas gratuitas para niños y 46 para niñas, en las cuales se educaban 3.000 alumnos; con tres hospicios y 18 hospitales, sin que faltase, para el solaz y recreo de sus habitantes, cuatro teatros, una inmensa plaza de toros, y preciosos paseos públicos dentro y fuera de la ciudad.

Tuve ocasión de tratar con alguna intimidad a los distinguidos literatos Vega, Güel y Renté en casa del rumboso Osma y en la del muy amable y afectuoso duque de Medina Celi.

De regreso de este país hospitalario por excelencia a las

regiones del norte, tuve la seria mortificación de caer enfermo del cólera en las inmediaciones de Magdeburgo, en donde a la sazón hacía estragos esta calamidad asiática. Salvé como se salva de un naufragio, todo descalambrado; pero salvé, y como el cólera repite, digan lo que dijeren los esculapios, preguntando poco tiempo después al doctor Zaleta si no habría en la ciencia algún específico que tomado con tesón, aunque fuese por años seguidos, libertase de un mal tan atroz, me contestó:

—¡El único específico contra el cólera es el estar a cuarenta leguas de él!

El estado de mi salud me llevó por tecera vez a los baños termales de Franzensbad, donde había tenido ya ocasión de ponerme en inmediato contacto con muchos de los más distinguidos defensores de Sebastopol, y de persuadirme de cuán equivocado estamos los chilenos sobre la instrucción del hombre en el imperio ruso. Cuantas personas traté, así grandes como chicas, me sorprendieron por sus conocimientos, por su fino trato y la extraordinaria facilidad y desenvoltura con que hablaban idiomas extranjeros.

Fueron, pues, los rusos en Franzensbad mis más simpáticos y asiduos compañeros. Para el ruso bien educado ser americano es la mejor recomendación.

Allí conocí y traté a la princesa Dulgorocka, hermosa señora, prima hermana del emperador, la cual hablaba español como una andaluza. Recuerdo que una tarde, después de haber despedido con terquedad a la pequeña corte de damas y caballeros que la rodeaban, dirigiéndose a mí con suma amabilidad y afable sonrisa, me dijo estas textuales palabras:

—Creo, señor Cónsul General, que usted ha extrañado el modo algo altanero con que he despedido a mi gente para que me dejen sola; pero esto es preciso, porque ¿qué sería de nosotras el día que nosotras mismas les diésemos a entender que ninguna distancia nos separa? Mucho me guardaría yo de hacer otro tanto con los hijos de las repúblicas americanas. La franqueza que ellos honra, y si no, dígame usted, ¿no es verdad que usted puede llegar a ser presidente de Chile?, pues, a mí sólo un acaso, tal vez sin ejemplo, puede hacerme alcanzar a ser emperatriz!

Honráronme con una suntuosa comida que sólo conmemoro por la notable mención que se hizo de ella de nuestra virgen América. Presidía la mesa el Gobernador o jefe de la Eukrania, y alrededor de ella, según su categoría, se sentaron muchos de los jefes y oficiales que más se habían distinguido en la defensa de Sebastopol. Noté tanto disgusto para con los austríacos, a los cuales llamaba mi vecino a media

voz outrechiens (ultraperros), cuanto cariño por los franceses, con quienes tarde o temprano tendría que ser buenos amigos. En cuanto a los americanos, nada había que decir que no fuese bueno. Uno de los convidados no podía darse cabal razón de cómo un gobierno autocrático podia simpatizar con el régimen de libertad de que gozaban los Estados americanos, y como otros de los alegres huéspedes dijese: "Los extremos se tocan", me admiró la prontitud y energía con que le interrumpió un oficial, aun convaleciente de una grave herida recibida en Sebastopol, exclamando:

—No, señor, no son los extremos los que se tocan, son los centros. La América es un mundo virgen y nuevo, la Rusia lo es también. Para la Europa la decriptud; para la América y la Rusia el porvenir.

Si me hubiese atenido a las ideas que sobre los rusos tenía mi buen tío Javier Rosales, de seguro que al tratar con la colonia rusa de los baños habría creído encontrarme a mil leguas de esos supuestos bárbaros del norte. La gente rusa, esto es, lo que llamamos gente entre nosotros, en nada desmerece el acatamiento que siempre se dispensa a los más bien parados, instruídos y corteses hombres de la tierra; y en cuanto a las señoras, muchas de las más sociales e instruídas de las que he tratado en los diversos países que he recorrido, se darían por contentas si a la instrucción general y a la especial que se da a la mujer rusa, reunieran los naturales encantos que poseen esas hijas del coloso boreal.

Nosotros, que nacemos ahora a la francesa, que paladeamos *bombones* franceses, que vestimos a la francesa, y que apenas sabemos deletrear cuando no vemos otra cosa escrita sobre las portadas de las tiendas, sobre las paredes, y hasta sobre el mismo asfalto de las veredas: Peluquería francesa; modas francesas, sastrería francesa, etc. y que al remate, apenas pinta sobre nuestros labios el bozo cuando ya nos hemos echado al cuerpo, junto con la literatura francesa o su traducción afrancesada, la historia universal y muy especialmente la francesa escrita por franceses, ¿que mucho es que se nos afrancese hasta le médula de los huesos? Por estas razones tuvo la Francia, cuando la guerra de Crimea, en los chilenos, aquellos aliados morales que nuncan faltan a todo apuesto y educado joven que lucha denodado contra hombres vestiglos, brutos, bocones, peludos, sin frente e incapaces de abrigar sentimientos nobles y elevados, como nos pintaban a los rusos aquí y en Francia sus enemigos, cuando la gloriosa e inesperada defensa de aquella nueva Troya, más feliz que su infausta predecesora y que lleva el glorioso nombre de Sebastopol.

Si los chilenos bautizados de franceses, bajo condición, en nuestra patria, eran tan enemigos de los rusos, ¿qué mucho es que los chilenos que habíamos recibido la confirmación de ese mismo bautismo en el mismísimo París, todo lo viésemos a la francesa? Don Francisco Javier Rosales, chileno como nosotros, y más enemigo de los rusos que nosotros mismos, por razón de su prolongada residencia en París, tuvo conmigo serias discusiones sobre la Rusia que él no conocía, comparada con la Francia que él pensaba o creía conocer; y tanto que cuando la noticia del término de la guerra de Crimea, que tanta gloria desparramaba sobre las armas francesas, al oír el pregón de muchos vendedores de boletines que gritaban hasta enronquecer: ¡Comprad, comprad, señores!, ¡dos centavos! ¡dos centavos, la paz de Sebastopol!— me negó el habla porque le dije: ¡Allí tienes el valor de tu paz!

Y ya que el acaso ha introducido en mi charla a mi buen tío, hombre mal comprendido por los que le han tratado, tal vez para sus parientes, ya que no para la historia de un buen servidor de Chile, no está demás sentar aquí dos rasgos que le caracterizan.

Era Javier Rosales tan apasionado francés y tan absoluto parisiense, que el mundo entero no tenía más poélos para él que la Barrera del Trono, por un lado, y la de la Estrella por el otro, sin que por esto dejase de asignar a Chile en su corazón el título del más querido satélite de ese mundo de su predilección. Su mismo amor al país que le vió nacer y sus deseos de verle correr sin detenerse en la senda del progreso, idea a que consagró varios escritos, le hizo adoptar cuando departía con chilenos, sin cuya sociedad no se encontraba, el estrafalario arbitrio de murmurar de Chile, pero sólo entre ellos y nunca en otra parte, para gozarse en las acaloradas y muchas veces hasta insultantes defensas que hacían de su patria los chilenos que le visitaban.

Celoso servidor de Chile como ministro en Francia, lo fué también como simple particular de los chilenos que recorrían la Europa; pero sin prudencia para contener su genio sarcástico en los momentos mismos en que prestaba gratuitos servicios, hacía que éstos pasasen como vendidos a precios usurarios. Estos dos motivos, en ninguno de los cuales existió el más leve propósito de ofender, han sido las principales causas del errado concepto que hasta ahora se ha tenido del carácter y de las tendencias de Rosales.

Volviendo por un instante más la vista hacia los rusos, por ser éstos hasta el presente tan poco conocidos de nosotros, recuerdo que sus agentes diplomáticos observan con tanta estrictez el ritual que rige hasta sus menores actos en el

extranjero, que serían capaces de dejarse ahorcar antes de dar el menor indicio de confesar que existe nación alguna que no haya sido reconocida por la Rusia. Dábase a Barrabás mi buen tío Rosales siempre que era visitado por el embajador ruso en París; ni éste se daba el título de embajador, ni al tío daba otro que el de *monsieur Rosales*. Lo mismo ocurrió al principio conmigo y con el señor Barón de Freitag, Ministro residente de Rusia en Hamburgo, siempre que el trato social nos ponía en contacto; y así hubiera continuado sin que Chile ni Rusia se doliesen de eso, cuando el acaso lo dispuso de otro modo.

Deseosos algunos chilenos de visitar a San Petersburgo, ocurrieron a mí por el forzoso pasaporte sin el cual nadie podía entonces, en Europa, moverse de un lugar a otro; por complacerles, pero sin atreverme a prometerles nada por no exponer las armas y el sello de la República a un rechazo, tuve con el señor Freitag dos largas conferencias para ver de qué modo podrían pasar a Rusia ciudadanos chilenos con pasaportes del Consulado General. En ellas hice presente al señor Barón la conveniencia que resultaría al buen nombre de la Rusia, de facilitar a los chilenos ocasiones de visitar y conocer una región civilizada de la culta Europa, de la cual sólo teníamos los hijos del Pacífico las equivocadas noticias que nos daban de ella la Francia y la Inglaterra; agregué que si bien era cierto que nosotros no estábamos reconocidos oficialmente como Nación por el Imperio, podía decirse que lo estábamos de hecho, puesto que productos chilenos bajo nuestra bandera, proveían de provisiones las colonias rusas de Tsiska, que teníamos como nombrado de oficio en Valparaíso un agente consular ruso, y que siempre que pasaban por nuestros puertos buques de guerra rusos, así saludaban nuestras fortalezas como recibían saludos de ellas. Oyóme el Barón sin interrumpirme, y después de un momento de reflexión, como buscando algo que me contentase, me dijo: "No habría inconveniente para que los chilenos viajasen por la Rusia, ya que no con pasaporte de sus autoridades patrias, pasando por ciudadanos brasileros". Al oír semejante contestación, tomé mi sombrero para despedirme, y sin que mi amor patrio ofendido me hiciese faltar a los deberes de la cortesía, le dije: "Señor Barón, ningún chileno es capaz de renunciar ni por un instante ni por causa alguna a su nacionalidad". Cuatro días después vino el señor Freitag a visitarme, trayendo consigo de la mano a un hijito suyo, para manifestarme más a las claras que la visita era la de un simple particular a otro simple particular; y departiendo conmigo sobre nuestro interrumpido coloquio, me dijo: "No crea usted, señor Pérez, que la

Rusia tenga el mejor obstáculo para el reconocimiento de su hermosa patria como Nación; pero hágase usted cargo: ¿le tendería usted la mano de amigo a un sujeto, por respetable que fuere, si otro amigo o él mismo a falta de ése, no se lo presentare, como lo exige la urbanidad? Tengo encargo especial de decir a usted que sus pasaportes serán respetados y atendidos por las autoridades del Imperio, siempre que la firma de usted vaya certificada por un Ministro de una nación amiga.

Con motivo de haber enviado después a las bibliotecas imperiales de la Rusias y a sus sociedades geográficas, mi *Ensayo sobre Chile* y algunos otros trabajos literarios, tuve la satisfacción de verme visitado de nuevo por el señor Freitag; pero ya sin el agregado del niño, sin ese lujo disimulado de razones para que yo entendiera que no era el Ministro de Rusia el que me visitaba, sino un tal cualquiera a otro tal de su misma calaña. Tenía orden este amable diplomático de poner en mis propias manos una cortés comunicación que el Barón de Korff, Consejero del Imperio, había firmado para mi el 20 de septiembre de 1857, y lo hizo con la afectuosa sonrisa de aquel que dice: ya no volverá usted a irritarse ni a desconfiar de un país que es por instinto y por graves razones amigo de los americanos. La comunicación sólo contenia elogios que recaian sobre mis trabajos; pero en el sobre, que conservo, cubierto de grandes sellos oficiales, se leía en todas letras: *Al señor Cónsul General de la República de Chile en Hamburgo.* Anda con Dios, dije yo al leerle; y poco tiempo después, para confirmar esa exclamación, recibí con fecha 22 de octubre otra comunicación que con igual lujo de sellos y de títulos me remitió el secretario de la Sociedad Imperiad Geográfica de Rusia.

Nada más fácil sería, pues, en mi concepto, que allanar con el Gobierno ruso las más bien supuestas que reales dificultades que hasta ahora existen para que no entremos a la par con ella en la común sociedad de las naciones reconocidas.

Las saludables aguas y los prodigiosos barros de Franzensbad atraen todos los años a ese asiento de baños termales, situados sobre las montañas de la Alta Bohemia, a multitud de personas que de distintos puntos del globo acuden a ellos en busca de salud. Sólo el rigor de los inviernos o la guerra puede convertir en desierto temporal esa pequeña y pintoresca región, donde justamente reinan la salud, el contento y el bienestar. Así es que apenas dejó de oirse el cañón de Crimea, cuando parece que en Franzensbad se hubiesen dado cita los enfermos y los curiosos de las naciones más cono-

cidas de la tierra. Las vastas y lujosas posadas de aquella preciosa aldea, engastada en dilatados y artísticos jardines, estaban repletas de pasajeros, entre los cuales ostentaban sus trajes nacionales el ruso, el alemán, el turco, el árabe, el armenio, el tirolés, el griego, el francés y el español.

Ocupaban el aposento inmediato al mío tres árabes que ya habían despertado mi curiosidad, tanto por la naturaleza del traje y la afectada gravedad de uno de ellos, cuanto por el solícito respeto del dueño de casa hacia éste. En los baños todo se sabe; no tardé, pues, en averiguar que me encontraba, tabique por medio, con aquel antiguo y afamado emir Abd-el-Kadder, hijo de Marcara, en el territorio de Orán, con aquel jefe del desierto que durante dieciséis años luchó con varia fortuna contra los conquistadores de Argel, vertiendo a torrentes la sangre propia y la ajena durante el malhadado dominio de Luis Felipe le Orleáns en la colonia africana, y que sólo abandonó el temido yatagán, que cual ninguno manejó en servicio de su patria, cuando, vencido y engañado en 1848, fué conducido a Francia indebidamente prisionero. Puesto en libertad cuando el advenimiento de Napoleón III al trono imperial, permaneció en Brusse hasta la ruina de ese desgraciado pueblo; se trasladó en seguida a Constantinopla, cuando ocurrió la guerra de Crimea, y al terminar ésta antes de marchar a Damasco, había ido a Franzensbad a recobrar la salud.

En los baños las amistades se entablan con la misma facilidad que se olvidan al ausentarse de ellos. No tardamos, pues, en pasar del saludo a la visita, y de ésta al más cordial y gustoso trato.

Era la estatura del emir más bien mediana que aventajada, y su edad sólo alcanzaría entonces a 49 años. En su blanco, pálido y hermoso rostro ovalado, lucían ojos grandes, rasgados, de color azul obscuro. En la frente y parte de la nariz llevaba una señal a modo de raya, distintivo de la poderosa tribu de los Haken, a la que pertenecía. Tenía la nariz aguileña, la boca proporcionada y el pelo de la barba más bien ralo que tupido. Sobre el blanco ropón árabe usaba un ancho albornoz blanco, también de fina lana, cuya capucha, siempre calada, sujetaba en la frente con una vistosa tira de cachemir a medio enrollar.

Abd-el-Kadder, apellidado santo y sabio por los árabes, era hombre hermoso, aunque su aspecto tuviese casi siempre más de anacoreta que de guerrero. Quien sabiendo lo que fué, cuando lanzando las hordas del desierto al exterminio de los invasores de su patria, sembraba, yatagán en mano, la muerte y el espanto por dondequiera que se presenta-

se, no es posible que, contemplándole después, pudiera deducir de su dulce y apacible mirar, aquellos rayos magnetizadores que hacían estremecer hasta a los leones del desierto; ni de sus blancas, pequeñas y cuidadas manos, aquella fuerza que pudo sustentar, por tantos años, la dura lanza y el temido alfanje.

Era su hablar pausado y sentencioso, y tal confianza en Alá y su resignación a los decretos del Profeta, que ni en la época de su injusta prisión en el territorio francés se le notó el más leve rasgo de ira o de impaciencia; el Corán había dicho que el rostro sereno cicatrizaba las heridas del corazón, y esto bastaba al religioso emir.

Pero no siendo mi propósito narrar ni la vida política ni los rasgos guerreros de esta especie de templario musulmán, sino referir una conversación que tuve con él sobre las propiedades y las prendas especiales del caballo árabe, dejaré a los historiadores aquella tarea, y me contraeré a ésta, que no por modesta deja de ser interesante para nosotros.

Refiriéndome al motivo del mal éxito de las primeras campañas del ejército francés en Argel, mal éxito que él atribuía más a la naturaleza de los malos caballos europeos que se emplearon en ellas, que a la torpeza de los generales encargados de la conquista, me decía lo que oí repetir después al célebre general-escritor Dumas: "Desgraciado de aquél que entre en campaña en el desierto y en las serranías africanas cabalgando sobre los más afamados brutos que se lucen en las carreras de Chantilly, del campo de Marte y de Sartory. Esos caballos sólo saben correr, saltar, y desbocarse. Caballos sin afecciones, sin un átomo de inteligencia, que no identifican su carácter con el de su amo, que no obedecen al freno y a las inclinaciones del cuerpo para buscar el peligro o para evitarle; que no parten como un rayo sobre parados; que no pueden detenerse sobre el borde mismo de un precipicio; que no pueden describir con la rapidez del torbellino círculos a derecha y a izquierda, como puede hacerlo un compás entre los dedos de un arquitecto, y que sólo son hijos del más solícito regalo, no se han hecho para las guerras sahareñas. El caballo sahareño tiene, además, tres *puedes* que no tiene otro caballo alguno: puede el hambre, puede la sed, puede el cansancio":

"Señor —le interrumpí—, al hablar usted del sahareño ha traído a mi memoria el caballo chileno. No puede usted haber hecho, conociéndole, descripción más exacta de sus envidiables cualidades. Pero el caballo chileno tiene en mi concepto más *puedes* aun que el mismo árabe, pues siendo en general de más aventajada estatura, puede el hambre, puede

la sed, puede el cansancio, puede el maltrato y puede el descalzo. Ustedes, desde que nace el potro le consideran como miembro de la familia; nosotros esperamos dos años para ver si merece o no nuestros cuidados. Ustedes le conservan entero; nosotros los mutilamos. El cariño, el constante manoseo y la dulzura en el trato, entregan al potro árabe al servicio de su amo. En Chile, el rigor, la espuela, el azote y el poderoso brazo del jinete obligan por fuerza al potro montaraz a entregarse. Ustedes calzan con hierro sus caballos, al paso que sólo ahora comienza a generalizarse en Chile semejante práctica, habiendo bastado la dureza del casco para excluir durante tres siglos la necesidad de ocurrir a un medio artificial para suplirla. El caballo chileno puede hacer jornadas hasta de treintas leguas, y cuando llega al término de algún violento y fatigoso viaje, un fuerte zamarreo de orejas, un puñado de polvo sobre el sudoso lomo, y el primer mal potrero que se presenta a la mano, son los cuidados que bastan para rehacer al generoso bruto.

"El caballo chileno se apega a su amo por cariño, y es tal la naturaleza de su instinto, que hasta es cortés y comedido con el bello sexo, pues en muchas ocasiones vemos que el potro reacio y alborotado para el hombre, es manso y sumiso bajo la débil mano de una mujer. El caballo chileno obedece con oportunidad, y es esta prenda tan propia suya, que en medio de la mayor exaltación promovida por el carácter del jinete, un *¡chit!* imperioso le clava repentinamente en el mismo lugar, en el cual, hiriendo pero sin moverse, espera nueva orden para recobrar la libertad de sus fogosos movimientos". Trazas llevaba de no acabar, cuando el emir, al llegar a este punto, asiéndome repentinamente del brazo y llenos los ojos de un fuego que me hizo estremecer, me interrumpió diciendo: "Esos caballos son árabes, y árabes debieron ser también los que les condujeron a América, pues sólo en el bruto sahareño se encuentra tanta copia de virtudes". Volviendo en seguida a su aparente calma, me dijo con dulzura: "Hasta ese *¡tzit!* que ustedes emplean para moderar su ardor, es también sahareño. ¡Qué hiciera yo para llevarme un caballo chileno a Damasco!"

Nada hay que sea más grato al corazón del hombre que el momento en que se llega de una lejana tierra al patrio suelo. ¿Qué me faltaba en Europa para ser humanamente dichoso? Gozaba allí de salud, tenía veinte años menos de los que tengo ahora, disponía de una renta segura, que aunque no muy cuantiosa, era suficiente para satisfacer con holganza y aun hasta con cierto lujo mis necesidades. En mi alma no podía caber tedio, porque compartían mi tiempo, junto

con mis fáciles ocupaciones, gratos estudios e interesantes viajes. Había recorrido toda Europa, captándome la voluntad de algunos seres coronados, y honrándome con la amistad de Humbaldt, Poepping, Wappaus, Korff y otras eminentes lumbreras del saber humano, cuyas cariñosas cartas, así como los títulos de miembro honorario de varias sociedades científicas, con justo orgullo conservaba, y sin embargo aún quedaba en mi corazón un vacío que llenar. Faltábanme mis tiernas afecciones; faltábame el sol de la querida patria.

Después de corrido cinco años de una vida para muchos envidiable, encontrábame en Maroenbad, otro establecimiento de baños en la alta Bohemia cuando una inesperada suerte trajo a mis manos un paquete de comunicaciones chilenas, acompañado de una carta de mi buen De Luines, secretario del consulado en Hamburgo, la que comenzaba así:

"Señor, acabo de recibir la noticia más funesta para este su desgraciado protegido, aunque ella sea al mismo tiempo la más grata que usted pudiera esperar. El Gobierno chileno le llama para que siga usted prestando allá en su patria parte de los servicios que le prestaba en Alemania!..."

Fué esta carta para mí un verdadero golpe eléctrico de dicha, y juzgando inperdonable crimen perder un solo día de los que podía necesitar para llegar a Chile después de besar las comunicaciones y de llorar de gusto, me dediqué a escribir la noche entera, y al día siguiente, sin siquiera acordarme de pasar por Hamburgo, lugar de mi residencia, salí directamente para Inglaterra, y en seguida, lleno de alborozo en el *Nueva Granada,* en demanda del suelo que me vió nacer, donde, por quinta vez tuve en mi vida, un momento de completa dicha: ¡el de mi llegada!

¿Qué utilidad práctica para los indiferentes podrá tener esta compilación de vejeces, en la cual la tijera que suprime ha tenido más parte que la pluma que relata, y que sólo publico por complacer a mis amigos? Lo ignoro; a no ser que se tenga por tal la relación de hechos que acrediten la bondad del precepto ¡NO DESMAYES!, porque la mala suerte no es eterna, y porque así como el hombre a impulsos de su adversa estrella puede descender de suma altura hasta la humilde condición de criado, puede, también, con la ayuda de la constancia, de la honradez y del trabajo, elevarse después hasta ocupar en el festín de los reyes un codiciado asiento.

FIN

380724

HSAm Perez Rosales, Vicente
P43885r Recuerdos del pasado.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED